

43
29



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE DERECHO

ORIGENES Y PERSPECTIVAS DEL ESTADO
MEXICANO EN EL FIN DE SIGLO

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN DERECHO
P R E S E N T A :
FEDERICO ANAYA GALLARDO

FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION.....	1
PRIMER CICLO: DE LA CONQUISTA A LA REVOLUCION DE IN - DEPENDENCIA.	
1.1 ANTECEDENTES.....	6
1.1.1. ANTECEDENTES SOCIALES: LA CONSTRUCCION DE UNA CASTA PARASITARIA.....	9
1.1.2. ANTECEDENTES ECONOMICOS: UN SISTEMA DE EXPLORACION SEMIFEUDAL.....	33
1.1.3. ANTECEDENTES POLITICOS: CENTRALISMO Y OMNIPOTENCIA CONTRA UN SISTEMA DE CONTRAPESOS.....	62
1.2. LA RUPTURA DE LA ESTABILIDAD: REVOLUCION Y MEXICO INDEPENDIENTE.....	80
1.2.1 EROSION DEL SISTEMA Y RAZON DE HIDALGO.....	80
1.2.2. LA REVOLUCION SE RADICALIZA.....	101
1.2.3. LA NUEVA ESPAÑA REGRESA, ANAWAK SE RETIRA, MEXICO ESPERA.....	137
1.2.4. "PERO EN VEINTIUNO EL GOBIERNO, LA INDEPENDENCIA NOS DIO...".....	162
1.2.5. VICENTE GUERRERO, O DE COMO LA PATRIA, EN VERDAD, ES PRIMERO.....	169
1.2.6. DON AGUSTIN DE ITURBIDE, LIBERTADOR DE MEXICO.....	179
1.3. ULTIMA REFLEXION ACERCA DE GUERRERO E ITURBIDE Y SOBRE LAS SOCIEDADES QUE REPRESENTABAN.....	184
SEGUNDO CICLO: DE LA PROCLAMACION DEL IMPERIO A LA REVOLUCION MEXICANA.....	191

2.1. SITUACION GENERAL DE LA NACION MEXICANA EN EL PERIODO.....	191
2.1.1 SITUACION SOCIAL: ENFRENTAMIENTO PERMANENTE DE LAS DOS SOCIEDADES.....	196
2.1.1. LA SOCIEDAD OPULENTE.....	205
2.1.1.b. LA SOCIEDAD OPRIMIDA.....	207
2.1.1.c. CONCLUSION.....	213
2.1.2. SITUACION ECONOMICA: LA ILUSION DE HUMBOLT Y LA LLEGADA DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO.....	220
2.1.3. SITUACION POLITICA: O DE COMO SUSTITUIR AL VIRREY.....	252
2.2. LA INTERVENCION FRANCESA Y LA REPUBLICA RESTAURADA: DEL CONSUMO ANTICOLONIALISTA AL CONSENSO POR LAS ARMAS: EL ESTADO LIBERAL.....	279
2.3 PRELUDIO REVOLUCIONARIO: DEL CONSENSO POR LAS ARMAS A LA INSURRECCION.....	317
2.4. LA GRAN REVOLUCION DE 1910; LA BUSQUEDA DE UN NUEVO ORDEN.....	333
2.4.1. LA FUERZA DE LA TIERRA: ZAPATA, CAPITAN DE LOS LABRIEGOS.....	343
2.4.2. LA REACCION MILITAR; HUERTA, EL USURPADOR.....	350
2.4.3. EL GRAN ASCENSO REVOLUCIONARIO DE LAS MASAS: LA GUERRA CAMPESINA DE 1913 Y 1914.....	353
2.4.4. EL TRIUNFO CAMPESINO: ZAPATA Y VILLA EN MEXICO TENOCHTITLAN.....	365
2.4.5. LA RESTAURACION CARRANCISTA.....	381
2.4.6. QUERETARO Y LA ASPIRACION CONSTITUCIONAL.....	384
2.5. ULTIMA REFLEXION SOBRE EL ESTADO AL MOMENTO DE LA PROMULGACION DE LA CONSTITUCION DE 1917.....	391
TERCER CICLO: DE LA DINASTIA SONORENSE A LA REVOLUCION DEMOCRATICA EN EL FIN DEL MILENIO.....	395

3.1. SITUACION GENERAL DEL MEXICO POSTREVOLUCIONARIO.	395
3.1.1. SITUACION SOCIAL: EL NUEVO TRIANGULO DE LA - ESTABILIDAD.....	395
3.1.2. SITUACION ECONOMICA: ECONOMIA CERRADA Y MERCADO INTERNACIONAL.....	400
3.1.3. SITUACION POLITICA: BONAPARTISMO PERMANENTE...	406
3.2. LA RECONSTRUCCION NACIONAL DE LA DINASTIA SONORENSE.....	413
3.2.1. OBREGON Y EL PACTO BONAPARTISTA.....	413
3.2.2. LOS SISTEMAS DE CONTROL SOCIAL EN LA ETAPA SONORENSE DEL ESTADO POSTREVOLUCIONARIO.....	428
3.2.2.a. EL EJERCITO.....	429
3.2.2.b. LOS SINDICATOS.....	432
3.2.2.c. LAS CONCESIONES SOCIALES.....	439
3.2.2.d. LOS PARTIDOS POLITICOS.....	447
3.2.3. LA POLITICA ECONOMICA DE LA RECONSTRUCCION....	453
3.3. EL CARDENISMO: LA SOCIEDAD FUNDADA EN UN SUEÑO IMPOSIBLE.....	458
3.3.1. GENESIS: O DE COMO CAMBIARLO TODO PARA QUE TODO SIGA IGUAL.....	458
3.3.1.a. LA REBELION CRISTERA.....	467
3.3.1.b. NUEVA EFERVESCENCIA CAMPESINA.....	474
3.3.1.c. EL MOVIMIENTO OBRERO: DE LA REPRESION A LA REORGANIZACION.....	481
3.3.1.d. EL OCASO DEL JEFE MAXIMO.....	488
3.3.1.e. EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES.....	493
3.3.1.f. EL CONTEXTO INTERNACIONAL.....	500
3.3.2. 1934. EL AÑO EN QUE REGRESO LA REVOLUCION: LA CONSTRUCCION DE UN ESTADO SOCIAL Y CORPORATIVO.....	502
3.3.2.a. LAS ORGANIZACIONES DE MASAS.....	509
3.3.2.b. LA ORGANIZACION CAMPESINA.....	515
3.3.2.c. EL PARTIDO DE LA REVOLUCION.....	516
3.3.3. LAS CONQUISTAS SOCIALES DEL CARDENISMO.....	519

3.3.3.a. LA REFORMA AGRARIA.....	520
3.3.3.b. CONQUISTAS OBRERAS.....	525
3.3.3.c. POLITICA EXTERIOR.....	529
3.3.3.d. SOBERANIA.....	531
3.3.4. LOS COSTOS DEL CARDENISMO.....	532
3.3.4.a. EL CORPORATIVISMO.....	506
3.3.4.b. EL CORPORATIVISMO MEXICANO: SU IDEA ORIGI - NAL.....	537
3.3.4.c. USO Y ABUSO DEL CORPORATIVISMO MEXICANO: EL PREDOMINIO DE LOS DE ARRIBA.....	540
3.4. EL ALEMANISMO COMO REACCION.....	548
3.4.1. SU ORIGEN: LOS ROJOS AÑOS CUARENTA.....	548
3.4.1. a. LA SUCESION DE 1940.....	548
3.4.1. b. BAJO EL PRESIDENTE CABALLERO: AISLAMIENTO - DE LA IZQUIERDA.....	552
DERROTAS PARLAMENTARIAS.....	553
DERROTAS MINISTERIALES.....	555
DERROTAS EN LA JUDICATURA.....	556
AISLAMIENTO POLITICO.....	557
PAPEL DE CARDENAS.....	561
RETROCESO OBRERO Y SINDICAL.....	563
3.4.2. BAJO EL SON DE LA BAMBA: MIGUEL ALEMAN VALDES. .	567
3.4.2.a. MANIOBRAS Y PACTOS CONTRADICTORIOS EN LA - CUPULA ESTATAL.....	567
3.4.2.b. 1946: EL NUEVO GOBIERNO.....	571
3.4.3.LA REACCION PRIVADA.....	573
3.5. EL DESARROLLO ESTABILIZADOR.....	579
3.5.1. EL ASPECTO SOCIAL.....	579
3.5.2. EL ASPECTO ECONOMICO.....	588
3.5.3. EL ASPECTO POLITICO.....	591
3.5.3.a. EL INTERIOR.....	591
3.5.3.b. EL EXTERIOR.....	593
3.6. 1968: SE DERRUMBA EL ESPEJISMO, LA SOCIEDAD DUAL REAPARENTE.....	596

3.7. 1970-1982: BANDAZOS DE UN VIEJO GOBIERNO EN UNA NUEVA SOCIEDAD.....	607
3.8.1982-1988: REDEFINICION DEL ESTADO.....	620
3.8.1. CONTRADICCION ENTRE LIBERALISMO ECONOMICO Y - CORPORATIVISMO:	
LOS ORIGENES DE LA CORRIENTE DEMOCRATIZADORA.....	629
3.8.2. DEFINITIVA ALIANZA GOBIERNO-EMPRESARIOS: FIN - DEL SISTEMA DE EQUILIBRIO SOCIAL.....	633
3.9. REDEFINICION DE LA SOCIEDAD: DESPERTAR DE LOS DE ABAJO.....	635
3.10. CONCLUSIONES: PERSPECTIVAS DEL ESTADO MEXICANO- EN EL FIN DE SIGLO: ENTRE EL ENFRENTAMIENTO Y EL DIA- LOGO.....	642
"EL PAIS YA CAMBIO" O DELA INCOMPATIBILIDAD ENTRE - LAS ESTRUCTURAS POLITICAS Y LA REALIDAD.....	642
LOS DE ARRIBA O SOBRE EL ASALTO FINAL AL PODER.....	653
LOS DE ABAJO O DEL NUEVO MOVIMIENTO POPULAR QUE SE CONSTRUYE.....	666
LA REVOLUCION DEMOCRATICA Y SU PARTIDO O DE COMO, - AUN EN LA CONTRADICCION, EL PUEBLO AVANZA.....	679
ANTE EL NUEVO MILENIO.....	689

INTRODUCCION

La inquietud central del presente trabajo, es explicar el comportamiento de la sociedad mexicana respecto de la organización política que asume al formar el Estado, es decir, cómo es que esa sociedad lo crea y transforma. En cuanto que cada sociedad humana posee una serie de características culturales que le distinguen entre el conjunto de las Naciones, se impuso encontrar los elementos políticos mas importantes de la cultura mexicana, de manera que el análisis de lo Estatal naciese de ellos y no de teorías o lógicas que no necesariamente tienen que concordar con nuestra realidad nacional. Haber trabajado de otra manera hubiera significado, pese a la profundidad y calidad lograda, dejar una duda sobre cualquier conclusión: que ella respondiese, no a la realidad histórica y cultural nacional, sino a una interpretación ajena al país.

En principio, se proponen las siguientes ideas como base del análisis: Primero, que la sociedad mexicana no es uniforme, y que en el extremo, no es posible hablar de una sociedad mexicana. Que existen dos sociedades, separadas en la cultura y la historia por un elemento: la injusticia. Mariano Azuela habló de "los de Abajo" y de "los de Arriba", lenguaje muy claro que podría distinguir a cada una de las sociedades propuestas. La primera tiene raíces ancestrales

en las sociedades indígenas previas al siglo XVI y la invasión castellana; se ha formado en la resistencia al occidental opresor y en la defensa de su modo de vida comunitario; ha construído una serie de valores culturales y reglas de comportamiento en la idea de liberarse del yugo explotador; ha introyectado las enseñanzas históricas por mecanismos muchas veces extraños al modo occidental de acumulación de conocimientos y; ha formado un proyecto de Nación alterno al de sus contrapartes sociales, los de Arriba. Estos, heredan de los europeos occidentales llegados a las Américas en el siglo XV, la idea de merecer la Tierra y sus riquezas por el simple hecho de sangre: son los hijos de los conquistadores; su cultura y sus valores están formados para asegurar el dominio social, político y económico, excluyendo a los explotados por un criterio de casta; reproducen, repitiéndolo, el comportamiento de las Naciones centrales del occidente noratlántico y asumen la cultura de esos centros internacionales de poder como la suya, al elaborar su proyecto de Nación.

Segundo, que ambas sociedades, en la defensa de sus proyectos históricos, han formado la estructura Estatal por medio de su continuo enfrentamiento.

Tercero, que el resultado de dicho enfrentamiento puede ser, esquematizado, de dos tipos; un modelo de equilibrio o una prueba de fuerza. En el primer caso, el Estado

nace como el mecanismo de balance entre los intereses de los de Abajo y de los de Arriba, teniendo como vértice de estabilidad un gobierno aceptado por el consenso y la necesidad de ambas sociedades. En el segundo, las sociedades se enfrentan en la guerra social tratando de imponer hegemónicamente su propio proyecto histórico.

Cuarto, que los momentos de equilibrio y los de enfrentamiento han sido consecutivos en la historia nacional, a partir de la Conquista. Porque en las distintas pruebas de fuerza ninguna de las sociedades ha logrado imponerse y crear su propio Estado, debiendo conformar de nuevo el sistema de equilibrio. Pero también porque durante la vida del modelo de equilibrio, el vértice estabilizador (gobierno) tiende a identificarse con la sociedad opulenta y opresora, hasta confundir sus intereses con los de ella y romper el consenso mínimo, orillando a un nuevo enfrentamiento social.

Quinto, que en éstos enfrentamientos cíclicos, la correlación de fuerzas sociales se ha ido transformando, dando paulatinamente mas fuerza a los oprimidos. Esto, porque en realidad, los de Arriba no podrían nunca imponerse hegemónicamente, por ser una minoría muy reducida. Ello les obliga a reformular el Estado de equilibrio despues de cada prueba de fuerza. Pero para lograr el consenso mínimo indispensable, están obligados a ofrecer siempre la Liberación absoluta a

los oprimidos, aunque sólo cumplan efectivamente una parte del ofrecimiento social. Los explotados, por su parte, aprenden de la Historia y luego de cada ciclo, están en condiciones de exigir mejor y con más eficiencia el cumplimiento total del ofrecimiento aunque efectivamente sólo logren un mayor cumplimiento. De ahí que al fin de cada prueba de fuerza, el Estado-equilibrio social representa mayores conquistas populares (aunque no necesariamente espectaculares), acercándose en el futuro a una sociedad unida, en la que, gracias a la acumulación de avances de los de Abajo, estos conformarían completamente la Nación y el Estado mexicanos.

En conclusión, la razón histórica estaría de parte de los de Abajo, y el triunfo final, en sus manos.

Para comprobar lo anterior, sin embargo, se ha impuesto hacer una relectura histórica. Ello implicó una investigación muy amplia y la reflexión profunda sobre los hechos históricos analizados. El resultado es voluminoso, por lo que debo ofrecer disculpas, aunque no parece haber existido opción, dado que casi todas las lecturas históricas de nuestro desarrollo social y político parecen haber sido escritas para justificar la permanencia de la injusticia y la razón de la minoría, de manera descarada o bien oculta tras las fachadas del cristianismo, del liberalismo y de la Revolución.

Agradezco a la Maestra María de la Luz González y González por su paciencia franciscana durante este año de trabajo y por sus duras y claras observaciones teóricas e históricas.

Mi gratitud es también para los amigos y hermanos del grupo Regeneración, de la Facultad de Derecho y a muchos otros de varias agrupaciones a quienes nos ha unido la idea y el sentimiento de participar, en la prueba de fuerza que ahora se avecina, en favor de la Justicia, la Democracia y la Liberación.

Y, ante todo, a mi familia; a mi padre y mi madre, quienes me entregaron lo mejor de la cultura de los de Arriba: la capacidad crítica y libertaria del Occidente Cristiano, y a María, quien me mostró el amor y la esperanza poderosos del México de Abajo.

Dicho lo anterior, sólo me queda desear que este largo trabajo sirva para la comprensión de nuestra patria y para su Liberación. Comprensión urgente, dado que al fin del milenio, estamos por concluir un ciclo más, y pasaremos pronto a la prueba de fuerza.

ORIGENES DEL ESTADO MEXICANO Y SUS
PERSPECTIVAS AL FIN DE SIGLO

PRIMER CICLO: DE LA CONQUISTA A LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA

1.1 ANTECEDENTES

El Estado Mexicano no puede ser comprendido sino dentro del contexto de una sociedad permanentemente convulsio-nada por mayores o menores estallidos como fué y es aún, Méxi-co; Leticia Reina, en su estudio "Las Rebeliones Campesinas en México. 1819-1906", nos dá una idea clara acerca de ésto: "Los movimientos campesinos representaron las diferentes mani-festaciones de descontento contra un sistema social que los oprimía (a los hombres del campo) (1). Habla la citada autora de una sociedad dividida entre poseedores y desposeídos lo cual nos acerca un poco al concepto de la sociedad mexicana del siglo XIX y nos permitirá, como veremos en ésta parte, comprender un poco las contradicciones de México. Por lo mismo, habremos de ahondar en la formación histórica del grupo

(1) Reina, Leticia. "Las Rebeliones Campesinas en México. -- (1819-1906)". Siglo XXI. Colección América Nuestra. Se-gunda Edición, 1984. P. 15.

humano que hoy conocemos por Nación Mexicana y a partir de esa base analizaremos el movimiento armado que se inició en 1810.

La historia no es un cúmulo de datos cronológicos ni colección de anécdotas de hombres o mujeres ilustres. Es el constante devenir de un grupo que ha adoptado determinados patrones culturales y de organización que sirven para distinguirlo de otros grupos, anteriores o contemporáneos a él.

El Estado, al decir de Luis Sánchez Agesta, es "una comunidad organizada en un territorio definido, mediante un orden jurídico servido por un cuerpo de funcionarios y definido y garantizado por un poder jurídico autónomo y centralizado, que tiende a realizar el bien común en el ámbito de esa comunidad" (2).

En su definición, es importante recalcar algunos rasgos. Primero, la existencia de una comunidad, es decir de un grupo de humanos que comparten un número determinado de elementos culturales que les distinguen. Segundo, que

(2) González Uribe, Héctor. "Teoría Política". Editorial Porrúa, S.A., México, 1984. Comentando la concepción de Estado de Sánchez Agesta, P. 158.

como uno de esos elementos de cultura, el grupo organiza un cuerpo de funcionarios que habrá de coordinar la actividad comunitaria con arreglo a ciertas reglas que el mismo grupo ha elaborado, pensando en que la organización redunde en el mayor beneficio para el mayor número de miembros de la misma comunidad.

De estas consideraciones se desprende la necesidad de repasar de manera somera la conformación del grupo humano, que de una manera o de otra, dió origen al Estado Mexicano. De proceder de otra manera probablemente no sería dable siquiera el acercarnos a una verdadera comprensión de las fuerzas sociales que sustentan o desquebrajan ése aparato de organización jurídico-social.

Si bien el presente estudio tiene como meta principal definir las perspectivas del Estado Mexicano para el fin del siglo XX, es indudable que la sociedad que está hoy "jugando" a la organización Estatal tiene antecedentes y raíces muy antiguas, pero no por ello distantes. Para darnos una idea acerca de éstas, es mi intención realizar un breve estudio de la composición social de la Nación Mexicana, su organización económica y sus manifestaciones políticas hasta el fin del virreinato, punto de partida para el análisis de la estructura moderna de nuestro país. El análisis será por fuerza reducido y excesivamente generalizador, pero ello no importará demasia-

do dado que su función será sólo la de situarnos con claridad sobre el campo social en que nos movemos.

1.1.1 ANTECEDENTES SOCIALES: LA CONSTRUCCION DE UNA CASTA PARASITARIA.

A partir de 1521, cuando el dominio español inició su etapa de auge e imposición totalizadora sobre las antiguas tierras de Anawak (3), un fenómeno de suyo muy antiguo se inicia entre los recién llegados y los antiguos pobladores: El nuevo grupo, minoritario como era, impone al grupo indígena sus patrones culturales y su dominio político.

Pero en este proceso de estratificación hay algunos factores especialísimos que habrían de imprimir a la división vencedores-vencidos, un tinte mucho más perdurable y trágico. Por una parte, los pueblos que a partir de 1519, cuando llegan los castellanos a la Ciudad-Estado de México-Tenochtitlán, mantuvieron un estado de Guerra-Conquista-Resistencia, son pueblos entre los cuales no existía ni las más remota o antigua noticia acerca de la existencia del otro. Es revelador que los aztecas hayan visto en los invasores a un antiguo Dios- Hombre legendario que había prometido regresar a la

(3) Se usará la moderna ortografía del nawatl, de origen fonético, salvo para los nombres propios o geográficos que son -mas conocidos de acuerdo a la tradicional.

tierra, o que los hombres de Castilla hayan creído encontrar a una de las tribus perdidas de Israel. El desconocimiento mutuo sólo provocó un antagonismo más grave. Motivó que ninguno de los protagonistas tratara de comprender siquiera ligeramente la mentalidad o razón cultural de su oponente y los orilló a una guerra sin cuartel, cuya primera víctima material fué la magnífica urbe azteca.

Por otra parte, hay entre los castellanos un factor psicológico que aumenta aún más el rechazo irracional a toda manifestación social o cultural indígena; una actitud de Afirmación Sádica (4) motivada por su propio origen cultural y étnico. Eran hombres que salían de una España eminentemente indefinida, cuyo único elemento cohesionador como Estado fué la Religión Católica Romana, pero que arrastraban como sociedad una serie de contradicciones nacidas de siete siglos de flujo y reflujo de la Reconquista contra los moros. Así, muchas de las costumbres españolas eran de un claro origen musulmán (por tanto, infiel), muchas de las palabras y modismos del mismo castellano eran árabes, buena parte de las finanzas eran manejadas por moros y judíos, algunos conversos otros no, pero todos integrados después de setecientos años en --

(4) Rodríguez Manzanera, Luis. "Criminalidad de Menores" Editorial Porrúa, México, 1987. P. 17 y sigs. Investiga el fenómeno mencionado.

una sociedad en cierto sentido cosmopolita. La gran contradicción es que el reino Español surge al fin del milcuatrocientos como el primer gran Estado Europeo de la era moderna y por lo mismo, el carácter cosmopolita y aún libre (en materia de cultos; por ejemplo, es bueno recordar la tolerancia musulmana) de su sociedad era un escollo en el difícil camino de la unidad. Aquéllos postreros años del siglo XIV nos muestran una España convulsionada por los enérgicos intentos unificadores de la Corona. Ello creó, indudablemente, un sentimiento de inseguridad de sus ciudadanos acerca del valor real de su propia cultura, raza e idioma, todos fruto de amalgamas entre las tradiciones cristiano-occidentales, musulmanas y judías; y con ésa inseguridad vino la necesidad de superarla. ¿Cómo? Por medio de la eliminación de todas las otras opciones de vida, cultura o sociedad con las cuales les tocara en suerte toparse. De ése modo, por eliminación, el único modo "correcto" de vivir en sociedad sería el español. Ello es la afirmación sádica. Luego es decir que la idea nos explica en mucho la actitud imperial de la política española hacia Europa en aquéllos decenios de Reforma y Contrareforma. Y más claro es que ésa actitud de intolerancia y fanatismo por las propias creencias, generaron un ataque más salvaje y violento contra la cultura de Anawak, que por otra parte era, ante sus ojos de recién llegados, diabólica.

Respecto de los pueblos mesoamericanos es importante anotar su concepción cosmogónica centrada en la religión.

Eran pueblos cuyas prácticas rituales tenían ciertos tintes fanatizadores. Su misma estructura política estaba vinculada de manera estrecha con la jerarquía ritual. Ello les hizo derivar hacia concepciones totalizadoras y deterministas sobre la vida, pese a que el sustrato original de las reglas de conducta nawas se hallaron mandamientos tan libertarios y críticos como éste: "La tierra entera está a tus pies. Con tus manos moldéala según tu propio corazón" (5) lo malo es que lo que el "propio corazón" deseaba era por obligación lo que a la comunidad convenía y ésta comunidad dictaba sus intereses según las interpretaciones que los nobles y sacerdotes hacían de la voluntad Divina. Este determinismo religioso fué benéfico en ciertas ocasiones. Por ejemplo: en la formación del Estado Mexika entre 1426-1428. El sabio Tlakaélel usó la estructura político-sacerdotal para convencer primero y guiar después al grupo Tenochka en la liberación contra Atzacapozalco. La nueva interpretación del origen Tenochka, prefabricada por él mismo, justificaba la conquista de Anawak como una labor semidivina (6). Esta interpretación del destino histórico

(5) El To Poal es una especie de Código de Conducta transmitido hasta hoy de manera oral en los grupos nawas.

(6) Velasco Piña, Antonio. "Tlacaélel, el Azteca entre los aztecas" Editorial Jus. México, 1987.

religioso del pueblo azteca hizo que los humildes "comedores de lagartijas" trocaran su corazón por el de "altivos hijos del sol". Sin embargo, una visión ritual del mundo y de su devenir, no son eficaces para enfrentar cambios bruscos en el mundo de la realidad material o política. Puede servir para aglutinar hombres alrededor de la causa religiosa y guerra, pero no para interpretar fenómenos nuevos. En el largo plazo, con tiempo suficiente para discutirlo, la concepción católico-romana del universo se modificó, adaptó y pudo explicar los nuevos descubrimientos geográficos y científicos del renacimiento; la teocracia militarista Nawatl no tenía tiempo: los "teules" blancos estaban ahí, a las puertas de su reino y no había explicación rápida que le permitiera reaccionar oportunamente. Para nosotros es conocido el resultado de esa incertidumbre ante lo nuevo.

Así, no es de extrañar el desesperado canto del poeta, "hemos perdido la Patria...", en 1521. La poesía Nawatl de aquellos años refleja una amargura difícilmente descriptible (7). Situándonos en el contexto indígena, la tragedia es mucho más que la derrota militar, o que el sometimiento al extranjero: todo había desaparecido, todo había sido abajado, las costumbres, la organización comunitaria, las dignidades civiles y religiosas, y los mismos dioses habían dejado de

(7) León Pórtilla, Miguel. "Visión de los Vencidos". U.N.A.M. México, 1971.

existir. Y en el sustrato económico, la misma idea del valor fué trastocada. Nos dice Motolinía, que una pieza de jade preciosamente labrado que hubiera comprado la ciudad entera de Texcoco en 1500, en España valía unos pocos pesos (8). Desbancados los dioses, destronados los WEY TLATOANIME (venerados oradores o señores), modificada la idea de valor de cambio del jade al oro (9), la sociedad azteca era fácil de dominar. Pero lo más grave es que no sólo los Tenochka fueron subyuga-

(8) Tibón, Gutierre. "El Jade en México" Editorial Panorama. México, 1983.

(9) La importancia del jade como objeto precioso universalmente aceptado en el mundo mesoamericano ha sido poco investigada, pero cabe conjeturar que era tal, que al momento de la Conquista y de que los castellanos impusieron el patrón oro-plata despreciándolo, desmantelando sin darse cuenta, toda la organización financiera de Anawak. Ello explicaría la desaparición de la clase pudiente y comercial (pochtekatl) que en otros casos de Conquista ha tenido la cualidad de permanecer pese a guerras y evangelizaciones: los dueños del dinero nunca dejan de tenerlo, aún cuando cambien de señor o de Dios. Lo grave es que en el Anawak de 1521 el dinero dejó de serlo y así la Conquista hizo siervos de todos: antiguos ricos y antiguos pobres. También se explica así el reducido número de nobles indígenas supervivientes en el Virreinato: prácticamente sólo mantuvieron su rango aquéllos que habían recibido la protección de Cortés solicitada por Moctesuma Xokoyotsin para sus familiares. En el Perú, donde el oro era la base de la riqueza, es interesante una mayor permanencia de las clases privilegiadas "indias" en la Colonia.

dos, los tlaxkalteka y zempoalteka, aliados, lo fueron también, sólo con diferencia de grado. Si los senadores de Tlaxcala se habían unido a los castellanos como un plan de liberación contra el dominio de la triple Alianza del Valle de México, ya al poco caían en cuenta que junto con los ídolos de las Ciudades del lago, caían también los suyos propios. Pronto comprobaron que las viruelas, que impidieron a Cuitláhuac y a Cuauhtémoc levantar 200 mil guerreros en la defensa, diez-maban sus propias filas de aguerridos montañeses. No, definitivamente, la guerra de los hombres de Castilla fué muy diferente a los cíclicos vaivenes de poder y hegemonía de las varias Ciudades - Estado mesoamericanas. Podemos decir que incluso para las naciones aliadas a la Corona Española, la nueva era con sus radicales cambios, representó primero inquietud, luego desconcierto y al fin servidumbre y pobreza. Rodríguez Manzanera (10), en su interpretación histórica del ambiente social de la conquista opina que así como los castellanos reafirmaban su ser y su cultura eliminando la cultura prehispánica, los mesoamericanos, empezando por los aztecas, usaron un mecanismo de defensa psicológica de manera generalizada, llamado "formación reactiva" por el cual, de ser un pueblo "orgullosa y feroz se convierte en uno patológicamente sumiso, humilde y servicial". Cita después un poema nawatl de la época:

(10) Rodríguez Manzanera, Luis. OP. Cit. Pág. 17. Alguno de -- los datos son también de las notas del curso de Criminología impartido por el maestro en el semestre 87-II en la Facultad de Derecho de la U.N.A.M.

"Puesto que nuestros dioses han muerto,
 Dejennos pues ya morir,
 dejennos ya perecer."

Hay 3 actitudes importantes en que se traduce ésta formación reactiva, éste abandonarse de los mesoamericanos.

A) En los primeros decenios de la Colonia, aunada a las pandemias y al trabajo esclavo, se generalizó entre las familias indígenas la costumbre de evitar la concepción y de abortar a los hijos que no fueran indispensables. Esto es un acto claro de suicidio colectivo. De esa manera, ya la única al parecer, se resistía al invasor, negándole obtener más esclavos. (11). Son esclarecedoras al respecto las ordenanzas reales y canónicas contra los "brujos" y "brujas" que realizaban los abortos clandestinos o distribuían sustancias

(11) La "desgana vital", nos explica este autor español moderno, fué una de las explicaciones del tremendo descenso demográfico de la población indígena tras la llegada de los españoles, es decir, la negativa a la procreación y los abortos provocados, como consecuencia de la sensación de hundimiento de la propia cultura. Debe unirse a la propagación de enfermedades europeas para las cuales los naturales no tenían defensas biológicas y a la explotación hispana. Ver Zaragoza, Gonzalo. "América Latina. Epoca Colonial. Editorial Anaya; Madrid, 1987. P. 22 y siguientes.

y técnicas anticonceptivas. Estas disposiciones, aparentemente religiosas, esconden la reacción del conquistador ante una loca ofensiva de sus nuevos siervos, que preferían la extinción de su estirpe a la vida indigna que el Virreinato les ofrecía. Lo que sin embargo más nos debe interesar es el resentimiento y la ira contenida por la impotencia que esta actitud.

B) El trabajo, anteriormente un medio para la superación propia o de la comunidad, deja de serlo para convertirse en carga oprobiosa que se sufre por causa y en beneficio de los amos. De aquí surge otra manifestación de la resistencia indígena: si el fruto del trabajo sería sólo para el amo, entonces, que ése fruto fuera pequeño. Se han realizado estudios profundos sobre la pereza como oposición al opresor en Colombia (12). Esta reacción ha permanecido en nuestro pueblo durante siglos en vista de que su causa material, un sistema de producción y distribución de la riqueza eminentemente injusto, también ha perdurado.

C) El hecho de que un pueblo encuentre en determinadas actitudes una manera de oponerse a la crueldad de la realidad que le ha tocado vivir, no implica, ni mucho menos, que

(12) Rodríguez Mánzanera, Luis. Apuntes de clase, 87-II.

con ello resuelva los problemas de esa realidad. En el fondo, podemos ver que las manifestaciones de formación reactiva ya citadas, no dejan de ser de carácter pasivo y su efecto en los explotadores es indirecto. Es más, de manera inmediata, representan un daño a los mismos oprimidos. Podemos decir que no resuelven el problema, sólo lo van posponiendo y paliando y ésto muy relativamente. Permiten, eso sí, sobrevivir en el corto y aún en el mediano plazo, soportando la opresión, pero al largo plazo, terminan siempre por haber acumulado suficiente frustración y resentimiento como para hacer estallar la sociedad.

Debemos recordar que el período virreinal no fué uno de paz y estabilidad constantes. Al contrario, el siglo XVI, presentó graves conflictos originados en la misma conquista y el desmantelamiento de la sociedad prehispánica. Los mismos castellanos se enredaron en graves reyertas, referentes desde el trato debido los indígenas hasta la naturaleza espiritual de los mismos. Así, podemos recordar que el proyecto Franciscano de crear una Nueva Iglesia en un Nuevo Mundo, logró que los primeros colegios fundados en Nueva España formaran integralmente a un segmento de la raza indígena con un nivel muy alto de excelencia (13), pero éste proyecto fué abandonado

(13) Rodríguez Manzanera, Luis. OP. CIT. P. 20.

por una orden real que limitó la enseñanza a la alfabetización y detuvo la fundación de Colegios. Si suponemos que el sector indígena beneficiado en esos años por la educación castellana había aceptado integrarse al nuevo orden, podríamos decir que el resentimiento por la cancelación del proyecto educativo para los naturales fué muy grande, dado que, sumaba a la imposición de un orden extranjero, el evidente mal uso de dicho orden para cerrar el acceso de los sometidos a las castas superiores.

Durante el siglo XVII los levantamientos indígenas continuaron, así como los motines en la Ciudad de México. Cabe aquí asentar que el proyecto virreinal español, procuró fundar nuevos centros urbanos cuya conformación fuera controlada completamente por los castellanos, para evitar los problemas que en México-Tenochtitlan les causaba la población indígena originaria. Ello arrojaría alguna explicación política a la fundación de una Ciudad castellana paralela a Chololan, como fué Puebla, o sobre la fundación de Guadalajara al occidente. El proceso fue bien servido por los descubrimientos mineros al norte de Mesoamérica. Así, salvo los motines en la capital cuyo medio de cultivo era la gran población natural en el Valle de México, se lograba relegar los posibles focos de insurrección a las zonas rurales, incentivando aún más la huida de los "indomables" a las anfractuosidades de la sierra y permitiendo al gobierno central, la posibilidad de conceder

a los caciques indios una especie de autonomía en sus dominios, con el poco pago material de obediencia a la Santa Iglesia y al Rey de España, ya que nunca alguno de esos cacicazgos contaría con un centro urbano lo suficientemente grande y populoso como para representar un peligro al poder castellano (14).

El siglo XVIII representó para Nueva España la época de mayores problemas sociales, dado que las relativamente aisladas rebeliones campesinas de otras épocas, se convertían en insurrecciones regionales. En el fondo, lo que estaba en crisis, como había sucedido en los dos siglos anteriores, era el modelo de orden social que los conquistadores habían establecido en el Virreinato; el 4o. Virrey, Martín Enríquez de Almansa, al dejar instrucciones a su sucesor en 1580 definía al Reino de Nueva España como una sociedad organizada en dos Repúblicas: "la de indios y la de españoles. La primera, de gente miserable y desvalida frente a los abusos y exigencias de los españoles. La segunda dada a la murmuración, a las pretensiones de riqueza y poder..." (15).

(14) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. Este autor, nos dá una visión clara acerca de la importancia de la ciudad como centro de poder y asentamiento hispano en un mundo indígena extraño. P. 30 y sigs.

(15) Lira, Andrés. "Economía y Sociedad" en "Historia de México" T. 5, P. III y siguientes.

Estas dos sociedades se habían ido enfrentando desde los tiempos de la Conquista y en cada lucha habían ido estabilizando un orden político que permitía a la Audiencia y al Virrey manejar los destinos del Reino con alguna eficacia. Sin embargo, el siglo XVIII trajo consigo el primero de los embates internacionales sobre lo que hoy es México.

Durante los primeros años de aquel siglo, los Borbones franceses lograron ocupar el trono de España; con este cambio de dinastía el futuro de las Colonias Americanas cambió también. El objetivo central de los Austria (Habsburgos), había sido consolidar la fortaleza del Estado Español, respecto de los otros Estados Europeos. La función de las Colonias era mantener el esfuerzo bélico y político de Madrid con envíos de oro y plata. Con la llegada de los Borbones y la consiguiente sumisión y alianza a la política francesa, las miras del gobierno real se enfocaron hacia la eficientización de la administración colonial, de tal forma que la metrópoli pudiera explotar de manera plena los recursos del Nuevo Mundo y el monopolio comercial que con él mantenía (16).

La política indiana también sufrió un cambio. Los

(16) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. P. 66 y siguientes.

Virreyes al servicio de los Habsburgo habían procurado estabilizar la Sociedad novohispana por el sistema de "Dos repúblicas" que manteniendo la Hegemonía española, permitía a los indígenas cierta autonomía. Este era sin embargo, un modelo social extremadamente rígido para las nuevas necesidades de los Borbones. Se requería una sociedad en la que la corona y sus súbditos emprendedores, no hallaran trabas para una explotación intensiva de los recursos y ventajas del país y las llamadas "repúblicas indias". (17) encarnaban uno de los primeros y más graves escollos a este proyecto.

Por su parte, los criollos novohispanos, tampoco estaban dispuestos a perder las ventajas que la sociedad dual les otorgaba. La estabilidad del modelo les había permitido hacerse con todos los privilegios económicos desde un principio, dado que, a cambio de la autonomía concedida a algunos caciques indígenas y de la nominal protección de la Corona a las naturales, los españoles americanos habían recibido sucesivamente la encomienda, el repartimiento y las facilidades fiscales de la Hacienda. Cabe destacar que aparte de los metales preciosos, el otro gran recurso de la Nueva España era su relativamente alta concentración de habitantes (18).

(17) Lira, Andres. "Espejo de Discordias". S.E.P.- Cultura, - México, 1984. Lucas Alamán, P. 143 y siguientes.

(18) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. (esquema de población, p. 22).

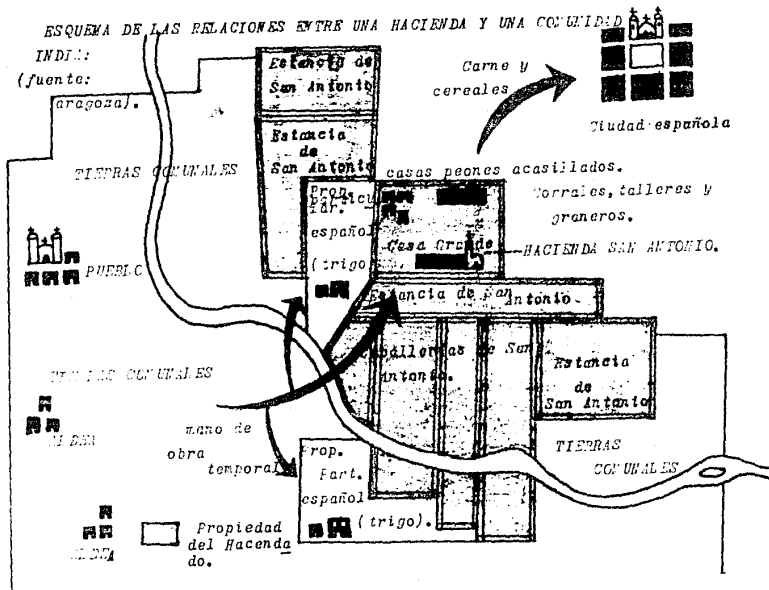
Era mano de obra esclava primero, luego tributaria y al fin, barata.

La comprobación de ello es el hecho de que ya desde el siglo XVII, cuando la Encomienda y el repartimiento dejaban de ser rentables, las nuevas Haciendas se asientan siempre en la cercanía de los pueblos indios autónomos, de manera que les fuera fácil aprovechar la mano de obra de éstos en los meses en que los naturales no trabajaban sus sementeras comunales (19).

Los dueños de las haciendas, hinchados de plata, solían vivir en la ciudad española más cercana, desde la cual podían administrar su o sus propiedades y donde estaban al alcance las autoridades virreinales que les podían facilitar permisos, eximir de impuestos o convalidar sus apropiaciones de tierra. También vivían ahí los mineros prósperos por similares razones.

Y todos ellos forman en esos lugares una oligarquía que poco a poco fué haciéndose con los hilos del poder económico y político.

(19) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. (esquema de las Haciendas, P. 35).



La corona había intentado frenar ésta acumulación de poder a través de dos canales. Primero, por medio de la protección a las comunidades indias y sus propiedades, acción que permitía poner un límite a la acumulación de riqueza por los criollos y ganaba para los representantes del soberano cierta gratitud y lealtad de los pobladores rurales que podía fácilmente contrapesar la fuerza política de la oligarquía criolla. Segundo, bien se cuidó la metrópoli de contener la aspiración de nobleza de los criollos. La concesión de títulos nobiliarios fué muy reducida, pese a que en épocas de crisis los funcionarios coloniales las vendían e incluso subastaban para obtener ingresos. Lo cierto es que se impidió la formación de una aristocracia local por medio de la limitación "a una vida" o a lo más "a dos vidas" (una "vida", una generación) de los derechos de encomienda o repartimiento. Así se despojaba a los pocos nobles locales de derechos hereditarios sobre tierras y hombres y ello permitía al Estado Virreinal controlar mejor su "República de Españoles" en la que de una manera u otra todos tenían la supuesta libertad de ascender por la escala social o de desplomarse en ella según los tratara la suerte o los amigos.

Sin embargo, es claro que pese a la efectividad de estos controles, la corona dependía de ésa pequeña porción de blancos americanos para mantener su dominio colonial sobre los reinos de Nueva España.

Ello, y la privilegiada posición económica de los criollos, los hizo poderosos enemigos de las reformas borbónicas que en muchos sentidos atentaban contra sus privilegios.

En una administración colonial moderna, la existencia de privilegios de casta impedía el surgimiento de industrias y empresas; y privilegios, de una manera u otra, eran los que el sistema de las "dos repúblicas" había concedido a los nativos por un lado y a los blancos por el otro.

Dice Gonzalo Zaragoza que las reformas llegaron tarde y duraron demasiado poco (20), lo cual es cierto. Sin embargo debemos hacer mención de que en el nivel local, fracasaron también por la razón que explicamos arriba.

La función de los enviados de Carlos III era modernizar la administración de la Nueva España, "niña de los ojos del imperio" (21) y la más próspera de las colonias en la segunda mitad del siglo XVIII y debían encontrar una solución que superara la oposición a las reformas que planteaba arriba. ¿cuál fué ésta? ¿cómo se logró aplicar la Reforma?.

(20) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. P. 72 a 75.

(21) Descola, Jean,. "Les Libertadors" Fayard, Francia, 1978 P. 36.

El sistema dual de organización social formaba, al decir de Krause, un triángulo; "los intereses materiales al acoso, los indígenas en la resistencia, la Corona protectora..." (22). Su tercer vértice tiene un eminente carácter político, más que social. El gobierno no es formado exclusivamente por miembros de la oligarquía criolla y no está motivado en su actuar por los intereses de aquélla sino por la voluntad Real.

Se convierte en el punto de equilibrio de las dos sociedades, o "Repúblicas", para usar el lenguaje del Virrey Enríquez de Almansa. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XVIII, los representantes de la Corona lograron aplicar las Reformas de Carlos III, gracias precisamente a su carácter de balanza entre los dos mundos novohispanos: el de los naturales y el de los blancos. Y como es más fácil superar un obstáculo que dos, las reformas se aplicaron para beneficio a la oligarquía criolla, la cual aceptó la modernización a cambio de una actitud menos protectora del Rey para con las comunidades indígenas. Así, se decidía suprimir paulatinamente los privilegios de los naturales de manera que sus tierras y mano de obra quedaran libres y pudieran ser usadas por los hacendados y mineros criollos. Se liberaba una buena

(22) Krause, Enrique. "Biografías del Poder. Emiliano Zapata. El Amor a la Tierra". Fondo de Cultura Económica, México, - 1987. P. 8 y 9.

porción de las tierras del país y se incentivaba así la producción. De ésta manera se lograba dar a los criollos una participación jugosa en la aplicación de las reformas. De hecho, no sólo los hacendados ya establecidos aumentaron sus actividades agrícolas; en ciertas zonas, como en lo que hoy es Morelos, los comerciantes de la Ciudad de México invirtieron sus excedentes en la compra de haciendas cañeras (23), despojando a muchos pueblos.

Así, las reformas se aplicaron en beneficio de uno sólo de los sectores del país, de una sólo de sus sociedades. La modernización económica implicó un retroceso social. Desequilibró la sociedad novohispana y en el fondo, preparó las condiciones de tensión y descontento para la Revolución de Independencia (24).

De lo antes expuesto, podemos determinar cuál era la conformación social de la incipiente nación mexicana; Una organización dual, formada por un lado por los naturales, agrupados en torno a sus pueblos, municipalidades y "repúblicas" y por el otro los españoles americanos, asentados en las ciudades y dueños del poder económico. El poder metropolitano actuaba como fiel de ésta balanza social y mantenía

(23) Krause, Enrique. OP. CIT. P. 17.

(24) Gilly, Adolfo NEXOS. "La Otra Modernidad".

de ésta forma, el monopolio de los altos cargos públicos en manos de españoles europeos o peninsulares, ajenos normalmente a los intereses de casta de la Nueva España.

Estos intereses de casta, que hacían indispensable la existencia de un monarca en Europa y por lo mismo imparcial, explican también, según ya se dijo arriba, los constantes enfrentamientos armados entre naturales y blancos durante la etapa virreinal. El que estos choques sociales se hayan convertido en grandes rebeliones regionales en la segunda mitad del siglo XVIII es comprensible desde el momento en que la Administración Colonial apoyó y se apoyó en los intereses criollos para hacer más rentable la Colonia.

Así, los pueblos indígenas ya no podían confiar en un fallo imparcial, o al menos equilibrado, por parte de la Corona. Al reconocer la identidad de intereses oligarquía-Monarquía, la única opción era la insurrección, no sólo contra la Hacienda como había sido común, sino también contra el orden colonial, de donde surgió naturalmente el ansia por reestablecer el antiguo régimen propio, tendencia radicalmente expuesta por Jacinto Canek (o Quisteil, según Lorenzo de Zavala (25)) en Yucatán; Mariano, "Máscara de oro", en Nayarit

(25) Lira, Andrés. OP. CIT. Lorenzo de Zavala. P: 31 y siguientes.

(26); y Tupac Amaru en el Perú (27) como la Corona ya no representaba una solución de justo equilibrio en la sociedad dual, aquéllos que estaban siendo perjudicados por la modernización borbónica de la Colonia, iniciaron la lucha por desligarse de la Monarquía Española. Esta lucha no era posible dentro del nivel en que se habían dado las antiguas rebeliones, donde un pueblo o una raza peleaban contra los blancos de la comarca que procuraban explotarles más.

Fue necesario aglutinar a los oprimidos de una zona más amplia, fuera una Intendencia o una Capitanía General. Los conflictos dejaron de ser entre pequeños grupos representantes de las "dos repúblicas" y pasaron a ser entre amplios sectores de naturales y blancos, el preludio de las guerras de castas del siglo XIX.

(26) Torres Flores, Cárabes. "Historia Activa de México". Editorial Progreso, S.A. México, 1982. P. 171.

(27) Mora, José María Luis. En su obra "México y sus Revoluciones" habla de las pretensiones de algunos de los naturales que -- "han llegado a proyectar un sistema puramente indio en que ellos lo fuesen exclusivamente todo" y nos dice el recopilador Andrés Lira -- (OP. CIT. P. 71 y siguientes) que se refieren a los proyectos de -- Juan de Dios Rodríguez Puebla (1798-1848), rector del Colegio para Indios de San Gregorio, lo cual demuestra que la Independencia como Liberación absoluta y radical del antiguo conquistador europeo se manifiestó en todos los foros de la sociedad novohispana, así en la sierra rebelde como en el claustro del intelectual. Esta idea nos demuestra de la profunda división congénita de la sociedad mexicana.

Otro fenómeno social de importancia que provocó la división de la sociedad novohispana fué el mestizaje. Normalmente se ha explicado su origen en la relativa flexibilidad española para unir su sangre a la de otros pueblos, tendencia clara por los cruces que le dieron origen al propio pueblo español. En ello hay gran parte de verdad, pero también parece haber influido el hecho de que, en una sociedad tan duramente estratificada, prácticamente dividida en dos naciones, una manera de escapar a la "sección" racial a que se pertenecía era el "mejorar" la sangre, o el "blanquearse", término éste último usado aún en los últimos años del Porfiriato (28). Porque, pese al peligro de ser repudiados por una y otra de las sociedades virreinales, había la posibilidad de gozar de los privilegios y seguridades de ambas (29). Cuando las

-
- (28) Krause, Enrique. "Biografías del Poder. Porfirio Díaz. Místico de la Autoridad. "Fondo de Cultura Económica, México, 1987, P. 52. Nos habla de cómo el mestizo de recio origen oaxaqueño, mixteco, fué "pulido" y "hasta blanqueado" por su segunda esposa, Carmelita Romero Rubio para fundar el culto a la personalidad, última de las doce riendas con las que en su opinión Díaz "domó" México
- (29) En su estudio ya citado ("Economía y Sociedad") Andrés Lira nos dice que el mismo ex-Virrey Enriquez de Almansa aseguraba a su sucesor que "entre los indios andan mestizos, mulatos, negros y 'demás gente menuda' incitándolos a pleito en los tribunales y consumiendo la mayor parte de sus bienes". Advertía que a ése grupo era al que había que temer en verdad pues "revolvían la tierra", mientras "indios o españoles" se conformaban, mal que bien, cada uno en su República".

reformas borbónicas desestabilizaron el sistema de balanza, y los oprimidos se rebelaron, la Corona aprovechó el ánimo de mejoras de los mestizos y encontró en ellos buen material para formar las filas del ejército colonial que enfrentó las rebeliones y que tenía la supuesta meta de evitar una invasión inglesa como la sufrida en La Habana en 1762 (30). Así la reestructuración borbónica tuvo por consecuencia abrir nuevos campos de trabajo y realización para el creciente número de mestizos. Inundaron los cuadros bajos y aún medios del Ejército, la administración de Intendencias, las empresas de transporte, el pequeño comercio, el contrabando (ya casi oficial, por las sucesivas aperturas comerciales decretadas en Madrid). Al fin del virreinato, fueron ellos los más asiduos concurrentes a los diversos centros de cultura que la tardía ilustración Mexicana había abierto. Este último proceso fué incentivo de las luchas por la autonomía y luego por la independencia, pero no logró (ni ha logrado hasta hoy), romper el juego de la sociedad dual y terminó poniendo éstos nuevos mexicanos en la disyuntiva de servir, con sus conocimientos, a una u

(30) Velázquez, María del Carmen. "Nueva España en la Segunda Mitad del Siglo XVIII. "Historia de México" Salvat, México, 1974..T. 6, P. 75 y siguientes. La autora nos habla de la creación del Ejército permanente novohispano a partir del año 1760, en que fué nombrado Virrey don Joaquín de Montserrat Marqués de Cruillas y recibió de Carlos III orden de vigilar la frontera norte (Texas, Nuevo México y la Luisiana) pues la guerra colonial anglo-francesa había causado zozobra tanto entre súbditos novohispanos como en el nuevo rey español.

otra sociedad, pero siempre a uno sólo de los dos Méxicos.

Los 3 siglos de dominio español provocaron así dos cosas: Primera, que la estructura social del virreinato se basara en una rígida dicotomía de orígenes raciales. Segunda, que con el paso de las generaciones el mestizaje aumentara en razón de la necesidad de escapar de esa rígida dicotomía. Lo cierto, sin embargo, es que pese al incremento del número de mestizos, la dicotomía social no desapareció, ya que sus apuntalamientos, basados en la discriminación cultural y técnica perduraron, obligando en casos extremos a que el mestizo que buscaba emanciparse debía de convertirse en el intérprete de los indígenas o de los blancos; o de las clases socioeconómicas que durante la época independiente vinieron a sustituir a las castas raciales.

1.1.2 ANTECEDENTES ECONOMICOS = UN SISTEMA DE EXPLOTACION SEMI FEUDAL.

Los trescientos años de dominación colonial estuvieron determinados por los acontecimientos militares de 1519-1521 y sus consecuencias. De hecho, toda conceptualización por parte de los administradores de la colonia se basaba en el Derecho de Conquista de la Corona Española sobre los reinos indígenas. En base a ésta idea, Madrid ordenó las relaciones con la Nueva España bajo dos premisas: Obtener los mayores

beneficios de los territorios conquistados y evitar la aparición de grupos reales de poder locales que pusieran en peligro su soberanía. Por lo mismo, su sistema de dominio social se basó en la dicotomía, como arriba lo expuse. Ahora bien, la dicotomía significó en lo económico el enlazamiento del último nivel de autoridad indígena subsistente (cacique, o corporación civil llamada pueblo) con el sistema de recaudación de la Hacienda Real.

De hecho, el enlace tenía un origen más antiguo que la misma Conquista. Siglos antes, las Ciudades-Estado naturales habían impuesto a los grupos sometidos a obligación de pagar tributo. En muchos casos, a ello se reducía el dominio de la Ciudad hegemónica, aunque en otros y especialmente durante los últimos años de dominio tenochka, se realizó un importante esfuerzo de colonización lo que permitía la absorción del territorio sometido a la cultura hegemónica y procuraba espacio vital para la población del grupo que conducía esa cultura. Si para los señores de Tlaxcala, la alianza contra los reinos del Valle de México, fué originalmente el uso de una vieja táctica de lucha por la hegemonía; para los castellanos que se convirtieron en los nuevos dueños de la tierra mesoamericana la imposición del tributo fué mas fácil hacerla adaptándose ellos mismos a la costumbre del país. La conquista había cambiado radicalmente el mundo de Anawak, pero así como los tlaxkalteka creyeron estar sólo en un nuevo episodio de la

ancestral guerra de Ciudades -Estado, así los españoles se sustituyeron en los señores y vencedores de todos los pueblos y exigieron para sí y para su soberano el tributo y sumisión que los pueblos y ciudades habían debido anteriormente a los señores tenochka, purépecha, maya, etc. Ejemplo de lo anterior es la orden de Cortés a los Tlacuilos sobrevivientes de Tenochtitlan para que hicieran una recopilación de los tributos debidos a Moctezuma Xocoyotzin por los diversos pueblos sometidos y colonias (31), la cual antes que buscar la admiración y asombro de la Corte del Emperador Carlos, tenía el práctico sentido de determinar con claridad los montos, cantidades y especies que se requerirían a cada uno de los antiguos tributarios del WEY TLATOANI CEM ANAWAK TLALLI YOLOKO (32). Así el conquistador hacía a la Corona Española derechohabiente de los privilegios del antiguo Estado Mexika, por derecho de conquista (33).

(31) Matrícula de Tributos. Edición de S.H.C.P., México, 1968.

(32) "Venerado Orador del Corazón y Centro del Universo" título dado al Señor de México en los primeros años del siglo XVI.

(33) Existen varias versiones, sin embargo, de una serie de ceremoniales de sumisión a la Corona española realizadas por Moctezuma Xocoyotzin, por presión de los castellanos o de su propia superstición. Para ello, consúltese Salvador de Madariaga "El corazón de Piedra Verde" y José León Sánchez, "Tenochtitlan".

La sujeción al tributo implicaba la obligación por parte del Señor de respetar en lo interno, la organización del tributario lo que de hecho se hizo, salvo el período inmediato posterior a la conquista en que muchos aztecas fueron puestos bajo el sistema de encomienda ya que habían sido desarraigados por la guerra. Pero aún así, la misma encomienda terminó plegándose al sistema de tributos pues el encomendero recibía normalmente un pueblo determinado de naturales y se aposentaba cerca de él, para aprovechar la mano de obra semiesclava, dejando a los propios naturales las tareas de organización municipal, las que se seguían según las antiguas tradiciones. Cuando la Encomienda fué sustituida por el Repartimiento, los pueblos persistieron por las mismas razones: el castellano beneficiario no tenía necesidad de desarraigar a los naturales, sino que, antes bien, le era útil que éstos cargaran con las tareas de organización comunitaria sirviéndose él tan sólo de la mano de obra. Cuando la corona terminó con el repartimiento y lo convirtió de nuevo en la simple obligación de tributo, los castellanos, organizados ahora en Haciendas, siguieron manejándose de la misma manera. Por su privilegiada posición económica y de casta, pudieron aprovechar el trabajo de las comunidades indígenas que para ésto permanecían autónomas en lo que a su régimen interior concernía bajo el sistema de "municipalidades indias".

Ahora bien, el feudalismo económico se entiende como

el sistema en que "una propiedad es regida por su señor propietario y trabajada por vasallos quienes reciben protección y subsistencia a cambio de su labor y servicio." (34). Por lo dicho hasta aquí, es claro que la caracterización feudal del sistema de tributo Virreinal no se adecúa con exactitud a esa definición, sin embargo, podemos determinar algunos rasgos que lo aproximan bastante. Por principio, pese a que ni la encomienda ni el repartimiento forjaron un vínculo rígido y hereditario entre español y comunidad "india," de hecho sí se formó una relación permanente de respeto-subordinación de ésta respecto al poseedor en turno de la prerrogativa tributaria, lo que de hecho arraigó al indígena a la tierra, sumándose al proceso de endeudamiento con que las Haciendas procuraban arraigar su mano de obra permanentemente. De ésta manera se encadenaba a las comunidades al círculo productivo dominado por la Hacienda, pese a que formal y legalmente fueran los naturales "siervos libres de la Corona de España".

Ahora bien, el feudalismo europeo, nacido en el siglo IX para asegurar el control del soberano sobre las diversas regiones del Estado, dando en "FIDELITAS" la administración a un distinguido vasallo degeneró en poco tiempo en un sistema totalmente contrario a la centralización pretendida: los vasa-

(34) "Dictionary of Economics" por Slean y Zurcher. Barnes y - Noble, INC. Nueva York, 1961.

llos se hicieron administradores hereditarios en sus regiones y eliminaron el control central. Incluso concedieron otros privilegios a vasallos propios, desmenuzando aún más la unidad Estatal (35). En Nueva España no sucedió ésto; ya se vió arriba cómo se evitó la formación hereditaria de una nobleza. Por otra parte el estatuto de súbditos libres de la Corona concedido a los naturales y el sistema de "municipalidades indias" supervisadas y protegidas por la misma Corona y sus funcionarios evitaron la atomización del poder y con ello la autonomía económica de las regiones. Así centralizado el poder político y teniendo los administradores virreinales la facultad de frenar o auspiciar los privilegios de los propietarios españoles las economías regionales tendieron a beneficiar a los centros urbanos de la colonia, dominados aún más directamente por Madrid. De ésta manera la Corte Metropolitana Española se aseguraba que los beneficios últimos de la tributación y trabajo semifeudal de cada región terminaran acrecentando los caudales reales. El último elemento que evitó las consecuencias desmembradoras de la unidad Estatal por las bases feudales del sistema de tributos fué él monopolio comercial de las Casas de Contratación, primero de Sevilla y luego de Cádiz. El monopolio hizo que los españoles y criollos propie-

(35) Diccionario de Política. SIGLO XXI. Bobbio-Mattenci. T. 1., p. 699.

tarios enfocaran su producción no al autoconsumo, sino a la creación de excedentes que, aparte de los tributos, les reditugran beneficios al enviarlos al mercado español allende al Atlántico. Tal tendencia se incrementó con la apertura comercial que provocaron primero el contrabando y luego las reformas Borbónicas.

Los hacendados novohispanos se encontraron entonces con todos los beneficios que en mano de obra, tierra y tributo les acarreaaba la estructura feudal antigua. Sin embargo la utilizaron sólo en lo que podía abaratar los costos de producción. Cuando la comunidad indígena y sus tradiciones locales se convertían de fáciles tributarios en obstáculos para el aumento de producción fueron atacadas y muchas veces destruidas (el proceso duraría hasta 1910).

Pero de nuevo, la destrucción de la comunidad no produjo la libertad de trabajo para sus miembros, como sucedió en la Europa del siglo XVIII, donde los campesinos desarraigados alimentaron en las urbes la Revolución Industrial. No, en Nueva España y luego en el México independiente, los hacendarios sólo hicieron más eficaz la servidumbre: destruyeron la comunidad, pero amarraron el indio a la hacienda por medio de las deudas y la renta de tierras para cultivar. Después de todo, debían mantener de facto los beneficios de la mano de obra semiesclava.

En el norte, el sistema cambiaba, dado que no había asentamientos indígenas previos tan organizados y civilizados como en Mesoamérica. La población originaria estaba dispersa y su grado organizacional era muy bajo. Sin embargo, éstos factores no facilitaron su sumisión sino que por el contrario la obstaculizaron. La antigua civilización mesoamericana había perfeccionado un sistema de Ciudades-Estado y de dominación tributaria sobre el cual la Corona Española se constituyó en el eslabón superior y final de una manera relativamente fácil. Los asentamientos permanentes permitieron a los castellanos organizar municipalmente a los naturales casi con sólo expresar en lenguaje jurídico castellano la organización previa. Sobre esas municipalidades el sistema tributario y las haciendas florecieron. En el norte todo era distinto, no había ni sociedades urbanas, y eran casi inexistentes los asentamientos permanentes. El pueblo llamado por los sureños nawa "chichimeka" o "gente perro" eran sociedades de cazadores-recolectores nómadas o seminómadas cuya producción sólo estaba encaminada a la subsistencia y no rendía excedentes reales sobre los cuales imponer un tributo económicamente viable. Por otro lado, eran relativamente pocos como para representar algún interés para los sucesivos sistemas de la encomienda-repartimiento-hacienda, cuyo engrane principal era la abundancia de mano de obra barata. En fin, aún en el caso de que alguno de esos pueblos fuera lo suficientemente numeroso y sedentario, las condiciones tan pobres de la zona para la

agricultura habían provocado que en Aridamérica la práctica agrícola fuera escasa y la capacitación técnica de los naturales baja en consecuencia. El norte Mexicano fué colonizado con la potencia de otro interés: la minería. Pero ésta fuerza provocaría también variaciones en el sistema económico colonial basado en la servidumbre y tributación indígena.

En 1546 se descubren las minas de Zatecas (36) y los aventureros españoles inician la exploración-colonización-explotación de Aridamérica. En vista de que no podían aplicar el mismo sistema de sometimiento de naturales y explotación de recursos que en Mesoamérica, pues unos y los otros eran distintos a los de ésta región, aplicaron nuevos métodos.

Respecto a la población indígena se usó de la violencia para exterminarla, asentarla o empujarla al lejano norte. La organización económica se centró en los minerales y las ciudades que se levantaron junto a ellos (Zacatecas, Guanajuato y Durango) o sobre los caminos que los enlazaban a México (San Miguel el Grande, Lagos, Celaya). Ante la falta de población indígena local que suministrara mano de obra, la Corona autorizó en la segunda mitad del siglo XVI que el servicio

(36) Este y los siguientes datos sobre explotación minera y ganadera se tomaron del estudio "Economía y Sociedad" ya citado, de Andrés Lira.

personal que debían los pueblos nativos de la región central se usara en las minas recién descubiertas. Sin embargo, la lejanía y la disminución de la población hizo al virrey Enriquez reducir la cuenta de los pueblos a 4% de su población. Durante el siglo XVII, la Corona procuró favorecer a los mineros facilitándoles la compra de esclavos negros, los que, pese a su difícil adaptación a los climas montañosos de algunos minerales, sumaban ya 40 mil a mediados del mil seicientos (contra 150 mil blancos). Al fin del siglo XVIII podrían ser más de 100 mil los habitantes de origen africano en el virreinato.

Arreglado el problema de la mano de obra, surgió la necesidad de alimentar a las nacientes poblaciones mineras. La magra agricultura en la zona norte y la escasez de trabajadores agrícolas obtuvieron un mercado importante para la ganadería. Esta, aprovechó las amplias llanuras y pastos del norte y suministró carne para la población minera y cuero para la exportación. El éxito ganadero tuvo sus raíces en la formidable adaptación del ganado mayor a la tierra mexicana, que provocó una altísima tasa de reproducción durante casi un siglo ("en quince meses, los ganados se duplicaban" (37)). Por otra parte, el ganado mayor tendía a convertirse en una

(37) Lira, Andrés. OP. CIT. P. 130.

plaga para los Valles centrales, así que los virreyes procuraron conceder Mercedes de estancias para ganado mayor en las zonas áridas del norte al mismo tiempo que los ganaderos iniciaron el cambio de sus hatos hacia ahí ante las presiones de pueblos indígenas y de los agricultores. Aunque la fabulosa reproducción de los hatos había abaratado mucho el precio de la carne y cuero, las extensas tierras nortenas (en 1634 se descubre el Valle de Nuevo León, tierra muy propicia para la crianza), su mercado asegurado por las poblaciones mineras y las facilidades administrativas hicieron de ésta actividad un lucrativo negocio. Para el siglo XVIII, había ya una influyente aristocracia ganadera y una poderosa corporación de productores, la MESTA o hermandad de ganaderos, que incluía también a los estancieros o propietarios.

Con ésta colonización minero-ganadera del norte mexicano, la zona del Bajío, libre de la presión de los "indios" bárbaros pudo dedicarse a la agricultura intensiva, aprovechando para ello los fértiles valles, las inmigraciones de naturales y mestizos originarios de los Valles Mesoamericanos, los excedentes monetarios de la zona minera y la creciente necesidad alimenticia de las nuevas ciudades.

La Corona pudo controlar de manera más o menos efectiva ésta prosperidad por medio del monopolio del mercurio o azogue indispensable para el beneficio de la planta. Así, en teoría,

todo el azogue proveniente de España y Austria (38) se transportaba en la flota anual, misma que regresaba con el metal precioso a Europa para pagar los gastos de guerra y financiamiento bancario de Su Católica Majestad en Madrid.

El proceso de colonización del Norte Mexicano trajo como consecuencia la formación de una serie de relaciones económicas esencialmente distintas de aquéllas dadas en la zona sur del virreinato. Primero, las haciendas ganaderas obtenían su mano de obra de trabajadores originalmente libres que se asentaban dentro de las tierras del "Señor de ganado" con sus familias suministrando su trabajo a cambio de un salario y una pequeña parcela para las necesidades de las mismas. Eran indios, mestizos, e incluso mulatos y negros, al contrario del trabajo que los pueblos nativos suministraban a las haciendas del centro. Y así, aún cuando también se llegó a una relación señorial entre el poderío ganadero y sus trabajadores, sus raíces eran las de una libre asociación y no las de una relación tributaria como en el centro.

Segundo, al contrario que las haciendas del centro y sur del país cuya explotación se enfocaba hacia la exportación al exterior, aprovechando el sistema de tributos y la organi-

(38) Las minas proveedoras estaban en Almadén, España e In---dra, Austria.

zación comunal de los pueblos, las haciendas ganaderas producían para el comercio regional del norte minero (aún cuando exportaban sus excedentes del cuero (39)). Así, el enlace de la economía del norte con el mundo no era el tributo al Rey o la exportación de materias primas como el azúcar, cacao o cochinilla, sino el metálico necesario para mantener las guerras Europeas o compensar la pobreza de otras colonias y dominios de España (40). Si en la zona mesoamericana se sobrepone al antiguo sistema tributario feudal aborígen un eslabón español y se sobre-explotó a la comunidad india enlazán dola con una economía monetaria (la española) distinta a su sistema de consumo regional, en el Norte, el sistema regional había nacido precisamente para hacer posible la explotación moderna (dentro del sistema monetario) de los yacimientos minerales.

(39) Después de los metales preciosos el cuero era el producto que mas beneficios traía al Virreinato, aún cuando su volúmen era menor que el exportado por el Virreinato del Río de la Plata, al sur del Hemisferio. Lira, Andrés, OP. CIT. y Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT.

(40) Estos "subsidios" otorgados por el poderoso Virreinato tenían el nombre de "situados" y se enviaban principalmente a Florida, Antillas y Filipinas, por orden de Madrid, cada año. Lira, Andrés, OP. CIT. y Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT.

El establecimiento de los sistemas productivos novohispanos duró casi dos siglos, que corresponden a la Dinastía de los Habsburgo Españoles. En esos años el principal objeto de la colonia fué sufragar los gastos de un Estado Español ocupado casi permanentemente en guerras europeas. Así, se fortalecieron en México las exportaciones de metales preciosos, cuero y otras materias primas fácilmente canjeables por efectivo con el cual pagar las deudas militares y suntuarias del Reino Castellano. En teoría, el comercio se realizaba únicamente por el sistema de Flotas anuales que salían de Sevilla primero y luego de Cádiz a la Colonia. Sin embargo, el deterioro de la potencia naval española desde fines del siglo XVI y la cada vez más poderosa presencia de bucaneros ingleses, holandeses y franceses en el nominalmente "Lago Español" del Caribe provocó una creciente presencia de comercio ilegal que favoreció la producción minera novohispana y abrió poco a poco y de facto, el comercio. Por otra parte, la práctica ineficaz del monopolio español propició la creación de relaciones comerciales importantes con otras colonias y produjo la aparición de las primeras e incipientes industrias mexicanas.

Así, un último elemento de la Economía Mexicana de esos años sería su forzoso encadenamiento con la economía mundial a través del Imperio Español. La política de Madrid, determinó el aislamiento o integración de México con el resto del mundo y sentó la pauta del actuar económico de nuestro

país en esas dos condiciones.

Durante el siglo XVII, el monopolio español aisló a la Colonia de un comercio europeo en ascenso y permitió que se desarrollaran en su interior relaciones de producción semifeudales que no hubieran podido subsistir en otras condiciones. De hecho, el aislamiento impuesto por la Metrópoli permitió el nacimiento y subsistencia de modos de Producción demasiado atrasados respecto al desarrollo europeo contemporáneo. Con todo, el bloqueo español decayó claramente a lo largo de todo el siglo. Poco a poco el control real en los océanos Atlántico y Pacífico fué desapareciendo y simultáneamente se iniciaron contactos ilegales con holandeses, ingleses y franceses en el Golfo de México y entre las diversas Colonias españolas, especialmente entre México y Perú, por medio de compañías clandestinas de transportación marítima.

De acuerdo con los informes de la Corona Española el siglo XVII representa una época de depresión económica. En opinión de los modernos investigadores de la era colonial hispanoamericana (41) la depresión europea causada por las guerras de religión no sólo no tuvo su símil en América sino que provocó un claro repunte económico en la zona. Es cierto

(41) Andrés Lira, OP. CIT. y Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT.

que Madrid vió menguados sus ingresos, pero ello en gran parte se debía a la decadencia de sus transportes marítimos y a su ineficaz política proteccionista. Andrés Lira, calcula que por medio del contrabando salía de Nueva España hasta dos veces la cantidad de plata que transportaba la flota. Aparte, los "situados" mandados a otras posesiones españolas en crisis permanente, como Santo Domingo, reducían los ingresos contabilizados en Cádiz y cabe recordar, por último, que una aceptable cantidad de metales preciosos se dedicaron a gastos suntuarios en Catedral, Iglesias y Haciendas, por no tomar en cuenta otro tanto dedicado a la construcción de caminos, acueductos, obras de riego y obrajes.

"Pese a la amplitud de las costas, ni el comercio oficial ni el de contrabando podían abastecer la demanda americana de productos industriales o artesanales, por ello se producían e intercambiaban en la propia América" (42).

Una industria especialmente favorecida por la incapacidad europea de proveer a la América Española fué la textil, con un suministro de materias primas asegurado por el cultivo del algodón y la próspera crianza de ganado menor; se multiplicaron los obrajes en el Centro de Nueva España, especialmente

(42) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. P. 43.

en México, Texcoco, Puebla, Tlaxcala y Oaxaca, apareciendo luego en puntos importantes como Querétaro y Celaya. Se dictaron ordenanzas para que los pañeros repeteran mínimas normas de calidad durante los siglos XVI y XVII y pese a las disposiciones reales para proteger a los productores metropolitanos se desarrollaron las compañías clandestinas del Pacífico para llevar los excedentes al Perú. Los dueños de obrajes encontraron sus trabajadores entre personas de todas las castas y emplearon indios, mestizos, mulatos y negros sin distinción, en condiciones de disimulada esclavitud. Esta base semiindustrial pudo haber sido el inicio de una industrialización mexicana durante los siglos XVIII y XIX, pero en 1700, la Corona ordenó que fueran destruidos los obrajes de la Ciudad de México. "Se dice que sólo en éste punto se destruyeron, más de 130 000 telares, lo que significó la miseria de muchas familias de tejedores" (43).

Este duro golpe condenó a buena parte de la industria textil a la clandestinidad e impidió que junto con las ideas de la ilustración, entraran a Nueva España las nuevas técnicas que el siglo XVIII daba a la industria textil europea.

Aún así, el siglo XVII, representó una etapa de seguro

(43) Lira, Andrés. OP. CIT. P. 132.

crecimiento económico y de integración comercial latinoamericana. Ello fué fruto de dos factores concatenados: la incapacidad española de proveer a sus colonias de productos manufacturados y la recesión en Europa que redujo los excedenes que los contrabandistas podían pasar a través del cada día más permeable cerco colonial español.

Pero Latinoamérica y especialmente Nueva España habrían de sufrir las consecuencias de un aislamiento que les fue objetivamente, tan provechoso. Sus métodos de producción tenían un marcado acento señorial, poco apto para competir airoosamente en el exterior, lo cual explica también la reticencia criolla a las Reformas Borbónicas. Por otro lado, el modelo virreinal se dedicó a producir materias primas y los pocos avances pre-industriales fueron atajados y controlados por Madrid para proteger a sus también débiles productores nacionales. La débil, pero clara dependencia de Madrid haría que en el siglo XVIII, especialmente con las Reformas de Carlos III, Nueva España se convirtiera en un exportador neto de materias primas, papel de simple proveedor asignado al gran virreinato por una Metrópoli que buscaba aprovechar sus colonias para hacerse de una base sólida para su propia industrialización.

Así las Reformas Borbónicas suponen una verdadera integración de la economía mexicana, hasta entonces autosuficiente y próspera (incluso en expansión), con la economía

europaea que por aquéllos días iniciaba su avance imperialista por el mundo. La razón fué beneficiar a la Metr6poli dándole los recursos para recuperar el espacio perdido respecto a Francia e Inglaterra en desarrollo financiero y tecnol6gico durante la cra de las guerras de Religión.

De ésta manera Nueva España no es integrada al mercado mundial para que sus bases preindustriales se desarrollen, ni para que sus compañías navieras expandan sus operaciones sino por el contrario, para que se convierta en un exportador de materias primas con cuyos ingresos pueda España progresar. Así, resulta que mientras se abren 11 puertos en la península por el Decreto de Libre Comercio, apenas se autorizan 4 mexicanos de aceptable calidad para el mismo fin, y en primera instancia se relegarían al Seno Mexicano. El transporte se realizaría por cuenta de compañías españolas y en caso que éstas fueran insuficientes se autorizaría la entrada de barcos franceses e ingleses pero no la salida de mexicanos.

Europa, recuperada de su crisis económica del siglo XVII, inundó de productos toda la América Española y cambió las directrices tradicionales del comercio interamericano (44).

(44) Zaragoza, Gonzalo. OP. CIT. P. 45.

Este es el primero de los tres grandes intentos de apertura comercial que ha hecho nuestro país, y su resultado fué cortar las posibilidades de desarrollo industrial propio y suprimir el modelo de economía regional que se había forjado al amparo de la recesión europea. De hecho, sólo en el siglo XVIII Nueva España empezó a ser tratada como una colonia, dejando de lado la idea de los "Reinos de Indias" conquistados y gobernados por los españoles.

Las Reformas borbónicas y la lenta evolución económica que las precedió forjaron un modelo distinto al de la incipiente autonomía del siglo XVII. Se aprovechó la prosperidad causada por ese "replegarse en sí mismo" que habían causado los diversos factores políticos europeos y españoles. La inversión hecha en la etapa fué la semilla de la inmensa capacidad económica del Virreinato para sostener el Imperio Español bien financiado durante el siglo XVIII.

El problema fué que se cortó de tajo la posibilidad de seguir acumulando capital en México; el cierre de los obrajes en 1700 es anuncio de una nueva era, donde la regla sería el proteccionismo a la débil industria metropolitana y la consecuente supresión de las iniciativas indianas por mejorar la relación Madrid - México. Nueva España vió vedadas sus expectativas de progreso material y fué relegada a simple abastecedor de la industria europea.

Poco después de la mitad del siglo, otro acontecimiento remarcó esta pauta: la expulsión de los jesuitas. Esta acción de la monarquía, más allá de los intereses de influyentes masones en Madrid o la feroz independencia de los miembros de la Compañía de Jesús, trajo como consecuencia la supresión de las instituciones de enseñanza superior, que eran en aquél siglo de las Luces, la punta de lanza de la investigación racional y científica. Los colegios pasaron, en caso de no cerrarse, a la administración de otras órdenes, más interesadas en el dogma fanatizador que en las aplicaciones de la ciencia. Así, si en Paraguay fué necesario reprimir a los misioneros, pues se negaron a deshacer la comunidades guaraníes y a abandonar a su grey, en México era necesario atajar pronto la efervescencia intelectual y tecnológica que amenazaba con llevar a la colonia a "insanos" sueños de autonomía.

Es pues, con mucha probabilidad, la primera acción de control tecnológico en la historia moderna de occidente y también la afirmación de la política metropolitana por la dependencia.

Cuánto contribuyó ésto a exacerbar más los ánimos independientes, es difícil saberlo, dado que el Pueblo llano no se percató de la trascendencia de la expulsión en el plano científico y sólo protestó por la injusticia que provocaba desterrar a los únicos miembros de la iglesia que se habían

preocupado por el bienestar general, aún cuando esa preocupación no llegó a las alturas liberadoras del experimento guaraní en el sur del continente. Las clases privilegiadas, por su parte, no tenían por qué quejarse, dado que ellos fueron, al menos en una primera etapa, los beneficiarios de la apertura económica colonialista; a ellos, en el corto y mediano plazo les daba lo mismo sentar o no las bases de un desarrollo económico - tecnológico autónomo en Nueva España.

Las consecuencias de ésta última actitud fueron, sin embargo, funestas. Hacia el fin del siglo XVIII Nueva España era el más productivo de los dominios españoles en América y su aportación al sostenimiento de Madrid la más importante. Cuando la crisis Napoleónica se produjo, México siguió siendo el venero de recursos para las Cortes Españolas que se resistieron al cambio de dinastía. Sin embargo, la guerra implicó aún mayores exacciones en el virreinato y la apremiante situación en la península impidió mantener en México el dinero suficiente para mantener en marcha al aparato productivo. Para mayor mal, las Cortes no consideraron a sus dominios Americanos algo más que Colonias, obligadas por lo mismo, a contribuir a la guerra. Ello provocaría que las juntas de gobierno autónomo en Sudamérica, encontraran de pronto mejor negocio ser independientes que contribuir a la causa de una metrópoli que los seguía considerando súbditos de segunda y simples productores de riqueza.

En Nueva España, ni aún el intento de formar una junta autónoma se permitió, debido principalmente a los mezquinos intereses del comercio peninsular en la Ciudad de México (45). Esto nos explicaría la rápida y explosiva evolución del pensamiento insurgente de la defensa de Fernando VII, a la declaración de independencia de la América Septentrional en 1814.

Los ricos propietarios mexicanos encontrarían al fin del proceso de Independencia que, aún siendo los amos de tierras y gentes, sus expectativas de desarrollo económico estaban limitadas por el grave atraso tecnológico y comercial que la política borbónica habíales traído imperceptiblemente.

Pese a todo, la integración global que sufrió Nueva España al fin del siglo XVIII, aún trayéndole una serie de grandes consecuencias posteriores, produjo un crecimiento impresionante de la Economía Mexicana de la época. Así, aún siendo su función internacional la de exportadora de materias primas, la Sociedad novohispana hizo con esa posición muy buenos negocios. Sus ciudades crecieron y se hicieron más modernas e higiénicas. Sus obras públicas, de ornato y utilitarias, se multiplicaron, los caminos se extendieron y mejoraron.

(45) Iturrigaray fué depuesto junto con el Cabildo capitalino por los intereses de la comunidad comercial peninsular - en la Ciudad.

En general, la población aumentó hasta hacer del Virreinato el país más populoso del hemisferio.

La situación financiera permitió mantener y aumentar los "situados" a otras posesiones españolas y la administración colonial se hizo más eficiente. Hubo inclusive, la intención de dividir la colonia separando de su jurisdicción las Provincias Internas, para formar un Nuevo Virreinato lo suficientemente rico como para merecer esa categoría (46). Estos proyectos fueron detenidos por la falta de infraestructura urbana y personal administrativo, elementos que los territorios nortños de Nueva España, pese a su riqueza, no tenían.

Con todo sí se separaron, por un tiempo, las facultades militares del Virrey de México respecto de esa zona formando la Comandancia de las Provincias Internas.

Se puede concluir que así como la depresión europea del siglo XVII hizo que la América Española se replegara sobre sí misma e hiciera florecer sus especiales modos de producción, que pese a sus razgos feudales, lograron dar cierta estabilidad a sus sociedades integrando a las diversas colonias por medio

(46) "Historia de México". Velázquez María del Carmen. OP. CIT.

del comercio legal y un poderoso contrabando; por su parte el siglo XVIII, revirtió ese último proceso haciendo de cada Reino una verdadera colonia, productora de materias primas para la Metrópoli o sus socios comerciales y fincando una relación de dependencia que ahogó las incipientes iniciativas industriales indianas y cuyas consecuencias vivimos hasta hoy.

Cabe sin embargo, recordar lo ya dicho líneas arriba. En su momento el modelo de desarrollo borbónico, con todo y sus deficiencias funcionó. Pruebas de ello fueron la recuperación poblacional de Nueva España y su ulterior crecimiento y la explosión de manifestaciones culturales, artísticas y científicas de ese siglo. De hecho, este florecimiento parecía entonces interminable y probablemente hubiera durado más si no hubiera aparecido un "imprevisible": la ola revolucionaria Francesa en Europa y su consecuencia española: la invasión napoleónica a la Península Ibérica.

Pese a que las Reformas Borbónicas fueron prácticamente detenidas en los reinados de Felipe V y Carlos IV, el Imperio Español y el modelo de desarrollo dependiente para sus colonias era aceptablemente manejado por una eficiente administración (47).

(47) Velázquez, María del Carmen. OP. CIT.

POBLACIÓN ESTIMADA DE LAS REGIONES HISPANOCAMERICANAS PARA 1800. (f.: Zaragoza).		
	POBLACIÓN SUPUESTA	PORCENTAJE
MÉXICO	5'837,000	46.4
CENTRO NÓRICA	1'160,000	9.2
ISLAS DEL CARIBE	650,000	4.4
NUEVA GRANADA	1'100,000	8.7
VENEZUE LA	780,000	6.2
QUITO	500,000	4.0
PERÚ	1'100,000	8.7
CHARCAS	560,000	4.5
CHILE	550,000	4.4
BUENOS AIRES Y TUCUMÁN	310,000	2.5
PARAGUAY	100,000	0.8
URUGUAY	30,000	0.2
<u>TOTAL</u>	<u>12'577,000</u>	<u>100.0</u>

Su problema era la centralización peninsular de la misma, que ponía en peligro el todo si caía la pequeña cúpula directiva en Madrid. La amenaza francesa, social y política primero, militar bajo la égida de Napoleón, confirmaba estos temores. En vista de estos peligros europeos y de la no menos inquietante aparición de los Estados Unidos al Norte de Nueva España, el duque de Aranda (48) proponía en los 1780: la creación de 3 reinos en la América Hispánica, cuyos monarcas serían españoles y que contendrían el avance anglosajón hacia el suroeste.

En el fondo, lo que se buscaba era una necesaria descentralización que detuviera las consecuencias más duras de un desquiciamiento en la cabeza del Imperio. Sin embargo, poco ó nada se avanzó y España, lejos de constituir el extraño "commonwealth" del Duque de Aranda, mantuvo la centralización.

Cuando en 1808 Napoleón se hizo de la Corona Española y ocupó militarmente la península, creyó que, por ese simple hecho, las colonias le obedecerían y tendría a su disposición las riquezas americanas. Sin embargo, la administración colonial se mantuvo leal a España y las ayudas fueron a reforzar la resistencia peninsular y no a los ejércitos napoleónicos. De facto, las ideas autonomistas de Aranda fueron llevadas a los hechos por los americanos, quienes constituyeron Juntas Populares que gobernarían en nombre del Rey Fernando VII,

(48) Quirarte, Martín, "Visión Panorámica de la Historia de México", Editorial Libros de México, S.A., México, 1981, p. 34.

cautivo de los franceses. Por su parte, la tendencia liberal de las Cortes de Cádiz aumentó la confianza de los indianos al llamarlos a elegir representantes ante ellas. La contradicción entre estos avances en igualdad política y la exigencia de las mismas (o mayores) contribuciones a las colonias, provocaron que las juntas Americanas terminaran promoviendo la independencia y se olvidaran que "gobernaban en nombre del Rey cautivo." Aún cuando en México el proceso fué muy distinto, el caos continental, fué compartido por el virreinato novohispano.

España, más que nunca, exprimía a Mexico. La urgencia de recursos para la guerra obligó a la administración colonial a descuidar el mantenimiento del aparato productivo y las obras de beneficio social, que servían para paliar los sufrimientos de la mayoría. El proceso de identificación de intereses entre la Corona y los hacendados criollos se aceleró, y el descontento de la "otra república" aumentó. Las sequías de la primera década de siglo XIX sólo aportaron más penurias.

Estas fueron las causas de la guerra social que Hidalgo inició en el Bajío, en 1810.

Pero también la sociedad opulenta sufrió por la guerra europea. Los recursos extras, demandados desde Cádiz, los perdía en México este grupo. Aunado a ello, la ya inevitable

apertura comercial aceleró la dependencia y el coloniaje respecto de las potencias Europeas, dejando sin mayores beneficios a los ricos criollos, cuyos intereses (los mineros especialmente) corrían peligro ante los nuevos aliados anglosajones de la Madre Patria. Por último, el peligro de que el liberalismo triunfara en España y sus políticas afectaran sus privilegios, llevó a los criollos a simpatizar con la Independencia. Como es obvio, nunca aceptaron la lucha radical de Hidalgo o Morelos, pues más que la Patria, para ellos era importante mantener su Status.

En la defensa del mismo produjeron la Independencia Política de 1821.

Paradójicamente, la guerra de liberación y la defensa del Status de privilegio de unos cuantos, coincidió en el resultado Independentista. Esta tuvo, sin embargo, una consecuencia económica funesta, pues mientras la guerra social se desató contra el sistema de producción y distribución establecido, el independentismo criollo quería conservar ese aparato económico intacto. Por lo mismo, varios grupos acomodados abandonaron el Partido de Hidalgo al ver las fuerzas sociales desatadas y se afanaron en reprimirlas. La guerra a muerte que ello provocó, destruyó mucha de la infraestructura económica, desquició el comercio, infestó los caminos de bandidos e hizo que la administración novohispana dedicara su exiguo

presupuesto a gastos militares.

Cuando los criollos independizaron la Colonia, resultó que la economía había sido destruída por la exigencias externas y la guerra interna. "El más rico virreinato" era cosa del pasado. Durante todo el siglo XIX, los de arriba trataron de reconstruir el sistema pero fracasaron, la sociedad había cambiado y se cosechaban los frutos de la dependencia.

1.1.3 ANTECEDENTES POLITICOS: CENTRALISMO Y OMNIPOTENCIA CONTRA UN SISTEMA DE CONTRAPESOS.

De la composición económica y social que se formó en los 3 siglos de la colonia, podemos establecer las funciones que la organización política virreinal debía de cumplir para mantener el equilibrio en dicha sociedad y con base en esa estructura económica.

Dicha organización estaba estructurada alrededor de la Corona Española dado que habían sido los Reyes de Castilla y Aragón, quienes financiaron originalmente la exploración de las Indias. Aunque la diferenciación jurídica entre el patrimonio de la Corona y el Estatal no era tan clara, como por ejemplo, en la Bélgica del siglo XIX donde la propiedad personal del monarca incluía todo el moderno Zaire, lo cierto es que la identificación de las Indias Españolas, como dominios

de la Corona, permitió la formación de varias instituciones aún hoy importantes y la trasplatación de otras, que gravitaron de forma decisiva en las etapas posteriores de nuestro desarrollo político.

En términos generales, la política del Rey fué centralizar en él mismo todas las decisiones que concernieran a las Indias, de manera que se evitara prohijar el separatismo y la rebeldía. Dicha idea central y centralizadora, tiene su explicación en la figura de Carlos I, quien, como Emperador, emprendió la última gran tentativa de reconstruir el sueño Carolingio de "Una Religión, Un Imperio, Un Soberano" para Europa... Una empresa como ésa, difícil de por sí en cualquier momento de la historia europea anterior, era obstaculizada por el despertar de las conciencias y nacionalidades que trajeron el Renacimiento y la Reforma. Pero como buen Habsburgo, Carlos I era terco, y se empeñó en dominar a una Europa que emergía del antiguo vientre medieval rompiendo los viejos modelos e ideas. (49) Para lograr su labor era indispensable -

(49) "Los Habsburgo". Novaro. México, 1975 De hecho, Carlos I fué el último hombre de Estado Medieval de Europa: su visión totalizadora de la Europa de su tiempo nacía de una profunda creencia en un orden superior, en la creación, con el cual el Soberano debía ajustar su actividad y hacia el cual debía dirigir a su Pueblo. La era moderna desechó ls ideas totalizadoras aún del campo filosófico, en su afán de buenos negocios y aumentar la eficiencia material de cada reino europeo. Lo demás se consideró utopías.

la centralización del poder alrededor del soberano. Carlos aprovechó una inesperada herencia de sus abuelos, los Reyes Católicos: la soberanía sobre las Indias. Las nuevas posesiones y sus riquezas, hicieron al Rey de España más rico que cualquier noble de los reinos peninsulares y ampliaron maravillosamente el crédito que los financieros (como la casa Fúcar) podían otorgar al Sacro Imperio. Por esta razón, Andrés Lira calificara de "Estado Patrimonial" el concepto sobre el que se fundó la monarquía española en tiempo de los Habsburgo (50).

La centralización del poder en España y Alemania provocó una reacción en cadena en el Viejo Mundo: para asegurar su supervivencia como naciones independientes, Francia e Inglaterra consolidaron sus propios Estados alrededor de monarcas tan absolutos como Carlos.

El clima de tensión y guerra consecuentes, obligaban a la corona de Madrid a asegurarse el control de sus posesiones americanas, presas apetecidas por los nuevos monarcas absolutos rivales. Su objeto fué siempre por lo mismo, tener una burocracia eficiente y leal al frente de los Reinos de Ultramar. Y como la "modernidad europea" había demostrado que la lealtad política nunca nacía de las concepciones filosóficas o de los juramentos, entonces la Corona lo hizo

(50) Lira, Andrés, "El Gobierno Virreinal". "Historia de México". T. 5 P. 1-16.

descansar, como ya arriba lo dije, en la realidad social y económica existentes en sus Provincias Americanas.

Nueva España fué el campo de ensaye del Rey para conseguir lo anterior. Por lo mismo, el prototipo político novohispano fué el modelo de grandeza del resto de las colonias hispanoamericanas (51). En México, la centralización del poder político en la Península se enlazó con la necesidad de un árbitro poderoso y ajeno, que se convirtiera en vértice de estabilidad entre los intereses encontrados, que la sociedad de los blancos y la de los "indios" perseguían. Así pues, una de las figuras centrales del aparato de gobierno sería un representante personal del mismo monarca: el Virrey.

Pero el "visorrey" no era Rey. Pese a que su función principal era proveer soluciones inmediatas a los problemas novohispanos, dada su cercanía principal a ellos y que para ello requería del absoluto poder de mando que sus diversos cargos le daban, a su alrededor, se encontraban una serie de autoridades encargadas por el mismo monarca de otras tareas específicas en el buen gobierno del reino indiano y que en la atmósfera de intriga y conspiración mexicana, representaban

(51) Descola, Jean. OP. CIT. P. 36. Identifica el autor tres fuerzas de la España Imperial en América: la intransigencia magnificada en las Antillas, el espíritu mesiánico cu ya cima se alcanzó en Chile y Paraguay y el sentido de -- grandeza nacido de la política realista en la Nueva España.

formidables contrapesos al poder virreinal. En España el monarca se había ingeniado para eliminar los poderes paralelos, que pudiesen en un momento cuestionar las decisiones reales, afirmando así el principio de soberanía como última instancia de decisión (52). Para sus colonias el proceso fué inverso; se crearon varios canales de discusión y varias instancias que se oponían entre sí y evitaban que un sólo grupo de funcionarios o uno de ellos, centralizaran el poder de mando en Nueva España. Cada una de las instancias era dependiente del Rey mismo, quien las dirigía ayudado por el Real Consejo de Indias.

El sistema no sólo evitaba la concentración de poder en manos de una autoridad, sino que proporcionaba al monarca varias fuentes de información que le permitían hacerse de una idea adecuada de los problemas coloniales, hecho imposible en el caso de que sus informantes procedieran de manera uniforme y animados por los intereses de un sólo cuerpo.

A los gobernados, por su parte, el sistema de contrapesos políticos les proporcionaba un catálogo bastante extenso de recursos, contra las decisiones de autoridad que lesionaren

(52) Jean Bodin concebía el poder soberano como aquél "poder supremo, sobre ciudadanos y súbditos, no sometido a las leyes". Para él la capacidad soberana será la capacidad de decidir en última instancia y sin poder recurrirse a un poder superior. Ver González Uribe, Héctor. OP. CIT. P. 635 - 636.

sus intereses particulares y, aunque este beneficio fuera disfrutado en mayor medida por aquéllos que tenían los medios económicos necesarios para poner en marcha el complicado aparato judicial-administrativo, de hecho contribuía a dar una atmósfera general de seguridad al Estado colonial.

Las diferencias políticas entre las diversas instancias, ayudaron a que el sentimiento de orden se hiciera más amplio. No en pocas ocasiones las medidas dictadas por un virrey en contra del pueblo, fueron aprovechadas por la Real Audiencia de México o por la jerarquía eclesiástica para eliminar un gobernante molesto a sus propios intereses, mientras que circunstancialmente ellos mismos se convertían en adalides de las causas populares y el explotado encontraba transitorio alivio a sus agravios seculares.

Así el sistema político colonial se basaba en la división del uso de la soberanía en diversos cuerpos colegiados, porque el Rey, en Madrid, requería permanecer como última y necesaria instancia de cualquier conflicto en las Indias. Existía con todo, una necesidad paralela a la conservación del poder sobre los dominios americanos. Era indispensable una buena administración que permitiera a la Metrópoli un control sencillo y barato de un territorio, que simultáneamente le rindiera el mayor número de beneficios económicos. Por lo mismo, la división de poderes en el virreinato obedecía

también a la lógica de la eficiencia administrativa.

De esa manera podía el rey liberar a sus funcionarios de una cantidad importante de obligaciones, que la concentración de poder les hubiera ocasionado.

Los elementos primordiales del sistema de contrapesos colonial, eran dos organismos político-administrativos: el mismo Virrey, encargado por Real orden de las tareas de gobierno civil de Nueva España, en carácter de Gobernador; de la dirección militar de la colonia como Capitán General; del control eclesiástico como vicepatrono de la Iglesia; y de las funciones judiciales del reino como presidente de la Real Audiencia de México. Por su parte, la Real Audiencia de México, estaba encargada de las funciones judiciales de buena parte del Virreinato, (la audiencia de Guadalajara o Nueva Galicia establecida en 1660 siempre peleó por autonomía de la de México) y adquiría funciones gubernativas en los casos de ausencia temporal o definitiva del Virrey, casos en los cuales, se la denominaba Audiencia Gobernadora. La importancia de la Audiencia como máximo tribunal de Nueva España, la hacía un potencial enemigo de los virreyes, muchos de los cuales, para evitarse mayores problemas, solían poner los asuntos políticos y administrativos a consideración de los oidores, fundiendo de ésa manera a los dos organismos clave de la administración colonial.

Existían, con todo, otras instancias de poder lo suficientemente desarrolladas y reconocidas por el monarca en Madrid, como para contrapesar a la Audiencia y al Virrey. - La principal de ellas era la Iglesia mexicana que, desde los primeros días de la dominación había surgido como un poder paralelo al seglar con el nombramiento de Fray Juan de Zumárraga, como primer arzobispo de México-Tenochtitlan.

La Iglesia podía presionar políticamente por sí misma, o en combinación con algún otro de los poderes coloniales. En 1576, el procurador de los padres franciscanos creó un escándalo que puso a la Ciudad de México al borde del motín contra el Virrey Enríquez de Almansa, al realizar una procesión con toda su orden a la ciudad de Veracruz en protesta al poco respeto con que el Virrey le trataba. El Virrey cedió y otorgó mayores privilegios protocolarios a la orden y sus procuradores (53).

Medio siglo después, las conspiraciones del Arzobispo de México y los Oidores de la Audiencia, obligaron al Virrey marqués de Gelves a encarcelar al primero, lo que amotinó al pueblo llano de la capital, que tomó a fuerza el palacio virreinal y obligó al marqués a pedir refugio en el convento

(53) Lira, Andrés. "El Gobierno Virreinal "OP. CIT. P. 6 y 7.

de San Francisco y ordenar la libertad inmediata del prelado. Poco después, la Audiencia se erigía en Gobierno y el Rey nombraba un nuevo virrey (54).

La metrópoli, con todo, era sabedora de varios abusos que no eran corregidos por este sistema de balanzas políticas permanentes y por ello creó los sistemas de fiscalización y enjuiciamiento de la labor y actividad de sus funcionarios. En el primer caso, el Rey mandaba a Nueva España visitadores y oidores especiales, cuya función era supervisar en nombre del virrey las actividades de alguna o varias autoridades coloniales para informar de manera directa y especial a la Corona. En el siglo XVIII, con la entrada de España en la guerra de siete años contra Inglaterra, los visitadores estuvieron encargados, además, de hacer cumplir más rápidamente las reales ordenanzas para la formación de un ejército colonial, ostentando en éstos casos, cargos y títulos tan parecidos a los del mismo Virrey, que se temió llegara a producirse un

(54) Lira, Andrés. "El Gobierno Virreinal" OP. CIT. P. 7

grave enfrentamiento (55).

Por otra parte, la naturaleza temporal de todos los cargos administrativos y judiciales en Nueva España, daba al monarca la posibilidad de controlar el actuar de las autoridades por medio de los Juicios de Residencia, en los cuales se examinaba la honestidad y limpieza de la administración de cada empleado al término de su gestión y permitía que todo aquél siervo de la Corona (Índio o español) que tuviera contra el funcionario queja alguna, la informara al Tribunal de manera que éste aclarara el caso con exactitud.

-
- (55) Las facultades de los visitadores eran: fiscalizar las actividades de todos los funcionarios españoles en la Colonia, recorrer la tierra para recoger información y quejas de las gentes sobre la actuación del Virrey, las Audiencias y otros magistrados, dar cuenta de todo ello al Consejo de Indias. Sin embargo, al ser necesaria (a los ojos del rey Carlos III) la formación de una milicia permanente, que después devendría en Ejército colonial, algunos visitadores recibieron encargos especiales de carácter del todo distintos a los de su función normal. Tal es el caso de Juan de Villalba, quien recibió el título de Capitán General de las armas e inspector general de todas las tropas veteranas y de milicia, de infantería y caballería de Nueva España. Algunos funcionarios de la Corte en Madrid apuntaron el grave peligro de fricciones con el Virrey Marqués de Cruillas, pues entre las funciones virreinales estaban todas las militares e inclusive el título de Capitán General era anexo al de Virrey. Es evidente que un funcionario con las atribuciones de Villalba sólo era visitador de título, pues la naturaleza de sus facultades eran del todo ajenas al encargo de este tipo de funcionarios. Ver Lira, Andrés. OP. CIT.

Pese a los defectos del enjuiciamiento por responsabilidad pública consistentes en la colusión de juzgados y juzgadores, los sobornos y el terror utilizado por los afectados para acallar las quejas de los súbditos, el sistema ofrecía a la Corona una espada de Damocles, que pendía sobre la lealtad de sus servidores coloniales, quienes se cuidaron siempre de no cometer ofensas a su Majestad, que ameritaran mayor dureza en la aplicación del juicio de Residencia.

Ahora bien, el sistema de contrapesos, lograba para el Rey un aparato de gobierno lo suficientemente eficiente como para que la Corona estuviera en la posición para ser el "vértice de la estabilidad" social que mencioné arriba.

En los casos que citaba sobre las maniobras políticas del Alto Clero contra los Virreyes, es evidente que la jerarquía católica, se erigió en ambos momentos como defensora de las causas populares de los pobres de la capital virreinal. De la misma manera, sin embargo, el Virrey y la Audiencia inclusive, se constituyeron en varias ocasiones en representantes de los de Abajo en sus luchas contra el resto de los funcionarios.

El Virrey de manera especial, ostentaba el título de Defensor de los Naturales. El monarca le había conferido la posibilidad de decidir en última instancia lo relacionado

con los indios y proveer de todas las medidas encaminadas a su cuidado y conversión. Ninguno de los funcionarios encargados del alto puesto, desatendió esta función y algunos fueron llamados "padres de los indios" por su destacada lucha contra encomenderos y explotadores. En cualquier caso, era poco el riesgo económico que implicaba ello, ya que pese a la gran cantidad de casos que se presentaban al llamado Juzgado General de Indios, la mayor parte de ellos, eran de escasisima cuantía, en vista de las exiguas posesiones personales de los antiguos dueños de Anawak. Cuando un caso de mayor importancia se presentaba, era casi seguro que había sido causado por los intereses de algún cacique indio, o por un español interesado en debilitar a la comunidad indígena mediante un largo litigio. Pese a ello, el beneficio político que recibía el Rey mismo por medio de su representante colonial era inmensamente grande: se convertía en padre protector de sus vasallos naturales y les obligaba a la lealtad con que contrapesaría durante siglos las pretensiones criollas de poder.

Otras autoridades usaron su ascendiente sobre la masa de indígenas marginados, para apoyar sus luchas políticas pero es indudable que el cauce principal de legitimación correspondió al Virrey y, a través de él, al monarca español.

Ahora bien, en el nivel de gobierno local, el inmenso territorio y la diversidad que la explotación económica y

las culturas preexistentes producían en el virreinato, obligó a sus administradores en México Tenochtitlan, a reproducir en menor escala el sistema de contrapesos.

Desde que las primeras poblaciones de españoles se establecieron en los albores de la Conquista, se les organizó por medio del sistema de municipalidades, al modo de Castilla. El poblado elegía a su Alcalde y a los Regidores, dando al primero funciones jurisdiccionales en los casos de menor cuantía y a los segundos las responsabilidades de la administración y los servicios públicos. Como este sistema propiciaba la autonomía que el Reino de Castilla trataba de borrar de las colonias y hacía más difícil el control de las autoridades coloniales sobre los poblados españoles, pronto se eliminó la elección para los regidores y se impuso la ratificación de la de alcaldes anualmente. Las autoridades centrales se aseguraron la lealtad de los encargados administrativos del municipio español, dando los cargos a perpetuidad a los criollos más poderosos de la localidad, quienes de esa manera obtenían parte de los honores que la política anti-nobleza de Madrid les negaba. Desde otro punto de vista, este reconocimiento al poder real de los criollos en las ciudades españolas, servía para equilibrar los resultados de la protección a los indígenas y daba a la Corona el carácter de mediadora también ante los españoles americanos, demostrando que sin su intervención, los intereses económicos de las principales familias de cada

localidad no serían respaldados con el aval de un cargo público oficial en su feudo.

En cuanto a los poblados indígenas, con mucho la mayoría de los asentamientos, se implantó un sistema similar al de las municipalidades españolas, que fué en la práctica modificado de acuerdo con las tradiciones de cada etnia y localidad, así como a las condiciones concretas de cada lugar. Al igual que en los municipios españoles, los cargos eran en principio electivos, pero si existía un grupo aristocrático previo entre los naturales, los beneficios de la democracia eran ejercidos sólo por estos pipiltin o nobles. Si no existía ese grupo, el común del pueblo entraba en la elección. En otros lugares la Conquista había asentado en una misma parcialidad, varios grupos étnicos distintos, por lo cual sus municipalidades fueron gobernadas de manera alterna por cada grupo en periodos de un año, o el cabildo se dividía proporcionalmente entre cada uno de ellos (56). Con todo, aprovechando que el Virrey estaba encargado de vigilar la libre determinación de las comunidades, los funcionarios distritales de cada región, resultaban siempre coludidos con los grupos aristocráticos y poderosos de las comunidades de naturales, de manera que siempre monopolizaban los cargos en los cabildos y hacían así el juego a los poblados y empresas criollas de la vecindad.

(56) Lira, Andrés. "El Gobierno Virreinal" OP. CIT. p.14

Sobre los alcaldes y regidores de las municipalidades, ya fueran españolas o indígenas, existía un segundo nivel de gobierno, representado por los alcaldes mayores y corregidores que estaban encargados de la administración de justicia, los primeros en pueblos españoles y los segundos en los indígenas. De hecho, los corregidores tenían mayores atribuciones en el campo gubernamental, sobre poblaciones naturales tributarias directas del Rey, lo que provocó que al disminuir la población indígena de muchos corregimientos, estos fueran asimilados por la Alcaldía Mayor o corregimiento más cercano y en el primero de estos casos, resultaba también la fusión de las tareas judiciales y administrativas en manos del Alcalde Mayor, quien con el tiempo no se distinguía competencialmente de los Corregidores.

Cuando por razón de lejanía o aislamiento geográfico, el trabajo de estos funcionarios resultaba demasiado gravoso o imposible, estaban facultados por los funcionarios centrales a nombrar Tenientes o Delegados en las poblaciones de sus distritos. Estos cargos recayeron de nuevo en las personas representativas de la clase dominante de cada localidad, criollos que de esta manera obtenían de facto un poder sobre las "municipalidades indias" del lugar y les fortalecía en su posición de explotadores de la mano de obra barata de estas poblaciones.

De nuevo, estos nombramientos fortalecían a la autono-

mía que se deseaba erradicar, pues formaba cacicazgos lo suficientemente poderosos en sus áreas geográficas, como para poner en entredicho la autoridad de México. El contrapeso de la protección legal a las propiedades y derechos indígenas no eliminaba por sí solo el problema, por lo que el Virrey, facultado como estaba para mantener el orden discrecionalmente en sus dominios, nombraba Enviados u Oidores que se encargaban de fiscalizar las labores de Corregidores y Cabildos.

En pequeña escala, estos Enviados ejercían el mismo control sobre las autoridades distritales, que el realizado por los visitadores Reales respecto del mismo Virrey y Audiencia.

Por conclusión de lo expuesto hasta aquí, acerca del orden político implantado con paciencia y perseverancia a través de tres siglos de Virreinato, se puede decir que el Estado colonial construido por los enviados de Castilla en México cumplía las funciones esenciales de toda organización política de envergadura. Logró equilibrar los contrapesos sociales y económicos existentes en la población que debía gobernar y sacar la estabilidad como ganancia de ese equilibrio. No importaba mayor cosa que en el fondo el trato generalizado a los naturales contrariara la cristiana voluntad de la reina Isabel de Castilla, como en realidad ocurría, sino que gracias al mandato misericordioso de "buen trato a los indios," el apa-

rato de gobierno contaba con una poderosa y legal arma, que esgrimir en contra de los siempre desmedidos intereses criollos. El resultado fué una serie de concesiones más o menos importantes a diversos grupos indígenas durante el período y el respeto a sus tradiciones y lenguas maternas, mientras que el esquema general de explotación permanecía. Los criollos obtuvieron el reconocimiento de su poder económico y social en las localidades al entregárseles en cacicazgo muchos de los gobiernos distritales y municipales, mientras que la Corona y sus funcionarios se reservaban los cargos de mayor importancia en la estructura virreinal.

Como consecuencia de lo anterior, quedó profundamente arraigada en la cultura nacional la idea de dualidad social y de el gobierno central como mediador-aval de las realidades sociales que sufriera la población. Los dos Méxicos se consolidaron alrededor de una estructura política que por principio se regía en la idea de "dos repúblicas" bajo un mismo Estado. El Rey por medio de sus representantes estaba encargado de escuchar las peticiones de esos dos mundos y determinar las mercedes necesarias para reestablecer el equilibrio cuando fuera necesario.

Hacia adentro de esos dos mundos, sin embargo, el actuar del gobierno colonial provocó una serie de fenómenos que sólo reforzaron la visión dual de la sociedad mexicana.

Hemos de recordar que no todos los españoles americanos eran por se privilegiados y que tampoco todos los indígenas eran por lo mismo marginados. La intención del equilibrio colonial buscado por la Corona era la Estabilidad, no la Justicia. Por lo mismo, fué más sencillo para los funcionarios centrales conceder mercedes que beneficiaban a los caciques naturales y no a las comunidades como unidad social (57). De la misma manera, los privilegios sociales que las concesiones políticas locales reconocían en la "república de españoles" eran patrimonio de una minoría y no de toda la población española, que pese a contar con un nivel de vida superior al de los indígenas no podría ser justamente calificada como clase dominante.

A la diferenciación esencial de las dos "Repúblicas" se sumaba así la de clase. Con el tiempo, la Independencia y el proceso del México Independiente terminarían por aglutinar en uno sólo estos niveles de diferenciación, haciendo la división menos notoria pero no por ello más pequeña. De hecho, podríamos calificarla de cultural, dado que al mismo tiempo que se aislaba a las comunidades españolas de las naturales se prohibió el desarrollo de culturas y modos de ver distintos en cada una de las "dos repúblicas", mismos que pese a los graves cambios económicos y sociales que trajeron los siglos XIX y XX se heredaron por diversos grupos sociales del México

(57) Lemoine, Ernesto. "Hidalgo y los inicios del Movimiento Insurgente". "Historia de México". T. 9 p. 261 y siguientes.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

contemporáneo. Si hoy, la manera de hablar y sentir respecto de la realidad es distinta, profundamente distinta, entre los mexicanos de diversos orígenes es en mucho porque son herederos de esas dos culturas generales que el sistema político colonial reconoció como elementos de una balanza donde el omnipotente monarca español era el último y definitivo fiel.

1.2 LA RUPTURA DE LA ESTABILIDAD: REVOLUCION Y MEXICO INDEPENDIENTE

1.2.1 EROSION DEL SISTEMA Y RAZON DE HIDALGO

El modelo de la estabilidad colonial, sin embargo, no era capaz de responder a las exigencias que llegaron junto con las Reformas Borbónicas en el sentido de hacer más eficiente la explotación de los recursos materiales de la Colonia, de manera que España lograra recuperar el tiempo perdido en los trabajos de preindustrialización. El respetar, así fuera de manera muy general y poco clara los derechos de las poblaciones indígenas y los privilegios semif feudales de los criollos, era tanto como aceptar que la Colonia debía dedicar gran parte de su producción al mantenimiento de su propio ciclo económico en un nivel poco mejor que de supervivencia. España requería de su principal posesión en ultramar más producción de minerales y la explotación en grandes cantidades de otras

materias primas. Ya se anotó cómo lograr estos resultados; procediéndose a romper el equilibrio de la balanza.

Al perderse éste, la mayor parte de la población se encontró de pronto ante la perspectiva de la miseria sin esperanza y recapacitó acerca de su papel como parte de un Estado ya formado. Las reivindicaciones sociales encontraron de pronto eco entre amplios sectores de la población. Esto no implica un grado de consciencia muy alto; en la mayor parte de los casos se dió sólo como la paulatina identificación de las autoridades virreinales con los grupos oligárquicos criollos, de manera que poco a poco los reclamos se empezaron a dirigir contra el mal gobierno y no contra el otro grupo social, como hasta entonces.

Por último, las ideas de la Ilustración llegadas de manera semiclandestina al virreinato, habían dado a una pequeña minoría de idealistas criollos el convencimiento de que las medidas decretadas por la metrópoli, no sólo eran en esencia injustas para la población, sino que su misma formulación carecía de validez toda vez que habían sido dictadas por un monarca absoluto que no había tenido en cuenta la voluntad general. Bueno, ésto por lo menos fué cierto entre el mas avanzado grupo de intelectuales. Pero en la mayor parte de la clase educada novohispana, sí existía la idea de que dada la calidad de los españoles americanos, estos merecían ser tratados por

lo menos en pié de igualdad con los peninsulares. En el fondo había dos vertientes principales de descontento, las cuales se pueden localizar de manera general en cada uno de los dos mundos novohispanos de los que hemos venido hablando.

En términos generales el México criollo propugnaba desde la última parte del siglo XVIII por la igualdad de trato respecto de los peninsulares. El México indígena y mestizo buscaba la abolición de un sistema de castas, que durante el último período colonial había significado para ellos cada vez más explotación.

Durante el proceso de la Revolución de Independencia ambos actores interpretaron sus papeles de acuerdo con estos esquemas generales.

Los criollos acudieron de manera apresurada al llamado que les hicieran las liberales Cortes de Cádiz, para promulgar una constitución. Al fin, se pensaba, se reconoce que los españoles del Nuevo Mundo son lo mismo que los del Viejo. Es importante recordar el momento en el que nuestros Diputados a Cortes, se encontraban en la Madre Patria debatiendo: son los años de la gran insurrección campesina acaudillada por Hidalgo y Morelos. El otro México estaba luchando por sus propias reivindicaciones en el suelo mismo del Virreinato.

Mientras el reclamo del México criollo era la igualdad, el del resto de la población era Justicia. Los decretos de Hidalgo referentes a nuevo orden que la revolución campesina aspiraba a implantar, daban una idea clara de sus objetivos profundos. Cuando se proclama la abolición de la esclavitud en Guadalajara y la supresión de los tributos, el pueblo mexicano proclamaba el inicio de una larguísima historia de enfrentamientos con los criollos, que culminarían poco más de un siglo más tarde. En diciembre de 1810 y enero de 1811 Hidalgo, entusiasmado por el desbordante apoyo popular al movimiento, va alejando sus iniciales declaraciones de adhesión perpetua a la causa de Fernando VII en nombre del cual había esperado convocar al México criollo y unirle en la lucha por la emancipación y las reformas sociales indispensables. Entonces, el ilustre sacerdote, llamado Alteza Serenísima, inicia una serie de decretos por los cuales se pretendía reestablecer la organización Estatal, eliminando los grandes gravámenes que pesaban sobre la mayoría: se propone la formación de un Congreso nacional de representantes electos en cada Distrito y Provincia, "que dicte leyes suaves y benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo". Se edita el Despertador Americano, en el cual, con todo, se acusa aún a los Españoles americanos que han traicionado a Fernando VII en beneficio de los invasores galos. Suprime los tributos y estancos, perfilando la nueva organización económica por la que se luchaba. Se esboza un reparto agrario y la promulgación de Garan-

tías de Igualdad social, Libertad de trabajo y Comercio. Hidalgo era un criollo sí, pero uno que había entendido después de diez y ocho años de trabajo en curatos periféricos, la injusticia del sistema de explotación colonial y que por lo mismo había puesto al servicio de la "otra república" su capacidad intelectual, misma que le había valido el rectorado del colegio de San Nicolás en Valladolid. Es revelador el odio poco disimulado con que el líder más esclarecido del conservadurismo mexicano del siglo XIX, Lucas Alemán, trata a este cura que frecuentaba la casa de su padre cuando vivían aún en los días del viejo régimen. Su actitud sólo se explica por la mala disposición con la cual un hombre debe tratar al que ha traicionado las ideas y actitudes que les fueren comunes. Alemán defendió hasta su muerte los privilegios de la aristocracia criolla, Hidalgo, astutamente había llevado a los criollos radicales a una revuelta campesina que habría de cambiar, pese a su inicial derrota, la faz del país.

Al mismo tiempo que las corporaciones realistas más prestigiadas de la Ciudad de México, como la Universidad, el Consulado, el Arzobispado y el Tribunal del Santo Oficio trataban de desacreditar política y religiosamente el movimiento revolucionario que les amenazaba, los diputados a Cortes en Cádiz pedían para las colonias: I. Igualdad política con la Metrópoli; II. Libertad de Industrias y Agricultura; III. Libertad de Comercio; IV. Supresión de estancos y

preferencias de españoles en empleos y cargos públicos. ¡Qué distintos reclamos a los esbozados desde Guadalajara casi en el mismo instante! La diferencia es total. Aunque la Revolución de Hidalgo se alza con la bandera del monarca traicionado, lo cierto es que pide la supresión del orden de castas, de la división en "repúblicas" y el cambio estructural de la organización socioeconómica. Los diputados en Cádiz sólo piden que los derechos de los españoles americanos, ellos mismos, sean similares a los de los metropolitanos. Solo desean poder gozar en igualdad de los beneficios de la explotación.

Cabe una pregunta aún acerca del papel de Hidalgo y los demás sacerdotes que le siguieron en la Revolución de 1810. Buena parte de ellos eran criollos y pertenecían al estrechísimo círculo de cultura que el virreinato poseía. ¿Por qué abrazaron una causa que en primera impresión era tan ajena a su propio origen? ¿No era, como se les acusó a muchos en los procesos de Infidencias, un despropósito contra su patria? En verdad, para sus jueces eran contumaces traidores. Habían levantado el populacho no sólo contra su rey sino contra su propia gente, los españoles americanos.

La explicación tiene profundas raíces en la formulación del Estado virreinal. Desde el principio, la justificación de la presencia española en América había sido la con-

versión de los naturales a la fé cristiana. La religión nativa, demoníaca a ojos de los recién llegados, reafirmó aun más la convicción "misionera" de los conquistadores y apenas consumada la derrota de los mexika, Cortés llamaba a la Corona en demanda de sacerdotes preparados.

En Europa se vivía un ambiente de profunda y dolorosa transformación. Todo cristiano reconocía los vicios de la Iglesia jerarquizada y manipulada por políticos y militares. En todas las mentes hervía la idea de renovación. El inicio del siglo diez y seis vió nacer de éste ambiente la Reforma protestante y a muchos renovadores católicos. De entre ellos, se escogió a los fundadores de la Iglesia del Nuevo Mundo. Fué significativo que la conversión de los pueblos de Anawak fuese encargada a la orden que tres siglos antes había protagonizado una de las más grandes reformas interiores del catolicismo. Los Hermanos Menores de San Francisco. La orden mandó a México doce misioneros encargados inicialmente de los trabajos en los territorios recién anexionados a Castilla. El número era clave: un Nuevo Mundo, una Nueva Iglesia. Misioneros antes que obispos. Frailes descalzos antes que mitras doradas. El evangelio del amor franciscano antes que el dogma inquisitorial.

El método que los franciscanos utilizaron para atraerse y ser atraídos a las comunidades de naturales dejó una

huella indeleble en la cultura de la "República de indios" con la cual se identificaron ellos y sus seguidores.

Así, aun cuando los objetivos declarados de la evangelización fueron cambiando con el paso de los años, de el afán misionero del Franciscanismo a la hispanización trentina de los jesuitas, el método y sus resultados permanecieron. ¿Cuál era aquél? Sencillo: reconocer que los pueblos americanos en cuanto a su calidad humana eran y tenían derecho a ser una cultura alterna a la occidental. Ese reconocimiento del "otro" por parte de los protagonistas de la Conquista Espiritual de México, es la base cultural del México de los de Abajo. En los siglos de formación del Estado virreinal implicó el acercamiento de los misioneros, españoles capaces y muy capacitados, a las lenguas autóctonas, su análisis y posterior escritura en caracteres latinos. La pauta lingüística llevó a la inserción cultural del evangelizador en el contexto indígena y a la creación de una religión católica americana con poderosas vetas prehispánicas. Los misioneros, probablemente sin darse cuenta del alcance de sus obras, sentaban la conversión en una conservación de la cultura prehispánica frente al impulso destructor de los guerreros castellanos (58).

(58) Duverger Christian. "La conversión de los Indios en Indios". Extracto de "La conversión des indiens de la Nouvelle Espagne". Seuil, París, 1987. Traducción de Carmen Martínez, NEXOS 130. p. 48 - 50.

Estos logros, sin embargo, se mantuvieron permanentemente en el campo cercano a la clandestinidad. No podía ser de otra manera. El Statu quo establecido en 1521 descaba la supresión de toda resistencia aborígen, especialmente la cultural que más profunda, era peligrosa. Significativa anécdota es el reentierro de los restos del último tlatoani mexikatl en Ichcateopan por Fray Toribio de Benavente Motolinía, quien traslada los restos del caudillo del palacio familiar a los cimientos de lo que sería la iglesia parroquial y encarga con sigilo el secreto a las familias principales. (59) Motolinía era un misionero inserto y comprometido con los naturales y mandó grabar sobre los restos en una placa de cobre el título de "rey" a "Coatemo". Durante el siguiente medio siglo, cercanos parientes de Cortés y Díaz del Castillo se allegarán cargos de autoridad en Ichcateopan procurando descubrir el lugar (60), buscando presumiblemente el oro de una ofrenda funeraria y de paso, eliminar el último recuerdo de una soberanía.

La escuela de los primeros misioneros dejó huella en un estrato de la casta dominante virreinal. No sólo la agudeza de la polémica que desataron alrededor de la naturaleza

(59) Así lo confirma la tradición oral que recogió en la primera instancia Eulalia Guzmán, investigadora asignada al caso por el I.N.A.H.

(60) Ichcateopan. La Tumba de Cuauhtémoc". Aconcagua Ediciones, S.A. México, D.F. 1973.

de los "indios americanos" y sus derechos (61) sino su apoyo real y cotidiano en la defensa de la identidad cultural indígena, provocaron que un pequeño pero muy preparado sector de la sociedad española navegara perpetuamente a contracorriente de los impulsos colonialistas y opresores.

En Michoacán la labor del dominico Vasco de Quiroga, que en su vida alcanzó niveles de leyenda no sólo en las tierras purépechas por su fervor cristiano, sino en la renacentista Europa por su aplicación práctica de la Utopía de Moore, tuvo continuadores permanentes en el Colegio de San Nicolás Obispo que fundara en 1540. En 1731, casi dos siglos más tarde, el obispo de Michoacán, José de Escalona y Calatayud solía visitar el colegio y, revestido con capa pluvial pasaba inventario entre los alumnos de las obras de don Vasco. (62)

-
- (61) "La Polémica Indiana" fué llamada entre sus principales protagonistas. En ella figuraron Dominicos peninsulares e indios como el padre Vitoria y el padre Las Casas, quienes procuraron rescatar de la barbarie conquistadora a los naturales demostrando, primero, su humanidad y luego, sus derechos. Que la escuela concediese al fin en justificar de varias formas la presencia castellana debe ser considerado más una posición realista que una derrota.
- (62) Arriaga, Antonio. "La ideología de José María Morelos". Discurso pronunciado en la Ciudad de México el 22 de diciembre de 1960, en el aniversario luctuoso del Siervo de la Nación. Reproducido por el D.D.F. en el volumen "Inmortalidad de Morelos". "Colección Conciencia Cívica Nacional". México, 1983, p. 169.

La sociedad michoacana de los últimos años de la colonia representaba una concentración singular de cultura y civilización, especialmente en su ciudad capital, Valladolid. El ambiente mocho y oropalesco tenía como contrapartida una minoría notablemente libre y crítica, que se aglutinó alrededor del Colegio de San Nicolás Obispo. Los prelados que dirigieron espiritualmente esta sociedad, se distinguieron también por proveer de espacios a la discusión de las ideas, en un ambiente de tolerancia cristiana poco propio en comparación con el conservadurismo de la imperial México-Tenochtitlan (63). Es significativo que un exrector del Colegio nicolaíta fuere el jefe ostensible de la Conspiración de Valladolid y que durante el proceso que le siguiere la Inquisición, se le acusara de inspirar las futuras leyes del país en los enciclopedistas, el Código Napoleón y el Teatro crítico de Feijoo (64).

Este es el ambiente en el que se forma el intelectual prerrevolucionario que fué Hidalgo y el que sentó las bases culturales para el gran cambio que mostraría a partir de su destierro social a los curatos periféricos de aquél ilustre

(63) Fray Antonio de San Miguel, a la sazón Obispo de Michoacán en los años en que Hidalgo fué Rector celebrado de San Nicolás Obispo, no solo permitió que el padre se dedicara con profundidad a la lectura de obras ilustradas, sino que ello se impartiese en el Colegio y los alumnos en él inscritos recibieran así una buena dosis de ideas libertarias. Sin embargo, el mismo prelado puso término a dichas "extravagancias", retirándole el puesto de Rector y mandándolo lejos.

(64) Arriaga, Antonio. OP. CIT. 110.

obispado. Dentro del ambiente de "constructores de utopías" que encerraba el Colegio del Tata Vasco, Hidalgo estudiante fué llamado el "zorro" (65) por sus condiscípulos, mote usado por la Inquisición años después para inferir su "maldad e hipocresía", pero que en nosotros podría servir de hilo conductor que nos explique el por qué de sus acciones revolucionarias. El Hidalgo ordenado nunca dejó de ser rebelde, así, a principios de la década de los ochenta, publicaba en Valladolid su "Disertación sobre el verdadero método de estudiar escolástica" que causó elogios y recelos entre sus conciudadanos. En 1775 aparece su nombre en la Gaceta de México en la reseña que se realizó de un acto cultural patrocinado por él. De hecho, estos actos tenían como objeto el ir introduciendo a los estudiantes del Colegio, en las más avanzadas ideas de la Ilustración y promover en ellos un cambio de mentalidad. Por su parte, la alta sociedad de Valladolid admiraba a un hombre de tal ingenio y cultura y le dispensó favores que el padre nunca desestimó. En 1790 era elevado al puesto de Rector y sus labores críticas se intensificaron al amparo de la estima social y de la admiración de estudiantes. Este fué el ambiente en el que se conocieron el Rector y un estudiante que años después sería el encargado de "revolucionar el sur", Morelos.

(65) Lemoine, Ernesto. Op. Cit. p. 262.

Fray Antonio de San Miguel, obispo de la diócesis, alentaba el desarrollo de esta pequeña Ilustración provincial, pero no era ciego a los riesgos de un intelecto liberal como el del Rector de San Nicolás y ordenó al presbítero Hidalgo a marchar a lejanos curatos, primero en Colima, luego en San Felipe y al Fin, en Dolores. Fueron dieciocho años de alejamiento de una sociedad relativamente culta y acomodada y de una inserción, probablemente no deseada, en la realidad para la cual el Tata Vasco había fundado tres siglos antes el Colegio. Las actividades de Hidalgo se alejaron de la rutina normal para un cura de pueblo, consiguió adjutores que la realizaran y aprovechó el tiempo libre para leer, organizar tertulias y llevar a escena a Racine. En Dolores promueve el cultivo de la vid y el gusano de seda, la fabricación de loza, tejas y el curtido de pieles, actividades que la historiografía oficial nos pinta con un cariz de obras de caridad para los campesinos de la zona que nos oculta, probablemente, una actividad mucho más subversiva: la organización productiva de un pueblo más o menos pequeño en el que la suma inteligente de recursos puede elevar el desarrollo en grados peligrosos para otros centros urbanos que contaban entonces con la protección virreinal y que por lo mismo, atentaba contra el orden colonial de control provincial que mencionaba en la primera parte de este capítulo. Hidalgo hace, en mi opinión, honor al epíteto de "zorro" que había recibido de sus correligiona-

rios en Valladolid, pues convence a la pequeña sociedad opulenta de la zona central de Guanajuato, de los beneficios de un mayor progreso para la sociedad integralmente concebida, al mismo tiempo que les hacía aceptar las nuevas ideas de la Ilustración y su vástago universal: la Revolución Francesa. Con todo, nunca deja de ser ante su auditorio criollo otra cosa que un progresista súbdito de su Católica Majestad, e incluso, al producirse la invasión francesa a la Península, aprovecha el hecho para ser uno de los más ardientes defensores de la legitimidad española y de Fernando VII. Sus ideas a esas alturas se centran en dos renglones aparentemente contradictorios: por un lado pregona en sus tertulias por la formación de una Junta de Americanos que en Nueva España gobierne en nombre del depuesto rey Borbón, inclusive bajo la presidencia - del Virrey. Por otra parte inicia trabajos de instrucción, reclutamiento y abasto de campesinos indígenas en preparación de una revuelta (66). En el primer orden, sus ideas son similares a las que el licenciado Primo de Verdad argüía ante el Virrey Iturrigaray y que provocaron en último momento la deposición de éste por parte del comercio peninsular de la Ciudad de México. En el segundo, representan los frutos de una labor de siglos realizada por diversos y clandestinos miembros del Bajo Clero, que habían mantenido la autonomía cultural y a veces política, de tantas comunidades indígenas.

(66) Irbanguengoitia, Jorge. "Los pasos de López". México.

El orden colonial, exacerbado y desequilibrado, como vimos arriba, por la reforma borbónica, había llevado a una contradicción social tan grave que a ojos de las mentes más avanzadas de ese momento, sólo quedaba como solución la alianza de los sectores más avanzados del México criollo con las masas de marginados, que de cualquier manera se lanzarían a la insurrección al continuar las exacciones de guerra en la segunda década del siglo XIX.

En este sentido, el método Franciscano de inserción en el mundo campesino indígena, llevaba a sus agentes tarde o temprano a la dirección de movimientos campesinos rebeldes al orden social y económico. La semilla que aquellos seráficos iniciadores de la Nueva Iglesia, empezaba a dar los frutos que en nuestros días se llaman Iglesia Popular en buena parte de la América Latina.

Hidalgo era un hombre que cabalgaba sobre los dos Méxicos: sus dotes intelectuales le habían valido ser considerado entre sus contemporáneos una de las mentes más lúcidas y éso él lo sabía. Por otro lado, su potencial revolucionario lo había alejado de los centros urbanos, en donde sus ideas tal vez sólo hubieran llevado a un liberalismo clasista como el de los conspiradores de la Ciudad de México y Valladolid, y lo había inmiscuído con los problemas y crisis del otro México, marginado y explotado. Así, cuando Iturrigaray es aprehendido

y la conspiración de Uraga es disuelta, comprendería el cura de Dolores que el único modo de dismantelar el orden social de Nueva España, era con la participación activa de las masas.

Su habilidad logró comprometer a los criollos de la Provincia de Guanajuato y a los de otras varias partes del virreinato, al mismo tiempo que se aseguraba la lealtad de las masas campesinas del Bajío, que por ese tiempo eran aguijoneadas por el hambre y la seca.

Cuando la conspiración fue descubierta y estaba en trance de ser desarticulada por las autoridades, los principales dirigentes reunidos en la casa del padre Hidalgo aún no decidían nada y vacilaban proponiendo las más absurdas ideas. La gran cantidad de relatos coinciden sin embargo, en que fué el cura el que al fin, lleno de energía se decidió por convocar al pueblo e ir a "coger gachupines". Probablemente en sus ojos sí llamó una extraña y sobrecogedora chispa, y sí levantó los crispados puños y sí golpeó la mesa. Probablemente porque el Destino o la Provincia habían dejado sobre ella la oportunidad tan esperada de obligar a los criollos involucrados a unirse al populacho o ser pasados por las armas. El juego astuto del "zorro" concluía. De esa manera, poco a poco, según pasaron los meses de insurrección, el movimiento fué abandonando los términos fernandistas de legitimidad y fué oyendo y haciendo oír cada vez más los de una nueva Patria

que emerge a la total independencia.

El Grito de Independencia es recordado por el Pueblo mexicano de una manera tan singular como nos la relata el Laberinto de la Soledad de Paz, precisamente porque fué el primer grito del "otro" México, aquél que había permanecido siempre como silencioso telón de fondo para la sociedad española en América. No es el grito de la unidad, como algunos pretenden verlo (67), el momento en que se yergue en el concierto internacional una nueva Nación, bien definida y que

(67) Hay muchos que sostienen ésto, pero lo que me parece más peligroso es que miembros de nuestra generación, la del fin de siglo y milenio, así piensen. En una revista universitaria del año 1988 encontramos estas ideas. Ver Ruiz Ponce Madrid, Esteban. "El Concepto de Independencia". "Deribe". Revista del Consejo de Alumnos del Departamento de Derecho U.I.A. No. 4, septiembre de 1988. Cierto que nunca han pretendido quienes ello sostienen que el Grito de Hidalgo es el de la Unidad, al menos no aislado. Ellos entienden la Guerra de Independencia como una unidad que va desde Dolores hasta Iguala. Nada más falso, sin embargo. Iguala es el lugar de la transacción, de la "transa". Dolores lo es de la denuncia social y ésta sólo puede ser de una horrorosa división, que es la de nuestra patria. El autor citado se traiciona al apuntar que la inconciencia de pasar "del debate...al dogmatismo, al fanatismo... de la discrepancia a la intolerancia, de la razón a las armas... Costó mucho de aquella sangre nonata"... De nuestra nacionalidad, que no sería "nata", nacida, sino después de Acatempan, "lugar de la Unidad". Hemos de estar precavidos contra estas interpretaciones, que aparentando salvar las terribles contradicciones de una Independencia consumada por sus principales represores, de hecho ocultan en un apariciencia de Unión lo que aún hoy permanece separado. Un verdadero análisis social de México debería de superar el nivel aparential para estudiar la realidad tal cual sea, nos guste o no.

reclama el reconocimiento de su Unidad cultural y Nacional. No. el 16 de septiembre de 1810 el grito era de guerra y venganza, reivindicación esta última de parte de una de las dos sociedades que había sufrido ya demasiado las opresiones y humillaciones de una estructura política y económica que, para empeorarlo todo, dejaba de ser eficiente en la era de la crisis napoleónica. En Dolores, la Nación no se define unida, antes bien se declara dividida. Recuérdese el azorado comentario de Aldama a Hidalgo, cuando éste se disponía a salir de su hogar rumbo a la revuelta: "Señor, ¿qué va a hacer vuestra merced? Por amor de Dios, vea lo que hace". Los criollos se resistían a caminar junto con sus viejos siervos, porque intuían que de esa ruta no había regreso posible y que significaba más pronto que tarde la supresión de su posición de privilegio. Pienso que Hidalgo lo sabía y que por lo mismo salió rumbo a su parroquia, gritó y fue escuchado. Por lo mismo es que libera a los reos de sus cadenas y que cinco días después habla a Riaño de los sagrados derechos "de que se ha despojado a la nación mexicana" hacía trescientos años. Si esgrimió durante toda su campaña el nombre de Fernando VII, no debemos dejar de ver en esa actitud algo más que un consuelo para los criollos que aún eran reticentes a ir en el mismo carro que el pueblo insurrecto. En Guadalajara, los decretos contra el sistema económico y social, confirmarían los temores de los liberales clasistas que le acompañaban y que en la primera oportunidad disputarían el mando en un

intento de recuperar el control de un movimiento que intuían no favorecía a "su" propia sociedad (68).

Pero los avatares de la guerra dependen no solo de la voluntad de cambio, sino de las circunstancias, la suerte y la decisión de resistir de los enemigos. En México, el aparato virreinal entendió mucho mejor que los liberales criollos, la significación de una revuelta campesina. En una publicación moderna sobre las figuras más destacadas de la historia, un editor español franquista aún deja traslucir la visión castellana de Hidalgo: "...en 1810 el cura Miguel Hidalgo y Costilla, un criollo amestizado, levantó el campo indígena

(68) Esa oportunidad se les presentó cuando el Ejército Libertador se retiró del Valle de México y fué derrotado por las tropas de Calleja en Aculco, debido a la desorganización de las masas que lo componían. En vez de Irbanguengoitia también ahí se demostró la incapacidad militar técnica del iniciador quien caería en las argucias tácticas de Calleja por su exaltación. En cualquier caso es significativo que después de Aculco los insurgentes procedan a una extraña división: Aldama y Allende a Guanajuato (¿dónde estaban sus reales y bases sociales de poder?) y el padre Hidalgo rumbo a Guadalajara, donde sería recibido por "el Amo Torres", que había "revolucionado" la Nueva Galicia. ¿Por qué no mantener la unidad y organizarse con las tropas frescas y mejor preparadas, tal vez, de Torres? ¿Por qué perder en Guanajuato a los pocos contingentes militares con experiencia profesional previa? Tal vez el fondo sea político. Ver Torres Flores, Cárabes. OP. CIT.

contra la ciudad española y el propietario blanco, fuera nacido en la metrópoli o en América. En éste resurgir de los dioses rojos..." (69). En consecuencia de su clara visión, el virreinato levantó de inmediato un cuerpo de Ejército en San Luis Potosí y al mando de Calleja lo llamó a socorrer el centro. La amenaza realista podría explicar mucho mejor que la timidez del caudillo, el desistimiento de ocupar México a fines de 1810, Hidalgo seguramente temió que se le convirtiera en "una verdadera ratonera" (70) y contramarchó rumbo a Occidente.

El país entero se levantaba, guerrillas campesinas surgieron como hongos después de día de lluvia y junto con la sangre de gachupines el ambiente se llenó de entusiasmo. En esas condiciones dió Hidalgo el golpe de sus decretos y Calleja obtuvo sus victorias de Guanajuato y Puente de Calderón. De esa manera, paradójicamente, el aspecto militar del movimiento entraba en decadencia y su radicalidad aumentaba. A partir de enero de 1811, la estrella de Hidalgo declina. En Aguascalientes se transfiere el mando al ala criolla de los insurgentes y Allende se hace Jefe de la Revolución. En marzo 21, ambos fueron cogidos por traición en Acatita de Baján, Coahuila.

(69) Vicens Vives, Jaime. "Mil Figuras de la Historia. Nombres Ilustres, Vidas Famosas". Instituto Gallach de Librería y Ediciones. Barcelona, 1944. p. 169.

(70) Lemoine, Ernesto. OP. CIT. P. 272.

La Revolución quedó en manos de Ignacio López Rayón quien trataría en vano de darle forma orgánica. Por principio, salvó los restos de las fuerzas insurgentes, evacuando Saltillo al saber de la captura de los líderes del movimiento y asumiendo la jefatura en carácter provisional. El 19 de agosto de 1811, decide formar una Suprema Junta Nacional Americana que gobernaría a nombre de Fernando VII.

La Junta de Zitácuaro es el primer intento exitoso de dar a la Nación Mexicana un sistema de gobierno alterno al virreinal. Y, aún cuando sus objetivos no se lograron, el esfuerzo realizado por el propio Rayón, José María Liceaga y el padre José Sixto Berdusco, daría pié a los posteriores pasos soberanos del pueblo en armas. Usó la imprenta para propagar las ideas de la insurrección, imprimió asimismo moneda, gestionó el reconocimiento de beligerancia ante el Gobierno de los Estados Unidos de América y contactó con una organización secreta llamada "los Guadalupe" en la ciudad capital. Al fin, propuso un proyecto de Constitución Nacional, que no cuajó (71).

En el fondo, lo que ocurrió es que los dirigentes en Zitácuaro, trataban de frenar el impulso popular que la

(71) Lemoine, Ernesto. "La Revolución Radical: José María Morelos". "Historia de México". t. 9. P. 279 y siguientes.

guerra tomaba desde el bando insurgente. Su proyecto constitucional era en el fondo un intento de encerrar la revolución en un marco fernandista, en la idea de que el objetivo de la insurrección no era la independencia, sino asumir la dirección colonial en el período en que el Rey estuviese prisionero de Napoleón.

Pero la realidad social había cambiado, el pueblo en armas había iniciado el camino que intuyó Hidalgo y por medio de una interminable guerra de guerrillas iba logrando poco a poco, la enunciación de términos más radicales para las declaraciones insurgentes.

1.2.2 LA REVOLUCION SE RADICALIZA

Durante la segunda fase de la guerra de Independencia, las dos tendencias mantenidas por ambas partes de la sociedad culminaron por enfrentarse. Ello se debía a que aún en el momento de la derrota militar de la campaña de 1810 - 1811, el pueblo campesino en diferentes regiones había optado por el levantamiento y la guerra de guerrillas. Esto obedecía a una identificación, ante los ojos del pueblo, entre la oligarquía criolla y los funcionarios que representaban los intereses de la Corona. Luis Chávez Orozco, historiador contemporáneo, manifiesta ésto mismo: "No, no era posible evitar que la lucha se manifestara como una lucha de oprimidos contra opresores, de todos los oprimidos contra todos los opresores,

independientemente de la filiación étnica entre unos y otros. ¿Acaso se podían hacer distinciones raciales? ¿En qué se diferenciaba un criollo de un español? El tinte de la piel era idéntico..." (72).

No coincidió sin embargo, en la idea de que en aquellos años dejara de importar la raza. De hecho, la guerra de independencia se parecía más a una de Castas, en aquella primera etapa, que a una de clases. Por otra parte, Chávez se contradice al asegurar que la diferenciación étnica fuere ajena en última instancia y luego preguntarse acerca de la imposibilidad de distinguir entre español americano y europeo. Esta contradicción aparecerá durante décadas en los analistas mexicanos, que casi nunca han estado dispuestos a ver el origen de discriminación racial de la sociedad dual mexicana de nuestros días.

Probablemente, esa realidad era igualmente evasiva

(72) Chávez Orozco, José. "Historia de México. (1808-1836)". Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985. Es interesante el hecho de que este instituto esté publicando no solo obras referentes a la Revolución de 1910, sino también sobre la de Independencia. Ello puede explicarse por la simpleza de que sus trabajos se iniciaron en un aniversario doble, o por la influencia de la visión de Reyes Heróles, o menos seguramente, por la identificación de una sola gran lucha. P. 67.

para nuestros caudillos independentistas, pero en cualquier caso es aparentemente la razón última que separaría los destinos políticos de Rayón, el continuador criollo de Hidalgo y de Morelos, su discípulo en San Nicolás.

Mientras Rayón procura dar forma institucional a la revuelta en la Junta de Zitácuaro, la actitud del caudillo de Valladolid es "revolucionar el Sud" al que "se pasa con violencia". Sobre la marcha construye un ejército de extracción campesina y lo arma de la mejor manera posible. En cada población por la que pasan, el cura de Carácuaro se encarga de explicar al pueblo llano el contenido de las proclamas radicalizadas de Hidalgo en la Nueva Galicia (73). Pero abandona el lenguaje mismo utilizado en ellas, sabedor de que se encuentra en un área de las más azotadas por el analfabetismo y la marginalidad.

Al mismo tiempo pues, que Rayón y la Junta de Zitácuaro mantienen vivo el espíritu de la lucha bajo el manto aún de la defensa del rey Fernando, en las cinco intendencias meridionales del reino: Michoacán, México, Oaxaca, Puebla y Veracruz, se inicia la imperceptible formación de un verdadero ejército campesino.

(73) Lemoine, Ernesto. OP. CIT. P. 289.

Francisco J. Bulnes (74) en su estudio comparativo entre los dos primeros libertadores, reprocha duramente a Hidalgo su incapacidad organizativa; y la consecuente derrota de sus masas campesinas la explica con ésa sola base. En cambio admira notablemente a Morelos, quien renuncia a los grandes movimientos de gentes a cambio de un cuerpo armado y disciplinado capaz de realizar movimientos coordinados. En el fondo, el mismo hecho de achacar a la mayor o menor responsabilidad de los agentes históricos no deja de ser sospechoso. ¿Acaso no era el mismo cura de Dolores el primero en preconizar la necesidad de hacerse de armas y vituallas? ¿No hay clara noticia de su intento de fundir cañones? (75). Así pues, no es exacto que el Padre de la Patria haya renunciado locamente a la posibilidad de levantar la independencia sobre las ballonetas de un ejército profesional. Su misma alianza con Allende, que en los días postreros de la campaña resultaría tan molesta, es prueba de su claridad respecto a ese punto. Pienso que lo que sucedió es que la corriente de lo social rebasó a los primeros caudillos. Si en la madrugada de la libertad el único camino era "El Grito" los acontecimientos que le siguieron demostraron que la cadena de asociaciones en la consciencia popular, solamente podían llevar en esos

(74) Bulnes, Francisco. Obra de Historia de México. Cap. "La obra de Hidalgo y la de Morelos".

(75) Irbangüengoitia, Jorge. OP. CIT.

días rumbo a la guerra social abierta. ¿Cómo se puede convencer en el momento del estallido a la turba levantada, que es necesario esperar a que sólo los mejores entre ella reciban una semana al menos de entrenamiento para poder partir al frente? Verdadero despropósito hacerlo. Hidalgo no incurrió en él.

Sin embargo, creo que era clara su idea de formar un cuerpo preparado que se enfrentase al poder militar de la Corona en la América septentrional. Lo demostrarían los diversos enviados que nombró durante sus recorridos entre septiembre de 1810 y enero de 1811. El primero entre ellos era el mismo Morelos. Les mandaba "a revolucionar" tal o cual región (76), evidentemente sólo con el concurso de sus propias (pocas o muchas) luces y amparados por el prestigio del Generalísimo. No manda secciones de sus "turbas" con ellos, tal vez precaviéndoles de sus defectos.

Durante el segundo año de la guerra, era ya evidente el desastre provocado por el profesional ejército colonial contra la estrategia de "guerra de masas" experimentada al principio. De manera natural las guerrillas aparecen y siembran todo rincón en el reino. Se parecen materialmente a

(76) Lemoine, Ernesto. OP. CIT. P. 286

las bandas que durante tres siglos actuaron las luchas sociales locales y las regionales revueltas, sólo que ahora estaban unidas por una sola idea, la Independencia, y con la mente clara en la naturaleza de su enemigo: el opresor español, fuera nacido en el Viejo, o el Nuevo Mundo.

Morelos desempeñaría así su papel como organizador de esta nueva etapa de la guerra social de una manera ejemplar. Su guerrilla adquirió poco a poco la mejor consistencia y se hizo inteligentemente de los mejores materiales y cabezas de guerra. Convencido el pueblo de que el primer asalto masivo contra el Statu Quo había sido derrotado por un ejército profesional, emprendió la tarea de zapa para hacerse de su propio cuerpo armado, profesionalmente capacitado para vencer en su propio terreno a su enemigo social. Así, a Morelos le cabe haber entendido mejor que nadie este momento de la lucha armada, y haber alcanzado el mayor éxito en la organización militar que se reclamaba. Pero no el mérito de "haber visto, o dejado de ver" lo que Hidalgo había cometido de "malo". Es decir, Morelos es un líder popular (lo mismo que Hidalgo) no por el hecho de "inventar" mágicamente la estrategia a seguir, sino por su capacidad de entender lo que el momento histórico requería de él y hacerlo con prostritud y eficiencia sin igual. Desde esta perspectiva, cualquier comparación al estilo de una pluma vendida como la de Bulnes no pueda tener, siquiera, la apariencia de verdadera. Antes bien, su intento de presen-

arnos la "ineptitud" del Iniciador junto a la "genialidad" del Siervo de la Nación, nos ha de llevar a reflexionar acerca de la ideología de los criollos triunfantes de 1821, que en cualquier caso, es la inspiradora de ésa y otras interesantes comparaciones. Pero eso será más adelante.

Morelos inicia sus campañas casi el mismo día del triunfo del Monte de las Cruces, el 29 de octubre llega a Huétamo acompañado apenas de "16 indígenas armados de Nocupétaro" y el día de la victoria popular sobre las crestas del Ajusco, salía de ahí con 294 de a pié y 50 de a caballo. Sus campañas están marcadas, al decir de Lemoine, por un acento "tropical" y determinadas por el ambiente físico y humano del "Sud". Es el área más marginada del Virreinato, excepción hecha probablemente de la península yucateca y en ella la presencia indígena será determinante mucho tiempo más allá del fin de la gran guerra de independencia. Morelos se crió en el área y así puede identificarse social y militarmente con su teatro de operaciones. Es la zona donde con mayor claridad las contradicciones virreinales se han dado. Es ahí en donde se concentran la mayor parte de las tierras otorgadas por la Corona a los pueblos indios y donde la evolución de la Hacienda novohispana, ha más claramente atentado en contra de los derechos reconocidos y supuestamente defendidos, de la "República de Indios." En lo que será el Estado de Morelos precisamente, la Corona acababa de cambiar su actitud y favorecía

la apropiación de tierras indígenas, como arriba se mencionó. El agravio campesino está a flor de tierra y es ahí donde la consciencia de ser explotados se debía de traducir con más claridad en una "nueva idea moral" que, a la manera de Trotsky, determinará la formación de un nuevo ejército, revolucionario en este caso.

"Todo ejército viable tiene como base una idea moral. ¿Cómo se afirma ésta?... Para Kudinich (ejército zarista) la idea religiosa iluminaba la idea del poder zarista... En el momento crítico, cuando su fé ancestral se encontraba sacudida y todavía no había encontrado nada para reemplazarla, Kudinich se rindió... Sólo una idea fundamentalmente nueva podía permitir edificar un ejército revolucionario..." (77). En el caso de Nueva España, es la razón imperial de Su Católica Majestad el Animus que alienta a la oficialidad del Ejército realista: la misma espiritualidad que hubiera caracterizado a los constructores del Imperio en el siglo XVI es la que envuelve el fragor de la lucha española no sólo contra "los dioses rojos" que se habían vuelto a levantar en México, sino también contra los desagradecidos colonos y sus hijos privilegiados que, ahitos de ideas ajenas, juran la libertad en las colinas romanas. Sin embargo, durante el segundo año

(77) Trotsky, León. Citado por Gilly, Adolfo. OP. CIT. P. 113.

de la guerra mexicana, surge otro ejército. ¿Cuál es la "idea moral" que le sustenta? Podemos decir que ella nace de la consciencia acerca de la explotación sufrida, según ya hemos referido, pero ¿hacia que fin se dirige? ¿qué busca el Pueblo oprimido? Para preguntar directamente al fundador del Ejército Rojo: ¿a "nombre de que" combatían los insurgentes?

Es aquí en donde la respuesta se complica, y es así porque en buena medida la definición del proyecto histórico popular mexicano no ha sido formulada, al menos no en los términos académicos en que las ideas de sus opresores y enemigos han sido escritas y discutidas desde el siglo pasado. La idea particular acerca del futuro que tenían los insurgentes es confusa para nosotros, a más de siglo y medio de distancia, pero aparece que fuera igualmente nebulosa para los mismos protagonistas. Este es el punto en donde surgen las profundas desavenencias entre el grupo criollo, encabezado por Rayón y el ala radicalizada de la insurrección, comandada por Morelos.

Nos interesa escudriñar la idea de país que buscaban estos últimos. Decía que en un principio el comandante del Sud se encargaba de traducir en términos sencillos las proclamas de Hidalgo. La simplificación tuvo dos virtudes, la primera pedagógica y psicológica; enseñar al pueblo oprimido cómo algunos de los intelectuales del sistema estaban dispuestos

a trabajar en un bando que le beneficiaba. Ello incidía en nuevos y sinceros apoyos. La segunda, y mucho más importante, iniciaba un largo proceso de reflexión y articulación del propio pensamiento popular, al dar al oprimido la oportunidad de discutir en sus propios términos los asuntos que el virreinato les había ordenado dejar en manos de "gente capaz". Un ejemplo claro de esta estrategia doble es el pueblo de Atenango, en la actual circunscripción de Guerrero, entonces Intendencia de México. Ahí, el caudillo exhorta a los vecinos a que se reúnan en una especie de "cabildo abierto" (78) para que se les explique la situación del país y de manera que supieran que "todo es en su favor, porque sólo se va mudando el gobierno político y militar que tienen los gachupines, para que lo tengan los criollos, quitando a éstos cuantas pensiones se puedan, como tributos y cargas que nos oprimían". Hay en este párrafo tres sujetos sociales, los "gachupines", los "criollos" y los que son oprimidos por las cargas y los tributos, con los que Morelos se identifica fraternalmente (y políticamente). Se establece que el movimiento tiene por objeto cambiar el mando político y militar del Reino dándoselo a los criollos, lo que no contradice, ni mucho menos la ideología de la Junta de Zitácuaro o de Allende antes que ella. Pero luego agrega que pretende simultáneamente (de ahí que

(78) Lemoine, Ernesto. Op. Cit. p. 289.

se use el gerundio de "quitar") separar a los mismos criollos ("éstos") de las pensiones y cargas que agravian a los terceros sujetos. Es en éste punto donde el pensamiento de Morelos se separa de la corriente criolla, donde se nos muestra el carácter especial de la Independencia en México: hay un reclamo concreto y vivencial de Justicia, vinculado a la consciencia de diferencias básicas en los grupos sociales que pretendían la emancipación de España. México vivió por lo mismo una Revolución y no una simple guerra de independencia al modo del resto de las Naciones Latinoamericanas.

Este último elemento no es uno "tradicional" del modo en que lo pretende Octavio Paz (79), antes bien es social, de lucha de clases, de guerra de castas. Critica el literato que las Revoluciones Latinoamericanas con todo y ser el tercer gran movimiento hacia la modernidad actual de Occidente (y el más glorioso, al decir de Descola (80)), no alcanzaron a ver realizado su objeto, en tanto que las ideas que inspiraron su esfuerzo habían sido sustraídas de otras realidades, la europea y la americana del norte. Sin embargo, al encontrar de pronto la nota diferenciadora de la Revolución encabezada por los curas-caudillos Hidalgo y Morelos, ignora su importancia y la explica como un simple resabio tradicionalista, fijándose más en el carácter de "curas" de sus líderes que en el hecho

(79) Paz, Octavio. "México en la obra de Octavio Paz" Serie de documentales televisivos. Televisa, 1989.

(80) Descola, Jean. OP. CIT. P. 13 y 14.

concreto de que eran caudillos de un Pueblo en armas. Alcanza Paz a percibir la guerra social, pero parece que no desea reconocerla. Tal vez porque al final de cuentas, fueron los criollos mexicanos liberales y conservadores quienes, si influenciados por los modelos extranjeros, ganaron la batalla de la emancipación y la dejaron a medias.

En todo caso, la corriente que Morelos inauguraba al explicar que había un doble objetivo en la guerra (el cambio de mandos nacional y la reestructuración de la sociedad) en un pequeño pueblo se iría acrecentando, y prestigiando (ésto último muy importante) con los éxitos militares que su pequeño ejército fué obteniendo.

¿Qué tanto había, sin embargo, penetrado en la mentalidad campesina la intención real del movimiento? Los detractores del movimiento, desde el bando realista y desde la quinta columna criolla en la insurrección, acusaron varias veces a los revolucionarios de estar fomentando sólo el pillaje y el bandolerismo, sin entender los objetivos de la lucha y dejándose engañar por sus líderes. En éste caso, los éxitos mismos del Ejército de Morelos, probarían que pese a que no todos los miembros de dicho cuerpo ni sus sostenedores en la sierra y las ciudades estuvieran absolutamente claros del "por qué" de la lucha, de hecho daban su apoyo a aquéllos que se manifestaban como su propia vanguardia. En todo movimiento

revolucionario aparece de una manera u otra la idea de la disciplina colectiva que se impone sobre el cuerpo social animado por la nueva idea de nación a que aspira. Tal vez sólo unos cuantos están claros en cuanto a los detalles precisos de ésa Nación ideal, pero "esa minoría refleja la idea fundamental de toda la masa que le rodea" y que le dá su apoyo (81).

Por lo mismo, la vanguardia intelectual de la Revolución de Independencia en el Sur procuró dar cuerpo y lógica a sus demandas lo antes posible, pues de esa manera aclaraba a sus huestes las razones últimas de la lucha y las preparaba para enfrentar mejor el futuro de la misma.

Durante la campaña, Morelos ratifica la abolición de esclavitud y sistema de castas y pregona el principio de igualdad al llamar a todos los habitantes "americanos". Este llamado representa el anhelo de la sociedad de verse libre de un sistema, el de las "dos Repúblicas", que para entonces se había convertido en el vehículo más sencillo de la explotación de la mayoría. Sin embargo, no era el principio de igualdad simplemente jurídica que preconizarían los liberales y conservadores durante las décadas siguientes. En su enunciación se entendía con claridad que su razón era la equiparación

(81) Trotsky, León. OP. CIT. P. 114.

de los hombres en orden a mantenerlos en igualdad de condiciones para ser felices en la sociedad, de donde no bastaba con sólo declararles iguales, sino que por el hecho de ser iguales, de ésa forma tenían igual derecho a aspirar a la propiedad, al uso y disfrute de los bienes de la Patria. Los Sentimientos de la Nación redondearían ésta última idea, que en los primeros días se manifestaba empíricamente en la confiscación y reparto de los bienes de los realistas vencidos.

Siendo el movimiento uno de los oprimidos contra sus explotadores, era evidente que la consciencia de aquéllos acerca de la verdadera fuente de valor en la sociedad fuera más clara, en cuanto que les había sido arrebatada. Al dirigirse a los pueblos oaxaqueños, Morelos interpreta este sentimiento y llama a todos "a trabajar en el destino a que cada cual fuere útil, para comerse el pan con el sudor de nuestro rostro y evitar los incalculables males que acarrea la ociosidad". Se reconoce que es el trabajo el origen de todo valor y que es requerido el concurso de todo habitante para la prosperidad de la Patria, al mismo tiempo que se condena la ociosidad. Es en ese último punto donde se marca de nuevo la diferencia entre el proyecto histórico popular y aquel de los criollos liberales insurgentes (que recordemos, los había también realistas). Su conclusión no podía ser otra: en tanto que todos tienen el deber de trabajar para fortalecer la Nación, no es dable que haya quien no puede hacerlo por

razón de falta de medios y capacidades. Faltaba un pequeño paso para discutir la redistribución de los bienes de producción de aquella sociedad agrícola.

Morelos dió ese paso. Proclamó la necesidad de entregar las tierras de los pueblos "a los naturales de ellos para su cultivo".

Así, la Revolución que Hidalgo iniciara ante los aterrados llamados a la cordura de Aldama, llegaba al momento cumbre de sus posibilidades militares y políticas. Y es que, como decía arriba, la maduración de la idea moral que anima a un Pueblo en lucha, es simultánea al fortalecimiento de las capacidades reales de hacer esa idea moral una realidad política.

El Movimiento era aceptablemente joven y la estructura virreinal no había previsto, de manera absurdamente orgullosa, que sus siervos fueran capaces de levantar ejércitos profesionales y llevar a efecto campañas bien concebidas. Mucho menos que hubieran logrado alcanzar la popularidad y el consenso aún en las áreas no liberadas, como la Ciudad de México, donde los clandestinos intelectuales del grupo "Los Guadalupe" contribuían a la radicalización y clarificación conceptual en escritos enviados al ejército insurgente por medio de correos secretos. O bien, la fama del caudillo

y sus lugartenientes que pasaba las garitas de la capital en forma de aires y sones que la plebe capitalina cantaba jocosa y burlona de las autoridades (82).

Así es como a principio de 1814, cuando la Ciudad de Oaxaca cae en manos del nuevo Generalísimo se empieza a consolidar la idea de un aparato Estatal verdadero, diferenciado definitivamente del Estado monárquico Español y basado en la fuerza de las masas campesinas levantadas en armas.

Aquí es importante regresar y retomar el papel desempeñado por el ala, llamémosle moderada, de la insurrección. El grupo de criollos liberales que el padre Hidalgo había inmiscuído en aquella guerra social y que pretendía aprovechar para consolidarse como grupo dominante al obtener el triunfo.

Este grupo mantenía, aún para 1814, la idea de que el movimiento sólo pretendía mantener la soberanía del rey Fernando a buen recaudo, en tanto el problema europeo no tuviese solución. El mismo nombre que habían dado a su instancia de Gobierno alterno al virreinal denotaba esta concepción: Junta.

(82) Las canciones de la Independencia son un recurso novedoso e interesantísimo para capturar de manera general el ánimo popular que se vivía en el México de esos años: La Revolución de 1910 nos ha dado la pauta según la cual los sones y corridos pueden muy bien ser eficaz camino de propaganda revolucionaria. La U.N.A.M. ha publicado una serie de discos al respecto. Nos referiremos aquí al titulado "La Resistencia Popular. Canciones de la Revolución de Independencia". "Voz Viva". U.N.A.M. 1985.

Habían mantenido la idea de Allende de que debía ser un ejército profesional el encargado de la lucha, pero al tratar de organizarle encontraron que por un lado las masas campesinas, fuente natural de tropas, estaban organizando por su propio impulso sus destacamentos y los hacían girar no en torno a ellos sino al grupo político que mejor interpretaba sus anhelos y que, como dije arriba, era el de Morelos. Por otro, resultó que los criollos en general se habían replegado de sus posiciones pro-insurgentes al advertir el cauce que tomaban los acontecimientos, e intuir que nada bueno les auguraba en materia de privilegios y favores sociales.

En este punto deseo citar al Brigadier Calleja quien nos explica por qué los criollos se echaron en sus brazos con tal de contener a ésa "chusma" que destruía sus propiedades (83):

"Este vasto reino pesa demasiado sobre la metrópoli cuya subsistencia vacila. Sus naturales y aún los mismos europeos están convencidos de las ventajas que les resultarían de un gobierno independiente, y si la insurrección absurda de Hidalgo se hubiera apoyado sobre ésta base, me parece, según observo, que hubiera sufrido bien poca oposición. Nadie ignora que la falta de numerario la ocasiona la Península; que la escasez y el alto precio de los efectos es un resultado preciso de la especulación mercantil

(83) Chávez Orozco, Luis. OP. CIT. P. 68.

que pasa por muchas manos, y que los premios y recompensas que tanto escasean en la Colonia, se prodigan en la Metrópoli. Y sin embargo, ¿no debe causar la mayor admiración que siendo ésta una guerra cuya divisa es el exterminio de los europeos, se hayan mantenido éstos en la inacción... dejando que los americanos, esa porción noble y generosa que con tanta fidelidad ha abrazado la buena causa, tome a su cargo la defensa de sus vidas, propiedades e intereses?".

Calleja, nombrado virrey en los primeros meses de 1813 tenía razones para admirarse de la "lealtad" de los criollos mexicanos, dado que en otras latitudes, era esa misma casta la que se rebelaba contra Madrid. Pero en ninguna de las posesiones del Imperio en América la opción independiente estaba representada por los mestizos e indios al modo de Anáhuac. Ya dijimos que los criollos lo que deseaban era igualdad, no justicia. Ser iguales en los momentos de dominar al cuerpo social del rico virreinato, no reorganizar al lado de ese cuerpo la estructura social que lo regía.

Por lo mismo, la mayor parte de ellos escogieron apoyarse en el bando realista y en él hicieron su carrera militar. En muchos casos esa carrera culminaría bajo las banderas nacionales, en una independencia bien distinta de la propuesta por el caudillo suriano.

Así pues, con su base social real separada de la causa de la insurrección, los criollos que se mantenían aún

en el bando independentista eran relativamente pocos y la mayor parte estaban inseguros.

La correspondencia entre Morelos y Rayón, jefe verdadero de ésta ala, se fué exacerbando paulatinamente desde el momento en que Morelos reconoció la Junta de Zitácuaro en la sabia idea de presentar permanentemente una apariencia de armonía y unión entre las fuerzas revolucionarias, hasta que el 2 de noviembre de 1812 Morelos deja ver claro su punto y objeto uno de los puntales del proyecto de Constitución que Rayón le turnara: "Que se le quite la máscara a la independencia, porque ya todos saben la suerte de nuestro Fernando VII" (84).

Si es dable interpretar este momento, podría decirse que es cuando más clara se nota que la consciencia de la inutilidad del régimen colonial para mantener el equilibrio de justicia entre sus habitantes, había llegado a su punto más alto: si el virreinato no funciona, formemos un nuevo Estado alternativo y plenamente independiente de la España que nunca va a aceptar cambiar las estructuras en que descansa su rica explotación colonial.

Poco después de haber establecido entre él y Rayón la frontera ideológica, Morelos logra lo que el criollo no había obtenido: se hace de una ciudad importante, Oaxaca. Cabecera

(84) Lemoine, Ernesto, Op. Cit. p. 290.

de intendencia y obispado, contaba con muchas instalaciones, una atmósfera politizada y una rica cantidad de ideólogos y proyectistas que no habían querido o podido, abandonar la muelle vida urbana para subir la Sierra.

Con estas posibilidades, la maduración ideológica del movimiento se aceleró y aún los sectores moderados e indecisos se aprestaron a sostener las ideas del Generalísimo. La victoria militar tiene siempre profundas virtudes en el convencimiento de los otros.

Dos de los intelectuales que en Oaxaca se incorporaron al movimiento eran José Manuel de Herrera y Carlos María de Bustamante. Ellos fueron encargados por Morelos de dirigir un periódico, "Correo Americano del Sur" que profundizó la labor propagandística de la insurrección y llevó sus ideas aún a la vecina Capitanía General de Guatemala.

Al mismo tiempo que la estrella de la Revolución radical centelleaba, la luz de la opción criolla se desvanecía, carente de apoyos sociales reales y de victorias militares.

Es en éstas condiciones en las que Morelos puede al fin sustituir el proyecto constitucional de Rayón por la convocatoria a un Congreso Nacional, electo por el voto de los pueblos hasta donde fuere posible.

El cura de Curácuaro no sólo da la puntilla al proyecto criollo de independencia a medias, sino que realiza uno de los sueños más caros del padre Hidalgo en Guadalupe: que la representación nacional del nuevo cuerpo político naciente tuviere por base no una Junta de notabilísimos vocales, sino al Pueblo mismo.

Si la forma nos recuerda las ideas del Contrato Social rousseauiano y el lenguaje de los escritos producidos alrededor del Congreso aún más, no por ello debemos dejar de ver en su contenido, una serie de fuerzas del todo ajenas a la ilustración: al preparar la elección, se habla de los pueblos y no del "pueblo" en abstracto. Este es un reconocimiento a la realidad política y social de la América Septentrional, como llamaba Morelos a México. Cuando se propone un Congreso electo democráticamente se lo hace en oposición a la propuesta de una Carta Magna preparada en gabinete por la Junta Gubernativa, no en contra de la voluntad personal de algún monarca absoluto. Así la contradicción está más cerca de la oposición de clase, en tanto que la Junta era formada por miembros del "otro" estamento y no del que era caudillo por voluntad popular y militar Morelos.

El Congreso se reunió en Chilpancingo, punto céntrico del territorio liberado (y representativamente, pueblo de paso de los arrieros), el 14 de septiembre (momento también simbóli-

co) es decir, menos de un mes después de la caída de San Diego de Acapulco.

La sesión inaugural es presidida por el propio Morelos, quien para entonces es indiscutiblemente la fuerza hegemónica entre los vocales de la Junta de Zitácuaro que ha debido aceptar su paso de Junta a Asamblea del Pueblo.

Su discurso, "Sentimientos de la Nación", refleja de la más nítida manera las conclusiones que para entonces tenía ya elaboradas el proyecto histórico popular. Se proponen una serie de medidas políticas que convertirían el Virreinato en una República representativa; se establecía la división de funciones para el ejercicio del poder público, iniciando así la idea de los contrapesos modernos en el marco liberal de aquella época; Se establecen una serie de medidas para regular las relaciones del nuevo Estado con el extranjero y con los extranjeros, en materia de comercio y tecnología; Pero lo que es más importante, se recomiendan una serie de medidas concretas que eviten la monstruosa división social que Humbolt había señalado por principal defecto del Virreinato.

Es especialmente en éste último aspecto en el que la carta de Morelos al Congreso de Anáhuac se aleja de la tendencia latinoamericana de imitar extralógicamente las con-

cepciones europeas y norteamericana del naciente liberalismo político. Aquí es donde incide en el pensamiento intelectual de la dirigencia militar del movimiento la consciencia histórica popular. Es precisamente por ello que Chilpancingo es símbolo de la cumbre revolucionaria independentista.

En los "sentimientos", Morelos usa lo que del espíritu criollo liberal es bueno a la causa; su idea de Democracia y equilibrio constitucional de los poderes, pero le agrega una serie de ideas que visualizan lo que será el llamado Derecho Social del siglo XX y que pretende que aquéllos que son declarados iguales por la política y el Derecho lo sean en realidad en el campo social y económico.

Chávez Orozco se queja de la extemporaneidad del Siervo de la Nación, de haber aparecido alumbrando la historia nacional en un mal momento. Nada más alejado de la realidad: Morelos representa el fruto acabado, la consecuencia inevitable a que llevaba la doctrina popular del Bajo Clero a lo largo de la Colonia y no es por lo mismo, extraño que Morelos fuere sacerdote. Morelos aparece cuando debía de hacerlo. El que sus ideas hayan o no tenido eco real en la transformación radical mexicana es materia más del análisis militar de aquéllos días que de su oportunidad histórica real. Y que la Constitución emanada del Congreso de Chilpancingo no reflejara casi nada el pensamiento social revolucionario de

los "Sentimientos" debe analizarse asimismo en el ambiente militar en que se dió finalmente el texto constitucional y la manera en que representó el último repunte del ala criolla de la insurgencia.

ya Morelos, ungido ahora "Siervo de la Nación" por el Congreso, había aclarado, al preconizar la reforma agraria y el reparto e los grandes latifundios que esa medida era de las más importantes y de suma urgencia su realización dado que: "a la corta o a la larga han de proteger con sus bienes las ideas del déspota que aflige al reino", los grandes terratenientes "criollos o gachupines". (85)

Al ver el peligro Morelos seguramente también fue capaz de entender cómo tenía entre sus propias filas al enemigo. Ya que los criollos insurgentes se sintieron, con seguridad, amenazados por tan "desproporcionadas" ideas del caudillo. Lo mismo sintieron sus supuestos enemigos realistas en la Ciudad de México.

(85) Chávez Orozco, Luis. OP. CIT. P. 95

Y es que, de acuerdo con Gilly (86), sobre los frentes de guerra bien pueden existir frentes de clase y casta los cuales no necesariamente son coincidentes con los primeros. Así, mientras políticamente los criollos insurgentes militaban en el bando de la insurgencia y estaban atrapados por la serie de contradicciones de la Independencia "a medias" que tanto detestaban Morelos y su grupo, socialmente pertenecían a la casta dominante y dominadora del virreinato, cuya única diferencia con los peninsulares y criollos realistas era que deseaban un Estado mas igualitario respecto de estos estratos dominadores.

(86) Gilly, Adolfo. OP. CIT. P. 104. Este concepto es por demás importante en cuanto que nos sirve para matizar las concepciones que se formulan para explicar las luchas sociales que el pueblo mexicano ha ido sosteniendo a lo largo del período independiente, del revolucionario y al moderno. No siempre son claras las diferencias de interés entre los dos Méxicos. Es más, la excepción es la dicha claridad. Calculo que sólo en dos momentos ella ha estado a la vista: cuando por medio de la represión y el indulto los criollos insurgentes se retiran del escenario político, entre 1815 y 1819 y cuando, en 1915 el Gobierno de Eulalio Gutiérrez huye de la Ciudad de México. Es interesante la coincidencia en ciertas actitudes de los actores sociales en cada período y es simbólica la similitud en las fechas.

Este detalle y otros que veremos surgir a lo largo del proceso histórico de nuestro pueblo, demuestran que la concepción de la lucha de clases tiene muchas variantes, en tanto que cada una de las clases sociales no representan por fuerza y siempre, un sólo frente de intereses y estrategias y que no es válido suponerlas irreconciliables con otras clases hacia adentro de la sociedad. Lo cierto es lo contrario, la normalidad social consiste en una serie de alianzas y equilibrios entre diversos sectores de diversas clases, los cuales logran perpetuar sus privilegios o defender sus derechos a través de ese mismo sistema de alianzas y contrapesos. En el caso de una confrontación directa, las clases tienden a unificarse ante la amenaza de sus intereses generales, pero aún entonces, es posible que dichos intereses particulares provoquen que dos facciones de una clase se hallen en trincheras distintas de la guerra social. En cualquier caso, si la tensión social perdura o se aumenta es probable que aquéllos que se encuentran en oposición a sus intereses generales de clase opten al final por retirarse de la lucha o por volver a sus lares. De hecho, ésto último fué lo que sucedió con la mayoría de los insurrectos de origen dominante que militaron al lado de la Insurgencia en sus días de gloria.

Pero la disertación acerca del punto tiene una razón de ser. Esta es que ese frente de clase, profundamente distinto del de guerra, influyó directamente en la conformación

final de Estado alterno que Morelos propugnara en Chilpancingo.

La existencia de una diferencia de clase implica que aún inconscientemente, los individuos se encarguen si no de detener abiertamente, sí de obstaculizar la tarea del "otro" social. Así, puede explicarse con mayor razón los aparentes absurdos demagógicos de los diputados del Congreso y de sus querellas con el Siervo de la Nación, al que hicieron perder el "tempo" de sus campañas en el nombre del equilibrio de los poderes constituidos por gracia de él. Asimismo, apenas fué claro el tamaño del desastre militar de las batallas de Valladolid y Puruarán con las que se iniciaba la cuarta campaña, los diputados aprovecharon para quitar a Morelos todas las tareas militares y de dirección política de que gozaba, dejándolo como simple diputado, que lo era por la Provincia de Nuevo León.

Si Morelos es el partero del nuevo Estado Mexicano, no debemos ver en su concepción acerca de éste una ruptura con el anterior cuerpo político tan abrupta y radical, como los constitucionalistas modernos pretenden. De hecho, el objeto de esta tesis es demostrar que la continuidad en el acuerdo político general de la sociedad mexicana es tal, que debemos remontarnos al establecimiento del Virreinato como primer cuerpo Estatal propiamente dicho para explicarnos un poco más claramente el comportamiento de los diversos

actores sociales que hoy se mueven en la escena mexicana.

Morelos entiende que el movimiento popular ha llegado a un punto en el cual es capaz de proveerse de un equilibrio político y social ajeno a las directrices del sistema de balanza entre dos mundos que representaba el virreinato. Entendido esto, la parte siguiente de su tarea fué "defernandizar y democratizar" (87) el movimiento. Logrado ésto y con el prestigio militar que le otorgaban las victorias de la tercera campaña, llama a un Congreso que sustituye a la Junta de Zitácuaro y encamina al mismo por medio del documento preconstitucional de los "Sentimientos de la Nación".

Pero si analizamos con más detenimiento éste último, encontraremos que mucho del carácter católico intransigente, regionalista, protector de "indios y castas," de beneficencia para las masas de la población del viejo régimen virreinal, perdura en las intenciones nacionales de la América Septentrional. Y en el aspecto puramente formal, la Constitución derivada de aquéllas ideas retomaría muchas de las instituciones de la etapa anterior, como por ejemplo, el Juicio de Residencia y las posibilidades de ser procesado por herejía

(87) Lemoine, Ernesto. Op Cit. p. 290

y apostasía aún en el extremo de ser diputado al Congreso.

Morelos desea una República Independiente de cualquier otra potencia, pero entiende asimismo la necesidad de fundar el Estado en la realidad social que existía en lo que fué la Nueva España. Es decir, concibe al Estado como una forma de organización de la sociedad como conjunto; como la máxima forma en que un grupo humano llamado Nación se organiza. Dicha organización se dá después de haberse enfrentado (y en ése momento el enfrentamiento se dió en los campos de batalla) la sociedad contra sí misma. El acuerdo que nace de la conflagración es el que fundamenta la existencia de la nueva forma Estatal. Por ello el Congreso fué convocado después de las victorias en Oaxaca y se celebra a la caída de Acapulco, porque entonces esa fracción beligerante de la sociedad puede, con bases, proclamar su propuesta de acuerdo nacional.

El Estado virreinal había nacido de la conflagración de la Conquista y el nacimiento de la Nación Mexicana Mestiza. El nuevo Estado que propónese en Chilpancingo es heredero del anterior en tanto que entiende la realidad social que dió nacimiento a su antecesor y prepara una nueva forma de organización nacional al encontrar transformada la sociedad que formaba aquél.

El Estado que se gesta en el Congreso de Chilpancingo y que se propone finalmente en la Carta Constitucional de Apatzingán, subsume, con todo, la posición de los criollos independentistas del Congreso. Sólo de ésa manera se explica que después de la admiración general causada por los "Sentimientos" casi nada de sus postulados sociales (con todo la parte verdaderamente trascendente, en cuanto representación del proyecto histórico popular) haya sido elevada al rango de norma constitucional.

No debemos olvidar que Morelos deseaba ante todo la unidad de las fuerzas revolucionarias y que ése había sido el ánimo de su aceptación del cargo de Vocal de la misma, al lado de Rayón y Berdusco. De la misma manera nunca se había negado a discutir al interior de dicho organismo la Constitución que para el Reino proponía el primer vocal, y fué sólo cuando se sintió lo suficientemente apoyado por el movimiento popular y sus victorias militares que se decidió a cambiar el rumbo organizativo. Y aún entonces lo hizo bajo la forma de "transformar" la Junta en un Congreso. De esa manera se evitaban rompimientos que, hoy podríamos decir, nada habrían afectado el impulso militar de la revuelta popular en ascenso y que en todo caso habrían sido preferibles al estorbo que los diputados representaron ante los reveses de Michoacán en diciembre de 1813.

"... Para un hombre del temple de Morelos, volver a empezar no era cosa imposible. Pero después de Puruarán la derrota le atrajo una nueva plaga, peor que las dispersiones y el pánico. Entonces sintió como pensaban los políticos que él hizo personajes y que, como gratitud, pretendían 'mandarlo a hacer bautismos a su parroquia de Carácuaro', como dijo Rosáinz (su secretario) en su exposición al Virrey acerca del estado de la revolución (seguramente al acogerse a un indulto)" (88).

Sin embargo, tal rompimiento de clases y casta era probablemente incompatible con otras dos características de Morelos, la primera de ellas su carácter sacerdotal. Aún miembro del Bajo Clero y por más insertado entre los oprimidos, su opción por éstos no llegaba en el caso de extremo a significar la exclusión de los opresores. Este gigantesco paso sólo lo darán algunos sacerdotes comprometidos a finales del siglo XX en centroamérica. Por otra parte, como decía, el Siervo de la Nación se sabía heredero del sistema político-social del virreinato y actuaba en consecuencia. Y una de las premisas de ése sistema era la convivencia de las distintas partes (aún opuestas) dentro del orden de cosas. Se buscaba

(88) Teja Zabre, Alfonso. Citado por Quirarte, Martín. Op. Cit. p. 66. Es bueno aclarar que Rosáinz, Secretario del Gran Morelos, parece haber aceptado posteriormente el indulto e informado al Virrey acerca de diversos aspectos de la Revolución.

el equilibrio, no la eliminación de uno de los brazos de la balanza.

Habría que reflexionar, por fin, si éstos dos impedimentos no son en alguna medida válidos para el análisis de períodos subsiguientes de la historia nacional y aún para las presentes condiciones de cambio. ¿Hasta dónde estamos dispuestos a eliminar a los enemigos del proyecto histórico popular? ¿Hasta dónde desea el Pueblo mismo llegar en ése camino? ¿Qué tan profunda resulta hoy la herencia de caridad aún para el enemigo de aquellos humildes y pequeños hermanos de San Francisco del siglo XVI?

Así pues, y con los enemigos de la revuelta dirigiéndola desde el Congreso, se decretó en octubre de 1814 la Constitución de Apatzingán. Chávez Orozco reclama de aquéllos veleidosos diputados que el texto constitucional era "producto del compromiso de los diputados no con Morelos, sino con sus propias preocupaciones coloniales, que los obligó a aceptar mejor la inspiración de la Constitución española de 1812"... "Lo único que podría salvarlos de su demagogia, a través de la cual nulificaron el Genio militar de Morelos, habría sido la decisión valiente de seguir sus inspiraciones sociales, perpetuándolas en la Constitución... Pero no se atrevieron, y es que, al fin y al cabo, tenían que actuar en función de sus intereses de clase, que coincidían, en un

todo, con los intereses de los terratenientes y el clero" (89). Una decisión valiente, como la que pide el historiador, sólo podía provenir del reconocimiento de que el proyecto histórico del "otro", en éste caso, del Pueblo en armas, era no sólo válido y viable, sino JUSTO. Y ello implica, como contrapartida, reconocer la relativa invalidez, inviabilidad y sobre todo, INJUSTICIA, del propio proyecto histórico de clase. Eso es la traición de clase que aparece como último recurso del que ama entrañablemente a su gente, aún en caso de necesitar dar su vida (y sus ideas) por ella. Un acto de esta naturaleza, con todo, implica no sólo una "decisión valiente" sino también un proceso de conscientización (90) que haga que el individuo en tránsito de traicionar su clase, pueda hacerlo tanto en su nivel emocional sensitivo (pathos), como en el emocional afectivo (eros), que son integrantes de ésa valentía necesaria, como en el nivel racional (logos) que es el único que puede dar a la "decisión" un carácter profundo y posibilidades de permanencia.

(89) Chávez Orozco, Luis. Op. Cit. p. 93 y 94

(90) La palabra anglosajona CONCERN-CONCERNING explicaría más claramente el concepto que busco: "Hacer que algo tenga relación conmigo, que me sea pertinente estar con él", "que tenga que ver con mi propio ser". Por su parte, el castellano usa para muchos y distintos niveles de comprensión sus palabras Consciencia y conscientización, por no hablar de la discusión acerca de diferencias de significado con "conciencia y concien tización" todo lo cual hace a los símbolos perder fuerza.

Que los diputados de Anáhuac no habían alcanzado ése nivel de compromiso con el movimiento del que sin embargo formaban parte, es la razón de fondo que explica la relativa incongruencia social de su constitución no sólo con los planteamientos del líder del movimiento, sino con las manifestaciones ansias del Pueblo en armas.

Con todo, la Constitución de los insurgentes era. Y existiendo, representaba ante sus enemigos incluso aquéllo que no contenía: la Revolución popular. Mas allá de las divergencias ideológicas que provocaban la disputa en el movimiento insurgente los diversos orígenes de casta de sus integrantes, el frente de guerra se imponía a los ojos del bando realista. Al contrario de lo que sucedería un siglo mas tarde, el ala reaccionaria de la sociedad opulenta, afiliada al partido del virrey Calleja entonces, ganó la guerra en los campos de batalla. Desde esa realidad les era indispensable eliminar hasta el recuerdo (si ello fuera posible) de la causa insurgente, aún cuando reconocieran que algunos de los insurrectos eran menos peligrosos que otros, como veremos más adelante. Así los miembros del Congreso y su Constitución se volvieron la presa más apetecida de los jefes militares realistas. (91)

(91) Lemoine, Ernesto. "Declinación de la Independencia". "Historia de México". T.9 p. 295 y siguientes.

La Constitución podía así haber fallado en sus objetivos sociales, sus diputados podían haber sido ajenos al proyecto del Pueblo que les llevara al poder, y el gobierno independiente podía ser poco más que una caricatura, huyendo como hacía de un lado para otro del Sud. Pero la manifestación más elaborada y completa de las aspiraciones políticas del Pueblo levantado en armas contra sus dominadores eran todos ellos. Los primeros en reconocer ello fueron los propios realistas y antes que ninguno el Virrey Calleja. Tal vez este hombre duro y frío, cruel inclusive, fuera el más claro respecto del proceso que atravesaba lo que un día fué la colonia más preciada del Imperio. Y creo que él mismo pensaba así, en tiempo pasado, de la que fué piedra de toque de las posesiones españolas en América.

Dice Descola que "El héroe de la Nueva España no es Cortés, sino Cuauhtémoc. La España es buena para darles un oficio o instruirles en un arte. Pero ha dejado de ser el Alma Mater" (92). Lo mismo sabía Calleja al decir a su soberano que todos sabían en el territorio las ventajas que se les derivarían de un gobierno independiente. Por lo mismo,

(92) Descola, Jean. Op. Cit. p. 129

a la hora de la victoria material sobre las fuerzas que podían haber logrado que ese convencimiento se hiciera realidad, el estadista hispano actuó con celeridad e intolerancia: Debía eliminarse todo vestigio del movimiento insurgente.

La saña usada en contra de la insurrección en los años siguientes a Puruarán es la mejor prueba de que lo que se había gestado en el Congreso de Anáhuac era en realidad el nuevo Estado Mexicano independiente, sucesor del virreinal que agonizaba por causa de sus propias contradicciones. Es cierto que el nuevo orden político - social adolecía también de discordias y malos entendimientos y de luchas no terminadas, a veces ni siquiera planteadas, entre los miembros de la sociedad que le daba origen. Pero, en el supuesto de que los acontecimientos militares hubieran permitido otro desenlace, esas mismas divergencias habrían hallado su cauce de solución (o perpetuación, claro) dentro del nuevo Estado, es decir, dentro del nuevo orden político que la comunidad nacional de mexicanos había construido.

Esto último no sucedió. En ésa ocasión ni aún la gloria de la victoria sobre el enemigo jurado fué posible. Serían otros ejércitos campesinos los que lograrían destruirlo, un siglo más tarde..., un atado de años después, a la manera de los antiguos hombres.

1.2.3 LA NUEVA ESPAÑA REGRESA. ANAHUAC SE RETIRA. MEXICO ESPERA.

El período que siguió a la derrota militar del movimiento insurgente, permitió ver la calidad de los compromisos por cada uno de sus protagonistas asumidos.

La estrategia emprendida por el gobierno virreinal para acabar con la insurgencia tuvo dos etapas principales, la primera bajo el mandato del Virrey Calleja, quien "...Levantando patibulos por todo el país, acometiendo a los rebeldes sin darles cuartel y aplicando procedimientos implacables de represión"... "Trituró a la insurgencia" (93), La segunda se dió bajo el gobierno de Apodaca, Teniente General de la Armada, "hombre de carácter opuesto al de Calleja" que continuaría la pacificación del país con medidas menos estrepitosas.

Por su parte, el Congreso de Anáhuac se seguía retirando, a salto de mata, procurando encontrar refugio en la zona más fuerte de la fracción independentista de aquéllos días, el área de Tehuacán, donde el jefe de armas del distrito, Manuel de Mier y Terán había logrado organizar una magnífica división y fortificar con ella el punto de Cerro Colorado

(93) Lemoine, Ernesto. Op. Cit. P. 296.

en las cercanías del mismo Tehuacán; ese punto le daba el control sobre una extensa región entre los actuales Puebla, Veracruz y Oaxaca.

Este militar independentista, salido del Colegio de Minería de la capital virreinal y mejor dotado para la formación de un ejército profesional de línea que para la guerra de guerrillas, pese a su sincero espíritu libertario, nunca comprendió la importancia de un centro político unificador como lo era el Congreso y, al llegar éste huyendo después de la captura del Siervo de la Nación su actitud, antes que protectora fué disolverle, a causa de que el movimiento "necesitaba soldados, no leguleyos" (94). Era Mier y Terán impermeable a las ideas democráticas y de "una incurable manía clasista", teniendo más fe en la fuerza de las armas que en las ideologías. La gran contradicción es que este jefe logró mantener el control de la vital área del valle de Tehuacán durante dos años después del desastre de Morelos en Tzamalaca, siendo esa región una poblada mayoritariamente por indígenas y mestizos sobre los cuales ejercitó de hecho una atracción poderosa la figura fuerte y decidida del militar criollo. Es en ésa figura en quien podría haber encontrado el mejor sucesor de Morelos, y que hubiere logrado la unificación nacio-

(94) Lemoine, Ernesto. OP.CIT.P.297.

nal de las dispersas fuerzas insurgentes a que había sido reducida la Revolución. Es importante hacer notar que la incapacidad de éste hombre para reconocer el espíritu popular, impidió de manera trágica la continuidad de la guerra de emancipación. En éste caso, la línea del frente de clase tuvo una importancia decisiva en el resultado militar del frente de guerra. Es importante saber que Mier y Terán, al capitular ante poderosas fuerzas realistas que amenazaban con la total extinción a sus ya muy mermadas fuerzas, no fué pasado por las armas y que, al amparo de un indulto, permaneció en la ciudad de Puebla de los Angeles por órdenes del Virrey Calleja. La corona, con tres siglos de experiencia, podía reconocer con claridad, quiénes de entre los españoles americanos que habían abrazado la causa de la insurgencia, no habían sido convencidos por el proyecto histórico popular que era la verdadera amenaza contra el statu quo novohispano... o su perpetuación en cualquier forma política.

Por otra parte, en el extremo opuesto del espectro ideológico y social, del movimiento independentista, un par de comandantes, caciques indígenas jaliscienses, de origen tarasco, llamados Encarnación Rosas y José Santa Ana, protagonizaron la resistencia más prolongada y heroica de la guerra contra los realistas. Estos jefes indígenas fortificaron la isla de Mexcala en el lago de Chapala y desde 1813 mantuvieron

su puesto contra las acometidas salvajes del Gobernador de Nueva Galicia, fiero sucesor de Nuño de Guzmán y émulo provincial del Virrey Calleja. Cuando en 1816 sus fuerzas estaban diezmadas y la peste y el hambre les aguijoneaban de manera insuportable, ambos caciques negociaron la rendición de la fortaleza de manera honrosa. Ambos fueron pasados por las armas y los realistas no respetaron ninguno de los términos de la capitulación (95). Es importante notar que entre las capitulaciones de estos "jefes indios" y la de Mier y Terán no hay mas de seis meses de diferencia y que el trato recibido en ambos casos por los insurgentes es aberrantemente dispar. Probablemente ello obedezca a una razón de fondo: el rendido en Tehuacán pertenece a la casta dominante y aunque rebelde al orden constituido, ha evitado la alianza de casta con los "otros", impidiendo de esta manera la continuación eficaz de una verdadera guerra de liberación y de la maduración del proyecto constitucional, que aún con todos los defectos señalados anteriormente, era producto de una guerra popular de independencia. En el caso de los derrotados en Mexcala la situación es absolutamente distinta: son dos caciques que han levantado en armas a sus pueblos y señoríos en contra del Rey que les había concedido esas mercedes. Habían traicionado el pacto virreinal y no contentos con ello habían afiliado su revuelta

(95) Lemoine, Ernesto. OP.CIT. P. 297.

a la causa nacional que Morelos encabezara. Eran pues, representantes del "otro" proyecto de independencia, el que verdaderamente afectaba la estructura socio-económica del virreinato y que por lo mismo debía no sólo ser derrotada y desmovilizada, sino exterminada.

Así, con una discrecionalidad perfectamente entendible, el gobierno de Su Católica Majestad pacificó la Nueva España entre los años de 1815 y 1820. Para los criollos que sólo habían cuestionado la organización política y el reparto de los ricos privilegios sociales con los españoles peninsulares la política se basaba en indultos, amnistías, y cuando más, cárcel o destierro. De esa manera desfilaron ante el Virrey sumisos, Múzquiz, Ramón e Ignacio López Rayón, Nicolás Bravo, José Francisco Osorno en cuanto a jefes militares se refiere y por el lado de los civiles que prestaran sus luces al movimiento San Martín, Herrera, Sotero de Castañeda, Berdusco, Bustamante, etc. Para los caciques indígenas, mestizos y otros líderes que habían apoyado el ala radical del movimiento las opciones se reducían al paredón o a mantenerse en el monte, esperando un mejor momento. Este último es el extraño caso de Guadalupe Victoria, quien se retiró de pronto en 1819 a las selvas de Veracruz, en donde vivió como anacoreta hasta que en 1821 el panorama político cambió. El estaba llamado a ser el primer presidente de la República.

Al estado virreinal le interesaba sobremanera que sus enemigos de clase fueran eliminados y que los rebeldes criollos fueran reincorporados a sus filas en tanto que sus talentos eran evidentes. Pero en cualquier caso la idea misma de la insurrección habría de ser destruída. Por lo mismo, los indultos eran otorgados a cambio de un ruín repudio a la revolución y loas amelcochadas y abyectas a Fernando VII y al virrey en turno, como nos comenta Lemoinc.

En cualquier caso, el objetivo final era que cualquier cambio en el status político del Reino novohispano habría de tener lugar sin la presencia de exigencias como las enarboladas en los "Sentimientos" o en las proclamas de Hidalgo.

Por otra parte, parece evidente que la Corona se encargó por medio de su poder político sobre la Iglesia Mexicana y aprovechando los intereses de clase mismos de la Alta jerarquía católica de entonces, de que el Bajo clero fuera cuidadosamente expulgado de todo elemento subversivo. Esta estrategia continuaría por décadas, de manera que se podría explicar de ésa manera la práctica desaparición de un estrato popular o al menos progresista de la Iglesia Mexicana durante los siglos siguientes. Este punto sin embargo, merecería una mas profunda investigación histórica, que de seguro mostraría a la luz muchos detalles del elaborado sistema de conten-

ción social que el México independiente se encargó de formar, al desaparecer las fuerzas virreinales merced de los intereses de su propia oligarquía indiana.

El objetivo de eliminar las cabezas existentes y también las probables del proyecto histórico popular que había-se desarrollado con el transcurso de los siglos en México, se logró de manera casi óptima y permitió a los criollos novohispanos, tener las manos libres a la hora de plantear la Independencia Nacional en función de sus intereses opresores. Sin embargo, no eliminaba (por que no era ése su fin) el mismo proyecto histórico popular, dado que la única vía para ello era la eliminación misma del pueblo. Y una política genocida afectaba directamente los privilegios criollos desde que como se vió anteriormente, la fuerza humana barata era una de las mayores riquezas novohispanas, la única inclusive, después de la destrucción que la guerra de independencia causase. La pervivencia del proyecto popular explicará, con mucho, los movimientos campesinos y la efervescencia popular que caracterizó todo el siglo XIX mexicano.

Para 1817 solo algunas guerrillas organizadas en Veracruz, Guanajuato y el sur de la Intendencia de México, sostenían viva la lucha iniciada por el padre Hidalgo. Sin embargo, es en ese momento cuando, de manera inesperada hace

aparición un agente exterior: Mina y su ejército internaciona-
lista que buscaba libertar a la América Septentrional del
dominio del déspota Fernando de España.

Aunque la campaña de Mina fué un fuego fatuo de apenas
seis meses de duración y que tuvo que enfrentar no sólo las
dificultades que supone la organización de diferentes nacio-
nalidades dentro de un ejército, las mas de las veces unidas
sólo por la codicia, sino también las derivadas de un momento
histórico por lo demás malo para una empresa de esas caracte-
rísticas; pese a todo ello, la expedición representa un magní-
fico ejemplo que nos confirma en las razones y criterios que
normaren la "vuelta a la tranquilidad" emprendida por los
realistas.

Mina había localizado en Londres al Padre Fray Servan-
do Teresa de Mier, ideólogo revolucionario con cuentas pendien-
tes con la monarquía española desde antes del estallido social
de 1810. Los dos recibieron con entusiasmo noticias acerca
del movimiento ascendente durante las etapas Hidalgo y Morelos
y se sintieron identificados con sus ideales. El padre Mier
lo convenció de que la lucha contra el absolutismo español
era dable no sólo en la Vieja España sino en la Nueva también.
Cuando su expedición organizada en Londres y reforzada en
Nueva Orleans llegó a las costas mexicanas se enarboló en

el pequeño pueblo de Soto la Marina una bandera similar a la decretada como Nacional por el Congreso de Anáhuac, como lo afirmaría en su declaración ante un funcionario subalterno de la comandancia de las provincias internas de Oriente, un desertor de la misma expedición (96). Al avanzar hacia el interior, en la búsqueda de los restos del movimiento nacional, Mina no sólo iba siguiendo ligarse con fuerzas militares que lo reforzaren, sino también con las ideas y fuerzas que las representaban. Esas ideas eran las de Morelos. La fuerza era el pueblo en armas.

Por lo mismo es explicable la expedición que el mismo Virrey Venegas encabezó contra los hombres de Mina. Mil quinientos hombres y un magnífico tren de artillería, al mando del recién llegado mariscal de campo Pascual de Liñán derrotaron a los aguerridos hombres de Mina y de Pedro Moreno, guerrillero al que se había unido y hecho fuerte en el Sombrero, Guanajuato. Los insurgentes emprendieron la retirada perseguidos por los realistas y aún intentaron tomar la muy guarecida ciudad de Guanajuato, sin éxito. Al fin, el mismo Mina fué capturado en la hacienda del Venadito, lugar en que Moreno murió con las armas en la mano.

De inmediato, el Virrey ordenó se formara juicio al

(96) Lemoine, Ernesto.OP.CIT.P.302.

navarro, por el cargos de traición a la Patria. Fué fusilado de espaldas a la vista de las fuerzas insurgentes cercadas por el ejército de Liñán.

Por tal acción, Fernando concedió al Virrey Apodaca el título de Conde del Venadito. Lemoine se asombra de que Apodaca actuara de manera tan contraria a su habitual carácter, condenando a muerte a su enemigo, cuando normalmente había recurrido al indulto y a la compra de los insurgentes. De algo nos sirve para explicar tal "extraña" actitud, el proceso de acercamiento del mismo Mina a los restos del Gobierno Nacional. Sabemos que el joven liberal navarro había planeado originalmente desembarcar en Boquilla de Piedras, punto cercano al norte de Veracruz, para de ahí marchar a Tehuacán donde suponía instalado al Congreso de Anáhuac. Sin embargo, al enterarse de la disolución de éste a manos de Mier, decidió desembarcar en las Provincias Internas de Oriente, en el reino de Nueva Santander, para alcanzar Guanajuato. A primera vista, su ruta tendría como objetivo final la zona argentífera, pero debemos destacar su encuentro con la Junta Subalterna Gubernativa, dejada en Michoacán por el Congreso en previsión de algún percance. Dicho encuentro se dió en el fuerte de Jaujilla, donde residió dicha junta hasta 1818 resistiendo las acometidas realistas al norte de Michoacán. "Así rendía homenaje al Congreso desaparecido y a su insigne fundador, el

Gran Morelos; de paso, se adhería a los principios del Decreto Constitucional de Apatzingan" nos dice el mismo Lemoine. ¿Qué otra cosa requería el gobierno virreinal para encausarlo por traición? Mina era no solo un traidor a su Patria, representada a ojos del gobierno por Su Majestad, sino también al concepto colonialista castellano (que el navarro había criticado en una carta a un Hacendado de las Huastecas (97)), y para acabar, también al orden de casta y clase del virreinato al adherirse al proyecto constitucional que representaba el Estado alternativo, que el pueblo había planteado al momento de las victorias de Morelos. Por lo mismo, Mina perdía la oportunidad de ser tratado con ligereza, con respeto, con un indulto; tal vez sin percatarse de ello, había cruzado (al menos a los ojos de sus enemigos) la frontera entre la rebeldía y la traición de Clase. Servía a la causa del "otro" México al que precisamente el gobierno virreinal y la sociedad criolla procuraban destrozarse, para poder luego ocuparse de sus propios problemas de emancipación colonial. Por lo mismo, aún antes de librarse las batallas donde se decidiría la suerte de este idealista período de la lucha por la Independencia, Mina había sido condenado a muerte.

Al fin de cuentas, en el plano militar, la expedición

(97) Lemoine, Ernesto. Op. Cit. P. 303.

libertaria del "Héroe Liberal de España y de México" no varió el panorama mexicano. Una vez derrotada esta intención, el Ejército colonial se encontró con que el único foco de relativa importancia que se mantenía en pie, era el comandado por el general Guerrero, en las anfractuosidades de la sierra al sur de la capital virreinal.

Dicha resistencia era tan pequeña que para 1819 se podía decir que el virreinato estaba pacificado y que el proyecto de Hidalgo y Morelos con su "rebelión de los dioses rojos" había pasado a ser cosa del Pasado, precisamente. La sociedad dominante criolla se encontró con que al final de la contienda social, pese a las pérdidas que la acción de guerra había ocasionado en sus propiedades y a la división que en determinados momentos causó la insurrección en sus propias filas, había salido claramente fortalecida. Calleja ya había apuntado que habían sido los españoles americanos los que llevaron el peso mayor de la lucha contrainsurgente y que los europeos habían brillado por su apatía. Los cuadros superiores del ejército estaban ahora formados por criollos y la posición misma del Ejército en la sociedad virreinal estaba fortalecida. Un siglo antes, recordemos, no existía en la colonia un ejército permanente, ahora era más poderoso que nunca y estaba en manos de los criollos, quienes sabemos se habían lanzado a sus filas primero por el prestigio del

uniforme y, en la guerra, por el de las victorias contra el enemigo... de clase.

Calleja había sido un magnífico Virrey no sólo por la manera en que reprimió la insurrección, sino también por el acierto con que manejó la nueva realidad militar de su propia sociedad colonial. Siempre supo mantener contentos a los nuevos -y victoriosos- generales mexicanos a sabiendas que "seis millones de habitantes están decididos por la independencia" como informaba a su Señor en Madrid (98).

Apodaca no contaría con la habilidad de su antecesor, al momento en que la Independencia rindiera mayores beneficios que el vasallaje a Madrid para el proyecto histórico del México de Arriba que entonces ya estaba bien conformado.

El período que media entre la derrota de Mina y la Consumación de la independencia, es oscuro en la Historia Nacional, probablemente porque no pertenece a ella. Es un momento extraño en el cual una sociedad que había iniciado su transformación para producir una nueva organización Estatal que respondiese mejor a la conformación de la sociedad misma y que casi había logrado hacer éso, dá marcha atrás y recons-

(98) Lemoine, Ernesto. OP.CIT. P.296.

truye el pasado estado de cosas para mantener los beneficios de una de sus partes que ha encontrado, de pronto, mas redituable permanecer en esa etapa anterior de desarrollo político a cualquier tipo de experimentación. La historia de nuestro pueblo en ése período es por ello no-nacional, es española, se inscribe en el proceso histórico del Pueblo Hispano-americano, y más bien, del Imperio Español de las Indias Occidentales.

Con acierto, Chávez Orozco inserta en su Historia de México sendos capítulos para las Cortes de Cádiz y para el movimiento de Riego. Reconoce, aún cuando no de manera clara, que en aquéllos años volvimos a ser parte de España.

Cuando en 1813 los ejércitos napoleónicos en España estaban en retirada, empujadas rumbo a los Pirineos por las tropas de Wellington y las guerrillas españolas, el Emperador decidió otorgar la libertad a Fernando VII que a la sazón recidía en Valançay. El Rey, que el pueblo español había nombrado popularmente el "Deseado", regresó a su país y fué recibido con algarabía. Sin embargo, sus intenciones eran las de restablecer el sistema absolutista y desde el primer momento manifestó su repudio al régimen Constitucional emanado de Cádiz en 1812 y que, de una u otra manera le había mantenido preparado y protegido su propio trono. Fernando se aprovechó de la desilusión que había cundido entre las masas españolas

a raíz de la poca o nula aplicabilidad de la Constitución, que apenas había iniciado su efectividad al salir las tropas francesas del territorio nacional. Su estado de ánimo era tal, que el 16 de abril de 1814 aclamaron a Fernando dando vivas al Rey y mueras a la Constitución. Un mes después el monarca disolvía las Cortes, declaraba la nulidad de Constitución y restablecía las instituciones características del viejo régimen, el Tribunal de Santo Oficio y la Compañía de Jesús. A su vez, los diputados fueron procesados y condenados a la prisión o el destierro.

La constitución de 1812, a los ojos de sus detractores justificaba por sí sola tamaña dureza. Fué calificada por el recién instaurado conservadurismo europeo como la más jacobina resultante del jacobinismo, porque establecía regulaciones claras de los establecimientos monacales y restringía el poder de la Iglesia, desmantelando su brazo represor, la Inquisición.

Así pues, los tradicionalistas tenían razones de sobra para eliminar ese funesto resultado de la guerra de Independencia española, que resultaba a la postre más peligroso que el mismo Napoleón.

Sin embargo, los años de absolutismo vinieron a prepa-

rar la sociedad española para la serie de cambios que apenas en nuestros días dan sus frutos. De ser la sociedad más cerrada y tradicional de entre las europeas, el pueblo español había recibido la influencia directa de la Revolución más radical del occidente noratlántico: las ideas francesas habrían calado mucho más hondo de lo que el volátil sentir de las masas congregadas en Valencia o Aranjuez por Fernando había parecido en 1814. De hecho, hemos de recordar que el apoyo al Rey no provenía de un convencido apoyo al absolutismo, sino del fracaso del proyecto liberal de Cádiz. Las masas que delirantes apoyaron al monarca en realidad no hacían éso, lo que gritaban era su desencanto de la Constitución. Pero con los años, aún ése desencanto fué superado por el descontento que causaron las medidas represoras de Fernando VII, quien se ensañó incluso con aquéllos absolutistas que apoyaron a su hermano Carlos en la pretensión a sucederle en el trono.

Este era el estado de cosas en la península cuando "El Empecinado" general Rafael del Riego, se sublevó contra el absolutismo en Cabezas de San Juan con las tropas destinadas al combate de la Independencia en América. Varias ciudades se unieron a la proclama que se hizo de la Constitución de 1812 y el Rey Fernando se vió obligado a jurar la Carta Magna Liberal. Era el año de 1820. Ministros liberales gobernaron España hasta que un ejército francés mandado por la Santa

Alianza restableció para Fernando el absolutismo. Para entonces, sin embargo, México se había separado de nuevo del devenir histórico español, esta vez de manera definitiva.

La reacción mexicana al levantamiento triunfante de Riego fué de lo más extraña. Mientras un sector relativamente reducido de la población se entusiasmaba por las recién recuperadas libertades (recordemos que la Constitución de Cádiz había estado en vigor durante una temporada en Nueva España, pese a las tardanzas que el Virrey Venegas había provocado en su promulgación y juramento) y la prensa se desperezaba de manera estrepitosa, provocando la aparición de los más variados periódicos y gacetas, las más de ellas de carácter satírico y hasta grosero que escandalizaron a los sectores conservadores de la sociedad. Mientras ello ocurría, el sector oligárquico más poderoso, a la sazón el gran beneficiario de las luchas contrainsurgentes, se encontró de pronto privado del régimen por el que había luchado por una década y encontraba asimismo a su propio soberano "mudado". Definitivamente no era el mismo Fernando por el que ellos habían luchado en que juraba ahora la Constitución liberal. No podía ser. Ellos empezaron a conspirar para recuperar la seguridad que el gobierno liberal de la monarquía constitucional les arrebatará.

Por otra parte, hemos de analizar la reacción america-

na a los sucesos de 1820 también desde el supuesto de que había contradicciones muy profundas en el ánimo con que los españoles de cada lado del mar, veían la cuestión política y social. Cuando los franceses invadieron la península en 1808 la reacción general en todos los dominios españoles fué la de formar Juntas que gobernarán en nombre de su depuesto soberano. Pero las Juntas peninsulares se fundieron pronto en una sola, llamada Central, que de un modo u otro derivaría en las Cortes Constituyentes de Cádiz. El espíritu liberal había inundado a la Península y era el mismo que animaba la insurrección popular contra el invasor galo. Recordemos que, para ese entonces el mismo adalid de la Revolución, Bonaparte, había sido trastocado en el tiránico Emperador a los ojos de las mentes más avanzadas de Europa (99).

Sin embargo, en América, las Juntas se negaron a reunirse en una sola. Mantuvieron su autonomía de la Junta Central en general, las oligarquías americanas fueron refractarias a los pronunciamientos liberales de Cádiz. Esto, por lo que toca a los intereses opresores en América. En cuanto a los liberales de esta parte del Imperio, en ellos, al mismo modo que en España, el Liberalismo se identificaba con Independencia, Para ellos, en este sentido el liberal Español era relati-

(99) Zaragoza, Gonzalo Op. Cit.

vamente lo mismo que para éste los invasores franceses.

Esto nos explica por qué las Juntas Americanas, especialmente en Sudamérica, derivaron en gobiernos nacionales e independentistas. De la misma manera explica por qué en Nueva España, los que fueran diputados a Cortes participaron de manera entusiasta años mas tarde en la construcción del México Independiente. Ellos pertenecían de un modo u otro a la corriente liberal, que precisamente llevaba al nacionalismo. Esta relación no fué negada por las Cortes liberales, sino que antes bien éstas procuraron encauzarla en beneficio de la nueva idea de Imperio que tenían. Su invitación a las Provincias de Ultramar a elegir sus diputados estaba escrita en este espíritu:

"Desde éste momento, españoles americanos, os veis elevados a la calidad de hombres libres; no sois ya los mismos de antes, encorvados bajo un yugo mucho mas duro cuanto mas distantes estábais del centro de poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia, y destruidos por la ignorancia." (100).

Las Cortes de ésa manera procuraban acercarse a los

(100) Lemoine, Ernesto. "El liberalismo Español y la Independencia de México". "Historia de México" T.9. P.310.

españoles americanos proponiendo de hecho una nueva asociación, no centralizadora aunque definitivamente monárquica, para el Imperio.

Las contradicciones del proceso Hispano-americano de los años 1808-1823, en los cuales se haría definitiva la separación de los dominios americanos de Madrid, se explican porque el liberalismo se identificaba con el nacionalismo y con el federalismo al mismo tiempo. La constitución de Cádiz estaba dispuesta a otorgar a los reinos de Indias un status parecido al de una federación y de hecho perfeccionó el sistema de intendencias creando las "Diputaciones Provinciales" que serían electas de manera indirecta pero por el Pueblo mismo y que representarían la base real de la autonomía de cada Provincia en los Virreinos y de éstos entre sí.

Sin embargo, la tríada Liberalismo-nacionalismo-federalismo, era prácticamente imposible de establecer en un Imperio que de facto, había ya experimentado la independencia al ser derrotada la casa de los Borbones en España. Por otra parte las administraciones coloniales españolas habían demostrado ser mucho mas conservadoras que sus directivos en Cádiz y luego que Riego, en Madrid. Habían hecho lo posible por suspender la aplicación de las normas gaditanas en América, so pretexto de las situaciones de emergencia militar que se vivían

ahí. Especialmente en el caso mexicano.

Esta actitud exacerbó aún mas la identificación nacionalista del liberalismo latinoamericano y provocó, por ejemplo, la Guerra a Muerte en Venezuela y la radicalización de Morelos en México.

En el caso mexicano, sin embargo, hemos de recordar la especial situación creada por la existencia de una verdadera Revolución Social, concomitante de la lucha Liberal por la Independencia. En nuestro país, ya lo dije, se identificó al fin de cuentas el estrato criollo con el imperio absolutista, porque era la única opción de clase que le dejaba la guerra de castas desencadenada por el Bajo Clero novohispano.

Por lo mismo, a la hora que la Constitución de Cádiz se promulgaba de nueva cuenta en España, la reacción determinante en Nueva España no fué la liberal (que se concretó casi siempre en la explosión periodística ya mencionada), sino la conservadora. Mientras el pueblo español gritaba loas a la Libertad, la sociedad opulenta de México añoraba el absolutismo. El resto de América, por lo general, fué inane al cambio toda vez que su sector criollo había logrado prácticamente la Independencia política ya.

Reyes Heróles comenta respecto de la gran acometida de la prensa mexicana al declararse la libertad de imprenta que "el lenguaje de los folletos era casi siempre chocarrero y zumbón" y que "mucho de su contenido fué fugaz y transitorio" (101). Sin embargo opina que anunciaba intenciones que cuajarían mas tarde en la evolución jurídico-política nacional. De ésta manera, el sector liberal del criollismo mexicano se encontraba prácticamente constreñido a la pluma de los pensadores que habían persistido en sus ideas. Sin embargo, estaban impedidos para hacer más; la represión de los años anteriores, en los cuales buena parte de ellos habían estado identificados con la Revolución insurgente, los detenía.

Nueva España como sociedad organizada resultaba ser así mas conservadora que su Madre Patria en 1820 y sus próceres no dejaban de ver al rey casi como un traidor a su Santa causa. Se sabe que incluso el Virrey Apodaca compartía en parte esas ideas y que por lo mismo negoció con varios de los grupos que conspiraban contra la Constitución e inclusive por la

(101) Lemoine, Ernesto. OP. CIT. P. 319.

Independencia (102). Hay inclusive la posibilidad de que el mismo Rey Fernando haya encargado al Virrey Apodaca la tarea de preparar Nueva España como una Nación cuyos súbditos fueran menos "rebeldes" a aceptar su despotismo (103),

La idea de un cambio de Metrópoli dentro del Imperio no era nueva. (104). Había sido el medio por el cual la casa reinante de Portugal había salvaguardado la soberanía nacional del peligro francés al ser invadida la Península por Napoleón

(102) Al respecto, Teja Zabre asegura que Apodaca recibió "una carta de Fernando VII" en el sentido de preparar su llegada al reino ultramarino ya independiente de la rebelde y liberal España, pero no explica sus fuentes. Sin embargo la lógica de su exposición es que Apodaca estaba implicado. Lemoine opina que Apodaca, indeciso y acorralado por el liberalismo, dió pasos en falso hacia la emancipación por su propia cuenta. Chávez Orozco opina que solo por ceguera Apodaca no vió las ventajas que derivaba para la misma metrópoli la causa de la Independencia en 1821 y lo considera ajeno al movimiento. Mariano Cuevas opina que si bien tuvo noticia el Virrey de las conspiraciones de la Profesa, nada tuvo que ver en el ánimo independentista. Lo que no nos dice es por qué no los detuvo. Ver las obras citadas y de Lemoine, Ernesto. "1821: Transacción y Consumación de la Independencia". "Historia de México". T.-9. P. 321 y siguientes.

(103) Teja Zabre, Alfonso. OP. CIT. P. 288.

(104) Ida Appendini y Silvio Zavala. "Historia Universal, moderna y contemporánea". Porrúa, México, 1980, pp. 278 y 301.

y hubiera significado la salvación de Imperio Hispano de haber actuado mas diligentemente los Borbones españoles en aquéllos años. De hecho, al trasladar la capital imperial portuguesa al Brasil, se impidió que la crisis napoleónica provocara la Independencia. Esta se daría casi una década mas tarde, en una transición relativamente pacífica, en la cual el hijo del Rey portugués se coronó rey primero y emperador después, del Brasil. Al parecer una maniobra de ésta naturaleza pasó por la mente del Rey Fernando durante la revolución de Riego en 1820.

Ya hemos visto la situación de las dos alas, liberal y conservadora, de la sociedad criolla novohispana al aparecer la crisis constitucional. ¿Qué sucedía con la sociedad oprimida? Esta, de hecho, había pasado a un estado casi pasivo, como resultado de la ofensiva tan dura sufrida a manos del virreinato. Sus ejércitos campesinos habían sido disgregados y derrotados por la guerra o el hambre. De hecho, ningún movimiento campesino tiene tal vitalidad como para permanecer lozano después de diez años de combates, y menos, careciendo de una dirección adecuada y una claridad política que le permita proponer al conjunto social una opción viable de acuerdo. Ambas características se habían perdido con Morelos desde 1815 y ya hemos analizado por qué ninguno de los jefes insurgentes fué capaz de superar la crisis del movimiento.

Adolfo Gilly (105) al analizar las características del movimiento campesino de 1910 nos señala también un aspecto importante de éste tipo de fenómenos sociales: habla acerca del reto insalvable que se encontraron las masas campesinas triunfantes al ocupar la Ciudad de México y destruir el Ejército Federal; "Ejercer el poder exige un programa. Aplicar un programa demanda una política. Llevar una política requiere un partido. Ninguna de esas cosas tenían los campesinos, ni podían tenerlas" (106).

Si ésas eran las condiciones que enfrentaran cien años mas tarde las masas campesinas triunfantes, ¿cómo no sería la situación de sus insurgentes predecesores quienes ni siquiera habían obtenido el triunfo militar? En el siglo XIX la falta de una dirección para el movimiento campesino significó un obstáculo mucho mas grave: tuvieron que regresar a sus propias áreas de origen y continuar la lucha aislada en sus respectivas regiones, en donde de una manera u otra, el gobierno colonial se encargó de destrozarnos.

Gilly también nos señala el regionalismo como una característica fundamental de la lucha campesina y fué ese mismo sentimiento el que determinó que sólo en el área donde

(105) Gilly, Adolfo. OP. CIT. P. 139 y siguientes.

(106) ídem.

las dificultades geográficas de la zona favorecían la supervivencia guerrillera la insurgencia persistiera. Esa área fué lo que hoy es Guerrero y éste fué el caudillo que encabezara la última resistencia. Su importancia, con todo, fué meramente simbólica en el campo militar a la hora que la oligarquía criolla retomó en su beneficio las tesis independentistas. Su verdadero valor residió en el campo de lo simbólico, en el cual significó el nexo indispensable entre la lucha campesina que ya había acabado y las que habrían de seguir a lo largo de un siglo.

1.2.4 "PERO EL VEINTIUNO, EL GOBIERNO, LA INDEPENDENCIA NOS DIO...".

La revuelta de Riego, la proclamación de la Constitución Liberal Española y la reacción de la oligarquía criolla, marcan el reingreso en la historia universal de nuestra propia historia nacional. Este reingreso está plagado de contradicciones, por fuerza que implicaba una recapitulación de la conducta de los criollos novohispanos hecha por ellos mismos con plena conciencia. El actor principal, aún cuando no el único de este episodio, fué el Alto Clero Mexicano. De hecho, representaba de una manera especial el statu quo se pretendía proteger de los excesos (a sus ojos, por supuesto) del liberalismo español, entonces triunfante. De hecho, la parte más radical de la Constitución gaditana se encontraba en la refor-

mulación de las relaciones del Estado con la Iglesia. Ese replanteamiento se hacía en base a la necesidad económica de liberar una gran cantidad de bienes en manos muertas y permitir, con su circulación, el progreso material del país y del Imperio en general. Es indispensable recordar en este punto que al menos en esa etapa del desarrollo capitalista, la circulación de los bienes tiene una importancia principalísima como medio de la acumulación necesaria para la consiguiente organización industrial, por lo que se nos explica la importancia que tenía entonces la reorganización del Derecho Civil, especialmente en la figura del Código Napoleón (107). La otra razón del replanteamiento era de índole política: el absolutismo había sido justificado prácticamente en toda Europa desde el campo

(107) Correas, Oscar. "Introducción a la Crítica al Derecho Moderno". TEXTOS U.A.P., Puebla, 1986. Sucede que el Derecho Privado y más concretamente el Civil tiene por función regular la circulación de bienes, es decir, de valores de cambio. Debe proteger la equivalencia de ese cambio. Cuando la burguesía europea se desembarazaba de los restos feudales que aún impedían la circulación libre de mercancías, el Derecho Civil inició un nuevo auge, que culminaría con las grandes codificaciones del siglo XIX. Es por lo mismo que la lucha secularizadora del liberalismo tiene también una contraparte económica: en los países hispanos, sus propiedades significaban que la mitad o más de la riqueza permanecería alejada del modo capitalista de producción en cuanto que estaba fuera de la circulación mercantil.

religioso (108) y era precisamente por ello que urgía a los liberales separar el poder monárquico de la Iglesia. El primer paso lógicamente, era reducir el poder del sector eclesiástico del antiguo régimen. La confirmación de esto es la actitud de los restauradores de ese antiguo estilo a nivel Europeo: sin distinción de credo cristiano, los Estados vencedores de Napoleón firmaron un pacto defensivo en torno a los principios religiosos precisamente: La Santa Alianza. Esa Santa Alianza se encargaría de derrotar el movimiento revolucionario español dos años más tarde.

En Nueva España estas dos razones justificaban la intervención católica por partida doble. El resto de la oligarquía criolla uniría el destino de sus intereses a ese protagonista.

De la misma manera, las mayores aberraciones de ese cambio de estrategia se darían en el campo eclesiástico, para

(108) El Absolutismo fué justificado así en el bando Protestante como en el católico desde su aspecto religioso. Sólo Hobbes dió una explicación alterna, no religiosa. Ver González Uribe, Héctor. OP. CIT.

desgracia de las interpretaciones de nuestra historia, como se verá más tarde. Los mismos agentes que habíanse opuesto al cura Hidalgo cuando éste planteaba públicamente la necesidad de traer a Fernando VII a Nueva España, ahora conspiraban en ése mismo sentido, el mismo Clero que le había excomulgado ahora abogaba por los mismos planteamientos. "... Todo eso, que se había condenado, se pondría hoy en práctica, como uno de los medios para perpetuarse en la posesión de sus bienes y en el disfrute de sus privilegios" (109).

Las conspiraciones más importantes se dieron en torno al templo de La Profesa, en la Ciudad de México. En ella, al calor del chocolate se discutía sobre los "dos rostros de Fernando VII" (110), y sobre los inútiles sacrificios y dilapidación de recursos que se habían hecho por la causa del "verdadero rey" que ahora parecía "aliado de la plebe". La consecuencia de esas elucubraciones era la Independencia pero "no para darle la libertad a un pueblo bajo y soez que no merece la libertad, sino, precisamente para conservar los valores y el poder de nuestra clase", decían. Es probable que los implicados en esta infidencia procuraran contactarse

(109) Chávez Orozco, Luis. OP. CIT. P. 121.

(110) Es una expresión de Lemoine, para explicar la actitud -- conservadora en Nueva España. Lemoine, Ernesto. OP. CIT P. 318 y siguientes.

con todos los sectores agraviados por la Constitución, inclusive al Virrey, cuyo poder era notablemente disminuído y su autoridad puesta en grave duda (es bueno recordar que al llegar las noticias sobre la sublevación de Riego, el dignatario había tomado medidas para evitar la promulgación en Nueva España, pero que el populacho veracruzano al obligar a su gobernador, José Dávila, a jurar la Constitución, precipitó al mismo Virrey a hacer lo propio mientras aún podía hacerlo "por propia voluntad".).

De los conspiradores de la Profesa sólo se tiene la identidad segura de dos de ellos, el del Preósito del dicho Templo, don Matías de Monteagudo y el coronel Iturbide. Hay quienes opinan que Iturbide se unió a la conspiración mucho después de iniciada (Lemoine, Chávez Orozco) otros, que desde el principio formaba parte de ella (Teja Zabre, quien inclusive opina que el Virrey era el patrocinador principal por órdenes del mismísimo Rey). EL resto, ha permanecido en el anonimato. Lo cierto es que es muy poco probable que su identidad permaneciera oculta a los ojos del Virrey y que toda la trama le fuera por completo ajena: una conspiración de las dimensiones de aquélla era el más serio peligro, y con mucho, desde la frustrada expedición de Mina, contra la seguridad colonial.

Lo cierto es que de los concilábulos de la Ciudad

de México nació un Plan concreto para la Emancipación de México de la Corona de Castilla. Dicho plan tendría por ejecutor principal al mismo coronel Iturbide quien fué nombrado Comandante del Sur a sugerencia de don Miguel Badillo, encargado de la cartera de Guerra del gobierno colonial y del mismo don Matías de Monteagudo, en sustitución del jefe realista Armijo quien acababa de renunciar, probablemente molesto por las duras críticas del Virrey a su desempeño contra los restos insurgentes (111).

La Comandancia del Sur comenzaba en Taxco y terminaba en el Océano Pacífico. Operaban en ella el mismo Vicente Guerrero con unos cuatrocientos hombres y Pedro Ascencio, con unos quinientos. Las órdenes, al menos en apariencia, del nuevo Comandante eran someter estos focos de resistencia que representaban la única espina en el renovado edificio virreinal de aquéllos años.

Para el efecto, el Comandante recibió el mayor ejército realista levantado hasta entonces y aún lo aumentó por gracia del mismo Virrey, quien no le escatimó ni hombres, ni armas ni dineros.

(111) Cuevas, Mariano. "Historia de la Nación Mexicana". Talleres Tipográficos Modelo, S.A., México, 1940. P. 460.

Tal despliegue en manos de un hombre que no merecía a primera vista las confianzas del Gobierno (recordemos que Iturbide había pasado a reserva por una serie de irregularidades en su hoja de servicios denunciadas por ricos propietarios del Centro del país) y que había participado activamente en una conspiración en la misma Capital no puede ser obra de la incompetencia del Virrey. Son, en mi opinión, prueba de que el mismo Apodaca estaba comprometido en el plan de la Profesora. Es más, Iturbide se encargó apenas llegó a Teloloapan, cuartel general de la Comandancia, de establecer contacto epistolar con gran número de aliados civiles y militares en las principales ciudades del Virreinato y se sabe obtuvo dos fuertes entradas de dinero, la primera por veinticinco mil pesos por un donativo del Obispo Cabañas, la segunda por la apropiación de la conducta de los Manilos que logró que el Virrey mandara para Acapulco. La conducta mencionada llevaba más de quinientos mil pesos. ¿Se puede pretender que un Comandante, por más poderoso que sea, pueda manejar esas cantidades fuera del presupuesto de su División sin la (al menos pasiva) aprobación del Virrey? No. Apodaca estaba implicado. El conjunto de la Oligarquía novohispana estaba interesada en la Independencia en cuanto ésta se había convertido, de pronto, en la posibilidad de preservar el estado de cosas que la organización política virreinal establecía.

Ahora bien ¿por qué ligarse a los restos de la Insurgencia?.

1.2.5 VICENTE GUERRERO: O DE COMO LA PATRIA, EN VERDAD, ES PRIMERO.

La necesidad que los criollos conservadores tenía de unir su programa a las guerrillas sureñas, se originaba en que de alguna manera requerían justificar ante el todo social su cambio de actitud. Retomar en sus propias manos y dirigir (por supuesto) la Revolución que iniciara Hidalgo ocultaría que su programa había nacido de situaciones totalmente diversas y que sus intereses eran del todo opuestos a los enarbolados por el Padre de la Patria y por otra parte, impedirían que se les acusara de traidores o convenencieros fuera por parte de la Corona o de los insurgentes. Así, el acercamiento a Guerrero mostraba como insuperable la contradicción que vivía la oligarquía y que desquebrajaría el aparato virreinal. No podían superarla, así que optaron por ocultarla.

Por otra parte, no debemos despreciar el hecho de que, a la hora de plantear la Independencia, los criollos debían proponer, por fuerza, una opción de organización política y social alternativa a la virreinal. Para ello se requerían fundamentos teóricos y propuestas políticas concretas que sólo el bando insurgente había elaborado hasta entonces en México, lo que le dá una importancia aún mayor a la protección y respeto que Guerrero mantuvo a los restos del Gobierno Nacional representados por la Junta Subalterna Gubernativa.

Pero, aún mas, una organización política implica

desde luego un acuerdo social sobre el cual plantar sus reales. El Estado es una sociedad organizada, ante todo. Los criollos habían peleado durante más de una década por mantener el orden social dual del virreinato, pese a que su propio ascenso como casta dominante lo había inutilizado, al romper la balanza social en que descansaba. Ahora, forzados por la realidad debían abandonar esa posición y proponer a la sociedad como conjunto una nueva solución. Para ello requerían parlamentar con los restos de la representación popular, y éstos eran Guerrero y Ascencio.

Por último, ésta última necesidad permite entrever otra gran carencia de la oligarquía criolla: no tenía bases sociales reales de poder. Su omnipotencia se fundaba en la alianza que había ido estrechando con la Corona desde las Reformas Borbónicas, por lo que el rompimiento Independiente le dejaba sin fuerzas reales que apoyaran su pretendida preeminencia social en el nuevo Estado que ahora planteaba. Requería bases y solo el campesinado podía dárselas. Ello hacía que la transacción con Guerrero no fuera solamente necesaria sino aún, urgente.

Esta ineludible carencia marcaría y con mucho, la dinámica social entre los dos Méxicos durante todo el periodo independiente.

Por el lado de la Insurgencia, sin embargo, existía

otro vector de intereses que apuntaban de la misma manera a una transacción con el enemigo. La estabilización del frente de guerra en la Comandancia del Sur y rumbo de Acapulco, donde ni uno ni otro de los adversarios era capaz de derrotar a su enemigo, había preparado físicamente las condiciones para un arreglo de ésa naturaleza. Con las operaciones militares en un punto muerto, en el cual, ni los realistas podían eliminar a la insurgencia, pero ésta había perdido toda esperanza de triunfo, se fueron estableciendo relaciones epistolares y de convivencia forzada entre ambos lados de la trinchera.

En éste proceso es probable que influyera también la versión al parecer totalmente apócrifa (112), de que Guerrero no era descendiente de una familia mulata (113) sino indígena del área de Tixtla. Florentino M. Torner comenta que sus padres, don Juan Pedro Guerrero y doña María Guadalupe Saldaña eran campesinos humildes (114). Sin embargo, el trato de "don" y "doña" que les dá y el hecho histórico de que el Virrey Apodaca autorizara a don Pedro para que ofreciera el indulto

(112) La versión la he recogido de algunos maestros nahuatlattos de la E.N.A.H., quienes opinan que Guerrero era también nahuatlato y que dicen tener pruebas en la tradición oral, de la naturaleza racial y política del héroe.

(113) Lemoine, Ernesto. OP. CIT.P. 304.

(114) Torner, Florentino M. "Creadores de la imágen histórica - de México". Compañía General de Ediciones, S.A. México - 1953. P. 145.

a su hijo, nos muestran que la extracción humilde de la familia no era tal. Inclusive, desmentiría la idea de que, siendo mulatos, su principal ocupación fuera la Arriería al modo que Lemoine nos presenta los hechos. ¿A qué un Virrey, con todo la cabeza más importante en ambas escalas sociales del virreinato, tenía que pedir o autorizar a un campesino humilde o a un arriero que ofreciera indulto a su hijo rebelde a la Corona? Con todo y que don Pedro hubiera abrazado la causa realista (lo que por otro lado lo colocaría también fuera de los escenarios sociales en que se pretende enmarcar a la familia Guerrero, pues sólo personas con poderosos intereses materiales apoyaban al viejo régimen, como vimos) es indudable que el Virrey utilizó canales mucho más adecuados para ofrecer el perdón al caudillo suriano, como el mismo Comandante Armijo y una serie de delegados de suma confianza de los que hablaré más tarde. La, al parecer, única explicación viable para que un padre tuviera el peso político suficiente para ser utilizado en la negociación con Vicente Guerrero, es que éste padre representara fuerzas de importancia en la lógica del sistema virreinal. Por lo mismo, don Pedro Guerrero no podía ser ni un arriero (casta fuera del orden de "Repúblicas"), ni un campesino humilde (y por lo mismo sin ninguna representatividad ante el sistema colonial, eminentemente corporativo), ni un aliado de la Corona en la guerra (pues la mayor parte de la fuerza militar realista provenía de otras fuentes y no del mismo campesinado del área, donde la Revolución era aún fuerte

precisamente). Así, parecería que el padre de Guerrero debía ser una especie de cacique indígena del área de Tixtla, quien por lo mismo, tenía a su cuidado la procuración de la paz social y la obediencia a la Corona. Después de todo, era ése uno de los dos únicos pagos que el Rey le exigía a cambio de reconocer su cacicazgo. Por otro lado, dicha categoría dentro del sistema político de los "Indios de Nueva España", explicaría mejor el mismo papel de Guerrero como líder insurgente. Todavía cien años después, los líderes campesinos serían elegidos de acuerdo con la antigua organización campesina indígena, al menos en lo que toca al sur del país (115). No hay razón para suponer que en la primera gran Revolución nacional, el sector campesino de lo que hoy es el Estado de Guerrero se comportara de otra manera, mucho más si se toma en cuenta que la mayor parte de su población era indígena en aquéllos años.

El hecho de que Guerrero no sólo representara a la

(115) Womack, John. "Zapata y la Revolución Mexicana". Zapata fué elegido por los viejos de Anenecuilco una noche de - 1909, quienes le reconocían sus capacidades de líder y la trayectoria de su familia como luchadores por la restitución de sus tierras y sus derechos campesinos.

insurgencia sobreviviente sino también a la sociedad oprimida, predominantemente natural, que había alimentado las llamas de la Revolución, nos haría más fácil explicar por qué fué tan claro para éste caudillo el trance en que se encontraba el aparato virreinal en 1820-21. Si el teniente general insurgente podía ver desde la perspectiva de clase y casta del sistema político indígena, cómo su contraparte criolla perdía de pronto el sustento de la corona, entonces nos será más fácil explicar la rapidez con que aprovechó las condiciones que se le ofrecían para transar un arreglo que abriera horizontes a futuro para una Revolución estancada y acorralada en las sierras del sur y rumbo de Acapulco.

Se sabe, incluso, que el mismo Guerrero planteó la posibilidad de un arreglo antes de que Iturbide fuera nombrado Comandante y, evidentemente, antes de que el Plan de La Profesa empezara a desarrollarse. Por lo mismo, me inclino a reconocer en Guerrero al hijo de uno de los caciques indígenas que habían sido reconocidos por el régimen virreinal, dentro de la política de sistemas paralelos que expliqué en la primera parte de este capítulo.

Lemoine nos explica cómo don Vicente había establecido contactos con Armijo, en el sentido no sólo de llevar una guerra de trincheras más vivible para ambas partes, sino también

para negociar una salida política al estancamiento de la Guerra. Sin embargo, Guerrero no traicionará los ideales de la Independencia y así, los comisionados de confianza de Armijo regresarán siempre con los ofrecimientos de indulto (por supuesto en las condiciones establecidas por los bandos respectivos, y que implicaban el repudio de la causa) sin respuesta favorable.

Entonces, el Virrey, envuelto en la tormenta constitucional que pone en entredicho su propio poder, trata de acercarse al caudillo insurgente por otra vía: comisionados de confianza que le manda desde México con ofrecimientos mucho más atractivos que los de Armijo. Es decir, el Virrey se proponía violentar la normatividad en favor del insurgente. A los ojos de Guerrero, esta grave contradicción entre el Comandante del Sur y su superior, haría evidente la debilidad por que atravesaba el régimen y tal vez, un rompimiento entre ambos jefes españoles.

De un desajuste de tamaña importancia, el único posible beneficiario, si es que sabía manejar sus cartas con habilidad, era Guerrero. Pienso que este hombre había conscientizado en mejor grado el trance por el que pasaba el virreinato todo, con la proclamación constitucional y es muy seguro que tuviera presente también la necesidad de la oligarquía de ligarse a una base social, cuyo único representante sobreviviente

era él mismo. Por lo mismo inició una serie de contactos cuyo fin era el de ofrecer a los representantes del México de Arriba las bases que sabía necesitaban entre el Pueblo.

Como prueba de ello están los ofrecimientos de alianza por la Independencia que hizo al mismísimo Armijo, quien militar pundonoroso, los rechazó. Pero no sólo eso, sino que informó al Virrey de dichas tentativas del insurgente. ¿No sería en ése momento donde los vectores que consumirían la Independencia se cruzaron?

Autoeliminado Armijo, Guerrero inició acercamientos con uno de sus jefes subordinados, el coronel Carlos Moya con cuartel en Chilpancingo y a cargo de importantes fuerzas de la Comandancia. Al fin, se decidió a mandarle una carta. Esta misiva contiene una serie de planteamientos que, al decir de Lemoine, hacen a don Vicente el inventor de la Consumación de la Independencia. Seis elementos de su propuesta a Moya nos permiten apoyar esa tesis. Por principio, fijaba como precedente de su propuesta la Insurrección Constitucional de Riego en España, lo que demuestra la atención que daba el caudillo a este factor. Seguía por plantear que esos hechos permitían la mejor oportunidad para los hijos de México "así legítimos como adoptivos" de romper las cadenas con España (nótese el término que usa para los naturales de América: "Legítimos". Esa postura maduraría años después en la expul-

sión de los españoles). Proponía al fin, el pronunciamiento del Ejército realista por la Independencia, bajo el mando del propio coronel Moya, pues nada satisfaría más a Vicente Guerrero, dice él mismo, que decir que "tenía un jefe, un padre..." (es importante la manera en que se subordina al comandante realista en caso de que se pronuncie, no sólo por su posterior postura frente a Iturbide, sino por la manera en que lo expresa, llamándole "padre" suyo en un estilo común de quien conoce la lengua náwatl y la utiliza corrientemente (116). Por último y ofreciendo al jefe realista el título de "Libertador" (halagando el gusto criollo por los títulos y el reconocimiento) asegura la llegada de don Francisco Espoz y Mina como nuevo Virrey y anuncia la necesidad de llegar con él a un entendimiento.

(116) Guerrero llama "padre" a Moya en su carta. Le ofrece ese título al lado del de Libertador de la Patria. Esa concepción lingüística no nace de sumisión vergonzosa de Guerrero hacia el criollo, sino de una muy consciente actitud de respeto que le procura a aquél que puede sacarle de la contradicción de su Revolución acorralada. Se sirve el suriano de una formación nawa de respeto que al hablante castellano suena vergonzosa las más de las ocasiones, pero que en su propia lógica de nahuatlato, Guerrero no entiende sino como respeto digno hacia una persona a quien se le ofrece un trato provechoso.

Si en esta carta no está prefigurado el Plan de Iguala, no podría decir en dónde más se puede encontrar un antecedente, toda vez que las pláticas de La Profesa se han mantenido en el más hermético secreto, aún para historiadores conservadores como Mariano Cuevas. La carta de Guerrero a Moya tiene fecha de 17 de agosto de 1820.

Moya se rehusó (la lealtad parecía ser una cualidad aún respetada por los miembros del Ejército que después sería el nuestro) y desde luego informó de las indecentes proposiciones de Guerrero a su jefe Armijo y éste al Virrey. "Lo extraño es que el Venadito no se escandalizara y no interrumpiera sus relaciones confidenciales con el jefe insurgente. ¿Se trala algo entre manos?" nos dice Lemoine con ironía. Creo que Apodaca encontró la carta como comprobación de que su propia causa tenía futuro. Para entonces, los dos vectores de la Independencia en 1820, el popular y el oligárquico estaban unidos. La historia de la transa política mexicana se inició entonces. Apodaca, por supuesto, informó a Iturbide de las gestiones de Guerrero.

La manía a la transacción, como la llama Lemoine, tiene, al menos en el campo de la política y la lucha social una explicación de necesidad. El Virreinato conformó México en la idea de dos sociedades paralelas, una opresora y por lo mismo sin amplias bases sociales que la pudieran sustentar como Gobierno propio; y otra oprimida sin la fuerza política

y la ideología clara como para construir un Estado por sí. Ambas se necesitaban y aún hoy se necesitan para poder equilibrar un acuerdo nacional viable. De ello se desprende su necesidad de transar, pues sabemos de sobra que sus intereses son del todo opuestos. El día en que cualquiera de las dos pueda plantear un Estado Mexicano sin la otra, entonces la transacción de intereses será superflua. Para los de Arriba ello implicaría el recurso a un genocidio, que les dejaría sin mano de obra que explotar por lo que ni siquiera lo intentarían. Para los de Abajo significa la lucha por una sociedad democrática, donde el mayor porcentaje del poder político esté en manos del mayor porcentaje de la población. Esta lucha sí es posible y desde mucho antes de la Guerra de Independencia se está dando, por lo que la seguridad histórica en las posibilidades del proyecto de Nación popular, ha aumentado pese a las transacciones que ha sido necesario realizar y cuya primera gran expresión fué Iguala.

Por lo mismo, queda claro que para el caudillo del sur, la Patria fué primero. Había que superar la contradicción de la dependencia de España para avanzar luego mas claros en la de la opresión en la sociedad mexicana.

1.2.6 DON AGUSTIN DE ITURBIDE, LIBERTADOR DE MEXICO.

Por lo expuesto hasta ahora, queda claro que para

cuando Iturbide marchaba al sur muchos de los acuerdos que se asentarían en el Plan de Iguala estaban casi maduros. Ambas partes habían hecho intentos fructíferos o no, de acercarse a su contrario y aunque no hay noticia clara de que Guerrero supiese que sus propuestas a Moya habían sido escuchadas con atención en México, es de suponer que sus contactos le informaron de la atmósfera favorable alrededor del nuevo comandante Iturbide.

Este tenía el defecto de haber sido uno de los más furibundos y crueles jefes realistas de cuantos habían luchado contra la Revolución, por lo que la primera reacción de los insurgentes hacia él fue hostil. El 28 de diciembre de 1820, Pedro Ascencio, legendario guerrillero indígena, segundo de Guerrero, atacó la retaguardia del Ejército de Iturbide cerca del pueblo de Tlataya. La columna agredida estaba al mando del capitán Quintanilla, casi toda su tropa pereció en el combate. Ascencio contaba con unos ochocientos hombres. El dos de enero de 1821 Guerrero mismo venció a Moya cerca de Acapulco. Hubo uno o dos combates más, favorables a los surianos, aún después de un intento de Iturbide de acercarse a Guerrero. Al fin, y en términos por demás elogiosos, se dirigió Iturbide al caudillo para invitarle a una conferencia. Guerrero sería aún receloso, pero ya no habría más combates entre insurgentes y realistas. Los últimos combates de la Guerra de Independencia tienen un valor simbólico desproporcionado a la importan-

cia militar que gozan. En verdad no significaron una posibilidad ni aún remota de triunfo revolucionario, pero marcaron a los ojos de Iturbide y de la oligarquía que lo mandaba, que los aliados que estaban a punto de conseguirse no eran corderillos fáciles de manipular y planteó las negociaciones que siguieron como una verdadera transacción, y no como una sumisión al poder de los criollos independentistas anticonstitucionales. La consecuencia de ello sería que los revolucionarios verían el pacto con Iturbide como un paso necesario en la consecución de la lucha y no como un fin en sí mismo, como era a ojos de los iturbidistas. De ahí que ellos continuarían peleando durante el primer período del México Independiente y que los otros procurasen estancar el nuevo Estado en los términos de la transa de Iguala.

Hubo, con todo, una consecuencia mas cercana. Como las negociaciones se plantearon en términos distintos a los que suponían los conspiradores de la Profesa y tal vez el mismo Virrey, fué necesario hacer ajustes al Plan elaborado en México. La intolerancia religiosa y el respeto irrestricto a los bienes y propiedades del clero, fueron respetados salvo que en cuanto a lo último se dijo que se respetaría a "todos los propietarios" sin nombrar explícitamente a la Iglesia, pero ello era aún mejor, pues desterraba las ideas confiscatorias del Gran Morelos. Sin embargo, al parecer Guerrero logró imponer la idea de que la Monarquía que se

planteara en el Plan sería moderada o "Constitucional". Es improbable que éste punto haya estado en los planes previos de los conspiradores capitalinos, quienes en cualquier caso se levantaban en contra de la Constitución gaditana. Sin embargo, Iturbide debe haber entendido que la discusión alrededor de ésta nueva Constitución sería capítulo a parte y que en nada cambiaba la esencia del acuerdo prometiendo una Ley Fundamental que nadie sabía si existiría y si llegara a darse qué tendencia la marcaría. Sin embargo, parece que éste realmente ligero cambio fue el factor que separó a Apodaca del movimiento. Es singular que el Plan de Iguala, proclamado el dos de marzo en la villa de Iguala ante las tropas acuarteladas ahí, le ofreciera al Virrey mismo la jefatura del movimiento (117). Apodaca sin embargo, lo rechaza y tacha a Iturbide de traidor al tiempo que llama al resto del Ejército a combatirlo. Era demasiado tarde, pues los firmantes del Plan de Iguala, aún sin imprenta, se habían encargado de copiar muchas veces el mismo y de mandarlo a las principales personalidades del Virreinato con Correos Especiales. El mismo Apodaca y el Arzobispo de México recibieron su ejemplar, comprobando ésto que estaban originalmente implicados. Al parecer, la no adhesión del prelado mayor se debió más a su cercanía al Virrey que a su propia convicción dado que la mayor

(117) Chávez Orozco, Luis. OP. CIT. P. 136.

parte de los obispos mexicanos se adhirieron. Inclusive, Pérez, en Puebla, imprimió el Plan y mandó una prensa a Iguuala con increíble rapidez (118).

Los varios combates, pero nunca realmente importantes, que el recién nombrado Ejército de la Tres Garantías entabló con los pocos jefes militares que permanecieron leales al viejo régimen, han servido de base a los historiadores conservadores, para demostrar que la etapa Iturbide era realmente eslabón de una cadena que venía desde Dolores. Nada mas alejado de la realidad. A la hora de contar las fuerzas trigarantes y las realistas restantes, es evidente que salvo los cuerpos expedicionarios acuartelados en la Ciudad de México, las fuerzas españolas recién desembarcadas en Acapulco y la Guarnición de Veracruz al mando del Gobernador General Dávila, quien siguió al Virrey en su política, todo el Ejército colonial se había pasado al campo independentista, iniciando su larga trayectoria de "chaquetazos". Las tropas que permanecieron leales a Apodaca, eran eminentemente españolas y no podía esperarse otra cosa de ellas, en cuanto que peninsulares no debían obediencia a otro interés que el metropolitano. Y ése interés, aún atemperado en la mente de los liberales de Riego, era el de mantener el estado colonial para la América, (recordemos su rechazo altanero a una humilde cuanto modestísima propuesta de autonomía presentada por la delegación mexicana a las Cor-

(118) Lemoine, Ernesto. OP. CIT. P. 332.

tes de Madrid en 1820 (119).

Iturbide, montado a caballo sobre una transacción necesaria para ambas partes de la sociedad que dejaba de ser novohispana para aceptarse plena mexicana, se había convertido en El Libertador de México. Guerrero regresaba a la medianía y oscuridad de un segundo plano, esperando su momento. Con él, el otro México; el de Abajo que, aún vencido ya había hecho recapitulación de sus andanzas en los diez y pico años de Guerra Social.

1.3 ULTIMA REFLEXION ACERCA DE GUERRERO E ITURBIDE Y SOBRE LAS SOCIEDADES QUE REPRESENTABAN

Del sistema de sociedades políticas paralelas instaurado en el Virreinato, surgieron dos culturas que, para 1820, requerían replantear los términos de la convivencia política general. La evolución de la sociedad total y las transformaciones de los contextos nacionales e internacionales, habían hecho, por las causas que expuse con detalle antes, inválido el acuerdo político colonial. Por lo mismo, era necesario un nuevo acuerdo. La consecución del mismo no podía darse, sin embargo, en las condiciones que la Guerra de Independencia

(119) Cuevas, Mariano. OP. CIT. P. 472.

había dejado en 1819. Con la oligarquía o sociedad superior firmemente atada al absolutismo monárquico y la insurrección popular acorralada, aún cuando no exterminada, en el Sur de la Intendencia de México, el laberinto parecía haberse consumido en sí mismo.

La explosión liberal constitucionalista en España, abrió de nuevo el horizonte e hizo coincidir las aspiraciones de ambas sociedades en un punto: la Independencia. Los de Arriba la deseaban para librarse del liberalismo, los de Abajo para seguir luchando en un nuevo teatro de Guerra.

La transacción que siguió dejó a todos un sabor agri-dulce: "Los dividendos compartidos siempre dejan ceños adustos y expresiones agrias" nos recuerda Lemoine.

Sin embargo, en la perspectiva de la historia posterior, la facción que más provecho sacó fue la insurgente, en cuanto que de estar aislada y rodeada de fuerzas enemigas pasó a ser parte de un movimiento nacional, que le reconocía cargos y trayectoria política y militar. Dejó de ser perseguida y aún sus enemigos terminaron elogiándola, tratando de hacerse después, de algo de su valor político nacionalista. Por otra parte aplazó sin dejar cerrado el caso, el arreglo del expediente social que había sido la verdadera causa de las insurrecciones campesinas comandadas por Hidalgo y Morelos.

Los criollos oligárquicos, por su parte, lograron hacerse de una base real de poder que no tenían, estando como estaban separados del Pueblo y en alianza con una Corona que les traicionó al hacerse "moderada y constitucional". Podían, ahora sí, poner en juego sus recursos y riquezas en la discusión y jaloneo por la nueva organización social llamada México. La Transacción los bautizó mexicanos.

Las diferencias sociales y culturales que sin embargo había heredado a la nueva sociedad el largo período virreinal, permanecían inalterables, como bien nos lo expresa Leopoldo Zamora Plowes en su increíble novela "Quince Uñas y Casanova aventureros" (120). Los de Arriba seguían considerándose el estrato que merecía tener el privilegio social (después de todo para éso precisamente habían apoyado la antes tan vituperiada Independencia) y los de Abajo, seguían alimentando el mismo rencor que antes hacia sus explotadores.

Los caudillos encargados por el Destino de representar a ambas facciones son espejo fiel de las anteriores actitudes sociales.

Iturbide, según nos dice Cuevas, "allí mismo le hubie-

(120) Zamora Plowes, Leopoldo. "Quince Uñas y Casanova Aventu reros". Patria, Patria. México, 1984.

se deshecho la cara a aquél pobre caballerango a quien siempre trató el libertador de arriba abajo y hasta con cierta altanería" (121) refiriéndose a la supuesta recriminación de Guerrero al criollo, en sentido de su anterior crueldad contra los insurgentes durante el encuentro de Acatempam. Durante la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la Ciudad muy noble, muy leal e Imperial de México-Tenochtitlan, se dispuso que Guerrero entrara como segundo de Morán, jefe que había sido realista hasta una semana antes y quien en el desfile encabezó a las tropas que Guerrero había mandado en los años gloriosos de la resistencia guerrillera. Los negros, mulatos, que habían llegado con el caudillo suriano al Valle de México, fueron mandados de regreso sin que participaran en el desfile. El guerrillero cumplía cabalmente el papel secundario que él mismo anunciara y ofreciera en su carta a Moya el año anterior y que ya he comentado. Aún no era su hora, ni la de su gente.

Por su parte, es evidente que Guerrero no se engañó nunca acerca de las intenciones de clase de su contraparte. Antes de entrar en arreglos con él, se aseguró de hostigarle y matarle buen número de soldados para presionar sobre ciertas

(121) Cuevas, Mariano. OP. CIT. P. 462.

condiciones que le eran caras, como la Constitución que harían las Cortes Americanas. Estaba fíncando, durante su repliegue, las bases de su próxima embestida. Durante el resto de la campaña por la Consumación, Guerrero es sumiso y ni siquiera presiona para que los peninsulares que de última hora se adherían al triunfante movimiento de las Tres Garantías fueran excluidos del privilegio y el honor en los festejos y nuevos cargos. No aboga porque los antiguos insurgentes que salían ahora de la sombra, de la cárcel o del silencio que los pesados indultos les habían impuesto, sean admitidos ni aún como consejeros. Ese no era el plan. Una presión de más en aquella época y el poderío socioeconómico y militar de los criollos, aunado a la fuerza popular que él mismo había puesto en manos de Iturbide destruiría todo vestigio de las ideas liberadoras de la Revolución, que era lo único que por el momento conservó el caudillo con él.

La ola de efervescencia inundó las dos sociedades mexicanas y hacía imposible cualquier disidencia o nota que llamara a la "DESUNION". Podría interpretarse como una intenciona demoníaca casi, de revivir "... el desorden, el abandono

y otra multitud de vicios..." (122) que el movimiento de 1810 había provocado, según rezaba la misma proclama de Iguala. Aquéllos "dioses rojos" que menciona el historiador franquista estaban muertos, o al menos eso trataban de aparentar.

El verdadero nacimiento del Estado Mexicano, a los ojos de todas las teorías políticas se da en 1821, cuando, sin el peligro real de una derrota o reconquista, se establece como organización política independiente de "la Antigua España y de toda otra potencia" y plantea su estructura social de acuerdo con los principios de Iguala. Que dichos principios realmente no representaban el acuerdo social indispensable

(122) Chávez Orozco, Luis. OP. CIT. P. 132. Chávez, definitivamente contrario al iturbidismo, reproduce íntegramente las partes medulares de la proclama de Iguala sin quitar partes, como hacen algunos de sus apologistas. Es significativo que precisamente suelen omitir la parte que reproduzco y que representa con claridad la aversión del Libertador hacia la Revolución que encabezara Hidalgo. Para un ejemplo de éso, ver Peza, Juan de Dios. "Entrada del Ejército Trigarante a México", en "México, Nuestra Gran Herencia". Selecciones del Reader's Digest México, 1973.

para poder hablar de un Estado nacional ya bien conformado se vería después, cuando durante un siglo los dos Méxicos se debatirían en interminables revueltas, asonadas y pronunciamientos. Pero para "salir del paso" Iguala era un buen arreglo.

En cada uno de los dos Méxicos se manifestó el entusiasmo por dicho arreglo: las damas de la aristocrática México inventaron los "chiles en nogada" con los colores de las tres garantías. Los corridos populares cantaron:

"Pero en veintiuno, el Gobierno,
la Independencia nos dió
quedando los españoles
dueños de nuestra Nación.
Toda la tierra tomaron
y al indio nada quedó,
sin pensar que por ser dueño
durante once años peleó".

SEGUNDO CICLO: DE LA PROCLAMACION DEL IMPERIO
A LA REVOLUCION MEXICANA

2.1 SITUACION GENERAL DE LA NACION MEXICANA EN EL PERIODO.

El Período llamado del "México Independiente" ha sido motivo de debates desde el momento mismo en que comenzó. La discusión se centró desde entonces en la cuestión política. En la forma como el Estado debe organizarse, en el modo como el Gobierno de ése Estado debe actuar. Lo paradójico es que, a la vista de los resultados finales de la época, parece ser que no eran esos los puntos que debieron discutirse.

El siglo XIX mexicano, que empieza, en realidad, al firmarse los Tratados de Córdoba entre el último delegado real de Madrid, el Virrey-no-Virrey O'Donojú, y El Libertador Agustín de Iturbide, terminó con el Territorio mutilado en mas de un cincuenta por ciento, con una serie ominosa de invasiones e intervenciones extranjeras de las que sólo unas pocas pudieron ser resistidas aceptablemente, con un gobierno centralizado y dictatorial en manos del Ejército y con una Economía dependiente de las inversiones extranjeras y "el buen crédito nacional" ante el sistema financiero internacional. El ingreso de las clases mayoritarias se había mantenido a duras penas en los mismos niveles que al iniciarse el período y la concen-

tración de la riqueza era aún mayor en manos de un reducido número de habitantes, pese a la desaparición del poder económico eclesiástico.

Esa no era la República que moderaría la opulencia y la indigencia. Las diferencias entre sus ciudadanos eran muy distintas de la virtud y el pecado: lo eran la propiedad y la riqueza. El México del siglo XIX heredó de los próceres de la Revolución de Independencia sólo los nombres, que se grabarían en letras de oro en las placas conmemorativas, y... la inconformidad campesina permanente.

Un aspecto cotidianamente ignorado y desestimado por los analistas decimonónicos en nuestro país, fué la cuestión campesina. Pareciera que la sociedad política decidió desligarse de la realidad social para poder discutir "razonablemente", los grandes problemas de la organización del nuevo gobierno. Creyó arreglados los aspectos infames de la desigualdad con la declaratoria de "Unión Perpetua" de Iguala.

Pienso que el fondo de la inestabilidad crónica de la República en ésta época se debió a una falta de visión del conjunto de la sociedad que había alcanzado la Independencia en 1821. Creo que se puso acento en la parte menos importante del problema, la política. No es posible organizar un Estado en sistemas centrales o federados si previamente

no se ha alcanzado un mínimo consenso en las esferas sociales y económicas que hagan viable, siquiera, la Unidad territorial de dicho Estado.

Es significativo que las diversas Provincias, al momento de la caída del Primer Imperio, hayan planteado la discusión de su posible independencia y que las centroamericanas hayan separado su camino histórico del nuestro de manera definitiva. También debe decirnos algo el continuo brotar de rebeliones rurales y de movimientos rebeldes que, en el nombre de una u otra facción, de todas maneras eran sostenidos por campesinos armados. Por último, la aparente incongruencia y cinismo de tantos políticos y militares que en cada momento daban "chaquetazo" y se pasaban de uno a otro de los bandos políticos en pugna, puede también ser indicio de la poca base que en realidad tenía el discutir la Nación en términos de "centralismo", "federalismo", "República" e "Imperio", "Liberalismo" o "Conservadurismo".

El grande y grandioso estallido nacional con que culminó el período en 1910, es la muestra mas palpable de que las verdaderas inquietudes nacionales estaban en otra vertiente que en aquella en que se desarrollaron todos, o casi todos, los próceres patrios en ése siglo. En lo personal, no comparto la idea de que la Reforma signifique un parteaguas histórico de la calidad y significación que el maestro Reyes Heróles

ha planteado. Creo que fué sólo un momento en que, las contradicciones políticas que provocó el no arreglar el consenso social mexicano se agudizaron y llevaron a la Nación, en su conjunto, a una gigantesca movilización contra los invasores extranjeros (pues fué en la Guerra de Intervención, secuela y consecuencia necesaria de la Guerra de Tres Años, en la que el Pueblo se levantó realmente). La saga liberal no es pues, uno de los eslabones de la cadena de Revueltas y Revoluciones sociales que nuestro Pueblo ha realizado para establecer su modelo popular de Nación. La comprobación mas clara de ello, es el regreso inmediato al viejo orden social que significó la entrada de Juárez a México, y la lógica evolución del militarismo al fin de su régimen y durante el mandato de Lerdo de Tejada.

Creo que el Triunfo del Liberalismo representó la culminación del debate por lo político en el México decimonónico. Y creo también que ése debate, planteado fuera del análisis de la sociedad sobre la cual se pretendía construir la estructura Estatal, sólo podía tener como resultado la Dictadura. Que ésta haya sido conformada por la facción liberal, se debió, en mi opinión, sólo a que el pensamiento liberal tenía mayores posibilidades de enganar a las masas campesinas, que fueron las que le dieron el triunfo y a que, sus oponentes, los conservadores, fueron incapaces de allegarse a tantos campesinos como lo hicieron sus rivales. Por último, el recur-

so a la potencia extranjera, que hicieron los del partido de la Religión y los Fueros, sería sólo la puntilla con la que decidirían al Pueblo para apoyar al liberalismo, pues no comprendieron que, en la mentalidad popular, lo único que había sobrevivido de la heroica lucha de 1810, era la Independencia decretada por ése Pueblo causado de sufrir.

Por lo antes dicho, creo que el verdadero análisis sobre el desarrollo Estatal de México en aquéllos años, debe centrarse en las relaciones las dos sociedades políticas heredadas del Virreinato. Como dije al principio del trabajo, ésas dos organizaciones políticas paralelas que marcaron el régimen colonial mexicano, dieron origen a dos culturas nacionales. La Independencia, sólo de palabra declaró la Unión de todos los Mexicanos; al proclamarse la Igualdad entre los ciudadanos, la destrucción formal del sistema paralelo colonial no significó la desaparición de ambas sociedades como actores sociales. Eso sólo lo supusieron los políticos, que por supuesto, pertenecían al reducido círculo de la sociedad opulenta. La perplejidad ante los movimientos inesperados e ilógicos (de acuerdo a su lógica política) que se dieron en el país, demuestran que la Unión de los mexicanos era sólo palabrería, y que ambos Méxicos se enfrentaban de continuo, en los diversos escenarios que el territorio ofrecía.

Por éso, creo necesario analizar cuáles eran las

condiciones en que cada actor se encontró en aquél siglo, sea en lo social como en lo económico, para luego poder hacer un análisis de la lucha política que se sobrepuso sobre esa realidad socio-económica y cómo los diversos partidos se aprovecharon de ella, no para alcanzar un consenso nacional, sino para hacer triunfar a su facción y cómo esa actitud sólo podía llevarnos a la Dictadura, y a la víspera de la Revolución.

2.1.1 SITUACION SOCIAL: ENFRENTAMIENTO PERMANENTE DE LAS DOS SOCIEDADES.

Como había dicho, la Independencia fué consumada por el grupo social que la combatió mas duramente, en los días que los caudillos populares dirigían un ascenso de los campesinos y plantearon un Estado alternativo al virreinal, en el cual las diferencias sociales eran supereradas por la Emancipación de los de Abajo y la confiscación de los bienes excesivos de los de Arriba.

El contenido que daban los criollos independentistas de 1821 al término, del que se volvían fanáticos, era muy distinto de aquél de los campesinos que ocuparon Oaxaca y Orizaba antes de 1815. Implicaba separarse de una España en la cual, el impulso liberal había reestablecido una Constitución jacobina, la de Cádiz. Significaba separarse del peligro que amenazaba los privilegios de la Iglesia y de aquéllos que

medraban a su lado, en el sistema de compromiso Corona-criollos resultado de las reformas borbónicas.

Así, si para los partidarios de Hidalgo Independencia significaba lo mismo que "muera el mal gobierno"; si para los de Morelos implicaba separarse de España por haber sufrido explotación en sus manos; en el caso de los partidarios de Iguala (excepción hecha del reducido número de surianos) era "reestablecer" el poder conservador del gobierno. En las voces de los conspiradores privilegiados era separarse de una España "corrompida", "tan pervertida por un militarismo masónico y corruptor" (1).

Ahora bien, ¿es posible suponer que el Pueblo que en 1810 se había levantado por millares a defender las banderas de la insurgencia y había recibido como respuesta la metódica y brutal represión de Calleja, ahora aceptara delirante el nuevo Plan de Emancipación? Así nos lo plantean historiadores como Cuevas, quienes suponen que el segundo período de la Independencia tuvo mas eficacia porque contaba con la aprobación del Alto Clero, que ahora sí, "encontraba en la defensa de la Independencia... la defensa de la Religión" y que, el Pueblo todo, sin distinciones, apoyó el movimiento porque

(1) Cuevas, Mariano. OP. CIT. P. 458 y 458.

"pasaba en ésta época lo que no pasó en la primera: que la causa de los mexicanos se presentaba mas limpia y mas clara y la causa de España mas claramente injusta y reprobable".

Sin embargo, por "medio de la aceptación de la realidad misma de división social hacia adentro de la Iglesia, a nosotros nos es posible explicar las contradicciones criollas y eclesiásticas desde otra perspectiva. Nosotros sabemos que había, desde el inicio de la Colonia, dos corrientes en la formación de la Iglesia Mexicana y que sus fundamentos místicos eran del todo diferentes. Los unos, deseaban la construcción del Reino de Dios en la Tierra, y estaban mas que dispuestos a los sacrificios sociales y políticos que ello requería. Los otros, deseaban construir una nueva y rica jerarquía, que disfrutara, en igualdad con las clases opulentas, de la manifiestancia divina para con las tierras americanas. En palabras del moderno teólogo brasileño Boff, se trataba de una Iglesia basada en la concepción de las primeras comunidades cristianas, la una, que arraigó entre las clases mas desprotegidas. La otra, se refiere a una concepción jerárquica de la Iglesia, que se desentiende de los valores básicos de la Fé, y da preferencia a valores de organización política y de uso de poder hacia dentro de la organización eclesiástica. La primera, tiene una vida circunscrita a las comunidades en las que se nutre; la segunda, está insertada en el aparato gubernamental de expoliación, como su brazo "Divino".

En el primer caso, los ministros y religiosos ligados al Pueblo explotado, insurreccionaron los campos mexicanos en contra de la opresión. En el segundo, los prelados apoyaron la Independencia que implicaba defender su concepto de religión y religiosidad. Así, nos dice Chávez Orozco que, en las banderas iturbidistas, la Religión "insinuaba, de una manera muy clara, que uno de los objetivos de la lucha consistía precisamente en la perpetuación de los privilegios del clero" (2).

Y no solamente en el campo religioso se daban las diferencias. En cuanto a las propuestas concretas de cambios en la estructura de la producción y distribución de la riqueza, la Insurgencia previa a Iguala había propuesto una serie de medidas para el reparto de las grandes extensiones acaparadas en pocas manos (3). Después de Iguala, no hay siquiera referencia al problema. Sólo se aseguraba que las propiedades y personas serían respetadas, "de acuerdo al artículo 13 del mismo Plan".

(2) Chávez Orozco, Luis. OP. CIT. P. 132.

(3) Nunca ha quedado aclarado si el "Proyecto para la Confiscación de intereses europeos y americanos adictos al régimen español" fué, o nó, obra de Morelos, pero al decir de Quirarte (OP. CIT. P. 69), demuestra que entre los dirigentes del movimiento, el proyecto popular se había radicalizado gracias a la presión de las masas campesinas sublevadas.

Es importante también, identificar quiénes son los actores en cada una de las etapas. En la primera, la mayor parte de las tropas insurgentes provienen del campo indígena y de las castas. Su oficialidad está formada por los párrocos de las comunidades, que dejan la cruz y toman la espada, o por los viejos caciques indios que ven la oportunidad de abandonar el pacto feudal que los oprimía bajo la corona de España. En la segunda época, las castas, formaban las filas del ejército ayer realista y ahora "trigarante". Estas masas humanas habían sido, más que convencidas, compradas por el aparato represor y esa característica haría de éste, un ejército excesivamente veleidoso en una Patria casi sin recursos. La oficialidad, toda, proviene de las ciudades españolas, de las clases altas y privilegiadas. Son los mismos que se alistaron antes, en el virreinato de Cruillas, para obtener el prestigio social del uniforme y el mando de las tropas. Los religiosos aquí no son líderes, sino capellanes nombrados por el señor obispo y portadores de su augusta bendición.

Quedaría la pregunta de, en dónde quedaron los antiguos líderes de la primera Emancipación. ¿Dónde los curas del pueblo, dónde los aguerridos caciques? La primera respuesta nos la da el notable historiador eclesiástico, Cuevas: el bando de 25 de junio de 1812 declaraba que los sacerdotes insurgentes eran reos de la jurisdicción militar e impuso la pena de muerte a todos los que fungiesen de jefes o cabeci-

llas y a los oficiales de subteniente para arriba (4).

Hubo protestas por dicho decreto dentro del Cabildo Eclesiástico Metropolitano, debido a que se violaba el fuero religioso! Pero el Edicto permaneció, ante el silencio oficial de la Mitra. El resultado, en mi opinión, fué una masacre, conscientemente instrumentada, en contra de todo un sector de la Iglesia: el bajo clero popular. Es la única explicación para la posterior ausencia de caudillos religiosos durante más de un siglo en las luchas campesinas; así como para la gran crisis eclesiástica del siglo XIX y las casi permanentes ausencias de ministros en gran parte del país. Por último, sólo así se entiende que México sea uno de los países latinoamericanos donde la Teología de la Liberación moderna tenga proporcionalmente, ~~unos~~ representantes.

En cuanto a los caciques indígenas, ya comentamos la suerte que sufrieron Rosas y Santa Ana en Mexcala; y es probable que muchos de los pueblos insurrectos fueran despojados de sus cabildos y derechos, al aceptar el indulto y ser pacificados durante la declinación militar de la Insurgencia en casi todo el país. Al fin, la represión contra los organismos indios pudiera bien explicar el entusiasmo de los conservadores

(4) Cuevas, Mariano OP. CIT. P. 430-431. Cfr.

al declarar la Igualdad de todos los ciudadanos del Imperio y atacar febrilmente "los privilegios" y el "estado aparte" de las comunidades indígenas (5).

Así, suponer que la Guerra de Independencia implicó un proceso único, fue sólo una fachada ideológica; especialmente necesaria para los criollos realistas que abjuraron de última hora de su lealtad a la monarquía española (al menos a la Constitucional, pues invitaron sin tardanza a Fernando a regir el nuevo y conservador Imperio). Dicha fachada, sin embargo, permitió a los restos de la Insurgencia superar el desastre militar en que se encontraba y por lo mismo, la aceptó.

Esto último es importante, en el sentido de que demuestra que la transacción de Acatempan no podía, al menos por sí misma, provocar un nuevo equilibrio social que sustituyera al colonial y diera armazón a un Estado estable. De hecho, la Nación Mexicana no lograría esto sino hasta que la Rebelión de Agua Prieta se alió con el campesinado representado por el zapatismo, y éso fué prácticamente un siglo después de las conspiraciones de la Profesa y las cartas de Guerrero a Armijo y Moya.

(5) Chávez Orozco nos dice que los terratenientes atacaban el hecho de que, "con pretexto de su miseria (se haya) dispensado un amparo que cede en perjuicio de ellos mismos (los "indios"), de los labradores y de la agricultura". Aún los liberales, como Luis Mora, consideraron indebidos los privilegios de las comunidades. ¡Qué parecido guardan estas opiniones con los modernos ataques contra el "populismo demagógico"!

Un Estado Nacional requiere que su sociedad, globalmente concebida, haya alcanzado un mínimo consenso que le permita seguir trabajando en su propia reproducción y que deje que la evolución social continúe. Ello provocará siempre paz social, estabilidad política y la consiguiente prosperidad económica que permite un equilibrio aceptado voluntariamente, entre los diversos intereses económicos y sociales, de todas las clases y estratos que conforman al cuerpo social. Ni Iguala, ni alguno de los regímenes que siguieron, ni siquiera la República Restaurada, fueron capaces de dar a la Nación eso: precisamente porque estaba fuera de su esfera de intereses. Al no ser posible el equilibrio por el consenso, era necesaria la imposición del mismo por la fuerza, lo que en primera instancia, llevaba a todas las facciones a preferenciar el militarismo y la Dictadura, y en el corto plazo, a reprimir toda manifestación popular de disidencia.

Así, la tarea impuesta por el Virrey Calleja al ejército criollo colonial, de destrozar la emancipación, fué heredada por el ejército independiente. No sólo porque era, en realidad, el mismo ejército, sino porque su función social permanecía, toda vez que los intereses de la clase a la que servía, eran los mismos.

En un ambiente como éste, no es de extrañar la retirada del movimiento popular al nivel regional e inclusive, su desar-

ticulación en cada región, de acuerdo a los particulares problemas de cada etnia o grupo campesino. Ello fortalecería, aún mas, dos tendencias de la sociedad opulente ya esbozadas: primero, la preponderancia de la casta militar en ambas facciones políticas, liberal y conservadora, dado que inclusive un ejército tan desorganizado y mal armado como el del México Independiente era capaz de destruir a sus enemigos de casta, si éstos se mantenían divididos y aislados, faltos de toda coordinación. Segunda, la idea de que el verdadero problema era político y no social. Esto se debió a que las insurrecciones esporádicas y alejadas, en tiempo y espacio, las unas de las otras, daban la impresión de ser producto, no de un problema social generalizado como era la realidad, sino de la falta de educación, de la "barbarie" y atraso de los "indios" (6); por lo mismo, su solución se encontraba en un gobierno bien organizado, que fuera capaz de someterles al orden, dar seguridades a la producción y educarlos de manera que aprendieran a "hacer uso correcto" de sus libertades.

(6) Reina, Leticia. OP. CIT. P. 11-14.

Anota que el calificativo usual para los sublevados del campo era el de "indios", pese a que en muchas ocasiones los levantados no tuvieran una filiación étnica determinada. La prensa y los partes militares tendieron a hablar de "Guerras de Castas", aún en casos donde era evidente que no las había. Con todo, la actitud de la sociedad privilegiada queda retratada por dicha tendencia. Los "blancos civilizados" sólo entendían de guerra con el resto de la población, o sobre rendición incondicional de las "otras castas" a su modelo cultural.

Todo lo anterior no hizo mas que alejar la posibilidad de un equilibrio posible y viable para las diversas clases sociales que conformaban la sociedad mexicana.

2.1.1.a. La Sociedad Opulenta

Pese a la suposición de que los criollos tenían como una razón fundamental para abrazar la causa de la Independencia, el monopolio que de los altos puestos hacían los peninsulares, ello sólo era válido hasta la época de la insurrección de Hidalgo, dado que los acontecimientos posteriores, desde la gran movilización de éstos mismos criollos por el gobierno de Calleja, hasta las juntas de la Profesa, en las cuales participaron indistintamente ambas clases de hispanos, hicieron que los españoles de éste lado del océano compartieran, en una porción cada vez mas jugosa, los beneficios del viejo régimen; incluidos los puestos que fueran la manzana de la discordia en los primeros tiempos de la insurrección. Sólo así se explicaría, por otro lado, el hecho de que, durante el proceso que culminó con la entrada del Ejército trigarante en la capital, la administración pública no se viera desquiciada gravemente. Es sabido que muchos funcionarios españoles pidieron salir del país junto con los cuerpos expedicionarios que acordó evacuar O'Donojú, pero ello no afectó sensiblemente la administración. Después de ello, la influencia social de los criollos creció y nos explica la fuerza con que apoyaron la expulsión

de los peninsulares que quedaron, en los últimos años de la primera década de la era Independiente. Entonces, decidían deshacerse de los restos de su antigua competencia. Es indudable que éste proceso de sustitución burocrática aumentó la influencia social de la clase de los criollos, hasta hacerla hegemónica en el México de Arriba. De ella, nacería, poco a poco, un concepto especial de nacionalismo y una visión muy particular de la vida nacional. Para el criollo, ya dueño del poder en la colonia recién emancipada, el mundo parecía estar viviendo el momento feliz del nacimiento de una gran potencia. Todos los esfuerzos de la nueva oligarquía se centrarían en administrar la abundancia que acababan de recibir en heredad. Probablemente ello se debió a que la victoria política que acababan de obtener contra los peninsulares y su control político les hacía suponer, simplistamente, que ahora sólo pasarían a regular el funcionamiento de una sociedad ya organizada por otros. Es por ello importante establecer que, pese a su nacionalismo, este grupo se sentía heredero del orden social previo y por lo mismo, suponía que lo único necesario era ajustar el régimen político. Cuando con el tiempo, la sociedad dominante se subdividió en los partidos liberal y conservador, sólo los últimos reivindicaron el pasado colonial, pero los primeros, a su modo, también lo reconocían como origen: al negarlo radicalmente. Lo que ni unos ni otros alcanzaron a comprender, era que en cualquier caso, no podía "defenderse" (como querían decir los conservadores), ni podía "eliminarse" (los

liberales) lo que de cualquier manera ya no existía: el orden virreinal. Este consistía en el equilibrio de dos grandes esferas de intereses sociales, unos privilegiados y otros concedidos en nombre de la estabilidad, por un monarca que era ajeno a ambas y que por lo mismo, gozaba de la confianza de todos. Desde mediados del siglo anterior el sistema se había desgastado y la explosión nacional de 1810 demostraba su impracticabilidad claramente. Que la reacción lograra derrotar en el campo de batalla a la Insurgencia, no significó el reestablecimiento del equilibrio sino antes bien, su definitiva destrucción. La expulsión de los últimos peninsulares en 1827-28 no significó, como suponía el partido popular de Guerrero, una reivindicación de los de Abajo, sino mucho más, la consolidación de los de Arriba. En esas condiciones ya no había equilibrio posible. Los conservadores tratarían de remediar la inestabilidad trayendo un monarca extranjero (ajeno, pues), los liberales terminaron por construir la leyenda militar de un caudillo-presidente de la República. Sólo éso podía reestablecer cierto balance. Los criollos nunca podrían gobernar solos la República.

2.1.1.b. La sociedad Oprimida.

La posición de la sociedad oprimida en el México Independiente está en relación directa con el continuo fortalecimiento de la sociedad criolla. Ya dije cómo las reformas

borbónicas tendieron a conceder mas fuerza a ésta a costa de los privilegios y derechos de las comunidades indígenas; cómo la Guerra de Independencia significó el exterminio de los líderes intelectuales de ésa sociedad; y cómo la Iglesia se encargó de que no resurgieran otros nuevos. De ésa manera, el México Independiente no tuvo mayores problemas en decretar la desaparición de prácticamente todas las instituciones coloniales, que delimitaban la esfera de existencia de ésa sociedad paralela. Las razones esgrimidas por los nuevos amos fueron filosóficas: se había decretado la Igualdad y se reestablecían, para beneficio de los hombres, sus derechos naturales. Se consideró que los beneficios concedidos a las comunidades indígenas, eran indebidos, en cuanto que rompían el equilibrio entre los ciudadanos; porque evitaban que una extensión considerable de tierra entrara en la naciente circulación capitalista; porque la fuerza de trabajo indígena no estaba libre para venderse en el mercado de trabajo; y porque en última instancia, sus privilegios mantenían a ésa población marginada de los beneficios de la civilización europea. Esto era un reconocimiento, indirecto, a la labor de los religiosos que habían convertido a los indígenas sin cambiar su pasado cultural por el de Occidente. Los criollos del siglo XIX pelearon por integrar al nativo a su cultura. Muchos han dicho que el momento en que empezó la gran ofensiva contra la identidad cultural indígena, fué la consumación de la

Independencia (7).

Sin embargo no debe subestimarse la reorganización popular nacida de Iguala. En ése momento, aquéllos que habían sido perseguidos, reprimidos, masacrados y privados de sus jefes y guías resultaban, por la magia de la componenda, los triunfadores de la jugada política final. Aunque se les relegara de los desfiles y actos oficiales (como le pasó aún a su general, Guerrero), era muy distinto ser parte del Ejército-Trigarante, aún como milicia irregular, que actuar en la clandestinidad y a salto de mata. EL mayor empuje de éste nuevo aliento, fué durante la segunda elección presidencial bajo la Constitución Federal de 1824. En aquélla ocasión, varios criollos aún creían viable el usar a las masas campesinas, o a los marginados urbanos, como militantes de un partido y no sólo como carne de cañón en sus campañas militares; de hecho, aún estaba lejos el tiempo de las asonadas militares recurrentes. El partido yorquino se prestó entonces para dirigir un movimiento popular. Ello implica que, en un principio, algunos de los viejos insurgentes y otros liberales mas moderados, consideraban posible plantear el juego político a nivel global, es decir, abarcando al total de la población del antiguo Virreinato (8). Los resultados fueron, sin embargo, los que

(7) Flores, Luis. Clase de Nawatl I en el E.N.A.H. Curso 1987-1988.

(8) Lorenzo de Zavala así lo creía en 1827-1828, cuando organizó el Motín de la Acordada en la Ciudad de México. Años después consideraría su actuar como irreflexivo. Ver Lira, Andrés. *Espejo de Discordias* P. 13 y sigs.

un estadista mas centrado en la realidad, hubiera esperado: motines incontrolables. No podía esperarse otra cosa de un Pueblo que a duras penas, había entendido la conveniencia de una transacción como la de Iguala y que, a la vista de una simple oportunidad de revancha, saldó, o trató de saldar, todas las cuentas pendientes.

El Motín de la Acordada y el saqueo del Parlián, en noviembre -- de 1828, demostraron a los criollos el peligro que representaba jugar con todos los sectores de la sociedad. A partir de entonces, distintos intelectuales empezaron a justificar la necesidad del voto restringido, por razones de educación e ingresos, así como a deplorar la calidad moral del Pueblo y a sugerir la inmediata necesidad de colonizar la patria con extranjeros "útiles". Mas importante, sin embargo, fué la sublevación simultánea de Juan Alvarez, en Acapulco, contra la elección de Gómez Pedraza y que apoyaba el movimiento en la Ciudad de México. Ella marca el inicio de la política de manipulación infame de la fuerza de los campesinos oprimidos en beneficio de caciques regionales, que se alían a su vez a fuerzas políticas urbanas con prestigio nacional (9).

El resultado de dicho movimiento en apoyo de la candidatura de Vicente Guerrero fué variado. En cuanto a la socie-

(9) Reina, Leticia, OP. CIT. P. 17.

dad opulenta, el intento determinó la desaparición definitiva del partido precisamente llamado "popular" y el cambio de muchos de sus miembros a posiciones más moderadas, e inclusive, conservadoras (10). No habría más intentos serios de hacer de la causa de los de Abajo, bandera para los partidos políticos, que estarían formados en realidad, sólo por miembros de la élite mexicana (11).

En cuanto a los de Abajo, los motines significaron un fracaso político que les condenó a los extremos de la represión y de la manipulación. Respecto a esta última, cabe destacar que aparecen ahora, un nuevo tipo de actores sociales en sustitución de los antiguos caciques indígenas, que de una manera u otra, tenían causa común con sus pueblos. Estos son un nuevo tipo de cacique, no necesariamente indígena, ni mucho menos perteneciente al pueblo donde ejerce su poder; es decir, fueron advenedizos en el tradicional sistema de tenencia de la tierra. Normalmente eran militares que, "por diversas vías, se habían convertido en terratenientes de su lugar de origen y que, en tanto militares, participaban en la vida política del país, dándoles ésto más poder que otros terratenientes de la misma región" (12).

(10) Lira, Andrés. Espejo... OP. CIT. P. 13 y sigs.

(11) Vázquez, Josefina Z. "La República Federal". Historia de México. T VII. P. 33 y sigs.

(12) Reina, Leticia. OP. CIT. P. 17

Podemos concluir que por los diversos factores hasta aquí apuntados, la sociedad mexicana oprimida retrocedió en el proceso de organización y conscientización que se había iniciado trescientos años antes. De haber terminado un proceso de indentificación de su enemigo de clase, el Pueblo retrocedió a la etapa de rebeliones regionales. Esto es explicable, porque su enemigo de pronto desapareció, toda vez que se encontraba en una potencia extranjera cuya presencia en México, no fué discutida, al final, en términos de Justicia-Injusticia, sino de Independencia-Dependencia; debido principalmente, a la derrota del proyecto que aglutinaba ambas contradicciones y, a que los intereses de la clase opulenta, la llevaron a optar también por la Independencia, iniciando la serie de mascaradas y gestikulaciones que, desde entonces, sustituyen la realidad política por ficciones. La confusión que generó ello y la ausencia de intérpretes que descifraran la realidad para el Pueblo, provocaron el desdibujamiento del enemigo, y con ello, impidieron la necesaria aglutinación de fuerzas. El campesinado quedaba así, en manos de demagogos que le ofrecieran justicia "para-después-de" que su facción hubiera impuesto su propio sistema político de gobierno.

Una Revolución no sólo requiere de un ascenso de las masas, un grupo dirigente o avanzada de la clase baja, y de la debilidad de sus opresores; antes que ello, necesita que los oprimidos y los opresores estén bien definidos, que

cada uno sepa cuál es el rol que tiene asignado en el statu quo y que los oprimidos estén dispuestos a terminar con ésa situación. En ése sentido, la Revolución permanente de nuestro pueblo, tuvo un período de crisis durante casi todo el resto del siglo XIX, a partir de la derrota de Morelos, pues las masas campesinas habían perdido su sentido de clase a nivel nacional y lo peor de todo, perdieron a su enemigo cuando los que se suponían serlo, resultaron ser sus "libertadores". La confusión, la verdadera gran confusión, de la etapa de al "anarquía" mexicana fué precisamente ésta.

Cuando en el proceso que llevaba a la dictadura, la élite educada y terrateniente de México dirimió sus luchas de facciones y logró erigir un poder militar lo suficientemente poderoso, para reprimir cualquier movimiento (fuera de Arriba o de Abajo) y reestablecer, por la fuerza de las armas, el consenso nacional (que por lo mismo no era sino un espectro de consenso). entonces y sólo entonces, el campesinado recuperó su visión nacional de los problemas patrios.

2.1.1.c. Conclusión.

En 1822, los criollos estaban prácticamente en el punto mas alto de su poder y confianza propia. La decisión de Madrid, en el sentido de desconocer los Tratados de Córdoba, les había liberado de las últimas obligaciones formales para con su metrópoli y les abría el paso al disfrute, sin freno,

de todos los privilegios en su "heredad". Pero, desde entonces, se manifestó una tendencia clara entre ésta nueva clase dirigente, originada de su anterior estado de dependencia. Eran personas y organizaciones que habían formado su carácter y su visión del mundo, dentro del marco de sumisión, al menos formal, a los dictados de un poder extranjero. Ese poder extranjero, pese a la decadencia española del último siglo y medio, era de una apariencia impresionante. Recordemos que la pompa, el aparato y aún los itinerarios de entrada y salida de los Virreyes, tenían por razón dar a la población, en general, la impresión de que la voluntad del Soberano estaba verdaderamente personificada en su delegado político. Los criollos y su sociedad, no pudieron ser ajenos a ésta "educación política". Creo que de ella conservaron, como era de esperarse, la imagen de omnipotencia que tenía el encargado del poder ejecutivo en la colonia. También introyectaron la sensación de que toda legitimidad debía provenir de la Metrópoli, tanto, que los términos de la Independencia que aceptaron apoyar, eran precisamente aquéllos que, de alguna manera, legitimaban el paso como una vía de escape para el monarca español, acorralado por sus enemigos liberales. Sin embargo, en el momento en que las Cortes de ése soberano se rehusaron a aceptar la Independencia, ellos no sólo quedaron en la orfandad política y social, sino en la necesidad de crear un nuevo símbolo de poder absoluto, que sustituyera al monarca español y les proporcionare la sensación de estabilidad, seguridad y "paz social" que

sus negocios e intereses requerían y que para ellos, constituye, aún hoy, la esencia de la "legitimidad". El ascenso del primer emperador mexicano y la algarabía que produjo en la sociedad opulenta criolla, se explican en éste sentido. De la misma manera, se explicará su continuo anhelo por "el hombre fuerte", por "el hombre necesario", del que habla Benítez.

Al fin, se nos explica también, el por qué los criollos empezaron buscar, apenas fracasó su primer imperio propio, una nueva metrópoli, fuera en Francia o luego, en los Estados Unidos. Al ver el fracaso de la nueva Nación para darse una forma política estable, no serían capaces de analizar las causas sociales de la anarquía, pues ello implicaría un reconocimiento de su propia responsabilidad en el caso. Buscarían el equilibrio, de nuevo, en el exterior, en un poder metropolitano, colonial o neocolonial, que mantuviera para ellos, de manera indirecta, la estabilidad que no podían lograr, por ser incapaces de establecer un consenso con el otro México. De ésa manera, perfilaron una característica que les ha sido propia como clase y como cultura en la sociedad mexicana, hasta nuestros días: un proyecto histórico de Nación dependiente del extranjero. Más específicamente, de los centros hegemónicos mundiales, en los cuales pretenden encontrar "el vértice de la estabilidad", perdido con la Independencia.

Lo curioso es que es precisamente esa parte del actuar político y social de los de Arriba, la que mas comúnmente entra en conflicto con el proyecto histórico de los de Abajo. De hecho, el único legado concreto que quedó a la sociedad oprimida del proceso Insurgente, fué precisamente "LA INDEPENDENCIA DE TODA OTRA POTENCIA". Esa idea, fué el aglutinador de la sociedad mexicana como conjunto a lo largo del siglo XIX. Mas allá de la desmovilización, de la falta de líderes e intérpretes capacitados, los de Abajo contaban con una idea clara de lo que deseaban para el futuro: una Patria Libre. Obviamente, cuando los criollos iniciaron su búsqueda de nuevas metrópolis para ofrecerles la Nación, entraron en conflicto con sus contrapartes sociales. Ello sólo se hizo evidente a primera vista, cuando una parte de la sociedad opresora decidió jugarse el todo por el todo, e invitó a un monarca y un ejército extranjeros para imponer sus intereses a sus oponentes criollos liberales. La Intervención Francesa fué un momento de unión nacionalista, porque los liberales fueron capaces de allegarse a la idea popular de Independencia. Por ello recibieron apoyo. Cuando el liberalismo triunfante afrancesó la administración en 1867 y cuando su consecuencia militar, el porfirismo, encumbró a la inversión extranjera como motor del Progreso Nacional, entonces, toda posibilidad de alianza se esfumó. Por lo mismo, la Revolución campesina de 1910 fué eminentemente nacionalista.

Quedaría una última cosa que decir acerca de las sociedades que hicieron México en el siglo pasado. El aprendizaje social se lleva a cabo por medio de mecanismos muy distintos del académico. Su ritmo y su velocidad, son también diferentes. Dependen, esencialmente, de la experiencia anterior y de las condiciones en que las nuevas lecciones históricas se presentan al Pueblo. Es decir, para que un movimiento popular pueda aprovechar las nuevas experiencias que la dinámica lucha social le ofrece, se requiere que previamente haya recibido otras experiencias que le permitan interpretar las nuevas en orden a aumentar su consciencia. Pero es también necesario que el momento en que se presenten los nuevos acontecimientos, coincida con condiciones fértiles a la recepción. Es decir, que el pueblo tenga oportunidad real de recibir los nuevos datos, que no se halle en mitad de represiones o desmovilización. Que no esté dividido. Durante la Revolución mexicana de 1910, el Pueblo logró recuperar las experiencias previas y entender el momento en que vivía, para lanzarse a la guerra social y destruir el Estado burgués de los científicos y militares porfiristas, porque los treinta años de dictadura le permitieron prepararse y reorganizarse, así como identificarse como clase nacional y reconocer a sus enemigos.

Aunque en 1847 y 1848, durante la Intervención norteamericana, el campesinado ya había identificado la causa de la Revolución agraria con la de la Independencia (gritaron "¡De-

fendamos la Patria defendiendo nuestra Tierra!" (13)), lo hizo aisladamente, en movimientos regionales, que eran los únicos viables en medio de la anarquía y la represión. De ésa manera, cuando los criollos, conservadores y liberales por igual, se decidieron a firmar los Tratados de rendición, paz y entrega de Territorio con los Estados Unidos, lo hicieron en la idea de evitar la generalización de una muy posible revuelta campesina nacionalista que, si bien podría expulsar a los invasores, terminaría eliminándolos también a ellos. Los campesinos no fueron capaces de comprender ése movimiento político de sus opresores. De hecho, tal vez sólo unos cuantos lo racionalizaron entonces. Melchor Ocampo abogó por la entrega de armas a los "indios" para hacer una interminable guerrilla antiyanqui y fué desoído por el Congreso de Querétaro (14).

(13) IBIDEM.

(14) García Cantú, Gastón. "Las Invasiones Norteamericanas en México". Número 57 de la Segunda Serie de "Lecturas Mexicanas", S.E.P.-F.R.A., México, 1986. P. 76 y 77. Melchor Ocampo, Gobernador de Michoacán, apoyado en el dictámen del General Anaya sobre la imposibilidad de mantener una guerra convencional, proponía abandonar las ciudades y la imitación "de nuestros padres (Hidalgo y Morelos) en su gloriosa lucha". Un diputado "puro", García Vargas, reconocería que se rechazó a Ocampo para "proteger intereses ruines ... de ciertas clases, para quienes la paz con ... Washington es.... tabla de salvamento ... (para que)... continúen los abusos de que viven, ". La Traición señala al Congreso de Querétaro.

Guillermo Prieto, describiendo la resistencia popular de la Ciudad de México, notó la indiferencia de los ricos, que preparaban fiestas para los oficiales invasores, y reflexionó que algo "se rompía" entonces en el seno de la Nación. Sin embargo, el Pueblo fué incapaz de introyectar la traición a la Soberanía y la Independencia que entonces hacían los de Arriba. Las revueltas antiyanquis desaparecieron reprimidas por el mismo ejército mexicano y nada más sucedió.

Durante la Intervención Francesa, el Ejército Invasor y sus comparsas conservadoras avanzaron incontenibles, hasta que los republicanos liberales aceptaron apoyarse en la lucha guerrillera de los muchos pueblos campesinos que, espontáneamente, pelearon contra el extranjero y los conservadores, que de nuevo, rompían sus promesas de solución a la cuestión agraria. El resultado de esa simbiosis, fué la viabilidad del Estado Liberal Mexicano.

Sin embargo, se necesitaron aún tres décadas más para que esa victoria nacionalista de los oprimidos se enlazara, en el pensamiento social de éstos, con la necesidad de la Revolución Agraria Radical.

2.1.2. SITUACION ECONOMICA: LA ILUSION DE HUMBOLT Y LA LLEGADA DEL IMPERIALISMO NORATLANTICO.

El primer punto a establecer en el siglo del México Independiente es: si su economía en realidad fué heredada de aquéllas condiciones de bonanza que explicamos respecto de la era borbónica de Nueva España. Al menos éso es lo que los criollos de la mas acomodada clase suponían. Y de hecho, su visión se contagi6 por obra del entusiasmo nacionalista a otros sectores de la sociedad.

Sin embargo, las expectativas no tenían ningún fundamento real. Al contrario, el período borb6n, en México, terminó con una serie de medidas que deterioraron paulatinamente el aparato económico en perjuicio de la misma Corona Española. En 1804, el monarca decret6 la enajenación de capitales para Obras Pías, que en México, a través del Juzgado de Capellanías, constituían el único centro financiero del país. El dinero con que contaba la institución (unos 12 millones de pesos fuertes, según Josefina Z. Vázquez (15)), no sali6 del país en un sólo envío, sino que se fué redimiendo paulatinamente, lo que de todas maneras caus6 la reducción del crédito novohispano y la consecuente en las actividades económicas. Sin

(15) Vázquez, Josefina Z. "La Economía". Historia de México. T. VII. P. 199 y siguientes. Salvat, México, 1974.

embargo, como el proceso fué mas bien largo y durante él otras fuerzas aparecieron gracias a la Revolución, poca importancia se le dió en aquélla época. Pero lo cierto fué que el producto nacional empezó a decrecer desde entonces y que la economía ya no se reprodujo en los mismos índices que antes. La guerra de Independencia detuvo aún mas el proceso económico, ya fuera por la destrucción de las fuentes de riqueza, por el sabotaje a los centros de almacenamiento y procesamiento de tabaco, azúcar o cochinilla, o por la muerte y desplazamiento de trabajadores.

La inseguridad, que se alargó hasta la consumación de la Independencia por obra de la resistencia de Guerrero, impidió que otras personas e instituciones sustituyeran al, ya desaparecido, Juzgado de Capellanías en la función de intermediario monetario. No valía la pena correr riesgos en una situación de incertidumbre social. La planta productiva permanecería por lo mismo, estancada.

Ahora bien, España misma había sido definitivamente desplazada del mercado atlántico al final de las guerras napoleónicas. Serían Inglaterra y los Estados Unidos quienes sustituyeran su presencia comercial en las costas americanas. Pero dicha sustitución no pudo ser inmediata. Inglaterra era aliada de España y en tanto ello, no era posible emprender una invasión comercial descarada en las posesiones y ex-pose-

siones hispanas del Nuevo Mundo. Por lo mismo, podemos suponer una reducción mayor en los tratos comerciales del Virreinato en su último lustro de existencia, dada la incapacidad de la flota española y la dificultad de la inglesa o norteamericana para sustituírla. Por lo mismo, el único beneficiado de ello, sería el contrabando, y sabemos que este sector de la economía novohispana podía contribuir al sostenimiento de la economía nacional, pero al mismo tiempo, implicaba poderosas pérdidas para el gobierno y el financiamiento oficial. Los gastos de guerra y contribuciones que la "Madre Patria" impuso a su mejor colonia, por otra parte, exprimieron aún mas las, ya de por sí, exiguas arcas gubernamentales y restringieron aún mas el crédito. Ello nos lo asegura el mismo Calleja, al decir que el milagro de la contrarrevolución criolla es que ésta clase hubiera preferido defender a España y no a su propia Nación, cuando los beneficios económicos del Statu Quo eran sólo para la primera.

Sabemos que para aquélla "milagrosa" actitud había una explicación de casta. Pero dicha postura fué perjudicial en el largo plazo, aún para sus sostenedores mas firmes.

Cuando se consumó la independendencia, en 1821, todos los miembros de la clase opulenta supusieron que las cosas volverían de inmediato a la normalidad, en tanto que el nuevo gobierno había logrado la estabilidad al afirmar la Unión.

con todos los mexicanos, sin distinción de raza o etnia y porque, el supuesto reconocimiento de España al movimiento, les mantendría el mínimo contacto extranjero que un país exportador de materias primas necesita para sobrevivir. En fin, la independencia acarrea por consecuencia, que las trabas a la apertura comercial que representaba la alianza reciente de Inglaterra y España contra Napoleón podían superarse, toda vez que el nuevo Estado era independiente y su autonomía sería reconocida por su antigua metrópoli. Inglaterra proveería a México del transporte, artículos y compradores que España no podía ofrecerle.

Con esta perspectiva, es fácil entender el tamaño del desastre que representó para el Imperio la decisión colonialista de las Cortes Españolas. México quedaba aislado, y sus productos sólo podrían salir al extranjero por vía de contrabando, implicando lo mismo una considerable merma en los ingresos de un gobierno cuyos gastos aumentaron considerablemente, al integrar mas y mas facciones y regimientos en un Ejército Nacional, que debía representar materialmente la Unión de la Patria y su defensa efectiva contra las declaradas intenciones intervencionistas de España y probablemente, de toda la Santa Alianza Europea.

La inseguridad, por su parte, no desapareció. Antes bien, se recrudecería a niveles nacionales, dado que las venta-

jas, aún disminuídas, que representaba la colonia, se veían ahora destruídas sin remedio y su supuesta compensación desaparecía. Los únicos beneficiarios del caos financiero que envolvió el país, fueron los agiotistas privados, nacionales la mayoría, y algunos extranjeros.

Por otro lado, otro de los aspectos del sistema económico novohispano se rompió con la sucesión del Virreinato al nuevo Estado independiente: el asunto del Regio Patronato de la Iglesia. El 19 de octubre de 1821 la Regencia giró al Arzobispo Fonte un mensaje, preguntando a "Su Ilustrísima", su posición respecto al punto. Se trataba de saber si la concesión hecha por el Papa a los Reyes de Castilla y León, era válida para el nuevo Estado. La respuesta fué negativa. El Cabildo Eclesiástico y la Junta Eclesiástica de Censura decidieron que había cesado el derecho y que la jerarquía recuperaba por "derecho devolutivo", todas las facultades que tenía el Rey respecto de ella. Para el nuevo gobierno, ello significó el no poder disponer de importantes sumas que eran parte de los ingresos Estatales en el viejo régimen. De hecho, y sólo tras largas negociaciones, el clero aceptaría pagar al gobierno la novena parte de los diezmos que pertenecían antes a la Corona (16).

(16) IBIDEM. P. 203.

Si a todo lo anterior se suma la mentalidad disipada y rentista con que los nuevos señores se avocaron a la solución de tan terribles problemas, es lógico explicar el desastre económico que sobrevino sobre el país durante todo el siglo y que dió pié a la profundización de la dependencia respecto del extranjero.

Los criollos debían demostrar a su pueblo los beneficios del nuevo gobierno independiente y por lo mismo, se decidieron a poner en práctica decretos y promesas que, en los tiempos de los primeros insurgentes, la sociedad opulenta había reprobado, en tanto que ponían en peligro las finanzas nacionales. Se instrumentalizó la abolición del tributo al indio y se le sustituyó por una capitación, que sería tanto mas gravosa, como la economía nacional empeorara, sin que, en realidad, se lograra recaudar lo suficiente, debido a las revueltas y a la mala administración.

En cuanto a otras contribuciones, resultó que el nuevo Estado debía también demostrar su generosidad con todas las clases sociales y no sólo las desprotegidas, por lo que se tendió a reducir los impuestos de los hacendados y de los poderosos mineros. El Estado renunció así, de motu proprio, a una serie de ingresos en el nombre de componendas políticas, las mas de las veces, circunstanciales.

Ante tal escasez de recursos, sólo quedaba el extranjero como salida para obtener "recursos frescos" con los cuales "activar la economía nacional". Se recurrió a él en las dos formas hoy ya tradicionales: primero por la contratación de empréstitos en instituciones financieras extranjeras; y por el fomento de la entrada de capitales foráneos para sustituir a los españoles huídos de la Independencia o los criollos desaparecidos en la inestabilidad. Deuda e Inversión Extranjera.

Los ingleses invirtieron alrededor de doce millones en el país durante el primer período independiente, pero ése capital no alcanzaba, ni aún ayudado por los préstamos directos que siguieron, a cubrir las necesidades de inversión de la Nación. Es más, la falta de constancia en las inversiones mencionadas y los gastos militares, impidieron que diera fruto lo poco que se lograba reunir.

Por último, el gobierno nacional fué incapaz de reorganizar un sistema de crédito en sustitución del ya de por sí primitivo que desapareció con la colonia. Sólo don Lucas Alamán, con su Banco de Avío, trató de hacer algo al respecto.

Así, como primera conclusión, podría determinarse que la Independencia coincidió con un proceso de deterioro del sistema económico novohispano, que significó constantes

pérdidas para el gobierno y la sociedad en general por la exacción continua de grandes recursos líquidos que luego escasearon en el mercado de dinero nacional. La independenciamplemente representó la culminación de dicho empobrecimiento del país, en cuanto que las promesas sociales hechas a las dos sociedades se cumplieron de manera populista; reduciendo los ingresos de un gobierno, ya de entrada, escaso de ellos. Los perjuicios, evidentemente, serían para el mismo pueblo al que se suponía beneficiar y alcanzaron en diversa intensidad, a todas las clases sociales. Si Nueva España contaba con unos 60 millones de pesos en 1800, para la primera década independiente estaban reducidos a una cuarta parte, según el Dr. Mora (17). Ninguna de las medidas de cualquier gobierno hubiera sido capaz de mejorar sustancialmente esa realidad, pero la estrechez de miras de los criollos sí pudo empeorarla.

En la primera parte de éste estudio había señalado que la etapa borbónica perfiló ya una relación de dependencia económica de México respecto de las metrópolis europeas. El proceso se acentuó, tanto por las requisiciones hechas por Madrid en las primeras décadas del siglo, como por la Guerra Insurgente en el país, que hacía cada vez más difícil manejar el país, obligando al gobierno a pedir préstamos al agio privado.

(17) Mora, Luis. Citado por Vázquez, Josefina. OP. CIT. P. 200.

Es más, para el día de la Consumación de la Independencia, el Imperio hubo de reconocer 40 millones de pesos como deuda pública que heredaría del antiguo régimen. A mas de que ello es una clara prueba del carácter reaccionario de la independencia de 1821, tal reconocimiento inició una serie de costumbres ya seculares del gobierno mexicano, como la de pagar intereses de deudas internas y externas en perjuicio del desarrollo nacional. La debilidad de un gobierno obligado a pagar en malas circunstancias deriva normalmente en peligrosas concesiones a dos tipos de merodeadores: los oligarcas nacionales y el imperialismo en el exterior. Ante ambos claudicarían casi todos los gobiernos del siglo XIX mexicano.

Por su parte, el mundo iniciaba una nueva etapa de expansión de la hegemonía occidental. Arreglados los problemas que la crisis revolucionaria en Francia había provocado, los europeos se dedicaron a ampliar sus dominios coloniales impulsados por una nueva fuerza: el Capital. En ésta gran empresa se vieron reforzados por un nuevo actor internacional, los Estados Unidos de América, quienes, pese a su pertenencia geográfica al Nuevo Mundo, con razón son considerados parte del Mundo Noratlántico (18).

(18) Margadant, Guillermo F. "Panorama de la Historia Universal del Derecho". Miguel Angel Porrúa, México, 1988.

La expansión capitalista del siglo XIX implicaba un recrudescimiento de las condiciones de dependencia determinadas por la modernización colonial borbónica del siglo XVIII. Los nuevos poderes noratlánticos no hicieron más que sustituir a la vieja metrópoli en su relación con las nuevas Repúblicas americanas.

En cuanto que la economía se volvió el factor principal de la política internacional y que los principios de la libertad proclamados por los revolucionarios franceses eran el marco teórico de todos los Estados metropolitanos, las invasiones militares no fueron el medio idóneo para hacerse de los privilegios que un día fueron de España. La necesidad económica de las nuevas Naciones lasataba irremediamente a los nuevos colosos internacionales.

Ahora bien, los productos y materias primas de América Latina, eran igualmente valiosos entonces que antes, pero se les requería en mayores cantidades, por lo que para satisfacer las exigencias de sus socios, el productor debía eficientar aún más la producción. En términos generales, esta realidad determinó que las relaciones económicas hacia el interior de México, siguieran el mismo camino de los últimos años del virreinato. Es decir, se continuó beneficiando al sector social que tenía posibilidades de invertir en la producción y que era evidentemente el privilegiado. Ello implicó un agravamien-

to de las condiciones de las mayorías, cuyos medios legales de protección habían desaparecido en la euforia de la Independencia. Cuando la explotación había provocado el estallido social, se supuso que la guerra social lograría reequilibrar la balanza socioeconómica mexicana, pero, no fué así. Sin embargo, se habían perdido las instancias monárquicas que, en nombre de las Leyes de Indias, les concedía el Estado Español a los de Abajo. La Independencia de transacción no restituyó al Pueblo ésas instancias, en tanto para los criollos liberales representaban un vestigio feudal al que habría de combatir, de manera que al fin del proceso, el campesinado se encontraba sin la victoria militar y sin las armas políticas que había abandonado antes. La debilidad real de la sociedad oprimida sólo entusiasmó mas a aquéllos que vieron en ella una oportunidad para ampliar sus negocios y mejorar los rendimientos de sus inversiones, por lo que se siguieron, acelerados, los procesos de concentración de tierras y capitales, esenciales para una explotación extensiva de los recursos para exportación. Este mecanismo culminaría hasta el siglo XX, cuando se diferenciaron nítidamente los sectores de exportación y consumo nacional de un agro dominado absolutamente por una nueva Hacienda.

La Hacienda Mexicana del siglo XIX es pues, una institución en transición. Se trataba de adecuar los factores de la producción y su organización a las necesidades de un

nuevo mercado internacional. Para ello, la acumulación de riquezas debía continuar, al menos, al ritmo de la última etapa colonial. El objetivo final era lo único que había cambiado: en el siglo XVIII la idea era proveer a Madrid de los recursos necesarios para su industrialización, en el XIX, alimentar las industrias inglesas, francesas y norteamericanas.

Por lo mismo, los hacendados, acostumbrados a una economía tributaria de carácter señorial poco competitivo, en la cual los compradores se reducían a los agentes del gobierno colonial y la organización de la producción a vigilar el comportamiento de los asentamientos indígenas cercanos, hubieron de cambiar no sólo la perspectiva de sus negocios, sino también la actitud hacia sus posesiones. Su hacienda ya no sería el patrimonio heredado por los ancestros, fuente de prestigio social y alcurnia. Era un verdadero negocio, que para ser respetado, debía ser redituable y por consecuencia expandirse constantemente. A los hacendados les impulsaban dos fuerzas: la primera, el cambio de mentalidad que las nuevas corrientes materialistas pragmáticas de la Revolución Industrial habían provocado al mostrar al novohispano tradicionalista el poder y bonanza anglosajones; segunda, la presión de los nuevos centros metropolitanos por materias primas y mercados para sus productos, elementos que impelían a las economías antes regionales de México, a expandirse para enfrentar tal

demanda.

Si la Hacienda habría de ser un negocio, su producción debería aumentar. Había dos maneras generales por las cuales se podría haber llegado a ése fin: modernizar la explotación o aumentar los elementos involucrados en ella.

La modernización en las técnicas agrícolas permitió a los norteamericanos de la época, avanzar resueltamente al Oeste de sus estados originales, colonizando eficientemente un amplio territorio. Una empresa de tamañas proporciones implicaba dejar en libertad a los agentes económicos, pero al mismo tiempo, asegurar que el conjunto social que formaban tuviera éxito. El riesgo de un fracaso era altísimo, y sus consecuencias hubieran sido nefastas, tomando en consideración que la ola de inmigrantes a norteamérica no se detuvo hasta muy entrado el siglo XX. La combinación que hizo posible-- la victoria agrícola de los Estados Unidos, fué una amplia libertad a los factores económicos, un estricto control de la igualdad de medios asignados en principio (dotación de tierras para cada familia de colonos, para que después dicha tierra se desarrollara libremente en el mercado) y tecnología avanzada para asegurar que dichas pequeñas unidades productivas originales fueran competitivas. De ésa manera, respetando la igualdad filosófica, se obtenía una solución pragmática que dejaba contentos a todos los actores sociales: aún los

grandes inversionistas del " establishment" colonial americano tenían asegurada su porción en una gigantesca empresa, que por otro lado, respetaría siempre la libertad de comercio: Y permitiría monopolizar la economía al final de la gran lucha capitalista del siglo pasado.

Con todo, para una sociedad latinoamericana, acceder a un modelo de desarrollo como el implementado en los Estados Unidos era imposible, en tanto que lo que hacía mas falta era el capital que necesariamente debía entregarse en la primera etapa. Es decir, la expansión igualitaria de los Estados Unidos suponía una sociedad cuyos excedentes eran los suficientes como para pagar la administración de un gobierno que previera de un punto de partida igual a casi todos los contendientes económicos en los nuevos territorios, para sufragar las expediciones y guerras contra los naturales y aún para invertir, prestar y estimular a los nuevos colonos. En fin, recordemos que había suficiente dinero como para que los votantes de bajos recursos obtuviesen de los oligarcas dinero para apoyar la instrucción para todo el pueblo.

Se ha dicho y con razón, que la organización popular es la mas costosa de todas. Lo es porque implica multitud de riesgos y un tiempo de maduración excesivamente largo. Siempre penderá sobre el dinero gastado en ella, la posibilidad de que los esfuerzos no continúen el tiempo suficiente o de

que las comunidades interesadas no sean lo suficientemente responsables como para mantenerlos permanentemente. La expansión norteamericana implicó un derroche inmenso de recursos en la idea de que debía ser la libertad y la competencia entre iguales las que estratificaran a la nueva sociedad. En muchas ocasiones las disputas, desidias, irreflexión o corrupción, malograron cantidades importantes de esfuerzos y así, no todas las aldeas de la "tierra de promisión" resultaron viables en el largo plazo. El dinero perdido en ellas, sin embargo, podía perderse, era un excedente.

Como se ha visto, ninguna de las colonias hispanoamericanas había partido de ése supuesto. La organización metropolitana les había asignado el papel de productores de materias primas, no de capitales. Por lo mismo, a la hora de la Independencia, que por otra parte no se llevó en las condiciones de ventaja económica de la norteamericana, nuestras naciones carecían de lo mas importante para desarrollarse con justicia: dinero.

Si por otra parte, la ideología imperante en el proceso económico era la esclavista o señorial, no era de esperarse que se escogiera el camino de un desarrollo democrático y de libre competencia como el norteamericano. Las Repúblicas hispanoamericanas se decidieron por la otra vía para aumentar la producción: el aumento de los elementos productivos, involu-

crados en el proceso.

Es decir, si era necesario aumentar la producción de azúcar, no se lo intentaría por medio de cultivos mejorados o de nuevas técnicas de irrigación. Se cultivarían mas hectáreas de caña y se usaría mas mano de obra. Para ello, la sociedad colonial latinoamericana ofrecía ventajas evidentes.

La organización mexicana en dos sistemas sociales paralelos y el hecho de que el sector marginado se hubiera rebelado contra el Estado Español y el orden político sólo para ser derrotado, permitían trasponer las barreras humanitarias y religiosas que cerraban aún, el camino de expansión sobre las tierras comunales y la mano de obra campesina, aún mayoritariamente indígena.

Por lo mismo, es explicable que casi todo el siglo XIX la cuestión mas importante para los economistas y políticos, haya sido la de desamortizar las grandes cantidades de terrenos sujetos a la jurisdicción de la Iglesia y a las corporaciones civiles llamadas Pueblos. También resulta claro, que los campesinos hayan mantenido un estado de constante rebeldía contra las haciendas, que representaban el brazo concreto por medio del cual un nuevo orden económico se establecía en el país. Y por fin, se explica que haya sido hasta

finales del período, cuando el problema de la tierra había sido prácticamente finiquitado a favor de los hacendados, cuando, agotadas las reservas territoriales para expandir cuantitativamente la producción, ésta haya empezado a modernizarse, introduciendo tecnología, riego moderno y biología.

Ahora bien, ¿Por qué era necesario este derrotero? Sencillo, porque en tanto el mundo estaba expandiéndose, nuestro país recibió de nuevo, en la división internacional del trabajo, el papel de productor de materias primas; especialmente para los nuevos imperios europeos que se lanzaban por su industrialización y requerían de alimentos y vestido para sus crecientes poblaciones.

Cabría preguntarse si México, o cualquiera de los países que habían dependido de las viejas potencias ibéricas podría haber tomado el camino norteamericano de aumentar paralelamente los vértices cuantitativo y cualitativo de la producción. Ello estaba vedado, primero por la cuestión de capitales que ya expliqué. Pero por otra parte, era difícil de alcanzar, aún en presencia de recursos financieros, en cuanto que no existían las condiciones científicas y tecnológicas para ello. Recordemos ahora, que en el modelo borbón de crecimiento para la Nueva España se vetó conscientemente el desarrollo de industrias y colegios técnicos provinciales. Ello tenía un carácter proteccionista de las industrias, técnicas

y patentes peninsulares. Los criollos novohispanos habían aplaudido y apoyado las medidas de su monarca, toda vez que en realidad no afectaban sus inmediatos intereses económicos, sino antes bien permitían que ellos se apoderaran de las propiedades y privilegios de órdenes como la Jesuítas, encargadas otrora de la enseñanza y la investigación. Sin embargo, cuando los mas emprendedores entre los empresarios mexicanos del período independiente se lanzaron a la búsqueda de tecnologías modernas, se encontraron con que era mas barato sobreexplotar los recursos a su disposición (tierras y hombres) que el pagar por tecnología que invariablemente era extranjera y por lo mismo, poco accesible y cara. Esta realidad nos explica las terribles dificultades de Lucas Alamán en sus esfuerzos por establecer industrias modernas en México.

¿Había una opción al camino por el cual se desarrolló la economía agraria mexicana? Yo pienso que sí, y ella tiene que ver directamente con la cuestión política y militar. Si en el gran enfrentamiento social de la segunda década del siglo pasado, el Estado que se gestó alrededor del Congreso de Anáhuac hubiera ganado la guerra (cosa que era posible), dicho Estado hubiera nacido a la vida independiente con una serie de premisas sociales que hubieran cambiado radicalmente el ánimo con el cual los agentes económicos se dirigirían al mercado. Es cierto que un resultado diferente en dicha confrontación no hubiera afectado los sucesos que acontecían

simultáneamente en los grandes centros de poder mundiales, en Europa y los Estados Unidos, ni tampoco cambiaría la larga cadena de dependencia económica y tecnológica del país en el mercado internacional. Sin embargo, partiendo de una idea de igualdad que se reflejara en realidad en el actuar social, (recordemos que la igualdad como discurso sí se manejó en la Independencia fruto de Iguala) el nuevo Estado mexicano hubiera prohibido un modelo de desarrollo en el cual se preferiría la expansión cualitativa de la producción, toda vez que una sociedad nacida de un consenso revolucionario, no podría tener por base la idea de explotar mano de obra semiesclava, al modo que se hacía en el antiguo régimen. Por otro lado el consenso nacional basado en un triunfo revolucionario, hubiera sido mil veces mas estable que la componenda de cúpulas de 1821, como demostró la alianza de Obregón y los agraristas un siglo mas tarde. La estabilidad y una solución práctica al conflicto un lustro antes de Iguala, tenían mayores posibilidades de financiar un crecimiento económico moderadamente igualitario para la Nación. La historia mexicana del siglo XIX pudo, en verdad, ser distinta. Aún cuando los perfiles generales del naciente imperialismo noratlántico sobre nuestra Patria seguramente se habrían mantenido, el desarrollo nacional hubiera sido mucho mas equilibrado en cuanto que se habría basado en la idea de un consenso social mas avanzado que uno, en realidad semifeudal, y que sólo pudo mantenerse por vía de las armas.

La anterior digresión puede parecer fruto de la historia ficción, pero constituye un necesario ejercicio para comparar las posibilidades de otros modelos de sociedad en el México del pasado. Es importante realizarlo, en cuanto que nos permite, también, hacer los ejercicios paralelos de comparación entre diversos modelos presentes, guardando las debidas proporciones. Si la tarea política primordial es la búsqueda de equilibrios estables para una sociedad que ha de vivir organizada, dicho trabajo debería realizarse en el campo fertilísimo del uso de la imaginación y el sueño. Dice Michael Ende que sólo quien es capaz de tener fantasías puede transformar el mundo de lo real. Ello es mas cabal en el campo de lo Estatal, plagado históricamente de una constelación de visionarios y soñadores.

La sociedad mexicana nacida de la transacción política de Iguala en realidad no tuvo opción. El único modelo de desarrollo económico viable en las condiciones en que se consumó la Independencia Nacional, era el de un país de grandes propietarios que se abastecían de mano de obra barata , semiesclava y esclava (caso de Yucatán) de una sociedad oprimida paralela y mayoritaria en términos poblacionales, pero que había sido despojada de su organización y derechos formales por la guerra que había perdido. De ésa manera, las posibilidades de un crecimiento económico no dependiente y de una industrialización independiente, desaparecieron junto con la

posibilidad de organizar la sociedad en términos de igualdad efectiva. Para ello era necesaria una revolución social triunfante. El éxito socioeconómico del México del siglo XX se explica en cuanto que, pese a que su Revolución social no produjo un gobierno del proletariado, al menos sí hubo de aceptarse que para cualquier acuerdo social, se deberían tomar en cuenta de manera esencial los intereses de las masas y satisfacerlos en una mínima medida. La Revolución que estableciera la igualdad por la vía militar-popular (como se hizo en diciembre de 1914), faltó en el México Independiente. Sin presiones realmente importantes, a nivel nacional, nuestra oligarquía se decidió por el camino mas fácil y barato de desarrollo: un modelo conservador agrario fundamentado en la Hacienda.

Es preciso ahora remarcar de qué manera se insertaba la economía mexicana en el sistema internacional del siglo XIX y cómo ello influyó en la formación del Estado Nacional durante ese período.

He comentado cómo España fué sustituida por Inglaterra y los Estados Unidos en su carácter de centro metropolitano de México. Sus posiciones se fundaron en su papel decisivo al momento de comercializar las materias primas nacionales en el mercado mundial. Sus flotas eran las encargadas de hacer llegar al mundo nuestros productos y traer de vuelta las mercancías manufacturadas por sus fábricas.

Sin embargo, la nueva inserción distaba mucho de la que había caracterizado al virreinato en su última etapa, cuando definitivamente se le asignó a ésta colonia el papel de principal abastecedor de metales preciosos para la Monarquía Española. Durante la etapa independiente, la minería seguiría representando la carta de entrada de México en la imaginación y los planes comerciales de los capitalistas europeos y norteamericanos, quienes de una manera u otra habían recibido de España las imágenes caracterizadoras de nuestro país: la riqueza exótica de las tierras del Gran Moctezuma. Aún hoy, los marines norteamericanos inician su himno con la frase "From the halls of Moctezuma..." indicando dónde fué que dieron principio a la serie de conquistas que llevaron a su nación a ser Imperio. Por esa imagen fué que los primeros inversionistas llegaron al país buscando asociarse con los viejos mineros ya establecidos y procurando realizar nuevas exploraciones para explotar yacimientos de oro y plata. Probablemente ello fué lo que permitió, en un principio, que los sectores más tradicionalistas de la aristocracia criolla mexicana se sintieran fortalecidos. Pero en la primera década independiente se hizo evidente que algunas de las explotaciones habían empezado a agotarse y que la inestabilidad social hacía imposible la realización de proyectos serios de regeneración de instalaciones y de exploración.

Por otra parte, la demanda de metales preciosos en

el mundo noratlántico ya no era de las proporciones que alcanzara en siglos anteriores. La sustitución del mercantilismo oficial en las cortes europeas por las ideas del liberalismo económico, reflejaban que el primer gran proceso de acumulación de capital, por medio del intercambio comercial de productos exóticos, o la acumulación de reservas en metálico, terminaba y daba lugar a la etapa en que el Capital se reproducía merced de la utilización de trabajo vivo comprado en el mercado (19). Por lo mismo, el valor que la Nación podía obtener de sus metales era mucho mas reducido que antes y ello provocó que las expectativas de muchos criollos se derrumbaran. También fué un nuevo aliciente para buscar en la tierra y su explotación nuevas formas de enriquecimiento.

Así, si durante todo el virreinato agricultura y ganadería habían sido desarrollados como ramas económicas en apoyo de las explotaciones mineras, el proceso que convirtió a las Haciendas en el centro del mecanismo económico mexicano fué iniciado, en parte, por la desaparición de la preponderancia minera.

No hay que olvidar que las condiciones de destrucción,

(19) Correas, Oscar. OP. CIT.

abandono por falta de créditos, etc, habían llevado al ramo minero a un estado tan deplorable, que en las condiciones históricas que atravesó el país hubiera hecho falta un milagro para fortalecer la economía por medio del simple fomento minero.

Para fines del siglo XIX, la minería se había regenerado, pero no constituía, como antes, el sector omnipresente de la economía. De hecho, la diversificación de exportaciones agrícolas demostraba que la inicial postración de la extracción de metales había lanzado a los poderosos a invertir en otras áreas, como la producción agrícola de alta calidad para la exportación. La ganadería sufrió un proceso similar y aprovechó su ya antigua inserción en la economía global, por medio el viejo tráfico de pieles, para aumentar sus relaciones, con los Estados Unidos especialmente.

Si se revisa la relación de los gobiernos mexicanos con la presencia económica extranjera, se encontrará que siguió la misma pauta, ya fueran de filiación centralista o federalista, liberal o conservadora. Todos se apresuraron a asegurar los intereses de los inversionistas, aún a riesgo de grandes sacrificios y gastos y a que ello implicare en determinado instante una confrontación con sectores populares y a veces, con los aristocráticos.

Prueba de lo último es la energía con que la comunidad de latifundistas nacionales se opuso en 1877 a la firma de un tratado de reciprocidad comercial similar al que convirtió a Hawaii en un protectorado norteamericano. Sin embargo, la oposición al acuerdo, representada por el joven abogado y latifundista José Ives Limantour, representaba el final de una cadena de acontecimientos que habían formado en México una burguesía nacional capaz de llegar a arreglos de asociación y no de sumisión con la economía de monopolio de los Estados Unidos.

Es necesario pues, analizar cómo dos factores, que hasta nuestros días tienen importancia, se desarrollaron durante el siglo del México Independiente. El primero, es la formación de la mencionada burguesía terrateniente (20). El segundo, la evolución de las economías metropolitanas a que se ligó la República en la etapa monopolista-imperialista del Capitalismo mundial.

En cuanto al primero, la delincación de un modelo de desarrollo dependiente, basado en la explotación extensiva de la tierra y el crecimiento del sistema de la Hacienda para eficientar la producción de materias primas agrícolas, se con-

(20) García Cantú, Gastón. P. 210 y sigs.

virtió en el nuevo eje de la economía nacional, sustituyendo en el papel estelar a la minería. El sector agrícola exportador estaba dominado por propietarios nacionales. Recordemos que el español peninsular invirtió sus esfuerzos preferentemente en las minas de metales preciosos o en el comercio de grande y pequeña escala, de manera que las labores agrícolas, fueran realizadas por pequeños propietarios, comunidades campesinas o hacendados, eran rubros de apoyo al esfuerzo minero y por lo mismo, podían estar en manos del sector nativo, sin peligro de la hegemonía financiera de los peninsulares.

Por lo mismo, los miembros de la clase opresora nacional, contaban al principio de la transformación decimonónica de la economía nacional, con una base real de poder que les permitió consolidar intereses y un sentimiento de clase al final del período. Ello refrenda lo que ya dije acerca de la unidad esencial de intereses económicos de los criollos como casta y clase. La tierra, sobrevaluada por la desorganización que hacía depreciarse todo alrededor de ella, se convirtió en un poderoso baluarte de la aristocracia vieja y de la de nuevo cuño. Por lo mismo, les permitió crear una serie de intereses reales y poderosos al interior de la sociedad global mexicana y ello fué lo que impidió que se mezclaran en términos de lacayos al momento en que la intervención extranjera tomó visos claramente imperialistas, al fin de siglo pasado. Irónicamente, el ejército norteamericano había propi-

ciado la supervivencia de dichos intereses al apoyar la firma de un tratado de paz que beneficiara la posición interna de los grandes propietarios ante la insurrección popular contra la intervención, fomentada por algunos radicales. Los extranjeros invirtieron, desde el principio, en las áreas en que los mexicanos ricos no lo hacían por falta de iniciativa, interés, experiencia, dinero o repaldos contra los riesgos. Por lo mismo, el sector de la minería fué reabsorbido por no nacionales, aunque ya no ibéros, sino anglosajones. El sector, con todo, no se estabilizó hasta que la sociedad opresora mexicana logró desfacer sus entuertos políticos y encumbró la dictadura liberal porfirista, y hubo ambiente de paz y tranquilidad como para aumentar y profundizar los trabajos de exploración, rehabilitación y aplicación de nueva tecnología. En ése sentido, la burguesía imperialista tenía desventaja en el tiempo, pues mientras los terratenientes nacionales ya habían iniciado el proceso de acumulación de tierras y capitales y asegurado el mercado para sus nuevos productos de exportación, ellos apenas llegaban para establecer sus propios intereses, en vista de que la paz sólo se logró cuando la cuestión de las tierras fué solucionada por medio de una dictadura represora.

Al fin, las guerras civiles y especialmente, la Intervención Francesa, habían forjado en la mente de los criollos mexicanos una idea de patria. Su concepción de México se basaba mucho en la liga de la sociedad a la tierra, fuera

en el sentido de propiedad, como era su caso, o como siervos para el de los campesinos acasillados en las grandes haciendas. Pero toda la Patria se refería a la tierra. Y ésa tierra, de una manera u otra, había sido defendida primero, y luego ganada, con las armas en la mano, por todos los habitantes de la República contra el invasor francés. Claro, ellos, los propietarios, habían dirigido la lucha; de la misma habían recibido su cuota de nacionalismo y el orgullo por la independencia nacional. García Cantú establece cómo, paradójicamente, el proceso histórico de caos social que su mismo egoísmo clasista había provocado, les había entregado un sentimiento nacionalista que los obligó, al fin del Porfiriato, a luchar incluso contra los intereses imperialistas y que, aún en los años cuarentas del siglo XX, permitiría a Lombardo Toledano considerar que un sector "nacionalista y progresista" de los industriales mexicanos entendía que el desarrollo independiente y socialmente equilibrado era el mejor camino para la industrialización, que entonces se planteaba como una nueva acometida del imperio norteamericano (21).

Nos dice García Cantú que en 1877, "La burguesía mexicana... era entonces, el gérmen de una burguesía nacional". lo era, en verdad, y se comportó en consecuencia.

(21) Durand, Victor Manuel. "La Ruptura de la Nación". UNAM, México, 1986, P. 103 y sigs.

El segundo factor que mencioné, es la evolución, a lo largo del siglo XIX, del capitalismo bancario e industrial, hacia el financiero que dió paso a la etapa monopolística del sistema económico noratlántico (22).

Cuando México (y el resto de hispanoamérica) nació a la vida independiente, ya los Estados noratlánticos habían procurado romper el cerco español alrededor del Nuevo Mundo, en la idea de ampliar el comercio y colocar los productos que la Revolución industrial empezaba a producir en grandes cantidades. España no pudo detener ésta irrupción y para cuando Inglaterra le había liberado de la Francia Napoleónica, el monopolio español era historia. La Independencia sólo vino, como se explicó arriba, a reafirmar el hecho y a terminar la sustitución de la Madre Patria por Inglaterra en el campo de intercambios. Para la mitad del siglo, México realizaba el 48% de su comercio legal con Inglaterra, el 17.3% con los Estados Unidos y el 7.1% con Alemania (diversos tratados con los diversos Estados, que aún formaban la Confederación Alemana) y otras naciones.

El objetivo de ésta llegada de nuevos socios era simplemente colocar manufacturas y obtener materias primas,

(22) García Cantú, Gastón. OP. CIT. P. 204 y 205.

dentro de un esquema productivo relativamente simple. Sin embargo, cuando la evolución capitalista en los Estados centrales de la época empezó a provocar la aparición de monopolios y ello aumentó las tensiones hacia dentro de sus sociedades, sus obreros se organizaron para resistir la embestida burguesa. Ello provocó dos sucesos, primero, que dichas sociedades centrales debieron de negociar, hacia dentro, mejores condiciones de vida para su proletariado, lo que no significaba sino que los costos se trasladarían a otras partes (siendo como era, que no se abolía el sistema capitalista). Así, el avance de la era monopólica no se detuvo, e implicó la exportación de capitales, y por lo mismo, de intereses nacionales de corte imperial, en cuanto que las empresas estaban ligadas al Estado Nacional de donde provenían. Tal situación exigió un reparto nuevo del mundo y una clarificación de las tareas asignadas a cada nación en la división internacional del trabajo (23).

Así, a partir de la séptima década del siglo, el imperialismo reinició acomodos de poder y el establecimiento de áreas de influencia. El fracaso francés en México, después del Segundo Imperio, significó el fortalecimiento de la esfera de influencia norteamericana sobre toda Latinoamérica. No

(23) IBIDEM.

es coincidencia que la invasión francesa coincidiera con la crisis militar mas grave de la Guerra Civil Americana, cuando los Estados Confederados estuvieron a punto de vencer a las tropas federales cerca de Washington (24). Y no le es tampoco que, al término de la Intervención y de la Guerra Civil, los Estados Unidos hayan consolidado su sistema monopólico al interior e iniciaran su gran conquista pacífica (25), traspasando a nuestro país cada vez mas dinero para rehabilitar la minería (que controlarían para principios de éste siglo) y para construir ferrocarriles que les harían llegar casi toda nuestra producción, fuera dominada o no por ellos.

El siglo XIX nos entregó dos de las contradictorias características de la sociedad opulenta mexicana respecto

(24) José Muñoz Cota anota que la derrota del Ejército Francés el 5 de Mayo de 1862 implicó la imposible victoria de la confederación en la Guerra Civil Norteamericana. Se supondría entonces, que Francia pretendió romper el bloqueo unionista tratando de ocupar la frontera mexicana con Texas y mandar pertrechos a través de ella. Cuando dicho plan se consumó (1863), los estados secesionistas habían perdido toda iniciativa. (Taller de Oratoria, C.R.E.A., 1987).

(25) García Cantú, Gastón. OP. CIT.

de la economía nacional. Por un lado, el proceso de las guerras civiles y las intervenciones, aunado a la concepción de Patria ligada a la tierra y al entusiasmo histórico por lo mexicano, heredado de Iguala, dió a los de Arriba una visión de la Economía como fortalecimiento de sus intereses terratenientes pero también, un profundo nacionalismo que les permitió resistir de manera mas efectiva que otras oligarquías latinoamericanas el impulso imperialista de los Estados Unidos de América a fines del siglo pasado y principios de éste. Así, los terratenientes de entonces, no estuvieron dispuestos a aceptar otra cosa que una relación de asociación con los intereses de la burguesía imperialista norteamericana, tanto como hoy en día no desean que el país se convierta en simple mercado de mano de obra barata que sólo beneficie a los poderes transnacionales. Este dualismo extraño, en el cual tienen mucho que ver los intereses económicos reales que el modelo productivo de la Hacienda consolidó a lo largo del siglo "de la anarquía", fué el fundamento del carácter revolucionario de sectores de la burguesía porfiriana al fin del período, y de la manera como la nueva clase burguesa revolucionaria, personificada en Obregón, logró equilibrar un país con un grado especial de independencia dentro de la órbita de poder de la República Imperial.

Contra nuestra burguesía nacional, los intereses imperialistas aplican desde entonces el argumento de la "ingo-

bernabilidad y anarquía" de nuestro pueblo. De esa manera pretenden hacer pasar por necesaria e indispensable su presencia en nuestro desarrollo económico. Es obvio que, en tanto no pueden establecer sobre el país un protectorado, dada la oposición de la población en general (los de Abajo por nacionalismo histórico, los de arriba por uno "económico"), pretenden justificarla como necesaria, al compararla con los estados de inestabilidad social y política. Ello, en cualquier caso, ha sido la base de la mayor capacidad de negociación de nuestros gobiernos en las etapas de mayor tranquilidad (al fin del Porfiriato y durante los años setentas y primeros de la década de los ochentas de éste siglo), pues estando el país en paz, nuestra propia burguesía puede, sin mayores problemas, arrogarse su "derecho" al menos nacional, de dirigir el desarrollo económico, y explotar por sí misma a los de Abajo.

2.1.3 SITUACION POLITICA: O DE COMO SUSTITUIR AL VIRREY.

Se sabe que los acuerdos políticos son en última instancia el reflejo de acuerdos sociales mas profundos y que la materia real de los primeros son los consensos que implican los segundos. La política, se decía en la Atenas de Pericles, es el arte de conciliar distintos intereses en orden a lograr el mayor beneficio del Estado. Entonces, ¿son posibles acuerdos políticos ajenos o alejados de consensos sociales? Por lo hasta ahora dicho en ésta segunda parte

del trabajo, sí. ¿En qué condiciones?

El Estado Mexicano del siglo XIX careció de un consenso social que le diera base a las estructuras políticas. Los actores sociales, formados durante el virreinato en la estructura de dos sociedades políticas Paralelas, fueron sólo formalmente asimilados al decretarse la igualdad y unión perpetua de todos los mexicanos.

La concepción criolla de que el problema social estaba en lo general resuelto, hizo mas sencillo que ésa sociedad decidiera usar sus energías en la construcción de diversos órdenes políticos, los que al corto o a largo plazo se derrumbaban, casi en las mismas circunstancias. Ni aún la semejanza entre los cuartelazos y pronunciamientos que aquejaron por igual al tradicional centralismo o al moderno federalismo, permitieron ver a los políticos que el problema real estaba en otra parte. En cualquier caso, se sabe que su ceguera no tuvo sólo por causa la incapacidad o la ligereza del análisis, sino que sus intereses económicos y de clase estarían en peligro toda vez que reconocieran la causa de los males nacionales en otro lugar.

Cabría aclarar que no sólo México sufrió por este desfase entre realidad y pensamiento político. El fondo de la gran disputa entre Simón Bolívar y Santander en la Gran Colombia, que culminaría con la desintegración del gran Estado

sudamericano, era precisamente ésa: que El Libertador trataba de hacer que la organización política correspondiera a la realidad, de manera que la evolución de la sociedad no requiriera estar siempre en guardia contra acechanzas revolucionarias impredecibles. Ese, probablemente, es el fundamento de la inconsecuencia política bolivariana, que un día proclamara la República y luego trataba de hacer de ella un régimen cuasimonárquico. Lo que sucedía era que el más grande de los políticos criollos había entendido, primero, su propia condición de clase y trataba de hacer con ella y con las realidades del resto de las castas, que sabía formaban las sociedades sudamericanas, un país verdaderamente unido que fuera capaz de limar los grandes males sociales, al mismo tiempo que resistir el ataque imperial del norte. Pero sólo él lo entendió de esa manera y, aún cuando nunca llegó a proclamar, al modo del cura Hidalgo, la insurrección total de los de Abajo, sí fué repudiado por las aristocracias locales de los países que él y un puñado de valientes llevaron a la vida independiente. Moriría en el horror, recordando no sólo la ingratitud de los privilegiados, sino la ejecución de los líderes de castas radicales, que fueron el único estrato que siempre le admiró (26).

(26) García Márquez, Gabriel. "El General en su Laberinto". Editorial Diana, México, 1989.

Nos dice García Márquez que, aún hoy, el problema de Colombia, su patria, es que sus hombres están "actuando, pensando, concibiendo y tratando de seguir haciendo un país que no es el real, sino el que está en el papel" (27). Esa enfermedad de la irrealdad es epidémica a lo largo de latinoamérica hasta hoy. Durante el siglo pasado fué fatal.

Y ella es la base para los regímenes militares que lograron y logran detener por un momento las convulsiones de sociedades a las que, Política y cartas fundamentales salidas exclusivos gabinetes y mentalidades cerradas, no dejan organizar su propio mundo de relaciones económicas, sociales, culturales y también, políticas. Es importante señalar que, al triunfo de la Revolución Mexicana en 1914, la cultura - de los oprimidos, con toda su facha de salvajismo y rusticidad (desde los ojos de pequeños y grandes burgueses como Martín Luis Guzmán, claro), emergió diáfana, clara, expresándose con la alegría del prisionero que alcanza, después de siglos, la visión del sol. Recordemos que hoy mismo las Revoluciones triunfantes de Cuba y Nicaragua, pero en especial esta última, están asociadas definitivamente con un ambiente de liberación de los modos y formas de hacer y ser populares. La Revolución en Latinoamérica es por tanto, un grito: ¡Déjennos hacer!. La bota militar es su contrario, es el no dejar realizar al Pueblo su propio proyecto de vida e historia en nombre de

(27) García Márquez, en LA JORNADA, 9 de Abril de 1989.
México, D.F.

los intereses creados alrededor de sus opresores locales, de la fuerza del Imperio e inclusive, de las sagradas ideas de Nación que los "próceres de la Patria" han heredado a sus sucesores en el gobierno y la oligarquía.

Por lo mismo que digo, para la sociedad opulenta mexicana el único remedio final para la inestabilidad que su propia ceguera social le causaba era la bota de los militares. El consenso del terror es el único posible cuando una de las partes del organismo social no está dispuesta, como no lo estuvieron nuestros criollos, a llegar a un acuerdo general que constituya un verdadero acuerdo nacional.

El Santaanismo se explica mucho mejor en éste contexto y aparte, se corrobora la afirmación de Vasconcelos en el sentido de que si Santa Anna no hubiera existido, el Ejército Mexicano se hubiera encargado de proveer de cuantos Santa Annas se hubiera requerido. La veleidad política de la inmensa mayoría de los actores en la disputa por el gobierno decimonónico refleja, pues, no la astucia o necesidad políticas de los mismos, sino la contradicción entre la manera en que la sociedad que pretendían regir se movía y sus propias suposiciones teóricas. Que Gómez Farías haya aceptado ser en dos ocasiones Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo bajo el mando de su opositor Santa Anna, no puede explicarse sino en un ambiente de inconsecuencia criminal con la realidad.

social. Al no poder ninguno de los grupos imponerse de una manera clara sobre su contrario, toda vez que ninguno contaba con la fuerza social suficiente para eliminar a sus oponentes, se hacían indispensables las mas impensables alianzas. Sólo cuando por obra de la invasión extranjera y el alargamiento de las tensiones sociales, las Guerras de Reforma y, principalmente, la de Intervención, unieron momentáneamente los intereses políticos de los criollos liberales con los del nacionalismo popular, los dos ritmos de evolución, el popular-social y el político-formal coincidieron y alcanzaron las inmensas victorias de la resistencia al invasor, su expulsión y la restauración definitiva de la República. Obviamente, cuando pasada la emergencia, los políticos liberales instrumentaron un sistema de gobierno que en nada correspondía al proyecto histórico de sus aliados, la secular inestabilidad reapareció. Entonces, la presión del imperialismo norteamericano (28) y la evolución de la política nacional hacia la formación de una dictadura militar omnipotente hicieron que el ejército de la República, de extracción popular, se convirtiera en una poderosa y eficiente máquina de represión que "domó" la sociedad en nombre de la seguridad nacional y el progreso de los de Arriba. De nuevo, las sendas evolutivas de las dos sociedades mexicanas se separaron y la gran consecuencia de

(28) Que en 1871 publicó en el "Herald" que el "destino manifesto" de México era la tutela de los Estados Unidos.

ésa separación fué la Revolución de 1910.

La política decimonónica es pues, una cubierta "decente" que oculta de la vista de la sociedad dominante los verdaderos problemas, cuya solución siempre implicaría un replanteamiento radical de las bases sobre las cuales ella establece su dominio. Sin embargo, de alguna manera ésos dominadores hubieron de convencer a ciertos sectores de la sociedad oprimida de que era preferible aliarse a ellos que combatirles. ¿Cómo lo lograron? ¿Cuáles eran éstos sectores?

La necesidad política esencial se centró en la sustitución eficiente del sistema virreinal de gobierno. Ese, ya analizado mas arriba, tenía como apariencia principal la imagen de omnipotencia del mismo virrey y ello fué una de las inspiraciones centrales de la búsqueda criolla de una poderosa Presidencia.

La tendencia autoritaria de los políticos criollos del siglo XIX no era en verdad, tan simple. Estaba formada también de muchos resabios del modo de hacer las cosas políticas en los siglos anteriores y también, acaso, de la tradición autoritaria indígena previa a la conquista. Sin embargo, toda esa tradición de autoritarismo no explica sola por qué fué el sistema presidencialista el que terminó por imponerse en las mentes de liberales y conservadores por igual. El

autoritarismo no implica necesariamente una autoridad unipersonal, que en los Estados indígenas, se solía presentar en la forma de una oligarquía religioso-militar con poder suficiente incluso para enfrentarse a un miembro excesivamente poderoso del aparato Estatal y eliminarlo (29) durante la colonia la tendencia tampoco se presentó en la figura del virrey, toda vez que éste estaba eficazmente controlado por los otros organismos a través de los cuales la Corona aseguraba una buena y obediente administración de sus provincias de ultramar. El autoritarismo mexicano en los siglos previos a la Independencia se había dado en la manera en que grupos de poderosos establecían las decisiones políticas básicas y el resto de la sociedad debía obedecerles sin pensar. Los métodos por los cuales dichos grupos aplicaron su poder variaron dependiendo del momento, de la necesidad y de la oportunidad de usar la fuerza pública contra los disidentes, pero en todo caso, nunca se cuestionó el derecho de aquéllos que la ejercieron, pues estaban investidos por el poder del Estado.

Este comportamiento de los aparatos políticos antecesores que se trató de construir en el México Independiente estaba enraizado en la idea de que en todo caso, el Gobierno nace del mínimo consenso de la sociedad que lo organiza, y por lo mismo, de alguna manera, ésa sociedad ha

(29) Tlakaelel murió por tratar de modificar la estructura política que él mismo había creado.

intervenido indirectamente en la fundación de dicho poder. El Estado Azteca, por ejemplo, estaba legitimado por la tradición y la preponderancia ritual de los miembros de la casta sacerdotal, quienes, por otro lado, renovaron sus títulos al ser los únicos en enfrentarse al destino de sumisión que había decretado el Estado Tekpancka en el siglo XV para los Mexika. El Pueblo, entonces, reconocía en ellos la capacidad de establecer las decisiones del reino y aceptaba la fuerza que se usó para mantenerlas. Durante el Virreinato, no sólo la Conquista sino mucho más el sistema de reconocimiento-respeto-protección de los derechos de las comunidades de naturales y de criollos a través del sistema paralelo de derechos políticos, sociales y económicos, justificaban ante todos la toma de decisiones por parte del gobierno constituido y el uso de la fuerza en los casos necesarios. Recordemos que, en cuanto el Estado implica el monopolio en el uso de la fuerza, dicho uso debe quedar impune. Si ello no sucede, estamos en presencia del rompimiento del pacto social básico que justifica su existencia misma. La Independencia estaba llamada, por ello, a establecer, primero que nada, el nuevo consenso básico que permitiera a un grupo, o a un individuo, el uso monopolístico de la fuerza para imponer sus decisiones de manera impune. Pero no lo hizo. Por lo mismo, condenaría al cuerpo social a la "anarquía desatada en los decenios de la postemancipación" (30).

(30) Labastida, Horacio. La Jornada. 2 de junio de 1989. México, D.F.

La anarquía confunde a los actores políticos y reduce las posibilidades de un acuerdo nacional, toda vez que ninguno de los interesados está obligado a llegar a él por que no se han establecido las reglas generales que marquen el funcionamiento de la nación. Tristemente, dichas reglas se imponen normalmente después de un enfrentamiento bélico, en el cual, solo una de las facciones es la que da la pauta a partir de la cual pueden empezar a darse acuerdos, que para la nueva clase dominante serán siempre concesiones en el nombre de "la coexistencia" con las clases dominadas. Pretender que la hegemonía social de un grupo le permita actuar absolutamente libre de las presiones de los otros grupos sociales, no es válido, toda vez que, las llamadas clases sociales, están formadas a su vez de estratos y grupos cuyos intereses particulares sólo coinciden en lo general y que por lo mismo, aún siendo el sector social dominante no pueden, permanentemente y en cada caso que se presente, trabajar de común acuerdo. De nuevo, se impone la negociación sobre la letra menuda del acuerdo social.

En el México de después de la Consumación de la Independencia no había un sólo grupo capaz de dominar a los otros y establecer las bases para una negociación. No podían discutirse los "pormenores" del contrato social toda vez que éste contrato no existía. La tendencia separatista de las Provincias durante el primer decenio de vida independiente es una muestra clara de la falta de un acuerdo mínimo o de una fuerza

aglutinadora básica.

El hecho es que el único proyecto histórico de Nación, que de alguna manera había logrado atraer a un grupo numeroso y poderoso de las dos sociedades novohispanas, el del Congreso de Chilpancingo, había dejado de existir después de su exterminio militar.

El acuerdo de Iguala no dejó de ser una transacción y los acontecimientos posteriores, marcados por la desorganización del movimiento popular y su dispersión regional por una parte, y la cooptación o eliminación de los líderes de los de Abajo por la otra, perpetuaron el estado de transición que Guerrero preveía necesario para salir del trance de 1820. La "transición a un nuevo Estado" se hizo permanente y los esfuerzos de los diversos grupos se centraron más en el poder (su obtención y retención), que en la búsqueda de los consensos indispensables en la sociedad.

Para la mitad del siglo, todo ese proceso había creado un círculo vicioso, en el que la falta de un consenso general hacía imposible la unificación de las diversas facciones políticas alrededor de una causa determinada y la ausencia de toda cohesión impedía discutir los problemas nacionales con la suficiente profundidad como para alcanzar algún consenso. El circuito estaba exacerbado, aparte, por un espíritu sectario

de partido que alejó cada vez mas a los mexicanos de cualquier solución.

Solo había una manera como los dirigentes políticos podían asegurarse, en la búsqueda de un poder cohesionador de la Patria, la suficiente fuerza social y política para llevar a la Nación a un acuerdo mínimo o al menos, a sentarse en la mesa de los debates a discutir: el recurso al Pueblo. Nunca lo hicieron.

En un clima de incertidumbre generalizada, dos vectores del comportamiento social confluyeron para aumentar la tendencia política de poner en una sólo persona el poder absoluto del Estado. Primero, la nostalgia por el antiguo orden virreinal, al que se identificaba con el fuerte gobierno del Virrey, mas allá de todo análisis profundo acerca de los contrapesos que impedían a éste convertirse en un tirano. Segundo, el caos simplificó, de una manera muy peligrosa, los sentimientos populares y aristocráticos respecto a la solución al desastre. Todos empezaron a buscar al hombre providencial que, como Napoleón, salvara a la República de la anarquía revolucionaria.

Sin embargo, en la búsqueda de los políticos decimonónicos de un régimen estable, no se imitaron los sistemas de contrapesos al poder ejecutivo que existían en la organización política previa, y como habían desaparecido las socieda-

des paralelas que contrapesaban sus intereses y obligaban a los gobernantes a mediar los asuntos de la Nación, resultó que la tendencia a concentrar el poder en el Presidente de la República devendría forzosamente en la dictadura. De ésa manera, un nuevo punto se sumó a los ya mencionados apuntalamientos de la dictadura "necesaria" del siglo pasado: la desaparición de la idea de contrapesos políticos.

Ahora bien, objetivamente, sólo un líder de considerables capacidades era capaz de llevar a puerto seguro la zarcadada nave de la Nación en aquél entonces. Pero dicho hombre no existía. De hecho, su lugar estaba ocupado por una serie de generalillos incapaces y corrompidos que significaron el mayor obstáculo para la defensa de la Nación frente a los ataques extranjeros. De entre ellos, el mayor, o al menos el mas escandaloso, fué el elegido para enfrentar el desastre mexicano. Ahí la razón por la cual Santa Anna fué elevado once ocasiones al honor de ser Presidente de todos los mexicanos. El fracaso histórico del SantaAnnismo, que a nuestros ojos aparece ridículo, estaba ya fabricado desde el momento que el hombre era producto de un ejército veleidoso y de intereses de casta creados al amparo de la corrupción desde la época virreinal.

Con lo anterior, quedan establecidas de manera general las causas del presidencialismo mexicano, fruto de la imitación

acrítica del pasado, las necesidades reales del siglo XIX, y una serie de reacciones en cadena del mundo político mexicano de aquél entonces. Sin embargo, es singular que, al contrario de nuestro siglo, el pasado no haya visto en éste punto el principal debate político nacional. De hecho, ambos partidos, el liberal y el conservador, evolucionaron hacia él durante las diversas administraciones que les tocó dominar y la discusión la centraron acerca del modo como el Estado debía organizarse: sobre la cuestión del Centralismo y el Federalismo.

La discusión, sin llegar al fondo del problema social tomaba, sin embargo, varios puntos reales de la geografía y la realidad mexicana que sirvieron de marco objetivo para debatir.

Ese debate, aunque parezca extraño, había empezado desde la etapa colonial, cuando los borbones españoles planearon erigir en Virreinato la Comandancia General de las Provincias Internas.

Se concedió a la administración de éstas posesiones una autonomía bastante mas amplia que aquélla que gozaban las Intendencias del centro del país. Ello era una base concreta e histórica para las reivindicaciones federalistas de los Estados del norte. Por otra parte, cuando el Comandante de las Provincias Internas se hizo cargo del mando militar en el área, por la división de tareas decretada en Madrid, la

región entera se comportó de manera federada, dependiendo del Virrey sólo en el aspecto formal y administrativo civil.

Ahora bien, si los cuadros de gobierno de la región norte habían tenido ya la experiencia real de la autonomía política, las sociedades sobre las que se levantaban dichas administraciones habían vivido libres de la mayor parte de las injerencias de México, debido a su tamaño reducido y a su lejanía. El sistema de Presidios que el Virreinato implementó para avanzar en la colonización daba a los habitantes de las poblaciones mucha mas libertad de acción que la que gozaron nunca las poblaciones del área central de la colonia. Por lo mismo, dicha población estaba mas capacitada, en términos de experiencia política, para la autonomía federal. Ello, por no recordar el resentimiento que el abandono del centro provocó muchas veces.

Durante la vigencia de la Constitución de Cádiz, los liberales españoles habían formalizado jurídicamente la verdadera autonomía de las Provincias mas alajadas del Imperio Hispano. Las Diputaciones Provinciales eran una especie de Cortes en cada una de las zonas donde se suponían existir elementos para el sostenimiento político de una parte autónoma de la Monarquía Española (31).

(31) Vázquez Josefina Z. "La República Federal". OP. CIT.
P. 38.

Así, los diputados españoles adoptaron ideas federales desde 1812. La visión centralizadora que los conservadores del siglo XIX mexicano trataron de dar sobre el Virreinato no correspondía ni a la realidad histórica ni a los antecedentes jurídico-formales. Ciertamente es que las diputaciones regionales desaparecieron por el estado de excepción en que Calleja y Venegas sumieron a Nueva España para enfrentarse a la insurrección popular y que, obviamente, la casta superior no veía con buenos ojos las ideas federalistas, toda vez que eran parte del "paquete liberal" de Cádiz, pero pese a ello, al menos una parte del México alfabetizado y potencialmente político, recibió entonces el experimento federal de Cádiz con entusiasmo y lo articuló con la propia realidad de su territorio.

La Independencia implicaba también un paso adelante respecto del surgimiento del federalismo como necesidad mexicana. Hasta entonces, Nueva España había sido parte de un mismo gran organismo político continental: La América Española. Las divisiones administrativas y eclesiásticas eran poco claras, mucho más en una época en que los mismos límites del Imperio eran imprecisos, por localizarse en tierras casi incógnitas. Muchas veces los linderos de las capitanías, gubernaturas, intendencias, eran dispares con sus equivalentes judiciales o religiosos, ello no tenía mayores consecuencias, toda vez que la soberanía residía en una metrópoli común a todos. Así, la Independencia implicó una serie de desconciertos fron-

terizos, por principio. Ejemplo de ello es Chiapas, territorio con un obispado independiente del de Guatemala, pero regido administrativamente por aquélla Capitanía General. Sus asuntos judiciales se resolvían en segunda instancia por la Audiencia de la Ciudad de México. El territorio proclamó su Independencia de manera aislada y de la misma manera se unió al Imperio y luego se separó de él, para reintegrarse luego la República.

Es decir, la Independencia también implicó un avance en el uso de facultades de decisión propias y libres por parte de territorios que por obra de la emancipación debían tomar sus propias decisiones, toda vez que el cohesionador político general, el Imperio Español, desapareció .

El Territorio Nacional, así, no tendría mayores problemas, a excepción de Chiapas y las Provincias Centroamericanas. Ello no es del todo correcto. Hay que recordar la independencia administrativa de las regiones del norte o la pugna, centenaria ya, entre las Audiencias de México y la de Guadalajara respecto de la jerarquía de sus fallos y por lo mismo, de sus facultades administrativas. Hay que sumar, por último, el caso de la capitania Yucateca, que igualmente se había decidido por la Independencia hasta 1821. Así, es posible marcar el rompimiento de los lazos con España como simultáneo al que se dió entre el Virreinato como unidad político-territorial.

Mientras el Imperio Mexicano mantuvo la idea de ser heredero del viejo orden, por obra de los documentos de Iguala y Córdoba, la tendencia separatista de las regiones mencionadas no fué muy fuerte, pero al caer la primera de nuestras monarquías, se hizo sintomática la declaración del general Luis Quintanar en el sentido de que "al no existir un gobierno nacional, la nación volvía a su 'estado natural'" (32). La hizo en Guadalajara.

La tendencia centrífuga que siguió a la desaparición del primer gobierno mexicano fué detenida sólo cuando el territorio de Yucatán aseguró su permanencia en la unidad mexicana si ésta se organizaba federalmente (33). Así, la idea de un Estado organizado en dos niveles de competencia surgía de la realidad mexicana y no de una imitación extralógica del modelo norteamericano, por mas que éste causaba por aquellos años verdadero furor entre la clase política mexicana.

Con todo, no se puede negar que para solucionar los problemas planteados por la emancipación de España existía también otra propuesta: la centralista. Sin embargo, su lógica (que existía y por lo mismo, permitió el gran debate en el seno del Constituyente de 1824) suponía la existencia de

(32) IBIDEM. P. 38.

(33) IBIDEM. P. 36.

un poderoso gobierno central que, por su prestigio, fuerza y consenso general fuera capaz de detener los desbocados ánimos autonomistas de los diversos segmentos del territorio y reconstruir la liga que se había perdido con la Independencia de España. Ello era imposible aunque, claro, no por las razones que esgrimieron los federalistas.

Hay una serie de excesos del federalismo mexicano. El primero de ellos nacía del espíritu que el "regreso al estado natural" provocó entre las provincias. Estas se declararon "estados soberanos", denominación con que el partido federalista les llamó en el Acta Constitutiva expedida en 1824 como marco legal provisional para la República. El documento se alejaba con esa denominación de la idea norteamericana de federalismo, donde la soberanía es una sólo y corresponde desde luego al Pueblo Norteamericano (34) y la diferenciación entre el Estado Federal y los Federados consiste en la creación de dos esferas de competencias mutuamente excluyentes, pero coordinadas en beneficio del mejor funcionamiento del todo Nacional. En México, por el contrario, siendo los Estados depositarios de la soberanía que cada uno de sus pueblos representaba (y habría que preguntar si la idea de los criollos federalistas de 1824 era que la soberanía de los Estados residía en sus respectivos Pueblos) el sistema se acercaba más a la estructura de una confederación.

(34) "We, the people..."

Probablemente por ello la Constitución, expedida en octubre de 1824, no usó la palabra "soberanos" para calificar a los Estados de la Unión". ...Pero el concepto de soberanía en las provincias era tan fuerte, que habría de funcionar hasta dentro de un sistema centralista" (35) y como en realidad se subrayaba la autonomía de cada una de ellas, "en cada una de las crisis a que habría de hacer frente el gobierno nacional entre 1823 y 1854, los gobiernos de los estados iban a reaccionar de manera muy egocísta" (36). El caso extremo sería el de Yucatán que se declaró independiente en la época de la invasión norteamericana e inclusive ofreció su territorio a los invasores.

Mariano Cuevas nos dice que "ésos Estados... entendieron... por 'soberanía'... poder hacer todo lo que les viniese en talante aún con respecto al Congreso General, Constitución de la Nación y demás caminos ya fijados y trazados por leyes muy antiguas" (37). Ello dió pie a que en nombre del federalismo, los Estados pudieran válidamente lanzarse a la insurrección, como hizo Zacatecas en 1834 al mando de su gobernador Francisco García Salinas (38).

(35) IBIDEM, P. 37.

(36) IBIDEM. P. 37.

(37) Cuevas, Mariano. OP. CIT. P. 518.

(38) Quirarte, Martín. OP. CIT. P. 101.

El país quedó en peligro frente a procesos como el de Texas que, amparada en la misma lógica de Zacatecas, en 1835 declaró su independencia y con ayuda norteamericana, mantuvo su posición hasta que, en 1845, anexó a los Estados Unidos y provocó la Guerra entre éstos y nuestro país.

Todavía hoy, la idea de que los Estados Federados conservan características como las establecidas en la primera Carta Magna Federal de la República, permanece en la cultura popular, cuando vemos que en el corrido popular se canta "...de Nuevo León y Querétaro y Jalisco soberano..." (39). O en el ritual modo de nombrar a los Estados "libres y soberanos".

Este aspecto de la organización Estatal durante el siglo XIX fué una fuerza más que apoyó la aparición de los nuevos caciques. Cada uno de ellos formó, en un área determinada del territorio, una zona de influencia donde establecían lazos de poder basados en la tierra y las relaciones militares y políticas que ya expliqué y en base a las cuales podían formar alianzas con otros grupos regionales o con la casta de políticos profesionales que apareció en la Ciudad de México. De la misma manera que la soberanía practicada por los Estados o Departamentos les daba mayor libertad para establecer ese tipo de relaciones, su mismo poder, originado en ellas, permiti-

(39) "Corrido de San Luis Potosí" de José Cárizar.

tió la aparición de nuevos Estados en la Unión.

Casos excepcionales de ello fueron Guerrero, fundado por el cacique natural-terratendiente Juan Alvarez y el de Morelos constituido alrededor de la figura de Francisco Leyva, general liberal.

En la misma lógica nació Aguascalientes, erigido en Estado para castigar a Zacatecas en 1834 y para agraciar a un terrateniente, amigo del general Santa Anna. Un caso aparte resultó el del cantón de Tepic, separado de Jalisco por los constantes problemas de la rebelión campesino-indígena de la Sierra de Alica, pero que no se llegó a consolidar en Estado hasta en 1917, al fin de la Gran Revolución. Tal vez su problema es que el líder de la insurrección de los serranos nayaritas no quiso llegar nunca a un acuerdo con las castas dirigentes nacionales que para los años setentas del siglo pasado habían sentado las bases de la Dictadura y, por lo mismo, no fué dable erigir un Estado donde la población era revolucionaria. El problema tal vez, era que Manuel Lozada deseaba la tierra para su Pueblo y no un cacicazgo en la Federación.

En última instancia, la existencia de los grandes caciques regionales que aparecieron como consecuencia de las interminables guerras civiles al fin del siglo pasado, provocó

que la teoría federal establecida en las actas de 1824, 1849 y 1857 se viera llena con contenidos realmente no previstos, como fué que la autonomía regional se diera en base al poder real y extralegal de un terrateniente-militar y que el pacto entre las entidades federativas dominadas por éste tipo de personas y actores sociales, se basara en componendas de poder entre ellos y un super-caudillo, el Presidente de la República.

Sobre el panorama antes descrito del país en el siglo XIX, los políticos criollos establecieron una serie de discusiones teóricas, que en última instancia caracterizaban la manera como cada uno de los grupos dominantes, el liberal y el conservador, reaccionaban ante la realidad que les rodeaba.

El centralismo, de ser una opción definida en nombre del gobierno fuerte y decidido en 1824, se convirtió al poco en una reacción de freno, o intento de freno, a la realidad de disgregación política, social y territorial. La opción era válida siempre y cuando hubiera un poderoso gobierno central, capaz de aglutinar las esperanzas del Pueblo, los intereses de los caudillos regionales y el proyecto conservador y de eliminar a los enemigos que se negaran a pactar con él. El caso mas cercano a ello fué el Imperio de Maximiliano de Habsburgo quien, en nuestra segunda experiencia monárquica, captó la necesidad real de reequilibrar la balanza social

atendimiento a las demandas campesinas y logró por momentos, el consenso social general del país, atrayendo a su órbita a caudillos como Lozada, por medio de la entrega de las tierras que sus indígenas exigían desde hacía siglos. Pero el Emperador Habsburgo, con toda su visión, no fué capaz de unir en torno a su trono al partido conservador que; ¡precisamente lo había coronado para que lo que hacía el monarca no se hiciera jamás! y tampoco logró construir el Ejército que le permitiera eliminar a sus enemigos. Al fin de cuentas, la Dictadura liberal estableció una suerte de centralismo práctico respetando las formas legales de la federación, precisamente aceptando las realidades regionales.

A fin de cuentas, el federalismo tenía mayores posibilidades de establecerse en México, porque su organización no implicaba por necesidad un gobierno central estable y fuerte.

Por lo mismo, aún en tiempos de anarquía, se podía esperar que la Unión se mantendría y que los estados federados, ajenos a las insurrecciones campesinas de otras partes, o a los cuartelazos ocurridos en el centro, podrían prosperar eventualmente. Era, aparte, un marco mucho más flexible para contener en su seno la realidad mexicana de regionalismos y caudillos terratenientes.

Al fin, los sostenedores del federalismo eran el sector

mas avanzado de la sociedad oligárquica, y por lo mismo, el mas dispuesto a aceptar los cambios que, pese a todo, se estaban operando a lo largo y ancho del país. Sicológicamente estaban preparados para mayores transformaciones, toda vez que, aún compartiendo los intereses económicos de sus contrapartes políticos, habían tenido que hacerse de sus tierras y dineros a costa de una de las instituciones esenciales del viejo orden de cosas, la Iglesia. Es decir, en cuanto eran advenedizos en las alturas del poder oligárquico, eran capaces de ser irreverentes con tradiciones que en nada les habían beneficiado o podrían beneficiar. Siendo mas libres, aceptaron el cambio de un gobierno central fuerte, personificado por el Virrey, a un sistema de responsabilidades compartidas (o repartidas entre caciques) que era el federalismo.

Al final de cuentas, la pugna entre uno y otro sistema desapareció al tiempo que su síntesis pragmática, el Presidente omnipotente, se consolidó.

El Presidencialismo supera la discusión entre federalismo y centralismo en cuanto que, establece en la práctica, un gobierno central lo suficientemente poderoso para frenar las aspiraciones autonomistas de los estados y para eliminar a sus enemigos; logra alianzas mutuamente beneficiosas con los caciques locales que a su vez se han convertido en poder hegemónico de su región, por obra del proceso de selección

de la guerra fratricida, y por ello, concede a los estados federados que se encuentran bajo la protección de dichos caciques una serie de derechos y libertades que ya les reconocía la teoría del Pacto Federal; reestablece la imagen de superioridad real del poder establecido en la Ciudad de México por obra de los pactos antes dichos; y dá, en la práctica, libertad a las comunidades estatales para desarrollar sus especiales modos de vida.

El sistema que Benito Juárez y Porfirio Díaz establecieron para manejar su relación con los Estados "libres y soberanos" de la República, ha sido reproducido fielmente por los Gobiernos Postrevolucionarios y ello explicaría la ausencia de la discusión entre federalismo y Centralismo. Inclusive, muchos autores y maestros aceptan actualmente que el sistema federal mexicano es, en la práctica, un híbrido entre los intereses de cada una de aquéllas corrientes del siglo pasado.

2.2. LA INTERVENCION FRANCESA Y LA REPUBLICA RESTAURADA: DEL CONSENSO ANTICOLONIALISTA AL CONSENSO POR LAS ARMAS; EL ESTADO LIBERAL.

Por lo anteriormente expuesto, puede establecerse que para principios de la década de los sesentas del siglo pasado, en México se estaban definiendo dos fuerzas básicas, modeladoras de la realidad Estatal. La primera de ellas representada por el pueblo campesino, que había mantenido la lucha por la tierra y la liberación de las muchas cargas fiscales y de trabajo servil que le oprimían desde la fragmentación del proyecto nacional de Apatzingán, en 1814; por medio de una lucha de guerrillas regional muy desorganizada y sin miras o alcances nacionales; pero que, desde la intervención yanqui de mediados del siglo, se había manifestado claramente anticolonialista. La segunda, eran los intereses económicos de los criollos terratenientes, fueran liberales o conservadores, quienes estaban estableciendo, desde principios de siglo, un nuevo tipo de explotación económica de los recursos nacionales e integrando al país a la cadena de explotación del capitalismo noratlántico, como productor de materias primas agrícolas.

La primera de las fuerzas mencionadas no podía establecer el Estado liberador augurado por el Gran Morelos en los Sentimientos de la Nación, en cuanto que había perdido

no sólo su visión y organización nacionales sino inclusive los medios para hacerse de ellas.

La segunda, no podía lograr un consenso en cuanto que sus intereses eran del todo antagónicos con los de la mayoría del pueblo y los gastos de represión e imposición de su proyecto resultaban ser demasiado altos para ella.

Es evidente que el esquema colonial del triángulo de la estabilidad que mantuvo durante el virreinato a la sociedad mexicana equilibrada, era válido para explicar el desequilibrio permanente del siglo XIX.

Por lo mismo, se puede aventurar que la tendencia, tanto conservadora como liberal, de poner el poder en manos de un dictador militar o civil, se explicaría en un intento inconsciente de sustituir al vértice-*virrey* del esquema político anterior. Sin embargo, el equilibrio descado, aún en el modelo de Alamán, en el cual Santa Anna era sólo la cabeza del Estado, aceptada por tirios y troyanos, mientras que el partido conservador guiaba el país de acuerdo a un programa bien delineado de administración pública, por medio de un Primer Ministro-Jefe de Gobierno, resultó ser inalcanzable, no sólo por la falta de disciplina entre los mandos militares, acostumbrados a los pronunciamientos y cuartelazos, sino porque buena parte de los efectivos militares dependían de la existencia

de una complicada red de alianzas y pactos entre caciques, terratenientes y comunidades campesinas que, de hecho, estuvieron en guerra social a lo largo de todo el período.

Es decir, el proceso de formación del Estado Nacional habría de pasar por un forzoso momento, en el cual, la voluntad toda del país estuviera unida en la consecución de objetivos concretos y generales para todos los estratos sociales heredados del régimen colonial. La Nación debería pasar por un momento de consenso popular para que pudiera establecerse un gobierno representativo de un Estado Nacional.

La negativa de los mandos tradicionales del Ejército a obedecer a un caudillo militar proveniente de sus propias filas, se manifestó de diversas formas, primero en los varios generales que recibieron a Santa Anna, al ser elevado éste por Alamán, a su última presidencia pero que, al opacarse el brillo de la Corte Santaanista, le dieron la espalda y apoyaron la revolución de Ayutla. O bien, en la indisciplina de los generales conservadores durante los gobiernos reaccionarios en la Guerra de Reforma, que hizo más por su derrota que las escasas y controvertidas victorias liberales.

Por su parte, el proceso de acercamiento, que antes he explicado, entre la facción criolla liberal y los movimientos campesinos, propició que fuera dentro del campo progresista

donde se gestara el acuerdo nacional necesario para establecer, al fin, un gobierno estable.

Con todo, es poco probable que el proceso de alianza entre los dispersos movimientos campesinos y las ideas liberales del grupo de criollos mas progresistas, se hubiera consumado sin ayuda de la Intervención Francesa apoyada por el derrotado partido conservador.

El panorama del liberalismo triunfante en 1860, no era tan prometedor como la victoria militar sobre el gobierno conservador podría haber hecho aparecer. En realidad, los liberales aún distaban mucho de establecer un partido y una unidad programática como las que Alamán había, inútilmente, entregado a los timoratos conservadores casi diez años antes. El proceso de alianza con grupos campesinos no se había completado de manera satisfactoria, por la diferencia de intereses entre los campesinos y los nuevos señores liberales. Así, era fácil que las gavillas dispersas de conservadores se ostentaran, aún en la derrota, como fuerzas del gobierno reaccionario y, por lo mismo, establecieran por su cuenta, alianza con algunos caciques, incluso algunos agraristas, como Lozada en Nayarit. El gobierno central organizó partidas para dispersar dichas fuerzas y logró su cometido en diversas acciones. González Ortega y Porfirio Díaz vencieron a Márquez en Xalatlaco, en la vertiente occidental de la sierra del Ajusco; Régu-

les derrotó poderosas fuerzas reaccionarias cerca de Cuautla; y Santiago Tapia derrotó a otras en Pachuca. Sin embargo, la política general del gobierno liberal respecto del problema de la tierra no cambió nada, toda vez que sus intereses eran esencialmente los mismos que los de sus contrapartes, los terratenientes conservadores. Por lo mismo, seguía existiendo en el campo un ambiente favorable para que los reaccionarios levantaran poblaciones enteras contra el gobierno constituido en la Ciudad de México.

Es en ése ambiente en el que, de nuevo, la política internacional se eslabona con los intereses del sector reaccionario de la oligarquía criolla mexicana. Después de la invasión norteamericana a México y el establecimiento de una populosa comunidad en la nueva costa oeste de los Estados Unidos, merced de la fiebre provocada por los yacimientos auríferos de la Alta California, el poderío internacional de los norteamericanos era claro para las potencias europeas, que veían en la ascensión yanky un límite para sus propias ansias colonialistas en el hemisferio occidental. Con todo, España no era ya capaz de detener las ambiciones norteamericanas en el caribe, que sólo la guerra civil sufrida por los anglosajones americanos, pospondría, hasta el fin de siglo. Inglaterra estaba muy ocupada consolidando su imperio asiático y africano y procurando convertirlo en un eficiente sistema comercial, que la llevaría a ser la primera potencia en los albores de

la siguiente centuria. Quedaban pues, los intereses de la Francia del segundo Imperio, el de Luis Napoleón.

Francia había patrocinado ya una serie de expediciones filibusteras sobre los territorios de Sonora y Sinaloa en años anteriores, con el doble objetivo de detener el avance norteamericano en el área y aprovechar para su propio desarrollo industrial los recursos del área (40). Por otra parte, era el Estado europeo mas interesado en detener de alguna manera la creciente influencia internacional de los Estados Unidos, ya que el Imperio se había proclamado adalid de la causa latina en Europa; y si los ingleses podían encontrar en sus excolonias siempre un respaldo cultural efectivo, Francia y el resto de las potencias del mediodía veían en ellos un oponente. La presencia de un poderoso y perdurable cinturón de cultura latina en lo que fué el Imperio Español de las Américas , animaba a Napoleón III a establecer en la zona un área de influencia.

Otros incentivos menos espirituales eran, sin embargo, los mas importantes: los mercados latinoamericanos eran mas accesibles en razón de su cercanía cultural con París. De la misma manera, sus materias primas serían mejor utilizadas

(40) García Cantú, Gastón. OP. CIT.

por los industriales galos que por los anglosajones.

Desde antes de la entrada de fuerzas francesas en territorio nacional, en enero de 1862, el gobierno de Napoleón III había entrado en arreglos con un grupo de monarquistas exiliados.

El fruto de las pláticas de éstos representantes del ala reaccionaria de nuestra oligarquía y el Imperio Francés, fué el ofrecer al Archiduque Maximiliano de Habsburgo, hermano del Emperador austríaco, la corona mexicana. Dicho príncipe aceptó, a condición de que ello obedeciera al sincero deseo del Pueblo Mexicano.

Francia desembarcó sus primeras tropas en el marco del Tratado de Londres, por el cual Inglaterra, España y ella misma, reclamaban del Gobierno Mexicano el reinicio en los pagos de la deuda exterior contraída por el país con diversos particulares e instituciones de esas tres potencias. El Tratado, gracias a la presión inglesa, establecía el compromiso explícito de los tres ejércitos expedicionarios de retirarse, apenas arreglado el problema financiero y por lo mismo, no interferir en los problemas internos de México. La actitud inglesa se explica en el contexto del tratado Clayton-Bulwer en 1850, por el que el Reino Unido renunciaba a sus pretensiones en el Mar Caribe y Centroamérica y que, por vecindad, podría

aplicarse a México. El comisionado español para representar los intereses hispanos en el asunto, el general Pina, era un liberal aventajado en el problema latinoamericano, exgobernador de Puerto Rico y esposo de una mexicana, que era pariente de uno de los miembros del Gabinete juarista de la época, por lo que su actuación fué propicia al gobierno nacional que, gracias a la hábil diplomacia de don Manuel Doblado, representante mexicano en Orizaba, logró el retiro de las fuerzas expedicionarias inglesas y españolas, y la denuncia del delegado español contra las intenciones intervencionistas de Francia. El hecho aisló el proyecto francés de, al menos, dos potencias europeas, e inició la serie de entuertos que terminarían con el fracaso de la invasión años después.

Los convenios por los cuales México logró el reconocimiento español y británico de su política financiera y el repudio de la corona española al proyecto francés de una monarquía pelele en la antigua Nueva España, fueron los Tratados de la Soledad.

Para entonces, los conservadores exiliados habían regresado a México, bajo la protección del ejército francés, que se negó a retirarse una vez concluidas las pláticas de avenimiento sobre el problema de la Dueda, mostrando así, sus verdaderas intenciones colonialistas. Las gavillas conservadoras levantaron un pequeño ejército que se unió al galo y avanzó con rumbo a la capital de la, todavía, República.

Mientras que la alianza de los conservadores con el Imperio Francés se dió desde antes del inicio de las operaciones militares, y pese a que ella no impidió que los objetivos de cada parte llegaran a ser diametralmente opuestos, la articulación entre los liberales y las fuerzas populares que representaban su única esperanza de sobrevivir, no se dió sino luego de un largo y penoso proceso en el cual la Nación Independiente, pudo desaparecer.

Lo que pasaba, era que el poderío militar francés permitió al partido conservador, por lo menos dueño nominal de la iniciativa entre 1862 y 1865, desarrollar formalmente su idea de Nación e instituciones, mientras que los liberales, sin ejército y alejados de la mayoría de los campesinos por sus leyes de desamortización de corporaciones civiles, no acertaban a hacerse de fuerza real para oponer al Imperio una idea razonablemente viable de Patria.

Pero esa apariencia de poder conservadora era sólo una falacia, dado que los mismos franceses repudiaban las políticas que sus aliados nacionales trataban de implantar, pues ellos mismos, vivían desde los días del rey Luis Felipe, una sociedad liberal donde la Iglesia estaba supeditada al Estado y reconocía las realidades de una nueva época, compartiendo, con los civiles, el regocijo por los avances del "siglo". El Clero mexicano, por su parte, ya era casi el único núcleo

concreto del conservadurismo mexicano y era de los mas arcaicos sobre el planeta, dado que se le consideraba ideológicamente formado a la sombra (y a la saga) del Español, el mas ultramontano de Europa.

Con todo, el mando francés había comprendido que, para bien o mal, los proyectos de su señor estaban ligados a la posibilidad de implantar el sistema de gobierno que inspirara la ideología conservadora novohispana que había sobrevivido a los años de anarquía independiente y que, aún cuando los mismos franceses repudiaran en casi todo dicha ideología, era su deber apoyarla en territorio mexicano, como único medio para establecer un consenso por las armas.

En cierta forma, los franceses comprendían mejor que los mexicanos conservadores, y que el mismo Maximiliano, la liga entre sistema conservador y reaccionario y la opción de fuerza que los batallones intervencionistas representaban. En la lógica del "consenso por las armas" la única salida era la intervención extranjera llamada por alguna de las facciones rivales de criollos, o la alianza con el Pueblo campesino en armas. Los conservadores escogieron la Intervención. Su problema sería que luego, Maximiliano no mantendría unido el bloque de aliados a su trono, al tratar de establecer por cuenta propia un sistema liberal, dejando de esa manera al poder militar de ocupación aislado políticamente. Este proceso

se inició desde que Napoleón aclaró a Forey que, pese a los apoyos escénicos al partido del Alto Clero, se asegurara de establecer que los adquirientes de las propiedades eclesiásticas bajo la Ley de Nacionalización de bienes del Clero quedaran a salvo en sus derechos. El mismo Arzobispo de México, Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, trató de arreglar éste punto antes de la llegada del Emperador Maximiliano, quien ya había aceptado el trono, pero no consiguió sino ser destituido, por el comandante francés, de la Regencia nombrada para establecer la administración imperial. La división interna del frente conservador-francés significó el primer punto por el cual el liberalismo alcanzó cierta viabilidad por contraposición a la no viabilidad de sus enemigos. Pero la división entre los imperialistas extranjeros y los nacionales no era el anuncio claro de una victoria liberal republicana, toda vez que los adictos al Presidente Juárez seguían a salto de mata y en retirada militar, sin tener aún una respuesta eficaz entre el Pueblo.

Para suerte de la Nación, el Pueblo no había aún escogido campeón de su causa en aquél año de derrotas que fué 1863. Los oficiales franceses bien pronto se dieron cuenta que el entusiasmo a su llegada sólo se deba entre las estrechas filas de los ultramontanos y alguno seguramente, previó que dicha euforia se enfriaría apenas se establecieran los límites necesarios al proyecto reaccionario. La población

de Angelópolis, luego del segundo sitio de la ciudad levítica, no mostró mayor entusiasmo a la llegada de los galos. La Ciudad de México sólo les dió una gran bienvenida escénica, puesta en pié por la mas rancia aristocracia. En Veracruz, los comerciantes cerraron, en señal de luto, por la caída de Puebla, y las mujeres jarochas vistieron de negro. "Peor aún, González Ortega y tres generales se habían evadido en Orizaba (entre ellos Porfirio Díaz), y se había detenido a tres franceses, acusados de facilitar su fuga" (41). Los mismos franceses desconfiaban de la justicia de su causa.

Con todo, los liberales tampoco tenían el consenso popular que les permitiría, unos años después, expulsar a los invasores. Los campesinos de Puebla y México se habían adherido al Imperio, dado que desde antes se hayaban en guerra contra el gobierno liberal por la cuestión agraria; los naturales de Hidalgo se afiliaron a su general Tomás Mejía por similares razones; y en Nayarit, el "Tigre de Alica" se manifestó por Maximiliano. En las Huastecas, la población indígena estaba distanciada del gobierno nacional como los comuneros de los valles centrales y en la primera etapa, no pusieron objeciones al Imperio.

(41) Roeder, Ralph. OP. CIT. T. II. P. 181.

Para muchos liberales que después atacarían a las comunidades durante el profiriato, ésta actitud, tan distinta de la asumida por las mismas comunidades agrarias en la invasión norteamericana, sería una oculta justificación para el despojo. Lo que aconteció fué que, al contrario que en 1847, los franceses venían llamados por una facción mexicana y dicha facción tenía contactos previos con las comunidades, de manera que había un medio claro para plantear a los campesinos la conveniencia del nuevo régimen, en vista a la posible derogación de las leyes que habían permitido el despojo de sus tierras a manos de los terratenientes en la última década. Así, el campesinado y varias comunidades indias se adhirieron al imperio en la primera etapa para lograr, o intentar lograr, con él, las reclamaciones de justicia que no habían visto satisfechas en los regímenes republicanos.

Estas aspiraciones indígenas y campesinas, se vieron reflejadas en el tardío intento de reforma agraria del Emperador Maximiliano en 1865, apoyadas tenazmente por el espíritu, claro aún, de su consorte, la Emperatriz Carlota; sin embargo, para entonces, la línea de los intereses conservadores de la Iglesia y los hacendados reaccionarios, estaba mas que clara sobre la política imperial y el decreto de octubre de ése año, liberando a los peones de varias cargas ancestrales y dando a las comunidades de protección que un día les mantuviera la Corona Castellana, llegó tarde y, de hecho, no fué aplicado

debido a los intereses de los hacendados. Nos dice Roeder que, para entonces, "ya era tarde para robarle la revolución a Juárez" (42).

Como los autores liberales que relataron el desenlace de la Intervención eran los mismos personajes que volvieron a aplicar las medidas de nacionalización y fraccionamiento de las comunidades campesinas al reestablecerse el régimen republicano, es muy difícil que ellos explícitamente hagan referencia al apoyo de la gente del campo para lograr la victoria juarista contra los franceses y los conservadores mexicanos. De hecho, en última instancia, han sido ellos mismos los que explicaron la victoria republicana en función de la intervención diplomática norteamericana posterior a la victoria unionista en los Estados Unidos. En ello han coincidido los conservadores, que escribieron luego sobre el tema y ésa fué la posición oficial del gobierno de Díaz, dedicado a contentar a los norteamericanos dándoles el crédito por lo que el propio pueblo campesino había logrado al convertir sus "guerrillas en portentosas divisiones" (43).

Por lo mismo, la información acerca de la ayuda campe-

(42) IBIDEM, T. II. P. 347.

(43) García Cantú, Gastón. OP. CIT. P. 186.

sina a la causa liberal es reducida y está presentada de manera fragmentaria. Se sabe, por ejemplo, que Teodoro Flores, mixteco del pueblo de San Antonio Eloxochitla, fué cabecilla y principal de los nativos de la sierra entre Puebla y Oaxaca contra los invasores norteamericanos de 1847 y que luego luchó contra los "mochos" en la Guerra de Reforma y contra los invasores franceses; que, por lo mismo, conoció el 5 de mayo de 1892 a la criolla poblana Margarita Magón, con quien contrajo matrimonio y se retiró a la sierra hasta que, de nuevo, fué llamado por el general Porfirio Díaz con motivo de la toma de Puebla el dos de abril de 1867, para la cual llegó con 300 de sus vecinos serranos (44). García Cantú también menciona la actividad guerrillera como la principal razón que evitó la estabilización militar que Bazaine, comandante del ejército francés de ocupación, sabía indispensable para poder contar con el Imperio. En opinión del periodista, la actitud de los Estados Unidos respecto a la intervención, no cambió sino cuando las guerrillas se fortalecieron lo suficiente como para pensar en una eventual victoria republicana, y que ello influyó mas en el cambio de actitud norteamericano a partir de 1865-66, que la victoria sobre las fuerzas confederadas.

Enrique Krause menciona que José Zapata, gobernador--

(44) Benítez, Fernando "Cárdenas y la Revolución Mexicana". T. I. "El Porfirismo". FCE, México, 1985. P. 68.

del Pueblo de Anenecuilco, mantuvo correspondencia con Porfirio Díaz alrededor de 1874 con respecto al problema que tenía el Pueblo con las Haciendas azucareras y sus ingenios, a los que llama "enfermedad maligna que se extiende y destruye," y le pide su apoyo para solucionar los problemas de la población. Menciona que el mismo Porfirio les había visitado y comprometido su participación en la lucha por los derechos del pueblo. Al estallar la rebelión de Tuxtepec, Anenecuilco mandó una carta mas esperanzada aún, sobre la ayuda que pedían los comuneros del general liberal y menciona que los habitantes del pueblo "hemos seguido fielmente sus pasos". Mencionaron también que Zapata había muerto, y es interesante que, aunque Díaz mandó a sus secretarios contestar en los "términos de siempre", agregó que sentía la muerte del gobernador comunal, pues "era fiel servidor y capaz amigo" (46).

El mismo investigador del Colegio de México, menciona que Díaz, el principal comandante republicano en el sur del país, había iniciado sus campañas militares en la Guerra de Reforma con fuerzas obtenidas de Juchitán, de donde dice el mismo don Porfirio, "pedía obtener cien o doscientos hombres armados y municionados". Díaz logró el consenso de los indígenas de la zona del Istmo de Tehuantepec, y aprovechó la lucha

(45) Krause, Enrique. OP. CIT. P. 32 - 34.

ancestral entre la ciudad de Juchitán, predominantemente indígena, y la de Tehuantepec, dominada por la aristocracia criolla conservadora. Entre los naturales del Barrio de San Blas de la última Ciudad, Díaz era considerado encarnación de Cociopij, último gobernador tenochka del Istmo y sobrino de Moctezuma. Con dichos apoyos, el que se haría Presidente "necesario" del país en el fin de siglo, organizó guerrillas para vencer a los conservadores sin instrucciones o ayuda de sus comandantes, se vió obligado a pensar por sí, y a "convertirse en gobierno", según sus propias palabras.

Por lo anterior, es posible concluir que, al menos el jefe republicano en el Sur, Díaz, estaba en posibilidades muy concretas de formar guerrillas con la alianza y ayuda de diversos pueblos de la sierra oaxaqueña y del istmo de Tehuantepec y que, de acuerdo a dicha alianza, se convertiría en los años siguientes, en un recurso de los campesinos en la defensa de sus tierras contra los hacendados.

En el norte, al final de la contienda, el jefe republicano principal resultó ser Mariano Escobedo. Es importante destacar que el mando de Don Mariano era relativamente reciente a la hora del triunfo de la República, dado que en los primeros años, cuando el Presidente y su sombra de gobierno Nacional huyeron hacia el norte, Juárez había confiado aún en las alianzas políticas con los diversos jefes establecidos como cacic-

ques en los estados en que varias veces buscó refugio. En el caso de Vidaurri, gobernador de Nuevo León, y persona que inspiraba la desconfianza entre los amigos cercanos al Presidente de la República, la situación fué ejemplar: el gobernador recibió primero a Juárez y, luego de una serie de maniobras, terminó pasándose al Imperio con toda su jurisdicción, obligando al Gobierno Republicano a marchar rumbo a Chihuahua. Mariano Escobedo, por su parte, había participado en segundo plano durante la resistencia norteña al avance del general Taylor en 1846 y 1847, y más tarde defendió los principios de la Revolución de Ayutla. Luego, cuando las tropas republicanas eran desbandadas en las llanuras del norte como consecuencia del avance imperial, el acoso de las fuerzas conservadoras mexicanas y la defección de jefes militares y políticos, Escobedo fué capaz de levantar una división para mantener la lucha y aunque no hay noticia clara, ni aún indirecta como en el caso de Díaz, del modo como se hizo de hombres y pertrechos, es posible imaginar que recibió mas apoyo de los pueblos de aguerridos rancheros y pequeños agricultores de los estados fronterizos, que de los jefes militares y políticos cuyos intereses eran mantener cacicazgos obtenidos durante los turbulentos años anteriores.

La organización popular, o al menos la articulación de un partido político no popular (como era el liberal) con fuerzas de extracción campesina, es una tarea muy difícil,

cara y tardada. Por lo mismo, la unión entre campesinos y liberales republicanos tomó años. Durante ese tiempo, pareció que la victoria final correspondería a las fuerzas conservadoras apoyadas por el Ejército Francés y encabezadas por el Emperador Maximiliano.

Ello hubiera sido posible, en realidad, si el Imperio hubiera logrado constituirse en el fiel de la balanza social establecida en la sociedad mexicana en el período de dominación española. Los intentos del mismo Emperador y de su consorte en ése sentido fueron muchos. Se sabe de sus paseos por Morelos para conocer las demandas de los pueblos y aprender a escuchar a los indígenas, o de su disposición de hacer publicar los decretos imperiales en castellano y nawatl; pero todas esas medidas casi en nada avanzaron al tratar de hacer efectivas las promesas a los campesinos que inicialmente apoyaron el cambio de la República en Imperio. Los Hacendados eran en realidad, la fuerza política con la que el emperador y sus amigos franceses justificaban la presencia en México de un régimen extraño, por lo mismo, no podían agredir sus intereses de casta. Sólo en el caso de Manuel Lozada, líder de los indígenas y campesinos del cantón de Tepic, los decretos imperiales sobre reparto de tierras y protección de los derechos campesinos se aplicaron, principalmente porque desde hacía años las tierras reclamadas por los naturales del lugar estaban ocupadas por ellos mismos. Sin embargo, el apoyo impe-

rial a las reclamaciones agrarias de Lozada, no le redituó al Imperio ayuda militar significativa como la que el mismo caudillo había prestado a la causa conservadora años antes, cuando estaban sus hombres apenas en proceso de ocupar las tierras en reclamación. El "Tigre de Alica" se retiró a la vida privada y recomendó a sus hombres mantenerse armados pero respetuosos de la ley, toda vez que ya tenían la tierra. Esta actitud será importante en el Porfiriato, cuando la alianza campesinos-liberales traería la idea de que los cauces legales de reclamación estaban de nuevo abiertos y permitiría al Gobierno central, controlar el movimiento campesino con promesas y trámites judiciales. Lozada pues, terminó la Guerra de Intervención en neutralidad armada, lo que le permitió mantener relaciones relativamente armoniosas con los gobiernos republicanos posteriores, hasta que trató de asentar definitivamente la posesión que de hecho disfrutaban sus hombres desde años antes. Entonces, diversos poblados de los vecinos Jalisco y Zacatecas, empezaron a unirse al cantón independiente de Tepic, y ello provocó el temor de que las ideas de reforma agraria y reparto de tierras entre los naturales, cundiera en el resto del país. La rebelión sería aplastada entonces (46).

En cualquier caso, la política agraria imperial no llevó al campesinado a nada concreto, salvo el caso mencionado.

(46) Reina, Leticia, OP. CIT.

Por lo mismo, es dable suponer que paralelamente a la desaparición de las expectativas campesinas hacia el Imperio, se hicieron mas claros los apoyos a la causa republicana, representada ante los poblados no por el Presidente y su gabinete liberal, sino por los caudillos guerrilleros en lucha contra el extranjero. La identificación de la lucha anticolonialista con la de reclamaciones agrarias, se volvió a dar, merced a la desaparición de las promesas de Reforma del régimen de Maximiliano.

El tiempo que duró la intervención, un lustro, de 1862 hasta 1867, se explica por este paulatino cambio de posición del campesinado que, si bien no ayudó efectivamente a la causa imperial en un principio, al menos no se le opuso, dejando sólo a las fuerzas militares republicanas. Al final, cuando las promesas de cambios agrarios habían sido destruidas por la dependencia del nuevo régimen respecto de los intereses conservadores, los campesinos iniciaron su apoyo real a la guerra de guerrillas y con ellos, se pudo convertir las pequeñas unidades en verdaderas divisiones, como comenta García Cantú. El Ejército Liberal de ésta manera, se terminó de formar entonces, cuando los últimos elementos antiguos o advenedizos de sus filas, habían sido derrotados en la primera etapa de la guerra extranjera, o habían defecionado, integrándose a su verdadero partido de casta y clase.

Es importante mencionar que, ante la invasión, los

mandos militares y políticos liberales si se encontraron ante una decisión crucial respecto de la manera de afrontar la situación militar. Zaragoza, al poco de la victoria afímera del 5 de mayo, planteaba a su presidente la posibilidad de avanzar con todas las tropas hacia Orizaba, para echar a los franceses al mar, pero advertía del riesgo que concentrar a todas las fuerzas nacionales disponibles entrañaba. Cuando sus avanzadas fueron derrotadas en el cerro del Borrego al intentar tomar posiciones para el citado avance, Zaragoza aconsejó abortar la operación y esperar de la resistencia guerrillera lo que el Ejército regular no podía lograr.

Desde 1862, el Presidente Juárez había expedido un decreto autorizando a los gobernadores de los estados federados a organizar guerrillas y proclamando una especie de guerra de "tierra quemada" contra los invasores. Ello respondía a la necesidad del país y a las recomendaciones de sectores del partido liberal que entendían, como lo había hecho Ocampo en 1848, que la única defensa eficaz del país debería descansar en el campesinado armado.

Sin embargo, había otra posibilidad, la empleada por la oligarquía criolla en la Intervención norteamericana. Ella consistía en defender no la República, sino el país de los criollos, es decir, las ciudades principales. La idea era cercana al sentimiento criollo, pero especialmente al

conservador que, por lo mismo, había mantenido ahí su centro de operaciones durante la Guerra de Reforma. Sin embargo, Juárez mismo era criollo por su educación y un hombre urbano. Cuando en 1863 cayó Puebla, el presidente expidió una proclama en México llamando a la defensa "heróica" de la capital. Roeder, con razón, manifiesta que en aquél momento el Benemérito estaba a punto de sacrificar la libertad para su Patria a su Gloria personal. Los febriles aprestos para la defensa suprema del país en la Ciudad de México, se detuvieron por suerte, y Juárez abandonó el centro de poder para refugiarse en el cálido vientre de la Nación. La defensa de la capital era insostenible y Juárez, la abandonó en favor de la defensa del país .

Esa actitud del Presidente marca un hito en la historia mexicana. La Ciudad de México, desde los días de Tlakaelel, había representado el centro metropolitano, el lugar donde se realizaba el sacrificio de los bienes mas preciados de los poblados subyugados a ella. Sus palacios eran fruto de la expoliación del resto del país, como lo son hasta hoy, sus monumentos de gloria. Por lo mismo, la decisión juarista de defender el país sin la capital, fué uno de los simbólicos anuncios de una alianza entre el Pueblo y el gobierno que, a partir de ese momento precisamente, el Benemérito empezó a representar en una dimensión nacional.

Antes de la salida de México rumbo al norte, la imagen de Juárez no era muy distinta de la de anteriores Presidentes de la República, enclaustrados en el símbolo secular de la opresión: el Palacio Nacional, que lo fué de virreyes, tanto como de Moctezuma.

Cuando Juárez inicia su peregrinar, su imágen también comienza a transformarse en la de un símbolo nacional de resistencia. Es muy distinto que el presidente de la República visite un día alguna de sus provincias, para pasar revista de la administración que, todos saben, sólo beneficia a algunos y a la Capital. Otra cosa es que salga de la capital investido del poder supremo y esté dispuesto a sacralizar con él, el polvoroso camino que recorre su carruaje negro, y que humildes construcciones en el lejano norte, se hagan nuevos Palacios Nacionales. Si en algún momento la idea política de Estado se compartió materialmente con el territorio entero, fué entonces. Por lo mismo, el proceso habría de dejar un saldo favorable en la idea de Unidad Nacional de la Federación en el plano político. Yendo por vez primera juntos, el plano social se benefició también con el peregrinaje. Al mismo tiempo que las promesas de justicia de Maximiliano quedaban en el aire, los campesinos sabían que, un día, el Presidente podría tocar a sus puertas y convertir su jacalito en la residencia de la República entera. Al menos eso sentían, y ello ayudó mucho a los caudillos liberales que prometían la justicia futura

a cambio del apoyo militar presente contra el invasor extranjero. La imagen moderna de Juárez, como verdadero héroe popular, que seguramente él mismo no deseó, por sus convicciones occidentales y criollas, la forjó su éxodo por el territorio agreste del norte, que en la imagen popular, fue através de todas y cada una de las tierras de la Patria. Juárez se hizo leyenda popular a partir de 1863 en que, renunciando a la Capital de los Palacios y del poder consagrado, él mismo consagró al Territorio entero como República y con ello acercó su acción, partido e ideas, al Pueblo, hasta entonces desconfiado (y con razón), de las verdaderas intenciones liberales.

Este es el contexto presidencial con el que Juárez establece la alianza de la República perseguida con el Pueblo en una lucha anticolonialista. La unión de ambas vertientes insistió, fué lenta; duró un largo lustro, en el cual la causa imperial y colonialista ganó adeptos y la republicana perdió a muchos que resultaron ser débiles. Pero al final, se logró. Con ello, sin saberlo, el Benemérito de la Patria forjó una imagen suya que habría de ser heredada por la Presidencia en abstracto años mas tarde: la de símbolo de la República. A partir de entonces, la banda tricolor en el pecho del Primer Magistrado de la República, adquirió su actual sentido.

Al mismo tiempo, los expedicionarios franceses iniciaron poco a poco una política que contradecía las promesas

de estabilidad y justicia que habían hecho a su llegada. Ellos cometían los mismos abusos que supuestamente pretendían atajar. Por otra parte, Bazaine, Mariscal de Francia, estableció un pupilaje indebido sobre el Emperador y el Imperio. Nada de lo realmente importante, podría decidirse sin su consentimiento; y su preferencia por las tropas expedicionarias, aunada a la desconfianza y desprecio que le producían las nacionales del Imperio, provocaron que las fuerzas mexicanas sufrieran las más duras pruebas y las menores atenciones, lo que hizo decrecer la moral en sus filas. El Emperador, con todo, confiaba aún menos en la lealtad de los mexicanos conservadores. Prefirió proteger a los voluntarios austriacos y belgas que su hermano y su suegro levantaron en Europa para apoyarle y ello aisló más al ejército conservador que, al fin del Imperio, sería el que cargaría con la defensa del monarca. Debe recordarse que muchos campesinos del centro del país, habían apoyado el régimen monárquico gracias a las gestiones realizadas por los caudillos conservadores. Al ser estos relegados en el campo militar, la Intervención por sí misma se confesaba un intento colonialista y al renunciar así, a la máscara de ser apoyo a una facción oprimida de la población, se mostraba repugnante a los ojos del nacionalismo campesino, que poco a poco, abandonó las filas de la monarquía o de la pasividad, para sumarse a la guerra de guerrillas encabezada por Juárez-símbolo.

Hay pues, dos procesos políticos importantes que se llevan a efecto en el Pueblo mexicano durante los cinco años de intervención extranjera. El primero está explicado arriba y se refiere a la sacralización de la figura presidencial, que sirve de base al establecimiento del Presidencialismo Mexicano al Triunfo de la República; Juárez había recibido en 1862, facultades extraordinarias del Congreso para contrarrestar la invasión extranjera y las logró con grandes problemas, pues el Congreso era aún poderoso y no desaba fortalecer el Ejecutivo. Al fin de la Guerra de Intervención, el poder del Presidente era tal, que podía manejarse sin mayores preocupaciones frente al legislativo. Por otra parte, mas allá de las profundísimas diferencias ideológicas entre la idea de Nación de Juárez y su partido y aquéllas del Pueblo, el peregrinar presidencial había hecho del titular del Poder Ejecutivo, el símbolo de la Nación al que todos acudían para resolver sus problemas.

El otro proceso político, es la aparición de los nuevos jefes de armas al amparo de la lucha guerrillera. La exaltación de Porfirio Díaz en el Sur y de Mariano Escobedo en el Norte, manifiesta la tendencia popular a abrazar la causa republicana personificada por Juárez-símbolo, llegando a acuerdos regionales y de pueblo por pueblo con los caudillos militares fieles al Presidente peregrino. Ellos no están asociados, de manera definitiva, con aquéllos que trataron de despojar

al campesinado de sus tierras y en cambio, aparecen en el momento mismo de celebrarse la alianza contra un invasor extranjero. Para los caudillos no hay problema, ni compromiso mayor, al prometer su intercesión para obtener mercedes de tierras y protección a derechos de comunidades alejadas, ya que al fin, a la hora de la victoria, no serán ellos los encargados del ramo que ha de atender esos asuntos. Por lo mismo prometen; a cambio, engrosan sus guerrillas y las convierten en divisiones, las mejoran y las hacen un ejército. Después, será cosa de ladinizar a la oficialidad del mismo, para lograr formar, de nuevo, un instrumento dócil. Después.

El desenlace del Imperio era claro desde que el mismo no fué capaz de obtener el consenso de las dos sociedades mexicanas. No lo logró porque, a pesar de que su entendimiento del problema agrario fué mucho más claro que el de los mismos republicanos (aferrados al proyecto económico del latifundio exportador de materias primas), estaba atado a la fuerza conservadora que le había llamado y que tampoco estaba dispuesta a reducir sus ganancias o la perspectiva de ellas, concediendo a los campesinos una oportunidad de compartir el desarrollo mexicano, ni siquiera aceptando, junto con su venerada Emperatriz, que aquéllos eran "la única clase que trabajaba y sustentaba al Estado"(47) Aparte, los conservadores tenían el impedimento tradicional de casta. Ellos, menos aún que los libera-

(47) Roeder, Ralph. OP. CIT.

les, podrían aceptar la alianza campesina.

Los liberales, en cambio, como clase advenediza en la alta sociedad mexicana del siglo pasado, podían ofrecer la esperanza de mejoras a los hombres del campo y de hecho, estaban más cercanos a ellos en posición social, costumbres y cultura. Por lo mismo, sus ideas eran más fácilmente camuflables tras la imperiosa necesidad de la guerra anticolonialista. Debían ser los liberales los que lograran la fuerza campesina para su causa. El proceso se había iniciado, como dije arriba, desde la Revolución de Ayutla. La ausencia de apoyo internacional desde los Estados Unidos, ayudó más al proceso; estando sólo los liberales, su única tabla salvadora era el campesinado y se asieron a ella.

Pese a la falta de profundidad en las convicciones liberales respecto del campesinado nacional, la República logró restaurarse, nos recuerda García Cantú, gracias a la articulación del constitucionalismo juarista y el nacionalismo popular. Por lo mismo, Maximiliano debía de morir en Querétaro. Era el sacrificio ritual que los criollos mexicanos, más allá de sus convicciones políticas, debían hacer para demostrar a la Nación que pretendían organizar, que renunciaban definitivamente a los intentos de traer del exterior el poder que les fincara en sus privilegios. Era la renuncia final a los acuerdos de Iguala. De ahí en adelante, en cualquier caso, habrían de atenerse a sus propios recursos y a la ladina

habilidad de manejar la realidad nacional para obtener, y mantener, privilegios. Desde el momento mismo en que lograron unir a su ideal republicano, el nacionalismo popular y revolucionario del campesino, habían demostrado de manera singular sus buenas aptitudes para dicha tarea. Cuando Maximiliano cae muerto en el cerro de las campanas, la República se fundamenta, al fin, en un acuerdo nacional que incluye a las dos sociedades, a los de Arriba y a los de Abajo.

La legitimidad que obtuvo el partido liberal para construir el Estado Mexicano en 1867, se basaba en el nacionalismo y las ideas de Independencia y Soberanía. El principio de No Intervención es pues, parte de la esencia del moderno Estado Mexicano.

Los criollos liberales habían aportado lo que el campesinado no podía proporcionarse a sí mismo, y que lo hizo ser dependiente de otras clases hasta nuestros días: la organización nacional y su necesaria representación. Tomando en cuenta que los criollos sólo habían aceptado la alianza presionados por la ingente necesidad de sobrevivir al ataque de sus enemigos, ello era más un peligro para el futuro del campesinado que una ventaja. Pero ¿quién podría ver ello cuando los hombres del campo aclamaban a Juárez-símbolo en su regreso triunfal al centro de la República?, ¿quién lograría encauzar el trabajo de hacer valer las mil promesas liberales,

que las mil bocas de comandantes y caudillos habían hecho casi en cada Pueblo de la Sierra? Lo mas grave, ¿quién lograría denunciar que la actitud de los liberales, como clase, era no cumplir nada de lo ofrecido?

Hay un aspecto que es importante analizar acerca del Estado Liberal surgido al triunfo republicano de 1867. El consenso anticolonialista que explotó el liberalismo para organizar las guerrillas populares, que explican el triunfo militar de la República, se expresó ante los ojos de todos los mexicanos, los opresores y lo oprimidos por igual, como una lucha por el mantenimiento de la legalidad. La argumentación esencial del gobierno juarista, desde los días de la Reforma, fué que el gobierno presidido por don Benito era el legalmente constituido, en base a la Revolución de Ayutla. En este último aspecto, encontramos la base de legitimidad indispensable en toda discusión acerca de títulos legales en política. La Revolución de Ayutla, aún imperfectamente, había representado un intento de alianza entre los liberales y ciertos sectores campesinos. Que ello estuviera permeado por el caciquismo y la manipulación, era lo menos importante, en cuanto ello no afectaba al argumentado carácter popular de las instituciones que devinieron de Ayutla. Por lo mismo, se legitimaban la Constitución de 1857 y las leyes de Reforma decretadas por el Gobierno Liberal perseguido por el conservadurismo. Por lo mismo había un fundamento para pedir a las comunidades

su apoyo a la causa constitucionalista y luego reformadora, aunque en realidad dicha reforma al primero que perjudicaba era al campesinado. Pero, a la hora de la guerra, se suelen hacer muchas alianzas extrañas.

Por lo mismo, la invasión auspiciada por los conservadores derrotados traía, como consecuencia, la elevación moral de la causa republicana, atacada por los poderosos pese a los títulos legales que para bien o mal le acreditaban. Por lo mismo, cuando Juárez rechaza el ofrecimiento de alianza que le hace Maximiliano, lo hace desde la complaciente posición del magistrado que deja un momento sus ocupaciones oficiales, para atender la súplica de un particular. Por ello, Juárez no abandonaría el territorio nacional, sabedor que, de hacerlo, aceptaría no sólo la preeminencia militar de su adversario, sino que su propia causa había dejado de ser la Institución y se había convertido en una simple facción.

Cuando Juárez se consagró a él mismo y a la Institución Presidencial con el peregrinar por el norte, al mismo tiempo daba al símbolo una expresión de legalidad a toda prueba. Por lo mismo, la mas grande crisis del republicanismo se dió al fenecer el mandato constitucional de Juárez y plantearse la cuestión de la sucesión presidencial, en plena Guerra de Intervención. Entonces, Juárez la resolvió eliminando las vías legales de los aspirantes a sustituirle y recordando

la situación de emergencia de la República. Sorteando ese escollo, a los ojos del Pueblo llano, Juárez se hizo símbolo no sólo de la Independencia, la Soberanía y la Nacionalidad, sino del mismo Estado de Derecho.

Ello traería una consecuencia funesta para los movimientos campesinos: se encontrarían maniatados por su propio y ancestral respeto a la Ley, al reconocer las instancias legales representadas por el Estado Liberal que consolidó la alianza entre liberales y ellos.

Así, la Restauración de la República trajo también la restauración del concepto de Estado de Derecho y legitimó las instancias legales para la resolución de conflictos de tierras y, por lo mismo, evitó muchas rebeliones en el período que siguió.

No ha de verse en la rebelión porfiriana un retroceso a la época anterior a la Restauración de la República, toda vez que la discusión general acerca del Estado, ya había sido superada, para todos, a partir del consenso de la victoria liberal-popular contra el Imperio. De lo que se trataba, era simplemente de ver quién debía conducir la nave del Estado, en un momento en que la actitud liberal intransigente de los liberales civilistas, amenazaba con romper el cimiento del mismo Estado: el consenso. Los militares, formados en partido oposi-

tor a la reelección de Lerdo, establecían una opción de dirección política que permitía, a las dos sociedades, discutir en otros términos. Por lo mismo, triunfaron.

Los términos de la facción militar del liberalismo mexicano, se refirieron al fundamento mismo del Estado Liberal y a los cimientos de la idea de legalidad arriba anotada.

Aunque los civilistas aparentaban encarnar la legalidad, de hecho la despojaban de sus contenidos reales, al pretender aplicar la norma jurídica desconociendo la realidad social. Por lo mismo, insistieron en el desmantelamiento radical de las comunidades indígenas y campesinas y en la sumisión de los actores políticos, civiles y militares, a la teoría legal Republicana, mas allá de los muy reales intereses caciquiles.

Juárez, en su doble carácter de criollo, liberal y presidente-símbolo, logró sostener esa política y sostenerse al mismo tiempo en el poder. Lerdo sucumbió ante un militarismo más realista, que supo jugar con las promesas al campesinado, las componendas con los caciques regionales y la apariencia legal.

Por lo mismo, casi durante toda la dictadura, la figura presidencial, encarnada en Porfirio Díaz, se presentó para

todos los mexicanos como el vértice mediador de los conflictos entre poseedores y desposeídos. Que aún en la grave crisis de Río Blanco, los trabajadores hallan recurrido a él, en calidad de árbitro, habla claro del poder de conciliación que la presidencia tenía.

El papel del Virrey había sido sustituido eficazmente por un Presidente que, con los años, se veía mas y mas envuelto en su marco de leyenda y por lo mismo, se volvía aparentemente mas ajeno a los intereses de casta y clase de las sociedades en conflicto; por lo mismo, se legitimaba ante ambas.

El problema principal del régimen presidencialista durante el Porfiriato, era su incapacidad para reproducirse a sí mismo sin caer en la insurrección militar y, en vista de la agudización de los conflictos generales al fin de la época, sin una Revolución social de consecuencias inimaginables. Porfirio se hizo viejo en la medida en que el país cambió. Por lo mismo, pese a que su respetabilidad y poder de negociación aumentaron, su vida se acababa y ello hizo más tensa la situación.

Ante esta perspectiva, fué que surgieron los primeros grupos políticos. Su objetivo era establecer un mecanismo de continuidad para el régimen en caso de que don Porfirio

faltase. Hubo dos tendencias, la científica y la militar.

De nuevo, se presentaba la dicotomía entre los mandos castreses y los civiles, sólo que las condiciones en que cada parte se encontraba eran ahora muy distintas. El Ejército se había convertido, de nuevo, en un eficiente aparato represor por medio de su paulatina profesionalización y consecuente desligamiento de los intereses campesinos que originalmente lo habían formado. Sus altos mandos eran, de nuevo, los aspirantes al poder en sustitución del caudillo; pero no eran los de las Guerras Republicanas, de hecho ésa generación de militares había sido ya eliminada, fuera por la política del mismo porfirismo, fuera porque se habían rebelado aisladamente en contra del régimen (Negrete terminó proclamando un programa de tendencia socialista durante la dictadura, por ejemplo) y habían sido derrotados, fuera porque se retiraron de la vida política activa, o fuera sencillamente porque resultaron menos longevos que don Porfirio. Los militares del llamado partido castrense, en las postrimerías del régimen liberal militarista, eran cuadros nuevos, mas parecidos al aristócrata conservador que al guerrillero republicano. Profesionales de su oficio, estaban consecuentemente, aislados de cualquier movimiento popular, por lo que no tenían otra base real de poder que las armas de las fuerzas que comandaran. Ello demostraría, en los tiempos de la Revolución, ser una grave desventaja, toda vez que, cuando tuvieron que luchar por el poder lo hicieron

sin acierto y recurriendo siempre a los métodos terroristas, dado que no tenían otra manera de convencer.

El partido civil, el "científico", era también de nuevo cuño. No tenía que ver con los idealistas liberales forjadores de la Reforma y defensores de la República en el Foro. Eran positivistas convencidos de pertenecer a la clase social llamada a dirigir y recibir los mayores beneficios de una explotación moderna y racional de los recursos de México. Por lo mismo, eran, por un lado racistas y por otro, magníficos pero miopes, administradores del gobierno. Por lo mismo, tampoco eran peligrosos para la hegemonía personal de don Porfirio, quien mantenía para sí los contactos con la gente, con los caciques, con los peticionarios de tierras y con los hacendados importantes; en tanto ellos, los jóvenes e impetuosos administradores del reino, se encargaban de las altas y bajas talachas siempre necesarias.

Los dos sectores políticos que he mencionado, dependían por su propio alejamiento de la realidad social mexicana, de la presencia de don Porfirio y serían incapaces de sustituirle, como demostraría, para el caso de los científicos, León de la Barra y para el de los militares, Victoriano Huerta. El viejo cacique entre caciques, se encargó de no proporcionar a sus ayudantes la llave del poder que era, precisamente, la capacidad de erigirse, con conocimiento de causa, entre los

intereses sociales de los dos Méxicos.

Así pues, no era de esperarse que el partido militar o el científico fueran capaces de sustituir al dictador cuando la naturaleza misma lo fué haciendo viejo y débil. El viejo líder se había asegurado que el control de las riendas que sujetaban a la "caballada", las tendría solamente él y que el conocimiento del arte de su manejo sería su exclusiva propiedad. En realidad, así fué. Sólo la gran escuela política y social de la Revolución de 1910, fué capaz de proporcionarle al país toda una nueva generación de hombres diestros en el manejo de esa "caballada" que, para nuestros gobernantes, ha sido siempre México.

2.3. PRELUDIO REVOLUCIONARIO: DEL CONSENSO POR LAS ARMAS A LA - INSURRECCION.

Todo período de paz, pese a ser el de una dictadura pretoriana o el de una paz consensual endeble, permite a la sociedad, como conjunto, reorganizarse y recrearse y, a veces, transformarse.

Para la sociedad dividida mexicana, el Porfiriato significó eso precisamente. Los oprimidos se refugiaron en la recreación de su cultura ancestral, la cual fortalecieron y prepararon para imponerse durante el período revolucionario. Era y es, parte de la defensa natural y obligada contra el embate dominador capitalista. La sociedad urbana, por su parte, se encontró con los nuevos retos que la industrialización y el crecimiento de las ciudades traía. Para enfrentarlos, usó parte de la cultura campesina que heredaba y se avecindó en nuevas colectividades, que son la base de nuestra organización urbana popular moderna. Pero también tomó de los centros de poder noratlánticos una serie de ideas para enfrentar la crisis del nuevo modo de vida.

Por lo mismo, la influencia de las ideas socialistas utópicas, del socialismo científico marxista y del anarquismo fueron aceptadas, poco a poco, por algunos sectores de la sociedad

urbana. Alrededor de la lucha política contra la dictadura que provocó la agudización de la contradicción entre las promesas porfiristas de los primeros días y la realidad establecida por el régimen, se crearon otras corrientes que empezaron a proponer ideas y soluciones al problema obrero y que se nutrieron básicamente en las ideas de Bakunin y Kropotkin y en las luchas sindicales de los países centrales y capitalistas. Los principales representantes de ésta tendencia fueron los hermanos Flores Magón.

Por otra parte, la influencia de los centros hegemónicos mundiales, se manifestó también en el otro extremo del pensamiento social occidental, el liberalismo democrático. Algunos de los miembros de las nuevas clases medias surgidas al calor del progreso material empezaron a encontrar estrechos los límites que les marcaba la dictadura para actuar y pensar. Otros, miembros de la burguesía no directamente ligada al régimen, encontraron sus posibilidades de progreso detenidas por la alianza entre la Gran Burguesía criolla y el Dictador Militar. Para ambas clases, un campo de lucha fué revivir el liberalismo político olvidado por el Dictador en 1876. La exaltación de los principios republicanos y las ideas democráticas de las potencias occidentales como Francia, Estados Unidos e Inglaterra se convirtieron en banderas.

Estas dos corrientes de pensamiento compartían, sin

embargo, un mismo sustrato social. Ambas estaban representadas por miembros de una sociedad urbana, altamente influida por la cultura occidental contemporánea y por lo mismo, partían de supuestos no necesariamente compatibles con las realidades del resto de los mexicanos. Si Madero, que al fin del proceso se erigía como máximo adalid de la causa democrática y republicana, aparentemente no tuvo casi nada en común con Flores Magón, en vista de que aquél era un rico hacendado, miembro de un clan político desplazado en el área de Coahuila por el poder central; y el pensador anarco-sindicalista hubiera hecho sus estudios en medio de la pobreza de las vecindades de la Ciudad de México y viviera, al estallido de la lucha antirreeleccionista, exiliado en los Estados Unidos; no significaba que el contexto cultural de ambos (una sociedad que se integraba rápidamente al mundo occidental moderno) no fuera el mismo, y que por ello, hubiera menor distancia entre ellos, que de cualquiera de los dos respecto al pueblo campesino. Este, aún formaba la mayor parte de la población y, como arriba dije, mantenía sus propias formas culturales en medio del embate de las haciendas y los inversionistas extranjeros.

Sus características, pese a ello, les permitieron a aquéllas tendencias cimentar, de alguna manera, la lucha nacional que se avicinaba en la primera década del siglo. Por lo mismo, permitieron que el ascenso revolucionario de las masas

campesinas encontrara una serie de postulados teóricos que, pese a no coincidir con sus propias y especiales necesidades, sí les permitieron estructurar un movimiento de carácter nacional.

En cuanto a los planteamientos magenistas, éstos evolucionaron desde la denuncia de las irregularidades del régimen porfirista en el ámbito judicial, hasta el planteamiento de un movimiento proletario de aspiraciones anarquistas como solución a los abusos sufridos por los pobres a manos de los capitalistas nacionales y extranjeros. Cuando los hermanos Flores Magón abandonaron el terreno de la denuncia liberal al régimen, la sanción de la dictadura también varió. Antes, les encarcelaba y suprimía sus publicaciones. Cuando, especialmente a partir del Congreso del Partido Liberal en 1901, Ricardo presentó un proyecto político en que sus intereses pasaron del simple jacobinismo al planteamiento de una sociedad liberada del yugo industrial capitalista, entonces la represión aumentó y los hermanos se exiliaron.

En los Estados Unidos "Regeneración", su "periódico de combate", se volvió a publicar. La persecución se reinició en el extranjero. Para 1906, publican el Programa del Partido Liberal y promocionan la organización de un grupo político radical que, ya no sólo desearía la reimplantación del liberalismo mexicano en el gobierno, sino la desaparición del Estado

que había surgido después de las Guerras de Reforma e Intervención. Regeneración pasó entonces de la lucha política a los planteamientos de cambio social. De hecho, avanzó mucho en el terreno ideológico, acerca del proceso que vivía el Estado Liberal. Para aquél año, el consenso social originario, basado en el nacionalismo, ya se había diluído y el tejido social sólo se mantenía por obra de la represión de opositores, campesinos u obreros. Por lo mismo, era oportuno plantear la desaparición de dicha sociedad organizada y, en base a un proyecto revolucionario, preparar el advenimiento de un nuevo régimen social. El Partido Liberal de Flores Magón se estructuró de manera muy eficiente y logró atraerse muchos afiliados, tanto en México como en el sur de los Estados Unidos (48). Sin embargo, los servicios de inteligencia y seguridad del gobierno los tenían vigilados y en determinado momento, controlados. Pese a ello, el magonismo ganó adeptos que luego serían dirigentes de la Revolución Campesina y de esa manera, influyó en el desarrollo de la misma. Al respecto, es importante recordar que tres agentes del Partido se integraron a las filas obreras de la Compañía Minera de Cananea poco antes de la Huelga estallada en 1906. Uno de ellos, luego de su encierro en San Juan de Ulúa, sería general del Ejército del Noroeste,

(48) Hernández Padilla, Salvador. "El Magonismo: Historia de una Pasión--Libertaria, 1900-1922". Colección Problemas de México. Ediciones Era México, 1988. p. 136 y siguientes.

Ver también Krauze, Enrique. "Porfirio Díaz. Místico de la Autoridad" OP.CIT. p. 96 y siguientes.

bajo las órdenes de Obregón. En la huelga de Río Blanco hubo implicados magonistas y en general, parte del proletariado obrero de las ciudades industriales recibió alguna noticia de Regeneración y de las ideas de sus editores. Por lo mismo, el Partido Liberal fué uno de los grupos políticos que mas cerca estuvo de convertirse, no sólo en un auténtico partido que aglutinara las simpatías de varios estratos sociales, sino que pudo llegar a ser un auténtico partido obrero, si las ideas de su fundador, Ricardo, no hubieran ido radicalizándose más rápidamente que la capacidad de incidencia popular del movimiento.

Para cuando estaban reprimidos los movimientos obreros de Cananea y Río Blanco, el sistema de información de Don Porfirio le anunciaba la proximidad del fin. De ello nos habla Krauze al señalar que durante la crisis, el Dictador ordenó al abogado Rafael Zayas Enríquez (49) la elaboración de un estudio acerca del movimiento en ciería y el encargado de la tarea, le informó que aquéllo no era una revuelta, "sino el presagio de una Revolución", que había encontrado "efervescencia abajo y alarma arriba".

Ahora bien, el principal problema de la Revolución que venía era que, aún era posible al abogado aconsejar u

(49) Kranze, Enrique. IBIDEM. p. 99.

Díaz ponerse a su cabeza, para poder controlarla. El movimiento en ciernes careció, entonces, de dirigentes claros en los objetivos nacionales a alcanzar. El proletariado llegaría a la hora del estallido con sus filas directivas diezmadas por la represión, y alejando del campesinado, sería fácilmente manipulable por los líderes de la facción burguesa de la Revolución. Regeneración y el Partido Liberal no alcanzaron a comprender la necesidad de allegarse, de manera inmediata, al Pueblo campesino, de organizar la unión entre los obreros en las ciudades industrializadas y los hombres del campo que, indudablemente, serían los ejecutores principales de cualquier movimiento revolucionario, dada la preponderancia de ese estamento entre los oprimidos. Las ideas del magonismo pecaron de ser demasiado especializadas en las cuestiones obreras y, de no ver en el campesino la fuerza principal del movimiento que se avecinaba. Su influencia, por lo mismo, fué indirecta y sus seguidores, alejados del centro intelectual del Partido, terminaron desintegrándose como unidad política y se afiliaron a otras fuerzas, a veces dispares entre sí.

El Partido Liberal no se consolidó como un partido popular que recogiera y guiara las luchas proletarias ni del campo ni de la ciudad.

Con todo, sí adelantó mucho el nivel de consciencia

revolucionaria en sectores claves del proletariado y del campo. Se sabe de su relación e influencia indirecta al zapatismo y de su legado en el movimiento obrero del centro de la República. Ello permitió a la sociedad de los de Abajo empezar a desarrollar la lucha de liberación desde un peldaño un poco más alto de conocimiento y organización que aquél en que la derrota del movimiento de Independencia les había dejado un siglo antes. Tristemente, no existió articulación entre las bases intelectuales de aquél movimiento y los pensadores que ayudaron a preparar la Revolución Mexicana, dada la inexistencia de un agente, como el Bajo Clero progresista insurgente, que retomara aquéllas y las compartiese o fundiera, con el pensamiento de éstos.

Por lo que toca al pensamiento liberal democrático, su evolución nació también de la raíz liberal; considerada como principio olvidado por la dictadura. Sin embargo, esta corriente no se planteó la necesidad inmediata de una reforma social, como el magonismo. En ese terreno, se mostraron más moderados y proclives a aceptar, como bueno, el orden social imperante. Sin embargo, su aportación al desarrollo posterior de la sociedad mexicana fué importante en dos sentidos; primero, como catalizadores del movimiento social; segundo, como sostenedores de un principio nuevo para la estabilidad y reproducción del sistema político, la idea de la No Reelección Absolu-

ta.

Respecto de lo segundo, es importante señalar que dado el estrato social en donde las ideas democráticas tuvieron mas auge, el problema de la reelección continua de Díaz y su imposible sucesión era sobrevalorado, y la organización de partido se dió en los cauces electorales más que en los de formación política o conscientización social. Ello los distinguía del magonismo que, habiendo rechazado la organización misma del Estado Liberal, no podía plantearse la participación en elecciones que implicaban el reconocimiento de la validez Estatal. Dado que la preocupación del Magonismo era la Justicia Social, su modelo de Democracia estaba incluido en su llamado a la Revolución armada. Sin embargo, ello impidió que importantes sectores de la clase media y algunos privilegiados, se acercaran a sus filas, e hizo no viable su posición como salida política para el campesinado triunfante de 1914. En éste punto hay que recordar que el Partido Social Democrata ruso, aún dominado por los Bolcheviques, nunca renunció a los espacios que la insignificante democracia que el zarismo abrió después de 1905 y, mucho menos, después de febrero de 1917. La radicalidad del magonismo, anarquista al fin de cuentas, permitió que otros actores electorales captaran el descontento de los grupos que aún no estaban dispuestos a lanzarse a la insurrección en los días en que la Rebelión campesina

no existía. Uno de esos actores fué Madero, que, con una idea de democracia formal y legalista pretendió recuperar para la República el respeto fiel a las disposiciones de la Reforma. Su planteamiento era una salida al sistema político imperante: ofrecía al mismo Dictador una salida a su reelección indefinida (que resultaría tarde o temprano imposible) y al problema de la sucesión presidencial, a la que ya se sabía no aspiraban, en realidad, ni los científicos, ni los militares, domesticados por el viejo caudillo en años anteriores. La democracia maderista respondía, también, al reclamo de las nuevas clases medias en el sentido de participar más activa y efectivamente en las decisiones, al menos en las más generales: las políticas, al modo de los pueblos de Occidente. En cuanto a las clases bajas, los proletarios y campesinos, estaban dispuestos a secundar un movimiento alterno al régimen imperante, más por la necesidad de ampliar las posibilidades inmediatas de lucha, que por su simple aspiración democrática.

Respecto a esto último, es importante recordar que el Pueblo de Anenecuilco y el de Villa de Ayala, núcleos de la posterior lucha zapatista, se adhirieron entusiastamente a la candidatura independiente de Patricio Leyva, hijo del padre fundador del Estado de Morelos. Ellos fueron los que, de hecho, hicieron al heredero del general liberal ganar unas elecciones que fueron burladas por los hacendados y Don Porfi-

rio, quienes ya habían promovido a Pablo Escandón, terrateniente, para gobernador. Tanta fué la fuerza que tomó el movimiento legal y electoral leyvista, que Francisco Bulnes escribió muy preocupado a un amigo en la Capital, que los oradores de la campaña leyvista habían "enarbolado la bandera Santa de los pobres contra los ricos" y que ello era una clara preparación revolucionaria (50).

Los campesinos no encontraron otras vías electorales previas a la insurrección final, que aquéllas que les abría el liberalismo democrático moderado de ciertos personajes, como Leyva o Madero. Este último, sí supo aprovechar el entusiasmo popular por lo nuevo, y, sin resolver la cuestión social, abrió nuevas expectativas y permitió la formación de alianzas de corte electoral entre las comunidades marginadas, que requerían apoyo político y los nuevos políticos, que si no imaginaban un orden social alterno, sí necesitaban de la fuerza electoral de los campesinos para poderse oponer, con posibilidades, al régimen militar. La Revolución Democrática, especialmente a partir de la publicación de la entrevista Díaz-Creelman, se entendió posible, por distintas razones, para las dos sociedades, la de los de Arriba y la de los de Abajo. De ahí el entusiasmo y la respuesta popular dada durante la organiza-

(50) Krauze, Enrique. "Emiliano Zapata. El Amor por la Tierra". F.C.E. México, 1987.

ción del Partido Antirreeleccionista de Madero.

En realidad, el Maderismo era la fuerza renovadora de consensos que Díaz pidiera en la entrevista con Creelman. Sin claros contenidos sociales, podría reabrir las expectativas de reforma ante los pobres y encadenarlos de nuevo a la institucionalidad.

Sin embargo, el Maderismo rompía también con las ambiciones de los grupos políticos alrededor del presidente; si bien ellos mismos no tenían posibilidades de acceder al poder, tampoco estaban dispuestos a que un advenedizo, como Madero, llegara a recomponer el esquema de intereses creados en el Poder Federal.

En la idea de dar una solución constitucional al problema de la reelección, Madero inclusive estuvo dispuesto a no postularse para Presidente por el Partido que ya había formado, sino a cerrar filas con el mismo Díaz y ser su pareja como Vicepresidente. Ello habría puesto al mismo Díaz al frente de la Revolución Democrática de 1910, como se le aconsejó años antes. Sin embargo, al igual que había cedido entonces a los intereses de los industriales y había fallado contra los obreros de Río Blanco, renunciando al liderazgo nacional que ellos le habían ofrecido, Díaz atendió al interés de los

científicos y militares y no perturbó a su propia Corte, aceptando al nuevo y poderoso grupo que Madero había organizado. Seguramente Díaz sabía de los contactos populares que por las elecciones había logrado Madero, pero aún así, precipitó a su régimen a la debacle. El Presidente habría podido renovar su consenso con varios grupos y habría abierto las expectativas de solución legal para muchas personas y comunidades ya acorraladas por el estado de dominación y dispuestas a la Revolución, pero renunció a ello.

El Caudillo-Presidente, el "hombre necesario", el "Salvador de la República", estaba cansado.

La crisis de la última década de Gobierno continuo de Don Porfirio Díaz fué, como muchos autores han sostenido, una de esas grandes crisis múltiples en que muchos factores explosivos se reúnen para dar como conclusión un movimiento Revolucionario que destruye el Estado de cosas establecido previamente y lanza a la sociedad en la búsqueda de nuevas formas de equilibrio. Es también, sin embargo, producto del poco seguro equilibrio logrado por los liberales criollos del siglo XIX, quienes habían logrado unificar a las dos culturas o sociedades mexicanas en el punto relativo a resistir la invasión colonial francesa del siglo anterior; pero no habían entendido, por causa de sus propios intereses de casta

y clase, las urgentes reclamaciones de justicia del campesinado y por lo mismo, no habían logrado un equilibrio para el largo plazo.

Así, el estallido de 1910 está ligado con el de un siglo antes que, junto con las ideas de Independencia había esgrimido también la necesidad de establecer una nueva sociedad, es decir, una en la cual el equilibrio pudiese ser permanente y que sustituyera al sistema de sociedades políticas separadas del virreinato. Ese intento revolucionario, fué barrido por la reacción y por lo mismo el sistema dual permaneció ligado al mundo mexicano. El Estado Liberal no significó la reestructuración de la sociedad sino la alianza de sus dos universos sociales y la desaparición de los elementos feudales más característicos de la etapa colonial. En cualquier caso, la solución era benéfica para quienes encontraron en el latifundismo un modo práctico de aumentar la producción de materias primas de exportación para los centros industriales de Europa y los Estados Unidos. Con ello, se traicionó también el sentido nacionalista del Estado Liberal, pero en niveles macroeconómicos, que no eran evidentes para la mayoría campesina y ni aún, para las clases medias que nacieron merced al proceso de integración en el mercado internacional.

Sin embargo, el desgaste de las promesas mil veces repetidas en las cartas y contestaciones de Díaz a correligionarios en pueblos y comunidades agrarias; la muerte de la mayoría de sus mediadores originales, surgidos como él mismo, de las alianzas hechas en la Sierra para conseguir tropas indias que lucharan contra el Imperio; su sustitución por nuevos caciques cuyos intereses eran eficientar aún más la explotación de la mano de obra campesina sin preocuparse de las consecuencias sociales que ello acarrearía; la formación de un ejército guiado por generales carniceros. Todo ello contribuía a hacer descansar la nave entera del Estado en el recurso, cada vez más usual, a la fuerza pública; con el consecuente desgaste político del régimen, la desconfianza de las clases alta y media; el peligro de una insurrección militar consecuencia de la inestabilidad; y los grandes gastos que siempre ocasiona mantener un ejército en lucha permanente contra el Pueblo.

Hay dos tipos de equilibrio Estatal, el primero se logra por medio de acuerdos (así sean mínimos) que unen a la sociedad entera alrededor de la organización política que es el Estado. El otro es el Terror Militarista, en el cual las partes de la sociedad no adictas a la organización política dominante, deben de plegarse a ella por la fuerza, mientras esa fuerza sea lo suficientemente importante para hacerles obedecer.

El Estado Liberal evolucionó lentamente desde el primer caso hasta el segundo. En 1910 ya no pudo mantener el orden y el Pueblo tomaría la iniciativa.

Si el consenso de la República restaurada había sido la lucha anticolonialista, dicho acuerdo nacional fué hábilmente mantenido en las partes oficiales, en las ceremonias y en la Política Exterior Mexicana, "orgullosa y gallarda", inclusive frente al coloso norteamericano. Sin embargo, en la realidad, más allá de la apariencia, el coloniaje por el que presionaba el imperialismo norteamericano se empezó a dar desde un principio, al establecerse las compañías ferroviarias del norte del país y las deslindadoras.

Poco a poco, el Pueblo entendió por ello, que el consenso nacionalista había dejado de existir, ya que era evidente la asociación de sus opresores nacionales y los extranjeros.

Por su parte, el movimiento popular había alcanzado, en 1910, un elemento imprescindible para movilizarse efectivamente: la consciencia de clase y para su clase. La opresión porfirista y la paz que proporcionó al país, lograron también ampliar los canales de comunicación social, de manera que se superara el terrible problema de la regionalización de la lucha, factor vital en la vieja estrategia criolla para sobrevivir.

Otro factor que contribuyó a la uniformación del proletariado rural como clase, fué el avance final del proyecto de explotación agrícola basado en el latifundio, proyecto concebido con carácter nacional y que por lo mismo, tendía a uniformar la fuerza de trabajo. Ello acercó las demandas de los diversos grupos oprimidos del campo y facilitó la comprensión general de que, a un problema nacional, debía corresponder una solución nacional.

Así, al momento de pasar a la acción en la defensa de las posiciones de clase, un elemento de confianza acompañaría a los campesinos: la seguridad de que, encendido el fuego, nada lo pararía. Precisamente la profecía de Hidalgo una centuria antes.

2.4 LA GRAN REVOLUCION SOCIAL DE 1910: LA BUSQUEDA DE UN NUEVO ORDEN

Rota la cimentación del Estado Liberal por las causas que he expuesto arriba, no quedaba otra salida al Pueblo que reorganizarse y tratar de plantear un nuevo consenso que le permitiera estabilizar otra vez las relaciones sociales en un Estado.

De hecho, una Revolución, en el sentido de replanta-

miento de los elementos sociales de un Estado, no puede nacer en un lugar, o en una fecha y una hora determinados. Las fechas que sirven para conmemorarles, son solamente boyas arbitrarias para marcar el fin de un momento y el principio de otro, y sus fines son más didácticos que históricos. El consenso social del Estado Liberal se había perdido mucho antes de su destrucción (la cual terminaría hasta 1914), mucho antes del estallido del 20 de noviembre. La sociedad mexicana de la primera década del siglo XX dejó de ser Estado; es decir, dejó de estar organizada políticamente poco a poco, casi sin ruido, hasta el momento en que campesinos, como Zapata, derribaron tecorrales y repartieron las tierras reclamadas.

Poco a poco, México se hizo sociedad atada a un sistema de gobierno que le era ajeno y que estaba formado por elementos que, al paso de la guerra social, se le hicieron tan extraños que hubo de disolverlos, como el Ejército Federal. Al final del mandato del general tuxtepeco, ni aún las clases sociales que él había privilegiado, le requerían para existir y estaban preparadas para luchar en la nueva disputa por la Nación.

Esta disputa por la Nación, a partir de 1910, se centró en dos actores principales. El primero de ellos el Pueblo en armas, que luchaba por un régimen de mayor justicia

social y en el cual desapareciera el latifundio como sistema de explotación de tierras y hombres. En realidad, su ideología era, para el estudioso urbano y "educado", muy nebulosa y sus hombres parecían guiarse más por los instintos de venganza y bandidaje, que por el afán de hacer de México una sociedad más justa. Sin embargo, la lucha campesina que desató Madero al proclamar el repudio al fraude electoral de 1910 y llamar al Pueblo a las armas contra el tirano, tenía raíces profundas en las luchas y reclamos primitivos, pero claros, de restitución de tierras, que venían desde la época colonial. Por otra parte, es simbólico que, en varias ocasiones, el campesinado manifestara su admiración por héroes como Morelos, Hidalgo y Juárez, con lo cual declaraba su adhesión, al menos a dos ideas: la Independencia y la Soberanía.

Por otra parte, se encontraba la sociedad privilegiada, que para el principio del siglo XX ya no estaba tan claramente definida como en el siglo anterior, pues las luchas del siglo XIX y las prácticas de cooptación habían roto el núcleo blanco, criollo o español, de un siglo antes. Por su parte, el fortalecimiento del Erario Público había hecho surgir un sector de clase media, formado racialmente por grupos heterogéneos y cuyos intereses oscilaban entre los del campesinado, de los obreros y de la oligarquía. Sin embargo, aunque difusa, existía una línea de demarcación de ellos como unidad y la

mayoría oprimida. Su cultura; su aspiración y proceder culturales les distinguían de los de Abajo en cuanto a que, mientras éstos habían sobrevivido al embate occidental desde la época colonial, por medio de la formación de un arte y un modo de vivir y ver la vida propio, los miembros de las clases acomodadas (y de la media que aspiraba a ser acomodada) habían ido siguiendo el derrotero cultural, artístico, urbano, social, de occidente. Por lo mismo, la guerra campesina de Zapata es un revolucionarse para no cambiar. Es el reclamo de lo pasado pra construir el presente y el futuro. La propuesta de las clases acomodadas mexicanas era diversa: seguir hacia adelante por la senda marcada por la industrialización nortatlántica. Por lo mismo, su aspiración democrática liberal se basaba en las ideas de las democracias occidentales, que se habían ido perfeccionando durante el siglo XIX y hacían ver a la Dictadura mexicana, atrasada. En el fondo, si bien se vé, se advertirá que dicho planteamiento es casi calcado de las ideas de los criollos liberales contra la Iglesia y los reaccionarios de unos años atrás. Por lo mismo, a Madero no se le hacía difícil presentarse como adalid de la aplicación de la Constitución de 1857, pese a no conocer las "vicisitudes de la vida constitucional de México e (ignorar) las razones por las cuales el Código Fundamental de la República no había sido obedecido a lo largo de nuestra vida política" (51).

(51) Quirarte, Martín. op.cit. p. 257.

En realidad, eran dos modos distintos de "vivir" en el mismo país los que se enfrentaron a partir de 1910. El primero, representado por los campesinos, implicaba una revisión profunda de la cultura de la mayor parte de la población, para extraer de ella el nuevo gobierno, las nuevas relaciones políticas y la nueva organización económica aplicables a dicho Pueblo. Así, por ejemplo, en las banderas de reivindicación de tierras, los campesinos manejaban una idea política más profunda: la de su autonomía comunal para decidir por sí mismos su destino. Al establecerse el poder zapatista en el estado de Morelos, Zapata rechazó la idea de ser gobernador maderista de la entidad, al contrario que Carranza, en el caso de Coahuila. Lo que sucedía, era que el caudillo suriano no había apoyado a Madero para sustituir a los grupos políticos que imperaban en su región, como lo hizo Don Venustiano. Su ideal era la reorganización de la propiedad en la zona, en base a los dictados de las mismas comunidades campesinas que le apoyaban. Cuando lo que Gilly llama la "Comuna de Morelos" se estableció, el general ordenó a sus nuevos colaboradores, ingenieros agrónomos de la Ciudad de México, que no se dejaren guiar por el "gusto por las líneas rectas" y que trazaran las demarcaciones entre los pueblos, de acuerdo a los dictados de las comisiones de campesinos. Y en las disposiciones de organización de la producción ordenó a sus subalternos se restituyese no sólo la tierra sino el derecho auto-

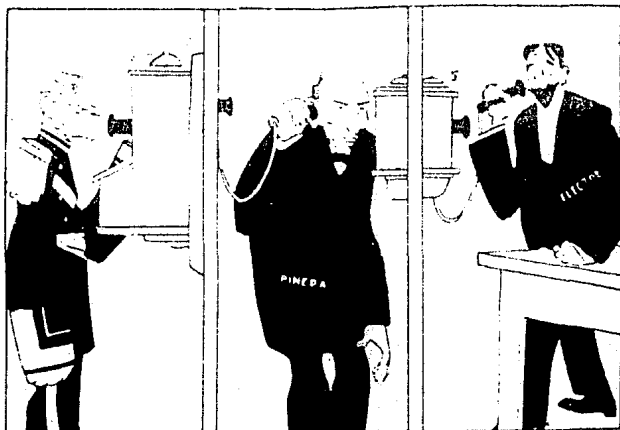
gestivo de explotarla como mejor pareciera a cada pueblo, en propiedades individuales asignadas o colectivamente -- (52).

Por su parte, la Revolución de la sociedad de los de Arriba sólo deseaba llevar a efecto un cambio de mando en la Presidencia y obtener así, la solución al problema de la sucesión del viejo general. Madero no deseaba tumbar a Díaz; siempre trató de mediar y hasta aceptó el triunfo del general en las elecciones, durante los acuerdos de Ciudad Juárez de 1911, para poder aceptar su renuncia y llamar a elecciones extraordinarias, en las cuales él, el verdadero ganador de 1910, volvería a ser electo.

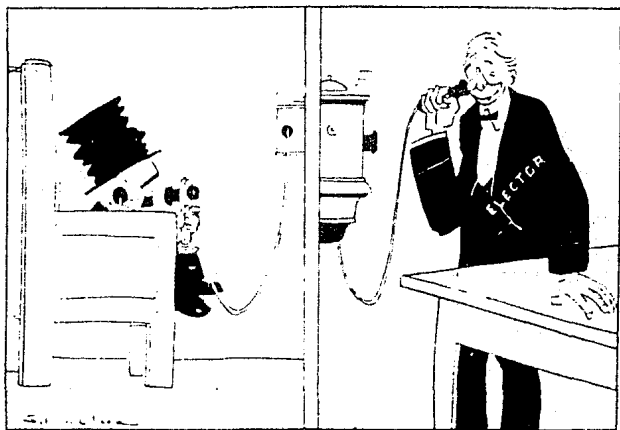
Los Tratados de Ciudad Juárez, realizados por la dirigencia maderista y los representantes de la vieja oligarquía científica, trataban de dar al dictador una salida decorosa y reestablecer el orden legal que malamente había roto Madero al llamar al Pueblo a las armas. La idea era nulificar la fuerza que el movimiento popular había dado al Lagunero, poniendo al mismo Ejército represor bajo sus órdenes, licenciando las tropas "irregulares" levantadas por los campesinos

(52) Palafox, consejero de Zapata en Morelos, ya apuntaba esa tendencia -- al contestar una carta de un filántropo capitalino, admirador del zapatismo y entusiasta de programas agrícolas novedosos. En la Ley Agraria de octubre de 1915, el mismo Palafox reconocería legalmente la tradición y la historia del derecho autogestivo de los campesinos en el Artículo 3o. de dicho ordenamiento. Ver Gilly, Adolfo op.cit. p.242 y siguientes.

Sistemas Electorales



En los fatídicos tiempos de la dictadura las elecciones eran indirectas



En la feliz época de la democracia, las elecciones serán directas

Multicolor. México, 13 de junio de 1912. Núm. 57. Año II.
Director José F. Elizondo caricaturista: Santiago R. de la Vega.

y estableciendo una Presidencia Provisional a cargo de un científico que durante un largo año se encargó de preparar el terreno para el restablecimiento del statu quo.

Es decir, el significado político y popular de la primera etapa de la Revolución (del estallido oficial a la firma de los convenios de Ciudad Juárez, entre Madero y los porfiristas), fué distinto para cada uno de los actores del drama mexicano de la época. Para los de Abajo, significaba una mediación indebida con los derrotados.

Implicaba una traición al ordenarse el licenciamiento de las tropas y la entrega de las armas que con tanto trabajo se habían conseguido. A cambio se les habló de la paz. Llevaban tres décadas oyendo la misma arenga. Ahora no la escucharían.

Para los de Arriba, fué una oportunidad dorada de mantener el orden y reestablecer las expectativas de progreso para las clases que ya lo habían tenido y para la que pretendía tenerlo. Madero implicaría un avance en las libertades civiles, que probablemente abriría nuevos cauces de participación política para las clases medias urbanas y, las arcas nacionales con nuevas concesiones, ayudas, proyectos, etc. Implicaba, por cierto, expectativas económicas.

Sin embargo, para que dichas expectativas pudieran darse, era menester que se acabara "el bandolerismo" desatado por la insurrección, es decir, que los reclamantes de tierras fueran tranquilizados, por las buenas o las malas.

La diferencia entre las expectativas políticas del grupo acomodado y sus cercanos, y las aspiraciones del resto de la población hicieron imposible el avance de ninguna de las dos ideas. Por una parte, los campesinos se mantenían a la espera de que Madero hiciera efectivas las promesas de justicia que había hecho en su campaña política, en el plan de San Luis y en las operaciones revolucionarias alrededor de Ciudad Juárez, y no soltaban las armas. A lo más, aceptaron ser incorporados al Ejército en calidad de tropas auxiliares. Por lo mismo, no volvió la tranquilidad y el proyecto político democrático no avanzó, porque la inestabilidad prohiaba descontento entre los oligarcas y su casta militar.

Por su lado, la oligarquía no deseaba, ni mucho menos, cambiar la estructura de explotación económica que le había llevado un siglo establecer. No iba a aceptar moderar las propiedades latifundistas ni mejorar las condiciones de trabajo de los peones acasillados. Menos, restituir las tierras.

Las clases medias que deseaban medrar del sistema imperante, tampoco aceptaban dichos reclamos del campesinado. Por lo mismo, el descontento aumentó en las zonas rurales y el juego interno de la rebelión campesina-represión siguió.

La lucha de Madero había sido contra la dictadura, por "liberar del poder" a su Pueblo, en la idea de que era el mismo Pueblo el que debía gobernarse a través de sus instituciones. Sin embargo, no entendió que, entonces, como en la época del Gran Morelos, o en la nuestra, no se puede hablar simplistamente de "Pueblo", al referirse a la sociedad mexicana. No es así. En México hay dos Méxicos, el uno occidental, opresor, opulento, "educado"...el otro, mestizo en verdad, que guarda tradiciones milenarias y recuerdos cercanos en su propia cultura y, que es oprimido y empobrecido por el primero. Si para la época de Madero la diferenciación racial que le permitió a Morelos entender ello y proclamar un Estado que moderara la opulencia y la indigencia como solución, había desaparecido; de todas maneras, oculto tras su nueva fachada latifundista e industrial, y de campesinos y proletarios permanecía el mismo problema. Madero no lo vió y, por lo mismo, no pudo entender la raíz de los problemas, que no se solucionaron ni en el período interino, ni durante su mandato. Su vocación era gobernar de acuerdo con las garantías establecidas en la Constitución para la sociedad, dándole al Pueblo la oportunidad de gobernar-

se en la democracia. Lo malo es que el pueblo, como unidad, no existía en ese momento. Lo que había eran dos sociedades, dos culturas, opresores y oprimidos, poseedores y desposeídos, en guerra social los unos contra los otros. Otorgar la libertad ...pero ¿a quién?; ¿a los campesinos?, protesta de los oligarcas. ¿A los oligarcas?, protesta de los campesinos.

2.4.1 LA FUERZA DE LA TIERRA: ZAPATA, CAPITAN DE LOS LABRIEGOS

El caso de Zapata, en Morelos, es el más claro para explicar el por qué de la caída de Madero en 1913, con apenas un año y tres meses de Gobierno Constitucional.

Desde antes de la proclama maderista por la revolución, Zapata había pasado a la acción; sin embargo al estallido de la revolución del 20 de noviembre, él y el Consejo de su comunidad esperan pacientemente que un delegado suyo regrese con cartas credenciales del presidente interino Madero, para poder insurreccionarse contra el Gobierno Central. El pudor campesino por el respeto a la forma, se manifiesta. Zapata era el último representante de una causa legal de siglos, por lo mismo, el recurso de las armas debería también estar investido del poder de la ley, aún cuando fuera la ley de un insurrecto contra la tiranía. Al llegar las credenciales, ya en 1911, Zapata rompe hostilidades contra los federales y alcanza a tomar Cuautla en mayo de aquél año. Se dice que

Díaz solía decir, en el exilio, que había estado tranquilo, "hasta que se levantó el Sur" (53). Seis días después de la toma de Cuautla, el dictador aceptó renunciar. Por lo mismo, y mucho más de lo que la historia oficial (escrita por quienes también combatieron al Sur), admite que el triunfo Maderista se debía a la presión ejercida en las cercanías de la Capital por el movimiento campesino que, Don Porfirio sabía, tenía razones ancestrales para levantarse en armas.

Sin embargo, al fin de la primera etapa de combates, el de nuevo candidato a presidente, Madero, visita Morelos y Guerrero, donde se plantean las primeras dudas del campesinado respecto del futuro de la Revolución. Le preocupa a los zapatistas la deferencia del líder nacional de su movimiento para con los hacendados que les critican por la manera en que tomaron Cuautla (a sangre y fuego). En entrevistas posteriores, Zapata insistiría en el reparto de las tierras despojadas a los pueblos durante los siglos anteriores. Madero deseaba dar una respuesta clara a su aliado, pero no podía. Después de todo, él aún no era el Presidente. Eso es lo más grave. Madero no tenía aún el poder y éste, estaba en manos de los enemigos del campesinado: los hacendados. La sociedad opulenta

(53) Krause, Enrique. "Francisco I. Madero, Místico de la Libertad". F.C.E. México, 1987, P. 67.

de la Capital era consciente de la cercanía geográfica y política del zapatismo con los pueblos que, en aquéllos años, aún dominaban el Gran Valle Central y estalla en sus gacetas y periódicos contra "el bandolero", "el nuevo Atífa", "el Espartarco", "el libertador de esclavos".

Un diputado al Congreso Federal no puede ser más claro en su diagnóstico sobre el movimiento: "Es todo un peligro social, es sencillamente la aparición del subsuelo que quiere borrar la superficie... ya Zapata no es un hombre, es un símbolo" (54).

Madero no puede evitar un conflicto en el que no es parte. El poder lo tienen los oligarcas, en la persona del presidente de la Barra y éste, ordena al Ejército Federal avanzar, ante la negativa del zapatismo a desarmarse, de acuerdo a los convenios de Ciudad Juárez. Madero va y viene a Morelos desde la Ciudad de México. Zapata va a la Capital. El Ejército federal no deja de amenazar al grupo zapatista y, las declaraciones del mismo De La Barra, plantean la crisis morelense como un asunto de raza y casta. ¿Regreso al virreinato o simple reconocimiento de una realidad presente...?

(54) José Ma. Lozano en la Cámara de Diputados, 1911, comentado en Kranze, Enrique. "Frlilano Zapata. El amor a la Tierra" Biografía del Poder 3. FCF, México, 1987. P. 84 y 85.

Al final de cuentas, Madero asciende a la Presidencia, pero la agresión sufrida por los campesinos de Morelos a manos del ejército, no puede arreglarse. 22 días después de la toma de poder de Madero, el Plan de Ayala le llama traidor a la revolución que, (dice textualmente el plan): "gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del Pueblo".

La rebelión, sin embargo, no estalló simple y llanamente. Se elaboró un plan y se redactaron sendos artículos en los que se exponían las razones del levantamiento y el por qué se consideraba al nuevo presidente traidor a la revolución que le había encumbrado. Zapata sabía que una rebelión sin plan sería llamada "de bandidos". Eso no debería ser: después de todo, era el levantamiento de los verdaderos dueños del país contra sus opresores. El Plan de Ayala sería por lo mismo, mucho más que un documento justificatorio. Womack le confiere un carácter mesiánico, de "Sagrada Escritura", ante los ojos de sus seguidores.

Una sociedad dividida se gobierna aceptando la división, mediando hábilmente entre las partes en conflicto; se administra el poder en favor de una u otra de las partes, a sabiendas de la necesidad de reprimir a la otra; o no se gobierna.

Al no querer ver esa división, tan clara en Morelos, y que, rebasando los límites de dicha entidad, se extendía por toda la República, Madero optó por la tercera opción. No gobernó. De ahí que sus medidas democráticas fueron utilizadas sólo por los grupos que deseaban destruirle y quitarle del paso, en vista que no se decidía a servir a sus intereses y demostró, por lo mismo, ser débil en la represión de la sociedad de los de Abajo.

Al renunciar a ser el vértice de la estabilidad o a gobernar en el nombre de la minoría en un régimen de terror, Madero demostró a sus hermanos de sangre, los oligarcas, que no era útil como gobernante. En los días en que se vivía, con la revolución campesina en pleno auge, la burguesía mexicana liquidaría a Madero porque era débil (léanse si no, las malignas voces de quienes llamaban a la tiranía militar encubiertos en la libertad de expresión concedida por el buen presidente), porque no mataba campesinos insurrectos. Su liquidación provino del ala derecha de una burguesía que trataba de renovar las formas de dominación gastadas durante el régimen porfiriano, no de dar justicia al pueblo (55).

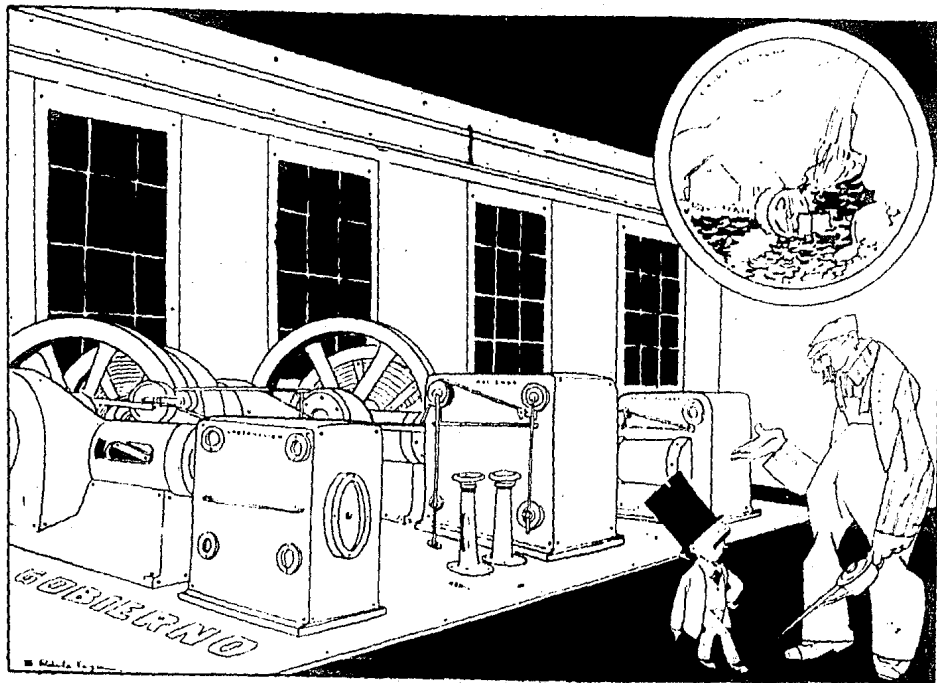
(55) Gilly, Adolfo. op.cit. p. 332 y sigs.

MULTICOLOR



EL CARNICERO. — No señor, aquí no hay cabeza

Multicolor. México, 13 de junio de 1912. Núm. 57. Año II. Director José F. Elizondo. Caricaturista: Santiago R. de la Vega.



349

«Aunque ya lo sabe Ud. antiguo, para que esto ande bien, se necesita una calda».

Multicolor. México, 13 de junio de 1912. Núm. 57. Año II. Director José F. Elizondo
caricaturista: Santiago R. de la Vega.

2.4.2 LA REACCION MILITAR: HUERTA, EL USURPADOR.

El Maderismo fué entonces, un intento falso de dar al régimen porfiriano una salida política y cierta continuidad al modelo de explotación por él protegido. Fué falso en cuanto que el consenso social no se recuperó, al dejar de lado las promesas hechas al campesinado, el verdadero artífice del triunfo contra la dictadura. Por lo mismo, los hombres del campo se encontraron muy pronto frente a una nueva promesa incumplida, a la cual se agregaba la afrenta de la libertad en que se dejaba a los principales agentes del viejo régimen para mantener la situación de injusticia.

Se pretendió no haber roto el régimen constitucional del que Madero se proclamaba defensor y por lo mismo, se dejó que la burocracia civil y militar de la dictadura permaneciera en sus puestos. Es más, se le enalteció. Es ejemplar, respecto a ésto último, los términos en los que se expresa el Secretario de Gobernación del Presidente De La Barra, refiriéndose al Ejército Federal: "(fué) épico a toda prueba" ante la insurrección (la maderista), su disciplina fué "tan coherente y (su) moralidad tan incorruptible" que lo hacían "uno de los elementos más seguros y valiosos (para) defender... las sagradas conquistas de la Revolución" (56).

(56) Krauze, Enrique. op.cit. "Francisco I. Madero". p. 65 y 66

El sector más conservador de la sociedad opulenta, entonces, dió el paso para plantear el dilema por la Nación en términos más claros. La caída y, especialmente, el asesinato del Presidente y el Vicepresidente significaron el momento en el cual el resto del país se levantó en armas contra el viejo régimen.

El campesinado que no había sido organizado entonces alrededor de las ideas reivindicadoras del Plan de Ayala, encontró una bandera alrededor de la cual agruparse y luchar: la venganza del apóstol. En torno a dicha lucha, fueron articulando sus propias demandas y al fin del proceso militar contra el usurpador, encontraron coincidencias fundamentales con los planteamientos de Villa de Ayala. Por lo mismo, es obvio que no se tomara en cuenta que dicho Plan llamara traidor al que todos consideraban ya un mártir. El problema de Madero y de su muerte, pasaron al plano de lo simbólico, mientras la lucha social se planteó en términos mucho más concretos, tan concretos, que provocaron una verdadera guerra civil entre las dos culturas nacionales y sus respectivos proyectos.

El cuartelazo fué un golpe de parte de la sección más conservadora de la oligarquía, en contra de un intento de solución moderada y democrática del conflicto nacional que se inició en 1910. Dicho sector se sabía más amenazado

por el arreglo mismo, que por el ataque campesino. Sin embargo, por las mismas razones, resultó aislado de la mayor parte de la sociedad.

Si la oligarquía es reducida en número, su sector más reaccionario lo es aún más. Y sus métodos resultaron groseros, aún para la sociedad opulenta heredada del porfirismo.

Lo que sucedió entonces, fué que la oligarquía militarista desestimó, de entrada, la posibilidad de algún arreglo de equilibrio con los de Abajo. Si Madero les había prometido la revisión judicial extraordinaria del problema agrario y la Democracia electoral, Huerta les dió la guerra. Por lo mismo, los individuos que entre los privilegiados eran más sensibles a las formas o inclusive, a las ideas de justicia pequeñoburguesas, no estuvieron dispuestos a secundarle y, o se pasaron al frente de sus opositores o permanecieron cruzados de brazos al llamarles, el carnicero, a luchar contra los revolucionarios. El Pueblo, por su parte, se encontró de pronto en una posición privilegiada, ya que, al declararle el Ejército la guerra social, evitaba que el statu quo tuviera oportunidad de engancharlo, de nuevo, en una "alianza" para manipularlo. La libertad del campesinado para reforzar a los constitucionistas y obligarle a asumir posiciones radicales, y la Comuna de Morelos, se explican por ése hecho.

2.4.3 EL GRAN ASCENSO REVOLUCIONARIO DE LAS MASAS: LA GUERRA CAMPESINA DE 1913 Y 1914.

La consciencia de la opresión generada por el período que culminó en el Porfiriato y la uniformidad que éste último había provocado en las condiciones de vida de grandes sectores de la sociedad, permitieron que, al estallido de la rebelión contra Huerta, las ideas de emancipación campesina empezaran a colarse a través de las iniciales demandas de legalidad y respeto a la Constitución, que políticos como Carranza y Maytorcna plantearon como banderas del movimiento contra Huerta. En realidad, el lazo más fuerte que les unía con los campesinos que les apoyaron y engrosaron cada vez más sus filas, era el repudio a la trágica muerte de Madero. Más allá, desde la firma del Plan de Guadalupe, sustento legal y político del Constitucionalismo, se empezaron a vislumbrar diferencias muy profundas respecto del proyecto de nación que se pretendía realizar al triunfo sobre la usurpación. Las diferencias fueron haciéndose más fuertes, en la medida en que la movilización campesina aumentaba y algunos de los líderes de la insurrección constitucionalista se empezaron a acercar ideológicamente al oprimido.

Adolfo Gilly opina que la burguesía que comandaba las fuerzas constitucionalistas no era uniforme, sino que,

por el contrario, estaba formada por diversos sectores con intereses dispares. Una parte de ella, la más avanzada, descubrió casi desde el principio que la verdadera causa del levantamiento general no se hallaba en la afrentosa forma de tomar el poder por parte de Huerta, como creían (o querían creer) personas como Carranza: intuyeron, con razón, el reclamo por mejores condiciones sociales, por un reparto equitativo de la tierra y por avances en materia obrera. Eso reclamaron al inicio del movimiento acaudillado por Carranza, sin éxito. Algunos de ellos, llevaron a cabo repartos agrarios en las zonas que iban cayendo en su poder durante la guerra, como Lucio Blanco y Francisco J. Múgica, en la Hacienda de Borregos de Tamaulipas. Otros, fueron articulando las demandas de los campesinos aglutinados alrededor de Villa y formulaban, para 1914, los términos de una verdadera alianza de las fuerzas de éste caudillo con Carranza, en el "Pacto de Torreón" de acuerdo a los reclamos agrarios. Otros, más pragmáticos, organizaron sus propias fuerzas de acuerdo a la lógica de componendas y transacciones entre los diversos sectores de la sociedad, especialmente en Sonora, donde el Ejército del Noroeste se fundó sobre las alianzas de oligarcas, pequeñoburgueses y campesinos (inclusive, algunos yaquis y seris), y en una producción organizada por el Estado, en beneficio de la maquinaria militar de la revolución.

Estas tres actitudes: abrazar los principios de la revolución campesina e imponerlos por la fuerza de las armas; seguir el pensamiento campesino y mediar para la realización de acuerdos con el sector conservador de la revolución; y organizar la sociedad en base al reconocimiento de los diversos intereses en juego desde Arriba y desde Abajo, fueron los campos de acción de la llamada por Gilly, burguesía radical, que se alistó en las filas revolucionarias para cambiar el orden social y no para restaurarlo.

Esa última visión, la del movimiento como transformador y no como reordenador de lo ya establecido, les distinguía del grupo dirigente del Constitucionalismo. Este, en la figura de Carranza, obedecía a otra lógica y a otros intereses. Carranza ya era un miembro prominente de la sociedad privilegiada años antes que la marea maderista comenzara.

Madero, al menos, se había preocupado de mencionar el problema agrario en su Plan de San Luis. Al lanzarse a la lucha contra Huerta, Carranza vetó específicamente dicha idea, pese a que parte de su grupo era quien se lo planteaba.

Quiero repetir aquí la argumentación del Primer Jefe (título que le confirió el Plan de Guadalupe) para detener las aspiraciones de quienes esperaban un nuevo Plan de San

Luis (57):

"NO, ya es tiempo de que un hombre hable con verdad y en quien el país tenga confianza. Esta revolución debe ser sólo, y debe saberlo todo el mundo, para restaurar el orden constitucional, sin llevar al pueblo, con engaños, a una lucha que ha de costar mucha sangre, para después, si no se cumple, dar lugar a mayores movimientos revolucionarios. Las reformas sociales que exige el país, deben hacerse, pero no prometerse en éste Plan..."

Carranza estaba claro en la época que le había tocado vivir, pese a ello, procuró con toda su fuerza reestablecer el orden social previo y detener, de manera indirecta, la lucha campesina que amenazaba con destruirlo. Para él, era claro el fracaso de la vía democrática y liberal del propio Madero, quien sólo "había soltado un tigre" que lo terminó devorando; pero también repudiaba el modo de Huerta, quien representaba, magnificados, todos los defectos del viejo régimen y que, al fin de cuentas, era incapaz de detener la avalancha popular que se estaba organizando por todas partes. Por lo mismo, Don Venustiano prefirió seguir, siete años más tarde, el consejo que Zayas había dado a Don Porfirio: encabezar la Revolución para dominarla.

(57) Krauze, Enrique. "Venustiano Carranza. Puente de Don Venustiano entre siglos". FCE. México, 1987. P. 37.

Carranza es así, otro intento de la oligarquía porfiriana de renovarse a sí misma en el uso del poder y en el goce de los privilegios. Para lograr su objetivo, supo comprender la necesidad de espacios de la pequeña burguesía en ascenso y, por lo mismo, hizo de los Sonorenses, los más caracterizados de éste grupo, sus principales aliados. Sabía que las ideas radicales de algunos de ellos podían poner en riesgo el reestablecimiento del viejo orden que él pretendía, pero comprendió por sobre ello que, la única manera de reorganizar el Estado Liberal, era por medio de alianzas que le dieran, al viejo grupo director, nuevas bases sociales.

Carranza no prometió, porque no deseaba cumplir, lo que declaraba hipócritamente era necesario y natural: las reformas. Siempre le dió largas al problema, desde Guadalupe hasta Hermosillo, donde, en septiembre de 1913, acepta en un discurso la necesidad de "establecer la justicia...establecer el equilibrio en la conciencia nacional" (58).

Sin embargo, era sólo una declaración retórica, necesaria en Sonora, donde la burguesía local había organizado el esfuerzo bélico en la base de la concertación de los diver-

(58) Krauze, Enrique "Venustiano Carranza. Puente entre siglos". F.C.E. México, 1987. P. 43.

sos sectores sociales.

Es un reconocimiento de que "la Revolución es Revolución", de que no podía pretenderse suprimir el ánimo popular de cambios, sino sólo encauzarlo. Ello nos da una idea más clara del pensamiento de Don Venustiano.

No es sólo reaccionario, sino uno que sabe el estado que guarda la Nación y, por lo mismo, juega con las fuerzas progresistas para detenerlas y controlarlas todo lo posible. Este tipo de hombres son los peores enemigos de toda revolución.

Por su parte, la guerra campesina tenía también representantes autónomos, desligados del universo de alianzas y equilibrios que se forjó en el bando Constitucionalista. El zapatismo era "otra" revolución, es más, era la Revolución. De extracción netamente campesina, el movimiento de Morelos pretendía la reivindicación de los ideales de una comunidad antigua, de hondas raíces indígenas y que tenía siglos, no décadas, de experiencia en la lucha. Por lo mismo, sus ideas se fueron haciendo cada vez más claras a partir de la publicación del Plan de Ayala. En las zonas liberadas, las comunidades regresaron al sistema comunitario y autónomo de siglos atrás y establecieron una economía autárquica y un gobierno

popular con las mínimas ligas supramunicipales. Ello permitió a la guerrilla zapatista tener un gran auge y una base de operaciones muy amplia y estable : el mismo pueblo. Este, estaba trabajando sin trabas (los hacendados habían huído desde los primeros días de la revolución a la Capital, de donde salieran en el siglo XVIII), y luchaba contra el Ejército Federal que había adquirido el carácter de invasor extranjero.

La rebelión se extendió, entonces, a las vecinas entidades de Guerrero, Puebla, México y el Distrito Federal, y provocó simpatías en Michoacán y Oaxaca. En esa área, la lucha campesina fué muy clara y fuerte; en parte, por la gran tradición de resistencia y lucha que heredaban de siglos. Por lo mismo, serían el núcleo de la ideología agrarista de la revolución. El Carrancismo, aprovechó la presión de esa otra revolución sobre su enemigo militar, el huertismo, pero no proveyó a los campesinos del centro de ayudas ni pertrechos, manteniendo casi ninguna comunicación con sus líderes. Con ello, estableció claramente el límite de sus ideas de reforma social.

Por su parte, el campesinado del norte adoleció, en un principio, de una base ideológica comparable al Plan de Ayala. Ello se debía a que sus miembros no contaban con el aprendizaje histórico de sus hermanos sureños, en vista de que el modelo de explotación de la hacienda apenas se había

consolidado ahí en el Porfiriato y a que, desde la etapa colonial, la organización social había sido establecida sobre bases de mayor igualdad que en mesoamérica. Por lo mismo, la identificación del problema agrario con la resistencia cultural indígena no existía y el movimiento tenía menos fuerza. Los niveles de explotación eran menores y el bienestar social general era más alto que en el centro y sur de la República.

Estas circunstancias, con todo, sólo hicieron que el campesinado en el norte llegara a las conclusiones que el del centro y sur, un poco más tarde. La homogeneización porfirista de la sociedad mexicana y la industrialización de la hacienda norteña en los últimos años, habían preparado el camino a ideas radicales entre los sectores marginales de la sociedad norteña. Por lo mismo, el ascenso revolucionario y los éxitos constitucionalistas en el área, impulsaron a los campesinos por el rumbo del agrarismo. A todos les era evidente que la revolución la estaban ganando los más oprimidos y, por lo mismo, lo menos que podía esperarse era que su condición mejorara radicalmente al fin de la lucha. Este sentimiento difuso se fué concretando poco a poco, de manera que los representantes de la restauración del viejo orden, encabezados por Carranza, empezaron a tener fricciones con sus apoyadores campesinos, durante la lucha contra Huerta.

Para Carranza, la evolución de la fuerza campesina en su área le benefició, en el sentido que podía manejar el conflicto planteándolo en términos de caudillos. Trató de manejar los problemas como la insubordinación de un general ante la "autocracia" constituida por el Plan de Guadalupe y que él mismo encarnaba. De esa manera, evitaba discutir los problemas sociales (verdadera causa de la "desobediencia" villista) y mantenía, ante los otros sectores radicales del Constitucionalismo, la apariencia revolucionaria necesaria para mantenerse a la cabeza del movimiento armado .

Pese a ello, cuando la agudización de los conflictos entre Villa y Carranza llevó a la renuncia (aceptada desde luego) del Jefe de la División del Norte, una comisión de militares, allegados al Centauro, se negó a tener otro comandante y llevaron al principal ejército del Constitucionalismo a la insubordinación. De ese choque, nace el "Pacto de Torreón", tratado de paz que, más allá de reestablecer la unidad del frente contra el usurpador, declaró que la razón de aquella guerra era "una lucha de los desheredados contra los abusos de los poderosos" y comprendió "que las causas de las desgracias que afligen al país emanan del pretorianismo, de la plutocracia y de la clerecía". Es claro que los campesinos del norte habían ya identificado a sus enemigos (nótese como mencionan juntos a los dueños de las armas, del dinero y de los

dogmas) y por lo mismo, estaban listos, ante el horror del "Primer Jefe", para unirse al zapatismo.

El pacto de Torreón es un símbolo. Representa el punto en el cual la lucha campesina menos preparada ideológicamente, la del norte, impuso, sin embargo, la discusión de las demandas sociales a la dirección burguesa de su ejército. Por lo mismo, el momento en que las armas constitucionales triunfaron del Ejército Federal, éste debió disolverse y el Primer Jefe fué obligado a convocar a una Convención Revolucionaria, que decidiría no sólo el momento en que se realizarían elecciones para Presidente y Congreso General, sino también el programa, al que dichos representantes, habrían de ajustarse.

Carranza, que desde un principio había establecido su posición en la idea de no hacer promesas que luego no cumpliría, se encontró de pronto atado a la facción campesina de la revolución, por un pacto que no sólo aclaraba las razones de la revolución social, sino que le comprometía a establecer un "régimen democrático... procurar el bienestar social de los obreros, a emancipar económicamente a los campesinos... a exigir las debidas responsabilidades al clero católico... (59).

En Torreón, no fué el sector avanzado de la sociedad privilegiada el que llegó al acuerdo de lucha revolucionaria, por lo mismo, sólo el primero de los reclamos establecidos como metas a alcanzar, era común a ambas sociedades mexicanas: el régimen democrático. Por lo tanto, la capacidad de exigencia de la sociedad oprimida era mucho más grande y la única respuesta viable para la dirección burguesa del constitucionalismo fué, llevar a los revolucionarios al rompimiento y al país a la "guerra de facciones" (60).

Que la guerra campesina haya adquirido en 1914 una fuerza tal, como para imponer sus condiciones a los que la pretendieron dirigir, y para derrotar al ejército profesional que el ala más reaccionaria de la sociedad opulenta le enfrentó, se debió, junto con los varios factores que ya he mencionado, a que, en el juego por reestablecer el equilibrio perdido en el Estado Mexicano, a través de una alianza entre los dos Méxicos, la sociedad de los de Arriba había perdido la iniciativa, al momento en que el cuartelazo Huerta había renunciado a toda componenda y planteó como guerra de exterminio, la defensa del statu quo. Por lo mismo, el campesinado, libre de la

(60) *Ibíd.* P. 123

directriz burguesa en el centro y sur del país y movilizado, por cuenta propia, en el norte, pudo fortalecerse mucho más de lo que sus problemas hubieran podido anunciar.

Entre 1913 y 1915, no tuvo la sociedad de los oprimidos la dirección y consejo de un Bajo Clero, como en la epopeya de Hidalgo y Morelos al lado de los Insurgentes. Pero tampoco hubo de cargar con los lastres de intelectuales no comprometidos a fondo, ni con líderes como los caciques del siglo XIX.

Nuestro pueblo aprendió, al destrozar la resistencia del ala reaccionaria de sus opresores, que era posible al oprimido acabar con el régimen político y militar que le domina y explota.

Por otra parte, quedó claro que la organización militar eficiente no depende de los miembros de la clase dominante que se decidan a traicionar a su sociedad y ayuden a los pobres a levantar una maquinaria bélica poderosa. El villismo acabó con ése mito. La seguridad histórica que ello ha aportado a la consciencia popular mexicana, sólo es comparable a la que produjo la ideología zapatista.

El fin de la reacción militar de Huerta, dejó a la sociedad mexicana ante un escenario nunca imaginado por cual-

quiera de sus dos culturas: por un lado, la sociedad superior y dominadora restante, quedaba supeditada a las promesas que le había arrancado el ejército campesino de Villa en Torreón y, en el mejor de los casos, sin haber aclarado, al resto de los campesinos que llenaban las filas de los ejércitos constitucionalistas, su posición respecto del problema agrario; por el otro, el campesino se sabía el verdadero triunfador de la guerra contra el urupader, y había empezado a ocupar por su propia cuenta, las tierras de los opresores. El Zapatismo, inclusive, desarrollaba ya su comuna en el Estado de Morelos.

3.4.4 EL TRIUNFO CAMPESINO: ZAPATA Y VILLA EN MEXICO-TENOCHTILAN.

En el plano político, las dos sociedades mexicanas plantearon sus proyectos de manera no tan clara como sus diferencias sociales. En éstas, todas las contradicciones resultantes de la evolución social previa, se resumían en el problema agrario. Pero en cuanto a la organización política del nuevo Estado que se pretendía establecer, las diferencias no aparecieron tan nítidas. Ello obedeció a que la discusión política había sido agotada durante el siglo XIX. El modelo republicano y federal no estaba ya a discusión. Por lo mismo, las diferencias se plantearon en el cómo restablecer el régimen constitucional. Mientras Carranza daba al Plan de Guadalupe y al mando del Ejército Constitucionalista, el carácter de marco

jurídico preconstitucional y de Gobierno Provisional, el villismo primero y el zapatismo después, exigieron la reunión de una asamblea de jefes revolucionarios que establecieran las bases sobre las que habría de restaurarse el Estado de Derecho.

Carranza basaba su autoridad en un Plan expedido por el Gobernador de una Entidad Federativa contra el usurpador del poder Federal, los jefes campesinos pretendían una Convención cuyas raíces estaban en el pueblo en armas. Carranza representa la continuidad en la legalidad rota por Victoriano Huerta, es el "Puente entre Siglos" de Krauze. Los campesinos encarnan la aparición de la legitimidad popular y revolucionaria. Por lo mismo, sus propuestas políticas son del todo distintas. El uno, pretenderá establecer un Gobierno Provisional automático, de acuerdo al Plan de Guadalupe y convocar, en su momento, a las elecciones que integren de nuevo los Supremos Poderes. Los otros, proponen que, dada la nueva situación nacional, los representantes del pueblo armado discutan la realidad nacional, preparen las discusiones acerca de la reforma social y, en ése marco, convoquen a la formación del Congreso General y el Ejecutivo Federal. El manejo que Carranza hizo de sus argumentos, convenció al ala progresista del Constitucionalismo de que sus intenciones eran restaurar los viejos sistemas, por lo mismo, apoyaron la propuesta campesina de una asamblea

que, a la manera de la legendaria Asamblea Nacional Francesa de 1789, formularía las líneas de la nueva Nación. En un espacio como éste, sus propias aspiraciones pequeñoburguesas encontrarían mayores expectativas de triunfo, mientras que, de seguir las directrices carrancistas, seguramente serían relegados. Por otra parte, sus apoyos militares eran también campesinos.

Esta situación, en la que las fuerzas que apoyaban al sector más conservador de la revolución derivaban hacia la radicalidad campesina del zapatismo o del villismo, provocó que buena parte de los moderados, prefiriesen buscar una solución conciliatoria, en tanto que lograban asegurar la lealtad de sus propios apoyos militares. Así, mientras que algunos de los constitucionalistas más radicales veían en la Convención de Aguascalientes la oportunidad de una nueva era en la vida social y política de México; otros, mil veces más pragmáticos, usaron dicho espacio para irse ganando la confianza de los grupos indecisos y moderados, al mismo tiempo que afianzaron sus posiciones militares, asegurándose, por medios diversos, la lealtad de sus oficiales y tropas en el tiempo que las sesiones de la asamblea de jefes militares pudo detener la avalancha campesina de Zapata y Villa.

¿Por qué el sector radical del constitucionalismo jugó en el intento de la Convención Nacional de Aguascalientes? ¿No le hubiese sido más fácil lanzarse de inmediato en contra de los ejércitos campesinos, antes de que sus tropas empezaran a simpatizar con las ideas de éstos? Si el mismo Carranza apuntaba su política en dicha dirección, ¿por qué no hacerle caso?; si la oficialidad pequeño burguesa, especialmente la sonorenses, no hubiera tratado de mediar entre Villa y Carranza al triunfo sobre la dictadura huertista, probablemente la "lucha de facciones" hubiera estallado casi de inmediato, en agosto o septiembre del mismo 1914. Sin embargo, los nuevos políticos y militares tenían una serie de experiencias previas que les hacían extrañas, e incluso repulsivas, las posiciones del Primer Jefe. Mientras que éste se había formado en la etapa del Porfiriato en la que ya no era indispensable establecer alianzas o componendas sociales, sino sólo recurrir a la fuerza y reprimir al "otro" social, los jóvenes pequeño burgueses constitucionalistas se habían formado en el fragor revolucionario y, muchos de ellos empezaron por el mismo general Obregón), estaban muy penetrados de las ideas y los ideales que habían confluído para animar el movimiento. Por lo mismo, no podrían haber aceptado pasar a la eliminación de sus enemigos; quienes, pese a su radicalismo y aparente brutalidad, estaban

también en la lucha por los mismos objetivos y con iguales o mayores razones. Por otra parte, es probable que el ala izquierda de Carranza intuyera, ya desde entonces, la debilidad que aquejaba al "Viejo": su falta de consensos sociales que le permitieran establecer un gobierno estable. Por lo menos, sabían que la alianza del Coahilense con ellos, se debía precisamente a que el resto de la oligarquía a la que aquél pertenecía, o casi toda, había preferido apoyar al usurpador dos años antes. En esas condiciones, atarse a las políticas elitistas y cerradas de Carranza, hubiera sido eliminar sus propias posibilidades de establecer una alianza con el resto de la sociedad mexicana y, por lo mismo, dejar que los de Abajo, por su cuenta, se organizaran y tomaran el poder. Carranza sería útil en el momento, como contrapeso político a la indudable superioridad numérica y militar de las fuerzas campesinas, pero no podían tampoco cerrar los canales de comunicación con ese sector del país que, en un enfrentamiento de largo alcance, podía resistir más que ellos y, terminar por eliminarlos. El juego de este sector radical de la nueva burguesía mexicana en ascenso, fué el de constituirse en árbitro de las posiciones polarizadas que el recurso a la fuerza del huertismo había creado. Su idea habría sido, la de convertirse en el vértice de una componenda triangular, entre los dos Méxicos que combatían en 1914. Sin embargo, al final de la Convención, era evidente que dicha aspiración carecía de fundamentos reales

Ello obedeció a dos causas principales. La primera, el miedo que, entre los mismos pequeñoburgueses radicales producía el poder campesino. Pese a lo mucho que les empujara hacia los campesinos la actitud de Carranza, y pese a lo fuertes que fueran en ellos los ideales justicieros de la revolución, "les repele el rostro rudo, "inculto", radical, del villismo y el zapatismo. Es decir, los repele la revolución hasta el fin, la visión, imprecisa todavía por falta de programa pero cercana por la potencia del alzamiento nacional campesino, de las masas en el poder," (61).

Es, en el fondo, un sentimiento parecido al que llevó a los criollos de 1811 a abrazar las banderas realistas contra la revolución de Hidalgo. Sin embargo, en ésta ocasión hay mayores acercamientos entre los pequeñoburgueses y los movimientos campesinos. El problema real, era que para que los primeros lograran hacer la traición de clase que se requería, en aquéllos momentos cruciales, se requería de una visión clara de las posibilidades pragmáticas del proyecto histórico popular. Es decir, los radicales entre la sociedad privilegiada, necesitaban de una visión del futuro de la Revolución Campesina. Ello les hubiera dado la confianza necesaria para abandonar el marco ideológico burgués y plantearse sus intere-

(61) Gilly, Adolfo. op.cit. P. 130.

ses dentro de una sociedad nueva. Sin embargo, más allá de la fuerza militar del villismo y la claridad agraria del Plan de Ayala, no había conceptos que pudieran permitir, al radicalismo jacobino constitucionalista, suponer la organización de un Estado alterno que sustituyera al que las facciones revolucionarias habían destrozado meses antes. El campesinado, por su parte, no podía darles ésa visión del futuro y, por lo mismo, su imagen se quedó en la apariencia de "salvajismo" que su lucha tenía.

De nuevo, la raíz de esa apreciación sobre la Revolución campesina, obedeció a su diferente evolución cultural. En cuanto que no pertenecían a la cultura popular, les era imposible comprender las maneras como, en dicha cultura, se manifestaban las reivindicaciones del Movimiento Armado. Para ellos, el cómo acceder al Estado Revolucionario que todos anhelaban seguía un camino menos radical, menos "inmediato" que, por ejemplo, las confiscaciones revolucionarias del zapatlismo o las ejecuciones sumarias de Villa. El pequeño burgués radical podría estar cierto de la necesidad de entregar las tierras al campesino, pero ello debía ser posterior, al menos, a un procedimiento administrativo que le diera cobertura legal. En cuanto a las ejecuciones, tendrían otro carácter (no ajusticiamientos, sino "eliminaciones"). El "modo" como cada una de las dos sociedades salda sus cuentas pendientes, tiene que

ver directamente con la cantidad de dolor que históricamente han sufrido, por el grado de crueldad que han recibido en los momentos en que sus miembros han sido explotados y, con la intensidad de la explotación.

Indudablemente los pequeñosburgueses que se acercaron al movimiento campesino habían sido excluidos de la sociedad directora del porfiriato, y vieron sus derechos y expectativas reducidos, pero nunca en los niveles en que la exclusión, represión y falta de oportunidades, habían golpeado al "otro" México desde hacía cientos de años. Por ello, el campesinado no estaba para hacer deliberaciones y proclamas retóricas (que en la sociedad superior tienen el efecto de clarificadores y catalizadores de una consciencia social que está poco desarrollada) que le recordaban la demagogia opresora de Porfirio Díaz o Madero: hace valer sus derechos y ya. El pequeñoburgués que se presume culto, al comparar esa actitud campesina con su propio modo de llegar al ideal revolucionario, en realidad está juzgado desde su propia y diferente cultura el otro modo de la otra cultura; pero, no reconoce al "otro" la posibilidad de ser diferente, y por ello le llama "salvaje", "bárbaro", "incivilizado", "anárquico".

La otra gran causa del fracaso de la Convención de Aguascalientes como trampolín del sector radical del constitu-

cionalismo fué que las dos sociedades mexicanas estaban en un momento de enfrentamiento y que por lo mismo, sólo al fin de ése combate podrían volver a plantearse los términos de una componenda. Después de un siglo, los proyectos históricos de ambas culturas aparecieron de nuevo como excluyentes, y éso lo sabían los protagonistas. Al mismo tiempo, cada una de las partes tenía posibilidades de imponer a la otra su propio proyecto. Por lo mismo, la corriente de los acontecimientos políticos era adversa a un arreglo. Ninguno de los dos Méxicos lo necesitaba, ninguno había agotado sus posibilidades de triunfo. El "bonapartismo" (62) no era necesario en cuanto que, ambos actores podían resultar hegemónicos por sí mismos. Al igual que en las campañas del gran Morelos, pareció posible prescindir del equilibrio en tres vértices por medio de una victoria militar y social definitiva. Por lo mismo, antes de que los radicales pequeñoburgueses ocupen el centro de la atención política nacional, habrían de escoger a uno de los dos polos de la sociedad mexicana.

En el bando campesino, como los administradores y proyectistas que el campesinado no había logrado producir, pese a su victoria material. En el bando carrancista, como dirigentes del ejército y enlace de la gran burguesía con el resto de la sociedad.

(62) Cfr. Gilly, Adolfo. Op. Cit. P. 152.

Fracasado el intento de paz revolucionaria en Aguascalientes, el panorama social y político del país quedó más claro. El enfrentamiento de las dos sociedades mexicanas se dió de nuevo. En ésa ocasión, a la inversa que en el proceso de la Guerra de Independencia, fué la sociedad oprimida la que dominaba el país y la sociedad opulenta la que se vió obligada a retirarse a espacios geográficos reducidísimos para resistir mejor. Cuando en diciembre de catorce, era evidente el rompimiento y el inicio de la guerra civil, un sector de la pequñoburguesía radical decidió afiliarse al carrancismo movido por su incomprensión del movimiento popular. Otra parte, prefirió jugársela al lado de los de Abajo, aún cuando sin mucha profundidad en sus convicciones.

Pese a que, desde el 17 de noviembre, Obregón había recomendado al Primer Jefe el planteamiento de un nuevo programa revolucionario que ampliara las promesas que el constitucionalismo hacía a las masas desheredadas, la actitud de Carranza permaneció invariable: nada para los descamisados, nada de promesas. Ello permitió a las fuerzas campesinas fortalecer el aparato político de la Convención, la que había nombrado Presidente Provisional a Eulalio Gutiérrez y cuya administración, inició la aplicación de algunas reformas sociales. En los días que se vivieron, cada día y cada gesto eran importantes, dado que en cualquier momento las masas proletarias del

campo o de las ciudades podían decidirse por cualquiera de las facciones y darles el triunfo definitivo. Tal realidad era particularmente dura con el carrancismo, que inició las hostilidades con muy pocas bases sociales. Por lo mismo, Obregón pasó por sobre las opiniones del Primer Jefe y a través de Alberto J. Pani y el "Doctor Atl" estableció una alianza con los obreros industriales afiliados en la Casa del Obrero Mundial, denominación anarcosindicalista. El proceso fue muy lento y los resultados se vieron hasta febrero de 1915, con la formación de los Batallones Rojos. Entonces, la radicalización de la situación militar en contra del constitucionalismo había vencido las reticencias de Carranza respecto del proletariado e, inclusive, había aceptado decretar una Ley Agraria preconstitucional el seis de enero. Se trataba de robar banderas a los ejércitos campesinos.

Simultáneamente, éstos habían perdido la oportunidad de hacer de su posición de fuerza una ventaja definitiva y, por lo mismo, habían empezado a perder. Ello se debió a que, como ha dicho Adolfo Gilly, una cosa es tener el poder y otra ejercerlo. Esto último implica contar con un programa, "aplicar un programa demanda una política" y ésta supone la existencia de un Partido. Todo esto, era precisamente de lo que carecían los campesinos que entraron en triunfo en la Ciudad de México-Tenochtitlan el tres de diciembre de 1914.

La incapacidad de ejercer el poder en beneficio de su propio proyecto histórico, se manifestó desde la entrevista de Villa y Zapata en Xochimilco; donde coincidieron en que la guerra la hacen "los hombres ignorantes", y la "tienen que aprovechar los gabinetes".

Es, la renuncia al uso nacional del poder que tenían; la entrega de ese poder al "gabinete" encabezado por Eulalio Gutiérrez (en el cual, sólo el Ministro de Agricultura, Palafox el zapatista, trataría de ser congruente con el campesino triunfante, y sólo en lo que se refería a la Comuna Morelense); la decisión (inspirada en la antigua tradición de respeto a las áreas de influencia regional) de regresar a sus estados, Chihuahua y Morelos, para desde ahí luchar contra el carrancismo, renunciando al Ejército Central que podía batir fácilmente a Obregón y sus disminuidas fuerzas. Todo ello implicó la pérdida final de la iniciativa política obtenida al fin de la conferencia nacional de Aguascalientes. El tiempo otorgado al carrancismo, sirvió para fortalecer sus ejércitos y aumentar la influencia de su sector radical.

Es paradójica la comparación del proceso revolucionario de 1914 y sus antecesor un siglo antes. En la Revolución de Independencia, el gobierno alterno y su orden constitucional fueron eliminados cuando sus ejércitos fueron aniquilados.

En la revolución agraria, los ejércitos campesinos dominaron el país, pero no pudieron establecer un Estado alterno, por lo que, al final, fueron derrotados y dispersados por los "catri-nes" constitucionalistas. La paradoja se explica en el contexto de la evolución espiral de las capacidades de liberación en nuestro pueblo. La mayor capacidad militar campesina en el siglo XX, obedecía al radicalismo de sus demandas y al agotamiento de los medios de manipulación demagógicos por parte de la sociedad opulenta. Por lo mismo, la fuerza combativa de los de Abajo logró el triunfo de diciembre de 1914. Pero el proceso del siglo XIX implicó, también, un retroceso en la sociedad oprimida, en el sentido de que, despojada de su sector intelectual, el Bajo Clero, fué incapaz de formular opciones de gobierno y de Estado para contrarrestar las propuestas por Carranza o, por la facción radical de la pequeñoburguesía nacional. Sin un intérprete comprometido en su proyecto histórico, el pueblo oprimido se encontró, de pronto, con el poder en las manos, pero sin los conocimientos culturales para llevarlo a la acción política concreta. Dichos conocimientos, al modo del saber hierático de las sociedades antiguas, es el secreto mejor guardado por la oligarquía en todas partes, pues su posesión supone que, los iniciados, serán siempre necesarios para los dueños del poder. Por lo mismo, Zapata y Villa no asumieron el poder gubernamental, sino que lo entregaron a un gabinete formado por pequeñoburgueses radicales que,

al ver la radicalidad de sus propios ejércitos, prefirieron obstaculizar su acción para beneficiar, desde dentro, la posición de sus hermanos de clase que habían decidido permanecer en las filas del carrancismo. Un siglo antes, la contradicción de origen del Virreinato (un Nuevo Mundo, una Nueva Iglesia), había dotado al Pueblo de intérpretes comprometidos en su propio proyecto histórico y, de ésa manera, se pudo plantear un Estado alterno en Apatzingan. En la Ciudad de México, no se lograría esto.

La superioridad material del campesinado en la Guerra de 1914-1915, no pudo darle el triunfo, porque no se manejó como lo que había logrado llegar a ser: una fuerza militar nacional. El pequeño ejército de Obregón, básicamente formado en Sonora y el Norte de Sinaloa, pero con una visión y un mando a nivel nacional, terminó por derrotarlos.

Cuando el humo de las batallas de Celaya se hubo disipado, se habían alejado, junto con él, las posibilidades del Estado campesino alterno. Sin embargo, la potencia militar de la División del Norte y, la claridad ideológica y social del zapatismo, permanecieron como legado imborrable en la memoria histórica nacional. De nuevo, las masas no vuelven jamás al punto de partida, permanecen en un punto de consciencia más elevado y, asumen su retroceso y sus derrotas, como lecciones para la siguiente lucha.

Aún así, en el corto plazo, los vencidos de 1915 lograron un avance discreto, pero profundo, en la discusión sobre el nuevo Estado que se pretendería establecer en México. El proyecto de Carranza, de dar continuidad a la legalidad interrumpida por el cuartelazo de Huerta, se esfumó junto con el poder campesino. Las presiones sociales que el Constitucionalismo hubo de reconocer, para poder hacerse de aliados y tropas en la lucha contra Villa, le habían atado a las promesas que el viejo gobernador había rechazado hacer tantas veces. El punto de articulación del carrancismo con el Pueblo revolucionario, fué Alvaro Obregón. De la misma manera que en Sonora había reclutado a los yaquis y seris a cambio de la promesa de tierras, a los obreros les prometió el reconocimiento de sus derechos y a otros campesinos la reforma agraria. Esa labor, su independencia previa al estallido del conflicto con la Convención (Obregón trató de establecer un pacto bonapartista desde entonces) y al fin, la aureola de la victoria y su martirio en Celaya, habían transformado al general de los Ejércitos Constitucionalistas en un personaje político autónomo del poder de Carranza. Obregón aglutinó a su alrededor a los sectores radicales del constitucionalismo y presionó a Carranza para obtener las reformas que el ejército había prometido durante sus campañas. Esa labor de gestoría, que el sonorenses y su grupo llevaron a cabo en el período, fué el gérmen del Constituyente de Queretáro y de la rebelión

de Agua Prieta.

Por lo mismo, pese a la derrota militar del movimiento popular, que le asemeja al resultado de la revolución de 1810, el movimiento revolucionario de éste siglo, dejó para la consciencia histórica popular mucho más avances que su anterior ascenso. En 1810, fué imposible destruir a los ejércitos represores y antes que atraer a los sectores avanzados de la sociedad opulenta a las ideas revolucionarias, el levantamiento campesino las empujó a los brazos de Calleja y España. En 1914, los campesinos entraron en el centro de poder nacional: México-Tenochtitlan. En la Ciudad-corazón del mundo mexicano, entraron y establecieron sus banderas en el palacio, el mismo de los Moctezumas, de los Virreyes, de los Emperadores y de los Presidentes. Villa se fotografió sentado en la silla presidencial. El simbolismo de dichos acontecimientos en la mentalidad popular es muy grande. Demostró la posibilidad real, actuante, de derribar, completo, el Estado de Derecho que manejan los opresores para mantener la explotación. Implicó un momentáneo retorno al origen mítico: Tenochtitlan, en donde el pueblo, de nuevo, fué dueño de su destino y pudo replantearse el futuro en libertad. Al modo aztecatl, los campesinos "regresaron" a México. Que los actores concretos de dicho retorno, no hayan estado en posibilidad de establecerse en la capital recuperada de manera permanente, no cancela las posibilidades de que

el pueblo oprimido pueda recuperar, otra vez, el centro de Anawak y con él, la dirección histórica de la Nación.

Así, cuando los ejércitos campesinos fueron reducidos a guerrillas regionales, el Primer Jefe se encontraría rodeado de una sociedad desconocida para sus experiencias políticas decimonónicas. Por un lado, el pueblo había accedido, no sólo a apoyarle con sus batallones rojos, sino que aceptaba su derrota militar ante el ofrecimiento de un Estado Nacional que oyese los reclamos sociales, de la manera en que Obregón y sus seguidores habían prometido. Por el otro, la sociedad privilegiada había abandonado sus posiciones radicales y de casta y estaba bien dispuesta a hacer concesiones sociales, siempre que no interfirieran con sus expectativas de desarrollo capitalista y, con la cultura de Arriba, que había logrado salvar con las victorias constitucionalistas. La Revolución cambió a México radicalmente. Eso lo entendían todos, menos Carranza.

2.4.5 LA RESTAURACION CARRANCISTA

El objetivo de la restauración carrancista era, en el fondo, el mismo que había animado, tanto a Madero el conciliador, como a Huerta el carnicero: dar al régimen porfirista un sucesor burgués en el cual, los lineamientos generales

del sistema de explotación implementado en el siglo XIX, permanecieran como estructura económica y base de la organización social y política. La ventaja de Carranza, es que entendió mejor que Madero esa misión y, que no se opuso irracionalmente al ascenso de los grupos pequeñoburgueses, como la oligarquía que impulsó a Huerta. Había encausado la revolución por el sendero de la legalidad republicana de 1857 y había ofrecido, así, un refugio seguro para los atemorizados por la "brutalidad" del otro México. Sin embargo, la fuerza del levantamiento social, le había obligado a buscar en él, por medio del obregonismo naciente, apoyos sociales. Al final de cuentas, la revolución había cambiado a casi todos los líderes de la revolución y aún los más conservadores, empezaron a entender que el Estado que se pretendía restaurar no era viable. La sociedad mexicana había evolucionado y especialmente el campesinado. En el Estado Liberal, éste había tenido un papel pasivo, manipulable por medio de caciques que entendían el lenguaje del criollismo liberal. En 1915, los nuevos líderes eran campesinos aliados o pequeñoburgueses radicales que manejaban un lenguaje más cercano al de los reclamos de Abajo, que el de una sociedad opulenta de la que sólo quedaban recuerdos, como Carranza. Existía ahora un movimiento obrero. El Nacionalismo había renacido y se había profundizado, al recapitularse el indebidó poder de los inversionistas norteamericanos y al sufrir el país intervenciones de parte de la República Imperial.

Por lo mismo, era imposible hacer de nuevo lo mismo. Si al desaparecer Villa, en los campos de batalla, como enemigo de cuidado, Carranza se alzaba como dueño de México en ese mismo momento empezó el ocaso de su proyecto de Estado. La misma fuerza que le había permitido vencer a los ejércitos campesinos: una combinación de marco legal y capacidad política, que aportaron quienes, como él, pretendían unir la tradición liberal constitucionalista del siglo XIX con las estructuras gubernamentales que nacieran de la revolución y las relaciones sociales o alianzas clasistas que el obregonismo aportó para proveer al marco legal de legitimidad revolucionaria; ésa misma fuerza empezó, apenas se instaló el gobierno provisional en la Ciudad de México, a llevar a las instituciones nacionales en un cauce que no era el previsto por el Primer Jefe.

Ante esa tendencia, Carranza reaccionó reviviendo la dictadura: el 10. de agosto de 1916 expidió un decreto poniendo en vigor la Ley de 25 de enero de 1862 (63) ampliando la pena de muerte a los obreros huelguistas. Al día siguiente, se disolvía la Casa del Obrero Mundial. En Morelos, Pablo González resultó digno sucesor de los carniceros Huerta y Robles, masacrando sin piedad al pueblo zapatista.

(63) La Ley de 1862 imponía la pena de muerte a los conservadores opositores al gobierno juarista. Krauze, Enrique. *OP.* CIT. p.83 y 84.

Sin embargo, la sociedad ya caminaba hacia la formación de un nuevo consenso, ajeno y contrario a la mentalidad Carrancista. Obregón, el futuro mediador y vértice de dicho consenso, supo deslindar su conducta de la represión carrancista, negociando secretamente con los obreros y desligándose del terrorismo en Morelos. Su grupo, los constitucionalistas radicales, tenía por su parte, la demostración de que sus ideas eran válidas: las administraciones revolucionarias de Aguilar en Veracruz, Alvarado en Yucatán y Múgica en Tabasco.

2.4.6. QUERETARO Y LA ASPIRACION CONSTITUCIONAL

La realidad mexicana posterior al ascenso revolucionario de las masas campesinas y al triunfo de éstas en diciembre de 1914, era radicalmente distinta de aquélla que había permitido construir el Estado Liberal de 1857-1867.

El primer frente de la nueva presión, fueron las guerrillas villistas y zapatistas que, pese a su incapacidad de convertirse en grupo hegemónico de la sociedad otra vez, podían mantener permanentemente el estado de violencia social y, por lo mismo, detener el proyecto de restauración de los privilegios de la reorganización carrancista del Estado Liberal.

El segundo frente, lo abrieron los que, pese a la

manipulación que hizo de ellos el carrancismo durante la guerra contra el villismo, lograron establecer como legítimos sus reclamos contra la explotación. Ello se manifestó cuando, al ordenar Carranza la represión de las organizaciones y sus movimientos de huelga, Pablo González tuvo que utilizar el mismo lenguaje "rojo" de los sindicatos: "Si la Revolución ha combatido la tiranía capitalista, no puede sancionar la tiranía proletaria". Al menos, ahora se les reconocía como actores del drama social y en el momento en que el gobierno intervino para reprimirles, aceptaba también que deberían ser parte de la solución de los problemas del trabajo. Por lo mismo, aún esa etapa represiva implicó un avance en la importancia del movimiento.

El tercer frente, eran los mismos constitucionalistas radicales, quienes en el momento de necesidad habían sido nombrados gobernadores militares, delegados, representantes en negociaciones con campesinos y obreros y que, a través de todas esas experiencias, se habían acercado aún más a la comprensión de la nueva realidad y vieron imposible la restauración del Estado Liberal. Simpatizaron no sólo con el movimiento obrero, sino aún con el zapatismo, de manera que tendieron puentes para la posterior reconciliación con ambos sectores, pero sin que el Primer Jefe lograra anatemizarlos y con ello, alejarlos de la "institucionalidad" liberal que representaba.

Fué a través de éste último grupo revolucionario que se logró abrir una importantísima brecha en la concepción carrancista de continuidad constitucional.

Para entender la idea de Don Venustiano es muy útil la visión personal que de él nos entrega Enrique Krauze. En opinión del historiador, el Primer Jefe "conocía una brújula: la brújula de la historia" (64). El conocimiento de Carranza sobre la historia del México liberal, le ató al modelo juarista y su espíritu logró que, en cada uno de los momentos de la lucha constitucionalista, se repitiera la epopeya del mismo Juárez al recorrer el territorio con la legalidad republicana a cuestas. Por lo mismo, es en Veracruz donde se refugia ante a avalancha campesina y, desde ahí, dicta las "nuevas Leyes de Reforma". El modo como actúa, sin embargo, se parece más al de Don Porfirio, por el culto a la personalidad que alentó. Al fin, de Madero aprendió lo que no hay que hacer en política.

En cualquier caso, Carranza representa, al decir del historiador del Colegio de México, el "Puente entre Siglos". La unión entre la lucha republicana del juarismo, la búsqueda de la paz y el orden de Don Porfirio, y la renovación burguesa del Estado Liberal de Madero, se encuentran en

(64) Krauze, Enrique. op.cit. p.27

la figura del Primer Jefe.

Ahora bien, si el peregrinar de Juárez por el territorio llevó "lo nacional" a cada uno de los rincones de la Nación, si su presencia sacralizó la Patria toda, el camino de Carranza, pese a repetir físicamente la epopeya, logró algo completamente distinto. El pueblo en armas le identificó, por sus modos y por sus declaraciones, más con el régimen que pretendían abolir, que con la Patria ideal que parecía estar a la vuelta de la esquina. Por lo mismo, al final de su viaje, Carranza quedó encerrado en la Ciudad de México, mientras el país meditaba que el nuevo líder nacional no tenía intenciones de hacer justicia a los reclamos revolucionarios. Si Juárez entró en la Capital con el país siguiéndole, Carranza dejó al pueblo fuera y sus acciones contra el movimiento popular lo confirmaron.

Por lo mismo, las condiciones para la nueva restauración de la República no eran buenas. Carranza pensó que una vez establecido su centro de poder en la Capital, sólo quedaría reorganizar la administración y convocar a nuevas elecciones que permitieran a los Supremos Poderes recuperar sus funciones. Pero, sabía que el texto de la Constitución de 1857 había sido pervertido y modificado para beneficiar el funcionamiento de la dictadura y que, en el otro extremo, algunas de sus

disposiciones sobre la división de poderes eran incompatibles con la institución política, ya madura, del Presidencialismo. Por lo mismo, al entrar en Querétaro en enero de 1916, anunció que, en dicha ciudad (la de las conspiraciones de Independencia, de los Tratados con los Estados Unidos, del fusilamiento de Maximiliano) se expedirían "las últimas leyes... los últimos decretos y tal vez, hasta la última Constitución..." (65).

La idea de Carranza era "limpiar" el texto de la Carta Magna de 1857 y hacer su funcionamiento político más realista. De esa manera, pensó evitar, a un tiempo, los desmanes de la Dictadura y los del parlamentarismo paralizante. Las promesas en el sentido de convocar a una reforma constitucional, sin embargo, se aplazaron hasta que en 1916, era seguro el dominio sobre la mayor parte del territorio. Las elecciones fueron representativas, en el sentido de que en cada estado, las fuerzas reales de poder lograron mandar sus delegados, aunque el proceso distó mucho de ser democrático. En Morelos, los representantes no serían Zapatistas, sino los nombrados en la Ciudad de México. En la lógica de Carranza, los requisitos para ser diputado (aceptar el Plan Guadalupe, no haber

(65) *Ibíd.* p 100.

colaborado con el usurpador y otras por el estilo) impedirían la llegada de las posiciones radicales del campesinado. Sin embargo, la cercanía de muchos constitucionalistas a dichos planteamientos y la experiencia de los gobiernos del sureste en materia social, hicieron lo que la ausencia del zapatismo o del villismo no podrían hacer: reflejar en la Asamblea el sentir de una Nación Revolucionaria.

De hecho, la convocatoria misma de un Congreso Extraordinario implicaba el rompimiento de los cauces establecidos en 1857, para reformar la Constitución y, ya era una concesión del carrancismo más conservador a la presión del ala izquierda de sus propias filas. Pese a ello, Carranza aún confió en que el llamado "bloque renovador" es decir, la diputación adicta a sus ideas, lograría imponer en el Constituyente el proyecto que él había avalado y que, más de una nueva Carta Magna, era un grupo de reformas (66).

La visión de Carranza, era continuar la tradición legal fundada por los criollos liberales federalistas de 1824 y que se había mantenido, a lo largo del azaroso siglo XIX, para culminar al fin, en la "última constitución". La afinidad

(66) Todavía en el decreto que promulgó la Nueva Constitución se le llamaría "CONSTITUCION POLITICA DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS QUE REFORMA LA DE 5 DE FEBRERO DE 1857."

del carrancismo con el proyecto legal de la sociedad opulenta no puede ser más clara.

Pero, como precisamente dicho proyecto legal significaba el mantener el estado de opresión de la mayoría de los mexicanos, la revolución campesina, aún en retroceso, logró articular una defensa efectiva: el bloque radical o jacobino del Constituyente.

La posición de éstos diputados progresistas, se explica en dos niveles de comprensión política. En apariencia, obedecieron a los intereses del grupo obregonista, que ya preparaba sus bases sociales para arrancar el poder de las manos de El Viejo. Es importante, por ello, que Obregón mismo descalificara públicamente a los diputados renovadores que mandaba Carranza porque habían permanecido "sospechosamente" inactivos, cuando Huerta dió el cuartelazo y asesinó a Madero. Según el general sonoreense, ello les inhabilitaba para representar la voluntad nacional en Querétaro. El mismo Primer Jefe hubo de presionar para que las credenciales de los dichos diputados se aceptaran. Sin embargo, más allá de la apariencia política del suceso, los radicales y, el mismo Obregón, actuaban presionados por una realidad que no dependía de sus ambiciones personales. Es decir, más allá de su intención personal, su aceptación de las reivindicaciones revolucionarias y la oposi-

ción que de ella nacía al proyecto reformista de Don Venustiano, obedecían a la certeza de que, no sería posible establecer un Estado, en una sociedad que no se reconociera dividida por la opresión y que, por lo mismo, había estallado y llevado a sus pobres a tomar la Capital en 1914. Esa sociedad no sólo estaba dividida aún en 1916, sino que era consciente de su división y por lo mismo, cualquier orden legal que pretendiera regularle, debería aceptar esos hechos. No hacerlo implicaba aislarse de las corrientes (todavía poderosas) de apoyo social y dejarlas libres para organizarse sin el concurso de la sociedad opresora. Por lo mismo, los jacobinos protestaron de la "cortedad" de miras del proyecto carrancista en Querétaro y, aunque hubieron de ceder, al aceptar las propuestas de ajustes políticos del Primer Jefe, de hecho transformaron la esencia del texto constitucional al reflejar en él, si no conquistas de los oprimidos (que ello sólo hubiera sido viable si los ejércitos campesinos hubiesen predominado un año antes), al menos, sí, las aspiraciones de éstos oprimidos que se sabían la fuerza profunda de la Nación.

2.5 ULTIMA REFLEXION SOBRE EL ESTADO AL MOMENTO DE LA PROMULGACION DE LA CONSTITUCION DE 1917.

La fuerza del movimiento popular, pese a estar en retirada, había logrado que, para el cinco de febrero de 1917.

la Carta Magna que los diputados supuestamente leales al Plan de Guadalupe habían concluido, no fuera la última corrección al proyecto criollo-liberal del siglo XIX, sino el principio de una nueva era. Su imagen de un país en que la división entre opresores y oprimidos hacía necesaria la reglamentación diferenciada de los derechos del hombre, los de los campesinos y los de los obreros, la hicieron el texto constitucional el más avanzado del planeta en su momento y, anunció el nacimiento del nuevo Estado Mexicano.

Esto significa que, en febrero de aquél año, se habían establecido, al menos, las bases para un consenso social general. La Constitución, al aceptar la realidad, ponía a discusión la manera de enfrentarla.

En demostración de ésto, el artículo 27 recuperaba para el Estado la propiedad originaria de los bienes todos de la Nación y, con ello, le daba capacidad para decidir soberanamente sobre su uso y su reparto. De la misma manera, reconocía los derechos agrarios de las comunidades indígenas fundamentados en títulos ancestrales y abría las puertas para la reivindicación del problema de la tierra.

Sin embargo, el gobierno presidido por Venustiano Carranza no era el autor de dicha Constitución, al contrario,

su idea de Ley Fundamental se refería sólo a la organización política del Estado y de su gobierno y, por lo mismo, de nuevo se sentían desligados de la obligación de seguir el camino de discusión revolucionaria que marcaba el nuevo texto constitucional.

De esa manera, al final del estallido que terminó con el largo siglo XIX mexicano, la sociedad dividida entonces se reconocía como tal, pero su gobierno federal era ajeno a dicha actitud. Los diversos actores sociales, desde la sierra guerrillera de Villa o Zapata, hasta los círculos intelectuales y militares del constitucionalismo triunfante, se movieron dentro de la nueva lógica de reconocimiento de la realidad: los guerrilleros siguieron presionando contra el Primer Jefe y luego contra su régimen constitucional. Los militares progresistas y los intelectuales, por su parte, fueron acercándose y consolidándose alrededor del grupo de los sonorenses que, en vista de su experiencia estatal (ligar por medio de alianzas, públicas y generales, a los diversos estratos de la sociedad), representaban el sector más indicado para llevar a la realidad política el pacto que se perfiló en la Constitución.

Un siglo antes, el Estado Independiente Mexicano nació en el supuesto demagógico de una igualdad y una unión de todos los habitantes del Imperio. Ahora, lo primero que

se reconocía era la división profunda de la población y es más, se aceptaba que dicha división nacía de la opresión de unos pocos sobre la mayoría. En cuanto que los caudillos militares triunfadores del proceso revolucionario pertenecían a la clase media en ascenso y, que su pensamiento pequeñoburgués no podía ir más allá del reformista, el resultado del conocimiento social que tenían, no fué el Estado que moderara opulencia e indigencia, sino uno en que los sectores emergentes de la sociedad de Arriba, se apoyarían en las demandas campesinas y obreras, para escalar los altos puestos de la administración pública, mientras las masas recibían mejores condiciones de vida y espacios para encauzar sus reclamos.

Los términos de la alianza postrevolucionaria que reconstruiría el triángulo de la estabilidad mexicana, estaban dados en 1917; sin embargo, las contradicciones de un Constitucionalismo, cuya dirigencia nacional era profundamente reaccionaria y cuyo proyecto de Nación estaba atado a las concepciones decimonónicas del liberalismo criollo, impedirían que se perfeccionara el nuevo Acuerdo Nacional bajo la Presidencia de Carranza.

Dice Silva Herzog que en esa época "Los dioses tenían sed",... la última sangre que requerirían, sería la del último criollo liberal: Don Venustiano Carranza.

TERCER CICLO: DE LA DINASTIA SONORENSE A LA REVOLUCION
DEMOCRATICA EN EL FIN DEL MILENIO.

3.1. SITUACION GENERAL DEL MEXICO POST-REVOLUCIONARIO.

3.1.1. SITUACION SOCIAL: EL NUEVO TRIANGULO DE LA
ESTABILIDAD.

El fundamento del Estado Mexicano, resultado del Movimiento Campesino de 1910, fué la reconstrucción del triángulo de estabilidad en la sociedad dividida. Ello nació del reconocimiento de dos grupos fundamentales y, de que la causa de su distinción, era la opresión. La Revolución abrió las expectativas de una solución a dicho problema ancestral y trajo de nuevo a discusión la posibilidad de crear un orden Estatal que lo superara.

Si la derrota campesina alejó una solución radical y definitiva desde 1915, en cambio, la fuerza del movimiento obligó a la sociedad de los de Arriba a reconocer la existencia del "otro": de la sociedad oprimida.

Por lo mismo, la carta constitucional aprobada por los sectores más radicales de la nueva burguesía triunfante en 1917, aceptaba, de entrada, la realidad, y se postulaba

como avanzada dirigente del movimiento social.

El resto de la sociedad opulenta, por su parte, seguía temiendo (y con razón sobrada) el repunte del movimiento popular que le había costado tanto atajar.

Al fin, los oprimidos habían medido claramente sus capacidades y, aún en retirada, conservaron el recuerdo de su triunfo en 1914 y con mayor confianza, mantuvieron la presión sobre los sectores más avanzados de los de Arriba.

En éstas condiciones, es importante recordar lo que nos dice Trotsky respecto del bonapartismo:*

"El régimen bonapartista sólo puede adquirir un carácter relativamente estable y duradero en caso de que cierre una época revolucionaria; cuando la relación (entre los actores sociales) ya ha sido probada en luchas; cuando las clases revolucionarias ya se han desgastado, pero las clases poseedoras todavía no están liberadas del temor: ¿el mañana no traerá más conmociones? Sin ésta condición fundamental, es decir, sin agotamiento previo de la energía de las masas en la lucha, el régimen bonapartista es incapaz de desarrollarse" (1)

Por lo mismo, en la Convención de Aguascalientes

(1) Gilly, Adolfo. Op. Cit. p. 128.

* Se entiende como la solución política pequeñoburguesa a la gestión del equilibrio entre las clases. Corresponde a una deficiencia política momentánea de la fuerza tradicionalmente dominante. En el caso mexicano, sin embargo, la deficiencia no es momentánea sino permanente.

no había sido posible, ni el avenimiento, ni el protagonismo que Obregón y su grupo buscaron, al tratar de constituirse en árbitros de la disputa entre Villa y Carranza.

Pero después de la promulgación de la Constitución de 1917, los términos de una alianza estaban tan claros como ya era evidente que el Gobierno de Carranza no estaba dispuesto a formar una alianza con los de Abajo.

Por lo mismo, los años que siguieron vieron fortalecerse cada vez más el grupo obregonista, que no sólo mantuvo sus contactos con las organizaciones obreras y grupos campesinos diversos sino que, al radicalizarse la posición conservadora de Carranza, se acercó a sus enemigos jurados, los zapatistas, y abandonó sus puestos en el gabinete.

En esa génesis de la alianza con obreros y campesinos se empezó a hacer realidad el proyecto constitucional de 1917 y, con ello, se perfiló el carácter del régimen post-revolucionario: el grupo dirigente, sabedor de su victoria de clase sobre la radicalidad campesina, no llevará a efecto un cambio estructural que elimine el sistema de sociedad dual mexicano: pero, como no puede mantenerse en el poder sin las masas (conscientes ahora de su propia fuerza), buscará su apoyo a cambio de acciones políticas y sociales que eleven, o al menos mantengan en un mínimo aceptable, el bienestar de las mayorías.

Simultáneamente, el vértice político así formado procurará proteger los intereses generales de la sociedad opresora moderando, sin embargo, sus ganancias; y abriéndola, a través de un eficiente sistema de cooptación e inserción de elementos proletarios. El régimen resultante será, por lo mismo, uno que cabalgará la historia a lomo de dos caballos, los dos Mexicos. Un verdadero paso de la muerte.

La reconstrucción del triángulo colonial obedeció no sólo a la claridad de algunos intelectuales como Andrés Molina Enríquez, quienes reconocieron en la historia antigua de la Nación elementos cohesionadores para la sociedad surgida de la Revolución. También los políticos obregonistas que, antes de moverse por principios de casta, aceptaron pragmáticamente la realidad y construyeron un complicado sistema de alianzas y contrapesos sociales de los que toda la población llegó a ser parte.

La regla establecida por los sonorenses se mantendría a lo largo de casi todo el resto del siglo XX, en vista de que la Revolución no sólo había calado profundamente en la consciencia popular, sino también en el recuerdo de las clases privilegiadas, las que de una manera u otra, mantienen todavía el temor a los "torvos" campesinos que ocuparon Palacio Nacional en diciembre de 1914.

El carácter bonapartista del régimen revolucionario de Obregón en 1920 se heredó así a sus sucesores. No podía ser, en cierto sentido, de otra manera, en cuanto que la misma Constitución había petrificado legalmente la concepción de una Nación dividida en la que es necesario ir construyendo la Justicia Social.

El discurso gobiernista en favor de la leyenda revolucionaria reforzaría aún más esta realidad, manteniendo abiertas las expectativas de reformas supuestamente radicales para el México de Abajo y al mismo tiempo, estableciendo una permanente espada de Damocles sobre las cabezas de los de Arriba.

La estabilidad social mexicana a lo largo del siglo XX, se explica entonces en la organización de ese triángulo de intereses sociales que construyó, por vez primera, Obregón.

Su existencia y la presencia de una Constitución entendida como aspiración social y política de la Nación (antes incluso que como Ley Fundamental), ha abierto una serie gigantesca de canales de discusión y acceso a la justicia que, aún relativizados cada vez más por los opresores, han permitido evitar un enfrentamiento general entre las dos sociedades.

3.1.2. SITUACION ECONOMICA, ECONOMIA CERRADA Y MERCADO INTERNACIONAL.

En cuanto que la Revolución Mexicana fué la primera explosión social del siglo y que fué el primer fenómeno popular al que se enfrentó el imperialismo norteamericano moderno, fué relativamente viable que su proceso se diera libre de interferencias verdaderamente trascendentales de parte de los norteamericanos. El conflicto europeo, de 1914 a 1918, alejó aun más las posibilidades de una intervención directa de los yanquis y ello permitió que las fuerzas sociales desatadas por Madero y Huerta lucharan en sus propios términos. Por lo mismo, al momento de la reorganización Estatal, los actores sociales sólo tomaron en cuenta sus propias realidades y su actitud frente al exterior fué formulada en términos nacionalistas y defensivos. Los intentos del presidente norteamericano Wilson de presionar a Huerta con la ocupación de puertos mexicanos en 1914 y la expedición punitiva en contra del villismo años después, exacerbaron el sentimiento aislacionista de la sociedad mexicana en general. De hecho, el nacionalismo fué la única carta propia de Carranza para allegarse apoyos en el país y, por lo mismo, sería un factor clave de cualquier modelo Estatal que se desarrollase.

En esas condiciones, la reorganización económica mexicana atendió, desde un principio, a enfrentar los problemas

sociales que habían provocado la Revolución, como un medio de evitar nuevos levantamientos y para fortalecer la alianza que fundaba socialmente el aparato político. Su inserción en la economía internacional y la satisfacción de los intereses imperialistas norteamericanos permanecerían siempre en un segundo nivel. O casi siempre.

Esa sería la base de los modelos de desarrollo autónomos que la mayoría de los gobiernos post-revolucionarios implementarían. Por otra parte, dichos modelos satisfacían uno de los intereses de la sociedad opulenta, esbozado desde los últimos años del porfiriato: recuperar su papel como principal beneficiario de la explotación de los mexicanos.

Sólo al fin de período, en los años ochentas, la cada vez mas deteriorada capacidad financiera del Gobierno de la República para sostener un sistema económico cerrado, obligaría a sus dirigentes a experimentar un sistema de economía abierta y de inserción definitiva en el mercado internacional (2).

Hacia adentro, el sistema económico procuró, en una primera etapa, privilegiar al campesinado en la doble idea

(2) Sales Serrapi, Carlos. Tesis para Licenciatura en Economía, ITAM, 1988.

de satisfacer las demandas más urgentes de la Revolución y, de hacer que las inversiones de los capitalistas nacionales se dedicaran al fortalecimiento de un aparato industrial moderno. Ese fué el modelo que inició Obregón en 1920 y que perfeccionaría Cárdenas durante los años treinta. En general, se entendió la justicia agraria más como un medio de aumentar la capacidad de compra del mercado nacional, en una etapa de recesión internacional que reducía los ingresos nacionales por exportación de materias primas, que como un verdadero medio de avanzar en la destrucción del sistema de opresión de unos pocos sobre las mayorías.

En una segunda etapa, cuando el movimiento obrero y campesino estaba definitivamente en reflujo y tranquilo, gracias a las políticas populistas del gobierno, la industrialización nacional promovida por una Reforma Agraria a medias y la liberación de capitales nacionales produjo transformaciones muy profundas en la sociedad mexicana, al urbanizarla y fortalecer el papel social que el proletariado realiza. En ésta ocasión, fué la sociedad opulenta la que recibió los beneficios de la "Revolución Institucionalizada", pues era la única que contaba con la capacidad económica para financiar el proceso de sustitución de importaciones en el que se basó la industrialización mexicana. Socialmente, ello reequilibró la balanza social, algo afectada por el discurso radical del

cardenismo previo. Sin embargo, implicaría un privilegio excesivo para los de arriba y provocaría el final deterioro del pacto revolucionario que mantenía estable el triángulo social.

En las palabras de Jesús Silva Herzog o de Mario de la Cueva, se pasó entonces a una etapa de desarrollo capitalista salvaje, en la cual, la sobreexplotación de la mano de obra campesina que se avecindaba en las ciudades aumentó y produjo graves tensiones. Se le llamó neoporfirismo por la manera en que se privilegiaba, de nuevo, el simple "progreso", sin medir sus consecuencias sociales, y se olvidaban el concepto de desarrollo prometido por la Revolución con Obregón y con Cárdenas, así como las lecciones que el Movimiento Armado dió a la sociedad opulenta.

Ello conformó el marco ideológico que permitiría al sector tecnocrático del sistema político asumir el poder en 1982, y abrir indiscriminadamente la economía para allegar al país los recursos frescos indispensables para pagar los enormes montos de sus deudas públicas, externa e interna. Por otra parte, la transformación social que provocó la industrialización, hizo menos oportunas y coherentes las protestas contra la concentración de la riqueza en los cincuentas y sesentas, y contra la manipulación de los sexenios de Echeverría y López Portillo. Por lo mismo, el cambio de

una economía cerrada a una abierta se empezó a dar en la suposición de que no despertaría reclamos.

Ahora bien, ¿qué quedó, en el siglo pos-revolucionario, del ánimo con que los criollos liberales y conservadores construyeron el sistema de la Hacienda Mexicana? ¿Influyó esa manera de hacer las cosas en la evolución económica mexicana del siglo siguiente?

En mi opinión sí. Pese a que la Hacienda, como base del sistema de explotación, desapareció en las dos décadas siguientes al fin de la Revolución, principalmente porque, desde el concepto constitucional del país nuevo se la consideró negativa; las directrices con las que se llevó a los hechos la sentencia del Constituyente procuraron dar a la sociedad privilegiada un campo de inversión y ganancias alterno, antes que promover la aparición de nuevos actores económicos que le sustituyeran. Por lo mismo, la Reforma Agraria Cardenista se consideró un medio de elevar la capacidad de consumo nacional y un camino para llevar los capitales nacionales hacia la industria y las ciudades (3).

Por lo mismo, la idea de organizar la explotación

(3) Anguiano, Arturo. "El Estado y la política obrera del Cardenismo". Ediciones Era, Colección "Problemas de México", octava edición, 1984.

económica en beneficio de una minoría permanece, pese a los planteamientos supuestamente revolucionarios de los gobiernos en turno y, en realidad, lo que se impone es el privilegio de la misma sociedad que lo había gozado hasta entonces, aumentada en cualquier caso, con los miembros de la nueva casta gobernante que, pese a su carácter de vértice central en el sistema de la estabilidad social, poco a poco, y de manera discreta, se irían inmiscuyendo en la red de intereses económicos de la sociedad opulenta.

Por lo mismo, pese al célebre crecimiento económico del período, éste se dió bajo los supuestos de mantener la sociedad en los términos de la división ancestral de opresores y oprimidos por una parte; y por la otra, de promover los niveles de bienestar general de la población lo que, en vista de la continuación del sistema de explotación, no se hizo por medio de una mejor redistribución inmediata del ingreso, sino por medio de obras Estatales que cada vez resultaron mas costosas. Los de Abajo vivieron mejor, indudablemente, pero proporcionalmente siguieron igual que antes, pues los de Arriba mejoraron sus niveles de vida exactamente en la misma proporción que la de ellos. El país creció, se transformó, se urbanizó, pero nunca se desarrolló.

3.1.3. SITUACION POLITICA: BONAPARTISMO PERMANENTE

Del reconocimiento de la sociedad dividida en 1917, la sociedad opresora sacó la concepción de un gobierno que cabalgara a lomo de los dos Méxicos equilibrando su relación y reestableciendo la armonía cuando ello fuere necesario.

Por lo mismo, la formación de los políticos del siglo XX, no sólo tomó en cuenta los aspectos de inserción en la esfera de intereses sociales y económicos de la sociedad opulenta, como en el XIX. Era necesario que los miembros del centro estabilizador de la sociedad, tuvieran noticia de los intereses y modo de actuar de ambas sociedades, por lo que se preferenció a aquéllos que tuvieran "bases", trabajo de "masas"; considerando que dicha preparación social, sumada a la integración que la misma labor de gobierno realizaría con la sociedad dominante, bastarían para dar a dichos funcionarios, la capacidad de comprender los intereses de cada uno de los dos Méxicos que pretendían gobernar.

En las etapas más primitivas del régimen post-revolucionario, encontrar elementos directivos de esta naturaleza no era difícil, en cuanto que la efervescencia política y social que dominó la vida nacional hasta 1940, daba lugar a la aparición espontánea de grupos y movimientos que los suministraban al aparato de equilibrio que es el

Gobierno Nacional. Sin embargo, a partir de 1940, el continuo apaciguamiento de la sociedad y la urbanización de la vida nacional, implicó la desaparición de ésa fuente de cuadros para el gobierno. En ése momento es que se inicia el proceso definitivo de institucionalización de la Revolución y la creación de un aparato de formación política nacional. Si Obregón manejó la estabilidad alrededor de su persona y Calles había organizado un partido para dirimir las disputas entre generales revolucionarios enriquecidos, el cardenismo estableció, a través de un Partido Corporativo, una especie de "Alianza Permanente" del gobierno y sus directivos, con los movimientos obrero y campesino. El siguiente paso del corporativismo mexicano fué petrificar dicha formación política para otorgarle funciones de adiestramiento de cuadros: nació la extraña Confederación Nacional de Organizaciones Populares y, poco después, el moderno P.R.I. Poco a poco, los dirigentes que produjo la organización política partidista del gobierno, se alejaron de todo movimiento popular. Primero de aquél que no compartiera la línea gubernamental, luego de las mismas bases sociales de sus respectivas organizaciones. Las organizaciones obreras, campesinas y especialmente las populares, se convirtieron en agencias de colocación para los nuevos cuadros que formaban. Al final del período, resultó que la importantísima inserción de dichos cuadros en ambas sociedades se había perdido. La mayoría de los dirigentes

bajos y medios del aparato gubernamental estaban desligados de la organización popular y, en las cúpulas administrativas, los herederos de la profesionalización (que implicaba la política de industrialización del llamado desarrollo estabilizador) ni siquiera provinieron de las filas del partido corporativo, de nuevo en el supuesto de que la inserción del aparato institucional en la organización verdaderamente popular, no era necesaria.

La profesionalización de la función política en el gobierno provocó dos situaciones. La primera, que el asunto político se considerase como exclusivo del gobierno durante décadas, dado que si el consenso nacional se había dado - teniendo como vértice a la organización política Estatal, todo otro actor resultaba innecesario. De ello resultó que el Partido Político mas poderoso naciera como Partido, no de Gobierno (lo que implicaría un sistema en que son necesarios, verdaderamente, otros partidos que no son del gobierno o gobernantes), sino de Estado. El Partido de la Revolución, como se le ha llamado genéricamente a la organización política formada alrededor del poder Estatal, para legitimarle electoralmente y realizar las alianzas concretas que forman el gran consenso nacional, es una parte esencial de la idea de Estado que el período post-revolucionario fabricó para reconstruir México. Otros Partidos no son, en esencia

necesarios, y sólo el pudor democrático liberal, heredado del Apóstol de la Revolución, impidió que, al formarse el primitivo P.N.R., evolucionase hacia el sistema de Partido único. La existencia de partidos de oposición durante el período "priísta" de la historia nacional obedece más a llenar con algo el espacio electoral que el sistema republicano liberal heredara al Estado de la Revolución, que a una genuina aspiración democrática.

La segunda consecuencia de la centralización de lo político en el gobierno, fué menos aparente en las primeras décadas del sistema. Mientras el consenso nacional era joven y las fuerzas sociales que lo impulsaron tenían aún la fuerza que les había permitido ir a la negociación, no hubo mayor problema al hacer funcionar el país con un partido político prácticamente único. Pero, paralelamente a la separación de los políticos priístas de la realidad social y de los verdaderos movimientos populares, el partido dejó de ser funcional y, pese a la retórica siempre igual y siempre revolucionaria, sus hechos empezaron a ser, cada vez más distantes de sus palabras. Con el tiempo, incluso las medidas populistas que de vez en vez se tomaban, para refrendar el carácter nacional y conciliador de los intereses de las dos sociedades, empezaron a escasear por lo costosas que resultaban para la administración de un país que había escogido el modo capitalista de organizar sus relaciones económicas internas.

Así, la capacidad real de mantener los consensos concretos que permitían la estabilidad del sistema político en el largo plazo, se fué agotando hasta el momento en que fué necesario empezar a hablar claro respecto de la "austeridad", "del apretarse el cinturón", del "realismo económico", términos todos que han resultado aplicables sólo a los programas de apoyo social del Estado y a la sociedad oprimida, mientras que la sociedad opulenta aplaude satisfecha y casi sin hacer sacrificios. Ante tal situación, desde los años setentas, cuando las medidas de ayuda gubernamentales empezaron a despertar sospechas en sectores cada vez más amplios de la sociedad de Abajo, en vista de la represión usada por los gobiernos previos, y cuando los resultados verdaderos de tales políticas eran la manipulación y la mediatización de las demandas importantes, la sociedad de los oprimidos inició una etapa de reorganización, desde abajo, que implicó la aparición de nuevos cuadros, primero sociales y luego políticos, que de manera imaginativa se las ingeniaron para sobrevivir en un ambiente en que la cooptación y la represión se imbricaron de manera cada vez más eficiente. Esta organización popular fué la semilla del despertar ciudadano que acompañó a la renuncia expresa del Gobierno, y de su Partido, a ser los benefactores sociales, a partir de 1982.

La aparición de los nuevos cuadros políticos de que hablo, ha transformado, por varias razones, el panorama

político mexicano, en cuanto que no se han comportado de acuerdo a los datos previos. Así por ejemplo, no todos los nuevos cuadros, ni todas las nuevas organizaciones se han insertado en el espectro político de la izquierda. Muchas de ellas, especialmente en el norte del país, se colocaron, por el contrario, en la derecha y promovieron el resurgimiento del Partido de Acción Nacional. Otras, que sí se agruparon en la izquierda, resultaron ser menos dogmáticas e ideologizadas que los partidos que normalmente ocupaban dichos espacios. Su tendencia pragmática, les ha llevado a plantear un sistema de coaliciones concretas y de solidaridad general entre las luchas de todas ellas e incluso, de otras organizaciones que se encuentran a su derecha, ideológicamente hablando. Por lo mismo, a la hora que el Gobierno ha tratado de mediatizarlas por medio de acuerdos demagógicos, dichas organizaciones pueden sacar partido de la incongruencia de un gobernante que se dice revolucionario y actúa como reaccionario. Ello, sin caer en el anatema de los dogmatizadores de la izquierda; a quienes, desde el principio, ha renunciado. La congruencia de dichas organizaciones, antes que en las alianzas políticas formales o en los compromisos ideológicos, se centra en lograr el fortalecimiento de las comunidades populares que les respaldan y que son la razón última de su ser. A finales de los años ochenta, éste comportamiento ha empezado a ser común en toda la organización popular, sea de derecha (una derecha por lo demás moderna, y extraña) o de izquierda

(igualmente nueva e intrigante). Como la congruencia de la nueva organización política extra - Estatal se fundamenta en el avance real que se obtenga en la vida comunitaria, y en el desarrollo concreto (aquí y ahora) de los grupos populares que la sustentan, el juego de las promesas populistas se agota y encierra al gobierno en sus propias y anquilosadas instituciones, que no están diseñadas para dar una respuesta concreta y real a la sociedad, sino para mantener, sólo aparentemente, el equilibrio social. Por lo mismo, las organizaciones populares de nuevo cuño, no han tenido mayor problema en lanzarse a la lucha electoral, sea independientemente (COCEI) antes de 1989, o sea a través de alianzas con partidos políticos previamente formados (el PAN y diversas sociedades y asociaciones civiles en el norte). Cuando una agrupación electoral de ésta naturaleza, se opone al PRI-gobierno en el campo electoral, su congruencia se manifiesta atrayente, en contraposición de la hipocresía inveterada del Partido Oficial. Por lo mismo, no es raro su triunfo.

En ésta nueva realidad, el gobierno perdería su control hegemónico aún sobre la administración, salvo que decidiera suicidarse recurriendo a los fraudes que, por su propia lógica, serían cada vez más evidentes y groseros.

3.2. LA RECONSTRUCCION NACIONAL DE LA DINASTIA SONORENSE.

3.2.1. OBREGON Y EL PACTO BONAPARTISTA.

Como ya se vió, en el desarrollo de la lucha armada dos procesos simultáneos transformaron a dos sectores de la sociedad mexicana. Por una parte, los de Abajo, como conjunto, se organizaron a nivel nacional y lograron destruir el Estado Liberal, que para entonces sólo podía sobrevivir por medio de la represión generalizada, como mostró su verdadera naturaleza con la muerte de Madero. Que dicha organización no haya logrado constituir un Gobierno Nacional de carácter proletario, implicó un repliegue forzoso de las fuerzas campesinas en los campos de batalla militares e ideológicos y, la manipulación del movimiento obrero. Paralelamente, en la sociedad de los de Arriba, se daba una profunda escisión. Los protagonistas de ella serían: los herederos de la cultura criolla decimonónica, como Carranza, quienes procurarían reestablecer el orden jurídico constitucional que a su leal saber y entender habían roto, tanto el cuartelazo de Huerta, como la revolución campesina. Contra ellos y su manera de ver las cosas, se alzaron una serie de hombres, los unos honestos e idealistas y los otros pragmáticos y arribistas, pero que contaban en común con una visión verdaderamente novedosa del problema social mexicano. Para ellos, era claro que de no haber existido la opresión inmisericorde sobre

millones de campesinos sin tierras, la Revolución no sólo no habría tomado el giro radical del zapatismo o del villismo, sino que, en realidad, no se habría dado. En éste último supuesto ellos mismos, miembros de una nueva pequeño-burguesía carente de tierras y de grandes capitales y, por lo mismo, excluida de los círculos superiores de poder y bienestar, jamás habrían alcanzado las posiciones de honor y poder que ahora usufructuaban en el régimen constitucional de Carranza. En vista de ello, tendrían para con los de Abajo, para con los oprimidos, una especie de sentimiento doble: miedo en cuanto a la radicalidad de la insurrección popular que habían tenido que enfrentar; agradecimiento por la oportunidad que la transformación nacional les daba. En cualquier caso, este sector medio de la sociedad opresora estaba en mejores condiciones de manejar las nuevas realidades, pues las conocía y les reconocía su valor. EL grupo adicto a Carranza pretendía, por el contrario, eliminar de raíz todo lo que oliera a popular, en un intento de perpetuar la visión criolla de una sociedad dividida y dominada por los de Arriba sin participación alguna del resto de la población.

Esta división en cuanto al entendimiento sobre la nueva realidad nacional, fué ahondándose al mismo tiempo que los ejércitos constitucionalistas seguían luchando con las guerrillas campesinas que se negaban a aceptar la paz carrancista. Los campesinos alcanzaban a entender el signifi-

cado del poder de Venustiano Carranza: le intuían, mas allá del conocimiento ideológico o biográfico del Primer Jefe, como un nuevo intento, mas depurado, de reorganizar el mismo sistema de explotación que les había llevado a la Guerra Social años antes. Por lo mismo, no dejarían de pelear mientras estuviera en el poder. Por su parte, los militares que fueron comisionados para reprimirlos, eran soldados por obra y gracia del mismo movimiento armado y por ende, no alcanzaban a comprender por qué se les usaba para reprimir a otros como ellos. La atracción por el enemigo aumentaría en la medida en que el gobierno de Don Venustiano incrementaba la ofensiva en contra de las nuevas ideas y reimplantaba el viejo sistema.

Cuando Carranza recurrió al asesinato para eliminar a Emiliano Zapata, incluso la sociedad mas conservadora reaccionó desfavorablemente. Era su confesión de casta en una época que se había renunciado al sistema de castas. Si Zapata era ya un símbolo para el campesinado en 1919, su muerte a manos de un traidor pagado por el Presidente, lo elevó al pedestal de símbolo de toda la Revolución.

La Revolución entregó a México una experiencia esencial: demostró a las dos sociedades que no podían vivir ignorando la existencia del "otro". Para los de Abajo, ello no fué mayor problema, en cuanto que identificar al opresor siempre es mas sencillo. Pero la sociedad opresora mexicana había

vivido en la ignorancia criminal de los oprimidos desde los tiempos de la colonia. Entonces, dicha ignorancia se manejó como una de las palancas de dominio de los peninsulares sobre los ambiciosos españoles americanos, cerrándoles así el paso a la comprensión de los mecanismos políticos y sociales de dominación colonial. Durante el siglo XIX, los criollos se abstuvieron de discutir el punto, al ver que su dominio sobre los de Abajo era viable sin el consenso, recurriendo al Dictador Militar. Pero, a partir del Gran Ascenso Revolucionario de 1910, fué evidente, para la mayor parte de los privilegiados, que ya no era posible mantener a la Nación unificada en torno a los simples planteamientos ideológicos y sociales de una de sus partes. Los de Arriba reconocieron a los de Abajo, porque éstos irrumpieron de pronto en su círculo cerrado de discusión y articularon una simple oración, el mas sencillo y contundente de los enunciados políticos: "¡TENGO HAMBRE!" (4).

La terquedad de Venustiano Carranza en tratar de ignorar la voz de los oprimidos y su poderosa presencia política nacional, fué el factor clave del distanciamiento de su principal apoyo militar y político: el Ejército.

(4) Dussel, Enrique. Discurso al presentar su libro "Filosofía de la Liberación." Ediciones Contraste, 1989. Cuarta Edición. En el Foro Gandhi, México, 1989.

Mientras el Presidente de la República manejaba el viejo discurso liberal y llamaba a una Nación, supuestamente unida, a reconstruir su planta productiva, los intereses de las dos sociedades quedaban sin solución: la oligarquía permanecía a la expectativa de nuevas convulsiones al ver que los movimientos guerrilleros radicales no solo no eran subyugados, sino que infligían derrotas continuas a un Ejército que parecía no tener mayor interés en derrotarles. Cuando, inclusive el Ejército norteamericano al mando de Pershing intentó sin éxito capturar a Villa para llevarle a los Estados Unidos, el pánico aumentó. Entonces quedó clara no solo la capacidad guerrillera, sino el consenso que tenían los radicales entre la población rural e, incluso, entre las clases medias urbanas del norte, por no mencionar el apoyo tácito de un Ejército Mexicano que obstruyó y hostilizó a la columna norteamericana hasta que el mismo Carranza tuvo de pedir el retiro de los invasores. Por su parte, los de Abajo entendieron que no sería Carranza el que cumpliera las últimas promesas del Constitucionalismo: la Reforma Agraria del nuevo artículo 27 Constitucional y el nuevo régimen obrero del 123. Los varios intentos de El Viejo por detener la obra revolucionaria que implicaba aplicar dichos artículos provocaron en la sociedad mexicana mayor desconfianza aún. Para la guerrilla campesina, fue la puerta para reiniciar el reclutamiento entre las comunidades que vieron con estupor cómo se devolvían haciendas a los oligarcas y se invitaba a regresar a los explotadores

cañeros de Morelos (5). Para los obregonistas, la confirmación de que el Presidente no comprendía el nuevo lenguaje y que se encaminaba a la debacle.

Los problemas aumentaron cuando, en noviembre de 1918, el Presidente presentó un proyecto de Reforma para los artículos 3º. y 130 de la Constitución. Al decir de Krauze, el espíritu del Presidente era "vindicar" el legado liberal de 1857, que en materia de educación y asuntos eclesiásticos, había prácticamente abolido el ala radical del Constituyente. Deseaba Carranza eliminar las aristas que representaban, para el Estado Liberal que creía gobernar, los artículos de sumisión del poder religioso al Estado laico. La Reforma había pelecado por la desaparición política de la Iglesia, no por dominarla y se detuvo al llegar a la puerta de los asuntos de conciencia. El nuevo cuerpo Constitucional había "tendido puentes" entre el Regio Patronato del monarca español y el Estado Revolucionario de 1917; por lo mismo, la Iglesia no era libre de decidir sobre el número de sus ministros, ni sobre sus propiedades indispensables. Por lo mismo, el Estado reivindicaba su derecho a educar a los niños como deseara, retirando la concesión que siglos antes otorgara a la Religión Católica. Así, el fondo de la oposición carrancista a la "radical" constitución

(5) Krauze, Enrique. "Venustiano Carranza. Puente entre siglos". Serie Biografías del Poder. 5º. Fondo de Cultura Económica. México, 1987. P. 133 y siguientes.

que debía obedecer, era de corte cultural. No entendía una institución legal que se enraizaba en la colonia como antecedente histórico y en la realidad revolucionaria como fundamento político concreto. Carranza fue el último criollo liberal y trató de reformar la Constitución para hacerla a su modo.

Es entonces cuando los nuevos intelectuales y los nuevos militares traídos al poder por el movimiento armado, se separan del gobierno carrancista de manera definitiva. Dos tercios del Congreso y todas las legislaturas locales rechazaron la reforma. Le acusaron de reaccionario (no sin razón) y abandonaron su campo político para oponérsele, al fin.

De esta deserción el que se aprovechó fue el líder militar del constitucionalismo, Alvaro Obregón.

Obregón es el representante acabado del nuevo tipo de político mexicano nacido de la Revolución. Aunque pequeño-burgués y de intereses oligárquicos, el caudillo sonorensé sabe reconocer, como don Porfirio, la existencia del "otro" y jugar eficientemente con ella. Por lo mismo, su ejército nació de la alianza entre todos los sectores sociales coordinados por el gobierno estatal y su victoria sobre Villa la fundó en la alianza con los obreros de la Casa del Obrero Mundial.

Obregón entiende mejor que Carranza la función de la Constitución como promesa permanente y aspiración revolucionaria, por ello, podrá sacar partido de ella, mientras Carranza perderá sus apoyos al intentar cambiarla.

Obregón, más allá de entender o no las raíces virreinales del pacto que supone la Constitución de 1917, ve en ella un útil instrumento para allegarse fuerzas sociales que le lleven a la Presidencia y le sostengan ahí.

Mientras Carranza pretende regresar a un Estado Liberal que supone un campesinado dividido y manipulable, Obregón reconoce en él un aliado y un apoyo; a un actor por propio derecho en el drama nacional que conforma el nuevo Estado Revolucionario.

Si don Venustiano no comprende al movimiento obrero y lo reprime o pacta con él a través de terceros (6), Alvaro se entrevista personalmente con sus líderes y, más allá de las reivindicaciones que pueda prometerles, les dá el lugar que se habían ganado en 1915.

(6) En Mayo de 1918 apoya al gobernador de Coahuila, Gustavo Espinoza Mireles en la celebración de un Congreso Obrero Nacional en el que se fundaría la Confederación Regional Obrera Mexicana, la C.R.O.M.. Sin embargo, aún en esta ocasión el ganancioso fue Obregón, quien desde entonces se acercó al a dirigencia de la nueva central obrera y preparó su pacto con ellos.

Hay pues, dos sociedades opulentas que luchan por el poder en el México de 1917-1920. La primera, representada por Venustiano Carranza, no ha introyectado las realidades que la Revolución llevó a la superficie del mundo liberal decimonónico y por lo mismo, es incapaz de organizar el Estado nuevo en la idea de una alianza de ambas culturas. La segunda, liderada por Obregón, pretende asumir el poder, que de hecho conquistaron en los campos de batalla, con el apoyo no sólo de sus propios miembros y dinero, sino del campesinado y del movimiento obrero. De esta manera, entienden, se logrará un equilibrio permanente de la balanza social mexicana en la cual ellos serán los administradores de cúpula.

En vista de que el contacto con la realidad del obregonismo era mayor que el del grupo conservador que rodeaba al Presidente, éstos fueron desplazados. Sin embargo, que dicho desplazamiento se diera en la forma de un gran cuartelazo militarista se explica simplemente por la terquedad del mismo don Venustiano quien, al ver la fortaleza política y social del llamado Centro Obregonista, insistió en la candidatura del Ingeniero Bonillas.

Es decir, si el sector de la sociedad de los Arriba representado por Carranza hubiera, al menos, reconocido el poder real del obregonismo en 1920 y le hubiera cedido el paso en un proceso electoral limpio, la transición del gobier-

Hay pues, dos sociedades opulentas que luchan por el poder en el México de 1917-1920. La primera, representada por Venustiano Carranza, no ha introyectado las realidades que la Revolución llevó a la superficie del mundo liberal decimonónico y por lo mismo, es incapaz de organizar el Estado nuevo en la idea de una alianza de ambas culturas. La segunda, liderada por Obregón, pretende asumir el poder, que de hecho conquistaron en los campos de batalla, con el apoyo no sólo de sus propios miembros y dinero, sino del campesinado y del movimiento obrero. De esta manera, entienden, se logrará un equilibrio permanente de la balanza social mexicana en la cual ellos serán los administradores de cúpula.

En vista de que el contacto con la realidad del obregonismo era mayor que el del grupo conservador que rodeaba al Presidente, éstos fueron desplazados. Sin embargo, que dicho desplazamiento se diera en la forma de un gran cuartelazo militarista se explica simplemente por la terquedad del mismo don Venustiano quien, al ver la fortaleza política y social del llamado Centro Obregonista, insistió en la candidatura del Ingeniero Bonillas.

Es decir, si el sector de la sociedad de los Arriba representado por Carranza hubiera, al menos, reconocido el poder real del obregonismo en 1920 y le hubiera cedido el paso en un proceso electoral limpio, la transición del gobier_

no restaurador del Estado Liberal que vivió el país de 1917 a 1920, al de una Administración verdaderamente revolucionaria en los marcos de la Carta Fundamental del 17, hubiera sido pacífica.

En opinión de Gilly, sin embargo, hay una explicación social a la terquedad política de don Venustiano. El Presidente no representó en el asunto de Bonillas su propia voluntad política, sino la de un proyecto histórico oligárquico que ya antes habían pretendido las restauraciones burguesas de Madero y de Huerta. Por lo mismo, no le era posible ceder ante el empuje electoral de Obregón. A Obregón le impulsaba a la presidencia no sólo su propia habilidad para aliarse con diversas fuerzas sociales, sino el repudio de los campesinos radicales al gobierno carrancista. Por lo mismo, al tener que huir de la Ciudad de México, donde se le intenta procesar criminalmente, Obregón podrá encontrar refugio entre los zapatistas y, al final del cuartelazo Adolfo de la Huerta, su presidente interino, recibirá la rendición de Villa. Estas eran las realidades que resultaron evidentes para el proyecto de restauración burguesa que Carranza encabezaba. Por lo mismo, no había concesión posible, era una cuestión de casta.

En la realidad, si don Venustiano hubiera aceptado el advenimiento del Obregonismo de manera pacífica, su puesto en la sociedad opresora hubiese sido asegurado por el mismo

sonorense y los honores de héroe revolucionario y constitucionalista se le habrían respetado. Pero no estaba en juego el prestigio personal de Carranza, sino la visión vieja de los criollos liberales sobre la Nación que habían recibido en heredad hacia un siglo. No podían aceptar parlamentar en ningún plano con los "otros", aún si éstos fueran representados por la pequñoburguesía obregonista. La cultura --- del El Viejo y quienes le acompañaron les cerró la salida a la crisis electoral y terminó matándolos.

Al igual que el Estado Liberal se consagró con la sangre de Maximiliano de Habsburgo, el Estado Postrevolucionario lo haría ofrendado el corazón de Carranza en Tlaxcalantongo.

La nueva sociedad superior mexicana que asume el poder en mayo de 1920, responde a una lógica distinta a la del criollismo del siglo pasado. Pero no podría decirse que es nueva, en tanto que es profundamente similar a la del vértice gubernamental del virreinato. Reconoce la existencia de una sociedad dual y trata de establecer un pacto general entre ambas sociedades mexicanas. Dicho pacto, estará conformado en la realidad, por una serie de alianzas concretas, unas permanentes, otras ocasionales, con grupos representativos tanto de los oprimidos como de los opresores. Ello no trae el problema de la contradicción para quien se arregla con

ambos tipos de intereses, en cuanto que todo el mundo sabe que lo está haciendo y los hechos de armas han probado que, ni los de Abajo ni los de Arriba son capaces de elevarse hegemónicamente sobre el país. Por lo mismo, el pacto bonapartista de Obregón no es sólo viable, sino necesario para todos los mexicanos.

Como la posición de Carranza había llevado al enfrentamiento armado, la legalidad aparente había sido rota por el grupo sonorenses que encabezó la insurrección nacional contra la restauración carrancista. Ese orden legal habría de ser restaurado a la brevedad posible, en cuanto que la estructura constitucional no solo no estorba al obregonismo, sino que es parte de él: la Carta de 1917 establecía de antemano el el pacto nacional revolucionario que la Rebelión de Agua Prieta culminó en el plano político.

Esta realidad explica que el 20 de abril, Obregón fugitivo de Carranza, lance una proclama acusando al presidente de tratar de imponer un candidato impopular en la Presidencia de la República y de sufragar su campaña con los dineros públicos y, ofreciendo sus servicios al Gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, en los planes que tome éste para "restablecer" la legalidad que el presidente violentaba. De la Huerta no tuvo mayor problema para encontrar una razón que le permitiese desconocer al Gobierno Federal: Carranza había enviado tropas

al Estado invadiéndolo, con el pretexto de que "es facultad" del Ejecutivo Federal el disponer de la Fuerza Armada de la manera que mejor convenga. El Plan de Agua Prieta recurre entonces a la ya usada fórmula de defender la soberanía estatal en contra de los excesos del Gobierno de la Ciudad de México. Aunque cualquiera de los pretextos legales aludidos no bastan para justificar la insurrección militar de los sonorenses, al menos no en la lógica legalista del gabinete de Carranza, el consenso social que la apoyaba hizo innecesaria la discusión ulterior de su procedencia. En menos de un mes, los rebeldes sonorenses eran cabeza de un nuevo gobierno que elegía el Congreso General la tarde del entierro de don Venustiano.

Al mismo tiempo que el obregonismo representa el ascenso de una nueva clase de dirigentes mexicanos, curtidos en las luchas revolucionarias y conocedores, por ello, del pueblo, es también la implementación de un nuevo tipo de explotación capitalista más moderna que la representada por el modelo criollo de la Hacienda. No sólo los más representativos entre los caudillos sonorenses son propietarios agrícolas industriales, emprendedores, interesados en las innovaciones tecnológicas, sino que su profundo respeto a las causas campesinas tiene una raíz personal: al igual que los pobres del campo, ellos han luchado personalmente por defender sus tierras de los viejos oligarcas. Que su pelea se haya dado en niveles casi palaciegos o que nunca hayan sufrido el hambre o la repre-

sión genocida, no quita que haya algún rastro, entre su sentimiento, respecto al viejo latifundio y el de los campesinos oprimidos. No son los caudillos populares que el campesinado requería en esos y en otros tiempos. Pero el menos tienen con él un objetivo en común: su odio al sistema viejo, al latifundio ineficiente y opresor. Los de Abajo le atacan por lo último, los nuevos amos por lo primero. Pero existe un punto de inflexión.

En cuanto a la sociedad opulenta, la realidad le había indicado ya la conveniencia de hacer cesiones a una Revolución poderosa, aún en la derrota. Por lo mismo, acepta la leyenda de Villa y la de Zapata una vez que el primero se rinde (consciente, como pocos, de la nueva realidad de consenso general) y el otro es arteramente asesinado por órdenes de Carranza. Acepta la dirección del nuevo grupo y pronto encuentra ventajas en el modelo de explotación capitalista que propone.

La idea sonorenses era modernizar la explotación rural de manera que una extensión de tierras reducida fuera capaz de rendir mayores ganancias al propietario, que ha de ceder la mayor parte de sus propiedades para satisfacer las demandas campesinas.

En el fondo, representaría también el inicio de un

proceso que siguió a lo largo de todo el siglo, y en el cual los capitalistas nacionales abandonan espacios importantes en la rama agrícola de la economía para aprovechar mejor los avances industriales y hacer negocios más lucrativos en el segundo nivel de la economía. Ello implica también un sentimiento de clase: se deja el negocio menos productivo a los de Abajo una vez que aparecen mejores condiciones en otros niveles, de manera que las concesiones agrarias no implican un ceder en la preeminencia social, sino al contrario, un afianzamiento de las diferencias. Esto, toda vez que la diferencia tecnológica y financiera entre el modelo agrícola que se deja y el industrial al que accede, es mucho más grande que la existente entre la condición de peón acasillado y ejidatario (próspero, inclusive).

Sin embargo, mientras la sociedad superior bien pronto se convirtió en pilar fundamental del nuevo régimen por razones por demás explicables, el campesinado lo hizo por su propia incapacidad de lucha, por el agotamiento de sus masas para mantener, incluso, la resistencia guerrillera, por carecer de un programa independiente y alterno al que el bonapartismo sonorenses les ofrecía. Esta diferencia explica el porqué el problema central de la sociedad dual mexicana no fue resuelto: la injusticia permanecía, pese a la necesidad del acuerdo.

3.2.2. LOS SISTEMAS DE CONTROL SOCIAL EN LA ETAPA SONORENSE DEL ESTADO POSTREVOLUCIONARIO.

Como arreglar el problema de la Injusticia Social implicaría la desaparición de la sociedad dual, el pacto bonapartista estaba, en su origen, incapacitado para resolverlo. Su función es, entonces, la de mantener el equilibrio (injusto) de la sociedad dual que no ha logrado resolver ésa, su gran contradicción. Ello contestaría, sin justificar al Estado Mexicano moderno claro, la crítica de Rafael Ruiz Harrell a la Revolución hecha Gobierno (7).

Ahora bien, como el gobierno bonapartista se fundamenta en la promesa permanente de justicia para los de Abajo y en discretas reivindicaciones reales para los de Arriba, el juego político del gobernante consistirá en mantener las expectativas de avances sociales entre los oprimidos y el miedo entre los opresores. Al mismo tiempo, sin embargo, deberá contrarrestar ambas tendencias, controlando (por la manipulación o la represión moderada) a los pobres y dando seguridades y oportunidades claras de enriquecimiento a los ricos.

(7) Denuncia éste autor, la contradicción entre el decir y el hacer de todos los gobiernos postrevolucionarios y encuentra, admirado, que precisamente esa contradicción es lo que les permite justificar su presencia permanente al mando de la cosa pública. Es decir, como "la Revolución" debe permanecer "hecha gobierno" para así poder paliar el dolor popular, y como lo que en realidad hace, es aumentar dicho dolor, entonces debe permanecer aún más tiempo!

Para mantener todos los hilos del equilibrio, la dinastía sonorenses manejó diversas instituciones y métodos, de los que el Estado posterior ha seguido haciendo uso, en alguna medida.

3.2.2.a. El ejército

Por principio, la imagen del régimen anterior a la Revolución había sido identificada con la del pretorianismo. Por lo mismo, era necesario que la institución castrense recuperara el apoyo de las mayorías. Este problema fundamental, que había hecho ya crisis en el momento en que la burguesía carrancista y la pequenoburguesía protoobregonista estuvieron a punto de hallarse sólo en la lucha contra los campesinos zapatistas y villistas, fué atacado por los sonorenses por medio de dos estrategias generales: la primera, organizando un Ejército del Pueblo, en el sentido de que los estratos más representativos de la sociedad oprimida serían los preferenciados de la institución castrense; la segunda, dando a la oficialidad de dicho ejército una serie de prerrogativas de casta que la hicieron leal al gobierno constituido, pero sin identificarse con la oligarquía nacional.

La primera de las estrategias mencionadas no significó mayores problemas para los sonorenses, en cuanto que la derrota ideológica y militar de los ejércitos campesinos

en 1915 no dejaba otra opción de avanzada militar efectiva contra Carranza y la restauración, que los ejércitos obregonistas. Por otra parte, el núcleo del Ejército Nacional se había formado en Sonora a través de un pacto eficiente de castas y de clases, por lo que había experiencia en el manejo de la idea social del nuevo Ejército. La aceptación final de los oficiales y tropas zapatistas y villistas en las filas del nuevo cuerpo armado, es la culminación de la primera etapa. La segunda estaría a cargo de Joaquín Amaro, como reorganizador de la estructura nacional de las Fuerzas Armadas durante los períodos de gobierno y dominio de Plutarco Elías Calles. El sistema de educación militar, encargado de formar oficiales y jefes para el Instituto guerrero, se reformó en la idea de que sus espacios no fueran ocupados por los hijos de la pseudoaristocracia mexicana, sino por verdaderos hijos del pueblo. De esa manera, se marcó una frontera, casi racial, entre las altas esferas del mando militar y los intereses de la oligarquía mexicana. La ganancia del Estado sonorense y de sus sucesores, fué que el Ejército no fuera repudiado por las mayorías y que, por otra parte, los militares se mantuvieron alejados de las veleidosas posiciones políticas de los de Arriba. La tradición apolítica de los soldados de México, se funda, precisamente, en el hecho de que no tienen los mismos intereses que aquéllos que tradicionalmente tratan de imponer gobiernos castrenses en la América Latina.

La segunda de las estrategias, era la simple práctica de comprar conciencias que todo gobierno realiza de una u otra manera. Durante la primera etapa del gobierno postrevolucionario tuvo efectos más bien negativos, en cuanto que los oficiales y jefes a los que se disciplinaba por medio de los "cañonazos de cincuentamil pesos" eran verdaderos jefes militares, quienes habían levantado sus cuerpos en la época de la Revolución y que, por lo mismo, no entendían de "institucionalidades". Cuando el gobierno sonoreense empezó a privilegiarlos encontró que, o bien se sometían y se dedicaban a enriquecerse con las dádivas que se les otorgaban, o bien las aceptaban primero y luego conspiraban, fortalecidos, contra el gobierno constituido. Por lo mismo, no hubo más remedio que reprimir sangrientamente a quienes actuaron en el segundo supuesto. Al mismo tiempo, los cuadros eliminados por las purgas sonorenses serían ocupados por militares de carrera egresados de las instituciones que el General Amaro iba estableciendo.

El grupo de militares que se disciplinaron por medio del dinero y los privilegios, sin embargo, tampoco respondían a las exigencias del nuevo régimen respecto de las Fuerzas Armadas, pues junto con los privilegios económicos, se les dió la oportunidad (que por supuesto aprovecharon) de ligarse con la oligarquía y servir ulteriormente a sus intereses. Sin embargo, no serían los sonorenses quienes eliminarían

este grupo (pues ellos mismos terminaron encuadrados en él), sino Lázaro Cárdenas.

Salvo la última excepción, el Ejército Mexicano actual ha sido heredado por el modelo sonorenses al régimen institucional moderno. Sus raíces populares y el control económico del Gobierno Nacional sobre él, le han dado capacidades muy amplias para cumplir las funciones de vigilante de la seguridad interna y exterior de la República, sin convertirse en un grupo de poder peligroso para las instituciones republicanas.

3.2.2.b. Los sindicatos.

Desde agosto de 1919, Obregón había establecido una alianza con la cúpula dirigente de la naciente C.R.O.M., llamada Grupo Acción y encabezada por el líder Luis N. Morones. Esa sería la base concreta de sus sostenes obreros durante todo el período y una de las columnas de estabilidad del régimen sonorenses por más de diez años. El pacto mencionado, obedecía a la lógica de acercamiento y ayuda mutua que Obregón y los suyos habían mantenido con el sindicalismo mexicano desde los días de la lucha de facciones y en el reconocimiento de la nueva fuerza que los de Abajo tenían al fin del período revolucionario.

Sin embargo, el pacto obregonista se fundamentó en una idea de alianza, en mi opinión, muy burda. Implicaba la liga política y administrativa de los dos socios: en 1919, don Alvaro aceptó ante Morones crear un departamento autónomo del Trabajo en su Administración y, a designar un secretario de Industria y Comercio afín a la C.R.O.M..

Al incluir a la dirigencia sindical en el aparato del gobierno, éste aceptaba desligarse de las organizaciones obreras que no pudieran, o no desearan, una relación tan estrecha con quien, en un momento dado, bien podría favorecer los intereses de la patronal, en función del sistema de equilibrio social del mismo Estado.

Por otra parte, se fomentó la corrupción y la represión al interior del movimiento obrero, al inmiscuir en sus asuntos la fuerza (nada despreciable) del Estado mismo. De hecho, Morones y la C.R.O.M. se fueron convirtiendo, más en una organización gansteril y represora del movimiento obrero, que en sus representantes.

Al fin, no era tan sencillo para el régimen establecer una línea de separación entre los dirigentes del sindicalismo oficial y los intereses de la oligarquía, por lo que en el mediano plazo, era muy probable que se encontraran totalmente desligados de sus bases sociales, como de hecho ocurrió.

Hubo intentos muy concretos en el sentido de dar un cauce diferente a la participación política de los dirigentes obreros oficiales. En ese sentido se fundaría el Partido Laborista, encabezado por el mismo Morones. Sin embargo, el problema principal era que precisamente él era el dirigente de la C.R.O.M. y Secretario de Industria y Comercio.

El sindicalismo es un método para elevar el nivel de vida de los trabajadores dentro del sistema capitalista. No representa una forma alterna de organizar la producción, sino que se constriñe a la defensa de los derechos mínimos de los obreros. En éste sentido, ha sido un mecanismo que permite a los gobiernos populistas realizar alianzas con el proletariado urbano sin poner verdaderamente en peligro, el sistema de producción que están llamados a preservar.

El sindicalismo mexicano, con su corta visión, demostrada al apoyar al constitucionalismo en contra de los ejércitos campesinos durante la guerra civil, se presentó, al fin de la década revolucionaria como un aliado confiable y muy provechoso para un gobierno que construiría el equilibrio político mexicano a partir de la idea de equilibrio entre -- las sociedades de opresores y oprimidos. Como en realidad no le interesaba apoyar un cambio en el sistema de producción, no estaba dispuesto a aceptar organizaciones que, como la Comuna de Morelos, hicieran marchar la economía sin el concur-

so de los capitalistas nacionales. Por lo mismo, el sindicalismo podía ser favorecido, pues a lo que más lograría acercarse, era a una sociedad en que los precios del trabajo vivo adquirido por los dueños de los medios de producción, fueran suficientes o abundantes.

La política de equilibrio social se tradujo, entonces, en una de "conciliación de clases" (8) en la que el sindicalismo servía a los sonorenses para obligar a los sectores más reaccionarios del país a apoyar su programa de reconstrucción. Los sindicatos afiliados a la C.R.O.M. obtuvieron un espacio de negociación política de acuerdo a la importancia de su sector en la sociedad mexicana. Sin embargo, ello no se tradujo en mayores avances para sus obreros. Implicó puestos, diputaciones y prebendas para sus líderes. En éste sentido, la ley de hierro de la oligarquía (9) se impuso muy rápido en el movimiento sindical mexicano.

Ello provocó una profunda división en el movimiento de los trabajadores. Por un lado, la C.R.O.M. y sus sindicatos con la ayuda del gobierno, reprimieron las cada vez más fuertes

(8) Anguiano, Arturo. OP. CIT. P. 22 y sigs.

(9) Ver Andrade Sánchez, Eduardo. OP. CIT. P.117

protestas de organizaciones independientes. Los métodos fueron variados, desde la declaración de ilegalidad para las huelgas convocadas por éstos, hasta su represión a manos del ejército.

La violencia contra el sindicalismo independiente no afectó mayormente el halo de legitimidad que la alianza obrera le daba al régimen, pues el conflicto se había trasladado al nivel de la lucha gremial o intergremial, mientras el gobierno mantenía la fachada de obrerismo a toda prueba y "sólo intervenía para mantener el orden público" en casos "muy contados".

Por otro lado, la efervescencia obrera, oficialista o no, daba mas cartas para jugar en contra de los intereses de la oligarquía heredada del porfiriato, que entre otras cosas, no deseaba dejar el sistema de producción latifundista del siglo anterior, mientras que el proyecto de Nación esbozado por los sonorenses, apuntaba hacia una industrialización rápida y realizada por los mismos capitales nacionales, para evitar los graves inconvenientes de la inversión extranjera.

Es necesario aclarar, por último, que el proceso de desintegración y represión del movimiento obrero independiente fué mas bien lento. Tan lento, como pausada fué la absorción de los mas altos líderes de la C.R.O.M. en la oligarquía mexicana y su definitiva identificación con el

gobierno. De ésa manera, el margen de acción que la cobertura obrera le dió a Obregón fué mucho mas amplio que el que le proporcionó a Calles y fué hasta el cuatrenio de este último, que Morones mismo fué el que ocupó la cartera de Industria y Comercio.

Cuando la identificación entre los cromistas y el gobierno fué definitiva, la organización obrera empezó a dejar de tener sentido para el mismo gobierno, quien, a partir de 1928, le fué abandonado a su suerte, sin preocuparse de las sucesivas desaveniencias y divisiones que la anularon políticamente en los primeros años de la década de los treintas. Ello obedeció a tres factores importantes.

El primero: que en cuanto que el pueblo identificaba a la central obrera con el gobierno y a éste con los empresarios a quienes se pretendía combatir, la poca credibilidad hacia insostenible una alianza tan estrecha como a principios del período.

El segundo: que la efectividad dismanteladora de la C.R.O.M. en contra de los sindicatos "rojos" fué tal, que para fines de los años veintes la oposición sindical independiente ya no existía y era incosteable seguir apoyando un órgano obrero represor.

El tercero: que cuando Obregón intentó reelegirse para intentar un acercamiento a las masas desheredadas, sin cambiar la línea general del régimen, los sectores mas fuertes de la tendencia capitalista conservadora (entre ellos el mismo Morones) presionaron en su contra y al momento de ser asesinado, la opinión pública apuntó contra el dirigente sindical vendido al gobierno de Calles. Ello alejó, aún mas, la posibilidad de un apoyo efectivo del gobierno al movimiento obrero burocratizado.

Al parecer, el gobierno callista y la serie de tres presidentes que le siguieron al ser asesinado Obregón, pretendía desligar a las instituciones gubernamentales de los movimientos populares que le dieron sustento originalmente. En cuanto a la parte obrera de la lucha popular, esta se mostraba débil por las luchas internas provocadas por la C.R.O.M. que no resultó difícil al régimen irse deshaciendo de su socio. Ello se logró, inclusive, sin represiones generalizadas, como hubo de hacer Carranza cuando desconoció su liga con la casa del Obrero Mundial. Durante El Maximato, el gobierno aprovechó en su beneficio, sólo la desorganización sindical, sino también el impacto de la crisis mundial de 1929 que, como había tomado a nuestro proletariado en un mal momento, sólo lo hundió más. Ello hizo seguramente pensar al gobierno que la amenaza obrera había desaparecido y, por lo mismo, mantuvo la línea derechizante que había iniciado en el período del general

Calles.

En realidad, los sindicatos sufrieron mucho por la represión, la división y la manipulación de parte del gobierno y Morones y luego, se desbandaron aún mas por efecto de la crisis mundial que afectó de manera especialmente grave a nuestro país. Con todo, dentro del marco de desastre, se dió un elemento emancipador: la despreocupación del gobierno, manifiesta en su abandono de la C.R.O.M., permitía a los obreros reorganizarse independientemente y contar, inclusive, con el apoyo de algunos sectores radicales de la estructura gubernamental. Estos últimos serían el enlace político que, durante el cardenismo, articuló al movimiento obrero independiente nacido de la crisis, a un nuevo ascenso general de las masas a fines de esa década.

3.2.2.c. Las Concesiones Sociales.

Al mismo tiempo que el sistema daba a los capitalistas nacionales seguridades respecto a su futuro y procuraba conven- cerles que era mejor un cambio de giro en sus actividades económicas, el gobierno debía asegurarse el apoyo de amplios sectores de la población, de manera que el pacto que dió origen al Estado al fin de la Revolución siguiera en pié. Por lo mismo, los sonorenses adoptaron un lenguaje radical, actitudes acordes a él y expidieron algunas leyes agrarias avanzadas.

Pero de la Reforma Agraria prometida, sólo repartieron algunas tierras, Obregón entregó a los campesinos mas o menos un millón de hectáreas en el primer período sonorenses. Sin embargo, la política general fué, mas de contención que de avances revolucionarios. En vista de que el campesinado seguía replegado y sin una organización propia, fué posible mantenerlo a raya con menos concesiones que al movimiento obrero, que por entonces, e impulsado por nuevas fuerzas ideológicas, empezaba a surgir como verdadero interlocutor político y social del gobierno.

Había un defecto en la táctica seguida respecto del campesinado. Suponia que su pasividad sería permanente y, por lo mismo, se le menospreciaba a la hora de analizar el equilibrio social general. En 1923, ya en vísperas de la Rebelión de -la-Huertista, Francisco Villa es asesinado en Parral. Con ello, se supuso que quedaba eliminada cualquier oportunidad de un repunte armado de las masas rurales. La manera como se reprimió, al poco tiempo, a quienes trataron de apoyar al ex-presidente de la Huerta confirmó a muchos en esa suposición, pues los sublevados no alcanzaron a convocar entre los campesinos muchos apoyos. Ello probablemente obedecía a que, si Obregón y el régimen de los sonorenses mediatizaban las aspiraciones sociales mas profundas, de la Huerta y los suyos no estaban claros respecto al punto y por lo mismo, suscitaban desconfianza entre un proletariado que, al menos,

sabía cuáles eran las reglas del juego con los otros caudillos.

Sin embargo, la pasividad campesina era sólo aparente. De la misma manera que la lógica popular había aconsejado a Villa detener la lucha guerrillera al caer Carranza, las masas rurales esperaban pacientemente un mejor momento para reiniciar sus reclamos. Tratar de atacar al régimen en el momento en que su retórica era más radical e izquierdizante, sus apoyos obreros estaban bien establecidos y tenían aún el consenso general, hubiera sido suicida. Una derrota en las condiciones imperantes hubiera implicado retrocesos muy graves.

La actitud de los campesinos obedeció a una estrategia novedosa, que en el transcurso del siglo se perfeccionó. En un régimen bonapartista, que se fundamenta precisamente en la idea del equilibrio entre los intereses de los de Abajo y los de Arriba, es posible exigir por muy diversos medios, concesiones y apoyos para las más contradictorias causas. Ello significa que, pese a la congruencia general del pacto, en muchas ocasiones el gobierno (especialmente en el nivel municipal y el estatal) entrará en conflicto con sus propias promesas. El papel de los reclamos campesinos, entonces, no será el de denunciar radicalmente ésa contradicción específica (digamos, entre el dueño de la Hacienda "X", que es compadre del Alcalde, y la comunidad "y" que "ganó" la elección

para éste) sino simplemente el de pedir (incluso con "el debido respeto") al munícipe, al gobernador, o al Presidente, que haga honor a su palabra. Por ésa vía, el campesinado evita enfrentarse directamente con el Hacendado o con el gobernante y, en cambio, deriva la lucha precisamente al campo que media entre ellos dos. Que definitivamente es un camino largo e incierto, lo es. Pero en la ausencia de ejércitos campesinos no se puede ser radical. La organización republicana en tres niveles de autoridad territorial daba, por otro lado, mas amplitud a ése juego del reclamo-pacto-exigencia respetuosa, y en un primer momento, fué muy posible que el gobierno estatal, o el Federal, intervinieran para poner en orden los problemas agrarios de un área específica.

La estrategia que explico arriba implicó una enseñanza múltiple para el campesinado. No sólo se aprendió a evitar la confrontación radical en cualquiera de los tres niveles de gobierno, sino que permitía aprovechar la zanja ideológica existente entre la oligarquía terrateniente y los funcionarios Estatales. Aparte, demostró que sólo las comunidades con una clara organización interna lograrían mantener la presión el tiempo suficiente para obtener justicia. Por lo mismo, se dió un paso importante en la organización campesina. Es indudable que en el sustrato de éste último proceso hubo una fuerte influencia del ejemplo zapatista, aunque probablemente matizado por la derrota militar de éste y la lejanía de muchas

comunidades.

El defecto de éste camino era que, si bien privilegiaba el desarrollo de una organización interna mas avanzada en cada comunidad rural, al mismo tiempo provocaba la dispersión de los esfuerzos de los campesinos como clase y grupo de presión a nivel nacional. Por lo mismo, pese a que el agrarismo avanzó en el plano regional durante la década de los veintes y luego aún mas en los treintas, su representación nacional estuvo en manos de personas ajenas a su propio proyecto histórico. Si a ello se suma el contexto histórico, es decir, el movimiento hacia la formación de sindicatos y centrales en el proletariado urbano y el inicio de una vida partidista en el terreno político, la organización campesina, en los niveles generales, quedó en manos de personas que actuaron en la lógica de los grupos dominadores y no en la de las reivindicaciones concretas.

Es evidente que los sonorenses fueron muy sensibles a dicha realidad, pues privilegiaron a ciertos grupos de intelectuales ligados aparentemente con el agrarismo mas radical, hasta que lograron "domesticarlos". Por lo mismo, la dirección nacional del movimiento popular rural quedó en manos de los pequeño-burgueses agrarios que derivaron a posiciones cada vez mas incongruentes y aún conservadoras, manipulados por el gobierno y preferenciando las prebendas políticas a

las verdaderas conquistas agrarias.

De dicha realidad, el campesinado aprendió también. El partido agrarista que apoyó a Obregón en su primer período, tomó las banderas de una Reforma Agraria detenida en el mandato callista y lanzó la candidatura del mismo Obregón en 1927-28 para reivindicar, no los derechos de los pueblos y comunidades, sino los del mismo caudillo sonorense. Pese a ello, el campesinado apoyó la candidatura, pues representaba, de nuevo, un nuevo nivel de apelación en su estrategia de hacer crisis de la incongruencia gubernamental. El asesinato del Héroe de Celaya implicaría así, un golpe de los sectores mas conservadores del régimen, contrarios al reparto agrario generalizado y por lo mismo, aliados con la vieja oligarquía terrateniente. Gilly opina, por lo mismo, que el programa de gobierno de Alvaro Obregón para el período 1928-1934 hubiera representado, aunque atenuado, un panorama social y político similar al del cardenismo posterior (10).

La crisis de 1929 impactó desfavorablemente al campesinado, que vió reducidos sus ya exiguos niveles de vida. Pero al fin, también implicó el fortalecimiento de su organización, al menos en el nivel regional, en cuanto que la separación ya mencionada del gobierno y el movimiento obrero provocó

(10) Gilly, Adolfo, OP. CIT. P. 349.

un giro conservador bastante marcado en todos los niveles, y también en el agrario. Se pretendía dar por terminado el reparto, mientras muchísimos campesinos mantenían su condición de peones acasillados. En éstas circunstancias, el descontento por las promesas incumplidas empezó a trabajar, de la misma manera que en la primera década del siglo, y amenazó con un nuevo estallido.

Los centros de agitación campesina mas importantes se dieron en las áreas en que los peones acasillados se organizaron sindicalmente para defenderse, en su calidad de obreros agrícolas, como en La Laguna. Ante éste impulso campesino, los partidos mediatizadores no fueron respuesta. De pronto, el régimen se encontró sólo, frente al inminente retorno de las masas campesinas armadas. El fin de la dinastía sonorense se vió marcado por ésa realidad.

Un punto esencial para la comprensión del engranaje político e ideológico de nuestro Estado, nos lo proporciona el comportamiento de los anarquistas y agraristas pequeñoburgueses del zapatismo. Ellos, que representaron la exposición mas radical del movimiento suriano y que (como Palafox) reforzaron el aislacionismo del Ejército Libertador del Sur, resultaron ser los instrumentos mas dóciles a la hora de mediatizar al campesinado y hacerlo parte del sistema de contrapesos sociales implementado por los sonorenses. Sucedió que en el fondo, sus actitudes obedecían a un casi mezquino envalento-

namiento al momento de la victoria y a un fácil desaliento en el de la derrota. En cualquier caso a su falta de claridad sobre los verdaderos móviles de la revolución y sus aspiraciones. Ellos estaban llamados, no a la radicalización de las posiciones políticas concretas (ya bastante radicales por obra de los rudos líderes populares), sino a la interpretación humilde, de un tercero allegado, sobre lo que el campesinado deseaba y estaba en condiciones de lograr. El papel del intelectual debía ser "pastoral" (11) y no protagónico. Para ello, no estaban listos los que se afiliaron entusiastamente al zapatismo y a otros movimientos. A la hora en que Zapata muere, quedan ellos libres para dirigir el movimiento que se repliega. En lugar de darle las mejores posiciones para un nuevo avance, lo que hicieron fué aprovechar la fuerza restante del campesinado para encumbrarse ellos a su sombra. Por lo mismo, al girar a la derecha sus socios en el gobierno, las organizaciones políticas que fundaron quedaron sin sustento real. El campesinado no logró una dirección nacional. La enseñanza que deja éste ejemplo es que, aquéllos intelectuales que deseen acercarse a la comprensión del "otro" México han de situarse desde el principio en la idea de que es "otro" universo cultural y que, por su carácter humano, merece ser reconocido y aceptado tal y como funciona. Es decir, la acti-

(11) Y digo esto en su sentido religioso-liberador de "acompañamiento de la comunidad".

tud del que desea insertarse en la lucha popular, ha de ser la de respeto al modo como los de Abajo luchan y viven. En cuanto que la comunidad les pida su opinión y consejo, deben dárselo, mas no imponerlos. Y aquéllo, siempre se dará en los tiempos y formas que el modo de la comunidad marque. De ésta manera, los de Abajo ganarán una visión mas amplia de sus problemas sólo cuando ello se requiera, y los de Arriba que deseen traicionar al sistema que injustamente les ha privilegiado, obtendrán la oportunidad de entender cabalmente a su Nación y, a ellos mismos como parte de élla.

3.2.2.d. Los Partidos Políticos.

Por lo mencionado arriba, se puede concluir que existió en el período sonoreense un tipo de partido que respondía a los intereses mezclados del régimen y de las dirigencias obreras y campesinas. El Partido Laborista y el Agrarista se incluyen en éste supuesto. Junto a ellos, el Partido Nacional Cooperativista trató de aglutinar los ideales y esfuerzos de grupos estudiantiles que sin haber tenido una participación clara en la lucha armada (como obreros y campesinos) sí pretendían establecer en México nuevas formas de organización social. Sus postulados para nacionalizar la tierra y la gran industria, así como para hacer del ejército una guardia nacional, daban una apariencia radical a lo que en realidad era una agrupación política cuyo verdadero cometido fué obte-

ner curules y puestos públicos, a cambio de la cobertura electoral que dieran al candidato en turno.

Este otro tipo de partidos cumplían para el régimen una función relativamente distinta que la de mantener el pacto social por medio de alianzas concretas con obreros y campesinos a través de sus líderes. De ellos, Luis Monroy Durán escribía en la década obregonista:

"Los Partidos Políticos que se forman en México, casi sin excepción, principian con la junta de un reducido número de políticos de segunda categoría, que procuran después anotar en sus listas los nombres de algún Secretario de Estado, de dos o tres Senadores o de otros tantos Diputados". (12).

El gobierno obtenía de ellos los cuadros políticos parlamentarios, que las filas del ejército y de los líderes sociales nacidas de la revolución, no le daban. Incluía aparte, a un sector importante de la clase media urbana que mantenía su ritmo de crecimiento, al tiempo que el país se urbanizaba y la industrialización comenzaba. Ellos serán la base de la burocracia Estatal posterior.

(12) Monroy Durán, Luis. Citado por Daniel Moreno en su libro "Los Partidos Políticos del México Contemporáneo: 1916 - 1985". OP. CIT. P. 75.

Como la revolución no había formado un nuevo Estado en la idea de hacer del México dividido una sola Nación, y como al mismo tiempo que Carranza renovó las instituciones republicanas del siglo XIX el radicalismo encabezado políticamente por Obregón les dió contenidos sociales nuevos pero no las cambió, entonces era necesario un grupo político que asegurase al presidente la alianza o el control de los poderes legislativo y judicial y las gubernaturas de las entidades federativas. Para ello se formaban, en los años veinte, partidos y coaliciones que normalmente recibieron el nombre de "Centros" obregonistas, callista, de la huertista, etc., para apoyar candidaturas específicas o para sostener el ascenso de aquéllos grupillos de políticos de segunda, quienes al obtener el apoyo del gobernante en turno, van adquiriendo mas y mas poder hasta que ello se hace peligroso para el mismo gobernante, que apoyará a un nuevo grupo y así sucesivamente; de manera que el aparato político, al tiempo que nutre a su naciente burocracia, dá permeabilidad al sistema y logra consensos entre los sectores medios y bajos de la sociedad opulenta y "educada".

El sistema se había desarrollado en ésta última vertiente desde la década revolucionaria, como consecuencia de la efervescencia política moderista. Así, cuando Carranza fué postulado para presidente en 1917, una agrupación fundada por el General Benjamín Hill, el Partido Liberal Constitucionalista, obtuvo un buen número de curules en el Congreso

General y logró oponerse efectivamente a los intentos de Reformas Constitucionales ya mencionadas. Dicho Partido Liberal Constitucionalista sería hegemónico hasta que, a principios de la década de los veintes, otras agrupaciones le disputaron el poder legislativo que controlaba de manera relativamente independiente de los deseos del Ejecutivo en turno.

Sin embargo, pese a la mayoría relativa que alcanzó en el Congreso en 1920, el PLC sería desplazado por una coalición formada por el Partido Laborista, el Agrarista y el Cooperativista, en una maniobra auspiciada por el secretario de Gobernación obregonista, Plutarco Elías Calles. Se dijo incluso, que cada voto se compró a precio de oro, hasta que el PLC perdió en la elección de la Comisión Permanente del Congreso y fué desplazado de casi todas las comisiones legislativas (13). De lo que se trataba, era de ir domesticando al Poder Legislativo, en una época en que el gran consenso social permitía al Jefe del Ejecutivo reasumir las funciones de Padre de la Patria y vértice de la estabilidad. Si Obregón buscó el apoyo del PLC en sus movimientos contra Carranza, ahora la independencia de ese partido, formado por prominentes intelectuales y destacados parlamentarios, resultaba peligrosa al perfilar una verdadera oposición a la función ejecutiva-federal.

(13) Monroy, Durán, Luis. Confróntese Moreno, Daniel. OP. CIT. P. 75 y sigs.

La coalición que destruyó al PLC, estaba en contacto directo con el Presidente y sus hombres de confianza, y representaba, frente a la separación republicana de los poderes, la fuerza del gran pacto social que tenía razones, no en la ley, sino en la realidad histórica nacional.

Sin embargo, una vez que cumplió su función de servicio al Ejecutivo, la coalición se desmembró, porque el Partido Cooperativista dominó en las elecciones de 1923 para renovar el Poder Legislativo.

Entonces, a través de la manipulación de las elecciones y de su calificación en la Cámara, los cooperativistas alcanzaron la mayoría absoluta del Congreso y desplazaron a los Laboristas y Agraristas. Como al poco tiempo rompieron también con el general Obregón, al discutirse la asignación de las gubernaturas a renovar, los cooperativistas derivaron hacia la oposición y el gobierno federal se encontró en peores relaciones con el Legislativo que antes.

Para suerte del presidencialismo obregonista, el líder del cooperativismo, Jorge Prieto Laurens, empujó a Adolfo de la Huerta para postularse como candidato de oposición. De ahí a la revuelta, en opinión de muchos, fué el mismo líder partidista el que animó al viejo aliado de Obregón. La represión del alzamiento, que no tuvo mayores implicaciones socia-

les, terminó con el cooperativismo y con la última posibilidad de establecer un poder relativamente autónomo en el Congreso Federal.

Hay otro grupo de partidos, los Socialistas, que surgieron al amparo del grupo radical de los comandantes constitucionalistas encargados de los gobiernos militares del sureste mexicano. Salvador Alvarado no sólo había experimentado el socialismo de estado en el Yucatán de 1915, sino que promovió, por mano de su Jefe del Departamento de Trabajo, Eladio Domínguez, la formación de un partido político, llamado "socialista". Este organismo evolucionó hasta que, en 1920, el Socialista de Yucatán se adhirió al Centro Director Obregonista. Felipe Carrillo Puerto era su presidente. Después sería gobernador de la entidad.

En 1926, muy anticipadamente, el general Calles llamó a todas las agrupaciones de esta tendencia a formar una Alianza de Partidos Socialistas que pronto se afilió a la propuesta de reelección de Obregón, junto con el agrarismo de Díaz Soto y Gama. La Alianza, de hecho, fracasó como tal, pero dió a la candidatura del "monco" la cobertura popular que necesitaba para presentar una renovación del pacto bonapartista luego de las medidas capitalistas de la Administración Calles.

Cuando en 1928, la muerte del presidente-reelecto

Obregón obligó al Congreso a nombrar un presidente interino, la designación recayó en el presidente del Partido Socialista Fonterizo, el señor Emilio Portes Gil.

Para entonces, la función de los partidos era la de apoyar al gobierno en turno y presentar un frente en contra de los intentos de generales enriquecidos y de los políticos que les apoyaban, por tomar el poder con violencia. El gobierno de Calles, especialmente, entendió la posición privilegiada del gobierno para elevar o desinflar a los nuevos grupos partidistas y la usó ampliamente. Con ello, sentó las bases para la formación de un gran Partido de Estado, cuya función sería dirimir, hacia adentro del grupo postrevolucionario, las cuestiones electorales por medio de un sistema de equilibrio equivalente, en lo político, al establecido por el obregonismo a nivel social-nacional.

Sobre la aparición de dicho organismo hablaré mas adelante.

3.2.3. La Política Económica de la Reconstrucción.

¿Qué modelo económico pretendía establecerse en base al equilibrio social logrado por el obregonismo? El equilibrio de la sociedad dual no tiene su fin en sí mismo, se hace para algo y ése algo era la construcción de una sociedad indus-

trial en la cual, las ganancias de la sociedad opresora aumentarían y al mismo tiempo fuera posible ceder a la sociedad oprimida el control del primer nivel de la economía, el agrícola.

Las razones coyunturales que empujaron al obregonismo, nacían de las mas diversas vertientes. Por una parte, el equilibrio social básico para el Estado exigía la concesión de una Reforma Agraria que abarcara el territorio entero. Aunque el callismo se encargó de detener el reparto, la aspiración general se mantuvo en ése sentido y el cambio radical en el sistema de propiedad y explotación de los recursos agrícolas llegó a verse como irreversible. Por otra parte, el modelo de explotación latifundista había demostrado, ya desde fines del Porfiriato, sus límites. Los rendimientos de las grandes empresas agrícolas decrecían, pese a mantener a los inversionistas a la cabeza de la sociedad opulenta y en el mando político. Por lo mismo, varios propietarios empezaron a convertir sus propiedades en centros de procesamiento de los productos, iniciando la industrialización de las plantaciones mas prósperas. Pero dicho modelo también era restringido y los caminos de la industria de transformación urbana estaban cerrados por la presencia hegemónica del capital extranjero. La revolución eliminó la seguridad para continuar la inversión tecnológica y de capitales en el área agrícola y por otra parte liberó al sector industrial de las inversiones

extranjeras, que en la mayor parte de los casos abandonaron el país. Relacionado con esto último, el nacionalismo que la cada vez mas dominante presencia extranjera en la industria nacional provocó en las filas de la sociedad opulenta, impulsó la idea de una industria propia alimentada por capitales y mano de obra propios y que lograra superar el rezago tecnológico y la consecuente dependencia del exterior. Dicho nacionalismo era alimentado por la expectativa de mayores ganancias, especialmente en los sectores capitalistas mas avanzados que no tenían reparo en apoyar una política agrarista radical, siempre que fuera acompañada de una promoción proporcional de las inversiones privadas en la industria de transformación.

Los apoyos que recibió el modelo gubernamental nacieron tanto de la sociedad oprimida que estaba ansiosa de ver realizado el sueño secular de la Reforma Agraria, como de los líderes de los partidos que se organizaron para mediatizar sus demandas. Los agraristas y los laboristas apoyaron la Reforma Agraria para asegurarse un espacio político en representación de la sociedad de Abajo. Por otra parte, los partidos "socialistas" no tuvieron empacho en hablar de su "deber" de "disciplinar" a todos los elementos izquierdistas para converger hacia la "Reconstrucción de la Patria" (14).

(14) CFR. La declaración de principios de la Alianza de Partidos Socialistas en 1926. Moreno, Daniel. OP. CIT. P. 100 y 101.

Por su parte, los empresarios mas modernos, originarios fundamentalmente del Norte, apoyaron el modelo. Ellos comprendían mejor que sus colegas que era mejor negocio avanzar en la industrialización que reconstruir el sistema económico agrícola del latifundio. Su visión, mas parecida al del moderno industrial norteamericano que al tradicional hacendado del Centro y Sur del país, les había permitido participar exitosamente en el pacto sonorenses que levantó el Ejército del Noroeste al grito de "¡Orden y nos abastecemos!" (15).

Al fin, el sector radical y nacionalista de los militares revolucionarios, autores de la parte jacobina de la Constitución, veían, tanto la Reforma Agraria como la lógica de una industria nacional como freno al imperialismo norteamericano. Por lo mismo, Jesús Silva Herzog admira al régimen del general Calles que, en el plano internacional, mantuvo una posición enérgica en la cuestión de reglamentar la explotación petrolera transnacional de acuerdo a las necesidades nacionales. Que los beneficios de la reglamentación un poco tenían que ver con un modelo popular de desarrollo es otra cuestión, como se vió al fin del cardenismo y la expropiación de dicha industria.

En contra hubo, sin embargo, fuertes obstáculos.

(15) Aguilar Camín, Héctor. "La Frontera Nómada, Sonora y la Revolución Mexicana". SEP-CULTURA. Colección Cien de México, 1985. P. 303.

La mayor parte de los hacendados no compartían la visión moderna de los nuevos empresarios que representaba el gobierno sonorense. Por lo mismo, no deseaban invertir, ni arriesgarse en la aventura que era indispensable correr para establecer una verdadera planta industrial nacional y nacionalista. Su poco espíritu emprendedor les identificaba con la posición ideológica y de casta de los criollos decimonónicos conservadores. Eran, en mi opinión, la mayor parte de los propietarios del país, pero especialmente los de las áreas que no habían sufrido el ascenso revolucionario de 1910 con mucha fuerza, COMO Chiapas y la Península Yucateca. Los hacendados que regresaron, al pacificarse el país, a sus tierras del Centro y Occidente, compartieron esa posición y se negaron a las políticas radicales del obregonismo. Ellos fueron el eslabón con que se articularon muchos generales revolucionarios callistas que defendieron, desde la segunda mitad de los veinte, la necesidad de detener el reparto agrario.

El campesinado, por su parte, tendría reticencias menores, pero profundas, respecto al modelo de industrialización propuesta. La falta de un marco teórico, de una ideología y de un programa nacionales no permitieron que dicha reticencia se manifestara sino indirectamente y hasta el cardenismo. Su razón de ser tendría que ver con el cuestionamiento del POK QUE industrializarse; si había o no había que hacerlo; y si era necesario, Como hacerlo; con la iniciativa e intereses

de QUIEN hacerlo. Probablemente, se llegó a intuir que las concesiones agrarias no representaban ningún avance social si al mismo tiempo se daba a la sociedad opulenta la franquicia de una industrialización capitalista occidental y periférica, pues el diferencial de cultura tecnológica, acceso al poder y la organización nacional de los ingresos, sería incluso mayor que en el sistema latifundista.

3.3. EL CARDENISMO. LA SOCIEDAD FUNDADA EN UN SUEÑO IMPOSIBLE

3.3.1. Génesis o de como Cambiarlo Todo Para Que Todo Siga Igual.

Cuando en 1928 Obregón se postuló a la Presidencia de la República por segunda ocasión, el control político de los sonorenses sobre el país estaba asegurado. La rebelión de la Huertista les había dado la oportunidad de deshacerse de la mayoría de los revolucionarios que podrían, con fundamento, disputarles la paternidad de la misma Revolución. Su crueldad para con los vencidos dejaba de lado la posibilidad de componendas y por lo mismo una rebelión de consenso por el terror se gestó entre la sociedad superior recién formada. Con todo, faltaba aún el episodio final de las luchas intestinas de los militares surgidos de la revolución constitucionalista. Este episodio lo protagonizaron, primero, los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano. Ambos eran

representantes acabados de los métodos de la dinastía sonoreense para alinear en su favor a los jefes del Ejército Nacional. Habían recibido dinero y poder a cambio de su lealtad, pero al mismo tiempo, desarrollaron ligas con grupos de poder y formaron sus pequeñas cortes de seguidores, quienes les impulsarían hacia la presidencia. Cuando Obregón, por medio de la representación agrarista en el Congreso General y sus influencias en las legislaturas locales logró modificar el texto de la Constitución para que fuera permitida una reelección no inmediata en 1927 y cuando, no contento con ello, en 1928 se eliminó el límite de una sólo ocasión y se amplió el período de cuatro a seis años de gobierno, las expectativas de ambos generales, anteriormente favoritos de Calles y Obregón, respectivamente, se esfumaron. Sin embargo, aprovecharon el apoyo de los que defendieron a capa y espada el principio maderista de No Reelección Absoluta y Vito Alessio Robles resucitó alrededor de Gómez al Partido Antirreeleccionista del Apóstol. Serrano alcanzó a formar una especie de Partido al que se llamó Nacional Revolucionario. Sin embargo, ni uno ni otro alcanzaban a llenar las expectativas de quienes buscaron con sinceridad una alternativa al régimen sonoreense. La Dinastía aún se fundamentaba en la idea del gobierno equilibrador de la sociedad dual organizada en Estado y la candidatura de Obregón, por mas que rompiera el principio del Iniciador de la Revolución, respondía a la necesidad social de la Nación. Por lo mismo, los principios avanzados de la

democracia formal aportados por el maderismo a la Carta Magna importaron menos que las necesidades sociales de la realidad, mismas que la Revolución campesina había mostrado al grupo sonorenses. Se puede decir que el obregonismo de 1928 encontró que hay principios revolucionarios mas traicionables que otros, y actuó en consecuencia.

Como los dos generales eran sólo éso, generales, terminaron por dejar el terreno electoral y pasaron a la conspiración y prepararon un cuartelazo que incluía la sublevación de la guarnición de México y el asesinato del Presidente en los llanos de Balbuena durante una revista. Sin embargo, el Jefe de Armas de la Capital, general Eugenio Martínez, decidió a última hora delatar a los conjurados y ser leal a sus líderes nacionales. La muerte de Serrano en la carretera a Cuernavaca y la de Gómez en Veracruz dejaron libre el camino de la Presidencia al invicto Obregón.

El apoyo de los agraristas y de los partidos socialistas confirma que la candidatura para el segundo período por mas que pasaba sobre la primera bandera de la Revolución, era el reflejo del urgente reforzamiento del pacto bonapartista que se vivía. La C.R.O.M. y su dirigencia burocratizada trataron de detener la candidatura y hasta se lo opusieron en una primera etapa, pero al fin, la realidad se impuso. Aún sobre el mismo Calles, quien seguramente no vió con

simpatía el regreso de su antiguo jefe, quien amenazaba con denunciar parte importante de su propia obra reconstructiva para lograr el apoyo de las masas desheredadas.

La contradicción entre el proceso de derechización que había sufrido el gobierno de Calles y el movimiento obregonista por renovar el pacto social fundamental sería la causa profunda del asesinato del vencedor de Villa y Carranza.

Aunque el presidente apoyó al divisionario sonorense en su carrera por la reelección, de hecho dejó que los grupos opositores o reacios permanecieran conspirando. Se sabe de sus nexos con militares implicados en el asesinato y que prepararon la fachada del fanático religioso. Por otra parte, dejar vivo el sentimiento antirreeleccionista implicaba mantener sobre la candidatura oficial la duda legal y legítima, al menos entre la nueva clase política. Esta actitud del presidente fué corroborada por su discurso al presentar el Informe de 1928, el primero de septiembre siguiente a los sucesos de La Bombilla.

Entonces, Calles plantea la terrible situación política nacional mostrada por la "pérdida irreparable" sufrida por el país al morir el presidente electo: la falta de "caudillos". Por lo mismo, propone "pasar de una vez por

todas, de la condición histórica de 'país de un hombre' a la de 'nación de instituciones y leyes'. La crítica a la posición obregonista está implícita y junto con la convocatoria a la unidad de la "familia revolucionaria" lanza la afirmación de que, bajo ninguna circunstancia volvería a buscar el poder. Con ello, descalificaba la reelección por más que ella permaneciera legalizada en el texto constitucional. En abril de 1933 el principio maderista regresaría, reforzado, obedeciendo a dicha sentencia de Calles. Si la reforma antirreeleccionista no se hizo de inmediato, es porque se procuró evitar mas roces con los restos del obregonismo, que ya de por sí acusaban a Calles de estar complicado en la muerte del último caudillo.

La elección del líder del Partido Socialista Fronterizo, Portes Gil, tranquilizó aún mas al ala izquierda de la familia revolucionaria. El 1^o de diciembre de aquél año, éste asumió la Presidencia Interina mientras se realizaban las elecciones y al mismo tiempo apareció el primer Manifiesto del Comité Organizador del Partido Nacional Revolucionario.

El nuevo partido planteó la necesidad de unir las fuerzas políticas surgidas de la revolución para que, al tiempo que se daba una apertura democrática que permitiera la entrada al legislativo de representantes de la reacción (hasta de la reacción clerical" dijo Calles en su último informe), las conquistas sociales del movimiento tuvieran siempre un defensor poderoso y los grupos políticos formadores del nuevo Estado

no perdieran el monopolio del poder. En realidad, el monopolio no estaba en peligro, pues se daba por sentado que el gobierno seguiría imponiendo a sus candidatos (16). De lo que en realidad se trataba era de establecer un mínimo de reglas que permitieran al grupo en el poder determinar el problema de la sucesión sin recurrir al caudillismo o a los cuartelazos. Seguramente el general Calles desconfiaba de una década de golpes de Estado fracasados y prefirió asegurar un medio pacífico para arreglar las disputas entre la familia revolucionaria.

Durante la primera Convención Nacional, se ensayaron los métodos que abrieron el camino de la Institucionalidad priísta de nuestros días. Pese a que todos los círculos políticos que participaron en la formación del nuevo instituto político habían manifestado su apoyo al general Aarón Sáenz, en Querétaro, simbólico lugar de reunión (por supuesto, en el Teatro de la República) los delegados se volcaron entusiastas a favor de Pascual Ortiz Rubio, el elegido de Calles, quien desde ese momento demostró que no necesitaba ser Presidente de la República, ni aún del nuevo Partido

(16) Meyer, Lorenzo. "Elecciones Presidenciales, 1911-1940" en "Las Elecciones en México. Evolución y Perspectivas" Pablo González Casanova, coordinador. Siglo XXI Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México, 1985. P. 87.

Nacional Revolucionario (renunció a toda dirección política desde el 8 de diciembre del año anterior, por un enfrentamiento con el presidente provisional y el líder obrero Morones), para poder dominar la situación.

El concepto de disciplina institucional empezó a marcar desde entonces la vida del gobierno y su partido. Nació de los fracasos recurrentes de quienes intentaron hacerse con el poder por la vía del cuartelazo. La última rebelión en forma, la escobarista, sería reprimida poco después, como segundo acto de ese último episodio militar que mencioné arriba. Los militares y los políticos civiles aprendieron que por dicha vía no alcanzarían el poder. Por lo mismo, optaron por la institucionalidad y el juego por la presidencia derivó forzosamente a los salones de la corte presidencialista.

En realidad, lo que ocurría era que pese a la callada tendencia conservadora que se iba infiltrando en el régimen sonorensé, el pacto general que conformaba al Estado Mexicano permanecía vigente, en tanto que las fuerzas campesina y obrera se encontraban replegadas y hasta acorraladas por la represión y la manipulación simultáneas.

De esa manera, con las vías extralegales cerradas y la posibilidad de una nueva revolución alejada, quienes desearan obtener el poder debían plegarse a quienes ya lo

tenían y acatar órdenes y consignas, procurando "quedar bien" con quien mañana pudiera dispensarles favores y apoyos. La disciplina tendría entonces por bases, el interés de quienes desean acceder el círculo cerrado de los que deciden y, el hecho fundamental de que éstos tienen el monopolio social de las decisiones.

Así, cuando por otras razones, el monopolio de la decisión empezó a desquebrajarse a fines de los años ochentas, la disciplina de hierro en el aparato del Partido de Estado se vulneró gravemente y las escisiones se convirtieron en cosa corriente. Pero la realidad en la que Calles se apoyó para lograr la lealtad a toda prueba de militares y civiles revolucionarios tardaría décadas en transformarse y llegar a esa etapa.

Al principio de la década de los treinta, el sistema político mexicano desarrolló su brazo electoral y su foro de discusión: el P.N.R.. Con ello, la clase política avanzaba en profesionalización y se aseguraba que las alianzas concretas que Obregón llegó a personalizar se dieran siempre en beneficio de las instituciones. Tal vez por ello Calles hacía tanto énfasis en la necesidad de éstas últimas: sino, las fuerzas sociales podrían pactar en distintos momentos, con diferentes grupos, provocando roces e inclusive divisiones entre quienes fueran titulares de dichos acuerdos. Los mismos acuerdos

no se podían eludir, en vista de que eran la materia concreta del Estado de Equilibrio en una sociedad dual, pero lo importante era que el vértice de la estabilidad estuviese reservado a un solo grupo, en tanto que permitir la entrada de otros en él, implicaría su necesaria anulación y la posibilidad de que surgiese un liderazgo que, aliado a cualquiera de las dos sociedades mexicanas, pretendiera establecer la hegemonía de ella sobre el Estado entero. De nuevo se confirmaría que la vocación revolucionaria del régimen no era defender a las masas que habían llevado a efecto el movimiento armado, ni cumplir las promesas de dicho movimiento, sino mantener el estado de equilibrio entre la sociedad de opresores y la de oprimidos por medio de un "bonapartismo permanente" que en realidad no afectaba la realidad social dada.

Pero nada en el mundo mexicano es fácil.

Al mismo tiempo que se establecían las bases del aparato político del vértice de la estabilidad nacional, se dieron una serie de acontecimientos que minaron peligrosamente la posición del grupo sonorenses como protagonista político-social. Ahora los analizaré, pues la manera como afectaron al grupo en el poder y como éste reaccionó ante ellos y los superó, perpetuándose en el poder por seis décadas de hegemonía indiscutida.

3.3.1.a La Rebelión Cristera.

El episodio menos conocido de la historia moderna de México se refiere a ésta última etapa de las guerras de religión que asolaron el país a partir de la independencia nacional. De hecho, este enfrentamiento cerró la etapa y propició una convivencia pacífica que duró hasta nuestros días.

Los actores fueron el Estado Revolucionario mandado por el ala jacobina del constitucionalismo y la jerarquía católica. Esto es muy importante, en tanto que la historia cristera ha pretendido plantear los términos del conflicto con el pueblo católico mexicano como un actor de pleno derecho en él. Nada más alejado de la realidad. El proceso moderno de la comunidad cristiana latinoamericana demuestra que los fieles suelen vivir mejor su Fé sin la presencia de los obispos salvo que éstos se entreguen a su labor en un verdadero espíritu de acompañamiento. Por lo mismo, la Fé popular nunca fué puesta en entredicho por el pueblo campesino en armas durante la revolución, en tanto que el villismo hizo mención expresa de los jefes católicos que habían apoyado políticamente a Huerta. La diferencia fué clara a los ojos campesinos. Ellos podían aceptar el caballo que les regalaba el cura de su pueblo y luego asaltar y hacer justicia en los palacios obispaes. El jacobinismo atacó el monopolio educativo de

la Iglesia porque se sabía que la jerarquía formaba así a las castas superiores de la sociedad en sus propias ideas clasistas sancionándolas con la fuerza religiosa. Por lo mismo, si había que moderar los abusos de los de Arriba, su educación debía, al menos, estar libre de la justificación religiosa de la explotación. En el mismo sentido apuntó el desconocimiento de la personalidad jurídica de toda agrupación religiosa, la prohibición del culto público, el sometimiento del sacerdocio a registro y la apropiación de todos los templos. El jacobinismo, mas allá de su particular anticlericalismo, reflejaba con dichas disposiciones constitucionales la voluntad popular de restar a la Iglesia poder económico, y de arrebatarse los actos en que la jerarquía establecía materialmente su autoridad-autoritaria sobre la "ecclesia" o asamblea de cristianos pobres. El registro, por su parte, devolvía al Estado la facultad real de controlar la clerecía, de manera que su formación y poder quedasen dentro de los límites que un Estado Revolucionario (que era el que soñó el Constituyente) considerarse conveniente y compatible con las necesidades espirituales del rebaño cristiano.

Sin embargo, quienes aplicaron las reformas jacobinas no fueron los representantes de un poder popular, como podría esperarse al leer el contenido revolucionario de la nueva Constitución. Fué el grupo que estableció el bonapartismo permanente y que por lo mismo, actuaba en otra lógica. Esta

lógica era la de eliminar otras instancias reales de poder en la sociedad mexicana, de manera que el vértice de la estabilidad adquiriera toda su fuerza en el nuevo modelo de Estado.

De la misma manera como a la consumación de la Independencia la jerarquía eclesiástica había quedado libre del Estado Español, al fin de la Revolución los pactes de convivencia establecidos con el Estado Liberal desaparecieron y la radicalidad de los artículos 3o. y 130 dieron pié a su rebeldía contra el nuevo Estado sonorensé (pues Carranza, de hecho, congeló las disposiciones). Los príncipes de la Iglesia sabían que, despojados de la conciencia y la consciencia de las clases privilegiadas (que eran educadas en las escuelas de jesuitas y maristas, por ejemplo), pronto su control sobre la sociedad entera sería menguado y los pocos privilegios que le quedaban desaparecerían. Algunos lo vieron como un verdadero atentado contra la Fé, en cuanto que suponían que la comunidad de cristianos católicos, sin la sabia dirección de su jararquía, se perdería irremisiblemente. Por lo mismo, levantaron las banderas religiosas en la defensa de los derechos eclesiásticos. No sabían, como ahora ha sido demostrado, que la Fé popular no sufre merma sin su "sabia" guía y antes bien, avanza más rápidamente en la comprensión cristiana del mundo.

Por lo mismo, la confrontación se planteó entre los intereses de la jerarquía católica y los del grupo gobernante cuya tendencia jacobina y su visión occidental de una sociedad secular les empujaron a aplicar, con saña, las disposiciones constitucionales.

Hubo una vertiente popular del conflicto, pero no fué la que lo radicalizó. Algunos grupos campesinos rechazaban las tierras repartidas por radicales jacobinos que intentaban cobrarles con la apostasía, presentándoles de esa manera la Reforma Agraria como un acto herético. ¿A quién beneficiaba realmente ello? Seguramente al hacendado que inoculaba así al peón contra las nuevas ideas agraristas. En las ciudades, un sector reducido de la Iglesia aplicó con éxitos amenazadores las ideas del sindicalismo católico, que sin llegar a la claridad de las actuales tendencias liberadoras, sí representaba un sector distinto de la institución eclesiástica, mas identificada con los problemas de los de Abajo que su jerarquía. Esta última vertiente del catolicismo hizo reaccionar a la C.R.O.M., ligada entonces estrechamente con la administración (era el período de Calles y Morones era ministro). En 1925, la central obrera pasa a la ofensiva y pretende establecer una Iglesia Católica Apostólica Mexicana, en comunión con el Patriarca Pérez en el Templo de la Soledad de la Ciudad de México. La complicidad del Gobierno en la maniobra era evidente. La jerarquía protesta y se forma la Liga de Defensa

Religiosa. De ahí al enfrentamiento armado había un paso.

Calles no inventó el conflicto, sino que fué su catalizador (17). Su historia personal le hizo enemigo intolerante del fanatismo religioso. La sociedad mocha le había tachado por su origen y su formación magisterial le impedia a abolir el dogma antiguo en el nombre de uno nuevo: el del "progreso" y la "evolución". En éste sentido, estaba mas allá de la comprensión popular que había, de hecho, empujado a los jacobinos del 17 para establecer las nuevas restricciones al Clero. Por lo mismo, no fué capaz de ver lo que el embajador norteamericano Morrow vió al llegar para tratar de establecer una mediación al final de la guerra cristera: que "los pobres no tienen casi otra cosa que el consuelo de la Iglesia..." El yanqui no usa las palabras adecuadas porque no comprende la diferencia entre Religión e Iglesia institucional. El pueblo sólo tenía la Religión y, el manejo hábil del Clero provocó que en el enfrentamiento con el gobierno, el que perdiera fuera el pueblo y precisamente su consuelo espiritual. Muchos piensan que fué el gobierno quien cerró los templos. Eso es lo que la Curia siempre deseó que se creyera. Pero fueron los obispos, quienes, con dicha "protesta" por las disposiciones reglamentarias del artículo 130, lograron

(17) Krauze, Enrique. "Plutarco Elías Calles. Reformar desde el Origen". "Biografías del Poder/7". Fondo de Cultura Económica, México, 1987. P. 81.

un levantamiento popular en Occidente. Después de tres años de guerra, el Ejército Federal se estaba enfrentando a la misma guerrilla campesina que, alrededor de la defensa de la Fé que supuestamente amenazada por el gobierno callista, articulaban de nuevo la defensa por la Tierra. Era imposible vencer. Si Calles supuso que el campesinado no secundaría a los clérigos rebeldes, tenía razón. Pero los clérigos trasladaron el conflicto de la esfera política y jerárquica en que estaba planteado y lo hicieron una cuestión de Fé. En ella, el pueblo decidió luchar. De paso, presionaba para que la política de contención en el reparto agrario cambiara y demostraba al régimen que el pacto bonapartista debía de ser cumplido escrupulosamente (18).

La Guerra Cristera enseña varias lecciones modernas; la primera, acerca de la manipulación efectiva que realiza o puede realizar la alta jerarquía católica sobre los fieles, si éstos no están claros respecto de sus propios intereses y relaciones en la Fé. No sólo los lanzó en una guerra social que involucró mas de setenta mil alzados, de los cuales murieron veinte mil. Hizo decrecer en 30% la producción agrícola y desestabilizó a todo el aparato Estatal. Calles había plantado al Obispo Ruiz de Michoacán la opción entre

(18) Krauze, Enrique, OP. CIT. P.80.

someterse o alzarse contra el gobierno constituido. El prelado aseguró que no fomentaba rebelión alguna. Pero a la hora del levantamiento campesino, lo avaló y protegió. Hasta que el gobierno hubo de ceder y se prestó a negociar acerca de los derechos, no del pueblo de Dios, isino de sus príncipes! Entonces, no sólo dejaron sólo a los soldados de Cristo Rey allá en la sierra, sino que inclusive dieron elementos al ejército para destruir sus bases de operaciones guerrilleras. La masacre de los cristeros, es también responsabilidad del Alto Clero Mexicano.

La segunda lección moderna es que no puede caber en el ánimo de un reformador social (que ello fué Calles) el fanatismo desfanatizador del que nos habla Krauze. Mas allá de las personales opiniones de nuestra conciencia, hemos de respetar profundamente las del "otro", pese a que nuestra convicción sea que esas ideas son causa eficiente de su dolor. Para arreglar ese problema no es lícito recurrir a la imposición, en cuanto que ella representa no el avance, sino el retroceso de la consciencia. Por lo mismo, no puede beneficiar al hermano que se dice ayudar. Al contrario, se le sume de nuevo en la esclavitud de un nuevo dogma. De ésto se concluye la importancia de analizar la vena religiosa popular mexicana y latinoamericana, para buscar en ella el fundamento mismo de la liberación, recordando que para nuestra suerte, el cristianismo es una de esas doctrinas que, pese

a las traiciones de sus ideólogos y ordenadores, no pueden evitar transformar la raíz misma de sus adeptos. El mensaje cristiano original, liberador de la opresión del pecado, ha demostrado ser fuente revolucionaria efectiva. Por lo mismo, tratar de atacarlo, como logró la jerarquía católica que hiciera el callismo, es atacar una de las raíces ocultas de la guerra de liberación permanente de nuestros pueblos.

La tercera lección se refiere a la estabilidad lograda para 1926 por el bonapartismo obregonista. Como el Estado estaba apenas asentándose, los mecanismos reales de equilibrio no habían sido ajustados y la reacción latifundista aún contaba con mucha fuerza, el campesinado en general vió frustrados sus anhelos de un reparto agrario general y eficiente. En vez de éso se les entregó retórica agrarista y pocos, y poco claros ejemplos en regiones aisladas y bien controladas. Por otra parte, el sistema de explotación preferenciado por el régimen era la pequeña propiedad, que, en un medio dominado aún por las grandes haciendas, estaba destinada al fracaso. Todas estas realidades dejaban al campesinado en una situación propicia para el levantamiento y el conflicto religioso le dió la razón para llevarlo a efecto.

3.3.1.b. Nueva Efervescencia Campesina.

Si bien el pacto obregonista reconocía, con la

Constitución de 1917, a la sociedad mexicana dividida entre explotadores y explotados, ello no significaba que sus nuevos gobernantes tuvieran alguna predilección por alguna de ambas clases de mexicanos. Es mas, en el modelo de equilibrio, el ideal del funcionario-vértice debería ser aquél que no tiene ligas profundas de interés material ni con los unos, ni con los otros y que, es leal sólo a la estabilidad y armonía de ambos. Sin embargo, ello no explicaría el por qué dicho funcionario habría de dedicar su vida al servicio de la cosa pública ¿por un sentimiento de deber patriótico?, ¿bajo qué idea de Patria?. Durante la colonia, el interés del funcionario real se hallaba en España que, en cualquier caso, era su propia Patria. En el Estado Liberal, el móvil fué satisfacer simultáneamente las necesidades de la sociedad criolla latifundista y el amor al poder del general Díaz. Pero en el Estado de instituciones que Calles pretendía, no quedaba claro con quién estaban los sentimientos e intereses de la nueva casta gobernante.

La formación personal de la cúpula directiva sonorenses nos da una pauta para descubrir sus ligas. Pertenecían a una sociedad de frontera, expuesta no sólo a la influencia norteamericana del progreso material y la visión pragmática anglosajona, sino también al constante peligro de desaparecer ante la embestida de los "salvajes". Aguilar Camín asegura que en la lucha secular contra yaquis y mayos, el sonorenses

aprendió lo que no deseaba ser: indígena. Por otra parte, el espíritu de colonización y domesticación de una naturaleza hostil forjó un carácter regional emprendedor y capaz de enfrentar con entereza los mayores retos. Al fin, la necesidad de un actuar coordinado impulsó a Sonora, como un todo, a levantarse varias veces en contra del poder central mexicano y de los invasores y filibusteros que trataron de adueñarse de sus riquezas. El último alzamiento les había dado la iniciativa militar nacional y el poder de toda la Federación.

De lo anterior puede concluirse una aversión: a lo indígena. Una actitud ante la realidad: pragmatismo. Una visión del mundo: organización y progreso material. Cuando Sonora descubrió el resto de México, seguramente encontró elementos que no entendía a fondo. Por ejemplo, que los campesinos de Morelos, indígenas en su mayoría, fueran capaces no sólo de vencer al viejo Ejército Federal, sino de contenerlos a ellos mismos y, simultáneamente, desarrollar una economía eficiente, aunque no expansiva. Tampoco alcanzarían a comprender la actitud del latifundista de Hidalgo, mas parecida a la de un anacrónico noble virreinal, construyendo palacios en la Ciudad de México y viviendo holgazanamente, mientras sus propiedades seguían produciendo con métodos anticuados. Sin embargo, superaron la perplejidad y se dedicaron a poner orden y a organizar el país para hacerlo

un buen negocio. Ante lo que no entendieron tomaron una actitud de frontera y desierto: si podían eliminarlo lo hacían (el villismo y su División del Norte), si resistía lo convertían en aliado y apoyo (el zapatismo sin Zapata), si permanecía sin molestar, lo toleraron (el viejo latifundismo).

Sin embargo, a la hora de tener que hacer una elección entre las dos sociedades, su mismo pragmatismo (el que les inspirara una relación tan eficaz con la realidad de la Nación) les llevaba a identificarse con la antigua sociedad opulenta. En todo caso, ellos eran aproximadamente lo mismo que habían sido los padres criollos liberales de los latifundistas de los años veintes: advenedizos en un sistema de explotación ya varias veces centenario. Y no deseaban modificarlo: la modificación implicaba una opción por el modelo indígena o mestizo que era la base de la "otra" sociedad mexicana. Por lo mismo, al respetar a un latifundismo, que hábilmente no se les opuso de manera frontal y que, por el contrario, los aceptó en el seno de su sociedad al reconocerlos como la nueva fuerza directora, se le fueron asimilando poco a poco y paso a paso. Y por ello, la tendencia agraria que apuntaba en 1920 a satisfacer las demandas campesinas, e impulsar el desarrollo industrial se fué dejando de lado. Toda la inercia que venía del viejo virreinato se impuso sobre los bárbaros conquistadores llegados de las Provincias Internas de Sonora y Sinaloa y los hizo parte de su propio ser.

En 1931, Calles anunció en su carácter de Jefe Máximo del aparato político construido por los sonorenses, que había llegado el momento de detener el reparto agrario y terminar con el apoyo al ejido. En cambio, proponía dar seguridad a la tenencia de la tierra y apoyo a la parcela individual. El líder del sistema sólo expresaba la tendencia general del mismo. No era el autor material o ideológico de algún viraje hacia la derecha. Sólo se limitaba a decir, sancionando con su autoridad, lo que se venía haciendo desde 1920. La crisis de 1929 sólo había agudizado la situación dado que, por la recesión que sufrieron las economías centrales de Occidente, los productos mexicanos de nuevo bajaron de precio y sus mercados desaparecieron. Por lo mismo, había menos margen financiero con el cual cumplir las promesas bonapartistas al campesinado. Por otra parte, el proyecto industrializador no resultó afectado por la depresión. Al mismo tiempo que los ingresos nacionales por exportación redujeron la capacidad de respuesta del populismo oficial, las importaciones de mercancías bajaron drásticamente y el pequeño mercado nacional dejó de ser abastecido por la industria norteamericana. De hecho, el panorama era tal, que el intercambio mundial bajó en el período en un 50% en comparación a los años anteriores. En esas condiciones, la sustitución de importaciones se impuso como fenómeno latinoamericano (19). Por lo mismo, la planta

(19) Anguiano nos explica que el fenómeno se dió también en Argentina, Brasil y Chile "conforme a las características particulares que la penetración del imperialismo y la dependencia habían adquirido en cada país". OP. CIT. p. 16 y 17.

industrial se desarrolló mas y mejoró sus técnicas y su organización, aunque no de manera espectacular. Debían los industriales nacionales de satisfacer un porcentaje mucho mayor del mercado ya existente y ello les daba un campo muy amplio como para requerir de los mayores mercados que la Reforma Agraria esperaba abrir. Por lo mismo, durante el Maximato callista las posiciones de los latifundistas y los industriales fácilmente llegaron a coincidir y el gobierno les apoyó. Se habló cada vez mas de la inseguridad del crédito agrícola, causada simultáneamente por la amenaza de expropiaciones a los grandes terratenientes y por la inseguridad en la tenencia de los ejidos que causaba su manipulación política. Por lo mismo, se proponía dar garantías a los unos y convertir en simples pequeños propietarios a los segundos.

Pero en las condiciones de desigualdad en que se encontraba el México rural, esta tendencia, por mas justificada que se encontrara en las especialísimas circunstancias de una crisis mundial, resultaba altamente peligrosa. De hecho, la insurgencia campesina manifestada en la rebelión cristera, se empezó a expandir a partir de que el gobierno renunciaba al arma demagógica de la Reforma Agraria y muchos campesinos empezaron a tomar por su propia cuenta y riesgo las tierras reclamadas. Zapata seguía aún vivo.

En 1933, el Ejecutivo ordenó recoger las armas del

medio rural y la aplicación de la orden molestó aún mas a las masas, que vieron en ella el anuncio claro de una represión generalizada.

Ese año, el investigador social Frank Tannenbaum asentaba en su libro "Peace by Revolution" respecto de la conclusión de la política adoptada por el Gobierno:

"...la respuesta inevitable será una convulsión continua hacia una nueva prueba de fuerza. Así ha sido durante cuatro siglos y no hay razón para creer que hay otra posible salida. En una dirección se encuentra la promesa de paz; en la otra la corteza de la violencia permanente. Los dirigentes de México están tomando su decisión en forma vacilante y a ciegas. El pueblo está preparando la suya instintiva y directamente, aunque sin otra perspectiva mas amplia que la tierra, la libertad y la paz interna". (20).

La emergencia campesina amenazó con tomar de nuevo las armas para en la "nueva prueba de fuerza" de que habla el norteamericano, tratar de establecer, al fin, su modelo original de Nación. Para los treintas, contaba con la experiencia no sólo de la Revolución, sino del obregonismo mismo y tenía a su lado a una generación de "maestros misioneros" mucho mas cercanos a él y mucho mas preparados

(20) Tannenbaum, Frank. citado por Gilly, Adolfo. OP.CIT. P. 353.

que los intelectuales magonistas o los maestros rurales porfirianos.

Sólo un cambio radical en la dirección política podría conjurar el peligro del desbordamiento campesino y encauzarle de nuevo en la senda del pacto de las dos sociedades.

3.3.1.c. El Movimiento Obrero. De la Represión a la Reorganización.

La crisis de 1929 afectó profundamente la relación entre las organizaciones obreras y el gobierno sonoreño. La depresión y la caída de los niveles de vida no fueron compensados por el aumento en la producción de los artículos que ya no fué posible importar. Esto sucedió porque la demanda no atendida por las importaciones, se satisfizo eficientando los métodos de organización de las empresas ya instaladas, mejorando las técnicas y haciendo ajustes de personal y de salarios.

En general, la industria extractiva redujo sus trabajos y cerró muchas instalaciones, pues sus mercados naturales de los Estados Unidos se habían cerrado. Ello llevó a un reajuste necesario de sus nóminas, el que se realizó con la ayuda y el beneplácito del Estado quien, inclusive, hizo lo propio reduciendo su burocracia y aplicando un plan de reorganización de los Ferrocarriles Nacionales que lanzó

a la calle a once mil trabajadores de un solo golpe. El desempleo abierto alcanzaría un 7% en 1931.

El problema se agudizó al ser repatriados muchos mexicanos que laboraban en los Estados Unidos. "La repatriación fué dejando una cauda de miseria a lo largo de las poblaciones que atraviesan los ferrocarriles" (21). Como dichos obreros eran un elemento explosivo, el gobierno trató de concentrarlos en aldeas agrícolas organizadas ex-profeso. Sin embargo, el proyecto fracasó por ser la mayoría trabajadores industriales e incorporados a una cultura urbana. Este era el elemento que los hacía peligrosos para la estabilidad política, dado que, mas allá de su miseria, provenían de una sociedad mas avanzada en la organización sindical y con mayores niveles de vida. Si la crisis en los Estados Unidos habría de provocar el giro izquierdizante de Roosevelt, en México, cuyos niveles de injusticia material eran mucho mayores y la tradición revolucionaria mas profunda, las aspiraciones y conscientización de los repatriados sería mucho mas trascendente de lo que el gobierno llegó a intuir.

Se dió también un fenómeno de migración interna. Como el modelo agrícola latifundista se mantenía casi intacto,

(21) González Navarro, Moisés. Citado por Anguiano, Arturo. OP. CIT. P. 25.

y su principal mercado de exportación estaba cerrado, los peones acasillados empezaron a quedar también desempleados. Por lo mismo, muchos de ellos se mudaron a las ciudades, especialmente a la capital en donde, al menos, podrían sobrevivir en condiciones miserables. Con ello, la crisis dió al cardenismo sus bases materiales y humanas: las masas urbanas que le apoyarían.

Por otra parte, la identificación entre los viejos oligarcas y el grupo directivo del régimen, sumada a los problemas de la crisis y a los de sus propias contradicciones, provocó la ruptura con la C.R.O.M.

Luis N. Morones se había opuesto a la candidatura de Obregón desde que se gestaron las reformas al principio de No Reelección. Aunque poco después la cargada le hizo rectificar su posición, siguió distanciado del caudillo y el Partido Laborista participó con poco entusiasmo en la campaña del Centro Director Obregonista.

A la muerte del sonorense, la voz popular acusó entre otros, a Morones. Por lo mismo, Calles debió de desligarse, en apariencia, de la poderosa central. Cuando Portes Gil asumió el mando provisional del Ejecutivo, descargó varios golpes contra el moronismo, que alejaron definitivamente a la organización de las filas del gobierno. Calles y Morones,

de hecho, nunca dejaron de cultivar sus relaciones, pero entonces éstas debieron ser sólo privadas (22).

El 19 de septiembre de 1932, Vicente Lombardo Toledano se separaba de la otrora poderosa central, seguido de numerosos contingentes. Con ello, se iniciaba una etapa de dispersión que dejó al gobierno sin el brazo controlador que había domesticado al movimiento obrero. Algunas organizaciones permanecieron, pese a todo, fieles, como siempre lo han sido: La Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal, dirigida por Fidel Velázquez, Fernando Amilpa y Jesús Yurén. Algunos núcleos sindicales trataron de reorganizarse bajo esta Federación, pero no fueron la mayoría, que prefirió mantenerse independiente en respuesta al sentir popular contrario a los métodos moronistas.

El gobierno implementó varias reformas financieras y monetarias que, en realidad, sólo hicieron pasar el costo de la crisis nacional al sector obrero y campesino, aumentando su postración (23).

Lombardo Toledano vió en esos años la época mas negra del movimiento obrero. El desempleo implicó desmovilización

(22) Anguiano, Arturo. OP. CIT. P. 26 y sigs.

(23) Anguiano explica concretamente como en 1931 y 1932 éstas reformas - lograron mantener al sector industrial vivo y proteger por lo mismo, los intereses de la vieja y la nueva burguesías. OP. CIT. P. 18 y -- sigs.

y por lo mismo, debilidad ante las medidas de reajuste implementadas simultáneamente por Iniciativa Privada y gobierno. El proyecto obregonista de una sociedad equilibrada era abandonado, y sólo quedaba de él la idea de la industrialización. Como circunstancialmente ésta era posible por medio de reajustes y modernización de sistemas y técnicas, no hubo problema en dejar de lado la alianza con los trabajadores. El que sería el líder obrero mas característico del cardenismo, escribía en aquéllos días: "Hoy todo es opaco, todo es gris, todo es oscuro, en dondequiera se respira un ambiente de desconcierto, de pobreza, de decaimiento, de concupiscencia".

Había, pese a ello, una esperanza. Al renunciar a la política obrerista, el régimen dejaba a los trabajadores libres y sin la presión de la C.R.O.M. Ello no alcanzó a arreglar los problemas en un primer momento, en cuanto que las organizaciones independientes, del sindicalismo "rojo", estaban desmanteladas y sus obreros en el ya enorme ejército de reserva.

En esas condiciones, se expidió la Ley del Trabajo de 1931. El gobierno aprovechó la situación de caos imperante en las filas sindicales para dar a los empresarios seguridades en lo que toca a sus relaciones con sus trabajadores. Al decir de Oscar Correas, el Derecho Laboral es la expresión jurídica de la lucha de clases. Su aparente inestabilidad

y la ausencia de normas permanentes, hacen pensar que la composición de sus normas obedece a una lógica distinta que las del Derecho Privado tradicional. Esa lógica es la de un ir y venir de las fuerzas productivas en un medio, la sociedad capitalista, en el que la correlación de fuerzas entre trabajadores y capitalistas cambia a cada instante.

La expedición de la Ley reglamentaria del artículo 123 de la Constitución en un momento de crisis y rompimiento con el movimiento obrero, se explica por la intención gubernamental de establecer límites específicos a toda acción sindical. En ello se fundamenta la injerencia legal que el código laboral dió al gobierno en los asuntos internos de los sindicatos, al arrogarse la facultad de autorizar o no las dirigencias electas por ellos. La misma lógica explica la posibilidad de calificar la existencia o la legalidad de las huelgas e, inclusive, la institución de los conflictos de carácter económico. Se concedieron, por supuesto, derechos a los trabajadores, pero ello obedecía a la idea de que el gobierno buscaba la conciliación de las clases en conflicto, y de que inclusive, la Ley vendría por lo mismo a cerrar el capítulo obrero de la Revolución para siempre. Por ésta última actitud, el código sería aplaudido por la patronal.

Sin embargo, las reformas monetarias y la reorganización del aparato productivo, dentro de la política de sustitución

ción de importaciones, así como el paulatino repunte del intercambio internacional a partir de 1933 (en Estados Unidos el New Deal rooseveltiano y en Europa el nacional-socialismo reactivaron la economía del capitalismo central y aumentaron sus importaciones de materias primas), provocaron un discreto proceso de recuperación. En él, se evidenciaron varias cosas. La primera de ellas, que el sistema implementado por el callismo de frenar la Reforma Agraria implicaba cerrar el horizonte de un mercado nacional amplio y por lo mismo, condenaba al industrial mexicano a mantener su producción en los niveles de los años de la crisis. La segunda de ellas, que los trabajadores, reincorporados al proceso productivo, habían aprendido las lecciones del moronismo y de la alianza con el Estado burgués.

El resurgimiento del sindicalismo mexicano se dió en ausencia de un medio de control efectivo de parte del gobierno. El régimen trató de detener la ola de huelgas que se inició desde 1933 y que culminaría en 1935, pero sus únicos medios para ello eran las decisiones arbitrarias (que no arbitrales) de las Juntas del Trabajo, las cuales empezaron a ser desoídas. Ello fué interpretado correctamente por el sector mas radical del sistema, como un paso hacia el desconocimiento de las instancias legales y por lo mismo, hacia una Revolución.

Es importante sacar enseñanzas de éste momento.

La alianza del régimen y los trabajadores fué eliminada por la incapacidad financiera del primero para sostener las medidas populistas que permitían a la dirigencia sindical burocratizada el mantener su control y justificar su presencia al mando de los obreros. Por otra parte, el desprestigio de los líderes y de las organizaciones era tal que la sociedad entera pedía una separación de las instituciones de la República respecto de ellos. Al hacerlo, el gobierno no perdía fuerza ni se arriesgaba a una rebelión obrera, porque la crisis aplastaba especialmente a la clase proletaria, por obra, precisamente, de las reformas financieras del Estado. La gran contradicción es que, después de la renuncia evidente al apoyo sindical institucionalizado y la desintegración del brazo manipulador-represor que tenía en él, el gobierno logró que la economía se recuperara paulatinamente (por supuesto, lo hacía en beneficio de los empresarios) y con ello convocaba, de nuevo, a los desempleados a las fábricas, en las cuales no había C.R.O.M. que los contuviera, y en las que nació, por fuerza, un nuevo movimiento sindical independiente.

3.3.1.d. El Ocaso del Jefe Máximo

Aunque parezca contradictorio, la historia de la institucionalización de la vida política mexicana está en relación directa con la formación del Maximato callista. Sus críticos, han pretendido encontrar en él la contradicción

de un hombre que llamaba a la vida sin cuadillos y que se alzó como una especie de supercaudillo sobre la misma institución presidencial, base y centro del sistema gubernamental. Sin embargo, mientras que el Partido Nacional Revolucionario se formaba en la idea de dar un espacio pacífico de discusión a las diferentes tendencias del grupo dominante, dicha institución no podía establecer su autoridad, ni las reglas de la disciplina en ausencia de un centro de poder real, de un hombre que lo consolidara. Ese hombre tenía que ser Calles. Alrededor del Jefe Máximo, se fueron formando, no sólo la organización partidaria, sino las reglas del juego personal de los políticos, como ya se vió. La unidad del grupo revolucionario era indispensable, especialmente cuando estalló la crisis mundial y el sistema tuvo que deshacerse de los apoyos populares. Gilly nos recuerda que el P.N.R. era una manera de dirimir los conflictos de la pequeñoburguesía revolucionaria en el poder y así, poder resistir el ataque que venía desde abajo. En el período de crisis, la fuerza del ataque fué mayor (aunque no organizada) y hubo que enfrentar también las presiones de la vieja y nueva oligarquías. Por lo mismo, Calles era necesario.

En la visión sonorenses que ya expliqué, había otra base del Maximato: el sentido de organización y pragmatismo impulsaron a Calles mismo a aceptar, contra su discurso institucional, su elevación al poder y la anulación paulatina del

mismo Poder Ejecutivo Federal. Era necesario mantener unido el nuevo aparato, y él fué considerado el punto de unidad.

Anguiano opina que, en realidad, su poder era mas aparente que real, pues lo que sucedía no era que el Jefe Máximo decidiera, sino que quienes definían las políticas gubernamentales procuraban darles fuerza por medio de la aprobación del Jefe Máximo. "Mas bien que hacer, aprobada lo que hacían sus lugartenientes". (24).

El mismo autor opina que la institucionalidad era el estado organizativo necesario de acuerdo con el nivel de desarrollo del país y por lo mismo el "hombre fuerte" sería necesario como etapa de transición. Por otro lado, encuentra que la leyenda callista fué fabricada, mas por los seguidores incondicionales del Jefe Máximo, que por la realidad. Es mas, el mito del maximato permitió a los políticos y militares que instrumentalizaron las medidas de ajuste el quedar a la sombra, mientras Calles recibía, junto con los honores de la prensa oficial, el repudio popular que dichas medidas causaban. Extraño papel de un hombre que, en el nombre de la institucionalidad, está dispuesto a recibir los denuestos que ella provoque.

(24) Puig, en Anguiano, Arturo OP.CIT. p. 38.

El papel del Jefe Máximo fué necesario, porque el grupo gobernante estaba formado en la lógica y en la cultura de los cuarteles y de la lambisconería civil. Los políticos y los representantes de los grupos de poder requerían una poderosa imagen personal para sentirse seguros y dar su confianza al aparato institucional.

Por su parte, la crisis económica y sus graves consecuencias, agitaron a la sociedad entera, aumentando la inseguridad del grupo político y justificando la presencia de un "hombre fuerte".

La consolidación de las instituciones requería la transición en manos de un caudillo que, sin llegar a los extremos del obregonismo, sí guiara la nave del Estado. Como la reelección había sido desechada por el mismo Calles en 1928, el Maximato era una respuesta nueva y eficaz al problema.

La contradicción del sistema tuvo varias facetas. Por una parte, representaba una idea que no se acoplaba al marco histórico del poder en México. Implícaba la anulación o por lo menos, la disminución aparente del poder del presidente. Ello sólo contribuiría a degradar mas, en los ojos del Pueblo, la imagen personal de Calles, en tanto la presidencia seguía ligada en el nivel mítico con la figura de Juárez-símbolo, o mas cercano, con la de Obregón-aliado-conciliador.

Por otra, la protección que el régimen dió a los intereses industriales y a su titular burgués, provocó la fácil identificación del Maximato con la sociedad opulenta y, por lo mismo, el deterioro del sistema triangular. Circunstancialmente, como después se demostraría, el régimen perdió su carácter bonapartista y empujó al pueblo de nuevo a la "prueba de fuerza" de Tannenbaum.

La renuncia mencionada a los medios de control sobre campesinos y obreros sólo incrementó la tendencia mencionada--dejando el régimen sin defensas posibles.

Por último, el Maximato implicaba un círculo cerrado, una corte de individuos serviles a la figura mitificada del Jefe Máximo de la Revolución Mexicana. Al mismo tiempo que el mito salvó a los autores de la políticas proburguesas del gobierno, fué cerrando el acceso de nuevos personajes y de nuevas ideas al centro de decisión nacional. Normalmente, las personas que mas adulan son las menos capaces, por lo que la tendencia también implicó mayor ceguera política. De ella, ya hablaba Tannenbaum en 1933. Fuera del círculo quedan las personas mas capaces y conscientes: ven venir de nuevo la marea revolucionaria y simpatizan con ella, pero le temen igual que en 1914 y, por lo mismo, no traicionan a la corte sino que pugnan por entrar al círculo y desde él manejar la nueva situación. Este sería el papel del sector

radical del grupo revolucionario.

Su pensamiento estaba mucho mas cercano al del movimiento popular que se iniciaba por 1933, al menos mucho mas que dos décadas antes. Empezaron a manejar ideas socialistas y a apoyar las reivindicaciones de los de Abajo y, sobre todo, criticaron la figura del Jefe Máximo, en quien la sociedad oprimida veía simbolizada la explotación.

3.3.1.e. El Papel de los Intelectuales

Podrá parecer extraño que trate éste punto hasta la etapa de crisis del modelo sonorensé y su enlace con el cardenismo, cuya obra educativa, intelectual o artística es aparentemente menor que la realizada en los años de gloria del régimen, bajo la dirección de Vasconcelos. Sin embargo, si de otra manera hubiese procedido, probablemente habría tenido que volver aquí al punto, para analizar las consecuencias del poderoso movimiento intelectual que se inició en los años veintes y que en buena medida dió sus mayores frutos en el período del general Lázaro Cardenas.

La Revolución Mexicana fué un medio violento y directo de reconocernos como Nación. El regreso social y político de la Constitución al Virreinato no era un hecho aislado, estaba imbricado en un proceso de introyección de la realidad nacional. Por lo mismo, pese a la derrota de los ejércitos

campesinos, o a la incapacidad de los mismos para dar forma orgánica al país, el movimiento revolucionario no dejaba que la sociedad opulenta siguiera viviendo en el supuesto de que el "otro" no existía. Es en éste contexto en el que el renacimiento cultural revolucionario se dá. La insurrección campesina, como una inmensa crecida del río cultural de los de Abajo, dejó, al replegarse, un sedimento fértil para la creación de los miembros mas avanzados de la sociedad opulenta. Fueron los intelectuales los que mejor supieron aprovechar el legado revolucionario y mas pronto comprendieron la magnitud del movimiento y su profundo sentido histórico y trascendente.

De hecho, su propio desarrollo durante el período porfiriano los preparó para entender todo ello. Desde que el positivismo fué implantado como doctrina educativa muchos de los viejos liberales, especialmente aquéllos que habían visto en su partido un instrumento de liberación del pueblo, como Altamirano, criticaron a los positivistas, pues entendían que sus doctrinas estaban llevando las almas de los pupilos al mas despiadado materialismo y, por lo mismo, sería un instrumento de opresión. Su crítica se mantuvo latente en el sector intelectual mexicano y al fin del período Estatal Liberal, Justo Sierra mismo abogó por una educación que llegara hasta los campesinos analfabetos. Nadie en la cúpula le escuchó, pero se sabe el camino que siguieron los pocos maestros rurales, que la contradicción educativa del viejo régimen

mandó a las zonas rurales. En la ciudad capital, Justo Sierra protegió a un grupo de intelectuales que se oponían a la doctrina positivista y que se habían reunido en una institución llamada el Ateneo de la Juventud. José Vasconcelos era parte de él. Ellos fundaron la llamada Universidad Popular para que "la escuela (pudiera)... ir al Pueblo" (25). Durante la Revolución, algunos de los ateneístas apoyaron directa o indirectamente al gobierno del usurpador (Pedro Henríquez Ureña contribuiría a formular algunos planes de estudio establecidos por el ministro huertista de Instrucción, que había sido ateneísta también), pero otros se mantuvieron leales a las ideas populares que habían llevado al grupo a las barriadas pobres de México a enseñar. José Vasconcelos sería ministro de Educación de la Convención. La atracción de la revolución campesina estaba en concordancia con su propia intuición de que el "otro" México existía y era importante. La tendencia no se concretó a los ateneístas. Otros destacados pensadores se afiliaron al convencionismo, pese a que casi ninguno terminó el proceso de la verdadera traición de clase. Entre ellos se podría mencionar a Jesús Silva Herzog o a Mariano Azuela.

Cuando los ejércitos campesinos demuestran su incapacidad para hacerse Estado, los intelectuales seguramente fueron los primeros en entender las razones y muchos reafirmaron una vocación apostólica para llevar a los de Abajo el instrumental educativo y cultural que les permitiera emanciparse

(25) Esta idea era de Alfonso Reyes, que dejó constancia.

algún día. Es en ése sentido como debe entenderse la idea de la cruzada de alfabetización y las misiones culturales vasconcelistas bajo el gobierno de Obregón. Tal vez podríamos criticar que se haya entregado a los campesinos la República de Platón en lugar de llevarle al análisis revolucionario de su realidad, pero hay que comprender también el momento y el grado de desarrollo de las mismas instituciones educativas, por mas que estuviesen en manos del sector mas avanzado de la intelectualidad.

El vasconcelismo, así, tiene un carácter evangélico. Su idea de llevar la cultura y el instrumental teórico a los mas apartados del medio dominante, es simultáneamente una denuncia revolucionaria del proyecto que pretendía formar una élite de mexicanos formados en la "excelencia" "para beneficio del pueblo". Esta posición sobre la educación se presentó también durante el período y fué la base para el conflicto entre el Estado y la Universidad Nacional que, por lo mismo, se convirtió en el bastión del conservadurismo intelectual. Mientras Vasconcelos retoma la idea del Ateneo de llevar la escuela al pobre y trata de preparar al marginado para que, en la siguiente oportunidad, no sea barrido por su incapacidad teórica de ser él mismo su jefe político, la posición contraria, representada por Henríquez Ureña, pretende que, en vista de la imposibilidad material de dar la cultura a las masas, entonces se entregue a un grupo reducido, pero "comprometido"

con los ideales populares. La contradicción es evidente, pero algunos de los gobiernos posteriores a Cárdenas la ocultaron y se aprovecharon del prestigio intelectual de sus sostenedores para aplicarla en beneficio del control político y social de los de Arriba.

En el plano artístico, Vasconcelos encontró una generación completa de jóvenes pintores que le darían forma al nacionalismo cultural. El muralismo mexicano fué apoyado por Vasconcelos, aún pese a la tendencia socialista de la mayoría de sus representantes, que el maestro no compartía; porque era la expresión plástica de lo que don José buscaba: reencontrar la raíz popular de la cultura mexicana y darle la importancia que merecía. Al mismo tiempo, la fama y el renombre internacional que adquirió la escuela logró que, al menos en parte, la cerrada sociedad "civilizada" de Arriba se contagiara y aceptara las formas de expresión indígenas y mestizas por ese camino. Vasconcelos, al igual que los misioneros franciscanos, también deseaba la salvación de los ricos. Ello fué lo que lo llevaría a buscar en el sector más idealista de esa parte de México, los apoyos para su campaña política electoral en 1929.

El asunto vasconcelista representa una de las necesarias consecuencias políticas de la obra educativa del maestro de América: al llamar a los jóvenes de Arriba para mostrarles la riqueza de la cultura popular y explicárselas en términos

nacionalistas, logró que un sector importante de ellos se adhiriera a un programa electoral de renovación ética del régimen revolucionario. Por lo mismo, don José ganó los centros urbanos, las ciudades donde los de Arriba habían recibido su mensaje cultural y lo adoptaron. Pero perdió en la mayoría de México: el campo, donde las alianzas concretas valían más que las visiones espirituales que él ofrecía. Con todo, el vasconcelismo político y electoral dió dos legados a México: el primero, una clase media (e inclusive una parte de la alta) sensible al nacionalismo, que el cardenismo utilizará para renovar el pacto Estatal; el segundo, la consciencia de que era necesario formar una opción ética para el cínico actuar de los políticos postrevolucionarios, una opción que permitiera denunciar su hipocresía y su corrupción: el que recogió esta herencia vasconcelista fué Manuel Gómez Marín, quien fundaría el Partido de Acción Nacional que devendría en ésa conciencia nacionalista y ética del priismo que vendría.

La opción de la educación popular revolucionaria, sin embargo, tuvo un éxito aún más notable: los maestros rurales, las misiones culturales, la educación indígena. De una manera más clara que el contradictorio Ministerio de Instrucción Pública porfirista, los regímenes revolucionarios prefirieron la educación de las zonas rurales. Para ello, fué necesario formar maestros que necesariamente estaban más comprometidos con el proyecto histórico popular, o al menos,

con la cultura popular. Su concurso fué seguramente importante al empezar las traiciones agrarias del régimen sonoreense en los años treinta y, por ello tomarían parte activa en la reorganización campesina que amenazó con un nuevo alzamiento revolucionario. Ellos representaban algo así como la rama agraria y radical del sector progresista del grupo gobernante que se oponía a Calles en la última parte del período sonoreense. También serían el fundamento de la propuesta de educación socialista de dicho sector y al fin, la vanguardia intelectual insertada en las comunidades que permitiría al campesinado alcanzar un nivel orgánico mas desarrollado durante el nuevo ascenso revolucionario.

En éste sentido, la educación socialista representa algo así como el ideal vasconcelista de las misiones culturales radicalizado, pues su objetivo no era establecer el socialismo en el momento, sino preparar a las futuras generaciones en dicha ideología, para que entonces (en un futuro casi mítico), fuera posible la sociedad sin propiedad privada y sin clases.

Como puede verse, la labor de los intelectuales mexicanos a lo largo de todo el proceso revolucionario, distó mucho de ser lo comprometida que se necesitaba, pero la ausencia de un marco teórico que guiara su acción y el olvido histórico de la labor franciscana del Bajo Clero mexicano no hubieran permitido mayores progresos. Le cabe sin embargo, a ésa

intelectualidad, el honor de ser llamada revolucionaria, en tanto que, venciendo de la mejor forma todos los obstáculos, lograron reconocer lo esencial del proceso de emancipación popular: la necesidad de reconocer que el "otro" México existe.

3.3.1.f. El Contexto Interaaccional

Mientras las contradicciones internas apuntaban a un nuevo rompimiento del aparato Estatal Mexicano, el ámbito internacional dió también impulso a un cambio en la cúpula dirigente sonorenses. Por principio, la reactivación de las economías centrales abrió de nuevo los mercados y amenazó a la industria de sustitución de importaciones creada en el período de la crisis. Mostró, asimismo, que el mercado nacional debía abrirse, para permitir un desarrollo más estable de la planta industrial nacional. Para lograr ello, se debía fortalecer la capacidad adquisitiva de las masas mexicanas y ésto implicaba, tanto elevar los salarios reales del obrero urbano, como los del jornalero agrícola. Ahora bien, como en el último caso, los jornaleros estaban sumidos en un sistema de explotación viejo, en el que su consumo era reducidísimo (las dos terceras partes de la población total sumidas en el latifundio decimonónico consumían: su alimentación y reducidas cantidades de manta o telas baratas para vestirse), era necesario acabar con dicho sistema, aumentando al mismo tiempo la mano de obra disponible en las ciudades, lo que fomentaría

aún mas la industrialización.

La reactivación económica se originó en el exterior, pues la economía nacional era dependiente, pero ésa reactivación implicaba también la necesaria evolución del sistema productivo y dicha evolución coincidía con los postulados revolucionarios agraristas que amenazaban hacer estallar de nuevo una Revolución.

Por otro lado, la creciente presencia del fascismo internacional, con su carga de intolerancia y opresión, emergía como un enemigo natural de los "amigos del pueblo" que eran los miembros radicales del sistema mexicano. El fascismo negaba lo popular y en el nombre de un mito (el Estado totalitario, la raza, la tradición) lo que pretendía era ahogar en sangre a quienes pretendieran cambiar las cosas, aún si ese cambio fuera necesario. Esto último no se tomaba en cuenta, pues los dos países fascistas mas importantes en Europa habían mostrado (especialmente Italia, pero luego mas claramente Alemania) la eficacia de un Estado organizado en función de la intolerancia. Eran máquinas eficaces aunque su fin último fuera la aberración de una expansión bélica. La atracción ideológica que sintieron los sectores mas conservadores de México por la Alemania Nazi sería un signo de alarma para quienes trataban de restaurar el pacto social roto en el Maximato. Ello les permitió estar mas claros en cuanto al contexto y la importancia internacional de su lucha.

3.3.2. 1934: EL AÑO EN QUE REGRESO LA REVOLUCION: LA CONSTRUCCION DE UN ESTADO SOCIAL Y CORPORATIVO.

En las condiciones descritas, la imminencia de un nuevo y mas definitivo rompimiento social era un hecho para quienes deseaban realizar un análisis real de la situación nacional. Quienes aprovecharon las conclusiones de ése análisis, serían los pequeños burgueses radicales que habían logrado introducir en la Constitución los preceptos sociales que luego Obregón manejó como marco jurídico de su alianza bonapartista.

El investigador universitario Víctor Manuel Durand, opina que la lucha de clases puede darse en escenarios muy diversos, no necesariamente los de una guerra social(26). La fuerza que la insurrección popular contra las traiciones del régimen sonoreense iba adquiriendo se canalizó principalmente en la reorganización del movimiento obrero que la recuperación económica auspició. Por su parte, el P.N.R. dejó de ser un simple foro de discusión interburguesa y recibió, por conducto de los radicales, las presiones sociales que venían de la sociedad de Abajo. Del partido oficial, la tensión se trasladaría al Congreso General, donde la diputación nacional revolucionaria se dividió en "blancos" y "rojos", expresado

(26) Durand, Víctor Manuel. "La ruptura de la Nación". UNAM. México. 1986. p. 15 y sigs.

así mismo la radicalización que hacia la izquierda provocaron las masas en ascenso sobre los diputados mas progresistas.

La presión fué tan grande que, desde el gobierno de Abelardo L. Rodríguez, el régimen reinició el reparto agrario. Pero lo hizo de una manera tan parcial y lo manejó tan poco espectacularmente, que mas que contener el impulso reivindicador y aliar al campesinado de nuevo, fortaleció la oposición a todo el sistema.

En abril de 1933, Rodríguez pide a un jóven general, Lázaro Cárdenas, que no vaya a desistir en la carrera para obtener la candidatura presidencial del P.N.R.. En varias ocasiones posteriores, el mandatario presionará al divisionario para que participe con mas ímpetu.

Indudablemente, Rodríguez representa a un sector moderado del grupo político, que trata de encontrar un arreglo que encauce el torrente popular antes de que sea tarde. Probablemente lo hace a sabiendas de que los mismos conservadores del sistema estarían dispuestos a hacer concesiones, en vista del fracaso de las tímidas medidas de su Administración. Krauze asegura que el mismo presidente interior fué el que por vez primera sugirió al Jefe Máximo la candidatura de Cárdenas. Ello obedecería a que la actuación agrarista de dicho militar al frente del gobierno de Michoacán, al principio

de la década, demostraba su capacidad para coaligar al sistema a los grupos campesinos y obreros que amenazaban la nave del Estado. Por su parte, el otro posible candidato del P.N.R., Pérez Treviño, representaba precisamente al grupo revolucionario que se había identificado con los intereses conservadores de la oligarquía y había sido pieza clave para la formación del Maximato. Su respaldo no estaba en el campo, sino en las filas de la nascente burocracia gubernamental y en la fuerza de los que ya se llamaban "veteranos de la Revolución".

Calles apoyaría desde un principio la idea de Abelardo L. Rodríguez por las mismas razones: era preferible ceder el Ejecutivo a un representante leal de la tendencia radical del propio régimen, mientras se mantuvieran los hilos de control sobre la Presidencia y el sistema económico no sufriera cambios bruscos.

Pese a ello, fué necesario vencer la resistencia que el sector conservador dió a la precandidatura cardenista. Pérez Treviño logró en los siguientes meses allegarse apoyos y ayuda de muchos políticos profesionales y de varios gobernadores; por su parte, Emilio Portes Gil y Rodolfo Elías Calles formaron fuerzas cardenistas entre los campesinos adictos aún al régimen y en la Cámara de Diputados, respectivamente. Esa sería la trama general de este acto de la lucha social mexicana puesto en escena por los elementos políticos del

Estado.

El gusto intelectual e histórico por la anécdota personal ha provocado mil y una teorías sobre cómo el Jefe Máximo terminó por dar su "placet" para la candidatura de Lázaro. Desde que el sonoreense veía en él a un hijo político de toda su confianza, hasta que la presión de sus amigos y familiares fueron la piedra de toque de la decisión, todas las teorías suponen que, en realidad, era Calles el que decidía. Prefiero la visión de Anguiano de un Jefe Máximo que sólo aprobaba lo que sus subalternos decidían. Pero en el caso de la candidatura cardenista, probablemente sus allegados no lo decidieron, sino que fueron obligados a decidir por presión de la realidad social y de sus voceros políticos: el ala "roja" del P.N.R..

En la lógica sonoreense, aquéello no era una derrota sino una necesaria transacción. Si la marea campesina y proletaria amenazaba con desbordar los estrechos cauces formados durante el Maximato, entonces, para proteger los intereses y la posición privilegiada de los nuevos amos políticos, sería necesario ensanchar dichos cauces. Ello implicaba regresar al proyecto obregonista de concesiones agrarias e industrialización, que ya había demostrado ser un acuerdo aceptable para todas las partes sociales.

La retórica radical podía ser inclusive, tolerada. Ello daba aún mayores posibilidades de que el nuevo acuerdo fuera aceptado por los de Abajo, sin poner en riesgo la continuidad del proyecto original sonoreense. Cárdenas era el mejor hombre para representar la nueva fachada progresista del sistema: tenía que ser escogido. Después, cuando la fuerza de los de Abajo volviera a apaciguarse, sería posible regresar a los puestos de dirección y favorecer directamente los intereses de la oligarquía antigua y moderna. Era los días de retirarse. Esa fué la lógica callista.

Ello explicaría el apoyo que Cárdenas recibió, aún de los sectores reaccionarios del sistema, durante la más profunda campaña política que había visto el país desde Madero. La gira del candidato parecía innecesaria en términos políticos en cuanto que no hubo un opositor viable para hacer temer una derrota. Así, la necesidad de llegar hasta las más apartadas comunidades obedecía a la lógica de atraerse grupos y comunidades y evitar que ellas mismas se lanzaran por el camino de la reivindicación social. Sin embargo, y probablemente ello lo sabía Lázaro Cárdenas, sus visitas a casi todas partes eran una manera de renovar un viejo pacto social mexicano: el del Presidente con el Pueblo. Siendo el virtual ganador de las elecciones, Cárdenas empezó la labor de sacralizar de nuevo la Presidencia de la República. El proceso no terminó sino hasta que abandonó la Silla Presidencial. Por lo mismo, se puede suponer que, al tiempo de aceptar la candidatura

como una transacción de los de Arriba, Cárdenas también siguió el trabajo de zapa del Maximato. Ello implicaba que los radicales por él representados jugaron con consciencia su papel de salida política de la oligarquía a la crisis social. Aceptaron ser, en principio, los instrumentos del callismo para recuperar legitimidad y detener la nueva Revolución, pero al hacerlo, simultáneamente aprovecharon la fuerza social de los de Abajo para fortalecerse en contra del propio callismo. Al fortificar desde la campaña la imagen del Ejecutivo Federal, Cárdenas minaba una de las ideas del régimen político anterior: la preeminencia del Jefe Máximo aún sobre los presidentes; para los radicales era la principal defensa política de la reacción escondida en el sistema postrevolucionario y había que destruirla.

Krauze menciona un presagio simbólico del fin del Maximato la orden del nuevo Presidente Constitucional Cárdenas al director de El Nacional Revolucionario, diario del partido:

"--Mira Luis, es muy conveniente que desde hoy, cada que en El Nacional se mencione el nombre de mi general Plutarco Elías Calles, procuren quitarle el título de Jefe Máximo-- de la Revolución."(27).

(27) Krauze, Enrique. "Lázaro Cardenas. El General Misionero". "Biografías del Poder / 8", F.C.E, México, 1987. P.91.

Lo que sucedía era que, si el Estado de la Revolución realmente deseaba reequilibrar la balanza social entre los dos Méxicos, era indispensable quitar a la reacción el control político del régimen. Calles era la personificación de esa reacción, mas allá de su propia traición a los ideales revolucionarios. Por lo mismo, una primera victoria del ascenso revolucionario de las masas en el período sería la caída del general Calles y su exilio.

No tiene caso relatar el caso de manera detallada, en cuanto que ha sido labor de muchos historiadores. Lo importante es rescatar su significado social y político: por principio, es una muestra palpable de la independencia del grupo radical respecto de los autores de la política antisocial del Maximato. Ello los legitimaba ante el pueblo y sus avanzadas para asumir el liderazgo nacional y reconstruir el vértice de la estabilidad social. Después, es una reafirmación del presidencialismo, entonces elemento indispensable del acuerdo político que expresa el sistema social triangular. El presidente reasume las funciones de último árbitro social y por lo mismo, hay capacidad política de los radicales, hechos gobierno, para negociar las alianzas concretas que darían contenido al pacto social general. Tercero, es el inicio de una doble fusión, la del Presidente de la República y el líder Nacional del Partido de la Revolución y, la de éste binomio con las organizaciones sociales de masas que apoyaron entusiastas

la destrucción del callismo. Sobre ése trinomio se sostendría por medio siglo el sistema político mexicano.

3.3.2.a. las Organizaciones de Masas.

El cardenismo no creó el movimiento social que le dotó de fuerza social. Se afilió a uno que venía en ascenso según la política del gobierno revolucionario se contradecía y dejaba de lado la idea de la alianza social como base del Estado. Su virtud entonces, fué la de saber respetar dicha situación y procurar atraerse a las organizaciones independientes que se habían formado y sentar sobre ellas las bases de su control corporativo.

La organización sindical despertaba y se encontraba libre de la represión cromista. Por lo mismo, se apoyaron en los enemigos de Morones, para mantener su independencia y evitar que se revirtiera el proceso de desintegración de la central oficialista del callismo. Mientras Morones se enfrentaba decidido a la candidatura de Cárdenas, Vicente Lombardo Toledano y su nueva Confederación General de Obreros y Campesinos apoyó al exgobernador de Michoacán(28).

La reorganización sindical se inició con la formación

(28) Gilly, Adolfo. OP. CIT. p. 353.

La reorganización sindical se inició con la formación del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana, en enero de 1933. Este organismo sentó las bases para el proceso de consolidación de un movimiento obrero que, superando el gremialismo tradicional, constituyera sus bases en una alianza de poderosos sindicatos de industria a nivel nacional. Es decir, la idea de la centralización de la organización proletaria no nació de los dirigentes radicales del partido oficial, sino de la misma dinámica obrera.

Por su parte, el gobierno trató en varias ocasiones de reorganizar su propio aparato de manipulación de trabajadores. Para ello, había tratado de consolidar los restos de la C.R.O.M. y de formar una Cámara del Trabajo en el D.F., pero los intentos fracasaron y los restos de ésta última instancia se unieron a la ya mencionada Confederación General de Obreros y Campesinos de México (C.G.O.C.M.). La Confederación Sindical Unitaria de México (C.S.U.M), de filiación comunista, había procurado promover la unidad de los nuevos movimientos campesino y obrero, de manera que no se repitiera el desastre que su división trajo a la Revolución en 1915. Sin embargo, sus esfuerzos fueron menores, en cuanto que el comunismo mexicano no fué capaz de entender la realidad nacional desde la perspectiva mexicana y sólo trataba de aplicar en el país la política acordada por la Comintern. Con todo, los esfuerzos, verdaderos, de organización sindical dieron

a la C.S.U.M. un papel de primera importancia en la consolidación del movimiento obrero organizado durante el cardenismo mas radical, pese a que la línea directiva recayó en Lombardo y su C.G.O.C.M..

Esta última central, organizó casi todas las movilizaciones durante el período final del maximato y fué la encargada de llevar a los obreros a las calles para exigir la desaparición política del Jefe Máximo.

Pero, pese a todo el apoyo que el grupo político emergente radical recibió de Lombardo y su central, es interesante que, a cada intento del partido oficial por atraerse definitivamente a la organización, la C.G.O.C.M. reaccionó violentamente, llegando incluso a la expulsión de quienes estaban por una alianza política electoral con el Partido. Ello significó para los obreros la oportunidad de plantear la alianza con el gobierno en términos sociales mas claros y evitar en principio, la manipulación política que había sufrido la C.R.O.M.. Era un sano resabio del anarcosindicalismo que originó todo nuestro proceso obrero.

En vista de que no era posible un ealace por medio de acuerdos políticos o electorales de cúpula con la marea obrera, el cardenismo, desde la campaña, siguió un camino mas largo para atraerse al movimiento sindical. El candidato

insistió una y otra vez en la necesaria unificación de los sindicatos y centrales, para presionar mas efectivamente por el aumento en los niveles populares de vida. El régimen inició una campaña pronunificación que, sin la alianza formal de los líderes obreros, seguramente pareció suicida a muchos miembros de la oligarquía. Sin embargo, había una lógica: el candidato se acercaba a los obreros apoyando la tendencia que ellos mismos habían escogido al fundar el Sindicato Ferrocarrilero y, de ésa manera, demostraba respeto por el "otro". A la larga, dicha actitud le permitiría formalizar una alianza mas perdurable que aquélla de Obregón y Calles con Morones. Caminando por el mismo camino de la unidad de los trabajadores, el nuevo gobierno y la dirigencia sindical encontrarían cada vez mas objetivos en común. Que ello implicaba una cesión profunda de los de Arriba, es cierto. Se renunció a la iniciativa, pues el régimen se limitaba a apoyar a los de Abajo en su camino, o al menos, a no estorbarles. Si al fin del cardenismo ello llevó a la manipulación del sindicalismo, ello no quita que seatará un precedente histórico importante que medio siglo después aún es importante.

Al mismo tiempo que se llamaba a la unidad desde la tribuna oficial y sindical por separado, el nuevo gobierno permitió la realización de las huelgas que tenían que estallar como consecuencia de sus invitaciones a la organización. Ello alarmó mas y mas a los sectores reaccionarios del sistema,

pues implicaba un reajuste de cuentas demasiado violento para ellos, que estaban identificados con los sectores menos ágiles de la oligarquía. Por lo mismo, a ellos no les importó el razonamiento gubernamental de que, si deseaban aumentar sus ganancias era indispensable aumentar primero la capacidad de compra del mercado nacional y ello implicaba un nuevo equilibrio entre los factores de la producción. Los industriales más avanzados entendieron el mensaje y aceptaron la ola de huelgas que hizo crisis en 1935. Pero otros, incluyendo a algunos muy poderosos, trataron de derrocar al presidente.

De nuevo, fué Calles el medio de expresión de los intereses de este sector y de su contraparte política, la de los generales que habían aprovechado su condición para enriquecerse. En junio de 1935, el Jefe Máximo criticó la agitación obrera, la división del P.N.R. en derechas e izquierdas y comparó la crisis política con la que trajo la renuncia del presidente Ortiz Rubio.

Fuccionarios y políticos (los mismos que apoyaran a Pérez Treviño dos años atrás) desfilaron a Cuernavaca para apoyar al soaorense. Los líderes obreros de agrupaciones diversas se reunieron y prepararon su respuesta. Entendían que las declaraciones de Calles empujaban al gobierno a la represión como solución de la crisis e interrumpían el acercamiento entre los cardenistas y los trabajadores. Calificaron

de fascistas las intenciones del Jefe Máximo y organizaron la movilización urbana.

Durante esos días, Cárdenas ajustó cuentas al cuerpo político. Desde su llegada al poder había ido sustituyendo a funcionarios callistas y jefes militares no leales por su propia gente. La oportunidad que le ofrecía la crisis política de las declaraciones, le hizo enviar capitanes a pedir una definición personal a generales y gobernadores. Quien no estuvo con él, fué destituido. De nuevo, la lucha proletaria impulsaba la política de cúpula. El cardenismo se volvió así, en pocos días, la posición de todo el aparato de gobierno. Con ése antecedente, Cárdenas contestó a Calles. Apoyaba la lucha obrera como un medio de equilibrio entre los factores de la producción y sabía que pese al momentáneo sacrificio del sector capitalista, la producción nacional se vería beneficiada a la larga. Simultáneamente dijo que quienes no habían obtenido mayores prebendas y privilegios urdían una conspiración contra las instituciones y declaró que él mismo no apoyaba las divisiones de que hablaba Calles. Con ello, identificó la lucha política de su grupo emergente contra el maximato y la de los obreros por mejores condiciones de vida. Las masas inundaron las calles. El Presidente pidió la renuncia a su Gabinete e integró uno nuevo. El rompimiento con el ala raccionaria de la Familia Revolucionaria era definitivo. El avenimiento final entre el movimiento sindical y el presidente también.

El Comité Nacional de Defensa Proletaria formado entonces, se puso por meta no sólo detener los intentos fascistas de Calles y mantener la lucha por reivindicaciones económicas, sino la formación de una Central Única. De ahí nació la Confederación de Trabajadores de México, la C.T.M..

3.3.2.b. La organización Campesina.

Mientras el cardenismo se afilió al movimiento ascendente del sindicalismo independiente y logró eslabonarlo a la maquinaria política sólo después de la crisis callista, la organización campesina estuvo a cargo esencialmente de elementos del partido oficial.

Sucedía que, mientras el ascenso revolucionario de 1910 había sido mas poderoso en el área rural, ahora la dispersión de los esfuerzos y el cansancio provocado por la derrota y los repliegues posteriores a 1914 impedían presentar, como en el sindicalismo, un frente independiente que lograra presionar efectivamente al Estado sin caer en una dependencia inmediata. Por otra parte, mientras los líderes nacionales apenas aprendían a tratar con un movimiento obrero poderoso, su experiencia en la mediatización de los campesinos era larga. Y entendían mucho mejor la necesidad de realizar, cuanto antes, la Reforma Agraria y que sólo el Gobierno Federal contaba con la fuerza y los recursos para hacerla.

Esas condiciones tampoco estaban ocultas para el campesinado. Por lo mismo, mientras Cárdenas hablaba de organización obrera y los obreros sin él se organizaban, al llamar a la unidad campesina debía iniciar también los trabajos por ella.

Aparte, era indispensable para el control político el mantener separados los movimientos populares de campo y ciudades. Esa lección la aprendió el cardenismo de la Lucha de facciones y la aplicó al cerrar a la C.T.M. todos los caminos que le llevaban a formar un frente popular común. De nuevo, la Reforma Agraria fué un método efectivo de control: al convertir a los peones acasillados y jornaleros en ejidatarios, les sacaba del supuesto laboral, en tanto dejaban de prestar servicios subordinados. Legalmente, la Reforma detuvo la penetración sindicalista en el campo. Por lo mismo, la organización de las comunidades agrarias, de las Ligas Estatales de éstas y de la Confederación Nacional Campesina que agrupó al sector, estuvo en manos del partido oficial, para entonces, convertido en verdadero brazo social del régimen.

3.3.2.c. El Partido de la Revolución.

Mientras el cardenismo, libre de las trabas de lealtad y poder político que le imponía el viejo estado mayor sonorense, aplicaba una política de beneficios sociales, agrarismo

y libertad para los sindicatos, su partido, el Nacional Revolucionario, fué perdiendo su carácter de Partido de Estado para adquirir el mas modesto de Partido del Gobierno.

El ascenso revolucionario que empujaba a obreros y campesinos tenía que implicar el rompimiento del pacto bonapartista del período sonoreense. Que ello no se diera de manera violenta se debió al viraje del sector radical de la burguesía mexicana que decidió encabezar la Revolución y encauzarla. Pero de todas maneras fué necesario soltar las amarras que el sistema de partidos políticos regionales tenía sobre las masas campesinas y obreras en algunas regiones del país. Por lo mismo, el Partido Nacional Revolucionario, basado en la alianza de éstos partidos tenía que ir perdiendo fuerza y se redujo a ser el instituto político del régimen, en una especie de espacio para la discusión estrictamente política, mientras los problemas campesinos los resolvía en realidad el Estado (aunque diera a miembros del partido la titularidad de comisiones y misiones específicas) y los obreros eran jurisdicción de la C.T.M. de Lombardo.

Cuando el régimen había ligado de manera definitiva al movimiento obrero con la expropiación de la industria petrolera, y el proceso de unificación del campesinado apuntaba de manera segura a la formación de una central campesina nacional, entonces fué posible plantear la reconstrucción de un

Partido de Estado.

La lógica del nuevo instituto no sería la de establecer espacios de discusión entre los grupos poderosos de políticos y militares, pues ésa tarea había sido satisfecha ya por el P.N.R. y dichos espacios permanecerían de una manera u otra dentro del nuevo partido, fuera en su dirigencia nacional, fuera en las organizaciones que se afiliaron al llamado "sector popular" que en realidad fué en un principio la miscelánea de la organización. La idea central giraba alrededor del concepto de Estado de equilibrio, al igual que antes, pero había la convicción de que los actores sociales y políticos no eran ya los mismos que en 1929. De hecho, el ascenso de las masas las había convertido, pese a la alianza de sus organizaciones con el Gobierno Federal, en sujetos del pacto social por propio derecho, sin necesidad de representantes de otras agrupaciones, estamentos o clases. Por lo mismo, la lógica del Partido de la Revolución Mexicana era formalizar, en el plano político, la alianza social que los movimientos obrero y campesino habían establecido con Cárdenas; de ahí, más que de una concepción corporativa de arriba-a-abajo, nace la forma sectorial del nuevo partido del Estado.

Un avance había para los de Abajo en ello. Aunque la alianza de la C.T.M. con el gobierno le quitaba independencia y la Confederación Nacional Campesina (C.N.C.) la había

hecho éste mismo mediatizando el agrarismo, la constitución de sectores populares (al menos en ése momento) en el partido gobernante implicaba el reconocimiento de la importancia política de la sociedad oprimida en la discusión nacional. Este eslabón era consecuencia del reconocimiento social previo que les había dado el obregonismo en 1920.

Sin embargo, Gilly nos recuerda que la única excusa que Lombardo logró dar para hacer de la central obrera parte del partido oficial, luego de su tenaz resistencia a una alianza política electoral en 1934 y 1935 fué que el gobierno cardenista era obrerista y antiimperialista. Lo que no vió el líder fué que al institucionalizar el pacto, lo ponía también al servicio de sectores mas moderados e incluso regresivos de la administración, quienes bien podían llegar a dominar el gobierno.

3.3.3. LAS CONQUISTAS SOCIALES DEL CARDENISMO.

Como, sin embargo, hay que dar una explicación al hecho de que la sumisión de Lombardo y la dirección cetemista al gobierno no provocara reacciones negativas en el proletariado, es necesario recordar que en todo pacto bonapartista, el que pretenda ser vértice de la estabilidad debe dar prueba de su capacidad para hacer concesiones a los de Arriba y a los de Abajo.

Esa fué la tónica de todo el período presidencial 1934-1940, probar que las intenciones de la Administración eran sinceras.

3.3.3.a. La Reforma Agraria.

Los intereses de los dos Méxicos apuntaban en 1934, a la necesidad de ella. La industria nacional se vió constreñida a un reducidísimo mercado que tendría que compartir con las importaciones provenientes de los Estados Unidos al fin de la recesión, por lo que el escape callista de la sustitución de importaciones resultaría insuficiente para mantener en operación la infraestructura nacional ya levantada. Los niveles de vida debían incrementarse rápidamente. Para ello, la Reforma Agraria era un buen medio. Al entregar la tierra a comunidades se evitaba que el parcelario se viera agobiado por deudas y terminara en la condición de arrendador de sus tierras o peon acasillado nuevamente. Una comunidad agraria podía defenderse mejor de la fuerza que quedaba a los propietarios antes terratenientes y de la de intermediarios y agiotistas. Por lo mismo, las posibilidades de éxito económico de sus familias aumentaban. Se lograba que las haciendas dieran lugar a centros de población a partir de las comunidades de antiguos peones y con ello, se iniciarían procesos de urbanización que abrirían aún más el mercado. Mientras que los pueblos avecinados en una hacienda debían de aceptar las condi-

ciones de vida y los servicios que el terrateniente tuviese a bien introducir o dejar pasar en su propiedad privada, los ejidos eran zonas francas donde vender servicios y comodidades producidos en la ciudad. En cualquier caso, la propiedad comunitaria lograría aumentar la producción sin desviar capitales privados de la gran empresa industrializadora que el gobierno planeaba en los grandes centros urbanos. Quedaría así demostrado que, para la nueva burguesía mexicana que se elevó con la revolución y luego repuntó con el cardenismo, la idea de productividad consideraba al sistema latifundista como un peso muerto que habría de "reconvertirse" para beneficio de la sociedad opulenta. No en otra cosa pensaban quienes vieron positivo un reparto que dejaba al viejo hacendado con las mejores tierras e instalaciones de su antiguo latifundio. No sólo ganaban ellos mercados para sus productos, sino que lograban incorporar al agricultor decimonónico en la idea de una empresa agrícola moderna.

Cuando el reparto benefició realmente a las comunidades y estas prosperaron, se produjo en realidad un fenómeno parecido: los ejidatarios prósperos adquirieron mentalidad pequenoburguesa y sumaron su fuerza a la de la sociedad opresora, a la que quedaban asimilados.

Para la sociedad oprimida sin embargo, los hechos comentados arriba no importaron, en cuanto que se hacía rea-

lidad uno de sus sueños seculares: la entrega real de las tierras. Por otra parte, para detener su impulso rebelde era necesario atacar al sector atrasado del sistema capitalista agrícola mexicano y el gobierno no dudó en amputar esa rémora a su desarrollo moderno para evitar una nueva revolución. Es esa realidad de sublevación la que llevó al cardenismo a ser tan radical en el punto agrario: en 1936 se expidió un decreto para formar una Reserva Rural armada. Ello hacía realidad la promesa del presidente de armar al campesinado para obtener y defender la tierra. El gobierno logró de esa manera crear una especie de nuevo ejército campesino (unos 60 000 hombres, la mitad a caballo) que defendería su posición en contra de las reacciones desfavorables de cualquier otro sector. Por otra parte, al organizar una reserva militarizada, el Estado evitaba la formación de verdaderos focos guerrilleros y aseguraba la estabilidad. La imagen revolucionaria del régimen no estaría en duda.

Esa imagen, pese a todas las dobles intenciones, llegó a ser real. Según se radicalizaba el reparto, el gobierno realmente llegó a esperar de la Reforma un nuevo sistema de producción más justo que el establecido y que, en verdad, emancipara al hombre del campo. Por lo mismo floreció la idea de la explotación colectiva y de los apoyos Estatales a quienes desearan asumir esa forma de organización económica. En las ciudades se entregaron empresas a los trabajadores y se impul-

só la cooperativa de producción. Al fin del periodo, las haciendas de Lombardía y Nueva Italia materializaron una ilusión personal de Lázaro Cárdenas: entregar la empresa agrícola "Hacienda", tal cual, a la comunidad organizada de sus ex trabajadores. En realidad, se hizo un "ensayo" general de un lejano pariente del socialismo soviético, como llegó a ver Luis Cabrera, el ideólogo de la ley de 1915. Sin embargo, la regionalización de las verdaderas organizaciones campesinas que apoyaron el reparto y lo llevaron a sus formas radicales y más avanzadas, condenaron al aislamiento a los principales escenarios del ensayo y los hicieron fácil blanco del ataque de gobiernos posteriores.

Los últimos hechos hicieron de la Reforma Agraria una obra verdaderamente revolucionaria que, por lo mismo, satisfizo el anhelo de las masas mexicanas. De ello se desprende que el campesinado aceptara las otras concesiones, las hechas a los de Arriba. De nuevo, como cuando Villa se rindió al caer Carranza, parecía que era lo posible y que para las siguientes etapas, habría que esperar y prepararse de nuevo.

El cardenismo dejó para ello los elementos indispensables. Luego de que la política sonorenses había puesto de nuevo en tela de juicio la legalidad y practicidad del agrarismo a principios de los treinta, Cárdenas aseguró la posición de esa ideología aún en el vocabulario institucional, con

la inclusión del campesinado agrarista como parte del aparato político electoral. Los maestros rurales (fruto del trabajo de intelectuales comprometidos desde Vasconcelos en el campo) encontraron en el régimen nuevos apoyos y se reiniciaron las misiones culturales a toda la República. Por lo mismo, al tiempo que se instituyó el ejido como forma básica de la organización agraria y agrícola, la escuela y su maestro se establecieron definitivamente. Todavía hoy, por mas postración que se sufra en las comunidades, la idea de un maestro para los niños y de la necesaria alfabetización está en las consciencias de todos. Si el cardenismo se apoyó en esos maestros (un verdadero "partido improvisado" le llama Gilly) para establecer la Reforma definitiva, ellos y su papel de acompañantes e intérpretes de la comunidad, recuperaron, también definitivamente, el papel que durante el virreinato tuvo el Bajo Clero Popular. El avance cultural e intelectual que en el largo plazo ha significado para las masas campesinas, pese a su poca monta académica es, proporcionalmente a la situación del siglo pasado, gigantesco.

El gobierno cobró al campesino esos beneficios, y éste, oprimido antes y después, tuvo que pagar: el ejido, al tiempo de dar justificación histórica y popular al régimen de la Revolución, le dió el inmenso capital político campesino. Como la organización agraria la habían realizado los políticos de la ciudad, ella funcionó de acuerdo a sus intereses. Durante

medio siglo, las elecciones serían aseguradas por el manejo corporativo de los sectores populares, especialmente el agrario. Estabilidad, de nuevo, es la palabra clave en las intenciones del Gobierno Mexicano, no la Justicia. Esta, debe quedar en manos de los oprimidos y de su capacidad de asimilar, en cada época, nuevas ideas y nuevas armas para la lucha siguiente, hasta el momento de la liberación definitiva. En ésta filosofía, los nuevos ejidatarios y comuneros apoyarían por regla general al "tricolor" hasta los años setentas.

3.3.3.b. Conquistas Obreras.

Este punto ya ha sido casi explicado en la génesis del cardenismo. Queda sólo aclarar sus líneas generales y las razones de la sociedad opulenta para conceder a las demandas obreras. Por lo que se refiere a lo segundo, las demandas eran aceptables, especialmente para los sectores avanzados del gobierno y el capital, porque no implicaban una transformación real de la organización productiva. Al tiempo que Cárdenas llamó a la unidad de los trabajadores, les fijaba el límite de sus demandas: el económico. Mayores salarios, mayores prestaciones, mayor protección sanitaria y acceso a los servicios médicos. No se manejó la necesaria participación obrera en las decisiones de la producción, la circulación de bienes o el consumo de los mismos. Esas eran áreas del empresariado, el que, para contrapesar efectivamente a las nuevas organiza-

ciones obreras fué llamado, apoyado y obligado a organizarse también en cámaras y confederaciones patronales. En realidad, se estableció un nivel más desarrollado de la misma política de conciliación de clases estipulada por el artículo 123 y propugnada por el obregonismo en 1920. Sin embargo, en el ambiente nacional de represión, manipulación y ante el peligro fascista internacional, el ofrecimiento del cardenismo era un avance, de nuevo, proporcionalmente muy grande. Se aceptó.

También en este sector, la radicalización de la lucha llevó al régimen a experimentar con nuevas ideas, de donde surgió la cooperativa de producción y la administración obrera de importantes industrias. Sin embargo, el cooperativismo se encadenó a la protección y regulación gubernamentales, primer peligro advertido por sus fundadores, los obreros ingleses. En cuanto a la administración obrera, los ensayos fueron mas bien montados para probar su ineficacia que sus ventajas. Algunos líderes conscientes estuvieron contra ellos porque vieron que el gobierno entregaba a los trabajadores industrias y empresas con problemas insolubles, destinadas al fracaso, la desmovilización de los sindicatos que trataron en vano de levantarlas y la división entre los obreros y los líderes, que se convertían en patronos de la noche a la mañana.

Todo el proceso, sin embargo, dejó enseñanzas claves al proletariado urbano. Por una parte, la alianza con el go-

bierno le permitió experimentar la fuerza que puede proporcionar a un gobierno populista en su lucha contra el imperialismo (29). Luego, la liga entre la Administración y sus burocracias sindicales demostró ser eficiente sólo en caso de que la política de la primera necesitara de hacer concesiones populares; en el resto de las ocasiones, mayoría, los trabajadores experimentaron restricciones a su autonomía sindical y también a las mejoras que exigían. Ello los llevaría, en los cincuenta años siguientes, a desconfiar del liderazgo burocrático y a desarrollar instancias alternas de representación o mecanismos más eficaces de control sobre sus burocracias. Al fin, durante la etapa que seguiría al cardenismo, cuya nota fué la Guerra Mundial y la necesaria Unidad Nacional, el pacto dió una cobertura legal e institucional al movimiento obrero que, de ésa manera, logró defender un poco más coordinadamente los derechos ya adquiridos por el proletariado en los espacios políticos que se les abrieron.

De nuevo el gobierno cobró a precio de oro los servicios que hizo a los oprimidos del medio urbano. Al establecer con los dirigentes el pacto, construyó un puente de intercomunicación entre esas burocracias y su sector político. Por

(29) Trotsky decía que la alianza de los gobiernos populistas de los países dependientes con sus proletariados era la única salida de la nueva etapa de lucha anticolonialista, pues otros sectores, como la burguesía nacionalista, serían demasiado débiles para resistir el embate imperial. Ver Gilly, Adolfo. OP.CIT.

ese puente fluirían líderes, candidatos, representantes con experiencia material en la movilización y la organización de cuadros y masas. Su presencia aseguró la continuidad institucional en cuanto que aseguró por un largo período el contacto de líderes y pueblo y, por lo mismo, su conocimiento real e inmediato de los problemas de una sociedad dual. Ahora bien, al enlazar políticamente a la C.T.M. y luego a otras centrales, las amarraba de manera definitiva a las políticas no de un sexenio o de un líder nacional, sino a las del Estado en su conjunto. En ello, líderes como Lombardo no quisieron ver que la tendencia general de todo gobierno equilibrador entre los dos Méxicos no buscaría la Justicia Social sino mantener las cosas tal y como existían, procurando si acaso, modificarlas en beneficio de los opresores. Otros líderes como Fidel Velázquez, aprovecharon la ceguera de los idealistas como Lombardo para asegurar su propia posición de poder como enlace indispensable del gobierno con el pueblo y cambiarían la política de concesiones populares en una de beneficios para las propias burocracias. Al fin, por suerte o por designio del destino de liberación nacional, dicha posición fué también una lección política popular que ahora no permite a las nuevas instancias obreras el afiliarse de manera permanente a una opción electoral burguesa, por mas avanzada que ella sea.

3.3.3.C. Política Exterior.

Si un sentimiento fué verdaderamente sincero entre los dirigentes nacionales cardenistas y realmente común con el Pueblo, este fué su idea de un México Independiente y Soberano, libre de las ataduras coloniales y neocoloniales que pretendía imponerle la República Imperial Norteamericana. Herencia preciada de la Revolución Independentista, razón del Estado Liberal del siglo XIX, la independencia fué cuestionada durante el movimiento armado en varias ocasiones, reforzándolo como liga entre ambos Méxicos. La crisis de 1929 y los abusos imperialistas de los Estados Unidos en Centroamérica, sensibilizaron mucho al país y le hicieron ver la vertiente económica de la dependencia. La aparición de una nueva clase de empresarios mexicanos audaces y dispuestos a hacer buenos negocios estimuló aún más esa tendencia. Por lo mismo, la política exterior fué mas definida que en años anteriores. Por vez primera en la historia nacional, nuestra administración paso a la ofensiva diplomática y criticó severamente al fascismo intervencionista de Italia en Abisinia. Ello era una crítica indirecta, y necesaria, respecto de la misma actitud norteamericana en el subcontinente nuestro. El apoyo a la Revolución Española fué inicialmente motivado por esa razón.

Con todo, de nuevo la radicalización interna llevó

al cardenismo mas allá de lo que él mismo hubiera esperado. El apoyo a la causa republicana en la península ibérica pronto adquirió otro significado: la solidaridad de las revoluciones populares a lo largo del mundo. No en balde sólo nuestro país y la Unión Soviética apoyaron de manera clara la lucha antifascista entonces. Pese al estalinismo y pese al populismo demagogo, los pueblos soviético y mexicano intuyeron como propia la lucha española.

La herencia diplomática de dicho episodio heroico de nuestra política internacional ha sido punto de apoyo interno para el régimen, que ha equilibrado su cada vez mayor conservadurismo interno con la política progresista y hasta revolucionaria del exterior. Que ello implica a la larga una contradicción insalvable, lo demostraron años después gobiernos menos flexibles que el cardenista. El pueblo, por su parte, entendió que la Liberación es un asunto internacional y experimentó por medio del régimen del general Cárdenas la práctica de la Solidaridad. Los oprimidos mexicanos, desde entonces, empezaron a tener lazos profundos, y ocultos muchas veces, con las luchas centroamericanas especialmente. Esa sería la manifestación popular de la contradicción política que la política exterior cardenista legó al Estado de la Revolución Institucionalizada.

3.3.3.d. Soberanía.

Siendo la independencia un concepto valioso para ambas sociedades mexicanas, el Estado hubo de declararse primer defensor de ella.

Para los de Abajo, fué la concesión simbólica que reafirmaba una conquista ya asegurada por las luchas de la Intervención y la Revolución campesina. Para los de Arriba, -- fué la promesa de una industrialización protegida y cerrada a la competencia de los países centrales del capitalismo. Soberanía se traduciría, con ayuda de la Guerra Mundial, en el proyecto de desarrollo industrial de sustitución de importaciones.

Esto ejemplifica que, en la mayoría de las ocasiones lo que para los oprimidos significa decoro y dignidad, para los opresores es dinero. Con todo, fué un eslabón poderoso para mantener el equilibrio, toda vez que su establecimiento fortaleció el sentimiento de autonomía y nacionalismo del sector industrial mexicano, reforzando el que habían heredado de la burguesía nacional agraria del Porfiriato y el de los pequeñoburgueses radicales de la etapa revolucionaria. Siempre es mejor saber que los explotadores, al menos, hablan el mismo idioma.

3.3.4. LOS COSTOS DEL CARDENISMO.

Si se ha llamado al cardenismo "la sociedad fundada en un sueño imposible", ha sido porque las promesas de Justicia Social hechas por el general Cárdenas y su grupo al México de Abajo, eran sólo promesas. Llevarlas a la realidad implicaba destruir el concepto mismo de Estado de equilibrio que daba razón de ser al gobierno que presidían, o que presidieron los que les sucedieron. Con todo, dichas promesas eran necesarias, indispensables. La contradicción de un Estado bonapartista es tal que debe, a cada momento, aumentar las expectativas de quienes le sostienen o cumplir las que haya abierto antes.

Por lo mismo, el régimen fundado por Obregón sólo pudo restaurarse con la radicalidad social del Cardenismo. Hubo de destruir parte de la estructura capitalista nacional, el latifundio.

Tuvo que abandonar, para siempre, el lenguaje conservador de la política social y hacerse "burgués vergonzante" permanentemente.

Tuvo que pasar a la iniciativa en la defensa de los oprimidos de otras Naciones.

Que en cada renglón en que hubo de ceder haya el sistema encontrado la manera de contener y manipular a las masas; que en cada caso haya dado un contragolpe favoreciendo en alguna forma a los de Arriba, fuera derivando los beneficios de las reformas en su beneficio o dándoles otras áreas de franquicia para explotar al de Abajo, es una historia aparte. Sólo el intelectual que no sufre la explotación suspira desilusionado cuando, en una prueba de fuerza no se alcanza el objetivo final. Sólo el pequeñoburgués radical desearía pasar a la Historia dando el último plumazo a la "Liberación Total". El pueblo, en realidad, parece ser mas sabio. Sabe su condición de explotado y lucha por terminarla. Pero conoce su propia debilidad. Sabe hasta donde sus capacidades le permiten avanzar en cada ocasión y, por lo mismo, su lucha es alegre. No se amarga quien era objetivo al empezar a luchar. La opresión ha legado al de Abajo la sabiduría de la realidad. La sociedad de los oprimidos conoce, por tanto, el valor de cada pequeña victoria y de cada avance. Su lucha histórica es en ese sentido guerrillera: dan un golpe y se retiran. Para los de arriba ello no tiene sentido. No lo entendemos, nos parece una derrota que se repite estúpidamente AD AETERNVM. Pero para ellos es parte de una estrategia que se funda en una claridad que nosotros no tenemos: ELLOS TIENEN LA JUSTICIA DE SU PARTE. Por lo mismo, el final de la guerra de liberación se está dando en cada momento de la lucha. Cada avance, por minúsculo que sea, es un "desfacer" las contradicciones que

La sociedad opulenta ha ido construyendo cada vez para perpetuarse en la cumbre. Al principio del proceso sólo dijeron que eran los Conquistadores. Luego alegarían la excusa de la evangelización (en contra de los evangelizadores). En ese camino llegaron a las promesas cardenistas de 1934 a 1940. Su cuento es cada vez mas complicado y mas frágil. La experiencia popular en reconocer la mentira y exhibirla, mas grande. La estabilidad obtenida en la organización Estatal ha sido mayor en cuanto que también han debido, los opresores, ceder mas para mantenerla. Cuando llegue al fin del ciclo histórico revolucionario, las concesiones serán aún mayores. Si los de arriba no acceden a ellas, se condenarán. Como desean sobrevivir, es probable que las acepten, pero su posición relativa frente a los "otros", será peor.

Por lo anterior, la historia y el análisis sobre el Estado Mexicano moderno está centrada alrededor del cardenismo.

Lázaro Cárdenas y su gobierno ofrecieron la posibilidad de un Estado Nacional, Popular y Democrático para poder apuntalar el Estado de Equilibrio entre la sociedad opulenta y la oprimida. Pero la promesa quedó hecha, y se convirtió en la fuente de legitimidad de todos los gobiernos y desgobiernos que le sucedieron durante medio siglo. Cada uno de ellos, de manera cada vez mas clara, mostraron la contradicción entre

el horizonte prometido y la realidad entregada: impusieron al pueblo la carga de la misma sociedad privilegiada de otras épocas, aunque ahora modernizada y mas sensible a su injusticia congénita. Pero cada uno de ellos se ha reinventado heredero del que los de Abajo llaman ahora, "El Tata". Por lo mismo, la historia del desarrollo Estatal posterior, hasta el umbral del Milenio, es sencilla: mostrar la contradicción entre el sueño imposible y la realidad actuante y cómo los de Abajo se han preparado para la nueva prueba de fuerza que cerrará indudablemente el ciclo.

Durand explica en su Introducción ésto:

"Al apropiarse del cardenismo como fuente de legitimidad ideológica, el Estado Mexicano ha derrotado mas de una vez ése régimen. Cada vez que lo invoca, lo derrota de nuevo, pues siempre lo hace para justificar la realidad actual y para alejar cuanto pueda todo lo que el cardenismo significó. Pero al mismo tiempo que lo derrota, anteponiendo su imagen a su realidad, lo repone como una posibilidad en la conciencia de las masas. De esta manera el cardenismo es actual y actuante, no se entiende el presente si no entiende aquél".(30).

(30) Durand Víctor Manuel. OP. CIT. P. 10.

3.3.4.a. El Corporativismo.

Al decir de Ludovico Incisa, el corporativismo es el sistema en el cual se organiza a la colectividad "sobre la base de asociaciones representativas de los intereses y de las actividades profesionales (corporaciones)" (31). Se supone que a través de la organización de las diversas corporaciones, representantes de los diversos sectores de la sociedad, se podrán eliminar los elementos conflictivos de la misma. Así, se supera la competencia económica, la lucha de clases, la diferenciación ideológica.

El sistema tuvo auge durante la Edad Media Europea, durante la cual, la monopolización de los oficios y de las artes permitió a las corporaciones mantener un estable orden político, mercantil y social en una sociedad que era igualmente estable.

El triunfo del capitalismo emergente había destrozado el sistema y su sociedad, sin embargo, la agudización de los conflictos de clase y de ideología que el liberalismo triunfante del siglo XIX trajo consigo, provocó el resurgimiento de ideas corporativas, que pretendieron reconstituir el orden social por medio de la organización sectorial interclasista

(31) Incisa, Ludovico. Diccionario de Política. OP.CIT. p. 431 y sigs. T.I.

que, por sí misma, eliminaría los conflictos de la sociedad liberal. Este nuevo tipo de corporativismo es esencialmente optimista, en cuanto supone poder superar el antagonismo de clase.

Sin embargo, una idea fundamental del corporativismo originario permaneció y perduró pese a las realidades económicas de los siglos XIX y XX: la necesidad de "consolidar la eficiencia y concentración del sistema... para dispersar las fuerzas centrífugas ideológicas y clasistas" (32).

Así, el corporativismo, antiguo contendiente de la industrialización liberal, se convierte en su impulsor eficientista, deteniendo, por medio de la concentración de las decisiones y poder en las corporaciones la lucha de clases que el mismo liberalismo había desencadenado.

3.3.4.b. El Corporativismo Mexicano: Su idea Original.

Establecidas las premisas básicas: necesidad de unión nacional; presidencialismo, proyecto económico nacionalista de largo plazo; todas las fuerzas sociales y políticas tendían a la corporativización del sistema mexicano. Para las organizaciones obreras, lideradas por Lombardo Toledano, representaba el medio más claro de asegurar para el movimiento obrero

(32) Incisa, Ludovico. Op.Cit. p. 432.

y dirigir eficientemente el desarrollo económico del país sin tensiones sociales. Para los mismos empresarios privados era un equilibrio estable que les permitiría progresar y que de hecho, les estaba rindiendo pingües utilidades ya desde el primer período (33). Hacia el exterior, gobierno y fuerzas populares presentaban un frente único que defendería las conquistas revolucionarias y vigilaría el avance de los postulados sociales de la Constitución. Sus interlocutores serían los empresarios del país, quienes fueron organizados en cámaras de industria y en confederaciones de esas cámaras, de manera que pudieran presentar sus intereses de manera única, al igual que las fuerzas progresistas. De hecho, los acuerdos tomados entre las organizaciones populares y las patronales, testificados por un gobierno-vigilante-social servirían para presentar un frente unido también, frente a extranjero imperialista.

Podemos observar que la idea corporativa se vació de manera diáfana en las instituciones socio-políticas del México cardenista. Sin embargo, es claro que no tomó esta organización el camino de las dictaduras alemana o italiana de su época. Esto se debió a que el corporativismo mexicano nació de una Revolución Social y de la lucha contra varias dictaduras y por lo mismo, no podía reproducir esos esquemas.

(33) Durand, Víctor Manuel. OP.CIT. cap. 2.

Por otro lado, el fin del corporativismo mexicano era "administrar" la lucha entre las clases sociales mexicanas procurando su eficientización, es decir, eliminando las más graves diferencias de casta que habían provocado los continuos estallidos sociales.

Sin embargo, el corporativismo mexicano compartía dos elementos con el fascista. Primero, suponía la virtual subordinación de las corporaciones al Gobierno Nacional, en el nombre de la coordinación que éste representaba, y del prestigio moral de la Presidencia de la República. Ello originaría un atroz centralismo, tomando en cuenta que, al contrario que los regimenes fascistas europeos, el sistema mexicano por su propio origen, que su fundador se convirtiera en guía permanente de la nave del Estado. Claro, Cárdenas deseaba la evolución a una sociedad unida y justa, pero ¿sus sucesores?

Segundo, las organizaciones se conformaron de una manera vertical, dando a los líderes de los sindicatos y uniones campesinas la representación, sin trabas ni controles populares, de cada uno de los institutos. La causa fué la rapidez del proceso, pero sus consecuencias durarían medio siglo y sólo servirían para hacerle el juego a los de Arriba, que por su parte, nunca estuvieron dispuestos a diluir sus privilegios de casta en una sociedad unida.

3.3.4.c. Uso y abuso del corporativismo mexicano: el predominio de los de arriba.

El defecto más grave y profundo del corporativismo cardenista estribaba en que, unidas como quedaron las organizaciones de masas a las directrices Estatales por medio de su alianza histórica con la presidencia, dependían al fin de cuentas, de las buenas o malas, revolucionarias o no, inclinaciones del presidente en turno.

Por su parte, el grupo cardenista radical, cuyos orígenes se remontaban al Constituyente de 1917 y al ala radical del Constitucionalismo carrancista era relativamente reducido. Es decir, los hombres que dentro del régimen se inclinaban por una verdadera evolución nacionalista al socialismo, como se había expresado en las discusiones de aquél Artículo Tercero, eran minoría. Una minoría fuerte transitoriamente, por la correlación de fuerzas que provocó el ascenso revolucionario de las masas y que el Jefe Máximo creyó tranquilizar con la aceptación de un candidato centro-izquierdista para el período 1934-40. El pequeño grupo radical se nutrió de las luchas sociales que culminaron en las grandes organizaciones obreras y campesinas, en el Reparto Agrario y las expropiaciones industriales. Pero sus límites de clase también estaban definidos por la realidad política: en el gobierno y la admi-

nistración, por no hablar de los centros empresariales y el ejército, subsistirían poderosos grupos que veían con malos ojos la radicalización cardenista y que se organizaban para detenerla. Tenían una ventaja: el dinero. Los cardenistas radicales no contaban sino con el apoyo de las masas, mismas que, paradójicamente habían mediatizado por conducto de las burocracias sindicales y que por tanto, no podían hacer llegar sus reclamos a la cúpula en el poder al fin del período presidencial. Y lo que pasaba es que se "había ido demasiado lejos" aún para buena parte de los cuadros sindicales y administrativos del cardenismo gobernante. Muchos líderes desconfiaban del resentimiento nacional e internacional que la política nacionalista hubiera provocado y de las consecuencias que pudiera traer. En muchos, se perfiló la idea de consolidar lo obtenido para avanzar luego, en pos de nuevos objetivos. O bien, se dejaban seducir por el buen negocio que resultaba ser líder y negociar con la patronal.

Frente a la evidente debilidad del cardenismo en el nivel de mando, la reacción estaba bien organizada y tenía poderosas fuentes de apoyo. En realidad, la política reivindicadora de aquel período incubó en los de Arriba un fuerte malestar y un agrio resentimiento. Hace poco, uno de los fundadores del Instituto Tecnológico Autónomo de México declaraba que tenían que "tratar de cambiar la mentalidad de las gentes, porque con una mentalidad predominantemente de tipo socialista,

izquierdizante, que era la que predominaba en el medio político, no creíamos que fuera posible un desarrollo industrial" que los beneficiaría a ellos, empresarios y banqueros fundadores de la Asociación Mexicana de Cultura, institución creada para frenar los "vientos rojos" del cardenismo por medio del arma más poderosa: la preparación de cuadros intelectuales y técnicos que "manejarían la economía tanto privada como pública de México"... (34).

El apoyo real y material que tenían se encontraba en los grupos capitalistas mexicanos, nacidos al amparo del pacto sonoreense entre viejos y nuevos dueños del dinero en la post-revolución de 1920. Como la política cardenista buscaba la transformación paulatina de la sociedad, estos grupos permanecieron e inclusive, al decir de Durand, prosperaron, dado que el gobierno les animó a organizarse y de hecho terminó por canalizar hacia ellos las ventajas energéticas de la Expropiación Petrolera por medio de un sistema de ayudas y subsidios.

Si a lo anterior sumamos que el Gobierno Nacional había ido agotando su margen de maniobra financiera con su política de expropiaciones legales, lo cierto es que al fin del período del general Cárdenas, los radicales tenían pocas

(34) Iturbide, Anibal de. Fundador de la Asociación Mexicana de Cultura, entrevistado por revista "Opción". No. especial "40 años", 1986, p. 2.

posibilidades de imponerse y mantener un gobierno progresista al frente del reluciente aparato corporativo Estatal.

Vicente Lombardo Toledano, cegado por la idea de "mantener lo ganado" y calculando erróneamente las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial (supuso que sería la "última guerra imperialista"), apoyó la candidatura de centro del general Manuel Avila Camacho.

Cárdenas "entregó la estafeta de la Revolución a la reacción" (35).

Durante los siguientes treinta años, el aparato corporativo mostró sus dos cualidades esenciales: era capaz de mantener en una mudez permanente, o casi permanente, a las masas mexicanas, y podía dar las suficientes prestaciones sociales, en el momento y lugar adecuados, para evitar otro ascenso popular que pusiera en entredicho la legitimidad revolucionaria de un régimen que, matando a la Revolución y al cardenismo, hizo de ellos sus mejores banderas.

No se ha escrito la historia negra del período, pero están claras las principales manifestaciones de descontento

(35) Muñoz Cota, José. Discurso en el Alcázar del Castillo de Chapultepec con motivo del Concurso de Oratoria CREA-DF, en 1985, julio.

y la actitud pragmática con que se les enfrentó desde arriba. La intervención militar en las instalaciones petroleras para detener una política de reivindicaciones durante los años cuarenta, las represiones a maestros y ferrocarrileros y la detención de los líderes de estos últimos, nos dan el lado oscuro de la época. Todo ello dentro de un ambiente de cacería de brujas (36) y anticomunismo poco propios de un gobierno nacido de la primera Revolución Social del siglo XX.

Pero la paz social se mantuvo, debido al hábil manejo de la estructura corporativa. Esta servía para canalizar y diluir, en sus diversas instancias, las demandas de los trabajadores y para presentar, en ocasiones, un frente común contra situaciones demasiado perjudiciales para el proletariado. Es indudable que el movimiento obrero organizado y la central campesina, lograron algunos avances, aquél con más facilidad que ésta, pero avances en general. Por su parte, el sistema económico, aún planteado como de desarrollo dependiente pero proteccionista, cuyos horizontes eran muy limitados, se vió beneficiado por una era mundial de relativa estabilidad y progreso. El país creció y aunque la distribución del ingreso siguió siendo igualmente injusta que antes, la tajada

(36) Huerta, Efraín "Mi país, oh mi país" en "Poemas prohibidos y de amor", 1959. S. XXI, edición 1986. P. 127-130.

de cada sector de la sociedad aumentó cuantitativamente. Así el corporativismo mexicano mostraba su eficiencia: había logrado contener las fuerzas dispersivas de una sociedad dual en conflicto, y había organizado la economía nacional de manera tal que se asegurara el crecimiento general del país.

El problema es que también mostró la cara adusta del corporativismo dirigista, el cual "dá prioridad al crecimiento económico sobre la redistribución del rédito" (37).

El sueño cardenista de una sociedad igual para todos los mexicanos había creado un instrumental que sirvió para perpetuar la vieja sociedad estratificada. En la concepción original, se entrevía confusamente la necesidad de que los sectores populares mantuvieran la libertad de acción y movimiento y promovieran la movilización permanente de sus bases de manera que con esa potencia se inhibiera la formación de grupos cerrados entre los líderes y se evitara así lo que después se llamaría "charrismo".

El resultado fué muy distinto, los líderes se hicieron eternos y su control sobre las bases sindicales se tornó de amenaza contra los de Arriba en 1935, en un instrumento utili-

(37) Incisa, Ludovico. OP.CIT. p. 434.

simo de control social. Así, Cárdenas no sólo entregó la estafeta revolucionaria, sino a los líderes obreros cooptados y disciplinados al Estado y al presidente. Este hecho nunca sería más claro que cuando, al fin del gobierno de Avila Camacho, Lombardo Toledano confió en la palabra de Miguel Alemán y creyó que el gobierno 1946-52 implementaría el programa nacional-popular que había elaborado para emancipar a México y Latinoamérica de la esfera económica norteamericana (38).

El corporativismo propuesto por Cárdenas era uno dinámico, en el cual el gobierno podría encontrar fuerzas e ideas surgidas desde el seno mismo de las dos sociedades mexicanas, abrevando en las organizaciones populares por un lado y en las confederaciones patronales por la otra. El sistema se mantendría en guardia contra los seculares abusos de los segundos por medio de la misma fuerza de los de Abajo, transmitida por medio de las instituciones corporativas. De esa manera el gobierno estaría impelido a mantener siempre una posición de mediador y componedor en una sociedad dinámica.

El problema, ya señalado, fué que entre gobierno y masas se interpuso una burocracia gremial y sectorial que

(38) Durand, Víctor Manuel. OP.CIT. p. 163.

respondía mas a los intereses de la clase capitalista que a las de las masas que originalmente la habían creado. Este dique, más que ningún otro, fué el que aisló a la corriente radical del cardenismo, encabezada en 1939-40 por el general Francisco J. Múgica, quien se quejó amargamente de la mala fé de las dirigencias sindicales al impedir los contactos del precandidato con los obreros agremiados (39). La barrera burocrática se formó también por la poca previsión del grupo cardenista radical. El cardenismo había alistado en sus filas a grupos y personas que en el fondo no coincidían con su idea de Nación, pero aún cuando ello fuera una necesidad conyuntural, tampoco desarrolló una doctrina clara que impidiera que esos grupos, arropados bajo su bandera, se encaramaran en el poder llamándose revolucionarios. La ambigüedad es pues, la madre de los vicios políticos.

De todas estas circunstancias, los únicos beneficiados fueron los de Arriba. Ellos, con dinero que les sostuviera y sentados en la mesa de negociaciones, pero sin estar atados al gobierno, tenían mucha mayor capacidad de maniobra, y la usaron.

(39) Meyer, Lorenzo. OP.CIT. p. 93.

3.4. EL ALEMANISMO COMO REACCION.

3.4.1. SU ORIGEN: LOS ROJOS AÑOS CUARENTAS.

3.4.1.a. La Sucesión de 1940.

A los ojos del análisis moderno, la etapa final del cardenismo aparece contradictoria dado que, después de una continua radicalización política e ideológica, se cede cada vez más a los reclamos de moderación de la burguesía nacional. Pareciera que los líderes, aquellos que en 1934 habían empezado a traducir las demandas populares en reclamos parlamentarios y acciones de gobierno, ahora habían quedado sordos a la voz de una organización obrera y campesina aún más fuerte. El caso concreto de Vicente Lombardo Toledano es revelador: sus alianzas con la burocracia sindical y su actitud de tutela respecto de las bases, terminó favoreciendo los intereses de los "cinco lobitos", quienes prefirieron la moderación. Su posición como líder indiscutible dentro de la C.T.M., causó que su decisión fuera definitiva. Otros habían tomado caminos de mayor radicalización, pero contaban con menor peso político. El mismo Presidente de la República probablemente estuviera dispuesto a seguir adelante, pero sus acciones anteriores ponían a la institución suprema en peligro si lo hacía solo.

Durante la preparación de las elecciones de 1940, el recién constituido Partido de la Revolución Mexicana contó con tres precandidatos a la presidencia, Francisco J. Múgica, quien fue apoyado por la tendencia radical del cardenismo y por los troskistas; Manuel Avila Camacho, quien recibió el apoyo de la C.T.M. lombardista, del bloque de gobernadores que giraba alrededor de Miguel Alemán Valdés, y el silencio cómplice de los dirigentes del Partido Comunista, integrado entonces en el partido del gobierno; por último, Sánchez Tapia mantuvo una precampaña marginal. Es evidente que los apoyos más fuertes dentro del marco político creado por el cardenismo eran favorables a un candidato reconocido por todos por "conciiliador", como lo era Avila Camacho. El peso de la C.T.M. fue sin duda decisivo, de donde podemos calcular la responsabilidad histórica del líder poblano (40). El otro gran apoyo a lo que resultaría ser la verdadera derecha cardenista, fueron: el bloque de gobernadores que organizara el de Veracruz, Alemán, para apoyar al presidente en sus acciones anteriores (principalmente respecto de las compañías extranjeras de petróleo) y la alta cúpula militar, que veía en el radicalismo mugiquista peligro para su posición, hegemónica aún, en la política nacional. Los militares, en cualquier caso, prefieren el orden y ya habían sido seis largos años de "desordenes", pese a que el primero de ellos les hubiera beneficiado, al liberarlos de la pesada tutela que los sonorenses habían puesto

(40) Durand, Víctor Manuel. Op. Cit. p. 32.

sobre sus cabezas. Respecto del Ejército, no debemos despreciar la posible influencia que ejerció en su ánimo corporativo la presencia de una verdadera milicia popular, formada cuando el general Cárdenas entregó armas a los campesinos para que defendieran las tierras recientemente repartidas. Los soldados se sienten orgullosos de ser el instrumento monopolizador de la violencia y aquella milicia les era, no sólo extraña, sino que representaba el peligro mismo de su desaparición (41).

Se ha acusado constantemente al general Cárdenas de haber cercenado la posibilidad de un sistema democrático en el país y de haber abierto la puerta a un Estado que, más que coordinar, manipuló la vida nacional por medio siglo. No coincido con ello, dado que el esquema no estaba programado para servir como lo utilizaron los avilacamachistas que año con año fueron creando el alemanismo. El régimen corporativo cardenista pretendía dar marco institucional a las masas trabajadoras para que ellas, como sector, tomaran la parte que les correspondía en la formación del futuro nacional. La misma idea del corporativismo es democrática, aún cuando sea una democracia de corte y maneras distinta a la electoral-indivi-

(41) Gilly, Adolfo. Op. Cit. p. 361.

dualista que hoy requiere el país (42). El problema del cardenismo fué no haber comprendido la calaña de los líderes que se pusieron al frente del movimiento popular en 1934: los cinco lobitos sólo buscaban el poder y las riquezas que trae (43); Lombardo nunca se rebajó al nivel popular y siempre se consideró un "Redentor" de las masas mexicanas. Ellos fueron los que utilizaron la estructura institucional que el general michoacano creó para el Pueblo y ellos, los que provocaron las declaraciones de Francisco J. Múgica al renunciar a su precandidatura el 13 de julio de 1939: "Nemos visto cómo ... los controladores de las centrales obreras y campesinas formadas por las masas revolucionarias, se han aliado a los político profesionales y a los poderes públicos de los estados que en muchas ocasiones no representan una línea de acción progresista, que el partido Comunista, escudado tras un sofisma trivial de táctica de lucha, olvidó su misión histórica de partido de vanguardia, ... la responsabilidad histórica de esta hora corresponde a los poderosos sectores que han podido organizarse gracias a la revolución ..." (44). Concluía -

(42) Gilly, Adolfo. Clase en el Posgrado de la Facultad de -- Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.A.M. sobre la colección "Biografías del Poder" del investigador Enrique Krauze. Semestre 87-2.

(43) Durand, Víctor Manuel. Op. Cit. El autor relata cómo uno de los líderes sindicales de la Federación de Trabajadores del D.F. rechazó la oferta gubernamental de una curul, diciendo que en la Secretaría General de su federación gnaba en un día lo que un diputado en cinco. P. 105.

(44) *Ibidem*, p. 149.

que, por no desear entrar en las prácticas de componendas y alianzas claudicantes, él no podía ser un candidato popular. El poder cobraba ahora el precio de sus servicios a los pequeño-burgueses radicales y les recordaba que habían transado con la derecha revolucionaria y que ésta deseaba recuperar la hegemonía.

Sin embargo, la agonía del cardenismo fué lenta y duró casi el decenio. El ascenso popular no podía ser cortado de un tajo y eso lo sabían tanto los de Abajo, como los miembros de la "izquierda oficial" o cardenista, como también los reaccionarios. Este apartado tratará, en varias reflexiones de analizar esta agonía.

3.4.1.b. Bajo el presidente Caballero: Aislamiento de la izquierda.

Cuando se le preguntaba al general Cárdenas acerca de su sucesión, solía responder con el silencio, pero Benítez y Gilly coinciden en señalar que en las ocasiones en que accedía a responder, apuntaba el peligro de una violenta reacción internacional si se hubiera apoyado al general Múgica. Era la época de la guerra y la entrada a ella de los Estados Unidos se oía en el aire. El peligro fascista era más terrible que nunca: los ejércitos nazis ocupaban la Europa Continental y el Japón dominaba el Lejano Oriente. Al parecer, la lucha

escencial de todos los mexicanos debía centrarse en la defensa de la misma existencia nacional, por lo cual era menester dejar para mas tarde las reclamaciones internas, aún cuando fueran de Justicia. Así se hizo, la política de Unidad Nacional a toda costa provocó la "desorientación social de las fuerzas de izquierda en México" (45). Sin embargo, la posición socializante del cardenismo fué vigente y la aceptación del cargo de Secretario de la Defensa Nacional por parte del expresidente significó para la reacción mexicana, mas que una muestra de solidaridad y apoyo al gobierno, el recordatorio de que la izquierda no estaba dispuesta a dar marcha atrás (46).

Por lo mismo la derecha mexicana se empezó a movilizar desde diciembre de 1940, cuando su candidato tomó el poder, desde todas sus posiciones políticas, económicas y culturales para contrarrestar y detener "para siempre" esa tendencia que ponía en peligro, no su hegemonía tan sólo, sino la existencia misma de la ancestral división de México en dos sociedades: de los dominadores y la de los dominados.

Derrotas parlamentarias.

En las Cámaras, los antiguos callistas, o legislado-

(45) Gilly Adolfo. OP. CIT. P. 390.

(46) *Ibidem*.

dores ligados a alguno de los presidentes del Maximato provocaron desde sus curules enfrentamientos con los diputados y senadores representantes de la C.T.M.. Esta, pese a haber abandonado a Múgica, representaba a la izquierda oficial en el Congreso de la Unión. Se organizaron, incluso, campañas "anticomunistas" y se atacó reiteradamente a los miembros del Partido Comunista de hacer política en contra de la Nación, identificando como su líder al maestro Narciso Bassols, calificado de agente soviético (47). La cacería de brujas contra los comunistas sería apoyada por el Ejecutivo, al ser nombrado Secretario de Estado Maximino Avila Camacho, "el principal anticomunista y el mayor corrupto del régimen" (48). EL bloque de legisladores obreros, normalmente ganaba los combates, pero a costa de graves pérdidas sociales: en 1941 se aprobaron modificaciones a la Ley Federal del Trabajo, dando al gobierno más poder en la calificación de las huelgas y obligando a los trabajadores a notificar previamente el estallamiento de huelga ante la autoridad del trabajo. La mecánica fué impuesta por el reducido grupo de avilacamachistas en el Congreso, quienes procuraban debilitar las posiciones cetemistas apretando intentos de conciliación entre las alas derecha e izquierda del poder legislativo. Con estas tácticas, logra-

(47) Durand, Víctor Manuel. OP. CIT. p. 59.

(48) Ibídem, p. 60.

ron debilitar en grado extremo las posiciones obreristas para finales del sexenio.

Derrotas ministeriales

Por su parte, la conformación del primer gabinete del "general caballero" denotaba el espíritu de transacción que le había dado origen en 1939: Viejos políticos callistas y cardenistas compartían las carteras: Ezequiel Padilla (Secretaría de Relaciones Exteriores), Francisco Javier Gaxiola, (en Economía Nacional), eran representantes de la derecha. Luis Sánchez Pontón (Secretaría de Educación Pública), Ignacio García Téllez (Secretaría del Trabajo), Jesús de la Garza (comunicaciones y Obras Públicas) eran cardenistas; Miguel Alemán Valdés representaba el grupo emergente del avilacamachismo como secretario de Gobernación. Sin embargo, para mediados de 1941, el presidente había solicitado la renuncia a sus izquierdistas secretarios de Educación y Comunicaciones, descabezando para siempre la Educación Socialista y dejando sólo al general Cárdenas y a García Téllez como representantes del Socialismo mexicano. ¿La razón? Que se había celebrado un acto de masas el 2 de julio contra la invasión Hitleriana de la Unión Soviética. Acto utilizado por la campaña anticomunista para "demostrar" la labor desestabilizadora de los comunistas y de los intelectuales cardenistas. Si esta actitud del Presidente de la República no refleja la verdadera posición

derechista de un avilacamachismo que aún pretendía ser de centro, no imagino otra prueba.

Derrotas en la judicatura

En el poder judicial, dice Durand (49), Avila Camacho promovió la devolución de la inamovilidad a los Ministros de la Suprema Corte, la cual había sido retirada por el régimen cardenista para evitar que se perdieran las reformas y expropiaciones que el gobierno realizaba en los verticuetos del poder judicial. Otro evidente paso hacia atrás: el presidente nominó a representantes del "almazanismo, la edad de piedra y del seminario conciliar" (50). Aún permanecían en puestos gente de pensamiento progresista, como Ortiz Tirado, López Sánchez, y Mendoza Prado (51), pero es clara la tendencia a proteger a los grandes propietarios del campo, que culminaría con la implantación del Amparo en materia Agraria años adelante.

(49) Ibidem., p. 58.

(50) Ibidem. (Narciso Bassols).

(51) Ibidem. p. 59.

Aislamiento Político

Mientras en los tres poderes de la Unión se aislaba primero a la izquierda oficial para estrangularla después, en el P.R.M. se gestan cambios en el mismo sentido: Con motivo de la entrada en guerra de los Estados Unidos y la proximidad de las elecciones, la lucha antifascista vuelve a ser el arma poderosa de los legisladores cetemistas para empujar al régimen, del que formaban parte, hacia una posición progresista. Así, en diciembre de 1941, se suspenden temporalmente las hostilidades en el Congreso y se forma el Comité Parlamentario Antifascista. Los cañones de los legisladores se dirigieron contra la "derecha extraoficial: PAN, sinarquistas, profascistas destacando en ésta actividad Vicente Lombardo Toledano" (52). Esta maniobra daba al traste con los intentos de los avilacamachistas por destruir el poder obrero en el Congreso, por lo que recurrieron a otros métodos.

Ya Múgica había señalado la nefasta alianza de los líderes obreros de las centrales con los "políticos". ¿Quiénes son éstos? podríamos clasificarlos como aquéllos que se dedican a las labores públicas sin tener por sí mismos, o como sector, una base social propia. Son aquéllos que se dedican a la administración pública o a las labores partidistas de manera

(52) Ibídem. p. 61.

individual, sin ser representantes de un sector, y por ello, sin cartas credenciales para "hacer política". Es importante este último punto, dado que, mientras los líderes obreros y campesinos obtienen su legitimidad de la supuesta o real representación que hacen de los intereses de sus bases y ello les acredita para luchar partidariamente, los "políticos a secas" no obtienen legitimidad de nadie ... y con nadie están verdaderamente comprometidos.

Entre octubre de 1941, cuando un grupo de senadores propuso la formación de un grupo que evitara los continuos choques entre los extremos y que apoyara al presidente; hasta febrero de 1943, cuando queda constituida la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (C.N.O.P.) por los grupos que eran difícilmente asimilables en los sectores campesino y obrero del P.R.M., y por la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (F.S.T.S.E.); se dá un proceso cuya síntesis podría ser la siguiente: como el presidente de la República necesitaba neutralizar la fuerza del sector obrero del partido (el campesino estuvo supeditado a palacio desde su formación), era necesario agrupar a los miembros del partido que, sin una ideología tan comprometida como los cetemistas, estuvieran dispuestos a realizar el papel principal en la selección de candidatos para las elecciones. La idea era quitar a la C.T.M. el papel protagónico en la vida interior del partido, papel que gozaba desde la formación

sectorial del mismo, en vista de que la poca militancia de los cenecistas (por el tutelaje a que los sometía el gobierno), la desorganización del sector popular (que sólo agrupaba a los trabajadores del Estado como cuerpo bien definido), y la críptica actitud de silencio de los militares (disciplina, que le llaman). Por lo mismo, la C.T.M. tenía el más numeroso grupo de legisladores y con ello lograba hacer oposición efectiva a los intentos de dar marcha atrás del Ejecutivo. La idea era oponerle una organización intrapartidista que le arrebatara la mayoría de las curules primero, y que permitiera al mismo presidente, como jefe natural del partido, controlar la composición del Congreso desde antes de las elecciones.

¿Quiénes fueron los artífices de la idea?

Nació de los senadores avilacamachistas, pero esta primera propuesta fué rebasada al poco por un grupo entusiasta de jóvenes políticos (que simpatizaban con la izquierda oficial) y que tenían contactos con varias organizaciones no incluidas dentro de la C.T.M. o la C.N.C. Ellos formaron la Comisión Coordinadora de Organizaciones Populares, que fué el gérmen de la federación de Organizaciones Populares del D.F. formada después de que la F.S.T.S.E. exigió su inclusión en la Comisión ante el P.R.M. y los jóvenes activistas

se disciplinaron, a cambio de ser considerados como únicos posibles dirigentes de la Federación que se formara. Entre estos jóvenes estaban personas como Carlos Madrazo y Lauro Ortega, dos actuales hombres legendarios de la historia del P.R.I.-gobierno. La paradoja de estos jóvenes es que, siendo de tendencia izquierdista, facilitaron la labor de la derecha partidista para arrebatar a la C.T.M. (que, aún mandada por futuros charros, era comparativamente más progresista que al gobierno del "presidente caballero") el control del partido; con ello criaron y se convirtieron ellos mismos en los "cuervos que le sacarían los ojos a la izquierda oficial" al decir de Durand.

En la selección de candidatos a diputados en 1943, la C.N.O.P. obtuvo 56 candidatos, contra 43 de la C.N.C. y sólo 24 de la C.T.M., otros 24 se distribuyeron entre organismos menores de obreros y campesinos (53). Lo peor: durante el proceso de selección se cambió al líder de la C.N.C., poniendo al Coronel Gabriel Leyva Velázquez en lugar del líder campesino Graciano Sánchez, los inconformes fueron expulsados. ¡Leyva pertenecía a la C.N.O.P.! Cuando se constituyó el Cole--

(53) *Ibidem*, p. 62.

gio Electoral que calificaría las elecciones parlamentarias, se puso a discusión inclusive el triunfo de los candidatos cetemistas. Así el poder obrero en el Congreso quedó acabado desde 1943 y la C.N.O.P. se convirtió en el órgano de coordinación parlamentaria del partido gubernamental, el "sector de la burocracia política y el lugar de su reproducción" (54).

papel de Cárdenas

Cárdenas nos parece el día de hoy un fantasma de tiempos remotos que protege con su sombra las luchas de la izquierda mexicana, oficial o no; pero en los años de la Guerra Mundial, era un político de carne y hueso que solía decir que en la política, "nadie está completamente muerto".

Por lo mismo, su actuación como Jefe Militar de la zona del pacífico para coordinar las acciones de defensa contra un posible ataque japonés y de hecho, para detener las maniobras intervencionistas de los Estados Unidos en la Baja California (55), fué tomado por la derecha oficial como un posible camino del general para favorecer a la C.T.M. y a

(54) *Ibidem*, p. 63.

(55) Gilly, Adolfo OP.CIT. p. 390 y sigs. Los norteamericanos pretendían que, aún antes de la declaración de guerra mexicana contra el Eje, se les permitiera establecer bases costeras en la península.

los izquierdistas. Las conjuras que se tejieron alrededor de esta comisión defensiva son importantes por que revelan el grave temor de dos Secretarios de Estado hacia el presidente: El gobernador de Sinaloa propuso a sus colegas de la zona militar del pacífico una reunión, donde se coordinaran los esfuerzos de defensa que el general realizaría.

Cuando los rumores acerca de posibles fines políticos de la reunión se propagaron, el mismo Cárdenas anunció que no asistiría; pero entonces, al parecer por insinuaciones de los secretarios Maximino Avila Camacho y Miguel Alemán Valdéz, se obligó a varios gobernadores a definirse respecto del conflicto artificial. La reunión pues, se celebró pero con una gran mayoría de representantes de gobernadores y pocos de ellos presentes. Durante este problema, el periódico "Ultimas Noticias" publicó unas supuestas declaraciones del líder de la C.T.M. Lombardo Toledano, en las cuales se decía, había atacado al gobierno norteamericano y a funcionarios mexicanos, y trataba de presionar para lograr mayores prebendas políticas. Esta infamia tenía un objeto muy claro: marginar y estigmatizar al líder obrero, que, pese a sus incongruencias personales, representaba para la burguesía mexicana un "peligro comunista".

Retroceso obrero y sindical.

Por último, cabe mencionar, siquiera de paso, el intento del gobierno de Avila Camacho para formar una Comisión Trilateral en la que se solucionaran, por medio de la concertación las disputas laborales durante la guerra. Se trataba de controlar la lucha de clases interna, de manera que se pudiera eficientar la labor nacional de abasto para las potencias aliadas. Ya había el antecedente en la corporativización cardenista de los sectores obrero y patronal, pero los empresarios se negaron rotundamente a institucionalizar un espacio permanente de acuerdos y arreglos. Ello les hubiera limitado al momento de lanzarse sobre las ganancias que les ofrecía la misma guerra y el consecuente abandono de los mercados latinoamericanos por parte del capitalismo imperialista. Por su parte, los líderes obreros no lograron que se formara una comisión en la que se les tratara en igualdad con sus empleadores. Simplemente se dejaron arrastrar por la retórica de la "Unidad Nacional". El presidente mismo no apoyó su proyecto original, ante el rechazo de la patronal, en parte porque no deseaba fortalecer el movimiento obrero organizado, en parte por favorecer a los industriales nacionales.

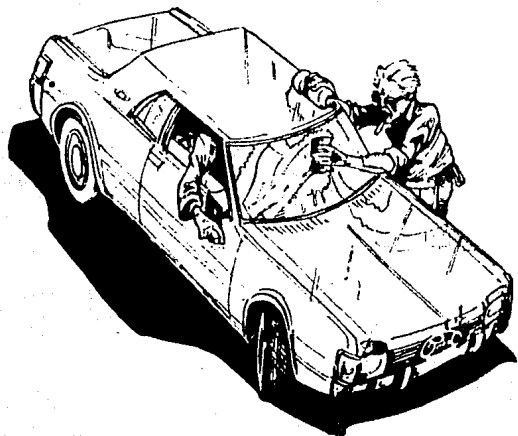
Al fin de cuentas, cada factor de la producción se organizaría por sector y negociaría con el gobierno sus deman-

das durante el estado de emergencia nacional que vivió la República. El objetivo central de la administración: domesticar al sindicalismo nacional, se logró.

En cuanto a la guerra misma, implicó, al modo de la Gran Depresión, la salida de la competencia imperialista y el florecimiento del modelo de sustitución de importaciones. Por otra parte, y esta vez al contrario que en la década anterior, grandes cantidades de dinero entraron al país por concepto de exportaciones al bloque aliado. Con todo, si bien un movimiento obrero independiente hubiera logrado que dicho aumento de la riqueza nacional se distribuyera equitativamente, aumentando con ello el nivel de vida y beneficiando el desarrollo integral de la Nación, lo que en realidad pasó fue una agudización de la explotación de mano de obra, de la represión a los movimientos de huelga, y de desarticulación de las demandas nacionales del proletariado. Sólo unos cuantos recibieron el río de oro que trajo la guerra. La mayoría vió reducidos sus salarios reales y sólo los petroleros lograron mantener el que gozaban al inicio de la contienda. (56).

De lo anterior se desprende que durante el sexenio

(56) Durand, Víctor Manuel. Op.Cit. p. 157 y 158.

SUB-EMPLEADO ■ El Flagón

LA JORNADA, 13 de enero de 1990.

avilacamachista se inició un profundo viraje dentro del aparato de poder del Estado. Los rasgos principales de dicho movimiento serían:

I. Regreso a la escena política del callismo conservador, representado así en el gabinete presidencial como en un importante sector del Congreso, desde el primer trienio del mandato. Ello implicaría que el cardenismo seguía siendo considerado por el sector conservador de la familia revolucionaria sólo como una concesión y no como un verdadero cambio progresista. Estabilizado en el país en 1940, podían los callistas reocupar sus posiciones de antaño.

II. Formación de un nuevo grupo en la llamada derecha revolucionaria, liderado por Miguel Alemán y Maximino Avila Camacho que, tratando de aislar a la izquierda, se presentó como vanguardia de la conciliación y la unidad nacional.

III. El nuevo régimen debía dar seguridades a la clase industrial mexicana y ello implicó casi siempre el congelamiento o retroceso en las políticas sociales del sexenio anterior.

IV. Para asegurar el control político sobre las instituciones que el cardenismo había formado, se crea un

organismo especializado en la formación de cuadros profesionales para el gobierno, la C.N.O.P., que recibiría poco a poco el control de los procesos internos en el partido oficial y por ende, del Congreso General. Con ello el presidente podría manejar eficientemente a los sectores proletarios del mismo instituto.

De nuevo, la política gubernamental trataba de "encauzar" el río de las demandas sociales y establecer cotos precisos, claros y estrechos, en la medida de lo posible, para el movimiento popular cardenista. Ello clarifica la idea de que más allá de la retórica revolucionaria, el Estado seguía siendo concebido como un triángulo de equilibrio en el que los poderosos seguían (y debían seguir) llevándose la mejor parte de la riqueza nacional.

3.4.2. BAJO EL SON DE LA PAMBA: MIGUEL ALEMAN VALDES.

3.4.2.a Maniobras y pactos contradictorios en la cúpula estatal.

Aún cuando el mismo Avila Camacho no lo supiera, su periodo de gobierno se caracterizaría por la consolidación del segundo gran grupo político que se disputaría el poder público en el México de la segunda mitad del siglo XX. El alemanismo no es una continuación del avilacamachismo, ni

del callismo de los años treinta, al menos no en una forma absoluta y definitiva. Heredó de ambos grupos la posición conservadora dentro del esquema postrevolucionario, pero su carácter había evolucionado. Mientras el callismo había degenerado incluso hacia posiciones fascistas en la década anterior, y el avilacamachismo solo pretendiera detener la marea político-social del cardenismo (con algún tinte anti-comunista en la persona de don Maximino), el grupo de Miguel Alemán contaba con un proyecto claro de desarrollo para el país. Dicho proyecto iba más allá de la oposición al movimiento social e inclusive, estaba dispuesto a utilizar al mismo para sus fines. Por otra parte, contaba con una visión clara de la situación nacional e internacional en el inicio de la segunda postguerra y estaba en condiciones de aprovecharlas. Por lo anterior, Alemán sería el candidato del P.R.M. a la presidencia. La desaparición súbita del hermano del presidente ayudó al secretario de gobernación, pero no es claro que fuera definitiva en la decisión institucional.

Sabiendo que la sociedad opulenta mexicana no respiraba tranquila aún frente al grupo de la izquierda oficial cardenista y que el hemisferio entero se preparaba para entrar en una etapa pro-yanqui y anticomunista, la política alemanista sería diseñada para aumentar las seguridades del capital privado nacional y extranjero y fomentar con él un desarrollo periférico al norteamericano. Con el control de los organismos

obreros, iniciando en el mismo cardenismo y depurado de todo riesgo bajo Avila Camacho, el futuro candidato podía asegurar a sus apoyos internos y externos que la acumulación capitalista ni sufriría riesgos graves, ni podría ser detenida.

Pese a ello, en el plano político, el cardenismo seguía siendo poderoso. Alemán negociaría con el mismo Cárdenas para asegurar su candidatura. Y, lo que es más trascendente, lograría el apoyo de Vicente Lombardo Toledano, líder supremo, aún, de la C.T.M.. Lombardo fué el único dirigente de la izquierda oficial que trató de analizar el mundo de la postguerra y plantear un programa de trabajo para el desarrollo autónomo del país. Nacionalismo y antiimperialismo eran dos de las premisas de su Programa Nacional Popular. Encontró, que pese a la desconfianza del capitalista mexicano frente al populismo cardenista, los intereses de un sector importante de los industriales, no coincidían con los del capitalismo imperial yanqui. Por lo mismo, proponía una alianza entre las organizaciones de masas y ese grupo nacionalista de empresarios, que procuraría el desarrollo capitalista nacional. Evidentemente, los planteamientos alemanistas eran en todo contrarios. Su idea de Nación estaba inscrita en los problemas de desarrollo norteamericanos para el hemisferio occidental y un desarrollo nacionalista en México era una amenaza _

al plan imperialista como conjunto (57).

Por lo mismo, de las negociaciones de Miguel Alemán para asegurarse el poder, las que verdaderamente trascenderían serían aquellas del secretario de gobernación con el embajador norteamericano. En ellas, Alemán aseguró la permanencia de México en el esquema imperial de desarrollo, es decir, aceptó para el país el papel de Estado periférico. Se tiene noticia de al menos dos entrevistas personales entre el futuro presidente y el representante americano. En ellas, Alemán aseguraría que ningún "socialista" (éso eran los cardenistas para Estados Unidos) formaría parte del gabinete y que, pese a sus contactos con el general Cárdenas y Lombardo, éstos no estaban en condiciones de imponerle a nadie. Afirmaría su vocación anticomunista (58), y plantearía la necesidad

(57) Morley, Morris H. "Imperial State and Revolution. The United States and Cuba, 1952-1986" Macquarie University. Cambridge University Press, U.S.A., 1987. p.40 y sig. El autor analiza 2 tipos de oposición al proyecto imperial de acumulación capitalista mundial: los primeros no estructurales, es decir, que no amenazan el fondo del modo capitalista; otros son una oposición no solo nacionalista, como la -- primera, sino revolucionaria. El Estado Imperial a los -- dos los combate, aunque con diferencia de grado; ya que -- el primer tipo detiene el avance de la burguesía imperia-- lista y el segundo saca a un territorio completo del modo de producción imperialista.

(58) Ibidem. En las notas de Morley a su segundo capítulo es claro que este tipo de afirmaciones pesaban mucho en las agencias centrales del poder ejecutivo norteamericano.

de importar ayuda tecnológica yanqui para apoyar el desarrollo industrial mexicano, desechando la posibilidad de buscar asistencia de ese tipo en Gran Bretaña o en la Unión Soviética. El embajador abandonó entonces a Ezequiel Padilla, su favorito hasta entonces y representante de un sector más atrasado de la derecha revolucionaria. La neutralidad que el diplomático declaró al poco, respecto del proceso electoral, fué un apoyo invaluable para Alemán.

"Alemán aseguró su elección como Presidente de la República, traicionó a la izquierda, y puso de rodillas a la Nación frente al imperialismo norteamericano; el acuerdo con este último lo cumplió a pié juntillas, e incluso fué mas allá. Su verdadero programa de gobierno lo definió entonces" (59).

3.4.2.b. 1946: El nuevo gobierno.

La consecuencia inmediata de lo anterior fue la radicalización de la "lucha depuradora" iniciada por los elementos anticomunistas. Mientras en el gabinete no se admitían funcionarios de la izquierda oficial, el mismo partido oficial se

(59) Durand, Víctor Manuel. Op. Cit. p. 163.

reorganizaba, relegando aún más a la C.T.M. y haciéndola luchar ya no sólo con la C.N.C. y la C.N.O.P., sino también con otras centrales obreras, mismas que el gobierno consentía para debilitar a la otrora vanguardia política de los trabajadores. La tensión llegó a ser tal, que en aquél año se llegó a hablar de una ruptura entre la central, aún lombardista, y el P.R.I. (60).

Sin embargo, la correlación de fuerzas era ahora favorable al conservadurismo oficial y aún la separación de la C.T.M. no hubiese variado eso. Por lo mismo, en este sexenio se lograron una serie de objetivos que ya se venían anunciando desde 1940: el aumento de la pequeña propiedad agraria inafectable, de manera directa o por medio del cultivo especial; el amparo en materia agraria; preferencias de facto para los "pequeños" propietarios en la adjudicación de tierra de riego en los proyectos hidráulicos gubernamentales; pérdida del derecho a la huelga para los trabajadores al servicio del Estado; disciplina de las Juntas de Conciliación y Arbitraje y del Tribunal a los intereses de la patronal.

Por otra parte, el programa de inversiones extranjeras avanzó rápidamente, dejando de lado los intereses de los

(60) *Ibidem.* p. 165 y sigs.

se los transmitieron. No importa que el liderazgo sea de izquierda (104).

Ahora bien, de este movimiento popular en crecimiento, ¿quiénes son los representantes mas acabados?, ¿entre que organizaciones podríamos encontrar los futuros actores del drama nacional?

En el campo mas antiguo de la resistencia, el indígena, nuevos vientos soplan. Muchos grupos, con mucha claridad, han aparecido entre distintas etnias. En Oaxaca, el pueblo Mixe ha logrado superar en lo general la serie de divisiones internas ancestrales que impedía su acción unitaria en contra de la explotación y la manipulación oficialista. Ellos corroboran la vocación imaginativa y antidogmática de lucha en esta Etapa: en uno de sus municipios, el pueblo entero decidió inscribirse al partido oficial! para imponer a su candidato a alcalde, lo que lograron, pese a la presión violenta de caciques y ricos del lugar. Reafirman, también, un elemento esencial para el futuro: en una reunión evaluatoria en la Ciudad

(104) Caso mas claro en el México contemporáneo no hay como la llamada "Dirigencia Histórica" del C.E.U. en la U.N.A.M. Su viejo modo de hacer política, caudillesco, manipulador de la discusión en la asamblea, negociador y al fin inconsecuente, reprodujo uno por uno los vicios del enemigo institucional y terminó por desarticular el movimiento estudiantil durante 1988 y 1989.

de Oaxaca, uno de los coordinadores llamó a sus hermanos a estar atentos a la lucha que otros grupos indígenas y no indígenas daban a lo largo del país, porque era la misma lucha de ellos. Simple y fuerte solidaridad (105).

La tendencia de todos los grupos es la de consolidarse como fuerza nacional. El 21 de abril de 1989, se reunieron en San Cristóbal Las Casas, Chiapas, 44 líderes de Chiapas, Oaxaca, Yucatán, Quintana Roo y Tabasco para integrar la Comisión Organizadora de la Lucha de los Pueblos Indígenas (106).

Respecto al campesinado, la manipulación y la falta de unidad como clase siguen siendo su principal debilidad. El diversísimo grado de desarrollo de las varias regiones agrícolas aumenta la atomización de necesidades y luchas. Sin embargo, al igual que en 1934, hay claridad acerca del giro conservador de la administración, que en la idea de eficientar la producción agrícola amenaza las formas de organiza-

-
- (105) Entrevistas Personales. [agosto-diciembre 1989]. Los entrevistados pertenecen al Taller Universitario de Derechos Humanos, y realizan labores de asesoría, capacitación y apoyo a la comunidad Mixe.
- (106) "Se creó la Comisión Organizadora de la Lucha de los Pueblos Indígenas", por Rosa Rojas, enviada. La Jornada, - México, D.F. 22 de abril de 1989, p. 3. Y en apoyo a los indígenas, reaparece, en el Sureste, un viejo actor: el Bajo Clero Popular.

Probablemente el alemanismo no hubiera tenido el pudor de ocultar sus ligas con los poderosos si no fuera porque le fue indispensable mantener la imagen de un sistema "revolucionario". Así se hizo indispensable una pública distinción entre la "Familia Revolucionaria" y la "Iniciativa Privada". Alemán no pudo desprenderse de las formas heredadas por el cardenismo, ni de palabra, ni concediendo poder a trasmano como hiciera Calles. La estructura del Estado estaba llamada a permanecer en su molde cardenista.

Por su parte, los empresarios se encontraron libres para manejar su propia organización gremial y de clase. Con esa libertad, fueron capaces de establecer un sistema de formación profesional paralelo al oficial que les produjo los intelectuales orgánicos que apuntalarían poco a poco su creciente--predominio social y al fin del período, su influencia sobre el mismo gobierno de la República.

La concepción dentro de la cual el capital nacional preparó a sus intelectuales a partir de los años cuarentas, estaba forjada por el ascenso revolucionario de las masas de la década anterior y en la clara consciencia de que su legado, el cardenismo, representaba, pese a todas las mediaciones y manipulaciones que hizo del movimiento popular, una opción contraria a su proyecto histórico oligárquico.

Por lo mismo, ni los evidentes beneficios que les había dado la gestión del general michoacano, ni la posibilidad de convertirse en los líderes del desarrollo independiente planteado por Lombardo les convencieron a favor del modelo cardenista de Nación.

Recordemos el testimonio de uno de los líderes empresariales de aquellos días, Aníbal de Iturbide para corroborar lo anterior (63).

El empresario no ha tenido vergüenza en admitir que el objetivo final previsto al fundar lo que hoy día es el I.T.A.M. era "la creación de una Escuela de Economía de donde egresarán los futuros hombres que manejarían la economía tanto privada como pública de México". Lo lograron (64).

Es decir, al tiempo que el ala gubernamental de la sociedad opulenta mexicana aislaba y trituraba al cardenismo oficial, sus socios privados se dedicaron a preparar a las generaciones profesionales que ganaran el futuro, es decir nuestro propio tiempo. Que los protagonistas de esta estrategia eran los herederos de una línea antigua lo demuestran

(63) Supra, p. 542

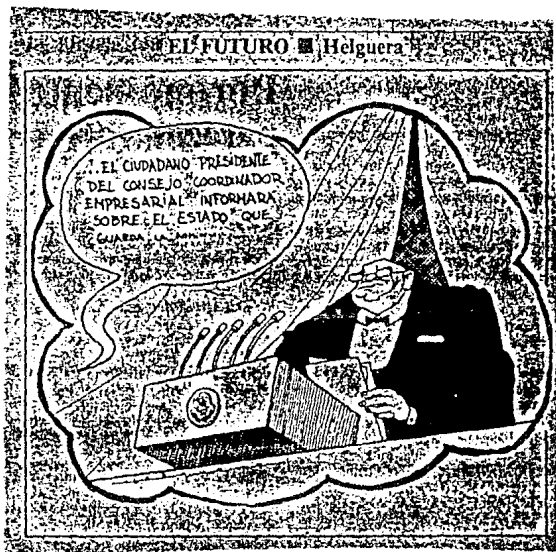
(64) Ibidem, p. 9.

desde los apellidos de sus líderes (Iturbide) hasta la presencia del general "revolucionario" Aarón Sáenz en el Consejo de Directores de la Asociación Mexicana de Cultura, A.C. y que el mismo expresidente Alemán se convirtiese en una de las principales cabezas del empresariado nacional en las décadas siguientes.

Algún egresado de la Escuela de Economía del I.T.A.M. comentó que no había opción frente al viraje a la derecha que el aparato Estatal llevó a cabo a fines de los años cuarenta. La alternativa, sin embargo, era viable. Prueba de ello era el temor del Estado Imperial norteamericano ante el posible avance del socialismo en el hemisferio y que identificara inmediatamente las tendencias nacionalistas de los países latinoamericanos con el "peligro comunista". En México, dicha tendencia estaba representada, pese a todas las ambigüedades, por el cardenismo y las ideas de Lombardo Toledano. Si no hubiera sido viable dicha alternativa, ¿por qué entonces atacarle con tal saña?

La opción popular de desarrollo ha sido viable prácticamente en cada etapa de la historia latinoamericana, y por supuesto, de la mexicana. Robert Bolt, en su guión para la película "La Misión" pone en boca de los terratenientes paraguayos esta respuesta a la pregunta del Nuncio Papal encargado de decidir el destino de las grandes comunidades guaraníes

del siglo XVIII referente a por qué estaban los blancos tan interesados en destruirlas: "Precisamente porque son mejores que nuestras haciendas", le contestaron (65).



LA JORNADA, 2 de noviembre, 1989.

(65) "La misión" ("THE MISSION") Escrita por Robert Bolt. Producida por Fernando Chia y David Puttnam. Dirigida por Ronald Joffé. Warner Brothers Goldcrest y Kingsmere, 1986.

3.5. EL DESARROLLO ESTABILIZADOR.

3.5.1. El Aspecto Social.

Una vez que el cardenismo como opción viable de funcionamiento del Estado corporativo mexicano fue eliminada, el triángulo de la estabilidad nacional empezó a trabajar de manera uniforme y constante. Las premisas de ese trabajo serían similares en lo profundo a las que dirigieron los modelos de estabilidad previos en nuestra historia Estatal. En cuanto que la sociedad dual daba origen a un Estado de equilibrio, el gobierno de dicho Estado estaría llamado a preservar tanto el equilibrio, como la naturaleza dividida de la sociedad originaria.

Por lo mismo, el modelo de desarrollo social implementado por los gobiernos mexicanos a partir de 1946, tendió - a fortalecer las características de ambas partes de nuestra Nación.

Por una parte, es trascendente el acuerdo de 1945 para la reorganización de la Universidad Nacional, tomando en cuenta que el papel principal en la reproducción de los directivos Estatales estaría asignado a dicha institución. El acuerdo implicaba el fortalecimiento de la vida académica como una necesidad ante la excesiva politización sufrida en

la casa de estudios más importante del país. La estabilidad y seriedad de los estudios se sostuvieron como contrapartes, no de la mala organización o de la manipulación sufridas por la institución durante la década anterior, sino también frente a los conceptos de Democracia y participación de estudiantes y maestros como verdaderos rectores de la vida académica.

Por otra, es interesante que la identificación entre ineficiencia y libertades democráticas, se llevó de la vida académica universitaria a la buracracia Estatal alimentada por la nueva U.N.A.M.. Los profesionales que egresaron de ella, fueron formados en un concepto poco comprometido de crecimiento económico y prosperidad para un país que en realidad no conocían, pues planes de estudios, prácticas, perfiles profesionales e inclusive las instalaciones materiales se hicieron para crear la imagen de un México "moderno" y occidental.

El ejemplo universitario, puede ser la guía para definir el derrotero por el cual el régimen del luego llamado desarrollo estabilizador reafirmó una tendencia secular de la sociedad opulenta: su dependencia cultural respecto de Occidente. La maniobra era necesaria por varias razones: Mientras el sistema político debía aceptar el nacionalismo como contenido esencial de su discurso político y social, dicho nacionalismo podía ser llenado con diversos contenidos.

Miguel Alemán y sus sucesores identificaron el patriotismo con la idea del Progreso. Un progreso occidental y eminentemente injusto. Ello les acercaba, les identificaba, les confundió al fin, con el Porfirismo. Narciso Bassols y Jesús Silva Herzog lo denunciaron siempre.

Aparte, era necesario cerrar el puente que el cardenismo había creado entre la pequenoburguesía nacionalista y sus bases sociales en las clases medias urbanas, para unirle con la cultura popular y los ideales de la lucha por la Liberación. El ejemplo más acabado de lo peligroso que era ese puente era el mismo Cárdenas. Si el general había sido el creador del mecanismo de control social obrero y campesino, la lucha de su sexenio le había ido llevando a radicalizarse y a adoptar, en realidad, las tesis que al principio usara maquiavélicamente. Para fines de los cuarentas, Cárdenas es el "General Misionero" de Krauze, quien, reencontrando la senda del viejo franciscanismo popular, ya nunca tomaría parte importante en el juego político y poco a poco se iría separando de los gobiernos priistas, hasta denunciar al sistema todo en su llamado Testamento Político. Por lo mismo, los centros de enseñanza profesional sufrieron una reforma profunda para que quienes a ellos llegaran, salieran luego imbuidos de las ideas occidentalizadoras del progreso capitalista.

Al tiempo, el régimen cortó los canales de comunicación entre el poderoso nacionalismo popular de Abajo y las clases más poderosas y oligárquicas. De nuevo, era simple profilaxis. Aunque los de Arriba no se convertirían en "misioneros" como El Tata, su nacionalismo debía ser uno materialista y monetario, de manera que fuera compatible con la política de inserción económica del país en el área de influencia norteamericana. La dosis ya adquirida por la sociedad opulenta en cuanto a patriotismo se refería, era suficiente para asegurar al gobierno una base social fuerte, para sostener el modelo de economía cerrada y de sustitución de importaciones para industrializar el país. Mayores sentimientos nacionalistas, podían resultar contraproducentes al regresar simultáneamente al sistema de exportación de materias primas para la industria capitalista central, e inclusive, podían llevar a la peligrosa tendencia expansionista a mercados más débiles, como los centroamericanos, conducta que pondría en peligro las necesarias relaciones del régimen con los Estados Unidos.

Hacia Abajo, la política de manipulación y contención de las demandas sociales, fue ayudada por la distracción que resultó ser el proceso de industrialización. En el momento en que se cambiaban las bases de la economía nacional y los precios de las materias agrícolas se mantuvieron oficialmente bajos, para beneficiar el consumo popular en las urbes y mante-

ner salarios industriales bajos y el flujo de mano de obra nueva desde los ejidos empobrecidos, no había condiciones para la organización popular.

En el campo, la pobreza terminó con las expectativas de justicia agraria que la reforma cardenista había abierto. La negativa gubernamental a apoyar el modelo de producción colectiva, hizo aún menores los casos de comunidades agrarias prósperas, facilitando así el cambio de la política agrícola en beneficio de los pequeños y medianos propietarios. Con el retiro de apoyos económicos a la producción ejidal acabaron también las ayudas educativas y organizativas. Aunque la -consciencia ganada respecto de la instrucción y del papel del maestro rural no se perdió, los apuros económicos cada vez mayores reducirían sensiblemente el ritmo de adelanto académico e ideológico o de plano lo detuvieron. El abandono de los trabajos de organización agraria y la necesidad de mantener a la C.N.C. como parte del sistema corporativo, llevaron a la perpetuación de líderes en los ejidos y comunidades y en las ligas de los estados, formando de nuevo una clase privilegiada en la sociedad de Abajo rural. Con ellos se llevarían a cabo pactos y componendas, mediatizando definitivamente a las bases.

En las industrias, el control sindical se fortaleció hasta el punto que Lombardo Misao (quien también había ido

acercándose, como Cárdenas, a la comprensión real de los de Abajo) fue eliminado de la dirección ceterista y presionado para abandonar el Partido de la Revolución, ahora llamado Revolucionario Institucional (P.R.I.). El retroceso hacia adentro de la C.T.M. se completó con una embestida del gobierno contra la central: en el reacomodo partidista, ella no sería el único representante obrero. Se admitió a otras varias centrales y sindicatos independientes de industria para formar el sector obrero. Ello llevó a una serie de pugnas entre dirigentes que sólo los alejó más de sus bases y los amarró más al sistema de prebendas personales que el Estado implementó para sustituir las concesiones sociales reales.

La industrialización, por su parte, devastó los campos fomentando la emigración, donde los precios de alimentos, vivienda y educación popular eran subsidiados artificialmente, impidiendo la organización campesina contra las nuevas traiciones del grupo en el poder. En las ciudades el nuevo ejército de reserva era una mina de obreros desorganizados y una garantía de bajo precio al trabajo vivo que nuestro naciente capitalismo requería entonces. Los sindicatos dejaron de crecer, mientras sus líderes peleaban por curules y candidaturas para puestos electorales. Los que se formaron aprovecharon la falta de experiencia laboral de los inmigrantes y formaban fácilmente burocracias charras.

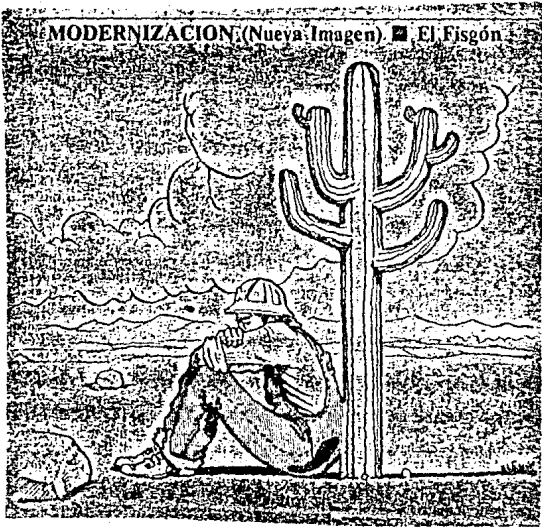
En estas condiciones, el desarrollo de la consciencia popular tenía que regresar a sus mecanismos tradicionales y subterráneos. Como ya no era posible contar con un sistema de educación popular y con intelectuales entusiasmados en las tareas populares, que permitieran la formación académica de una ideología y la aceleración de la conscientización, de nuevo se recurrió a los sistemas no-académicos, a la experimentación social empírica y a la racionalización popular de las lecciones de cada experiencia. Si lo mexicano había empezado a expresarse en términos académicos y "racionales" para la forma occidental de pensar en los años veintes y treintaes, la sabiduría popular regresa a partir de los cuarentas a su tradicional envoltura de leyendas, anécdotas, tradiciones seculares, corridos, chistes, etc. Monsiváis es uno de los intelectuales que mejor han incursionado en ese México, más mitológico que "racional".

Esta situación permitiría el control del gobierno sobre un pueblo que no manejaba los conceptos e ideas que aquél usaba, para dirigir el país y podía ser manejado arbitrariamente.

Los mecanismos que menciono, se elaboraron para lograr la perpetuación del sistema dual, incentivando la tendencia de separación en los caminos culturales de ambas sociedades mexicanas.

Cuando alguno de los actores sociales se salía de los marcos de dicha política, fue reprimido. Los casos de los petroleros, cuyos centros de trabajo fueron allanados por el ejército desde los años cuarentas; de los ferrocarrileros reprimidos a fines de los cincuentas, del movimiento médico de principios de los sesentas, responden a esta lógica. El primero, que se inició por la exigencia de mejoras salariales en contra de los topes impuestos "por la guerra", parecía una clásica represión hasta que luego de la ocupación militar de las instalaciones de PEMEX, la dirigencia fue sustituida por una nueva y sumisa y el problema desapareció. El asunto ferrocarrilero fue más esclarecedor: más que un conflicto económico, se trataba de la pugna intersindical entre una dirigencia sumisa y otra rebelde al gobierno. Al ganar esta esta última la dirección sindical, la Administración López Mateos llevó las cosas al terreno de la confrontación para luego arrestar a los líderes revoltosos y enjuiciarlos por tratar de derrocar al régimen en una "conjura comunista". Los Médicos también pecaron de "indisciplina".

Lo interesante es que la mecha de los problemas obreros del desarrollo estabilizador haya sido la organización sindical más que los demandas económicas. Ello se explica por el bajo precio real del trabajo vivo en el mercado nacional de entonces. Demasiados obreros potenciales eran el equivalen-



LA JORNADA, 6 de septiembre de 1989.

te a bajos salarios para cada uno. Por otra parte el crecimiento real de la economía (que conformaría en los sesentas "el milagro mexicano") aumentó los niveles de vida de la mayoría, aunque no su proporción en el consumo del ingreso nacional. La pobreza rural fue el punto de partida de los de Abajo. Alcanzaron la vida proletaria urbana. El de los de Arriba fue la opulencia, su destino era la inserción social en la nueva oligarquía latinoamericana, satélite de los Estados Unidos. Es decir, la proporción que cada uno de los dos Méxicos recibía del pastel social era la misma. Pero cada cual aumentó su nivel de vida, claro.

3.5.2. EL ASPECTO ECONOMICO.

Mientras la Nación soñada por el Estado corporativo cardenista era minera, agrícola e industrial a terceras partes, el modelo desarrollista de sus sucesores era casi netamente industrial. En ello se refleja la manera como los burgueses mexicanos se cobraron el momento de debilidad que con obregonistas primero y cardenistas después tuvieron de pasar: éstos les habían ofrecido las mieles de una industrialización capitalista en exclusiva, así que a ello pasaron al ver que el sistema latifundista no regresaría más.

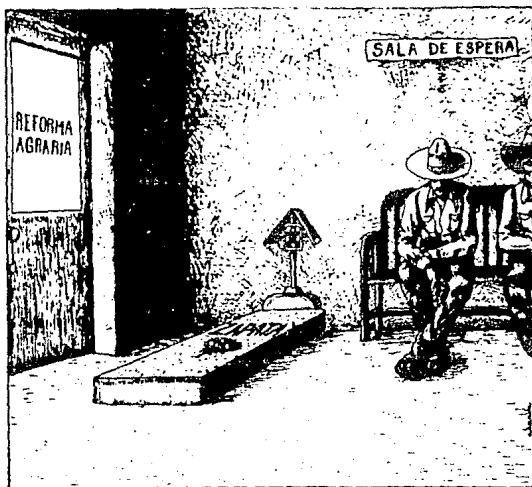
Aunque no hubo una planeación congruente que llevara

el hilo de las políticas de los sexenios de 1946 a 1970, algunas líneas se manifestaron constantes: apoyo a las industrias por medio de un subsidio a los costos de la mano de obra apoyado en el sacrificio de los sectores menos desarrollados del campo; un gasto público balanceado y bien administrado, libre de los gastos fuertes que las expropiaciones revolucionarias trajeron; una política de amistad con los centros internacionales del capitalismo para aumentar así el "crédito de la Nación" que tanto defendía Díaz.

Por los mismo, el medio rural sólo se desarrolló de manera eficiente cuando los cultivos eran para la exportación o cuando los productores eran pequeños, medianos o grandes propietarios que no significaran peligros sociales al prosperar.

La industrialización se basaba en el modelo de sustitución de importaciones que favorecía al empresario nacional asegurándole un mercado cautivo y la protección gubernamental contra la competencia imperialista. En las áreas en que la ausencia de tecnología o de capitalistas mexicanos dedicados a una rama de la producción lo justificaron, el gobierno fomentó las inversiones extranjeras en la ya probada estrategia de "sociedad" con capitales nacionales. La confianza internacional y especialmente la norteamericana, se recuperó con esta actitud y con la paulatina derechización del régimen y la

ANIVERSARIO DEL MERO JEFE ■ Ahumada



LA JORNADA, 9 de abril de 1989.

exclusión de los sectores progresistas, que poco a poco, habían dado origen a una izquierda oficial más o menos bien definida. El mercado financiero se abrió en consecuencia y con él, el margen de maniobra política del gobierno cuando fue necesario hacer concesiones sociales, normalmente costosas.

3.5.3. EL ASPECTO POLITICO

3.5.3.a. El Interior.

Ya mencioné el proceso de aislamiento de la izquierda mexicana al generarse las condiciones del Desarrollo Estabilizador. Durante éste, el papel de la que fuera izquierda oficial fue el de presentar, al lado del P.A.N., una "leal oposición electoral" al gobierno y su Partido de Estado, el P.R.I. Para ello se usó el Partido Popular, luego llamado Partido Popular Socialista, formado por Lombardo para presentar oposición radical al sistema que le había traicionado a fines de los cuarentas. En él se unificaron, en principio, muchos de los radicales que habían dado dirección al cardenismo en el período 1934-1940. Ahora estaban más ciertos de lo que habían hecho y algunos sabían más o menos que hacer. Entre ellos, Bassols propugnó por la total independencia del gobierno y el establecimiento de vínculos con los sindicatos rebeldes que aun resistían en el período alemanista al gobierno. Sin

embargo, Lombardo prefirió no enfrentar al presidente y abandonó a su suerte a varios sindicatos y movimientos que confiaron en encontrar en el nuevo partido un apoyo efectivo para su posición sindical independiente. El ejemplo más cruel de ello fue el del movimiento huelguístico de Nueva Rosita en Coahuila. En ése momento, la opción de una oposición que disputara con el P.R.I. las alianzas concretas con la sociedad, hubiera hecho al desarrollo estabilizador un período más democrático, pero la cultura de negociaciones con la administración de Lombardo y otros era todavía mayor que su acercamiento al pueblo.

En ésas condiciones, el esquema fundamental de la estabilidad política: la unión partidista de las representaciones sociales y el gobierno en el seno del P.R.I. no se rompió. Sólo las desaveniencias personales importaron algo. En la elección de 1946 Ezequiel Padilla se lanzó como candidato independiente a la derecha de Alemán! luego de ser precandidato oficial. En 1952, un desgajamiento, ahora a la izquierda, tuvo como cabeza al general Henríquez y pareció que incluso el mismo Lázaro Cárdenas apoyaba la candidatura. Henríquez, sin embargo, no era un hombre de la valía para llevar a cabo un viraje progresista y aunque le rodearon personas sinceras y decididas, el apoyo del expresidente michoacano probablemente sólo habría causado una división política más grave y abierto

lo posibilidad de una infiltración peligrosa de los intereses norteamericanos en nuestros asuntos. Ahora bien, como la división sería sólo política y el aparato de equilibrio social seguiría en manos del P.R.I. lo más seguro es que la dinámica que el apoyo definitivo de Cárdenas a Henríquez hubiera provocado sería la de una alternancia entre regímenes populistas y otros rabiosamente populistas, sin que el desarrollo económico real de nuestra economía se diera, por falta de condiciones políticas de seguridad.

3.5.3.b. El Exterior.

Como el capital político y de legitimidad heredado por el cardenismo al desarrollo estabilizador era muy grande, no hubo problemas cuando la política norteamericana posterior a la Segunda Guerra recapituló y aumentó su influencia en el hemisferio. Los países más débiles del área, como los centroamericanos, fueron puestos casi en el nivel de protectores y la influencia cultural de esa condición aún es posible percibirlos hoy día al visitarlos. México logró resistir el nuevo embate por la fortaleza social que el pacto político cardenista daba al régimen y por las condiciones que había heredado la Revolución a cada una de las dos sociedades.

Sin embargo, la política exterior, global y valiente

del cardenismo era (como hoy) una piedra en los imperiales zapatos del Tío Sam. Implicaba la creación de un área de influencia mexicana en el Caribe o en Centroamérica, zonas cercanas política y socialmente a las luchas populares mexicanas. Por lo mismo, el régimen replegó sus horizontes y pasó de las aventuras cardenistas en Abisinia y España a una defensa, muchas veces aislacionista, del país.

Ello obedecía a no molestar al Imperio y, por lo mismo, obtener de él favores.

Ya se habló de las ventajas que la confianza internacional trajo al "buen crédito" de la Patria. Ahora bien, el poder norteamericano fue asimismo un aliado en la lucha contra el resto político del Cardenismo: Lombardo y la C.T.M. que dirigía. El líder poblano había formado una central latinoamericana que coordinaba la lucha proletaria en el hemisferio en colaboración con organizaciones progresistas norteamericanas en el norte, legados del New Deal rooseveltiano. Cuando la lucha antifascista se convirtió en anticomunista, los norteamericanos y los alemanistas encontraron un enemigo común en ese bloque. Mientras el imperialismo desmanteló en todo el continente la organización lombardista-"comunista", dejaba al líder de la C.T.M. sin apoyos internacionales y aislado en México. En esas condiciones Fidel Velázquez se hizo amo de la central mexicana y Lombardo salió para siempre "del

presupuesto". El macartismo norteamericano en México tuvo en ello su expresión más importante, trasfondo de la campaña anticomunista que desató en toda la América Nuestra.

El asunto cubano rompió en parte la tendencia esbozada arriba. En cuanto que la realidad de opresión en Cuba era similar a la mexicana y que la hermandad de raza y cultura nos unía, el régimen no pudo evitar que fuera de Tampico de donde saliera el Granma ni que Cárdenas protegiera a los guerrilleros que liberarían la isla. Al triunfo de la Revolución Cubana, sus características eran tan parecidas a la nuestra que el gobierno no podía apoyar la condena pública que promovió el Imperio sin deslegitimarse o renunciar a su propia fachada revolucionaria.

Podía el presidente López Mateos detener a Lázaro Cárdenas que salía a defender Bahía de Cochinos al lado de Castro y su pueblo, pero no sumarse al bloqueo que vino. Pudo permitir que el argumento de la O.E.A. para expulsar a la Isla de su seno fuera sugerido por nuestro Embajador en la reunión de Uruguay, pero no que ello se supiera en México.

En cualquier caso, se manejó la situación con habilidad. Por una parte se acusó al radicalismo del general Cárdenas de poner en peligro los intereses nacionales y se aisló

mas a su tendencia, pero por otro se pregonó a los cuatro vientos (nacionales, claro) la autonomía mexicana respecto de la política yanqui y nuestra solidaridad con "Cuba Libre".

Fué la obra maestra de la manipulación de la política exterior y la única ocasión en el período en que México decidió ser protagonista de su papel en el mundo en varias décadas.

Para suerte de nuestro decoro nacional, otros pueblos hermanos se han ido levantando y triunfando, obligando con ello al gobierno a manifestarse respecto de sus luchas y ayudan así a clarificar su verdadera posición y el margen real de maniobra que tiene frente a nuestro pueblo, quien en verdad sabe que su lucha no es sólo suya, sino de una Patria, de una Nación, mucho mas ancha.

3.6. 1968: SE DERRUMBA EL ESPEJISMO. LA SOCIEDAD DUAL REAPARECE.

El problema esencial mexicano, como vimos arriba, no se resolvió por medio del corporativismo, sino que se congeló, por así decirlo, esperando el futuro para encontrar su solución o una nueva ruptura. Sin embargo, las contradicciones sociales fueron aflorando en el esquema desarrollista mexicano, según que la cúpula gubernamental se identificaba con mayor

claridad con los intereses empresariales, y que los cuadros obreros se iban separando, por razón de su unión indisoluble con los gobernantes, de sus bases, empujaron al régimen hacia actitudes cada vez menos tolerantes. De hecho, también influyó en esta evolución la creciente dureza de la política norteamericana en el hemisferio contra cualquier movimiento de Liberación Nacional. Los gobiernos mexicanos, aún dotados de una mayor autonomía que el resto de los regímenes latinoamericanos, no podían ignorar las presiones norteamericanas y siempre escogieron el menor de los males, de tal manera que muchas veces cedieron y mostraron una dura política frente a los disidentes.

Lo que en verdad es sorprendente, es la flexibilidad que la organización corporativa comunicó a los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz en más de una ocasión. Les permitió tomar actitudes francamente progresistas que contrarrestaron en forma eficaz los excesos que los intereses económicos en juego les obligaban a cometer en el campo de lo social. El Estado corporativo seguía siendo un lugar seguro en el cual la sociedad podía mantener su relación y evitar mayores males para la mayoría. De esta manera, para los años sesentas los proletarios no podían olvidar la indignidad y humillación que habían sufrido a manos de los gobernantes, pero tampoco podían negar que sus niveles de vida hubieran aumentado notablemente y que sus oportunidades de educación y salud se habían

multiplado de manera sorprendente. En fin, su misma conciencia histórica del ya lejano proceso revolucionario les revelaba que si bien la Revolución no había aún cumplido sus promesas, éstas seguían siendo viables y que en cualquier caso era mejor buscarlas no sólo pacíficamente, sino dentro de los mismos cauces corporativos institucionales.

Probablemente el más oscuro transfondo de la política del desarrollo estabilizador haya sido el conocimiento de que en verdad no se pretendía mejorar los niveles de participación y distribución en el poder o la economía de los mexicanos. Los avances sociales se debían a que era mayor el ingreso a repartir entre las dos sociedades mexicanas, por lo que obviamente a cada una le correspondía mayor ingreso cuantitativamente. Así, en realidad no eran avances sociales, sino simple crecimiento nacional, sin mejor (ni peor) distribución del ingreso. Este era el quid del desarrollo estabilizador que el autor Enrique Padilla Alarcón llama "desarrollo con pobreza" (66). De ello se desprende que el mayor secreto de Estado será la diferenciación social. Por lo mismo, el Estado debe dar siempre la cara revolucionaria, de austeridad republicana, de sobriedad, de alejamiento conspicuo de los círculos sociales de la alta sociedad mexicana, procurando

(66) Padilla Alarcón, Enrique. "México, Desarrollo con Pobreza". SXXI, 1969. P. 1-3.

que sus entrevistas públicas con los señores empresarios sean siempre el reflejo claro de una "tenaz y patriótica resistencia a las tendencias retrógradas".

. Tal vez por ello, las vidas privadas de los políticos de la época son tan interesantes para sus contemporáneos. Eran verdaderamente privadas, ya que su inoportuna publicidad - podría manifestar su cercanía poco conocida a los círculos "mas reaccionarios" del capital privado.

Por otro lado, tampoco son conocidas las condiciones de vida de las masas marginadas y desorganizadas en el campo y la ciudad. De esta manera, la aparición de ciudades perdidas en las grandes capitales de soslaya con la construcción y publicidad de museos, plazas, monumentos y estadios. Mientras en los Estados Unidos el movimiento chicano toma caracteres radicales, de este lado de la frontera no sólo se ignora la lucha del hermano, sino que se pretende enterrar la estrecha unión de ese problema con las condiciones de un campo mexicano exaccionado por la urbanización.

1968 significó ruptura por dos razones primordiales, dado que mostró en toda su bestialidad y estupidez la cerrazón autoritaria del régimen, al no tener éste conjuras comunistas en sindicatos o principios de seguridad nacional que aducir

para reprimir a jóvenes universitarios y politécnicos, por un lado. Por el otro, el proceso de conscientización realizado so pretexto del movimiento estudiantil, abrió los ojos de la sociedad a las profundas contradicciones del país. Hizo que todos comprendieran lo que era cierto desde hacía treinta años: México había crecido, pero no había cambiado.

Sin embargo, a todo ésto ayudó un último factor: Aunque esencialmente la sociedad mexicana era la misma en 1968 que en 1940, con dos mercados totalmente distintos, uno de primer mundo industrializado y otro paupérrimo y de subsistencia, con dos sociedades distanciadas por gravísimas diferencias económicas, culturales y psicológicas. Pese a ello, la manera en que estas diferencias se presentaban y el escenario en que se daban eran distintos. México era ya un país mayoritariamente urbano. El nivel educacional de los de abajo era de primaria, muy superior al de hacía un siglo (aunque igualmente distante del nivel de postgraduado internacional que podía alcanzar la sociedad opulenta mexicana). Esta sociedad tenía necesidades que el sistema corporativo no podía solucionar porque cuando nació no existían. El sistema reorganizó México, lo transformó en ese sentido y se volvió así mismo inoperante.

Así, la sociedad sólo creció pero la separación socio-económica entre los diversos sectores permaneció igual. El

proceso continuado de mestizaje racial impidió que fuera clara esta permanencia del viejo sistema "de las dos repúblicas", pues ahora, los miembros de ambas eran de una manera u otra mestizos. La consolidación de una cultura nacional propia y el rompimiento de los costos culturales de los de Arriba, ayudaba también a aparentar el abandono de la división social colonial. Los criollos bailaban ahora la Bamba, o vestían a sus hijas con coloridos trajes regionales, mismas actitudes que sus abuelos habrían condenado por ser propias de "pelados". Hoy en día, aún podemos encontrar posadas tradicionales mexicanas en las cuales los antojitos se sirven en platonos de plata de Taxco y en las que los regalos que caen de la piñata representan, cada uno, muchos salarios mínimos de los trabajadores del dueño de la casa. Los dos mestizajes, el racial y el cultural, ayudaron a pensar que, al fin, se había resuelto el viejo dilema social, cuando de hecho, lo único que realmente funcionaba era un aparato corporativo capaz de mantener dentro del sistema burocrático del gobierno y los sindicatos, las luchas y demandas sociales de los de Abajo. Y estos procesos no han terminado aún hoy, falta mucho camino en la consolidación de la Raza Cósmica vasconceliana. Mientras haya prejuicios por el tono de la piel y el modo de ser cultural, no será posible hablar estrictamente de una sola Nación mexicana... a lo más, de un sólido y estable Estado corporativo que mantiene en paz el proceso que lleva a esa añorada y esperada Nación.

En 1968, fué evidente pues, que aunque la relación de trabajo y explotación del mismo se mantenían esencialmente iguales, sus manifestaciones eran distintas y los caminos de reconciliación y cooptación eran ya ineficientes, dejando cada vez más gente "afuera" y por lo mismo, sin posibilidad siquiera de plantear al "gran componedor" nacional (el gobierno), sus necesidades y reclamos.

Eran nuevos grupos de obreros, técnicamente capacitados por las grandes compañías armadoras de automóviles como la Volkswagen, aviadores, burócratas, empleados de paraestatales, todos con el común denominador de una preparación técnica y a veces humanista muy por arriba del promedio obrero nacional. Nuevos núcleos de campesinos que pese a las dificultades y falta de apoyos habían logrado construir ciertas bases económicas que les permitían mayor educación. Y un muy respetable número de estudiantes que engrosaban las filas de instituciones de educación superior usadas por el Estado para abrir expectativas de mejoramiento social a una nueva y grande población urbana. El aumento de la información económica y política al alcance de la población en las grandes ciudades, realizada por la explosión de la industria televisiva y de la radiofónica, que crearon una modesta pero muy crítica opinión pública. Este nuevo México de los años sesentas fué el que se encontró de pronto con que no tenía espacio asignado en el aparato de decisión corporativa.

Lo peor era que el mismo instrumental del aparato Estatal era inadecuado para aglutinarlos. Hay evidencias fundamentadas de que el gobierno procuró alinear a los estudiantes por medio de organismos cooptados como el MURO en las mismas vísperas del gran movimiento de protesta del año de la olimpiada mexicana. El problema fué que el orden lineal y rígido a que estaban acostumbrados buena parte de los obreros sindicalizados y que permitía el charrismo (aunque también la fuerza de algunos sindicatos, como el petrolero, residía en esa rigidez), ese orden era de por sí ajeno a la mentalidad universitaria, muy por arriba del promedio de conscientización y análisis de la sociedad en general y que por ello mismo, exigía de las organizaciones que pretendían aglutinarles el nivel mínimo de iguales y coordinadores, pero nunca el de "líderes" a la vieja usanza. La falta de disciplina de los estudiantes llevó a diversas advertencias institucionales en el mismo año de 1968, para evitar que los jóvenes desbordaran a los organismos que tenían como fin usar la fuerza universitaria para apoyar cierta candidatura a la presidencia nacional (67). Pero esas acciones lo único que hicieron fué que los muchachos salieran del aparato y se enfrentaran a él.

El resto, fué la cadena de incomprensiones y arrogancias de parte de los autócratas y el fin, la necesaria matanza.

(67) Poniatowska, Elena. "La Noche de Tlatelolco". Era, México, D.F., 1971.

Aquél dicho gubernamental de "estar fuera del presupuesto es vivir en el error", probablemente tenga tras de sí una mucho más grande connotación que la secular corrupción mexicana. De hecho, señala la esencia corporativa del Estado mexicano del siglo XX. Nos indica con claridad que aquéllo que no haya entrado en la esfera de las alianzas, pactos y organizaciones no es parte del Estado, ni aún de la Nación. Esta era la visión que llevó al gobierno a utilizar la represión contra los estudiantes en Tlatelolco. Lugar legendario, venero de las etapas más crueles de nuestra historia: ahí se segó el ideal autonomista de los tlatelolka, ahí sucumbieron después los tenochka frente a Castilla. Ahí se hundió en sangre el espejismo del corporativismo mexicano.

No pudiendo comprender una nueva estructura ajena a su organización, el Estado prefirió eliminarla materialmente y recurrió al asesinato. Pero el crimen no quedó impune, de hecho, no podía ser olvidado porque los estudiantes sólo eran la organización naciente más beligerante, no la única. La protesta juvenil estalló porque sus protagonistas eran los más inestables de los recién llegados a la organización social mexicana. También eran los más libres, pues su educación y condición social les permitían el lujo de ser más radicales en cuanto que no debían de mantener, por regla general, ni casa, ni familia, ni luchar permanentemente contra un patrón

explotador que les desgastara cada día. Pero no eran los únicos.

Ya los movimientos ferrocarrilero y médico habían dado la señal de las características de lucha de los nuevos elementos sociales que el desarrollo había provocado. Esos nuevos grupos sindicales y urbanos siguieron organizándose después del aparente acallamiento de los primeros movimientos y en 1968 fueron los que retomaron de inmediato la lección de Tlatelolco: el Estado había dejado de ser el gran compenedor de la realidad social. Su estructura se había agotado y no podía recibir a más miembros en la declinante Familia Revolucionaria. Sus métodos caciquiles eran no sólo inaceptables, sino inútiles en el nuevo contexto, dado que la nueva urbanidad exigía por sobre todo participación directa. Tres décadas de estabilidad habían provocado la añoranza del "estrechamiento democrático" (68). La sociedad empezó a andar los ya olvidados caminos de la organización con dos grandes ventajas: Que el endurecimiento Estatal de 1968 marcaba claramente el límite superior de toda organización, por el momento, y enseñó al pueblo a ser cauto y sereno. Y que, alejados de todo aventurerismo por las mismas causas, se empezó desde donde se debía, desde Abajo.

(68) Reyes Herloes, Federico. "Sencillez de la Democracia", - Vuelta 140, p. 26, México, D.F., julio de 1988.

APRENDIENDO ■ Ahumada



LA JORNADA , 15 de marzo, 1989.

3.7. 1970-1982: BANDAZOS DE UN VIEJO GOBIERNO EN UNA NUEVA SOCIEDAD.

El fenómeno de la falta de control sobre nuevos e importantes sectores nacionales no fue ignorado por el gobierno de la República. Por el contrario, los cambios fueron percibidos y se intentó afrontarlos de manera que no causaran de nuevo rupturas. La movilización popular se replegó a los niveles más bajos de la sociedad y siguió su labor, pero los cuadros dirigentes de muchas de las organizaciones extra-estatales quedaron en el campo político o en la cárcel. El gobierno debía darles a ellos una solución inmediata que no evidenciara aún más el autoritarismo secular del sistema. Por otra parte, debía encontrar medios para ligar a las nuevas clases que habían aparecido, antes de que se organizaran por sí mismas y se le enfrentaran.

El primer paso fue la reparación de los daños causados por la represión. Esto alivió las tensiones, pero también equivalía a una confesión doble; de que el autoritarismo era un vicio real del gobierno y de que era por sí mismo malo. La confesión implicaba una grave concesión: se renunciaba al uso autoritario de la fuerza, por lo menos a la luz del día. Ello no impidió al régimen reprimir a grupos subversivos y guerrilleros que no aceptaban ninguna concesión y exigían el cambio total y rápido, pero estas acciones siempre

debieron realizarse en la sombra y alejadas de los medios de comunicación. De hecho, cuando en 1975 el gobernador Bierbrich de Sonora ordenó la represión de ejidatarios posesionados de tierras en San Ignacio Río Muerto, Sonora, el gobierno federal lo hizo caer e inició el reparto agrario masivo en el Valle del Yanqui. Así, el reconocimiento del error de 1968 ataba las manos al gobierno frente a las demandas populares esenciales y le recortaba el campo de maniobra frente a los empresarios y grandes propietarios, quienes de inmediato reaccionaron oponiéndose al "comunismo" echeverrista (69).

Otra medida fue "abrir" espacios de cooperación dentro de la administración federal. La idea era que para incluir a nuevos usufructuarios del presupuesto se requería aumentar el presupuesto. La multiplicación de organismos nuevos y la expansión de las burocracias ya existentes fue la consecuencia directa de esta política. El problema era que el modelo de desarrollo, basado durante treinta años en la sustitución de importaciones y la protección a la industria nacional estaba agotándose, pues México se aislaba de la explosión tecnológica que ocurría en el mundo y mantenía ligas comerciales sólidas sólo con los Estados Unidos, quedando al margen de

(69) García Ibarra, Abraham "Los bárbaros del Norte. La Contra Mexicana" Comunicación Meridiana. Culiacán, Sinaloa, 1988. pág. 10 y 11.

los tratos con las economías europea y japonesa en expansión.

En esas circunstancias, las industrias mexicanas estaban limitadas por el proteccionismo que las había hecho prosperar en otros tiempos, pues resultaban incapaces de satisfacer en cantidad y calidad las demandas de una muy crecida población con una infraestructura caduca y técnicas viejas. Por lo mismo, muchas empezaron a quedar en crisis y al borde de la desaparición. El gobierno federal solía entrar al rescate en ese momento "para mantener las fuentes de empleo" y compraba la empresa fracasada. El beneficio era mutuo, pues al tiempo que la administración evitaba un grupo de desocupados inconformes, podía usar su reciente compra para proseguir su política de ampliación burocrática, que captaba a otros inconformes; el empresario obtenía mucho más de lo que hubiera podido recuperar en la quiebra. Sin embargo, engendró dos nuevos problemas que aún hoy en día tienen consecuencia: por parte del gobierno se hacía más difícil mantener una política administrativa coherente, por la multitud de nuevos intereses empresariales y comerciales que el régimen atraía con la expansión de su sector descentralizado, lo que hizo aumentar peligrosamente los costos de la administración del país; por parte de los empresarios que no tenían problemas graves de sobrevivencia, apareció el temor respecto de la peligrosamente grande presencia Estatal en campos que hasta entonces

habían sido coto exclusivo de los capitalistas mexicanos. Para ellos, la administración del presidente Echeverría traicionaba el pacto corporativo al rebasar la frontera de acción de su grupo.

La tercera medida tomada para aliviar las tensiones estuvo vertebrada alrededor de una "Apertura Democrática". Esta apertura tuvo como primer paso la liberación de los reos políticos más importantes y la supresión de algunos delitos políticos que por su ambigua reglamentación, habían permitido al régimen encarcelar a muchos luchadores sociales. Los recién liberados se dedicaron a la organización de nuevos partidos y a la preparación de cuadros en las universidades. En los centros de educación superior se lavaron las ofensas recientes por medio de reformas progresistas y de una reorganización popular de la Universidad Nacional bajo el rectorado de Pablo González Casanova. Sin embargo, el experimento de este Rector fué suprimido por un grupo "izquierdista", apoyado, al parecer, por el mismo gobierno. Lo que quedó de las medidas fue la apariencia, haciendo presa a la U.N.A.M. del populismo y campo donde el aumento presupuestal ampliaba la matrícula y reducía la calidad de la enseñanza. Así el gobierno aparentaba progresismo educativo, daba oportunidades profesionales a jóvenes que no encontraban empleo y al mismo tiempo impedía la formación de ideas coherentes que pudieran representar un peligro

a la estabilidad o una crítica académica seria a sus acciones. Sin embargo, de nuevo, los costos eran enormes y las apariencias "cuasi-comunistas" asustaban al sector empresarial.

Por último, el Estado reorganizó los sectores sociales más olvidados durante el Desarrollo Estabilizador. La creación de la Central Campesina Independiente tuvo dos objetivos. Uno interior, que fué provocar la indispensable movilidad de los cuadros de dirigencia campesina, esclerotizados por treinta años. La consecuencia fue la desecada, pero con un problema: despertó los anhelos campesinos de organización independiente, dado que la misma C.C.I. señaló los caminos que ésta debía tomar para rebasar las estructuras agrarias gobiernistas de la C.N.C. En aquellos años surgen modestos gérmenes de lo que en nuestros días son poderosas centrales independientes en regiones como el Istmo, Chiapas y Veracruz. El objetivo exterior fué aglutinar alrededor de la nueva central oficial a los grupos descontentos y modernos que habían florecido fuera de la C.N.C. En gran medida esta meta fue alcanzada, pero el problema de la subsiguiente burocratización fué inevitable. Al fin del sexenio, la C.C.I. era sólo una agencia más del gobierno, con problemas muy similares a los de la C.N.C. y que, sin embargo, provocaba tensiones continuas hacia dentro del sistema, por tener las dos corporaciones el mismo campo de actividad. Los empresarios, por el otro lado, sólo encontraban confirmados sus temores acerca de la

"chilenización" del país en las acciones populistas del gobierno y en los inevitables repartos agrarios que la "autodesestabilización" del sistema provocó hacia finales de la Administración.

Como podemos ver, la idea central de el esfuerzo echeverrista se centró en la ampliación de la estructura corporativa por medio de dos ideas esenciales: primero, la ampliación del aparato burocrático central y descentralizado. Segundo, la creación de nuevas corporaciones en las áreas donde la esclerosis del sistema fuera insuperable. El resultado común de las dos políticas fué el aumento incontrolable del presupuesto federal, ya que las acciones estaban ligadas a un aumento importante del Gasto Público. Los nuevos departamentos, comisiones y secretarías de Estado requerían realizar obras de beneficio social, las nuevas empresas descentralizadas necesitaban fuertes ayudas para nivelar sus cuentas, y las nuevas corporaciones significaban nuevas demandas populares y caciquiles que el Estado estaba comprometido a cumplir.

Hubo, con todo, una consecuencia no tan problemática y en ése tiempo no tan importante: se inició la profesionalización seria de la Administración Federal. Su origen era la necesidad urgente de manejar aceptablemente bien un gran aparato Estatal. Para ello, se cooptó a profesionista de muy alta calidad en campos especializados, especialmente económicos. Este fenómeno vino a reforzar una tendencia observada

desde el régimen de Miguel Alemán, cuando se presentó la "invasión de los licenciados" en la administración, pero que nunca había cambiado inicialmente el modo de hacer política corporativa. Ahora, los recién llegados eran demasiado efficientistas como para cumplir con los rituales de iniciación en la estructura partidista del P.R.I. o sus sectores. Por otro lado, no lo necesitaban, la cúpula gobernante los requería con carácter de urgencia en la Administración Pública que necesitaba controlar y ahí fué a donde los mandó. Doce años después, los políticos dependerían definitivamente de estos técnicos convertidos en tecnócratas.

Pero por el momento, el nuevo modelo de equilibrio nacional demostraba por sí mismo su ineficiencia. Los nuevos sectores aglutinados en la estructura política encontraron que sus demandas más importantes eran permanentemente relegadas y manipuladas por el gobierno sólo con afán demagógico. La teoría de que el Estado debía ser la fuerza motora indispensable, planteada por el entonces Secretario del Trabajo Porfirio Muñoz Ledo, pronto provocó inconformidades en los jóvenes que habían sido cooptados con el ofrecimiento de un verdadero cambio social.

Los antiguos grupos de dirigentes encontraban en la nueva política de aglutinación una amenaza constante para el monopolio que disfrutaban en las corporaciones tradicionales

y pusieron todos los obstáculos posibles para que las nuevas centrales obreras y campesinas no superaran los vicios de una dirigencia burocratizada. La supervivencia del nuevo charrismo consistió en promover la aparición de nuevos charros en las nuevas organizaciones.

La sociedad en general, por su parte, aprovechó los beneficios que en materia de libertad de expresión y organización permitía la renovación corporativa. Pero nunca creyó en la sinceridad del gobierno de Luis Echeverría, quien por siempre, sería la figura oscura de la represión de 1968 (70). Los nuevos actos represivos confirmaban en el ánimo popular esta idea: la acción del 10 de junio de 1971, la represión armada en Guerrero, el creciente militarismo en Oaxaca, etc. Que el Estado entendido. La Universidad obviamente, fué el centro en el cual mas clara se mantuvo esta idea, tomando en cuenta su papel protagónico en la tragedia de 1968 y el hecho de que el populismo sólo sirvió para aumentar insolentemente el tamaño e influencia de su propia burocracia.

Fuera del aparato corporativo gubernamental, los empresarios encontraron más temprano que tarde el hecho de que el gobierno busca sin éxito reorganizarse. El peligro de una izquierdización como producto de esta búsqueda era muy claro en 1970-76, cuando la Administración tuvo al fin

(70) Jean-Francois Desessard. "Mexique-l'envers du décor". Revolution Française, No. 329, 26 de junio, 1986.

que pasar a los hechos, y hacer justicia con varios grupos campesinos en Sonora. La política de solidaridad latinoamericana de Luis Echeverría por su parte, escamaba aún más a los capitalistas, pese a que fuese sólo para consumo popular y nacional. Es revelador, en este contexto que la formación del Comité Coordinador Empresarial se dé precisamente en esos años. Los empresarios tenían entonces la fuerza económica y la capacidad de análisis suficientes para iniciar su organización independiente y en caso necesario, antagónica frente al Estado. Esta separación real dentro del sistema corporativo fue probablemente el hecho más trascendente de esta etapa. Nunca más los empresarios serían la parte débil en la negociación política nacional, papel que se les había asignado desde el mandato constitucional de Lázaro Cárdenas.

Si el sexenio de Luis Echeverría se distinguió por la ambivalencia y el final fracaso, su sucesor, José López Portillo, inició su gobierno con la promesa de "poner orden" en el país, definir con claridad el rumbo, respetando a cada sector de la sociedad en un marco democrático y saneando las finanzas públicas.

En opinión de muchos, el primer bienio de su administración fué ejemplar, en el sentido de haber iniciado la eficientización real del aparato Estatal y el saneamiento econó-

mico en base en los programas impuestos por el F.M.I. (71). En muchos sentidos, la eficientización se entendió como una modernización neoliberal, cuyo programa inmediato era la integración en el mercado mundial poniendo fin al "autarquismo" económico y deteniendo la excesiva injerencia estatal en la economía.

Si en la concepción echeverriista la reconstrucción del corporativismo ligaba por fuerza la economía y la política, dado que el Estado era el último y único componedor del orden social y por lo tanto, quien suministraba los recursos para que las demandas sectoriales se hicieran realidad; el lópezportillismo lo primero que hizo fue romper la dualidad: la economía debía ser saneada y para ello se imponía un programa de eficientización que implicaba, por principio, la reducción del Gasto Público y de la capacidad real de satisfacer demandas. La política por lo mismo, debía descentralizarse, de manera que las inquietudes y demandas que no habían podido ser canalizadas por medio del Estado, lo fueran por nuevos institutos ajenos a él, pero controlados a larga distancia. Esta última idea, nacida de la incapacidad de financiar el corporativismo, dió origen a la Reforma Política.

(71) Aguilar Camín, Héctor. "Morir en el Golfo" Océano, México, 1987, p. 20.

Así, mientras la Economía era encargada al nuevo grupo de técnicos que procuraban eficientarla y modernizar el país, la política se entregó a un grupo de progresistas moderados que entendían la necesidad de dar paso a la Democracia antes de que la Democracia se abriera paso contra el sistema político.

Probablemente el programa hubiera sido exitoso, logrando la simultánea inserción de nuestra economía en el mercado internacional hacia afuera y la democratización paulatina hacia dentro del país.

Pero apareció un elemento inesperado en las concepciones gubernamentales: el petróleo. Por suerte no fue un evento desastroso, como los que suelen azotar actualmente nuestra vida económica, pero aún así desquició los planes anteriormente aceptados.

Aquello fue como si un ejército (el corporativismo) estando en franca retirada se encontrara milagrosamente con una reserva desconocida e inmensa de parque, con el cual continuar la lucha, y de pronto, reiniciara la ofensiva. El petróleo dió al gobierno federal capacidad sobrada para mantener, aumentar y crear planes de desarrollo económico y cooptó de esa manera a muchísimos sectores que ya tendían a la independencia. Los mismos empresarios participaron de nuevo en el sistema

corporativo revitalizado, dado que las concesiones sociales se hacían con los recursos Estatales casi ilimitados y no con sus particulares haciendas.

Pese a ello, hubo la suficiente visión como para proseguir uno de los dos programas originales. Si la economía, lubricada con la riqueza petrolera, podía mantenerse en el estado previo de protección a una industria nacional ineficiente y poseedora de un mercado cautivo que le hacía innecesaria cualquier modernización tecnológica competitiva; lo que no se dejó de lado fue la necesidad de abrir espacios de participación política fuera de la estructura corporativa Estatal. Era evidente que la realidad de rechazo al sistema no sería superada por la inesperada capacidad de éste de proveer recursos frescos a la población. En el fondo, la consciencia de que el país podía crecer pero no superar su injusto sistema de distribución de la riqueza, nacida en 1968, era ya parte del ser nacional. En esas condiciones no era posible reconstruir el corporativismo político ni aún teniendo a mano el presupuesto petrolero.

Nació entonces una extraña doble política, pues mientras en lo económico los sectores nacionales se reagrupaban alrededor del gobierno y su nueva capacidad económica, en lo político se organizaron partidariamente fuerzas políticas que antes habían permanecido en la clandestinidad. Sin embargo,

resultó que los nuevos partidos políticos carecían de capacidad material para satisfacer las demandas sociales de sus bases, por lo que estas tendían a afiliarse, en lo económico, al Estado, dando por consecuencia que las elecciones de la Reforma Política confirmaran al P.R.I. como partido ultradominante y relegaran momentáneamente la reforma reyesheroliana al bajo nivel de concesiones graciosas del régimen a las minorías.

Con todo, el legado fundamental de Reyes Heróles permaneció intacto, aunque sin actualizarse en la realidad política electoral: se había abierto un espacio institucional de participación política legal a entidades que no pertenecían al aparato corporativo priísta. Es entonces, más que nunca cuando se inicia una real separación entre los conceptos de Gobierno Nacional y Partido en el Poder. Mientras duró la bonanza petrolera, el P.R.I. logró aglutinar a las masas y los partidos de oposición permanecieron en una desesperante minoría, siempre al borde de su desaparición por falta de votos e inclusive dependiendo de la buena voluntad gubernamental para poder ocupar algún cargo de elección popular (72).

(72) El caso más escandaloso sería la alcaldía Juchiteca, ganada todavía por el P.R.I. en 1979 pero cedida al P.S.U.M.-C.O.C.E.I.. Cuando la buena administración de izquierda cambió la tendencia electoral y les dió el triunfo de nuevo, pero legítimamente, el gobierno atacó con saña al municipio, iniciando las tensiones que aún vive el área.

Cuando terminó el sueño de la abundancia, el marco político de apertura real funcionó.

3.8. REDEFINICION DEL ESTADO: 1982-1988.

Cuando en 1981 los precios mundiales del petróleo se vinieron abajo, la "administración de la abundancia" tomó una trascendental decisión política: los niveles de crecimiento serían mantenidos por medio del, aún ilimitado, crédito internacional de la Nación Mexicana. Durante los primeros seis meses de aquel año, se duplicó la deuda exterior, ya de por sí grande. Si los aproximadamente treinta mil millones de dólares del adeudo nacional hasta 1980 habían sido aceptablemente manejables, la suma duplicada puso al país en estado de quiebra. Hay dos aspectos importantes en el análisis de esta decisión, el técnico y el conceptual. Técnicamente la medida era arriesgada, pero se basaba en la posibilidad fundada de que la baja petrolera se debía sólo a una sobresaturación del mercado y que era, por lo mismo, pasajera. Por lo mismo, podíase tomar el riesgo, y lo tomaron (73). El fondo conceptual era el mantenimiento del Estado corporativo proveedor de todos los beneficios sociales. La nota distintiva de la validez del sistema era su capacidad de mantener los progra-

(73) Gurría, Miguel Angel. Conferencia sobre la deuda externa en la Facultad de Derecho, U.N.A.M., 1985. El conferencista ha ocupado, desde la administración López Portillo hasta la salinista puestos de primer nivel relacionados con las finanzas internacionales de nuestro país.

mas de desarrollo social que respondían a las demandas sectoriales canalizadas por medio de las instituciones. El presidente López Portillo no quiso detener la maquinaria en 1981 y decidió lubricarla con los dólares de la deuda al faltar los del petróleo.

Sin embargo, la decisión de endeudarse para crecer se explica más claramente en el hecho de que el petróleo y sus grandiosas perspectivas alejó al gobierno de las tareas serias de reorganización de lo Estatal. La Reforma Política, agotada en una apertura electoral (simbólica por las sorpresivamente renovadas cualidades cooptadoras del Estado), quedó sólo como una puerta de escape sin usar, mientras la economía nacional reconstruía, magnificado los escenarios del desarrollo estabilizador. Cuando se afirma que todos los sectores de la sociedad se dejaron llevar en la borrachera petrolera se dice la verdad. El problema fue que los sectores se dejaron llevar por los trillados y cortos caminos de un corporativismo ineficiente. Igual que en las tres décadas de desarrollo alemanista, durante el Lopezportillismo no se arregló la separación de la sociedad en dos mercados, el uno "trabajador y reproductor del sistema, el otro explotador y beneficiario mayoritario del trabajo social" (74). La sociedad creció, es indudable,

(74) Durand, Víctor Manuel. Op.Cit. pág. 14.

pero lo hizo desigualmente.

El factor explosivo en la crisis de 1981-82 fué que el crecimiento general alcanzado, se levantaba sobre bases por demás engañosas: el proteccionismo provocó que la industria mexicana aumentara cuantitativamente pero no en calidad, lo que la dejó en un estado de emergencia al contraerse el mercado interno por la crisis. La deuda exterior ponía al país en un estado de insolvencia tal, que la soberanía estaba en peligro, de manera que el margen de maniobra gubernamental se reducía drásticamente, por último, las expectativas de progreso ofrecidas a los grandes sectores marginados de la población se derrumbaron de improviso, demostrándoles, de nueva, que el problema de desigualdad originaria no había sido solucionado; agravando la situación el hecho de que la insolvencia Estatal obligaba de inmediato a recortar el Gasto Público y a contraer la economía, es decir, se imponía no sólo el congelamiento de las perspectivas de avance, sino que se daba marcha atrás.

Desde la época colonial, la sociedad opulenta mexicana no había manifestado un acalorado interés en el beneficio nacional, ya que ello implicaría, por principio, no aceptar la división de casta y clase que es precisamente la base de su privilegio. Al ver el barco hundirse, huyeron. Cabe anotar que los que dejaron el país junto con sus dineros no eran

sólo los "malignos capitalistas" sino también buena parte de la clase gobernante, demostrando así la identificación de dos actores sociales, que en el teatro corporativo aparentaban ser las fuerzas antagonistas. Esta actitud creó más incertidumbre y, en cualquier caso, indignó a las masas mexicanas. Era necesario un acto de "justicia" que compensara, siquiera momentáneamente, el clamor popular.

Tal acto fué la rara nacionalización bancaria, que en realidad costó mucho más al gobierno que lo que en realidad le produjo en momentánea movilización popular. Un simple retiro de las concesiones administrativas (que legalmente obligaba a la entrega de las instalaciones) hubiera sido un medio jurídico más adecuado para obtener tal fin; pero no hubiese producido los efectos políticos deseados.

Al fin de la era de grandeza que había presidido José López Portillo y Pacheco, los síntomas de inconsistencia en la acción política que fueron nota permanente de los doce años posteriores a Díaz Ordaz, volvían a aparecer.

Los empresarios entendieron, de nuevo, que la alianza corporativa ya no era negocio y pasaron de nuevo a la política del enfrentamiento. La ventaja capitalista era, de nuevo también, su independencia respecto al aparato Estatal. Esta, les había permitido negociar su rápida "luna de miel" durante

el Lópezportillismo, y ahora les ayudaba a romper con el sistema de manera organizada. Ante la sociedad marginada representaba así mismo una doble ventaja, pues al mismo tiempo que podía presionar al sector gubernamental, su misma organización le hacía inmune contra los desorganizados ataques de los de Abajo, quienes sí estaban cooptados y atados a la maquinaria estatal, o eran demasiado débiles para enfrentarse a ellos en el terreno de la abierta Lucha de Clases. La nueva organización popular aún no estaba organizada nacionalmente.

El sexenio Delamadridista se inició pues, con dos fuerzas políticas reales organizadas, el gobierno y los empresarios. El gobierno en retirada y los empresarios con la iniciativa que la debilidad Estatal les daba.

Pero el gobierno no era sólo débil al interior. Su posición internacional estaba condicionada por el problema de la Deuda Externa. De nuevo, el F.M.I. impuso al deudor las condiciones para un nuevo financiamiento. Era necesario, ahora sí, que la economía mexicana se integrara definitivamente en el mercado internacional, que se aumentara la presencia de empresas tecnológicamente modernas en territorio nacional en protección al sistema financiero internacional.

La apertura al exterior provocó la reticencia de los sectores más atrasados del capitalismo mexicano, que desa-

parecieron por su ineficiencia, pero benefició a otros muchos por las jugosas alianzas que se concertaron con la inversión extranjera que hacía posible la modernización industrial. Un sector importante de la industria nacional se vió favorecido por el Fisco para incrementar las exportaciones no petroleras, cuyo fin, al parecer, estaba condicionado fuertemente por la obligación de pagar la Deuda Externa (75). La proliferación de la industria maquiladora en la Frontera Norte trajo mayores ingresos de divisas y abrió un potencial mercado para los productores de materias primas del interior del país, al mismo tiempo que aumentaba la confianza de la inversión extranjera, desconfiada de las "locuras izquierdizantes" que habían afectado repetidamente al sistema en los pasados dos sexenios.

Hacia dentro el gobierno se encontró de pronto con un aparato corporativo que no le aportaba fuerzas sociales para contener el empuje capitalista, pues el sistema de cooptación había terminado por separar definitivamente a las masas de sus líderes. La única liga del corporativismo había sido el dinero que el gobierno usaba para satisfacer demandas sociales y este era precisamente el elemento que había hecho

(75) Sales Serrapi, Carlos. Tesis para obtener el grado de Licenciado en Economía. ITAM, 1988. Introducción.

desaparecer la crisis de 1952.

En estas condiciones el acercamiento forzoso de las cúpulas gubernamentales y los intereses capitalistas nacionales y extranjeros era el único camino viable. Y se siguió. En ello, con todo, no hemos de ver tanto una actitud de vendepatrias, como la acalorada oposición política de nuestros días hace aparecer, sino un sincero deseo de reencontrar el equilibrio y una justa medición de las posibilidades sociales y económicas al alcance del régimen de De la Madrid.

Prueba de ello es que, pese a la declaración constitucional, la Rectoría Económica Estatal se abandonó paulatinamente en la práctica corporativa de decidir desde Palacio y se iniciaron las concertaciones sectoriales, en un modelo corporativo horizontal y no autoritario. Que las únicas corporaciones con fuerza real fuera del gobierno, fueran las empresariales, fué el hecho que determinó la derechización de las acciones.

Por otro lado, se volvió a trabajar en la apertura de espacios políticos institucionales que pudieran ocupar las nuevas organizaciones extra-Estatales, que resurgían al término de la bonanza petrolera. No hay que echar en saco roto las nuevas facultades de inspección otorgadas al Legislativo. Que los señores diputados y senadores no aprovecharon

sus nuevos poderes se debió a que la organización corporativa oficial seguía detentado la mayoría aplastante en las cámaras y se guiaba por una "disciplina" de partido que ya no correspondía a la realidad. Los organismos políticos de la izquierda no acertaron, en los primeros años del nuevo régimen a canalizar electoralmente la separación de las masas del aparato oficial concretándose las luchas populares en campos no electorales.

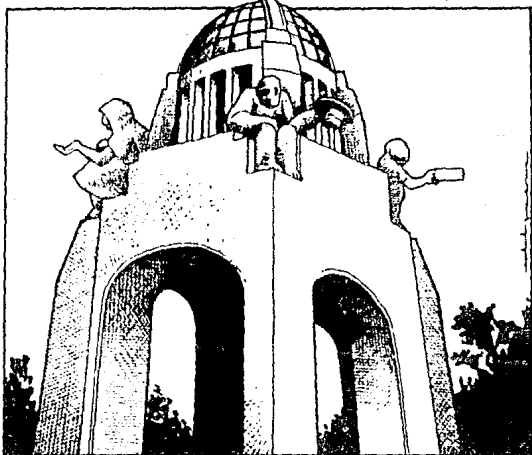
Aun así, un sector concreto del espectro político sí aceptó el reto y se reorganizó bajo el supuesto de que el régimen requería de alternativas viables y bien estructuradas en lo político. El P.A.N del norte aglutinó a las clases medias cansadas del autoritarismo y desanimadas por la crisis económica. Hay informes confiables de que en los primeros años del Delamadridismo la línea oficial fué el reconocer los triunfos opositoristas (76). La idea era que la sociedad se reincorporativizara fuera del Estado en un régimen estable de partidos.

Sin embargo, ¿quiénes deseaban y promovían estos claros cambios de actitud en el seno del gobierno?, ¿eran todos los priistas? No, no eran todos. De hecho, los promotores de la llamada "renovación" o "modernización" era los técnicos eficientistas que habían entrado en la Administración en tiempos de Echeverría y que ahora ostentaban el mando supremo.

(76) Entrevista con un funcionario de Gobernación. El entrevistado fué delegado de la Comisión Federal Electoral en - Camargo, Chihuahua, en 1985.

Clase del mtro. Eduardo Andrade Sánchez, Facultad de Derecho UNAM. El Maestro fué delegado de la Comisión Federal Electoral en Coahuila, en 1985.

LA REPUBLICA DE LA POBREZA ■ Helguera



LA JORNADA, 18 de marzo de 1989.

Su problema es que, pese a "tener la sartén por el mango", otros grupos, con intenciones e intereses muy distintos tenían importantes parcelas de poder y no estaban dispuestos a las liberalidades democráticas que la eficiencia económica prescribía.

3.8.1 CONTRADICCION ENTRE LIBERALISMO ECONOMICO Y CONFESIONISMO: LOS ORIGENES DE LA CORRIENTE DEMOCRATIZADORA.

En una política de apertura comercial, tarde o temprano se hace indispensable la apertura política que impida que ciertos grupos privilegiados se hagan con medios para aprovechar los avances económicos de manera monopolista. El proteccionismo industrial mexicano de los años cuarentas a sesentas estaba estrechamente ligado con la existencia de una serie de cúpulas de poder político que amparaban el proteccionismo y vivían en simbiosis con las industrias nacionales o con otros sectores privilegiados de la economía. La Democracia así, estaba ligada ideológicamente y en la práctica, con la nueva política de apertura comercial y afectaba los feudos de poder de varios e importantes miembros de la Familia Revolucionaria.

La política de apertura electoral terminó en 1986, con las elecciones de Chihuahua. En aquella ocasión, el grupo moderno del gobierno había impulsado una eficiente campaña

política a favor del candidato oficial Baeza y, aunque con dificultad, podía ganar limpiamente la elección para la gubernatura estatal. El opositor de derecha, Francisco Barrio, había hecho una campaña semejante y tenía posibilidades de triunfo. La idea de los modernizadores era ganar por un estrecho margen, legitimando el sistema a nivel nacional e internacional. Pero los elementos feudales del P.R.I. no estaban dispuestos, ni siquiera al riesgo. Se consumó un fraude burdo y mal dispuesto. Y los modernos tuvieron que ceder ante la insistencia conservadora de su propio partido. Se demostraba así, que el príncipe puede desear lo bueno para su pueblo pero ha de contar primero con el apoyo, o la indiferencia, de sus propios nobles.

Esto, sin embargo, radicalizó las posiciones encontradas hacia dentro del partido gubernamental. Una política democrática hacia la oposición implicaba una eficientización del mismo P.R.I., que debía ser competitivo electoralmente y ello significaba ampliar el juego político hacia adentro del sistema. Esta oportunidad abría las puertas para una discusión partidista acerca de las bondades y defectos de la política del régimen y su apego a los principios revolucionarios. Probablemente la promoción de esta discusión ideológica era parte también de la democratización planeada desde arriba, pues en cualquier caso, fortalecería los cuadros del partido y ayudaría a atraer de nuevo a muchos sectores sociales que

sólo nominalmente seguían perteneciendo al P.R.I.. La derrota de la posición aperturista en el caso Chihuahua radicalizó las tensiones hacia adentro del partido oficial. No es extraño que entonces surgiera en su seno una corriente que bregaba por el rescate de los principios revolucionarios populares y exigiera democracia interna, pues el camino de la resistencia fué el que quedó al demostrar el sector retrógrada su decisión de no conceder.

La corriente democratizadora del P.R.I. fue estigmatizada más por los viejos caciques priistas que por el grupo moderno, pero al fin de cuentas hubo de abandonar el partido. Ello implicaba que hacia adentro del sistema, las ideas modernizadoras habían chocado con la indomable voluntad de los caciques políticos de mantener sus propios privilegios dentro de las corporaciones. La consecuencia fue fatal, el partido del gobierno fue incapaz de articular una nueva organización interna que le permitiera recuperar las masas que se organizaban aceleradamente fuera de él y consiguientemente se volvió cada vez más autoritario y más intransigente.

CHICAGO BUEYS ■ El Fisgón

LA JORNADA, 9 de enero de 1990.

3.8.2. DEFINITIVA ALIANZA GOBIERNO-EMPRESARIOS: FIN DEL SISTEMA DE EQUILIBRIO.

El único camino que quedaba al grupo modernizador en el poder, era hacer definitivo el único pacto que las circunstancias le permitían: la alianza con los empresarios. El Estado acordó retirarse paulatinamente de la economía dejando que las reglas del libre mercado, manejadas por los capitalistas, rigieren la vida económica mexicana. Aceptó controlar, por medio de sus organismos, los movimientos obreros y proteger así las posiciones de una industria nacional en transición de integrarse a sus aliadas extranjeras. Si los oligarcas del P.R.I. habían impedido a los modernizadores reenlazarse con las fuerzas populares, no debe extrañarnos su alianza con los empresarios en los términos del pacto de Solidaridad Económica de 1987. De hecho, el Pacto fué histórico, porque representó el fin de una larga alianza formal del sector obrero organizado con el gobierno por medio de una contraalianza gobierno-empresarios. Paradójicamente, los canales que la cúpula gubernamental había procurado hacer con las bases del partido, habían sido segados por los mismos líderes; a los que el consecuente pacto con el capital convirtió en gendarmes del movimiento de los trabajadores. Eso sí, conservando sus privilegios de dirigencia.

El gran riesgo de estos acontecimientos fué la radicalización del ala izquierda del P.R.I., que empezó a separarse de éste poco después de la designación de Carlos Salinas de Gortari como candidato "de la continuidad" (77).

Durante todo 1988, año de elecciones, se fué haciendo claro que la candidatura de Carlos Salinas era viable sólo por el apoyo que recibía de la cúpula empresarial y de sus enlaces norteamericanos en el extranjero, ambos sectores interesados en el proyecto neoliberal de integración al mercado internacional, o al menos, al norteamericano. La oposición de izquierda, acusó continuamente al gobierno saliente de mantener los términos de la concertación económica sólo para apoyar a su elegido. En todo caso, el Pacto lograría detener los efectos más explosivos de la espiral inflacionaria y con ello, contener el torrente social que de todas maneras se manifestó en contra del oficialismo. Lo verdaderamente trascendente de aquel año de prueba fué que ésta, la pasaron funcionarios y empresarios juntos, refrendando su alianza.

Al inicio de la nueva administración Salinista, el

(77) Así se le llamó en el P.R.I., para rechazar las acusaciones de continuismo. En realidad, ambos términos son -- inexactos: Carlos Salinas empezó a gobernar, probablemente, desde 1982.

mismo Pacto se refrendaría, tomando el nombre de "Pacto para la Estabilización y el Crecimiento Económico", P.E.C.E.. Conceptualmente, México se mantiene en la línea internacional de apertura democrática, abriendo y fortaleciendo un espacio de concertación aparentemente horizontal, en el cual las decisiones económicas se toman por consenso de las partes sociales. En la realidad, dada la ausencia de auténticos y organizados representantes de los de Abajo en la instancia, ella se convierte en un recurso más de la imposición autoritaria, matizada en cualquier caso, por la novedosa pública amistad del gobierno de la República y los de Arriba.

3.9. REDEFINICION DE LA SOCIEDAD: EL DESPERTAR DE LOS DE ABAJO.

La derrota del proceso interno de apertura política, sólo confirmó que la existencia de grupos semif feudales en la estructura oficial, impedirían la reorganización social dentro del marco del corporativismo mexicano, es decir, dentro del ámbito de lo gubernamental.

Por otra parte, un nacionalismo poco estudiado dentro de la población marginada mexicana, rechazaba el proyecto internacionalista del neoliberalismo propuesto por el gobierno y se indignaba cada vez que constataba que la debilidad estructural de nuestra economía, convertía la apertura económica en un grave riesgo para nuestra soberanía. Sin embargo,

ni aún hoy, cuando este sentimiento se ha encauzado políticamente, se ha podido definir un programa alternativo. Pero el -- rechazo fué y sigue siendo, claro.

La misma crisis y el deterioro real de las condiciones de vida impulsaron a la población a organizarse. Las barriadas marginadas de las ciudades experimentaron modelos cooperativos y su juventud organizó "bandas" como medio de defensa colectiva contra la marginalidad y la represión policiaca. Estas organizaciones han alcanzado para hoy la calidad de nuevas agrupaciones populares, que representan intereses legítimos casi desconocidos para las estructuras oficiales y actúan autónomamente en las relaciones sociales de hoy. Hacia adentro, han evitado las burocratizaciones y logrando un nivel de conscientización de clase muy elevado.

En 1985, un factor geológico aceleró la organización popular. Las consecuencias del terremoto fueron las organizaciones de vecinos y especialmente la Asamblea de Barrios, nueva corporación social que comparte con las Bandas la dirección democrática y la elevada ideologización. Y es también independiente.

En el sureste, las pequeñas uniones campesinas forman hoy poderosas centrales regionales capaces de paralizar los

transportes del Istmo y poner en jaque a los gobiernos estatales. Han aglutinado las demandas campesinas que las corporaciones oficiales, dominadas por caciques con intereses terratenientes, no podían resolver. Siendo independientes, pueden apoyar a los partidos de oposición que deseen, como válida táctica de lucha por sus intereses sectoriales. El movimiento de los 400 pueblos, por ejemplo, dejó la candidatura de Heberto Castillo en enero de 1988 para apoyar la de Cuahutémoc Cárdenas. Y luego a Salinas como presidente.

La independencia es pues, el rasgo común de las nuevas organizaciones surgidas de la crisis económica y de la incapacidad del régimen para renovar el marco de su propio corporativismo.

Después de 1985, las nuevas organizaciones populares empezaron a buscar nuevos espacios de lucha. Para ello aprovecharon la puerta abierta por el revesherolismo y usaron a diversos partidos como voceros de sus demandas, de la misma manera que las clases medias norteamericanas usaban desde 1983 al P.A.N.. El proceso ha culminado en la actual conformación del Partido de la Revolución Democrática. Es importante aclarar que el esquema no es el de un nuevo corporativismo extraestatal, dado que junto a las diferencias ideológicas existentes entre los diversos grupos cardenistas, se trata de entender el partido como un foro de lucha capaz de defender en cada caso parti-

cular, legítimos intereses, y no como una instancia que decide por cada organización.

El elemento explosivo de todo ello es, sin embargo, la emergencia popular. Es claro que sin ella el fenómeno electoral del Frente Democrático Nacional en 1988 ni siquiera se hubiera dado; pero, si a la evidencia de un ascenso revolucionario de las masas parecido al de 1935, agregamos el hecho de que hay una alianza clara del gobierno con los empresarios nacionales y extranjeros y que, hacia adentro del mismo partido oficial se mantienen como poderosos grupos los caciques políticos, cuyo único fin es el de mantenerse en el poder a toda costa, entonces podremos percatarnos de la peligrosidad de la situación.

La tragedia, o la paradoja política, es que para el grupo modernizador, que tiene aún en sus manos el mando y el poder, la situación de insurgencia popular debería ser pacífica y apoya indudablemente su propio proyecto de país. Es más, la existencia de fuerzas sociales organizadas es la premisa de la Democracia requerida por la apertura económica. Probablemente la idea original haya sido que esas fuerzas estuvieran aliadas al gobierno, a través de las corporaciones Estatales o fuera de ellas, pero aliadas. Lo cierto es que el proceso de los caciques priistas y la alianza obligada con los empre-

sarios, aunados al nacionalismo incubado por la política económica en los sectores más perjudicados de la sociedad y -- al "anhelo por el estremecimiento democrático", lo impidieron. Pero ahí están las posibilidades de diálogo, no están cerradas pese a la cerrazón del salinismo. La larga lucha por la Liberación a enseñado al Pueblo mexicano de Abajo que hay muchas formas de avanzar fuera del enfrentamiento. Hoy, como en cada etapa, su posición es mejor que la de 1910, o la de 1935 y, por lo mismo, tiene muchas más cartas que jugar en el delicado proceso de negociación. Es indudable que en el campo de los modernos tecnócratas existe la clara idea de avanzar en una negociación que permita cumplir con el consejo de Jesús Reyes Heróles: "Avanzamos en la Democracia, perfeccionándola, o retrocedemos" (78). De hecho, un sistema democrático de partidos les permitiría perfeccionar su proyecto económico y asegurar para su propio grupo la supervivencia, hoy como gobernantes, mañana tal vez como oposición poderosa, en un juego de alternancia de grupos en el uso del Poder. Para los empresarios, o por lo menos para algunos de ellos, este escenario futuro representa un buen negocio, en cuanto que acabaría definitivamente con el proteccionismo que ha permitido a muchas industrias romper el juego de la libre competencia

(78) Reyes Heróles, Jesús. "Avanzamos en la Democracia, perfeccionándola o retrocedemos". Ediciones del Centro de Documentación Política, A.C., 1978.

y ha concentrado el capital en muy pocas manos.

Sin embargo, también están presentes, sobre la posible mesa de negociación, los intereses opuestos en cada uno de los tres grandes grupos sociales que tienen hoy, después de las elecciones del 6 de julio de 1988, representación política clara. Están los exaltados que desearían la Revolución violenta y la venganza, están los caciques sindicales y políticos en la estructura corporativa, vacía ya de contenidos, del P.R.I., y están los grandes monopolios empresariales que dependen del statu quo para mantener su situación de privilegio (79). Cualquiera de éstos grupos, puede detener en forma sutil o violenta la marcha hacia un nuevo equilibrio de las fuerzas sociales que conformarían el nuevo Estado Mexicano del siglo XXI.

Este Estado, dada la separación aún real y dolorosa de la Nación Mexicana en dos sociedades, la de los privilegios y la de las cargas, la de los de Arriba y la de los de Abajo, probablemente tenga que fundarse en un nuevo lazo político de carácter corporativo, pero de esencia diametralmente opuesta a la del viejo corporativismo priísta.

(79) Andrade Sánchez, Eduardo en la Mesa Redonda "Las elecciones de 1988. Sus consecuencias" Facultad de Derecho, UNAM 28 de julio de 1988.



En la colonia El Sol ■ Foto: José Antonio López

LA JORNADA, 9 de octubre de 1989.

3.10 CONCLUSIONES:

PERSPECTIVAS DEL ESTADO MEXICANO EN EL FIN DE SIGLO:
ANTE EL NUEVO MILENIO ENTRE EL ENFRENTAMIENTO Y EL
DIALOGO.

"EL PAIS YA CAMBIO" O DE LA INCOMPATIBILIDAD ENTRE LAS
ESTRUCTURAS POLITICAS Y LA REALIDAD"

Manuel Bartlett Díaz, entonces secretario de Gobernación, declaraba el 10 de julio de 1988 ante un grupo de jóvenes airados por lo oscuro de las etapas finales del proceso electoral federal que "el país ya cambió". Probablemente lo decía para halagar el ánimo de novedad de sus interlocutores, pero también pudiera ser que en aquéllos días tuviera clara la consciencia acerca de la trascendencia de la jornada electoral de cuatro días antes.

El seis de julio representa, no el inicio de la insurgencia popular, que ella ya venía gestando su dinámica y sus organizaciones propias desde los años sesentas, como queda asentado antes, sino el anuncio definitivo de la viabilidad política de dicha insurgencia.

Desde los movimientos regionales, campesinos, obreros y estudiantes han construido en las pasadas dos décadas una red de organizaciones que les permiten iniciar ahora una estrategia nacional y construir una opción alternativa de gobierno.

La capacidad que hoy es evidente no nació de la nada, ni del terremoto de 1985, ni de la simple enemistad con alguno que otro cacique priísta, como el discurso oficial trata de matizar sus derrotas en los campos sociales y políticos. En principio, el Pueblo ha ido aprendiendo de manera inductiva lo que no debía hacerse. Así, se desestimaron las salidas guerrilleras por no poderse movilizar en un mismo momento, a diversas regiones y clases a lo largo de la República, por un lado, ante la capacidad todavía impresionante, de las Fuerzas Armadas para reprimir movimientos rurales. Luego, ante la nueva realidad urbana del país, las nuevas organizaciones encontraron una serie de caminos anexos para encauzar sus demandas. La insurgencia ha desarrollado una serie de tácticas que expresan un deseo claro: no enfrentarse directamente con el aparato represor, pero no dejar muchas salidas a la autoridad para mediatizar las demandas. Los actos concretos, que van desde la clásica marcha, el plantón y los pliegos petitorios, se han enriquecido con huelgas de hambre, tomas simbólicas (y otras no tan simbólicas) de sedes y locales oficiales, festivales de música rock, tropical, etc., negociaciones colectivas, movilización permanente de los afiliados al movimiento, y muchas más. La variedad de las tácticas por principio, deja entender un hecho histórico: la iniciativa y la imaginación son patrimonio de los nuevos actores. Ante ellos, la posición oficialista adolece normalmente de pocas opciones y de nula inteligencia. Se mueve

lenta y siempre, o casi siempre, en respuesta de las acciones del "otro".

En la sociedad mexicana del régimen salinista se se han acuñado dos terminos para calificar a cada uno de los actores: Los "democráticos" y los "institucionales". Prácticamente en cada segmento de la organización burocrática de gobierno y corporaciones sociales a él afiliadas, han aparecido grupos renovadores de tendencias democráticas que se han opuesto a las dirigencias tradicionales.

El gobierno salinista, dominado más claramente aún que su antecesor por el grupo de modernos tecnócratas ha tratado de detener la proliferación de grupos democratizadores manejando una ambigua política de concesiones sociales. La ambigüedad nace de dos fuentes: la primera, que no hay dinero suficiente como para dar amplias expectativas a una población empobrecida, y por lo mismo, los recursos se han destinado a las áreas más explosivas: las rurales, especialmente a La Laguna (donde Salinas fue apedreado por el Pueblo) y a Michoacán (el bastión cardenista más importante). La segunda, es el hecho de que, ante la movilización cardenista de 1988 y la cercanía democrática de Manuel J. Clouthier con Cuauhtémoc Cárdenas, la única opción del salinismo fue recuperar los apoyos de los grupos más oligárquicos dentro de la vieja estructura política. Es decir, pese a que los pri-

meros impugnadores de su proyecto de modernización económica fueran las centrales obreras corporativas y los dirigentes tradicionales de los clanes políticos, en ellos encontró el único bastión seguro para defenderse de la oleada popular que se encuadró en las opciones de izquierda y derecha durante el proceso electoral de 1988. Salinas, de acuerdo a los rumores, que fueron tanto o más confiables que los resultados oficiales, no obtendría en dicho proceso el 50.36% que se alegó, sino poco más del 33%, en apretada competencia con Cuauhtémoc. Y si se logró imponer a fin de cuentas el resultado priísta, fué gracias a la ayuda y lealtad de la vieja guardia "revolucionaria" que prefirió apostar a los tecnócratas que a la posibilidad de un ajuste de cuentas democratizador. Pero esta misma alianza coarta al gobierno tecnocrático la posibilidad de abrir efectivamente más espacios democráticos pues ello le enemistaría de inmediato con sus primeros y, tal vez, únicos sostenes políticos.

Lo anterior explicaría la falta de voluntad real dentro del partido oficial respecto al reto que primero el P.A.N. y ahora el P.R.D. le han planteado. Democratizarse al interior sería el camino para recuperar la cohesión indispensable para enfrentar válidamente a sus enemigos electorales. Aceptar una Democracia más amplia en un régimen pluripartidista efectivamente competitivo, es decir, renunciar al fraude electoral en todas sus modalidades, representaría su carta de

paso al nuevo consenso que de todas maneras la sociedad mexicana global está construyendo.

Sin embargo, la democratización interna sólo ha tenido algunos éxitos, muy contados y aislados, en áreas en las cuales el partido por sí mismo es ya plural y cuenta con diversos grupos y corrientes de opinión, o bien, en donde los cacicazgos corporativos no son fuertes (80).

En la mayor parte de los casos los intentos de democratización chocan con cacicazgos muy primitivos, incapaces de reconocer la necesidad del cambio. En Nayarit, la política del liberal gobernador Celso Delgado ha sido contrapuntada efectivamente por el ex-gobernador y actual senador de la República Emilio M. González, quien precisamente es uno de los secretarios generales adjuntos de la C.T.M. (81). En

(80) Entrevista personal: (Baja California Sur) diputado priista a la Cámara de Diputados, Federal. El entrevistado fue parte del análisis y negociación de candidaturas en 1989 (Noviembre, 1989).

(81) Entrevista personal (noviembre, 1989): Dirigente del Frente Juvenil Revolucionario en Nayarit. El entrevistado identificó la pugna entre el gobernador y su antecesor como parte del conflicto entre "viejos y experimentados" políticos y "modernos e idealistas" personalidades mandadas por el Centro.

Hidalgo, el poder de los grupos caciquiles ha causado escándalo a nivel nacional (82): pues son ellos, a través de algunos funcionarios o contra éstos, quienes deciden los destinos políticos de la entidad.

Hacia el exterior, el partido oficial no ha mostrado, en la inmensa mayoría de los casos, voluntad alguna por respetar el voto ciudadano, ni aún cuando favorezca a sus candidatos (83). Michoacán, en julio, fue escenario de una violación flagrante a los principios democráticos en contra del nuevo partido de la izquierda, el Partido de la Revolución Democrática.

En compensación, el gobierno salinista reconoció el triunfo panista en la Baja California, entidad donde la oposición de derecha no dejó otro camino luego de establecer un muy eficiente sistema de seguimiento y vigilancia del proceso electoral. El reconocer lo anterior, con todo, acarró

(82) Revista "Proceso" No. 685, 18 de diciembre de 1989. "Ocupado en sus toros de lidia Lugo Verdusco deja que gobierne su segundo y hasta que imponga candidatos" por Elías Chávez. p. 8 y 9.

(83) En diciembre de 1989 hubo alcaldías de Guerrero asignadas a partidos sumisos de acuerdo a componendas extra-comiciales con el partido oficial y el gobernador. La Jornada, Carlos Yáñez, corresponsal; Roberto Zamarripa, enviado; México, D.F., martes 19 de diciembre de 1989. p. 5.

al Presidente una serie de protestas de parte de las principales corporaciones, empezando por la C.T.M. (84).

Al fin de 1989, estalló la violencia en Culiacán, Michoacán y Guerrero, en forma de golpizas o claro levantamiento popular y campesino.

Lo que sucede es que no es posible al gobierno ceder en el terreno electoral sin alterar el estado de privilegio de las cúpulas corporativas de su partido. El poder de éstas reside precisamente en el control que sobre el proceso electoral ejercen en nombre del mismo gobierno. Si hubiese democracia, entonces serían innecesarios. Y se rehusan a ser desplazados.

El ascenso cardenista de 1988 impidió la legitimación del grupo modernizador y le hizo depender de los llamados "dinosaurios". Pero entonces su promesa de liberalismo económico quedará trunca, en cuanto no puede asegurar la apertura democrática que la sociedad requiere.

(84) "Ante el Resultado en B.C., la cúpula obrera planteó crear otro partido". La Jornada. Andrea Becerril. México, D.F., Jueves 6 de julio de 1989. p.3.

Rodolfo González Guevara, dirigente principal de la llamada "Corriente Crítica" del P.R.I., al presentar el 10 de enero de 1990 dos documentos planteando una reforma democrática hacia adentro del partido, aclaraba que en la Asamblea Nacional a celebrarse bajo el signo de la modernización, "nada sería distinto" a otras ocasiones, dado que faltaba la voluntad real de llevar las palabras al hecho, en cuanto que los votos de la reunión serían controlados, como siempre, "por las cúpulas de cada uno de los sectores" (85).

El aparato político está organizado para una sociedad uniformada alrededor de las instituciones priístas, en el entendido que el equilibrio social será resguardado por el Presidente-Líder Nacional y que los dos Méxicos podrán esperar justicia para sus demandas. Si acaso no se cumple con la idea de Justicia Social, sin embargo permanece la idea de disciplina de cada uno de los sectores respecto del sistema equilibrador, es decir se mantiene la estabilidad. Lo malo es que en los años ochentas, la sociedad empezó a articular una serie de mecanismos ajenos al sistema de equilibrio previo y canalizó sus demandas a través de ellos, en la claridad

(85) Ver: La Jornada. José Ureña. México, D.F., jueves 11 de enero de 1990. p.1 y 10.
También: Nucleonoticias, Núcleo Radio Mil, emisión de las 12:00 hrs. 11 de enero de 1990.

de que no habría Justicia para sus peticiones. Ante ello, queda sólo la cáscara del viejo aparato político, organizaciones obreras y campesinas que supuestamente canalizan los reclamos de los de Abajo para hacer posible su solución por parte del gobierno, pero que ya no cuentan con agremiados reales y activos, pues o ya se han afiliado a nuevas instancias o han perdido toda confianza en la capacidad de gestión de sus organizaciones. El cascarón está formado, primero que nada, por las poderosas y peligrosas burocracias laborales y campesinas quienes, pese a haber perdido su función social se niegan a perder su posición política (86). Por lo mismo anatematizan a la Corriente Crítica, que pretendería descorporativizar el partido y eliminar su organización sectorial, base del poder de los supuestos representantes de la clase oprimida. Respecto de las nuevas organizaciones que los disputan al P.R.I. y a ellos mismos el control sobre los marginados, asumen una posición de dureza que puede llevar al gobierno a la represión generalizada. Es paradójico que luego de haber surgido en el pasado despertar de las masas mexicanas, ahora sean los primeros en atacarlas.

Salinas, el presidente modernizador, no podría, en este marco, establecer la Democracia Política concomitante

(86) Chumacero Alf (C.T.M.): "la C.T.M. es eterna e inmortal". Entrevista radiofónica. Nucleonoticias. Núcleo Radio Mil. 14:00 hrs. 31 de enero, 1990.

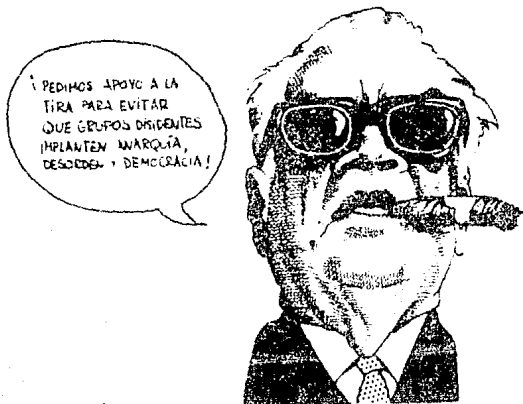
a la apertura económica que ya lleva dos sexenios implementando. Es decir, está atado por necesidad a los intereses de unos actores políticos que no desean cambiar: las corporaciones.

El gobierno, como siempre, quedó envuelto en el propio laberinto de componendas y malsanas lealtades, de intereses personales y de grupo, de egoísmo y autoritarismo.

El aparato actual de control político y social del Estado es pues, caduco. Pero a esta conclusión habría que agregar otra: no es viable transformarlo, ni renovarlo. Por lo mismo, sólo quedaría recordar a John Reed, el periodista revolucionario, quien sentenció que "...únicamente la sangre hará abrir sus descos, para ayudar a sus hermanos" (87).

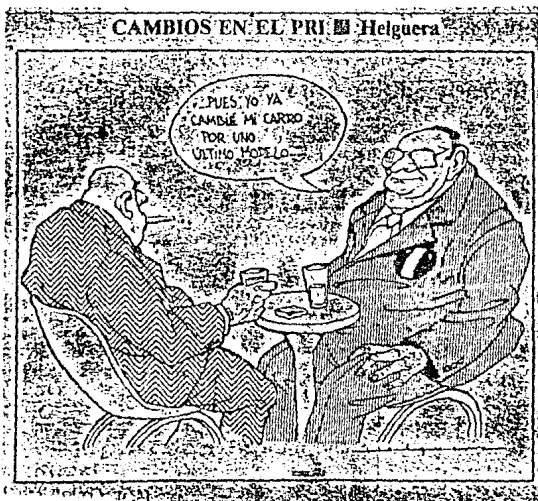
(87) Reed, John. "Peones", en la antología "Bajando la Frontera" de Paco Ignacio Taibo II. Crónica General de México, Ed. Leega/Jucar, marzo 1985. p. 72-74.

FIRMEZA INSTITUCIONAL ■ Helguera



LA JORNADA , 29 de abril de 1989. (arriba).

LA JORNADA , 1 de octubre de 1989. (abajo).



LOS DE ARRIBA O SOBRE EL ASALTO FINAL AL PODER.

Si en la segunda mitad de los años cuarentas, la intención de los hombres de negocios mexicanos era preparar las futuras generaciones de profesionales que dirigieran las economías privada y pública, el fin de siglo presencia la realización de dicho objetivo. La llegada al poder de la tecnocracia no sólo se explica así, por los vaivenes de la Administración durante los años perdidos del echeverriismo o del lopezportillismo, ni sólo por la complejidad creciente del trabajo burocrático de élite, ni sólo por la necesidad internacional de personal capacitado. En realidad, aglutinando todas las demás causas de acrecentamiento, la tendencia hacia el poder original, marcada por los miembros de la Asociación mexicana de cultura, A.C. entre otros, y por un profundo sentimiento de casta y clase, fue la línea general, el hilo conductor, del fenómeno.

Es necesario, pese al sentimiento mencionado, aclarar que la gran mayoría de los tecnócratas modernizadores que llegaron al poder sucesivamente desde 1982, recibieron, a través de su educación privilegiada, una serie de concepciones realmente avanzadas. Así, han sido ellos los primeros en apuntar la necesidad de un cambio democrático como resultado indispensable de la apertura económica propuesta desde la

pasada Administración (88). Sin embargo, es también claro que no supieron renunciar a su visión "desde arriba" del problema y concibieron la democratización más como un proceso de apertura de espacios que como el creciente diálogo con la sociedad movilizadora que la crisis producía.

Es decir, si su liberalismo económico les llevaba a un modelo democrático de Estado, su idea de Democracia formal, pulcra, "sin adjetivos" (89), "fresa" (para usar el habla popular que siempre los califica), no tenía que ver con el Movimiento Popular que los problemas de la economía mundial y nacional, o la falta de espacios de participación ciudadana, o la pérdida de confianza en las corporaciones, estaban causando. De hecho, mientras sesudos investigadores disertaban sobre el tránsito a la Democracia y criticaban duramente a los miembros más retrógrados del sistema, las organizaciones populares crecían y elaboraban un concepto alternativo de Democracia, que rescataba las luchas previas del pueblo mexicano.

(88) Entrevista Personal (noviembre, 1989). Egresado del ITAM. El entrevistado fue discípulo de Pedro Aspe Armella, actual Secretario de Hacienda y Crédito Público y cabeza del proyecto económico salinista luego del propio Salinas. Asegura que una de las principales preocupaciones del Dr. Aspe en su cátedra era la necesaria consecuencia democrática de sus proyectos e ideas económicas.

(89) Probablemente el ITAM fue uno de los foros más abiertos a Enrique Krauze cuando se publicó su libro sobre el tema: "Por una democracia sin adjetivos" Joaquín Mortiz, 1985.

Si la democracia modernizadora nace de la necesidad económica de un mercado abierto y ese mercado implica la apertura indiscriminada frente a las fuerzas económicas internacionales en el doble ánimo de obtener divisas y tecnología, y de eficientar la planta productiva nacional, el movimiento popular reivindica los valores de la Independencia, tanto política como económica y critica desde ahí el manejo modernizador de la apertura, sin necesariamente negarla (volveré más adelante sobre esto).

Si la democracia modernizadora llega a la concepción democrática partiendo de la idea de que los agentes deben ser libres en el mercado para que las leyes de éste puedan funcionar eficientemente, el movimiento popular anota que toda idea de libertad deberá estar asociada al análisis de la capacidad y fuerza sociales de cada uno de los agentes. Es decir, mientras los "modernos" plantean como obvia la igualdad de los agentes que concurren al mercado, la idea popular recuerda que dicha igualdad es, las más de las veces, ficticia. Que hay que construirla.

De esta manera, especialmente a partir de 1935, cuando el desastre financiero que provocó el terremoto hizo recapitular el proyecto todo de modernización (y la retrasó en cualquier caso), y cuando fue por primera vez evidente la capacidad

de la "Sociedad Civil" para reasumir las responsabilidades de mando y dirección que había enajenado a favor del gobierno durante años (90), se empezó a llegar a la conclusión de que no había solo un proyecto democrático (que escurría de arriba abajo), sino otro que manaba desde las bases sociales de la Nación.

La realidad anterior obliga a revisar la naturaleza y el comportamiento de las dos sociedades mexicanas durante el proceso que llevó a la redefinición de lo Estatal en 1982. Antes dije que una de las tácticas para ocultar las diferencias sociales entre la población y esconder así el hecho de que no se alteraba, pese al crecimiento económico, la redistribución del ingreso nacional, fue el cuidar la apariencias de los hombres públicos.

Coincidiendo con la crisis económica y la depauperización acelerada de las masas, sin embargo, las reglas sociales impuestas por la necesidad política a los de Arriba, cambiaron. Probablemente por la estrechez del mercado, parte del sector de servicios de la economía nacional tuvo que dirigirse exclu-

(90) Ver "En la hora del Encuentro". Estera, Gustavo. En "Aun Tiembla. Sociedad política y cambio social: el terremoto del 19 de septiembre de 1985". Grijalbo, México, 1986. El autor analiza la institucionalización de la vida cotidiana como un proceso de "reconocimiento y dependencia" respecto de quien asume la autoridad. El proceso supone perder o desconocer la propia aptitud personal y colectiva, para enfrentar los problemas de la organización social. p. 123-139.

sivamente a las clases media alta y alta de la sociedad para mantener sus ventas, mostrando con su publicidad que había un grupo de mexicanos que no estaba sufriendo de la misma manera los ajustes iniciados por De la Madrid. Luego, ante la certidumbre de los de Arriba sobre el éxito de las nuevas ideas económicas, dejó de parecer importante la apariencia de austeridad en el medio social. Se le relegó a las ceremonias públicas del gobierno, que así se santificaba republicánamente, mientras sus sostenedores oligárquicos eran libres de mostrar su opulencia. La política de reprivatizaciones y la defensa a ultranza de las ideas neoliberales obligan inclusive, a publicitar el éxito personal de los empresarios, y dicho éxito se traduce en lujos, viajes, educación privilegiada, diversiones costosas, etc. En este sentido, la ostentación tendría un fin probatorio respecto de la validez de las políticas actuales y debe considerarse una especie de invitación al marginado a imitar los métodos de quienes "han tenido éxito" en el capitalismo periférico (91). Habrá que ver si el pueblo puede, o quiere, aceptarla.

Por su parte, el acercamiento político entre funcionarios de la República y empresarios ha sido sólo un reconocimiento público del proceso de identificación entre ambos estamentos realizado a lo largo del último medio siglo. Si la trayectoria de Miguel Alemán Valdéz y su familia no fueren suficientes para demostrar la identidad social y personal

(91) Desde éste punto de vista la campaña "Empleate a tí mismo" del Consejo Nacional de la Publicidad no sólo se explica como una alternativa frente al desempleo, sino como la reafirmación de la invitación mencionada.

entre ambos sectores, la presencia de hombres prominentes de la Iniciativa Privada como asesores de Salinas (92), el intento de hacer de ellos candidatos a puestos de elección popular en 1987-1988, los pactos locales para el control del poder, como en Chihuahua y Tabasco, y la misma participación indirecta de altos funcionarios de la República en los negocios privados, no dejan lugar a dudas (93).

Como parte del paquete de actos espectaculares que el presidente Salinas ha venido entregando a la opinión pública para legitimarse, se dieron, con todo, arrestos de empresarios prominentes durante 1989. Ello no debe ser visto como un movimiento de moderación en la identificación analizada, dado que sólo se trató de casos específicos en que los indiciados habían abusado sobrada y temerariamente del ambiente de promiscuidad entre funcionarios y hombres de negocios(94).

(92) Claudio X. González, V.gr.

(93) Entrevista Personal (noviembre, 1988). Egresado del Colegio México. Asegura el entrevistado que, durante el último año de gobierno de Miguel de la Madrid tuvo oportunidad de confirmar que empresas privadas apoyadas lícita y legalmente por la Secretaría de Programación y Presupuesto pertenecían o eran manejadas por individuos relacionados familiarmente con el secretario de Estado encargado de dicho despacho.

(94) Ver Proceso, No.642 del 2o de febrero de 1989. "Petricio-lli protegió los ilícitos bursátiles, con anuencia de De la Madrid" por Carlos Acosta; el reportero analiza tanto la relación de los empresarios culpables con funcionarios de la pasada administración como la reacción penal del nuevo gobierno y sus alcances. p.6-13.

Si es cierto que la identificación de funcionarios y empresarios es un proceso histórico, habría que preguntar si sus intereses no han llegado a ser los mismos, y más: si no pertenecen en realidad a un mismo grupo, o grupos. Si se analiza el gabinete legal de Carlos Salinas de Gortari, se encontrará que las carteras esenciales han quedado en manos de modernizadores: Aspe en Hacienda y Crédito Público, Zedillo en Programación y Presupuesto, Camacho en el Distrito Federal, por ejemplo. Pero hay otro grupo de carteras asignadas a personalidades viejas de la política.

La lógica de estos nombramientos estaría en relación con las alianzas realizadas por el grupo modernizador para alcanzar el poder, tanto antes de las elecciones federales como ante la amenaza cardenista luego de ellas. Pero no sólo eso explicaría la presencia de "dinosaurios" en el más alto círculo de poder. Revisando las ligas personales de cada uno de ellos, se puede encontrar que, por ejemplo, el grupo Atlacomulco, de la iniciativa privada mexiquense, sería representado por Carlos Hank González; que los intereses privados de Jalisco lo están por el procurador Alvarez del Castillo; que los de las clases opulentas yucatecas (¿Aún casta divina?) por Cervera Pacheco en la Reforma Agraria, etc. En otros casos la relación no es del todo clara: Cutiérrrez Barrios seguramente tiene vínculos con los hombres de negocios veracruzanos, o Roberto Madrazo (en el C.E.N. del P.R.I.) con aquéllos

de Tabasco (95).

En resumen, habría elementos para sospechar que la misma iniciativa privada, por medio de políticos de la vieja guardia logró una representación política muy importante en la conformación del gobierno salinista. Con ello, aceptarían también un cierto grado de identificación con el interés de las cúpulas corporativas del partido oficial que, ya se vió, no desean cambio estructural alguno en el esquema político.

Es decir, la necesidad de apoyos sociales ha llevado al grupo dirigente de la modernización nacional a "transar" no sólo con los líderes charros del aparato corporativo postrevolucionario, sino incluso con los grupos empresariales que, tras variados grupos políticos profesionales, se hayan representado en los más altos niveles de mando.

Ahora bien, el eslabón que une los intereses oligárquicos de "dinosaurios" corporativos y hombres de negocios (especialmente a los de las "300 familias" de Agustín Legorreta), es la necesidad de controlar la sociedad global mexicana.

(95) Entrevista personal (diciembre 1989). Funcionario medio de la Comisión Nacional del Deporte. El entrevistado tiene contactos con la estructura del partido oficial y su Instituto de Capacitación Política (ICAP).

Si para ello son necesarias reestructuraciones, están dispuestos a ellas, siempre que quienes paguen los costos no sean ellos, tendencia confirmada durante el delamadrismo.

La modernización, desde éste punto de vista, tampoco hace mal al aparato corporativo, en cuanto que el fortalecimiento del sector patronal (identificado ya con el gobierno) no implica la desaparición de las corporaciones sindicales de control social, sino antes bien su reforzamiento, entendiendo que ellas son el único instrumento para detener la protesta social que la política económica está produciendo. Si a ello agregamos la mencionada dependencia política del grupo de funcionarios modernizadores respecto de los líderes corporativos, el círculo estará cerrado.

Falta, con todo, un actor mas dentro de ese círculo. El capital imperial. Respecto de él, en principio es necesario recordar que, en el fin de siglo, capital imperialista no es sinónimo de norteamericano.

Estados Unidos es, por hoy, el último representante de una idea de dominación capitalista estrechamente vinculada al uso de la fuerza como garantía de la inversión transnacional. Por otra parte, si el proceso de reconversión soviético de una economía de guerra a una pacífica continúa, Norteamérica resultaría el único Estado imperial que mantendría un

poderoso aparato militar de control para sus mercados.

Este tercer elemento hace mas importante el análisis previo respecto de la identificación política y económica de empresarios, gobierno y corporaciones mexicanas. Dado que la política económica ha preferenciado la entrada de capitales extranjeros para suplir los recursos que un mercado mundial de materias primas a la baja nos ha quitado, resulta que una parte importante de la planta productiva nacional está pasando a control transnacional.

En un primer momento, la idea salinista había sido que la apertura comercial atraería capitales de todo el mundo, eliminando la dependencia previa respecto de los Estados Unidos. Los últimos acontecimientos en Europa, sin embargo, cambian la situación y hacen suponer que los únicos interesados en invertir aquí serán los norteamericanos. El acercamiento diplomático (aún matizado por el problema panameño), y la presión cada vez mas fuerte del Departamento de Comercio yanqui para la firma de un tratado de integración económica, así como la simpatía de sectores poderosos de la iniciativa privada mexicana a esta idea, confirman lo anterior.

El interés imperial respecto de la sociedad mexicana es simple control y estabilidad. No hay una calificación de justicia en ninguno de los dos conceptos. El criterio

de eficiencia imperial no tiene que ver con las demandas sociales, de ahí que la política yanqui sea en esencia impopular (96).

La pregunta esencial hacia nuestro futuro es ¿En esta conformación de fuerzas, hasta donde están dispuestos a llegar los de Arriba? ¿Ante un movimiento popular cada vez mas claro y contestatario, hasta qué tipo de medidas podrán recurrir? la historia nacional nos ha mostrado que los oligarcas internos, aliados ya definitivos de las cúpulas dirigentes en las corporaciones y el gobierno, no cederán lo suficiente como para tranquilizar la situación y construir un nuevo consenso, que de antemano los excluye, arcáocps. de ellos podemos esperar la resistencia mas cruel y denodada (97). En cuanto al capital imperial y a sus órganos gubernamentales en los Estados Unidos, Panamá 1989 demuestra con claridad las posibles respuestas del Imperio.

(96) "Ford: la Triple Alianza". Eduardo Montes. La Jornada, - 13 de enero de 1990, p. 9. El autor analiza las implicaciones de la liga corporaciones-empresa (transnacional) - gobierno.

(97) Un hecho que confirma la tendencia es el ataque a obreros de la planta Ford Cuautitlan por grupos de choque mandados por burócratas de la C.T.M. "Ocho heridos, saldo de un ataque a obreros de la Ford". Aníbal Ramírez. La Jornada, México, D.F. 9 de enero de 1990, p. 1 y 8.


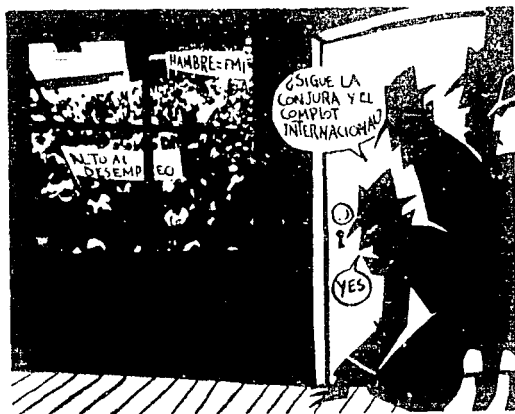
Sólo en el caso de que el grupo modernizador del gabinete lograra dominar la política y presionar efectivamente hacia una vida partidista democrática, el futuro no sería un nuevo enfrentamiento de fuerzas. Pero no parece evidente que cuenten con posibilidades reales de suceder a Salinas en el mando, pues las únicas fuerzas reales que apoyan a la actual coalición oligárquica tienen como representantes a los viejos políticos y no a ellos. Si la sucesión presidencial de 1994 se inclinara por los modernizadores, la falta de apoyos institucionales los harían blanco fácil de una oposición de izquierda cada vez mas firme. Si se inclinase, por el contrario por los "dinosaurios" el aparato gubernamental probablemente no podría asegurar el triunfo, pero sí el fraude y la represión que dominare las inconformidades predecibles. Como todo ello sería mantener en "orden" la situación de México, es probable el apoyo norteamericano a un sistema radicalizado hacia la represión de la disidencia.

CONCORDANCIA ■ El Fisgón



LA JORNADA,

22 de noviembre,
1989.

CIA: VISION DEL ANAHUAC  El Finagón

LA JORNADA, 10 de noviembre de 1989. (arriba).

LA JORNADA, 23 de agosto de 1989. (abajo).



LOS DE ABAJO O DEL NUEVO MOVIMIENTO POPULAR QUE SE CONSTRUYE.

Hay un grave problema al enfrentar el análisis de los movimientos populares, y es que su lógica es muchas veces incomprensible para los instrumentos académicos de conocimiento de quienes pretenden el estudio. Se les ha logrado abordar desde el punto de vista de la historia marginal, es decir, considerándoles como casos de estudio especiales en contraposición al correspondiente nacional y Estatal.

Históricamente, he expuesto la idea de que los de Abajo representan una opción de país distinta y opuesta a la de sus dominadores, quienes no han cambiado esencialmente ni de ideología profunda, ni de actitud social. Sin embargo, en cuanto la historia popular no se ha gravado en la memoria nacional por medios tan claros y precisos para nosotros, universitarios, como las versiones española, criolla o institucional, es difícil intentar la definición de las líneas principales del proyecto popular de Nación.

En principio, su alternabilidad se fundamenta en la aspiración secular de destruir el sistema de división social. Desde el Colegio de Indios de San Gregorio (98), al

(98) Supra P. 30

nacionalismo popular de nuestros días, la aspiración mayor es sustituir el Estado equilibrador social, por un Estado verdaderamente nacional. En el fondo, ello implica la eliminación de los privilegios de la sociedad opulenta y la asimilación de los integrantes de ésta en una nueva y única sociedad global.

A partir de esta aspiración, la historia de las luchas populares mexicanas fué integrando una serie de conceptos que son al tiempo, conquistas y nuevas aspiraciones. De la revolución de 1810 se tiene la Independencia política como ganancia y la consciencia de que ella misma no basta, si no existe una organización social, una estructura política y una economía que eviten la dependencia neocolonial frente a los Estados Unidos. En cuanto que estos últimos representan el enemigo imperial de toda la América Latina, el concepto de independencia incluye hoy día la necesidad de apoyar solidariamente las luchas por la autodeterminación del resto de las repúblicas hermanas.

La misma Revolución, a principios de este siglo, perfiló en términos generales la segunda aspiración popular. Probablemente es la mas amplia. Se refiere a la lucha por la Justicia Social. Aunque en un primer momento sólo significó un retomar del sistema virreinal la idea de una sociedad dividida y controlada por el equilibrio, la movilización campe-

sina de la segunda década del siglo, y la obrera de la cuarta provocaron que la estructura Estatal empezara a concebirse como un sistema dinámico. Es decir, que la sociedad oprimida entendió que el equilibrio sólo representaba un impasse en el "Ancho camino de la Justicia Social" (99) y que el objetivo final del reconocimiento que hiciera el Constituyente no era la perpetuación del equilibrio, como en el Estado virreinal, sino su final superación, en el esquema de las instituciones y por medio de una transición pacífica.

Lo anterior ha dado un fruto magnífico, que une al pueblo mexicano con la corriente más bondadosa del pensamiento progresista contemporáneo. Si el Estado equilibrador es sólo un momento histórico llamado a ser superado por la uniformación cultural social y racial del pueblo mexicano en términos de Justicia Social, y si el equilibrio busca, no su propia perpetuación, sino que el paso a la sociedad unificada sea pacífico, entonces es menester crear una cultura democrática, que permita a las dos sociedades actuales y a sus gobernantes construir ese nuevo Estado. Democracia, pues, sería el signo de la lucha concreta que toca hoy dar al movimiento popular. En ella se entiende: el reconocimiento de las diferencias

(99) Gallardo, Emigdio R. "Spivis". "Y Llegó el Ocaso". Pedro Trevilla Editores, México, 1979.

entre los actores sociales, los de Arriba y los de Abajo. La tolerancia respecto del "otro", para poder dialogar en paz las condiciones del tránsito. La necesidad de supeditar las decisiones gubernamentales al criterio de mayor beneficio para el mayor número de ciudadanos en un momento dado. La certeza de que sólo por medio la conscientización permanente y amplia es posible plantear, con resultados reales, las necesidades sociales más urgentes.

En cuanto que uno de los modos para mediatizar los reclamos populares fué el apropiarse del discurso radical y revolucionario y petrificarlo en la forma de acciones populistas, se impone la necesidad de hacer crítica de las acciones y del mismo discurso. El movimiento popular avanzó significativamente por ése camino cuando abandonó el reclamo ideologizado y se planteó una estrategia de reivindicaciones concretas, que dejaban al gobierno con la pesada carga de los dogmas. Es cierto que hoy, al principiar la década final del milenio, no cuentan los de Abajo con una teoría clara respecto de su proyecto, pero parece ser indudable que han encontrado, en cambio, un método: la discusión tolerante y abierta de los problemas de la realidad, y el acuerdo de resolver aquéllos

de acuerdo a las condiciones objetivas de ésta (100).

En este contexto, como dije arriba, lo popular no niega la modernización por sí misma. Al contrario, la impulsa, pero desde abajo y en el rumbo de la Justicia Social. Es posible que luego del análisis cabal llegue a conclusiones similares a las que llevan hoy a los modernizadores gubernamentales a asumir estrategias como la apertura comercial, la eficientización de los métodos productivos, el impulso de la excelencia académica e industrial, (101) pero lo harán desde una óptica diametralmente opuesta. Mientras los de

(100) Es importante recordar al Dr. Ernesto Guevara de la Serna: "... la Revolución puede hacerse si se interpreta - correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aún sin conocer la teoría". Enseñanza fundamental que recuerda a Sócrates o Bacon, en el sentido de que importa más el método de obtener la verdad que la verdad petrificada. Discurso de Despedida a las Brigadas Internacionales de Trabajo Voluntario "8 de octubre de 1960" en "Un hombre que actúa como piensa", de Víctor Pérez Galdós Ortiz. Editora Política, Ciudad de La Habana, Cuba, 1987.

(101) Uno de los planteamientos fundamentales de la Corriente de la Reforma Universitaria del Consejo Estudiantil Universitario (CRU-CEU) en el Congreso General de la U.N.A.H. es la "democratización del Conocimiento", idea que no -- niega; sino reivindica la excelencia, como respuesta popular a la manipulación populista de la Educación Superior. Enseñanza para muchos, y de mucha calidad; seminario de análisis y trabajo, 20 de enero, 1990.

Arriba no han dejado de ser colonos y de depender del sistema de explotación injusto y las ligas extranjeras para modelar sus políticas, los de Abajo las asumirán como táctica concreta de un plan nacional y popular.

La concientización tiene, con todo, obstáculos muy grandes. El primero de ellos es que la claridad acerca del mismo método de discusión democrática depende de la necesidad que cada clase social tenga de él. Mientras la discusión de las diversas opciones parece una necesidad de mínima congruencia entre los sectores educados (especialmente en el nivel universitario), en las comunidades indígenas o entre amplios grupos de campesinos, las autoridades tradicionales, desde siempre defensoras de la comunidad, asumen la dirección sin plantear discusión alguna (102).

(102) Adolfo Gilly apreció esta diferencia al acompañar a Cuauhtémoc Cárdenas a Cananea en agosto de 1989. Los "trabajadores modernos" invitaron al líder del P.R.D. en el -- trance de la quiebra y ocupación militar de la mina:

Había "un modo diferente, no antiguo y campesino sino -- moderno, de ser colectivos. No hay el menor rasgo de -- misticismo o espera ... de salvación divina. No se apretujan para tocar al recién venido. Miran, escuchan y -- juzgan" (subrayados míos) "Cárdenas en Cananea", La Jornada, 28 de agosto de 1989. p. 1 y 8.

Luego, es necesario plantearse el problema de la movilización. Las condiciones materiales no son las mismas en las distintas partes de la República y muchas veces, la posibilidad o imposibilidad de ella determina los niveles de conscientización. Así, en regiones donde el caciquismo, los terratenientes o las autoridades mantienen un control férreo, la consciencia popular se limita a comunidades muy pequeñas, prácticamente en la resistencia, salvo que dicha resistencia adquiera tintes dramáticos y tenga la suerte de ser publicitada nacionalmente (103). En cambio, en comunidades o grupos que han experimentado la movilización, exitosa o no, la discusión es mucho mas profunda y la claridad de los objetivos de lucha, mayor.

Al fin, está la herencia que el Estado de equilibrio previo deja a toda la sociedad: su cultura política. El sistema político mexicano, con su corporativismo populista, su discurso aparentemente revolucionario y sus vaivenes ideológicos, influye profundamente en las ideas de los líderes jóvenes, incluso de aquéllos que se le oponen y que, en cuanto sector organizado, asumen el papel de vanguardia del movimiento popular. El conocimiento de lo político es, en verdad, uno restringido socialmente. Sólo unos pocos lo alcanzan a obtener y el precio, es reproducir las formas y los modos de quienes

(103) Asunto de nahuas en Puebla.

se los transmitieron. No importa que el liderazgo sea de izquierda (104).

Ahora bien, de este movimiento popular en crecimiento, ¿quiénes son los representantes más acabados?, ¿entre que organizaciones podríamos encontrar los futuros actores del drama nacional?

En el campo más antiguo de la resistencia, el indígena, nuevos vientos soplan. Muchos grupos, con mucha claridad, han aparecido entre distintas etnias. En Oaxaca, el pueblo Nixte ha logrado superar en lo general la serie de divisiones internas ancestrales que impedía su acción unitaria en contra de la explotación y la manipulación oficialista. Ellos corroboran la vocación imaginativa y antidogmática de lucha en esta etapa: en uno de sus municipios, el pueblo entero decidió inscribirse al partido oficial! para imponer a su candidato a alcalde, lo que lograron, pese a la presión violenta de caciques y ricos del lugar. Reafirman, también, un elemento esencial para el futuro: en una reunión evaluatoria en la Ciudad

(104) Caso más claro en el México contemporáneo no hay como la llamada "Dirigencia Histórica" del C.E.U. en la U.N.A.M. Su viejo modo de hacer política, caudillesco, manipulador de la discusión en la asamblea, negociador y al fin inconsecuente, reprodujo uno por uno los vicios del enemigo institucional y terminó por desarticular el movimiento estudiantil durante 1988 y 1989.

de Oaxaca, uno de los coordinadores llamó a sus hermanos a estar atentos a la lucha que otros grupos indígenas y no indígenas daban a lo largo del país, porque era la misma lucha de ellos. Simple y fuerte solidaridad (105).

La tendencia de todos los grupos es la de consolidarse como fuerza nacional. El 21 de abril de 1989, se reunieron en San Cristóbal Las Casas, Chiapas, 44 líderes de Chiapas, Oaxaca, Yucatán, Quintana Roo y Tabasco para integrar la Comisión Organizadora de la Lucha de los Pueblos Indígenas (106).

Respecto al campesinado, la manipulación y la falta de unidad como clase siguen siendo su principal debilidad. El diversísimo grado de desarrollo de las varias regiones agrícolas aumenta la atomización de necesidades y luchas. Sin embargo, al igual que en 1934, hay claridad acerca del giro conservador de la administración, que en la idea de eficientar la producción agrícola amenaza las formas de organiza-

(105) Entrevistas Personales. [agosto-diciembre 1989]. Los entrevistados pertenecen al Taller Universitario de Derechos Humanos, y realizan labores de asesoría, capacitación y apoyo a la comunidad Mixe.

(106) "Se creó la Comisión Organizadora de la Lucha de los Pueblos Indígenas", por Rosa Rojas, enviada. La Jornada, - México, D.F. 22 de abril de 1989, p. 3. Y en apoyo a los indígenas, reaparece, en el Sureste, un viejo actor: el Ba jo Clero Popular.

ción productiva revolucionarias. El descontento provocado por la ineficiencia y el abuso del P.R.I. respecto de los anhelos, descontó votos esenciales al oficialismo en 1988 y entregó importantes regiones al cardenismo moderno. Sin embargo, mientras en Michoacán el fenómeno de insurrección contra el P.R.I. aparece teñido de mesianismo, en La Laguna los campesinos cardenistas han adoptado tácticas concretas de lucha novedosas: Como aceptar la ayuda federal (Plan Laguna) sin volver a enrolarse en el P.R.I., o formar cooperativas de producción para evitar la manipulación de Banrural o de la C.M.C., pero conservando su organización comunal.

Las ciudades son, sin embargo, el centro real de las decisiones y de la conformación del proyecto alterno de Nación en el México urbano de fin de siglo. En ellas, desde las vecindades y los barrios, hasta las asociaciones marginales de defensa de derechos de los colonos en los nuevos asentamientos irregulares, pasando por infinidad de grupos y organizaciones de las más diversas tendencias (desde comunidades cristianas de base liberadoras hasta células marxistas-leninistas) ha nacido un Movimiento Urbano Popular que durante dos décadas se formó en la marginalidad. Sin embargo, luego del fenómeno cardenista de 1988 y gracias a él, se dió "una gran unidad de ... las corrientes" (107), y el Movimiento Urbano, "en

(107) "Convención Nacional Urbana Popular" por Marco Rascón. - La Jornada, México D.F. 5 de diciembre de 1989. p. 21.

todas sus expresiones participantes ... valorizó la política como una actividad necesaria y permanente de los ciudadanos y de las organizaciones sociales, y no sólo como patrimonio de los partidos políticos". Ello implica, por principio, dos cosas: que se renuncia a la dependencia de la institución recuperando la iniciativa organizativa congelada por el corporativismo, y que se asume que los partidos no son el instrumento único en la lucha, lo que evita caer otra vez en aquél.

Un año después de la ascensión de Salinas, el Movimiento Urbano en Convención Nacional, se planteó los derroteros de su acción, decidiendo formar en 1990 convenciones regionales que respondan a la realidad nueva de las nuevas organizaciones populares. La primera será la de La Laguna, después la de las Californias (sic), del Sureste, del Altiplano, del Occidente, del Pacífico. Si se consolidan, representarán, en la transición del Milenio, una estructura socio-política alterna y tal vez, una nueva estructura Estatal en el siglo XXI.

En otros ámbitos, como el juvenil, el artístico y el sindical, han aparecido (y se espera que el proceso continúe), movimientos reivindicadores y democráticos que amenazan la hegemonía y la legitimidad supuesta del aparato corporativo. El C.E.U. en la U.N.A.M., el movimiento de música rock mexicana marginal y subterránea, y los movimientos democratizadores en los sindicatos oficialistas son síntomas de un estremeci-

miento profundo de la sociedad oprimida en todas sus estamentos y regiones.

Hay un defecto en todo ello, sin embargo. Lo es la ausencia de una dirección nacional, de un centro coordinador que, en lo político, sistematice el esfuerzo social y sintetice las aspiraciones populares. Frente a esta ausencia, el Movimiento Popular cuenta con un elemento poderoso de lucha: la Solidaridad. Existe, en verdad, una intuición revolucionaria que permite edificar una red de contactos, informes, noticias e ideas que unen poco a poco a las distintas y pequeñas comunidades en lucha hasta formar organizaciones, asociaciones, convenciones, etc. El proceso mencionado, con todo, es aún incipiente. En contra tiene los medios masivos de desinformación que tomaron ya partido por el continuismo corporativo y tratan de acallar toda voz disidente encerrándola en el silencio electrónico. La misma palabra "solidaridad" ha sido tomada por la institución, dándole connotación de "caridad" o de "asistencia pública y privada" en un enésimo intento de quitar banderas a los de Abajo. Creo, pese a ello, que el camino que se ha empezado a andar es uno del que no hay regreso posible y que la conformación de una estructura alterna de relaciones sociales y políticas de consenso será un hecho. Entonces, el Movimiento Popular unido, formará un nuevo consenso Estatal, en el que la Nación vivirá un nuevo ciclo de su existencia. Pero, en realidad, el horizonte popular sólo

lo conoce el mismo Pueblo. "pues no hay adivino ni rey que le pueda marcar el camino que ha de recorrer" (106).



(108) Zitarrosa, Alfredo. "Adagio en mi país".

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA Y SU PARTIDO O DE CÓMO, AÚN
EN LA CONTRADICCIÓN, EL PUEBLO AVANZA.

Es cierto que en el fin de siglo, el "nuevo ciudadano" no busca necesariamente incluirse en un instituto político-electoral que represente la suma de las ideas, propuestas y visión del mundo con que se identifica ideológicamente. Esta época es la del fin de las ideologías (109). Ello implica un reto trascendental para los partidos políticos, quienes deben pasar de ser los representantes de una doctrina a los lectores-gestores de una sociedad organizada en mil frentes de lucha.

El Movimiento Popular está claro en México sobre la necesidad de una Democracia no sólo electoral y representativa, sino directa en cada una de las múltiples comunidades en las que el hombre concreto vive, trabaja y es explotado. Por lo mismo, rebasa los esquemas tradicionales de las organizaciones partidarias.

Pero, pese a su mayor profundidad y sinceridad, el Movimiento requiere de un nivel de participación y gestoría

(109) Reyes Heróles, Federico. "El nuevo ciudadano frente a la sectorización" (IV). La Jornada, México D.F. 11 de noviembre de 1989. p.15.

político. Renunciar a ello implicaría la autocondena a la marginalidad. Si la organización popular aún no forma una dirección política, debe buscarla entre los partidos que hay ahora.

¿Cuál? En principio, hay un excluido: El P.R.I., en cuanto su modelo corporativo es parte del enemigo a vencer por el pueblo. Quedan las opciones de izquierda y derecha.

A la derecha, la concentración de la representación política se ha dado en el P.A.N., en buena parte gracias a la sabiduría de su dirigencia para captar los reclamos específicos de muchas asociaciones de ciudadanos norteros. Sin embargo, su alianza parlamentaria con el gobierno, para sacar adelante una reforma electoral por lo demás criticable, le hizo perder "en unas horas, el atractivo de ser una oposición real e intransigente en lo que se debe ser intransigente: el voto" (110).

A la izquierda, luego de la coalición (Frente Democrático Nacional) que sostuviese la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia, ha quedado, para la fundación de

(110) Reyes Heróles, Federico. "Primer Informe: el diálogo" (VII). La Jornada. México D.F., 29 de noviembre de 1989. p.7.

un nuevo partido, "lo mejor: la disidencia priísta y la militancia del Partido Mexicano Socialista... Lo demás eran chatarra, relleno, crisis de identidad, liderazgos de cartón." (111). El P.R.D. ha contado con la adhesión y apoyo de muchas organizaciones populares, aunque no del movimiento popular como un conjunto. El resto de los partidos de izquierda, como bien juzga el panista Hinojosa, han quedado al lado, por inoperantes y falsos (112).

Es pues necesario analizar el papel del nuevo instituto, y tratar de augurar su próximo rol en la transición nacional. En principio, el espacio que se ha formado juega el papel de aglutinador de diversas corrientes de izquierda que, desde los años setentas habían tendido a la unidad orgánica y/o programática. Mucho más que un frente amplio de fuerzas progresistas, se ha hecho como un foro de discusión política entre dichas fuerzas respecto de la estrategia política y electoral a llevar a cabo juntas. Es decir, nace como un espacio electoral que permite la llegada de una serie de grupos, (grandes y pequeños) al poder por vía de las urnas.

- (111) Hinojosa, Juan José. "Bienvenida al P.R.D.". Proceso, No. 654. México, D.F., 15 de mayo de 1989. p.34 y 35.
 (112) Ver La Jornada. México, D.F., 27 de marzo de 1989. "Desconocen en La Laguna a líderes ligados al PFCRN", por Matilde Pérez U. p.1 y 7.

Esta naturaleza interior tiene consecuencias importantes: a) se acepta que muchos de sus componentes lleguen a su seno con un bagaje de cultura política antigua quienes reproducen estos esquemas en la nueva organización; b) la diversidad de orígenes implica divisiones y sectarismo internos (113); c) la lógica de grupos y de ideologías aleja del partido la discusión y lectura del Movimiento Popular. Lo último es la principal contradicción interna, dado que el mismo partido no es concebible sin el apoyo popular, que fue el creador de las condiciones de su fundación.

Al exterior, el análisis clarifica la importancia del P.R.D.. Este instituto, más allá de sus contradicciones interiores, ocupa efectivamente el espacio político nacional que el Movimiento Popular no ha logrado llenar con una dirección propia todavía. Esta realidad implica una mutua dependencia entre el Movimiento Popular y el P.R.D., misma que no es aceptada siempre por todos los involucrados. Nos lleva también a incongruencias en la acción concreta del partido (114), e incluso en su organización estructural: la propuesta de un partido-federación de organizaciones fue rechazada en principio.

(113) Como lo denunció el mismo Cuauhtémoc en el discurso inaugural del IV Consejo Nacional. Alejandro Caballero. La - Jornada, México, D.F. 14 de octubre de 1989. P. 5

(114) El P.R.D. no entendió las razones de los mixes al entrar al P.R.I. y les atacó duramente. Supra. p.

Se pueden construir varios escenarios futuros, en los cuales los actores principales serían tres: el grupo de pequeñoburgueses radicales o socialistas de tendencias burocráticas o corporativistas que pretenden un nuevo partido corporativo a imagen y semejanza del P.R.I.; que le sustituiría en cuanto ocuparía gradualmente su papel de espacio del Consejo Nacional. En contra, la tendencia de varios grupos y políticos mas ligados al movimiento popular o bien, conscientes de su importancia histórica, que están por una alianza clara pero flexible, con las muchas organizaciones que tienden a orbitar, en lo político, alrededor del P.R.D. Entre ellos, hay un elemento antiguo, pero trascendente: el símbolo revolucionario en que se está convirtiendo el mismo Cuauhtémoc Cárdenas.

Si la tendencia neocorporativista, al parecer liderada por Muñoz Ledo, senador por el D.F. ganase, entonces es probable que, o bien el Movimiento Popular abandonara gradualmente al partido y construyese una nueva opción política nacional, o bien que efectivamente, el P.R.D. ganara los espacios corporativos usufructuados hoy por el P.R.I. En el primer caso, el cardenismo regresaría, por el camino largo, al redil de los de Arriba y terminaría por enfrentar a la sociedad oprimida, tal vez incluso como un nuevo partido paraestatal. En el segundo, el nuevo consenso corporativo lograría mantener la estabilidad social, pero probablemente sin cambiar la

estructura de injusticia socioeconómica. Dicho consenso corporativo no duraría mucho, pues sería mas una restauración del prisma antiguo que la formación de un nuevo Estado de consenso, objetivo del pueblo. Este, a través de su Movimiento Popular, ya no sería parte del P.R.D. (115).

Si la tendencia popular (llamémosle así) triunfa, ello implicaría una articulación mas profunda entre el partido, que hoy no es Movimiento Popular, con éste. La fortaleza orgánica y estratégica consecuente de ello sería grandiosa. Significaría que los de Abajo contarían, por vez primera, con una gestoría intelectual y política nacional, adecuada al proyecto histórico popular. Por otra parte, sería escuela de formación y conversión de los que hoy sólo somos pequeño-burgueses radicales o intelectualillos de izquierda, pero sin experiencia popular verdadera. El hecho sería avance histórico en el proceso de liberación mexicano. En la nueva prueba de fuerza, los oprimidos tendrían mas probabilidades reales de dominar.

Queda, en el tintero, el símbolo: Cuauhtémoc. Su papel ha sido, desde finales de 1987, el de aglutinador práctico de la oposición progresista y del Movimiento Popular.

(115) Gilly, Adolfo. Discurso en la formación del Comité Organizador del P.R.D. en la U.N.A.M. 1989: "...Y si ganaran aquéllos que desean un partido manipulador, así como hoy TODOS entramos al P.R.D., TODOS nos salimos..."

Es, en verdad, su principal puente de comunicación (116). Mil críticas han surgido contra él. Muchas pueden ser ciertas, pero también dan cuenta de su importancia personal, y tal vez, de su tamaño. En mi opinión, es necesario creer en él, como símbolo, porque así cree en él el pueblo. Así de sencillo. Entender la necesidad ritual y simbólica de nuestra gente, ha hecho posible conceptualizar la presidencia de la República desde Juárez a nuestros días. También ha hecho viable comprender la importancia de Zapata o de Villa y su legado popular. Es, en cualquier caso, camino eficiente para entender la cultura política de los de Abajo y sus aspiraciones libertarias (117). Cuauhtémoc Cárdenas resume, desde su propio nombre, los dos extremos históricos de la lucha de liberación en México. La habilidad que ha mostrado, el sacrificio personal que ha realizado para estar junto al pueblo en tantísimas luchas le reivindica, en la práctica, el papel que le otorga la gente (118). Y en cuanto el contacto con el pueblo en marcha es el mejor método de evan-

(116) Los mineros de Cananea llamaron a Cuauhtémoc, y no al P.R.D. Supra p. 671.

(117) Ver Woldenberg, José. "Líderes atractivos, partidos famélicos". La Jornada, México D.F., 14 de octubre, 1989, P. 5. El autor cree -- que el problema es común a todos nuestros partidos y lo relaciona con el mismo presidencialismo.

(118) Aunque puede ser un peligro, pues el líder es sólo un hombre, que se agota y acaba. Jorge G. Castañeda le llama a esto "Trampa taimada" del Gobierno. "El Cardenismo - Social". La Jornada, México, D.F., 28 de agosto, 1989. P. 1 y 14.

gelización social, el hombre que hoy se construye en símbolo puede llegar algún día a ser ser, un auténtico e histórico líder popular.

Para la institución política del P.R.D., con todo, es indispensable diferenciarse de este símbolo, para no crear un caudillismo innecesario donde sólo se exige un símbolo. El partido y el líder son dos instancias distintas, que deben identificarse, pero no confundirse (119).

Por hoy, el nuevo partido marcha. Avanza y retrocede. En lo electoral fue rechazado en una práctica de "democracia selectiva" durante las elecciones parlamentarias de Michoacán en julio de 1989, pero la movilización popular y partidista lograron que en las municipales de diciembre se reconociera su triunfo en la mitad del Estado (pero gobernará la mayoría de la población). En Guerrero, la sangre de militantes perredistas atestigua que éste es un cambio serio en nuestra historia: los pueblos indios de La Montaña bajaron a hacer la guerra a los caciques y alquimistas priístas (120) y en general se orilló al gobierno federal a negociar los resul-

(119) Pascoe, Ricardo. Directivo de alto nivel del P.R.D., en entrevista por Guadalupe Irizar. La Jornada, México, D.F., 23 de diciembre de 1989. P. 14.

(120) Sánchez Rebolledo, Adolfo "Metlátoc ¿Por qué pierde el PRI?". La Jornada, México, D.F., 18 de enero 1990. P. 7.

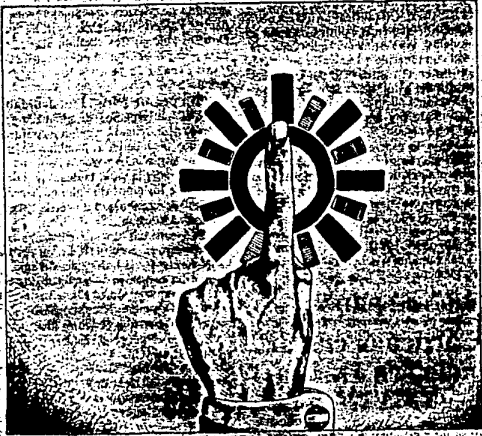
tados fraudulentos (121). En el Istmo su alianza electoral con la COCEI le obliga ahora a revisar el requerimiento popular de no corporativización (122).

En otras áreas, el cardenismo político está aún en germinación o escondido. Su liga con los obreros corporativizados al P.R.I. no es clara, pero la simpatía de éstos con el nuevo partido si lo es. Incluso, los oligarcas de la C.T.M. han tenido que recurrir al viejo lenguaje de amenazas para tratar de frenar el avance simultáneo de las nuevas organizaciones obreras y del P.R.D. (123).

Queda, sin embargo, la principal y mas profunda opción por hacer. Y debe ser hecha por los militantes, simpatizantes y dirigentes del Partido de la Revolución Democrática: decir si seremos instrumento de la voluntad popular o sólo sus futuros manipuladores. Los nuevos gesticuladores.

-
- (121) Zamarripa, Roberto. La Jornada, México, D.F., 30 de enero de 1990. "Analizará una comisión los asesinatos de perredistas. Participan Gobernación y representantes del P.R.D."
- (122) Irizar, Guadalupe. Ibidem.
- (123) Ver "Hora de Transición; no a 'Intentos de Disolución Social' ... La Oposición Quiere Desestabilizar... Lo de Ford, Culpa del P.R.D.: Calderón ..." por Humberto Aranda. Excélsior, México, D.F. 22 de enero, 1990. P. 1 y 10.

TAPANDO EL SOL ■ Ahumada



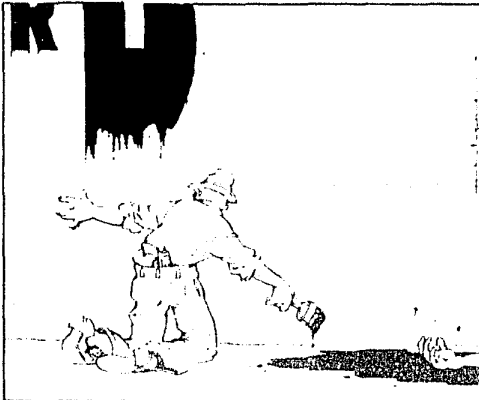
HOMENAJE



De Cuauhtémoc a Lázaro Cárdenas en el eje central de DF ■ Foto: Luis Humberto González

LA JORNADA, 10 de marzo, 1989 (arriba derecha). 10. de julio, 1989, (arriba izq.).

ROJO INTENSO ■ Helguera



25 de enero, 1990, (izquierda).

ANTE EL NUEVO MILENIO.

México se enfrenta, al igual que en otras ocasiones, a un cambio político y social. No se trata ya de reformar o de reorganizar la organización de las fuerzas sociales o de los grupos de presión. Es menester cambiar la organización social del Estado. Formular un consenso nacional que satisfaga a las nuevas fuerzas sociales.

Es decir, vivimos un momento de transición. La misma palabra había venido siendo descalificada por el gobierno, su partido y sus amigos oligarcas: "no hay cambio de forma de gobierno, no hay transición. ¡Renovación política cuando mas! El que habla de transición le hace el juego político a la oposición, en particular al cardenismo... era el argumento de los tinterillos oficiales. Hoy, el propio Presidente habla de transición" (124). Ahora bien, este proceso de un consenso gastado a uno nuevo, puede ser violento o pacífico. En 1810 el Estado virreinal no pudo ser sustituido sino por una Revolución y medio siglo de guerras civiles. En 1910 la disputa por el poder desató de nuevo la Revolución que dió origen a nuestro Estado actual. En opinión de algunos, la transición

(124) Reyes Heróles, Federico. "Primer Informe: el diálogo" (VII). Op. Cit. p. 7.

de nuestros días ha dado un giro de 180 grados: será pacífica, será una revolución sin romper lanzas, será un cambio racional con destino a una modernización civilizada (125).

Ojalá. Yo creo que, sin embargo, y con responsabilidad, debemos de recordar que Aranda, o Abad y Queipo soñaron también lo mismo al descubrir al Estado desarticulado de la realidad social mexicana. Igual que el mismo Madero, un siglo más tarde. Por ello, se impone escudriñar las señales cifradas del momento y aventurar posibilidades de ambos tipos de transición, en la paz o en la guerra social.

En cuanto a la transición violenta, ya he referido que la actitud de los dirigentes corporativos, los políticos profesionales de la vieja guardia oficial, los grandes empresarios y los Estados Unidos, tendería primero a la resistencia violenta, y a la represión antes de ceder espacios significativos del poder. No hay en ellos, la idea de sobrevivir por medio de concesiones, al modo del franquismo en la España moderna (126).

(125) Cepeda Neri, Alvaro. "1910-1988: la disputa por el poder". La Jornada, México, D.F., 12 de diciembre, 1989.- p. 5.

(126) Entrevista Personal. 27 de enero, 1990. Exiliado español en México.

Los hechos han empezado a mostrar ésto: el fraude electoral reiterado en zonas campesinas ha desatado la violencia oficial, y comunidades y pueblos de Guerrero y Michoacán han tomado las armas en consecuencia, y con relativo éxito.

Los defensores de la transición pacífica son numerosos pese a todo. La nueva jerarquía modernizadora no tiene futuro real en un escenario de guerra social, y los políticos profesionales de izquierda tampoco. Los primeros han procurado ablandar la postura de los dinosaurios frente a la oposición, en un intento de sobreponerse a su influencia conservadora. Los segundos contienen y procuran administrar los pequeños levantamientos, tomas de alcaldías, incluso tiroteos, tanto para legitimarse ante sus bases sociales, como para presionar al gobierno en su conjunto. La oposición de derecha, por su parte, defiende la fuerza que aún tiene en el norte llamando al diálogo y arreglo pacífico, en cuanto sus posibilidades de ascenso al poder dependen de la paz.

La democracia selectiva experimentada por el gobierno en julio de 1989, ha demostrado ser contraproducente, pues provocó verdaderas rebeliones armadas en muchos municipios. Es decir, aunque ese camino hubiera reconciliado a modernizadores y dinosaurios, a quien subleva es al pueblo.

La realidad se ha ido forjando a medida que las dos

tendencias, a la paz y a la guerra, se han ido contraponiendo. El espectro de acontecimientos es muy amplio y contradictorio. Tratemos de repasarlo de manera somera:

Desde el bando de los pacifistas, se han lanzado dos tipos de tácticas: las electorales y las económicas. En las primeras, la derecha sigue tratando de lograr una reforma efectiva a la ley electoral, que garantice la transparencia de los comicios (127). El gobierno presiona sobre las corporaciones y aprovecha sus errores y abusos para desacreditarles y obligar a su reforma interna (128). El presidente lanza una campaña de rescate popular y político del área marginada de Chalco, en el Estado de México (129). El P.R.D. mantiene la crítica interna, llamando a su dirigencia a ligarse a los movimientos de defensa del voto en Guerrero y Michoacán (130).

-
- (127) "Una comisión pluripartidista discute desde hoy la reforma al Código Federal Electoral". Ricardo Alemán Alemán.- Jose Ureña. La Jornada, 25 de enero, 1990. p. 1, 8 y 14.
- (128) Acción penal contra líderes catemistas golpeadores; presión a la dirigencia del S.N.T.E. para negociar; etc.
- (129) Reyes Heróles, Federico. "La Gira" serie de 5 artículos. La Jornada, México D.F., 18 al 22 de enero, 1990.
- (130) Incluso Muños Ledo tuvo que participar en las negociaciones de Bucareli.

En cualquier caso, se pretende convencer al electorado, ganar al electorado, arrebatar el electorado al enemigo. Ello puede parecer bajo o deshonesto, pero al fin de cuentas es el cauce de la lucha política en un régimen pluralista de partidos. "Conseguir o ratificar simpatías desde el poder, es una alternativa tan válida como la de canalizar el descontento por parte de la oposición... Electorado convenenciero, se puede argumentar desde la plataforma de los principios. Electorado mexicano, punto" (131).

En cuanto a las tácticas económicas:

En Baja California el P.A.N. ha logrado ganar la confianza de la población por medio de una actitud administrativa escrupulosa y responsable, que pretende racionalizar los recursos en beneficio de los servicios populares. Lo mismo hace en cada alcaldía ganada en el país. El P.R.D., gobernando ahora a la mayoría de los ciudadanos michoacanos, ha adoptado una actitud similar, aunque mucho más popular y hasta revolucionaria en las localidades afectadas por la violencia postelectoral. Por parte del gobierno, es necesario resaltar un hecho; el fortalecimiento de la imagen presi-

(131) Reyes Heróles, Federico *Ibidem.* (V parte).

dencial: "Salinas ... no está buscando destruir el presidencialismo. Vuelve a caminar por la ruta de una presidencia no sólo popular, sino incluso populachera, que deberá combinarse con la frialdad necesaria del prolongadísimo ajuste financiero."

Sin embargo, ese fortalecimiento no es paralelo en cuanto al P.R.I. o a la administración se refiere. Al contrario, ahí se cede ante los corporativistas, o se muestra la adusta cara del ajuste: los líderes priistas creen que basta con el remozamiento de la faz presidencial, y no van hacia la gente (132). Los altos funcionarios del gabinete económico no requieren popularidad; dicen, en boca de uno de los secretarios de Estado, que "de todos modos la gente no va a votar por el PRI; hagamos lo que hay que hacer, sin parar en consideraciones políticas que igual no importan" (133). De nuevo, la fuerza de violentos.

Al fin, debemos recordar que, de acuerdo al comportamiento histórico analizado, ninguno de estos actores es realmente el importante, el trascendente. Ese lo es pueblo. Al respecto, apunta Luis Javier Garrido que ante el fracaso de la reiterada política de aparentar un cambio estructural

(132) *Ibidem* (IV y V partes)

(133) Castañeda, Jorge G., *OP. CIT.* P. 14.

cada seis años, el salinismo se ha visto obligado a "desarrollar la ilusión del cambio como no lo había intentado ningún gobierno" (134). Pero los pocos cambios que se están dando, siempre han sido resultado de una poderosa presión social, siempre. El mismo Chalco refrenda la idea.

Queda la pregunta en el aire: ¿qué está haciendo el pueblo?. La respuesta está dada en las últimas páginas: se organiza, callado y paciente, aprovechando cada resquicio en la fortaleza del enemigo histórico para avanzar, aun cuando sea un poco. Si ha apoyado la presión electoral de oposición es porque aprendió que la guerra social es también un peligro so albur y porque dicha presión es una forma de prepararse para el enfrentamiento, si éste es necesario. El jaque en que las pequeñas comunidades de Guerrero y Michoacán tiene al aparato oficial, luego de los enfrentamientos armados y la negociación dirigida por el P.R.D. en seguimiento de éstos, le comprueban a los de Abajo que el enemigo está cada vez mas débil, pero que aún falta mucho para aniquilarlo (135).

(134) Garrido, Luis Javier "La Ilusión del cambio" La Jornada, México, D.F. 19 de enero, 1990, P. 9.

(135) Ver Proceso. No. 691, 29 de enero de 1990 "De ingobernable, Michoacán pasó a ser ingobernado", Por Rodrigo Vera. -- P. 17.

En la zona urbana, los avances son menos claros, porque las luchas son más concretas y pequeñas, pero se están dando: el gobierno dió marcha atrás en Cananea (136) y parece estar cercado en Cuautitlán. Respecto a lo económico, la COCEI en el Istmo, y los laguneros han demostrado que la organización popular puede exigir eficientemente al gobierno el cumplimiento de sus obligaciones sociales sin incluirse en el corporativismo.

Así pues, se puede prever que habrá un aumento cuantitativo y cualitativo en la conscientización popular, lo que amplía las expectativas de real emancipación de la sociedad oprimida.

Y, si la tendencia a la transición pacífica triunfa, tal vez sea posible lograr una sociedad caracterizada por "el imperio de la ley en su versión Estado democrático constitucional de partidos" (137).

En 1917, México se reconoció una sociedad dividida por la opresión, luego de un siglo de luchas sociales y equilibrios precarios. En 1920 se formó un Estado equilibrador,

(136) Granados Chapa, Miguel Angel. "PLAZA PUBLICA"; La Jornada, 27 de octubre, 1989, p. 1 y 4.

(137) Cepeda Neri, Alvaro. OP. CIT. P. 5.

que en 1934 prometió ser el puente a una sociedad nacional unificada. Desde 1940, sólo protegió el equilibrio en la injusticia. En 1990, ante una nueva sociedad, el gobierno hace frente al viejo reclamo de Justicia. Se reconoce la inutilidad del Estado-equilibrio, si no es dinámico y camino real a la Justicia social.

Teniendo la democracia como bandera profunda de esta nueva revolución, el resultado deberá ser el de trasladar poco a poco, o de un salto, el centro de equilibrio Estatal, del poder Ejecutivo al Legislativo, que es el espacio natural de la lucha partidista, misma que refleja hoy la lucha social verdadera. Ello implicará un eje de estabilidad mas flexible a los reclamos sociales concretos y un marco de negociación menos cargado de peligros como lo es el Palacio Nacional. En cualquier caso, el triunfo de la idea democrática debe ser considerado como uno instrumental; pues si en ella la decisión de la mayoría debe ser la línea de acción aceptada por consenso, la lógica de las dos sociedades mexicanas seguramente empujará el debate nacional hacia esta consecuencia: en un país donde la mayoría de la población tiene el mínimo peso político real y unos pocos la mayoría de la fuerza de decisión, la lucha legal, parlamentaria y social, deben tender a darle mayor representación política efectiva a la mayor proporción de habitantes, que son los de Abajo, y a quitar correlativamente poder a la minoría opresora.

Ello nos llevará de nuevo a la confrontación cultural, al antiguo debate entre los de Arriba y los de Abajo, que es absolutamente real en nuestros días como lo era en el siglo XVI (138). Ello se anunció desde julio de 1988. En aquellas multitudinarias concentraciones del cardenismo, el panismo y el oficialismo, México tuvo que verse de nuevo ante el espejo de lo real y descubrirse otra vez, dividido.

En dichas circunstancias, se impone una opción. Para algunos de nosotros implicará la posible traición de clase y de casta. Y creo que la razón de Justicia es no sólo mas válida, sino históricamente la única legítima. Por ello, debemos lanzarnos claros y conscientes a colaborar con los de Abajo en la organización popular en todos sus niveles, desde la comunidad de base hasta la dirigencia nacional. Sólo así estaremos preparados, para cuando la prueba de fuerza se dé. No importa que el campo de batalla sea el Palacio de San Lázaro o las casas y barricadas populares, es menester que entonces, los de Abajo estén listos ya para vencer a un nuevo Calleja, a un nuevo Obregón, o a un nuevo P.R.I.

(138) Ortiz Pinchetti, José Agustín. "¿Somos racistas los mexicanos?" y "¿Nacos contra criollos?". La Jornada, México D.F., 10 y 12 de diciembre, 1989. Ps. 6 y 7 resp.

CARGADO DE FUTURO



■ Foto: Raúl Ortega

LA JORNADA, 6 de marzo de 1989.